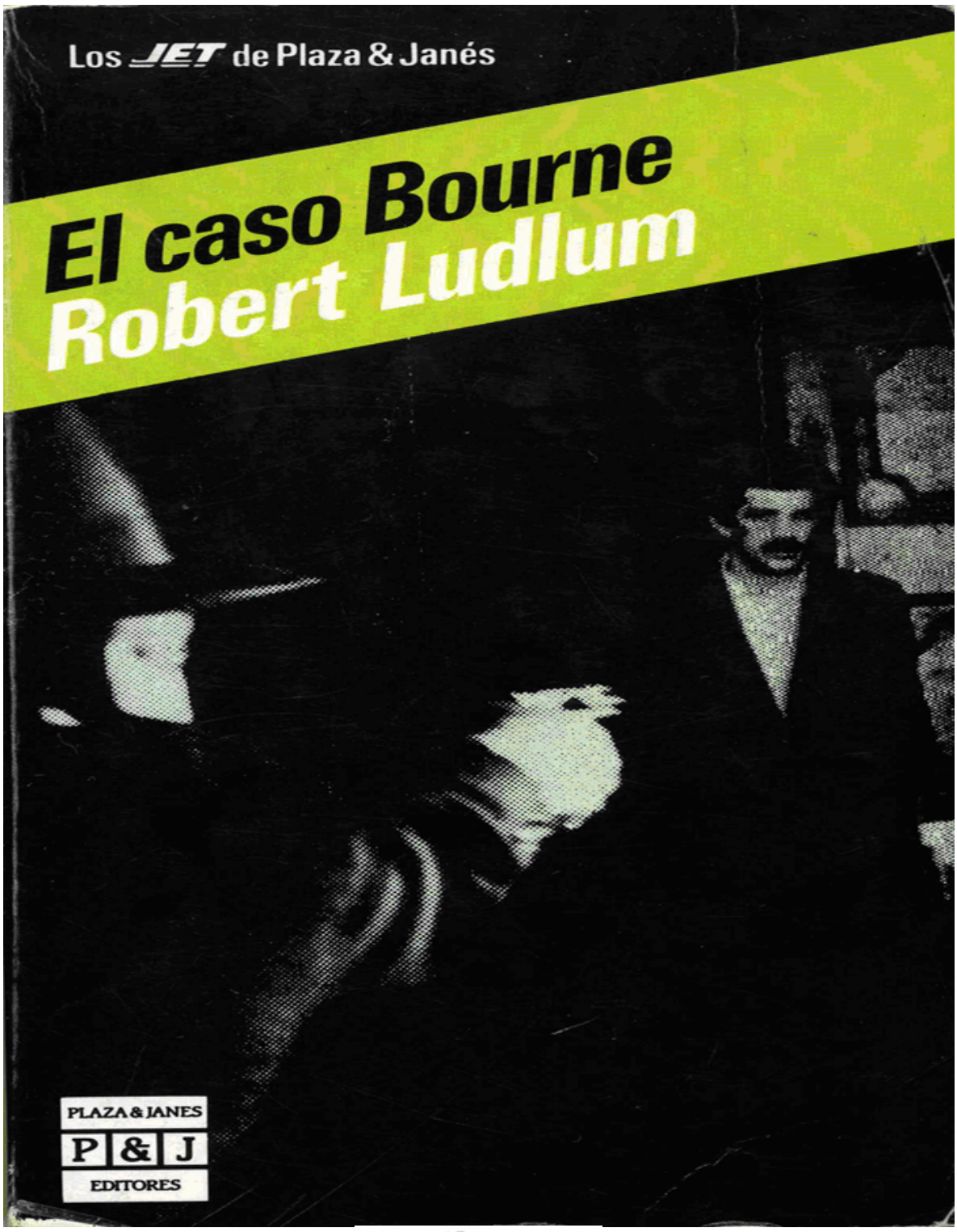
El caso Bourne
Robert Ludlum



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PREFACIO

NEW YORK TIMES

Viernes, 11 de julio de 1975

Primera Plana

UNOS DIPLOMÁTICOS DICEN ESTAR
EN CONTACTO CON EL BUSCADO TERRORISTA
CONOCIDO COMO CARLOS

PARÍS, 10 de julio. - Francia ha expulsado hoy a tres altos diplomáticos cubanos en relación con la búsqueda, a nivel mundial, del hombre conocido como Carlos, a quien se supone importante eslabón de una red internacional de terrorismo.

El sospechoso, cuyo nombre real parece ser Ilich Ramírez Sánchez, está reclamado por el asesinato de dos agentes franceses de contraespionaje y un delator libanés, en un apartamento del Barrio Latino, el 27 de junio.

Tanto la Policía francesa como la británica sospechaban que las tres víctimas estaban tras la pista de una importante red internacional de terroristas. Durante la búsqueda de Carlos tras el triple asesinato, las Policías francesa y británica descubrieron numerosos depósitos clandestinos de armas, que relacionaban a Carlos con los principales terroristas de la Alemania Occidental, lo cual les llevó a sospechar una relación con numerosos actos terroristas en toda Europa.

Visto en Londres

Desde entonces, Carlos ha sido visto en Londres y en Beirut, Líbano…

ASSOCIATED PRESS
Lunes, 7 de julio de 1975

Informe para su publicación

Tras las huellas de un asesino

LONDRES (AP) - Armas y mujeres, granadas y buenos trajes, una billetera repleta, pasajes aéreos a lugares románticos y apartamentos lujosos en media docena de capitales del mundo. Éste es el retrato de un asesino de la era del *jet,* buscado internacionalmente.

La persecución comenzó cuando el hombre, respondiendo a la llamada hecha en el timbre de la puerta de su casa en París, disparó a quemarropa sobre dos agentes del Servicio Secreto francés y un informante libanés. Cuatro mujeres fueron detenidas en dos capitales, acusadas de delitos cometidos en su nombre. El asesino desapareció; quizá se oculte en el Líbano, según cree la Policía francesa.

Durante los días pasados en Londres, aquellos que lo conocen lo describieron a los reporteros como bien parecido, amable, bien educado, muy bien vestido y a la moda.

Pero sus colaboradores son hombres y mujeres considerados como los más peligrosos del mundo. Se cree que está ligado al Ejército Rojo Japonés, la Organización para la Lucha Árabe Armada, la banda Baader-Meinhof de Alemania Occidental, el Frente de Liberación de Quebec, el Frente Turco de Liberación Popular, separatistas de Francia y España y el ala Provisional del Ejército Republicano Irlandés.

Durante cada viaje del asesino -a París, a La Haya, a Berlín occidental- estallaron bombas y hubo tiroteos y secuestros.

En París se abrió una pista cuando un terrorista libanés confesó durante un interrogatorio y condujo a dos agentes del Servicio Secreto a casa del asesino, en París, el 27 de junio. Disparó a matar sobre los tres y escapó. La Policía encontró armas y libretas que contenían «listas de muertes» de personas importantes.

Ayer, el *London Observer* dijo que la Policía buscaba al hijo de un abogado venezolano comunista, para interrogarlo sobre el triple asesinato. Scotland Yard dijo: «No negamos la información», pero agregó que no había cargos en su contra y que se lo buscaba solamente para interrogarlo.

El *Observer* identificó al hombre buscado como Ilich Ramírez Sánchez, de Caracas. Dijo que su nombre estaba en uno de los cuatro pasaportes encontrados por la Policía francesa cuando registró el apartamento donde se produjeron los asesinatos.

El periódico dijo que le pusieron el nombre de Ilich en honor de Vladimir Ilich Lenin, fundador del Estado soviético, y que fue educado en Moscú y habla correctamente el ruso.

En Caracas, un portavoz del partido comunista venezolano dijo que Ilich es hijo de un abogado marxista de setenta años de edad, que vive a 700 kilómetros al oeste de Caracas, pero que «ni el padre ni el hijo pertenecen a nuestro partido».

Además, señaló a los reporteros que no sabía dónde se hallaba ahora Ilich.

1

La proa del barco pesquero hendió el turbulento oleaje del mar furioso y oscuro, como un torpe animal que tratara desesperadamente de salir de un terrible pantano. Las olas alcanzaban alturas gigantescas golpeando contra el casco con toda la fuerza de su peso; las crestas blancas, perfilándose contra el cielo oscuro, caían en cascada sobre la cubierta, impulsada por el viento nocturno. De todos lados llegaban sonidos de dolor inanimado, madera que golpeaba contra madera, sogas que se retorcían, estiradas hasta el punto de rotura. El animal se moría.

Dos repentinas explosiones ahogaron los sonidos del mar y del viento y del dolor del barco. Venían de la cabina, débilmente iluminada, que se elevó y cayó con el cuerpo de su huésped. Un hombre se abalanzó fuera de la cabina, agarrándose a la barandilla con una mano y sosteniéndose el estómago con la otra. Le siguió un segundo hombre, en persecución cautelosa. Se detuvo, afirmándose en la puerta de la cabina, apuntó el arma y disparó otra vez. Y otra más.

El hombre de la barandilla se llevó las manos a la cabeza, arqueándose hacia atrás bajo el impacto de la cuarta bala. La proa del pesquero se sumergió repentinamente en el seno de dos olas gigantes, haciendo caer al hombre herido. Rodó hacia la izquierda, incapaz de quitarse las manos de su cabeza. El barco emergió hacia arriba, con la proa más fuera del agua que dentro de ella, barriendo a la figura de la puerta e impulsándola hacia adentro de la cabina, mientras el quinto disparo se perdía en el aire. El hombre herido gritó, sus manos trataron desesperadamente de asirse a cualquier cosa, con los ojos cegados por la sangre y por la incesante lluvia del agua de mar. No había nada en donde sujetarse; sus piernas se doblaron, mientras su cuerpo se tambaleó hacia delante. El barco roló violentamente a sotavento, y el hombre cayó por un costado hacia la locura de la oscuridad del mar.

Sintió que el torrente de agua fría lo envolvía, lo aspiraba hacia abajo, lo retorcía en círculos y lo impulsaba hacia la superficie, sólo para tomar una única bocanada de aire. Una sola, y otra vez abajo.

Y sentía calor, un extraño calor húmedo en sus sienes, que la quemaba a través del agua helada que lo seguía absorbiendo, un fuego donde no debería arder ningún fuego. Había también hielo, una helada palpitación en su estómago, en sus piernas, en su pecho, a lo que, extrañamente, el mar frío que lo envolvía le daba una cálida sensación. Sentía estas cosas y tomaba conciencia de su propio pánico al sentirlas. Podía ver su propio cuerpo girando y retorciéndose, piernas y brazos tratando frenéticamente de vencer las presiones del remolino. Podía sentir, pensar, recibir el pánico y luchar, y, aun así, sorprendentemente, había paz. Era la paz del observador, del observador no comprometido, separado de los hechos, que tomaba conocimiento de ellos, pero que no era esencialmente copartícipe.

Entonces lo invadió otra forma de pánico, penetrando a través del calor y del hielo, y del reconocimiento de no estar involucrado en ello. ¡No podía sucumbir a la paz! ¡No ahora! Sucedería en cualquier momento; no estaba seguro de qué se trataba, pero sucedería. ¡Él *tenía que estar* allí!

Pateó con furia, braceando ante las pesadas paredes de agua que tenía delante, con el pecho a punto de estallar. Irrumpió en la superficie, manoteando para mantenerse sobre la negra marejada. ¡Sube! *¡Sube!*

Una monstruosa ola lo elevó. Estaba en la cresta, rodeado de espuma y oscuridad. Nada. ¡Vuélvete! *¡Vuélvete!*

Entonces se produjo. La explosión fue enorme; pudo oírla por encima del ruido de las aguas y del viento, la imagen y el sonido; de alguna manera, su umbral hacia la paz. El cielo se encendió como una diadema luminosa, y dentro de aquella corona de fuego emergieron objetos de todas formas y tamaños a través de la luz, hacia las sombras circundantes.

Había ganado. No sabía cómo, pero había ganado.

De pronto comenzó a caer vertiginosamente de nuevo hacia el abismo. Podía sentir las aguas turbulentas caer sobre sus hombros, enfriando el calor de sus sienes, entibiando las heladas incisiones de su estómago y sus piernas y…

Su pecho. ¡Cuánto le dolía! Había sido golpeado: el impacto, repentino e intolerable. ¡Se produjo otra vez! *¡Basta! ¡Quiero paz!*

¡Y otra vez!

Y nuevamente braceó y pataleó… hasta que lo tocó. Un objeto grueso, viscoso, que seguía los movimientos del mar. No podía saber qué era, pero estaba allí y podía sentirlo, asirlo.

¡Tómalo! Te conducirá hacia la paz. Al silencio de la oscuridad… y de la paz.

Los primeros rayos del sol atravesaron la neblina del cielo por el Este, haciendo resplandecer las tranquilas aguas del Mediterráneo. El capitán del pequeño barco pesquero, con los ojos enrojecidos, las manos marcadas con quemaduras de soga, estaba sentado a popa, fumando un «Gauloise», agradecido por la vista de la llanura del mar. Miró hacia la timonera abierta; su hermano menor apretaba el acelerador para hacer mejor tiempo; el otro tripulante estaba revisando una red. Se reía de algo, y eso era bueno. No había habido nada de qué reírse la noche anterior. ¿De dónde había venido la tormenta? Los informes meteorológicos de Marsella no habían avisado nada; si lo hubieran hecho, se habría quedado al reparo de la costa. Quería llegar hasta el área de pesca, ochenta kilómetros al sur de La Seine-sur-Mer para cuando despuntara el día, pero no gracias a reparaciones costosas; y ¿qué reparaciones no eran costosas actualmente?

O a costa de su vida, y, a veces, aquella noche había visto con claridad la distinción.

-*Tu es fatigué, hein, mon frère?* -gritó su hermano, sonriéndole-. *Va te coucher, maintenant. Laisse moi faire.*

-*D'acord* -respondió su hermano, arrojando el cigarrillo por la borda y deslizándose hacia la cubierta sobre una red-. Un poco de sueño no me hará mal.

Era bueno tener a un hermano al timón. Un miembro de la familia debería ser siempre el timonel en un barco familiar; la vista se hace más aguda. Incluso un hermano que hable con una lengua tan pulida como la de un literato, en oposición a su propio lenguaje rudo. ¡Increíble! Un año en la Universidad y su hermano quería comenzar una *compagnie.* Con un solo

barco que había conocido mejores épocas, hacía ya mucho tiempo. Locura. ¿De qué le sirvieron sus libros anoche, cuando su *compagnie* estaba a punto de sucumbir?

Cerró los ojos, dejando que sus manos se mojaran en el agua que corría por cubierta. La sal del mar le haría bien para las quemaduras de soga. Quemaduras sufridas mientras sujetaba objetos del equipo para no perderlos durante la tormenta.

-¡Mira! ¡Allí!

Era su hermano; aparentemente, la celosa mirada de la familia le negaba el sueño.

-¿Qué sucede? -gritó.

-¡A proa! ¡Hay un hombre en el agua! ¡Se aferra a algo! ¡Un pecio de barco, parece un tablón!

El capitán tomó la rueda del timón, y dirigió el barco hacia la derecha del náufrago, mientras apagaba los motores. Parecía que el menor movimiento haría soltar al hombre el fragmento de madera al que estaba aferrado; sus manos estaban blancas, asidas al borde como garras, pero el resto del cuerpo se veía blando, tan blando como el de un ahogado, que ya no pertenece a este mundo.

-¡Prepara un cabo! -gritó el patrón a su hermano y al tripulante-. ¡Sumérjanlo alrededor de sus piernas! ¡Ahora, con cuidado! Súbanlo hasta la cintura. Tiren suavemente.

-¡No suelta el tablón!

-¡Despréndanle las manos! Puede ser la rigidez de la muerte.

-No. Está vivo... pero apenas, creo. Sus labios se mueven, pero no emiten sonido. Sus ojos también, aunque dudo que nos vea.

-¡Las manos están libres!

-¡Levántenlo! Tómenlo por los hombros y tiren hacia arriba. Con cuidado, *¡ahora!*

-¡Madre de Dios, miren su cabeza! -gritó el tripulante-. ¡La tiene abierta!

-Debe de haberse golpeado contra la tabla durante la tormenta -dijo el hermano.

-No -opinó el capitán, observando la herida-. Es un corte limpio. Causado por una bala; le dispararon.

-No puedes estar seguro de eso.

-En más de un lugar -agregó el patrón, mientras su mirada recorría el resto del cuerpo-. Nos dirigiremos hacia Ile de Port Noir; es la isla más cercana. Hay un médico allí.

-¿El inglés?

-Ejerce, ¿no?

-Cuando puede -replicó el hermano del capitán-. Cuando el vino lo deja. Tiene más éxito con los animales de sus pacientes que con éstos.

-No habrá mucha diferencia. Será un cadáver para cuando lleguemos allí. Si por casualidad vive, le cobraré el combustible extra y la pesca que podamos

perder. Trae el equipo; le vendaremos la cabeza, aunque no creo que ayude mucho.

-¡Mirad! -gritó el tripulante-. Mirad sus ojos.

-¿Qué pasa? -preguntó su hermano.

-Hace un momento eran grises, tan grises como cables de acero. ¡Ahora son azules!

-El sol está más fuerte -dijo el patrón, encogiéndose de hombros-. O juguetea con los ojos. No importa, no hay color en la tumba.

Los silbatos intermitentes de los barcos pesqueros se entrecruzaban con los incesantes chillidos de las gaviotas; juntos formaban los sonidos universales de la orilla. Era el atardecer; el sol, una bola de fuego en el Oeste; el aire, quieto y húmedo, muy caliente. Sobre los muelles y frente al puerto había una calle de gravilla y varias casas blancas deterioradas, separadas por hierba crecida que brotaba de la tierra seca y la arena. Lo que quedaba de las galerías ostentaba enrejados y estuco, sostenido por pilotes implantados descuidadamente. Las residencias habían conocido mejores épocas, algunas décadas atrás cuando los habitantes creían que Ile de Port Noir se transformaría en otro lugar de esparcimiento en el Mediterráneo. Pero nunca sucedió.

Todas las casas tenían senderos que se dirigían a la calle, pero el de la última casa de la fila era más intrincado que los demás. Pertenecía a un inglés que había venido a Port Noir hacía ocho años, en circunstancias que nadie entendía ni quería entender; era un médico, y allí se necesitaba uno. Ganchos, agujas y bisturíes eran a la vez medios de vida e instrumentos de incapacitación. Si uno veía a *le docteur* en un buen día, las suturas no eran tan malas. En caso contrario, si el hedor del vino o whisky era muy pronunciado, había que medir los riesgos.

¡Tant pis! Era mejor eso que nadie. Pero no hoy. Nadie usaba hoy su sendero. Era domingo y se sabía que los sábados por la noche el doctor se emborrachaba a conciencia y terminaba la noche con cualquier ramera disponible. Por supuesto, se sabía también que durante los últimos sábados la rutina del doctor se había alterado; no se lo había visto en el pueblo. Pero eso no hacía cambiar las cosas; le enviaban las botellas de whisky regularmente. Era sólo que se quedaba en su casa; hacía esto desde que el barco pesquero de La Ciotat había traído al desconocido que era más un cadáver que un hombre.

El doctor Geoffrey Washburn se despertó sobresaltado: su mentón, hundido en la clavícula, hacía que el aliento de la boca le invadiera los orificios de la nariz; no era agradable. Pestañeó, orientándose, y miró hacia la puerta abierta del dormitorio. Su siesta, ¿había sido acaso interrumpida por un nuevo monólogo incoherente de su paciente? No; no se oía nada. Hasta las gaviotas, afuera, permanecían misericordiosamente silenciosas; era el día sagrado de Port Noir, no había barcos que vinieran a agitar a las aves con su pesca.

Washburn miró la copa vacía y la botella de whisky, medio llena, que había en la mesa, al lado de su silla. Era un progreso. En un domingo normal ya estaría vacía; el dolor de la noche anterior se habría disipado

con el alcohol. Sonrió para sí una vez más, bendiciendo a su hermana mayor, que vivía en Coventry y, que hacía posible el whisky con su asignación mensual. Bess, era una buena chica, y Dios sabía que podía enviarle mucho más de lo que le mandaba, le estaba agradecido de que hiciera lo que hacía. Y un día se interrumpiría, el dinero se acabaría, y entonces intentaría el olvido con el vino más barato, hasta que no hubiera más dolor. Nunca más.

Había llegado a aceptar esa eventualidad... hasta que tres semanas y cinco días atrás, el extraño medio muerto había sido rescatado del mar y llevado a su puerta por pescadores que no se preocuparon de identificarse. Su acción se debía a la piedad, no querían comprometerse. Dios entendería; al hombre le habían disparado.

Lo que los pescadores no sabían era que algo más que balas había entrado en el cuerpo del hombre. Y en su mente.

El doctor impulsó su desvaído cuerpo fuera de la silla y caminó tambaleándose hasta la ventana que daba al puerto. Bajó la persiana y cerró los ojos para evitar el sol; luego miró a través de las rendijas para observar la actividad de la calle, específicamente para descubrir la razón de aquel traqueteo. Se trataba de un coche tirado por caballos, una familia de pescadores en su paseo dominical. ¿Dónde diablos podía uno ver una escena semejante? Y entonces recordó los carruajes con caballos, cuidadamente peinados, que desfilaban por el Regent's Park de Londres con turistas, durante los meses de verano; rió fuerte ante aquella comparación. Pero su risa duró poco, remplazada por algo que era impensable tres semanas atrás. Había perdido toda esperanza de volver a ver Inglaterra. Ahora era posible que eso cambiara. Aquel extraño podía cambiarlo.

A no ser que su diagnóstico fuese erróneo, podía suceder cualquier día, en cualquier hora o minuto. Las heridas de las piernas, del estómago y del pecho eran profundas y graves -muy posiblemente mortales si no hubiera sido por el hecho de que las balas habían permanecido donde estaban alojadas-, y se habían cauterizado y desinfectado gracias al continuo lavado con agua de mar. Extraerlas no era muy peligroso, pues el tejido estaba preparado, ablandado, esterilizado, listo para el bisturí. La herida craneal era un verdadero peligro; la penetración no era sólo subcutánea, sino que también parecía haber magullado las zonas fibrosas del tálamo y el hipotálamo. Si la bala hubiera penetrado unos milímetros más en cualquiera de los lados, las funciones vitales habrían cesado; pero no habían sido afectadas, y Washburn había tomado una decisión. Estuvo sin beber alcohol durante treinta y seis horas, ingiriendo todo el almidón y el agua que le fue humanamente posible, después de la cual realizó el trabajo más delicado que había intentado desde que lo habían despedido del «Hospital Macleans», en Londres. Milímetro a milímetro, había lavado con cepillo las áreas fibrosas para luego juntar y suturar la piel sobre la herida craneal sin ignorar que el menor error con el cepillo, la aguja, o las pinzas, causaría la muerte del enfermo. No quería que muriera el paciente desconocido, y ello por varias razones. Pero especialmente por una. Cuando hubo terminado, y las funciones vitales permanecieron constantes, el doctor Washburn retornó a su dependencia química y psicológica: la botella. Se había embriagado y permaneció ebrio, pero sin traspasar el límite. Sabía con exactitud dónde estaba y qué hacía en todo momento. Definitivamente, un progreso.

Cualquier día, ahora, en cualquier momento, el extraño enfocaría su mirada y surgirían de sus labios palabras inteligibles. En cualquier instante. Y llegaron las palabras. Flotaron en el aire mientras la brisa temprana del mar refrescaba la habitación.

-¿Quién anda por ahí? ¿Quién está en la habitación?

Washburn se incorporó en el camastro, movió suavemente las piernas hacia un lado y se puso de pie con lentitud. Era importante no dar una nota discordante, ningún ruido repentino o movimiento que pudiera asustar al paciente y conducirlo a una regresión psicológica. Los próximos minutos serían tan delicados como los procedimientos quirúrgicos que había realizado; el médico que había en él estaba listo para afrontar el momento.

-Un amigo -replicó con suavidad.

-¿Amigo?

-Usted habla inglés. Pensé que lo haría. Sospechaba que hablaría en canadiense o norteamericano. Sus arreglos dentales no provienen del Reino Unido ni de París. ¿Cómo se siente?

-No estoy seguro.

-Le llevará un tiempo. ¿Necesita mover el intestino?

-¿Qué?

-Haga sus necesidades, hombre. Para eso es el recipiente que está a su lado. El blanco, a su izquierda. Si llegamos a tiempo, por supuesto.

-Lo siento.

-No lo sienta. Es una función perfectamente normal. Soy médico, *su* médico. Mi nombre es Geoffrey Washburn. ¿Cuál es el suyo?

-¿Qué?

-Que cuál es su nombre.

El extraño movió la cabeza y miró hacia la pared blanca, veteada con rayas de luz matinal. Luego se volvió y sus ojos se detuvieron en los del doctor.

-¡Oh, Dios mío!

-Se lo he dicho una y otra vez. Le llevará tiempo. Cuanto más se desespere, cuanto más se atormente, peor será.

-Está ebrio.

-Por lo general. No es pertinente. Pero puedo darle claves, si quiere escucharme.

-Ya lo escuché.

-No, no lo ha hecho; se evade. Se queda ahí recostado y corre un velo sobre su mente. Escúcheme otra vez.

-Lo estoy escuchando.

-Durante su estado de coma, su prolongado coma, habló en tres idiomas diferentes: inglés, francés y otra maldita cosa que presumo era oriental. Eso significa que usted es políglota; está familiarizado con varios lugares del mundo. Piense geográficamente: ¿qué le resulta más cómodo?

-Obviamente, inglés.

-Sobre eso ya nos hemos puesto de acuerdo. ¿Qué es lo más *incómodo?*

-No lo sé.

-Sus ojos son redondos. No rasgados. Yo diría que obviamente lo oriental.

-Obviamente.

-Entonces, ¿por qué lo sabe hablar? Ahora, piense en términos de asociación. Escribí algunas palabras, escúchelas. Las pronunciaré fonéticamente. *Ma-kwa. Tam-kwan. Kee-sah.* Diga lo primero que se le ocurra.

-Nada.

-Muy bien.

-¿Qué diablos quiere?

-Algo. Cualquier cosa.

-Está ebrio.

-Ya hemos hablado sobre eso. Constantemente. También salvé su maldita vida. Ebrio o no, *soy* médico. Y en otro tiempo lo fui muy bueno.

-¿Qué pasó?

-¿El paciente interroga al doctor?

-¿Por qué no?

Washburn hizo una pausa, mirando por la ventana hacia la orilla.

-Estaba ebrio -explicó-. Dijeron que había matado a dos pacientes en la mesa de operaciones porque estaba ebrio. Podría haberme zafado con uno, pero no con dos. Ven las reincidencias rápidamente. Dios los bendiga. Nunca debe dársele un bisturí a un hombre como yo y disfrazarlo de respetabilidad.

-¿Fue necesario?

-¿Qué era necesario?

-La botella.

-Sí, maldito sea -replicó Washburn en voz baja, volviéndose-. Lo fue y lo es. Y el paciente no está autorizado para emitir juicios en lo que al médico concierne.

-Lo siento.

-También tiene usted la molesta costumbre de disculparse. Es una manifestación elaborada y totalmente antinatural. No creo ni por un minuto que sea usted una persona que se sienta culpable.

-Entonces sabe usted algo que yo no sé.

-Sobre usted, sí. Bastante. Y muy poco de ello tiene sentido.

El hombre se incorporó en la silla. La camisa desabrochada se abrió sobre su tenso cuerpo, quedando expuestas las vendas del pecho y del estómago. Entrelazó las manos; las venas se veían turgentes en sus brazos delgados y musculosos.

-¿Aparte las cosas sobre las cuales ya hemos hablado?

-Sí.

-¿Cosas que dije mientras estaba en coma?

-No, no en realidad. Ya hemos hablado sobre casi toda esa jerigonza. Los idiomas, sus conocimientos de geografía, ciudades que yo nunca oí nombrar o apenas conozco; su obsesión por evitar el uso de nombres que quiere pronunciar, pero no lo hace; su propensión a la confrontación, atacar, retroceder, esconderse, correr; todo bastante violento, en mi opinión. Frecuentemente tuve que sujetarle los brazos para proteger las heridas. Paro ya hemos repasado todo eso. Hay otras cosas.

-¿Qué quiere decir? ¿Cuáles son? ¿Por qué no me las ha dicho?

-Porque son físicas. El caparazón exterior, podríamos llamarle. No estaba seguro de que estuviera preparado para ello. No estoy seguro todavía.

El hombre se recostó en la silla, con las oscuras cejas enarcadas bajo el pelo negro.

-Ahora es el juicio del doctor el que no ha sido solicitado. Estoy listo. ¿De qué está usted hablando?

-Comenzaremos con esa cabeza suya bastante aceptable. La cara, en particular.

-¿Qué pasa con ella?

-No es la cara con que usted nació.

-¿Qué quiere decir?

-Bajo un buen cristal de aumento, la cirugía siempre deja sus marcas. Ha sido usted modificado, mi buen hombre.

-¿Modificado?

-Tiene un mentón pronunciado; me atrevería a decir que había una hendidura allí. Fue removida. Su pómulo izquierdo -sus pómulos son también pronunciados, probablemente eslavos, hace muchas generaciones- tiene rastros apenas visibles de una cicatriz quirúrgica. Me aventuraría a decir que fue eliminado un lunar. Su nariz es inglesa, en un tiempo un poco más prominente de lo que es ahora. Fue afinada muy sutilmente. Sus facciones salientes fueron suavizadas, la personalidad, disimulada. ¿Comprende lo que le estoy diciendo?

-No.

-Es un hombre razonablemente atractivo, porque su rostro es más distinguido por la categoría a la que pertenece, que por la cara en sí.

-¿Categoría?

-Sí. Es el prototipo del blanco anglosajón que suele verse todos los días en los mejores campos de Cricket, o en las pistas de tenis. O en el bar en Mirabel. Esos rostros se hacen difíciles de distinguir uno de otro, ¿no es así? Los rasgos apropiadamente en su lugar, los dientes parejos, las orejas chatas contra la cabeza. Nada desproporcionado, todo en correcta posición y un poco blando.

-¿Blando?

-Bueno, «consentido», sería quizás un término más acertado. Seguro de sí mismo, arrogante, acostumbrado a hacer las cosas a su modo.

-Todavía no estoy seguro de entender lo que trata de decir.

-Escuche esto entonces. Cambie el color de su pelo, y cambiará su rostro. Hay rastros de decoloración, tinte. Use gafas y bigote, será otro hombre. Yo supuse que tenía treinta y tantos años, pero podría tener diez más, o cinco

menos. -Washburn hizo una pausa, observando la reacción del hombre, como si dudara de proseguir o no-. Y hablando de gafas, ¿se acuerda de esos ejercicios, las pruebas que hicimos la semana pasada?

-Por supuesto.

-Su vista es perfectamente normal; no necesita gafas.

-No pensé que las necesitara.

-Entonces ¿por qué hay pruebas de un prolongado uso de lentes de contacto en sus retinas y párpados?

-No lo sé. No tiene sentido.

-¿Puedo sugerir una posible explicación?

-Me gustaría oírla.

-Tal vez no. -El doctor volvió a la ventana y miró hacia afuera-. Ciertos tipos de lentes de contacto están diseñados para cambiar el color de los ojos. Y cierto tipo de ojos se prestan más que otros para ello. Generalmente, aquellos que tienen un matiz gris o azul; los suyos son una mezcla. Gris almendrado bajo una luz, azules en otra. La naturaleza lo favoreció en este sentido; no había alteración posible ni necesaria.

-¿Necesaria para qué?

-Para cambiar su aspecto. Muy profesionalmente, diría yo. Visados, pasaportes, permisos de conducir, según sus necesidades. Cabello: castaño, rubio, rojizo. Ojos (no se puede trampear con los ojos), ¿verdes, grises, azules? Las posibilidades son muchas, ¿no le parece? Todo dentro de esa reconocible categoría en la cual los rostros se confunden unos con otros.

El hombre se levantó de la silla con dificultad, empujándose hacia arriba con los brazos y conteniendo la respiración mientras se levantaba.

-También es posible que se equivoque. Puede ser que esté lejos de la verdad.

-Ahí están las huellas, las marcas. Eso es una prueba.

-Interpretada a su modo, con una gran dosis de cinismo en ello. Suponga que hubiera tenido un accidente y me hubieran operado. Eso explicaría la cirugía.

-No esa clase de cirugía. Cabello teñido, marcas y lunares eliminados, esas cosas no son parte de un proceso de restauración.

-¡Usted no *sabe* eso! -exclamó, furioso, el desconocido-. Hay distintos accidentes, distintos procedimientos. Usted no estuvo allí, no puede estar seguro.

-¡Muy bien! Enójese conmigo. No lo hace lo suficientemente seguido. Y mientras está furioso, *piense.* ¿Qué era usted? ¿Qué *es* usted?

-Un viajante de comercio... un ejecutivo de una compañía internacional, especializada en el Lejano Oriente. Eso podría ser. O un profesor... de idiomas. En alguna Universidad. Eso también es posible.

-Bien. Elija una. ¡Ahora!

-Yo... *no puedo.*

La mirada del hombre estaba al borde de la impotencia.

-Porque no cree en ninguna de ellas.

El hombre sacudió la cabeza.

-No. ¿Usted sí?

-No -replicó Washburn-. Por una razón específica. Esas ocupaciones son relativamente sedentarias y usted tiene el cuerpo de un hombre que ha sido sometido a esfuerzo físico. Bueno, no me refiero a un atleta entrenado ni nada por el estilo. Pero su tono muscular es firme; sus brazos y manos, acostumbrados a hacer fuerza, y muy fuertes. En otras circunstancias hubiera creído que era un obrero acostumbrado a cargar objetos pesados, o un pescador, habituado a trabajar con las redes durante toda la jornada. Pero su nivel de conocimientos, su intelecto, me hace desechar esas posibilidades.

-¿Por qué tengo la impresión de que quiere llegar a algo, a otra cosa?

-Porque hemos trabajado juntos cerca y bajo presión, durante varias semanas ya. Vislumbra una línea de acción.

-¿Estoy en lo correcto, entonces?

-Sí. Tenía que ver cómo aceptaba lo que le dije. La cirugía, el pelo, las lentes de contacto.

-¿Pasé?

-Con irritante equilibrio. Es tiempo ahora; no tiene sentido posponerlo más. Francamente no tengo la suficiente paciencia. Venga conmigo. -Washburn condujo al hombre por la sala de estar hacia la puerta trasera que daba al dispensario. Una vez dentro, fue hacia un rincón y tomó un anticuado proyector, con el estuche de lentes gruesas y redondas, gastado y roto-. Hice traer esto con el pedido de Marsella -dijo, mientras lo colocaba sobre el pequeño escritorio y metía las clavijas en un enchufe de la pared-. ¡Está lejos de ser el mejor equipo, pero sirve para el caso! ¿Quiere bajar las persianas?

El hombre sin nombre ni memoria fue a la ventana y bajó las persianas; la habitación quedó a oscuras. Washburn encendió la luz del proyector; un cuadrado blanco apareció en la pared. Insertó entonces una pequeña pieza de celuloide detrás de la lente.

El cuadrado se llenó inmediatamente con enormes letras.

BANCO GEMEINSCHAFT
BAHNHOFSTRASSE. ZURICH.
CERO - SIETE - DIECISIETE - DOCE - CERO -
CATORCE - VEINTISÉIS - CERO.

-¿Qué es? -preguntó el desconocido.

-Mírelo. Estúdielo. *Piense.*

-Es algún tipo de cuenta bancaria.

-Exactamente. El nombre del membrete y la dirección en letras impresas es el Banco; los números escritos a mano remplazan a un nombre, pero mientras estén escritos, constituyen la firma del titular de la cuenta. Procedimiento corriente.

-¿De dónde la sacó?

-De usted. Éste es un negativo muy pequeño; creo que será la mitad de una película de treinta y cinco milímetros. Estaba implantada, quirúrgicamente

implantada, bajo la piel de su cadera derecha. Los números están escritos con su letra; es su firma. Con ella puede abrir una caja en Zurich.

2

Eligieron el nombre de «Jean-Pierre». No sorprendía ni ofendía a nadie; era un nombre tan común en Port Noir como cualquier otro.

Y llegaron libros de Marsella, seis en total, de diferentes tamaños y grosores, cuatro en inglés, dos en francés. Eran libros de Medicina, que trataban sobre los daños de la cabeza y de la mente. Había secciones del cerebro, cientos de palabras no familiares para tratar de absorber y de entender. *Lobus occipitalis y temporalis, cortex* y las fibras conductoras del *corpus callosum; sistema límbico,* específicamente el *hipotálamo* y los *cuerpos mamilares* que, junto con el *trígono cerebral,* eran indispensables para la memoria y el recuerdo. Al dañarse, había amnesia.

Había estudios psicológicos de tensión emocional que producían *histeria paralizante y afasia mental,* condiciones que también originaban pérdida de memoria, total o parcial. Amnesia.

Amnesia.

-No hay reglas -dijo el hombre de cabellos oscuros, frotándose los ojos bajo la inadecuada luz de la lámpara de la mesa-. Es un rompecabezas geométrico; puede suceder con cualquier combinación. Física o psicológicamente, o con un poco de ambas. Puede ser permanente o temporal, total o parcial. ¡No hay reglas!

-Estoy de acuerdo -dijo Washburn, sorbiendo su whisky. Estaba sentado en una silla, en el otro extremo de la habitación-. Pero creo que nos estamos acercando a lo que sucedió. A lo que yo *creo* que sucedió.

-¿O sea? -preguntó el hombre con recelo.

-Lo acaba usted de decir: «un poco de ambas». Aunque la palabra «poco» debería cambiarse por «mucho». Shocks muy grandes.

-¿Qué clase de shocks?

-Físicos y psicológicos. Relacionados, entretejidos... dos hebras de experiencia, o estímulos, que se enredaron.

-¿Cuánto ha bebido?

-Menos de lo que cree; no tiene importancia. -El doctor tomó una carpeta llena de papeles-. Ésta es su historia, su nueva historia, la que comenzó el día que lo trajeron aquí. Déjeme repasarla. Las heridas físicas nos indican que la situación en que se encontraba era de total *stress* psicológico; la histeria subsiguiente al hecho de estar unas nueve horas en el agua sirvió para solidificar el daño psicológico. La oscuridad, el movimiento violento, los pulmones apenas recibiendo aire; éstos fueron los elementos de la histeria. Todo lo que la precedió debía ser borrado para poder hacer frente, para sobrevivir. ¿Está de acuerdo conmigo?

-Creo que sí. La cabeza se estaba protegiendo a sí misma.

-No la cabeza. La mente. Sepa distinguirlas. Es importante. Volveremos a la cabeza, pero le daremos otra denominación. El cerebro.

-Está bien. La mente, no la cabeza... que en realidad es el cerebro.

-Bien. -Washburn pasó el pulgar por las páginas de la carpeta-. Están llenas con cientos de observaciones. Tenemos los informes médicos normales: posología, tiempo, reacción, esa clase de cosas; pero principalmente tiene que

ver con *usted* como persona. Las palabras que usa, las palabras a las cuales reacciona; las frases que emplea, si puedo anotarlas, tanto cuando habla racionalmente como cuando lo hace en sueños o cuando estaba en coma. Hasta su modo de caminar o de poner en tensión el cuerpo cuando ve algo que le asombra o que le interesa. Usted parece ser un conjunto de contradicciones; hay una violencia subterránea siempre bajo control, pero muy presente. Hay también una tendencia a la meditación que parece ser dolorosa para usted; sin embargo, raramente da cabida al enojo que ese dolor debe provocar.

-Usted lo está provocando ahora -interrumpió el hombre-. Hemos repasado las palabras y las frases una y otra vez.

-Y lo seguiremos haciendo -advirtió Washburn- mientras haya progreso.

-No sabía que hubiera habido algún progreso.

-No con respecto a una identidad o a la ocupación. Pero *estamos* descubriendo qué es lo que le resulta más familiar, con qué se entiende mejor. Asusta un poco.

-¿De qué modo?

-Permítame ponerle un ejemplo. -El doctor dejó la carpeta y se levantó de la silla. Caminó hasta un armario primitivo que había en la pared, abrió un cajón y tomó una pistola automática. El hombre sin memoria se puso tenso en su silla; Washburn se dio cuenta de la reacción-. Nunca he usado esto, creo que no sabría cómo hacerlo, pero vivo a orillas del mar.

Sonrió y luego, súbitamente, sin avisarle, se la arrojó al hombre. Cogió el arma en el aire, con un gesto limpio, rápido y seguro.

-Desármela. Creo que se dice así.

-¿Qué?

-Desármela. *Ahora.*

El hombre miró la pistola, y luego, en silencio, sus manos y dedos se movieron expertamente sobre el arma. En menos de treinta segundos estaba totalmente desmontada. Miró al doctor.

-¿Se da cuenta de lo que quiero decirle? -inquirió Washburn-. Entre sus habilidades figura un enorme conocimiento sobre armas de fuego.

-¿Ejército? -preguntó el hombre, con voz tensa, receloso una vez más.

-Muy improbable -respondió el doctor-. Cuando salió del estado de coma, le mencioné su arreglo dental. Le aseguro que no es militar. Y por supuesto la cirugía descarta cualquier asociación militar.

-Entonces, ¿qué?

-Dejemos eso por ahora; volvamos a lo que sucedió. Estábamos hablando de la mente, ¿recuerda? El *stress* psicológico, la histeria. No el cerebro físico, sino las presiones mentales. ¿Está claro?

-Prosiga.

-A medida que disminuye el shock, lo hace también la presión, hasta que desaparece la necesidad fundamental de proteger la psique. Mientras toma lugar este proceso, recuperará sus habilidades y talentos. Recordará ciertas pautas de comportamiento; puede revivir muy naturalmente sus reacciones externas instintivas. Pero hay una brecha, y todo en estas páginas me dice que es irreversible.

Washburn se interrumpió y regresó a su silla y a su copa. Se sentó y bebió, cerrando los ojos cansinamente.

-Continúe -susurró el hombre.

El doctor abrió los ojos, mirando a su paciente:

-Retornemos a la cabeza, que hemos denominado cerebro. El cerebro *físico,* con sus millones y millones de células y componentes de acción recíproca. Usted leyó los libros; el trígono cerebral y el sistema límbico, las fibras del hipotálamo y el tálamo; el cuerpo calloso y, especialmente, las técnicas quirúrgicas de lobotomía. La más mínima alteración puede originar dramáticos cambios. Eso es lo que le sucedió a usted. El daño fue *físico.* Es como si unos bloques fueran recompuestos; la estructura *física* deja de ser lo que era.

Washburn se interrumpió nuevamente.

-¿Y...? -presionó el hombre.

-La desaparición de las presiones psicológicas permitirá, está ya permitiendo, la recuperación de sus habilidades y talentos. Pero no creo que pueda relacionarlos alguna vez con nada de su pasado.

-¿Por qué? ¿Por qué no?

-Porque los conductos físicos que permiten y transmiten esas memorias fueron alterados, físicamente reacomodados, hasta el punto de que ya no funcionan como lo hacían antes. Han sido destruidos para todo pronóstico e intención.

El hombre permanecía inmóvil.

-La respuesta está en Zurich -dijo.

-Todavía no. No está listo; no está lo suficientemente fuerte.

-Lo estaré.

-Sí, lo estará.

Pasaron las semanas; los ejercicios verbales continuaban a la vez que aumentaban las páginas, y retornaba la fuerza del hombre.

Era media mañana de un día brillante de la decimonovena semana; el Mediterráneo estaba en calma y resplandeciente. Como era su costumbre, el hombre corrió durante una hora a lo largo de la costa y por las colinas; había aumentado la distancia hasta llegar a casi veinte kilómetros por día, acelerando el ritmo todos los días, con descansos cada vez menos frecuentes. Estaba sentado en una silla al lado de la ventana del dormitorio, respirando agitadamente, con la camiseta empapada en sudor. Entró por la puerta trasera, para llegar a su habitación por el oscuro pasillo que daba a la sala. Era simplemente más fácil; el lugar le servía al doctor de sala de espera, y aún había varios pacientes con cortes y heridas, que aguardaban ser atendidos. Estaban sentados, con aspecto atemorizado, preguntándose en qué condición estaría *le docteur* aquella mañana. En realidad, no era mala. Geoffrey Washburn aún bebía como un cosaco loco, pero durante estos días se mantenía bien. Era como si hubiera encontrado una reserva de esperanza en algún recóndito lugar de su propio fatalismo destructivo. Y el hombre sin memoria comprendía; esa esperanza estaba ligada a un Banco

en Bahnhofstrasse, en Zurich. ¿Por qué el nombre de la calle había acudido tan fácilmente a su mente?

La puerta del dormitorio se abrió y el doctor irrumpió sonriendo, con su chaqueta blanca manchada con la sangre de su paciente.

-¡Lo hice! -dijo; sus palabras eran más triunfantes que aclaratorias-. ¡Debería abrir mi propia agencia de colocaciones y vivir de comisiones! Sería más productivo.

-¿De qué está hablando?

-Como habíamos convenido, es lo que necesita. Usted tiene que comenzar a funcionar fuera de aquí, ¡y hace dos minutos que Monsieur Jean Fierre Sin Apellido ha sido empleado! Al menos por una semana.

-¿Cómo lo hizo? Pensé que no había ninguna posibilidad.

-La posibilidad surgió de la pierna infectada de Claude Lamouche. Le expliqué que mi reserva de anestesia local era muy, pero que *muy* limitada. Negociamos; usted fue la moneda en juego.

-¿Una semana?

-Si sirve para algo, puede ser que lo tenga por más tiempo. -Washburn hizo una pausa-. Aunque eso no es terriblemente importante, ¿verdad?

-No estoy seguro de que nada de esto lo sea. Un mes atrás podría haber sido, pero ahora... Estoy listo para partir. Creo que usted así lo quiere. Tengo una cita en Zurich.

-Y yo preferiría que en esa cita funcionara lo mejor posible. Mis intereses son extremadamente egoístas, ninguna disculpa es permitida.

-Estoy listo.

-En la superficie, sí. Pero, créame, es fundamental que pase prolongados períodos en el agua, algunos de ellos, por la noche. No en condiciones controladas, no como pasajero, sino sujeto a condiciones considerablemente duras; cuanto más duras, mejor.

-¿Otra prueba?

-Todas las que pueda realizar en este primitivo lugar. Si pudiera conjurar una tormenta y un pequeño naufragio para usted, lo haría. Por otro lado, Lamouche es como una tormenta en sí mismo; es un hombre difícil. La hinchazón de su pierna cederá, y entonces lo mirará con resentimiento. Y lo mismo les pasará a otros; usted tendrá que remplazar a alguien.

-Muchas gracias.

-De nada. Estamos combinando dos tensiones. Al menos una o dos noches en el agua, si Lamouche cumple con lo pactado (ése es el entorno hostil que contribuyó a su histeria) y se aviene a estar expuesto al resentimiento y hostilidad de las personas que lo rodean, símbolo de la situación de *stress* inicial.

-Gracias de nuevo. ¿Y si deciden tirarme por la borda? Ésa sería la última prueba, supongo, pero no sé cuál sería el beneficio si me ahogara.

-¡Oh, no sucederá nada de eso! -comentó Washburn, burlonamente.

-Me alegra verlo tan confiado. Me gustaría sentir lo mismo.

-Puede estar tranquilo. Tiene la protección de mi presencia. No seré Christian Barnard o Michael De Backey, pero soy todo lo que esta gente tiene. Me necesitan; no se arriesgarán a perderme.

-Pero usted se quiere ir. Yo soy su pasaporte hacia fuera.

-En rumbos insondables, mi querido paciente. Vamos, ahora. Lamouche quiere que vaya al muelle para familiarizarse con el equipo. Saldrán mañana a las cuatro de la madrugada. Considere lo beneficioso que será una semana en el mar. Piense en ello como en un crucero.

Nunca se hizo un crucero semejante. El patrón del sucio y mugriento barco pesquero era una mala versión de un insignificante capitán Bligh; la tripulación, un cuarteto de inadaptados, que eran indudablemente los únicos hombres en Port Noir dispuestos a vérselas con Claude Lamouche. El quinto miembro era habitualmente el hermano del principal pescador de red, hecho del cual tomó conocimiento el hombre llamado Jean-Pierre a los pocos minutos de haber zarpado del puerto, a las cuatro de la madrugada.

-¡Le quitó la comida a mi hermano! -susurró rabiosamente el pescador con rápidos movimientos de sus labios, mientras mantenía en la boca un cigarrillo inmóvil-. ¡De las bocas de sus hijos!

-Es sólo por una semana -protestó Jean-Pierre.

Hubiera sido más fácil, mucho más fácil, ofrecer una compensación al hermano desempleado, con la mensualidad de Washburn, pero el doctor y su paciente habían arreglado desentenderse de tales compromisos.

-¡Espero que sea bueno con las redes!

No lo era.

Hubo momentos, durante las siguientes setenta y dos horas, en que el hombre llamado Jean-Pierre pensó que sería obligatoria la alternativa de un arreglo financiero. La hostilidad nunca cesaba, ni siquiera de noche, especialmente de noche. Era como si las miradas estuvieran fijas en él mientras yacía en aquel inmundo colchón, en espera del momento en que se quedara dormido.

-¡Tú! ¡A hacer la guardia! El compañero está enfermo. Hay que relevarlo.

-¡Levántate! ¡Philippe está escribiendo sus memorias! No se le puede interrumpir.

-¡De pie! Rompiste una red esta mañana. No vamos a pagar por tu estupidez. Estamos todos de acuerdo. Arréglala ahora.

Las redes.

Si necesitaban dos hombres para un flanco, sus dos brazos tomaban el lugar de cuatro. Si trabajaba al lado de un hombre, se producían repentinos tirones y movimientos que lo dejaban con todo el peso, repentinos golpes de hombros cercanos que lo mandaban contra la borda, y casi fuera de ella.

Y Lamouche. Un maniático renco que medía cada kilómetro de agua por la pesca que había perdido. Su voz era áspera, como una bocina eléctrica. No se dirigía a nadie sin agregar una obscenidad antes del nombre, hábito que el paciente halló muy irritante. Pero Lamouche no

tocó al amigo del doctor; simplemente le enviaba un mensaje: *No me haga esto nunca más. No en lo que concierne a mi barco y a mi pesca.*

El programa de Lamouche preveía el regreso a Port Noir para el ocaso del tercer día; debían descargar la pesca, y la tripulación tendría hasta las cuatro de la madrugada siguiente para dormir, fornicar, emborracharse o, con suerte, las tres cosas juntas. Cuando tuvieron tierra a la vista, sucedió.

El encargado de las redes y su ayudante las estaban recogiendo y doblando sobre la parte media del barco. El rechazado tripulante, a quien había apodado Jean-Pierre *Sanguijuela,* frotaba la cubierta con un cepillo de mango largo. Los dos tripulante restantes arrojaban baldes de agua de mar frente al cepillo, más a menudo apuntando a *Sanguijuela* que a la cubierta.

Un baldazo fue demasiado alto, cegando al paciente de Washburn y haciéndole perder la estabilidad. El pasado cepillo de cerda como metal voló de sus manos, y las agudas puntas dieron contra el muslo del pescador arrodillado con las redes.

-*Merde alors!*

-*Desolé* -comentó el causante con indiferencia, escurriéndose el agua de sus ojos.

-¡Al diablo con lo que dices! -gritó el pescador.

-He dicho que lo siento -replicó Jean-Pierre-. Dile a tus amigos que mojen la cubierta, no a mí. ¡Mis amigos no me convierten en el blanco de su estupidez!

-Acaban de ser la causa de la mía.

El pescador tomó el mango del cepillo, se incorporó y lo empuñó como una bayoneta.

-¿Quieres jugar, *Sanguijuela?*

-Vamos, dámelo.

-Con mucho gusto, *Sanguijuela.* ¡Aquí tienes!

El pescador empujó el cepillo hacia delante y abajo; las puntas rasparon el pecho y el estómago del paciente, rasgando la tela de su camisa.

Nunca sabría el hombre si fue el contacto con las cicatrices que cubrían sus antiguas heridas, o la frustración y la rabia causadas por tres días de hostigamiento. Sólo supo que debía responder. Y la reacción fue mucho más alarmante de lo que hubiera podido imaginar.

Tomó el mango con su mano derecha, lo trabó contra el estómago del pescador, y lo empujó hacia delante en el momento del impacto; simultáneamente, impulsó su pie derecho hacia arriba, dando con fuerza en la garganta del hombre.

-*¡Tao!*

El susurro gutural salió involuntariamente de sus labios; no sabía lo que significaba.

Antes de que pudiera comprender, giró sobre sí, su pie derecho lanzado ahora hacia delante como un ariete, y se estrelló en el riñón derecho del pescador.

-*¡Che-sah!* -exclamó.

El pescador retrocedió; luego se lanzó hacia él con dolor y furia, sus manos tensas como garras.

-¡Cerdo!

El paciente se agachó, llevando su mano hacia arriba para sujetar el antebrazo del encargado de las redes, dándole un tirón hacia abajo, levantándolo luego, empujando el brazo de su víctima hacia arriba, retorciéndolo hasta su punto máximo, tirando otra vez hasta que, finalmente, lo soltó, empujando con el talón en la espalda del pescador. Él francés cayó hacia delante sobre las redes, y su cabeza se estrelló contra la borda.

-*¡Mee-sah!* -rugió, ignorando aún el significado de su grito.

Un tripulante lo tomó por el cuello desde atrás. El paciente lanzó su puño izquierdo contra la zona pélvica del atacante; luego se agachó hacia delante, tomando el codo que aprisionaba su garganta. Se inclinó hacia su izquierda; su asaltante fue levantado del suelo, sus piernas dieron vueltas en el aire mientras era arrojado sobre la cubierta; al caer, su cara y cuello quedaron aprisionados entre las ruedas de un cabrestante.

Los otros dos hombres ya estaban sobre él, aporreándolo con puños y rodillas, mientras el capitán del barco pesquero gritaba repetidamente sus advertencias.

-*Le docteur! Rappelons le docteur! Va douce-ment!*

Las palabras estaban tan fuera de lugar como la apreciación del capitán sobre lo que estaba viendo. El paciente sujetó la muñeca de uno de los hombres, doblándola hacia abajo y retorciéndola en sentido contrario a las agujas del reloj con un movimiento violento; el hombre gritó desesperadamente. La muñeca estaba rota.

El paciente de Washburn juntó los dedos de sus manos, blandiendo los brazos hacia arriba como un martillo, para golpear al hombre de la muñeca rota, en mitad de la garganta. El hombre dio una voltereta en el aire y cayó sin sentido sobre cubierta.

-*Kwa-sah!*

El susurro retumbó en los oídos del paciente.

El cuarto hombre retrocedió, con la vista clavada en el maniático, que, simplemente, lo miraba.

Había terminado. Tres hombres de la tripulación de Lamouche estaban inconscientes, severamente castigados por lo que habían hecho. Era muy improbable que alguno fuera capaz de presentarse en el muelle a las cuatro de la madrugada.

Las palabras de Lamouche fueron dichas con igual carga de asombro y desprecio.

-No sé de dónde vienes, pero te irás de este barco.

El hombre sin memoria comprendió la ironía no intencionada de las palabras del capitán. *Yo tampoco sé de dónde vengo.*

-No puede quedarse aquí, ahora -dijo Geoffrey Washburn, mientras entraba en la oscura habitación-. Honestamente, pensé que podía evitar cualquier serio ataque contra usted. Pero no lo puedo proteger si es usted quien ha causado el daño.

-Me provocaron.

-¿En la misma medida en que respondió? ¿Una muñeca rota y laceraciones que requieren sutura en la garganta y la cara de un hombre, y en la cabeza de otro? ¿Una contusión profunda y daño indeterminado en un riñón? ¿Por no hablar del golpe en la ingle, que causó hinchazón en los testículos? Creo que la palabra adecuada es «destrucción».

-Habría sido «muerte», y yo, el hombre muerto, si hubiera sucedido de otra manera. -El paciente hizo una pausa, pero volvió a hablar antes de que el doctor pudiera interrumpirlo-. Pienso que deberíamos hablar. Pasaron varias cosas, otras palabras llegaron a mí. Deberíamos hablar.

-Deberíamos, pero no podemos. No hay tiempo. Se tiene que ir ahora. Ya hice los arreglos.

-¿Ahora?

-Sí. Les dije que se había ido al pueblo, probablemente a emborracharse. Las familias lo estarán buscando. Todo hermano, primo o cuñado en condiciones de luchar. Tendrán cuchillos, ganchos, quizás una o dos pistolas. Cuando no lo puedan encontrar, regresarán aquí. No se detendrán hasta que lo encuentren.

-¿Por una pelea que no comencé?

-Porque hirió a tres hombres, que perderán como mínimo un mes de sueldo. Y algo más, que es infinitamente más importante.

-¿Qué es?

-Él insulto. Un hombre que no es del lugar resultó ser más que un contrincante, no sólo para uno, sino para tres respetados pescadores de Port Noir.

-¿Respetados?

-En el sentido físico. La tripulación de Lamouche es considerada como la más fuerte de toda la costa.

-Eso es ridículo.

-No para ellos. Es su honor... Ahora apresúrese, recoja sus cosas. Hay un barco en el puerto de Marsella; el capitán accedió a ocultarlo y llevarlo un kilómetro hacia el norte de La Ciotat.

El hombre sin memoria contuvo la respiración.

-Entonces, llegó el momento -dijo en voz baja.

-Llegó el momento -replicó Washburn-. Creo que sé lo que está pasando por su mente. Una sensación de impotencia, de ir a la deriva sin un timón para guiar el rumbo. Yo he sido su timón, y no estaré con usted; no hay nada que pueda hacer al respecto. Pero créame cuando le digo que *no* está desprotegido. Encontrará su camino.

-A Zurich -agregó el paciente.

-A Zurich -confirmó el doctor-. Aquí tiene. Envolví algunas cosas para usted en este lienzo. Sujételo alrededor de la cintura.

-¿Qué es?

-Todo el dinero que tengo, unos dos mil francos. No es mucho, pero le ayudará para empezar. Y mi pasaporte, para lo que pueda servirle. Somos más o menos de la misma edad y es de hace ocho años; las personas cambian. No deje que lo estudien. Es meramente un documento oficial.

-¿Qué hará usted?

-No lo necesitaré nunca si no tengo noticias suyas.

-Es usted un hombre decente.

-Creo que usted también lo es... Como yo lo conozco. Pero claro, no lo conocí antes. De modo que no puedo responder por ese hombre. Ojalá pudiera, pero no hay forma de que pueda hacerlo.

El hombre se apoyó en la barandilla, mientras observaba cómo las luces de Port Noir se perdían en la distancia. El barco pesquero penetraba en la oscuridad, en una oscuridad semejante a aquella en la que el se había sumergido cinco meses atrás.

Y ahora estaba penetrando en otra oscuridad.

3

No había luces en la costa de Francia; sólo el débil resplandor de la Luna perfilaba la rocosa orilla. Estaban a doscientos metros de la costa, el barco pesquero se mecía suavemente en las corrientes de la ensenada. El capitán señaló hacia el horizonte.

-Hay una pequeña franja de playa entre esos dos grupos de rocas. No es mucho, pero llegará a ella si nada hacia la derecha. Podemos acercarnos unos diez o quince metros, no más. Sólo un minuto o dos.

-Está usted haciendo más de lo que esperaba. Se lo agradezco.

-No es necesario. Yo pago mis deudas.

-¿Soy yo una de ellas?

-Y mucho. El doctor de Port Noir suturó a tres de mis hombres después de aquella locura, cinco meses atrás. Usted no fue la única víctima, ¿sabe?

-¿La tormenta? ¿Me conoce?

-Estaba blanco como una tiza en la pizarra, pero no lo conozco ni lo quiero conocer. No tenía dinero entonces, no hubo pesca; el doctor dijo que podría pagarle cuando mejoraran las circunstancias. Usted es mi paga.

-Necesito documentos -dijo el hombre, intuyendo una fuente de ayuda-. Necesito un pasaporte falso.

-¿Por qué me lo dice a mí? -preguntó el capitán-. Dije que llevaría un bulto hasta el norte de La Ciotat. Eso fue todo.

-No habría dicho eso si no fuera capaz de otras cosas.

-*No* lo llevaré a Marsella. No me arriesgaré a enfrentarme con los barcos patrulleros. La Sureté tiene escuadras por todo el puerto; la división Narcóticos es obsesiva. O se les paga *a ellos* o se pagan veinte años en una celda.

-La que significa que puedo obtener papeles en Marsella. Y usted me puede ayudar.

-No dije eso.

-Sí lo hizo. Necesito un servicio, y ese servicio puede hallarse en un lugar al que usted no me quiere llevar, pero aún está allí el servicio. Usted lo dijo.

-¿Dije qué?

-Que me hablará en Marsella, si puedo llegar allí sin usted. Sólo dígame dónde.

El capitán del barco pesquero estudió la cara del paciente; no tomó la decisión apresuradamente, pero la tomó.

-Hay un café en la rué Sarrasin, al sur de Puerto Viejo, «Le Bouc de Mer». Estaré allí esta noche entre nueve y once. Necesitará dinero, un poco adelantado.

-¿Cuánto?

-Eso lo arregla usted con el hombre con quien hable.

-Necesito tener una idea.

-Es más barato si ya tiene un documento sobre el cual trabajar. De otro modo lo roban a uno.

-Le dije. Tengo uno.

El capitán se encogió de hombros.

-Mil quinientos, dos mil francos. ¿Estamos perdiendo el tiempo?

El paciente pensó en el lienzo sujeto a su cintura. Lo esperaba la bancarrota en Marsella, pero también un pasaporte falso, un pasaporte a Zurich.

-Me las arreglaré -dijo, sin saber por qué sonaba tan seguro-. Esta noche, entonces.

El capitán escudriñó la costa tenuemente iluminada.

-Hasta aquí podemos llegar. Ahora debe continuar por sus propios medios. Recuerde: si no nos encontramos en Marsella, usted nunca me vio ni yo lo vi a usted. Tampoco lo ha visto ninguno de mi tripulación.

-Estaré allí, «Le Bouc de Mer», rué Sarrasin, al sur del Puerto Viejo.

-En las manos de Dios -dijo el capitán, haciendo una señal al timonel; los motores rugieron bajo el barco-. A propósito: la clientela de *Le Bouc* no está habituada al dialecto parisiense. Yo hablaría más rústico, si fuera usted.

-Gracias por el consejo -replicó el paciente mientras pasaba sus piernas sobre la borda y se deslizaba en el agua. Sostenía su mochila sobre la superficie, moviendo las piernas para mantenerse a flote-. Nos veremos esta noche -agregó con voz más fuerte, mirando hacia el oscuro casco del pesquero.

Ya no había nadie allí; el capitán se había alejado de la barandilla. Los únicos sonidos eran los golpes de las olas contra la madera y la apagada aceleración de los motores.

Estás solo ahora.

Tembló y giró en el agua fría, dirigiéndose hacia la orilla; recordó que debía desviarse hacia la derecha, para dar con el grupo de rocas. Si el capitán sabía de qué hablaba, la corriente debía llevarlo hacia la playa.

Lo llevó; sentía cómo la corriente submarina le tiraba de los pies desnudos hacia la arena, haciendo que los últimos treinta metros fueran los más difíciles de cruzar. Pero la mochila de lona estaba casi seca; todavía lograba sostenerla por encima de la rompiente.

Minutos más tarde estaba sentado en una duna de pasto salvaje, los tallos altos doblándose con la brisa marina, mientras los primeros rayos de la mañana asomaban en el cielo. El sol saldría dentro de una hora; debía moverse con él.

Abrió la mochila y sacó unas botas, medio gruesas, un pantalón enrollado y una rústica camisa de percal. En algún momento de su pasado había aprendido a guardar las cosas con economía de espacio; la mochila contenía mucho más de lo que un observador hubiera podido pensar. ¿Dónde había aprendido eso? ¿Por qué? Las preguntas no cesaban.

Se paró y se quitó los *shorts* ingleses que le había regalado Washburn. Los estiró sobre los juncos para que se secaran; no podía desprenderse de nada. Se quitó la camiseta e hizo lo mismo.

Así desnudo, sobre la duna, sintió una rara sensación de regocijo, mezclado con un dolor en el estómago. El dolor era miedo, lo sabía. También comprendía el regocijo.

Pasó la primera prueba. Confió en su instinto -quizás un impulso- y supo qué decir y cómo responder.

Hacía una hora estaba sin destino inmediato, sabiendo solamente que Zurich era su objetivo, aunque también sabía que había fronteras que cruzar, trámites oficiales que cumplir. El pasaporte de hacía ocho años era tan obviamente ajeno, que hasta el empleado más estúpido se daría cuenta. Y suponiendo que se las ingeniara para pasar a Suiza, tendría que salir; con cada movimiento se multiplicaban las posibilidades de ser detenido. No lo podía permitir. No ahora; no hasta que supiera más. Las respuestas estaban en Zurich; debía viajar libremente, y había logrado convencer al capitán de un barco pesquero para que eso fuera posible.

No está desprotegido. Encontrará su camino.

Antes de que terminara el día establecería una conexión para que el pasaporte de Washburn pudiera ser alterado por un profesional y transformado en una licencia de viaje. Era el primer paso concreto, pero antes de tomarlo debía considerar el problema del dinero. No bastaban los dos mil francos que el doctor le había dado; hasta podían no ser suficientes para el pasaporte.

-¿De qué le servía una licencia para viajar sin los medios para hacerlo? Dinero. Debía conseguir dinero. Tenía que pensar en eso.

Sacudió la ropa que había sacado de la mochila, se la puso y se calzó las botas. Luego se recostó sobre la arena, mirando al cielo, que progresivamente se hacía más brillante. El día estaba naciendo, y él también.

Caminó por las estrechas calles de La Ciotat, y entraba en los comercios más que nada para conversar con la gente. Era una extraña sensación el ser parte del tráfico humano, no un desahuciado desconocido, rescatado del mar. Recordó el consejo del capitán y guturalizó su francés, lo que le permitió pasar inadvertido como cualquier extraño de paso por la ciudad.

Dinero.

Había un sector de La Ciotat que aparentemente abastecía a una clientela adinerada. Los comercios eran más limpios, y la mercadería, más rara; el pescado, más fresco, y había más carne. Hasta las hortalizas relucían; muchas de ellas, exóticas, importadas de África del Norte y el Medio Oriente. La zona parecía tener un toque de París o Niza en medio de una rutinaria comunidad costera de clase media. Un pequeño café, con la entrada al final de un sendero de lajas, se erguía, separado de los negocios que los flanqueaban, por un césped muy bien cuidado.

Dinero.

Entró en una carnicería, consciente de que no era positiva, la apreciación que hacía el dueño de él, ni su mirada, amistosa. El hombre estaba atendiendo a una pareja de mediana edad que, por la manera de hablar y de actuar, parecían ser criados de alguna propiedad de las afueras. Eran precisos, cortantes y exigentes.

-La semana pasada, la carne de ternera era apenas pasable -dijo la mujer-. Déme algo mejor esta vez, o me veré obligada a pedirla a Marsella.

-Y la otra noche -agregó el hombre-, el marqués dijo que las costillas de cordero eran muy estrechas. Le repito; tres centímetros es la medida.

El dueño suspiró y se encogió de hombros, profiriendo frases obsequiosas de disculpa y promesa. La mujer se dirigió a su acompañante con un tono no menos imperativo del que había empleado con el carnicero.

-Coge los paquetes y llévalos al coche. Estaré en el almacén; búscame allí.

-Por supuesto, querida.

La mujer partió, paloma en busca de semillas de conflicto. En el momento en que la mujer salió de la carnicería, su esposo se dirigió al dueño con actitud totalmente distinta. Su arrogancia se había borrado, y una sonrisa apareció en su lugar.

-Un día normal ¿eh, Marcel? -dijo sacando un paquete de cigarrillos del bolsillo.

-Los ha habido mejores y peores. Las costillas, ¿eran realmente tan estrechas?

-¡No, por Dios! ¿Cuándo iba él a poder decirlo? Pero ella se siente mejor si me quejo, sabes que es así.

-¿Dónde está ahora el Marqués del Estiércol?

-Ebrio, aquí al lado, esperando a la ramera de Tolón. Vendrá esta tarde a buscarlo, y lo llevaré a los establos sin que se entere la marquesa. No será capaz de conducir su coche para entonces. Usa la habitación de Jean-Pierre, arriba de la cocina, ¿sabes?

-He oído algo de eso.

Al oír el nombre Jean-Pierre, el paciente de Washburn se apartó del mostrador de aves. Fue un reflejo automático, pero sirvió para recordar su presencia al carnicero.

-¿Qué pasa? ¿Qué quiere?

Era el momento para desguturalizar su francés.

-Me lo recomendaron unos amigos de Niza -dijo el paciente, con un acento, que parecía más adecuado para el Quai d'Orsav que para «Le Bouc de Mer».

-¡Oh!

El dueño hizo una inmediata reevaluación. Entre su clientela, especialmente entre los más jóvenes, estaban aquellos que preferían vestir en oposición a su *status.* La camisa vasca común hasta estaba de moda por aquellos días.

-¿Es nuevo aquí, señor?

-Mi barco está en reparación; no podremos llegar a Marsella esta tarde.

-¿Puedo serle útil?

El paciente rió.

-Puede serlo para el *chef;* no me atrevería a decir. Él vendrá más tarde, y tengo cierta influencia.

El carnicero y su amigo rieron.

-Yo diría que sí, señor -replicó el dueño.

-Necesitaré una docena de patos y, digamos, dieciocho chateaubriands.

-Por supuesto.

-Bien. Enviaré al *chef.*

El paciente se volvió hacia el hombre.

-A propósito, no he podido evitar oírlo... no, por favor, no se preocupe. El marqués ¿no será ese necio D'Ambois? Creo que alguien me dijo que vivía por aquí.

-¡Oh, no, señor! -respondió el sirviente-. No conozco al marqués D'Ambois. Me refería al Marqués de Chamford. Un buen caballero, señor, pero tiene problemas. Un matrimonio difícil. Muy difícil; no es ningún secreto.

-¿Chamford? Sí, creo que lo conozco. Más bien bajo, ¿no?

-No, señor. Bastante alto. Como de su estatura.

-¿En serio?

El paciente estudió rápidamente las distintas entradas y escaleras interiores del café de dos plantas. Parecía un proveedor de Roquevaire que no conociera su nueva ruta. Había dos escaleras que conducían arriba, una por la cocina, la otra justo debajo de la entrada principal, en el pequeño salón-recibidor; ésta era la escalera que usaban los clientes para ir a los baños de arriba. Había también una ventana a través de la cual cualquier interesado podía ver desde fuera a todo el que utilizara la escalera, y el paciente estaba seguro de que, si esperaba lo suficiente, vería subir a dos personas. Subirían indudablemente separados, no hacia un baño, sino a una habitación sobre la cocina. El paciente se preguntó cuál de los costosos automóviles estacionados en la tranquila calle pertenecería al marqués de Chamford. Cualquiera que fuese, el sirviente que estaba en la carnicería no debía preocuparse; su patrón no iba a conducirlo.

Dinero.

La mujer llegó poco después de la una. Era una rubia de cabello suelto; la seda de su blusa se veía tirante sobre el pecho y sus largas piernas tostadas se movían con gracia sobre los altos tacones; sus caderas y muslos se delineaban bajo el ajustado vestido blanco. Chamford podía tener problemas, pero también tenía gusto.

Veinte minutos más tarde pudo ver la falda blanca por la ventana; la chica estaba subiendo. Menos de sesenta segundos después, otra figura llenó el marco de la ventana; un pantalón oscuro y una chaqueta deportiva bajo una cara blanca subió cautelosamente la escalera. El paciente contó los minutos; esperaba que el marqués de Chamford llevara reloj.

Con su mochila de lona sujeta lo más discretamente posible por las correas, el paciente caminó por el sendero de lajas hacia la entrada del restaurante. Una vez adentro, giró hacia la izquierda en el salón-recibidor, excusándose al pasar junto a un hombre mayor que, paso a paso, subía las escaleras, alcanzó el piso superior y dobló nuevamente a la izquierda por un largo corredor que conducía a la parte trasera del edificio, sobre la cocina. Pasó los baños y llegó a una puerta cerrada al final del estrecho pasillo, donde se detuvo, apoyando la espalda contra la pared. Se volvió y esperó a que el hombre mayor alcanzara la puerta del baño y la abriera, mientras se bajaba la cremallera de los pantalones.

El paciente -instintivamente, en realidad- levantó la blanda mochila y la apoyó contra el panel central de la puerta. La sostuvo en su lugar, asegurándola con sus brazos extendidos, dio un paso atrás y con un rápido movimiento golpeó con su hombro izquierdo en la mochila, soltando su mano derecha mientras se abría la puerta, para asir el borde antes de que la puerta pudiera dar contra la pared. Nadie abajo, en el restaurante, podía haber oído la silenciosa irrupción.

-*Nom de Dieu!* -gritó ella-. *Qui est-ce...?*

-*Silence!*

El marqués de Chamford saltó de encima del cuerpo desnudo de la mujer rubia, para caer al suelo. El hombre parecía una imagen de ópera cómica, todavía con su camisa almidonada, con la corbata anudada y, en sus pies, calcetines de seda que le llegaban hasta la rodilla; era todo lo que tenía puesto. La mujer se tapó con la colcha, haciendo lo posible por atenuar la poca delicadeza del momento.

El paciente dio las órdenes rápidamente.

-No alcen la voz. Nadie saldrá lastimado si hacen exactamente lo que les diga.

-¡Mi esposa lo contrató! -gritó Chamford, arrastrando las palabras y con la mirada extraviada-. ¡Yo le pagaré más!

-Eso ya es un comienzo -respondió el paciente del doctor Washburn-. Quítese la camisa y la corbata. También los calcetines. -Vio la resplandeciente cadena de oro en la muñeca del marqués-. Y el reloj. Minutos más tarde, la transformación era completa. La ropa del marqués no le quedaba perfecta, pero nadie podía negar la calidad del material ni el buen corte. Además, el reloj era un «Girard Perregaux», y la billetera de Chamford contenía más de trece mil francos. Las llaves del coche también eran impresionantes: estaban, sujetas a placas con monogramas en letras de plata pura.

-¡Por el amor de Dios, déme su ropa! -replicó el marqués, pues su problemática situación comenzaba a abrirse paso por entre la niebla del alcohol.

-Lo siento, pero no puedo hacerlo -dijo el intruso mientras juntaba su ropa y la de la mujer.

-¡No puede llevarse también *la ma!* -gritó.

-Le he dicho que no alzara la voz.

-Está bien, está *bien* -continuó-, pero usted no *puede...*

-Sí puedo. -El paciente miró alrededor; había un teléfono en un escritorio bajo la ventana. Llegó hasta él y tiró del cable, arrancándolo del enchufe-. Ahora, nadie los molestará -agregó, recogiendo la mochila.

-No se saldrá con la suya, ¿sabe? -gritó Chamford-. ¡No escapará! ¡La Policía lo encontrará!

-¿La Policía? -preguntó el intruso-. ¿Realmente cree que debería llamar a la Policía? Habría que hacer una denuncia formal, describir las circunstancias. No estoy muy seguro de que sea una buena idea. Pienso que será mejor para usted si espera a ese hombre para que lo recoja esta tarde. Le oí decir que le iba a llevar a los establos sin ser visto por la marquesa. Considerando la situación, sinceramente pienso que es eso lo que debe hacer. Estoy seguro de que podrá dar una mejor versión de lo que realmente sucedió aquí. Yo no lo voy a contradecir.

El desconocido ladrón abandonó la habitación y cerró detrás de sí la estropeada puerta.

No está desprotegido. Encontrará su camino.

Hasta ahora lo había hecho, y era un poco atemorizante. ¿Qué habría dicho Washburn? Que recobraría sus habilidades y talentos, *...pero no creo que alguna vez pueda relacionarías con nada de su pasado.* El pasado. ¿Qué clase de pasado tenía para haber producido las habilidades desplegadas durante las pasadas veinticuatro horas? ¿Dónde había aprendido a herir y mutilar con los pies y los dedos convertidos en martillos? ¿Cómo sabía con precisión dónde asestar los golpes? ¿Quién le había enseñado a jugar con la mente criminal, provocando un renuente compromiso? ¿Cómo sacaba deducciones tan rápidamente, convencido, sin atisbo de duda, de que sus instintos eran correctos? ¿Dónde había aprendido a discernir en un instante la posibilidad de extorsión por una conversación casual escuchada en una carnicería? Lo más importante de la cuestión, quizás, era la simple decisión de llevar a cabo el crimen. ¡Dios mío!, ¿cómo *podía* hacer tal cosa?

Cuanto más se desespere, cuanto más se atormente, peor será.

Se encontró en el camino y en el salpicadero del «Jaguar» del marqués de Chamford. La disposición de los instrumentos no le resultaba familiar; su pasado no incluía una extensa experiencia en esa clase de automóviles. Supuso que aquello era un indicio de algo.

En menos de una hora cruzó un puente sobre un ancho canal y supo que había llegado a Marsella. Pequeñas casas cuadradas de piedra emergían como bloques sobre el agua; calles angostas y paredes por todos lados: los alrededores del viejo puerto. Lo conocía todo y, sin embargo, no conocía nada. Alta en la distancia, perfilada contra una de las colinas circundantes, se veía la silueta de una catedral, con la imagen de la Virgen claramente distinguible sobre el campanario. Notre-Dame-de-la-Garde. El nombre acudió a su mente; la había visto antes, y, sin embargo, no la había visto.

¡Oh, Cristo! *¡Basta!*

Minutos más tarde estaba en el vibrante centro de la ciudad, conduciendo por la congestionada Canebière, con su proliferación de comercios exclusivos; los rayos del sol de la tarde extendían sus reflejos matizados a ambos lados de la calle, jalonados por enormes cafés. Viró hacia la izquierda, en dirección al puerto, pasando por tinglados y pequeñas fábricas con cercas que contenían automóviles listos para ser transportados al Norte, a los salones de exposición de Saint-Étienne, Lyon y París, y a algunos puntos al sur del Mediterráneo.

Instinto. Sigue tu instinto. Nada podía descartarse. Cada fuente tenía un uso inmediato; tenía valor una roca si podía ser arrojada, o un vehículo si alguien lo quería. Eligió un punto en el cual los autos eran nuevos y usados, pero todos muy costosos; aparcó en el borde de la acera y se bajó. Al otro lado de la cerca había un pequeño garaje, donde mecánicos con mamelucos daban vueltas en silencio con herramientas en la mano. Caminó de forma casual por su interior hasta que distinguió a un hombre delgado con un traje a rayas, al cual su instinto le dijo que se aproximara.

Llevó menos de diez minutos -con las mínimas explicaciones-, organizar la desaparición de un «Jaguar» hacia África del Norte, con la garantía de que los números del motor serían limados.

Las llaves con monograma de plata fueron cambiadas por seis mil francos, apenas una quinta parte del valor del coche de Chamford. Luego, el paciente de Washburn tomó un taxi y dijo al conductor que lo llevara a una casa de empeño, pero no a un establecimiento donde hicieran muchas preguntas. El mensaje era claro; esto era Marsella. Y media hora más tarde el «Girard Perregaux» de oro no estaba ya en su muñeca; había sido remplazado por un cronógrafo «Seiko» y ochocientos francos. Todo tenía valor según su practicidad; el cronógrafo era a prueba de golpes.

La siguiente etapa fue en una tienda de mediano tamaño, en la parte sudeste de La Canebière. Eligió ropa de los percheros y estantes y, tras pagar, se la puso en un probador. Allí abandonó la chaqueta deportiva y los pantalones, que no le sentaban.

De un mostrador de exhibición tomó un maletín de cuero blando y guardó en él la mochila y demás prendas adicionales. El paciente miró su nuevo reloj; eran casi las cinco, hora de buscar un hotel confortable. No había dormido en realidad desde hacía varios días; necesitaba descansar antes de su cita en la rué Sarrasin, en un café llamado «Le Bouc de Mer», donde podían hacerse arreglos para una cita más importante en Zurich.

Se recostó en la cama y miró hacia el techo, en cuya blanca y lisa superficie las luces de la calle hacían bailar irregulares figuras. La noche había caído rápidamente sobre Marsella, y, con su llegada, el paciente experimentó una cierta sensación de libertad. Era como si la noche fuera un manto gigantesco, que tapaba el cruel resplandor del día, el cual dejaba al descubierto mucho y muy pronto. Estaba aprendiendo algo más sobre sí mismo; se sentía más cómodo de noche. Al igual que un gato hambriento, de noche conseguía con más facilidad su alimento. Sin embargo, había una contradicción, y reconocía también eso. Durante los meses pasados en Ile de Port Noir anhelaba la luz del sol, la deseaba vehementemente, la esperaba en cada amanecer, deseando sólo que desapareciese la oscuridad.

Le estaban pasando cosas; estaba cambiando.

Habían pasado cosas. Hechos que desmentían un pico el concepto de que la noche era más propicia para sus acciones. Hacía doce horas estaba en un barco pesquero, en el Mediterráneo, con un objetivo en la mente y dos mil francos atados a la cintura. Dos mil francos, algo menos de quinientos dólares norteamericanos, de acuerdo con el cambio del día, según podía leerse en la pizarra del vestíbulo del hotel. Ahora estaba provisto de varios conjuntos de ropa aceptable y descansando en la cama de un hotel razonablemente caro, con algo más de veintitrés mil francos en una billetera Louis Vuitton perteneciente al marqués de Chamford. Veintitrés mil francos... casi seis mil dólares norteamericanos.

¿De dónde le venía aquella capacidad de hacer las cosas que hacía?

¡Basta!

La rué Sarrasin era tan antigua, que en otra ciudad podría haber sido señalada como un lugar característico, un ancho callejón empedrado que conectaba calles construidas cientos de años más tarde. Pero esto era Marsella; lo antiguo coexistía con lo viejo, ambos incómodos con lo nuevo. La rué Sarrasin no tenía más de sesenta metros de largo, congelada en el tiempo entre las paredes de piedra de las construcciones de la orilla, desprovista de luces, atrapando la bruma que emanaba del puerto. Era una calle apartada, propicia para encuentros furtivos entre personas que no querían que sus entrevistas fueran observadas.

La única luz y los únicos ruidos provenían de «Le Bouc de Mer». El café estaba situado aproximadamente en el centro del callejón; el local fue un edificio de oficinas en el siglo XIX. Se habían sacado varios compartimientos para permitir la instalación de un bar grande y mesas; otros tantos quedaron para encuentros menos públicos. Éstos eran los equivalentes en la costa de esos compartimientos privados, que podían encontrarse en los restaurantes sobre La Canebière y, de acuerdo con su *status,* tenía cortinas, pero no puertas.

El paciente se abrió paso entre las atestadas mesas, cortando capas de humo, excusándose al pasar entre pescadores tambaleantes, soldados ebrios y prostitutas pintarrajeadas en busca de camas donde acostarse, así como de francos nuevos. Miró en varios compartimientos, como un marinero en busca de sus compañeros, hasta que encontró al capitán del barco pesquero. Había otro hombre en la mesa. Delgado, pálido, de ojos pequeños, que fisgaban como los de un hurón curioso.

-Siéntese -lo invitó el hosco capitán-. Pensé que estaría aquí antes.

-Usted dijo entre nueve y once. Son las once menos cuarto.

-Alargó el tiempo, así que puede pagar el whisky.

-Será un placer. Pida algo decente, si es posible aquí.

El hombre delgado y pálido sonrió. Las cosas marcharían bien.

Así fue. El pasaporte en cuestión era, naturalmente, uno de los más difíciles de falsificar, pero con gran cuidado, equipo y habilidad artística, podría hacerse.

-¿Cuánto?

-La pericia y el equipo no son baratos. Dos mil quinientos francos.

-¿Para cuándo puedo tenerlo?

-El cuidado y la habilidad, llevan tiempo. Tres o cuatro días. Y eso significa someter al artista a una gran presión; se enojará conmigo.

-Hay mil francos adicionales si puedo tenerlo para mañana.

-Para las diez de la mañana -dijo rápidamente el hombre pálido-. Aceptaré el insulto.

-Y los mil -interrumpió el enfurruñado capitán-. ¿Qué ha traído de Port Noir, diamantes?

-Talento -respondió el paciente, creyendo en lo que decía, pero sin entenderlo.

-Necesitaré una fotografía -dijo el contacto.

-Me detuve en un parque de atracciones y me saqué una -contestó el paciente, sacando del bolsillo de su camisa una pequeña fotografía cuadrada-. Con todo ese costoso equipo, estoy seguro de que podrán retocarla.

-Buena ropa -comentó el capitán, mientras le pasaba la foto al hombre pálido.

-Bien hecha -confirmó el paciente.

Arreglaron el lugar del encuentro matutino, pagaron la consumición y el capitán deslizó quinientos francos por debajo de la mesa. El encuentro había terminado; el comprador dejó el compartimiento y comenzó a caminar hacia la puerta a través del atestado y ruidoso salón lleno de humo.

Fue tan rápido, tan completamente inesperado, que no hubo tiempo de pensar. Sólo de *reaccionar.*

El choque fue repentino, casual, pero los ojos que se posaron en él no eran casuales; parecían salirse de las órbitas, como si no creyeran lo que estaban viendo, al borde de la histeria.

-¡No! ¡Oh, mi Dios, no! *No puede* ser.

El hombre se volvió entre la gente; el paciente saltó hacia delante, afianzando su mano sobre el hombro del sujeto.

-¡Espere un minuto!

El hombre se giró nuevamente, poniendo los dedos medio y pulgar en forma de V.

-*¡Tú!* ¡Tú estás *muerto!* ¡No puedes estar vivo!

-Estoy vivo. ¿Qué es lo que *sabes?*

La cara estaba ahora contraída: una masa de furia retorcida, los ojos extraviados, la boca abierta, como buscando aire, y mostrando unos dientes amarillentos que parecían de animal. De pronto, el hombre sacó una navaja, y el chasquido de la hoja doblada se oyó en medio del alboroto circundante. La hoja era una extensión de la mano que la empuñaba, y ambas se lanzaron hacia el estómago del paciente.

-Sé que ahora lo terminaré.

El paciente bajó el antebrazo derecho, un péndulo que barría todos los objetos que encontraba por delante. Giró sobre sí, lanzando el pie izquierdo hacia arriba; el talón se estrelló en la pelvis de su atacante.

-*Che-sah.*

El eco en los oídos era ensordecedor.

El hombre hizo tambalear a un trío de bebedores, mientras el cuchillo caía al suelo. Al ver el arma se oyeron gritos, los hombres se arremolinaron, surgieron puños y manos separando a los combatientes.

-¡Salgan de aquí!

-¡Váyanse a otro sitio a pelearse!

-¡No queremos aquí a la Policía, borrachos bastardos!

Los enojados y toscos dialectos de Marsella emergieron sobre los sonidos cacofónicos de «Le Bouc de Mer». El paciente fue retenido; observó mientras su fallido asesino se abría paso entre la gente, tocándose la ingle y forzando su paso hacia la entrada. La pesada puerta se abrió y el hombre se perdió en la oscuridad de la rué Sarrasin.

Alguien que lo creía muerto, que quería su muerte, sabía que estaba vivo.

4

La clase turística del «Caravelle» de Air France que se dirigía a Zurich estaba repleta; los estrechos asientos parecían más incómodos por la turbulencia que sacudía al avión. Un bebé lloraba en brazos de su madre; otros niños gemían, tragando gritos de miedo mientras los padres les sonreían y los confortaban con una seguridad que no sentían. La mayoría de los restantes pasajeros permanecían silenciosos; algunos, bebiendo su whisky más rápido de lo normal.

Los menos emitían risas forzadas que brotaban de apretadas gargantas, actitudes falsas que enfatizaban su inseguridad en lugar de disimularla. Un vuelo terrible significa muchas cosas para mucha gente, pero nadie escapa a los esenciales pensamientos de terror. Cuando el hombre se encierra en un tubo metálico a nueve mil metros sobre la tierra, es vulnerable. En una alargada y aterrorizante zambullida podría caer a plomo sobre la tierra. Y hay preguntas fundamentales que acompasan al terror esencial. ¿Qué pensamientos atravesarían la mente de uno en semejante momento? ¿Cómo reaccionaría uno?

El paciente trató de averiguarlo; era importante para él. Estaba sentado del lado de la ventanilla, con los ojos fijos en el ala del avión, observando cómo la enorme extensión de metal se vencía y vibraba bajo el brutal impacto del aire. Las corrientes chocaban entre sí, llevando el tubo hecho por el hombre a una especie de sumisión, previniendo a los pretenciosos microscópicos que no eran rivales para las vastas irregularidades de la Naturaleza. Un gramo de presión por debajo de la tolerancia del fleje y el ala se quebraría; el miembro de apoyo, separado de su cuerpo tubular, quedaría despedazado en los aires; el estallido de un remache provocaría una explosión, seguida por los gritos y el precipitarse hacia abajo.

¿Qué haría él? ¿Qué pensaría? Aparte el incontrolable miedo a la muerte y el olvido, ¿habría algo más? En eso debía concentrarse; ésa era la *proyección* en que Washburn hacía hincapié, allá en Port Noir. Las palabras del doctor volvieron a él:

Cuando observe una situación de gran tensión -y tenga tiempo-, haga lo posible por proyectarse en ella. Haga asociaciones lo más libremente que pueda;

deje que las palabras y las imágenes pueblen su mente. En ellas puede encontrar claves.

El paciente continuó mirando por la ventana, procurando estimular su inconsciente, fijando su vista en la violencia natural del otro lado del vidrio, destilando el movimiento, tratando en silencio de hacer lo posible para dejar que sus reacciones dieran lugar a palabras e imágenes.

Vinieron despacio. Nuevamente volvió la oscuridad, y el sonido del viento fuerte restalló en los oídos, continuo, aumentando el volumen hasta hacerle pensar que su cabeza iba a estallar. Su cabeza... El viento azotaba su cabeza y su cara quemándole la piel, forzándolo a levantar su hombro izquierdo para protegerse... Hombro izquierdo. *Brazo* izquierdo. Su brazo estaba levantado; los enguantados dedos de su mano izquierda sujetaban un borde metálico, la derecha asía una... correa; se agarraba a una correa, esperando algo. Una señal... un destello de luz o una palmada en el hombro, o ambas. Una señal. Ésta *llegó.* Se hundió. En la oscuridad, en el vacío; con el cuerpo dando tumbos, retorciéndose, atravesaba el cielo nocturno. Se había... ¡arrojado en paracaídas!

-*Étes-vous malade?*

Su insana visión se esfumó; el nervioso pasajero que estaba a su lado le había tocado el brazo izquierdo, que mantenía levantado, con los dedos de la mano desplegados, como si resistieran, rígidos, en su fija posición. Sobre el pecho, su antebrazo derecho presionaba la tela de su chaqueta, y la mano derecha se agarraba de la solapa, arrugándola. Y por su frente corrían hilos de sudor; había sucedido. Su otra vida había vuelto brevemente -insanamente- a entrar en su conciencia.

-*Pardon* -dijo, bajando los brazos-. *Un mauvais revê* -agregó sordamente.

Se produjo un cambio en las condiciones atmosféricas, el «Caravelle» se estabilizó. Las sonrisas en el rostro de las acosadas azafatas volvieron a ser francas; se reanudó por completo el servicio de a bordo, mientras los incómodos pasajeros se miraban de reojo.

El paciente observó a su alrededor, pero no sacó conclusiones. Estaba consumido por las imágenes y los sonidos, que aparecieron tan claramente definidos en su mente. Se había arrojado de un avión... de noche... *Había* saltado en paracaídas. *¿Dónde? ¿Por qué?*

¡No se atormente más!

Para alejar de la locura sus pensamientos, se metió la mano en el bolsillo interno de la chaqueta, extrajo el pasaporte falsificado y lo abrió. Como era de esperar, el nombre Washburn se había mantenido; era lo suficientemente común, y su dueño le había explicado que no tenía antecedentes. De todos modos, el Geoffrey R. había sido cambiado por George P., y las eliminaciones y los espacios anulados estaban expertamente realizados. La inserción fotográfica era hábil y ya no parecía una copia barata hecha a máquina en un parque de diversiones.

Por supuesto que los números de identificación eran totalmente diferentes, garantizados para no causar alarma en una computadora de inmigración; al menos, hasta el momento en que el portador sometiera el pasaporte a la primera inspección; de ahí en adelante era exclusiva responsabilidad del comprador. Uno pagaba por esta garantía, así como por la habilidad artística y por el equipo, pues requería conexiones con la Interpol y las oficinas de inmigración. Funcionarios de aduana, especialistas en cómputos y empleados en todos los sistemas de límites europeos eran pagados regularmente para esta información vital; muy raramente

se equivocaban. Y cuando lo hacían, la pérdida de un brazo o de un ojo no estaba fuera de las posibilidades; así eran los proveedores de papeles falsos.

George P. Washburn. No se sentía cómodo con este nombre; el propietario del original no adulterado lo había instruido demasiado bien en las bases de la proyección y la asociación. *George P.* era un derivado de *Geoffrey R.,* un hombre devorado por una compulsión que tenía sus raíces en la huida: huir de la identidad. Eso era lo último que el paciente quería; más que su vida, quería saber quién era.

¿O no?

No importaba. La respuesta estaba en Zurich. En Zurich estaba...

Mesdames et messieurs. Nous commençons notre descente pour l'aéroport dé Zurich.

Sabía el nombre del hotel: «Carillón du Lac». Se lo había dado al conductor del taxi, sin pensarlo. ¿Lo habría leído en algún lugar? ¿Sería uno de los nombres en las listas de los folletos de «Bienvenidos a Zurich» que estaban en los bolsillos de los asientos del avión?

No. Conocía el vestíbulo del hotel; la oscura y pesada madera lustrada le resultaba familiar... de algún modo. Y los enormes ventanales que daban al lago Zurich. Había estado allí *antes;* se había parado donde estaba ahora, frente al mostrador con superficie de mármol, hacía mucho tiempo.

Lo confirmaron las palabras que pronunció el empleado detrás del mostrador. Tuvieron el impacto de una explosión.

-Me alegra volver a verlo, señor. Ha pasado mucho tiempo desde su última visita.

¿Mucho tiempo? ¿Cuánto? ¿Por qué no me llama por mi nombre? Por Dios. ¡No lo conozco! ¡No me conozco! ¡Ayúdeme! Por favor, ¡ayúdeme!

-Supongo que sí -dijo-. Hágame un favor, ¿quiere? Me torcí la mano; casi no puedo escribir. ¿Podría llenar la ficha y yo haré lo posible por firmarla?

Contuvo la respiración. ¿Y si le pedía que repitiera su nombre, o lo deletreara?

-Por supuesto. -El empleado dio vuelta a la ficha y escribió-: ¿Quiere ver al médico del hotel?

-Más tarde, quizás. Ahora no.

El empleado continuó escribiendo; luego levantó la tarjeta, dándole la vuelta para la firma del huésped.

Mr. J. Bourne. Nueva York, N. Y., EE. UU.

La observó, hipnotizado por las letras. Tenía un nombre, parte de un nombre. Y un país, así como una ciudad de residencia.

J. Bourne. *¿John? ¿James? ¿Joseph?* ¿A qué correspondía la J.?

-¿Algo está mal, Herr Bourne? -preguntó el empleado.

-¿Mal? No, en absoluto.

Cogió la pluma, procurando fingir dificultad. ¿Debería poner el nombre? No, firmaría exactamente como había escrito el empleado.

J. Bourne.

Escribió el nombre lo más naturalmente que pudo, dejando que surgieran libremente los pensamientos o imágenes que pudieran estar trabados en su memoria. No sucedió; estaba simplemente firmando con un nombre que no le era familiar. No sintió nada.

-Me ha preocupado usted, *rnein Herr* -dijo el empleado-. He pensado que quizá me habría equivocado. Ésta ha sido una semana muy agitada, especialmente hoy. Aunque, de todos modos, estaba seguro.

¿Y si fuera así? ¿Si se hubiera equivocado? Mr. J. Bourne, de la ciudad de Nueva York, Estados Unidos, no quería pensar en esa posibilidad.

-Nunca he pensado en cuestionar su memoria... Herr Stosel -respondió el paciente, luego de mirar rápidamente el letrero que había en la parte izquierda del mostrador; el hombre era el subgerente del «Carillón du Lac».

-Es usted muy amable. -El subgerente se inclinó hacia adelante-. ¿Debo suponer que desea las habituales condiciones de siempre?

-Algunas pueden haber cambiado -dijo J. Bourne-. ¿Qué entiende por ellas?

-Todo el que pregunte, personalmente o por teléfono, debe ser informado de que no está en el hotel; luego será usted notificado inmediatamente. La única excepción es su firma en Nueva York. La Compañía «Treadstone Setenta y Uno», si no recuerdo mal.

¡Otro nombre! Nombre que podía investigar mediante una llamada telefónica internacional. Algunos fragmentos se iban colocando en su lugar. El entusiasmo comenzó a retornar.

-Así estará bien. No olvidaré su eficiencia.

-Esto es Zurich -replicó el hombre, encogiéndose de .hombros-. Siempre ha sido usted extremadamente generoso, Herr Bourne. *Page... hierher, bitte.*

Mientras el paciente seguía al botones del hotel hacia el ascensor, veía más claras muchas cosas. Tenía un nombre y sabía por qué ese nombre era tan fácilmente recordado por el subgerente del «Carillón du Lac». Pertenecía a un país, y a una ciudad, y a una firma cuyo empleado era o *había* sido. Y cuando iba a Zurich, se tomaban ciertas precauciones para protegerlo de visitas inesperadas o indeseables. Eso era lo que no entendía. Uno se protegía completamente o no se molestaba en protegerse en absoluto. ¿Cuál era la ventaja de un sistema de protección tan vulnerable? Le impresionó como si se tratara de algo sin valor, como si un niño pequeño estuviera jugando al escondite. *¿Dónde estoy? Trata de encontrarme. Diré algo en voz alta y te daré una clave.*

No era profesional, y si algo había aprendido acerca de sí mismo en las últimas veinticuatro horas, era que él *era* un profesional. De qué, no tenía la menor idea, pero el *status* no era discutible.

La voz del operador de Nueva York se perdía esporádicamente en la línea. De todos modos, su conclusión fue irritantemente clara. Y terminante:

-Esa Compañía no está registrada, señor. He revisado las últimas guías comerciales y los teléfonos privados y no existe tal «Treadstone Corporation», ni nada que se le parezca, con números después del nombre.

-Quizá los quitaron para abreviar...

-No hay *ninguna* firma o sociedad con ese nombre, señor. Le repito, si tiene un primer o segundo nombre, o la clase de negocios a los cuales se dedica la firma, podré ayudarle un poco más.

-No lo sé. Sólo el nombre: «Treadstone Setenta y Uno», ciudad de Nueva York.

-Es un extraño nombre, señor. Estoy seguro de que si estuviera registrada, sería muy simple encontrarla. Lo siento.

-Muchas gracias por su amabilidad -replicó J. Bourne, colgando el teléfono. No tenía sentido continuar; el nombre era un código de alguna clase, palabras utilizadas por alguien que llamaba y con las cuales tenía acceso a un huésped del hotel no tan fácilmente accesible. Y las palabras podían ser usadas por cualquiera, independientemente de dónde llamara; por tanto, la ubicación en Nueva York podía también no tener significado. No lo tenía según un operador a siete mil kilómetros de distancia.

El paciente caminó hacia el escritorio donde había dejado la billetera Louis Vuitton y el cronógrafo «Seiko». Se metió la billetera en el bolsillo y se puso el reloj en la muñeca; miró hacia el espejo y habló con calma:

«Eres J. Bourne, ciudadano de los Estados Unidos, residente en la ciudad de Nueva York, y es muy probable que los números "cero - siete - diecisiete -cero-catorce-veintiséis-cero" sean los más importantes de tu vida.»

El sol brillaba, filtrándose entre los árboles a lo largo de la elegante Bahnhofstrasse, reflejándose en las vidrieras de los establecimientos y creando sombras. Era una calle donde coexistían la solidez y el dinero, la seguridad y la arrogancia, la determinación y un toque de frivolidad. Y el paciente del doctor Washburn había caminado por allí antes.

Paseó por la Burkli Platz, la plaza que miraba al Zurichsee, con sus numerosos muelles a lo largo de la costa, bordeados de jardines que, con el calor del verano, estallaban de flores. Las imágenes volvían a él. Pero no había pensamientos ni recuerdos.

Regresó a la Bahnhofstrasse, sabiendo instintivamente que el Banco Gemeinschaft era un edificio cercano, de piedra blanca; estaba en el lado opuesto de la calle por la cual había caminado hacía poco; lo pasó deliberadamente. Se aproximó a las pesadas puertas de vidrio y empujó hacia delante el panel central. La puerta se abrió fácilmente hacia la derecha y se encontró pisando un suelo de mármol marrón; se había parado sobre él antes, pero la imagen no fue tan fuerte como otras. Tuvo la incómoda sensación de que debía evitar el Gemeischaft.

Pero no ahora.

-*Bonjour, Monsieur. Vous desirez...?*

El hombre que le hizo la pregunta iba vestido con levita, la roja *boutonnière,* su símbolo de autoridad. El uso del francés se explicaba por la ropa del cliente; hasta los gnomos subordinados eran observadores en Zurich.

-Tengo asuntos personales y confidenciales que tratar -respondió J. Bourne en inglés, una vez más, sorprendido por las palabras que pronunciaba tan naturalmente.

La razón de su inglés era doble; quería observar la expresión del gnomo ante su error, y que no hubiera posibilidad de que se interpretara mal nada de lo que dijera en la próxima hora.

-Perdone, señor -replicó el hombre, con las cejas levemente arqueadas, estudiando el abrigo del cliente.-. El ascensor de la izquierda, segundo piso. El recepcionista lo atenderá.

El recepcionista era un hombre de mediana edad, con el cabello cortado al cepillo y gafas con montura de carey; su expresión era segura; sus ojos, rígidamente curiosos.

-¿Tiene normalmente asuntos personales y confidenciales con nosotros, señor? -preguntó, repitiendo las palabras del recién llegado.

-Así es.

-Su firma, por favor -dijo el funcionario, sosteniendo una hoja de papel con membrete del Gemeinschaft; había dos líneas en blanco centradas en la mitad de la página.

El cliente comprendió; no se requería el nombre. *Los números escritos a mano remplazan a un nombre..., constituyen la firma del titular de la cuenta. Procedimiento correcto.* Washburn.

El paciente escribió los números, relajando la mano para que la letra saliera libremente. Entregó el papel al recepcionista, quien lo estudió, se levantó de la silla y señaló una fila de puertas angostas con paneles de vidrio esmerilado.

-Si espera en la cuarta puerta, señor, alguien lo atenderá en seguida.

-¿La cuarta puerta?

-La cuarta puerta de la izquierda. Cerrará automáticamente.

-¿Es necesario?

El recepcionista lo miró sorprendido.

-Está de acuerdo con su petición, señor -replicó, cortésmente-. Ésta es una cuenta triple cero. Es costumbre del Gemeinschaft que los titulares de tales cuentas telefoneen con anticipación, de modo que pueda ponerse a su disposición una entrada privada.

-Lo sé -mintió el paciente de Washburn con un tono de indiferencia que no sentía-. Es que tengo prisa.

-Comunicaré eso a Verificaciones, señor.

-¿Verificaciones?

Mr. J. Bourne, de la ciudad de Nueva York, no pudo evitarlo; la palabra tenía el sonido de una alarma.

-Verificaciones de firmas, señor. -El hombre se acomodó los anteojos, mientras daba un paso para acercarse a su escritorio y alargaba la mano para abrir una consola-. Le sugiero que espere en el compartimiento cuatro, señor.

No era una sugerencia, sino una orden, implícita en la mirada pretoriana.

-Está bien. Pero dígales que se apresuren, por favor.

El paciente fue hasta la cuarta puerta, la abrió y entró. La puerta se cerró automáticamente. Bourne miró hacia el panel de vidrio; no era vidrio común, había una red de finos alambres entretejidos bajo la superficie. Indudablemente, si se rompía sería activada una alarma; estaba en una celda, en espera de ser llamado.

El resto del cuartito estaba revestido y amueblado elegantemente; dos sillones de cuero, uno cerca del otro, frente a un sofá en miniatura, flanqueado por mesitas antiguas. En el extremo opuesto había una segunda puerta, sorprendente por el contraste; era de acero gris. Sobre las mesas había periódicos y revistas, en tres idiomas, El paciente se sentó y tomó la edición parisiense del *Herald Tribune.* Leyó, pero no retuvo nada. La llamada llegaría en cualquier

momento; su mente estaba ocupada por pensamientos de táctica. Táctica sin memoria, sólo con instinto.

Finalmente se abrió la puerta de acero, dando paso a un hombre alto, delgado, de facciones aguileñas y cabello gris cuidadosamente peinado. Parecía ansioso por servir a quien necesitara de su pericia. Extendió la mano; su inglés era refinado, melifluo, bajo su entonación suiza.

-Encantado de conocerlo. Perdone por la tardanza; ha sido un tanto gracioso, en realidad.

-¿En qué sentido?

-Me temo que ha desconcertado a Herr Koenig. No es un común que llegue una cuenta triple cero sin previo aviso. Es un hombre muy rutinario, ¿sabe?; lo imprevisto, le arruina el día. En cambio, generalmente hace el mío más placentero. Soy Walter Apfel. Por favor, pase.

El funcionario del Banco soltó la mano del paciente e hizo un gesto hacia la puerta de acero. El cuarto de al lado era una extensión de la celda en forma de V: con paneles oscuros, muebles pesados y cómodos y una gran mesa frente a una enorme ventana que daba a la Bahnhofstrasse.

-Lamento haberlo molestado -dijo J. Bourne-. Es que tengo muy poco tiempo.

-Sí, ya nos lo dijo -Apfel caminó alrededor de la mesa, señalando el sillón de cuero frente a él-. Siéntese. Una o dos formalidades y podremos discutir los asuntos pertinentes. -Se sentaron. El funcionario del Banco tomó unos papeles prendidos con clip y se inclinó a través de la mesa, entregándolos al cliente del Gemeinschaft. Entre los papeles había otra hoja que, en lugar de dos líneas blancas, tenía diez, que empezaban bajo el membrete y se extendían hasta unos dos centímetros del borde inferior.

-Su firma, por favor. Un mínimo de cinco bastará.

-No comprendo. Acabo de hacerlo.

-Y muy exitosamente, por cierto. Verificación lo ha confirmado.

-Entonces, ¿por qué nuevamente?

-Una firma puede hacerse al punto tal de ser aceptable en una sola versión. Sin embargo, las sucesivas repeticiones harán poner de relieve las imperfecciones, si no es auténtica. Un aparato grafológico verificador lo detectará de inmediato; pero, estoy seguro, eso no le preocupa a usted. -Apfel sonrió, mientras le alargaba una pluma-. Ni a mí, francamente, pero Koenig insiste.

-Es un hombre muy cauteloso -replicó el paciente, tomando la pluma y comenzando a escribir. Había empezado la cuarta línea, cuando el banquero lo interrumpió.

-Con eso será suficiente; el resto sería realmente una pérdida de tiempo. -Apfel extendió la mano para coger la hoja-. Verificaciones ha dicho que ni siquiera era un caso dudoso. Con eso será entregada la cuenta.

Insertó la hoja de papel en la ranura de una caja metálica que había al lado derecho de la mesa y apretó un botón; se produjo un destello de luz brillante, y luego se apagó.

-Esto transmite directamente las firmas al aparato -continuó el banquero-, el cual, por supuesto, está programado. En realidad, francamente, todo es un poco

tonto. Nadie que conozca nuestras precauciones accedería a las firmas adicionales si fuera un impostor.

-¿Por qué no? De haber llegado tan lejos, ¿por qué no intentarlo?

-Hay solamente una entrada en esta oficina, y, por tanto, una sola salida. Estoy seguro de que ha oído trabarse la puerta en la sala de espera.

-Y he visto la malla de alambre en el vidrio -agregó el paciente.

-Entonces comprenderá. Un impostor quedaría atrapado.

-Suponga que llevara un arma.

-Usted no la lleva.

-Nadie me ha registrado.

-El ascensor lo ha hecho. Desde cuatro ángulos diferentes. Si hubiera ido armado, el mecanismo se habría detenido entre el primero y segundo pisos.

-Toman todas las precauciones.

-Tratamos de tener un buen servicio. -Sonó el teléfono. Apfel lo cogió-. ¿Sí...? Adelante. -El banquero miró a su cliente-. La carpeta de su cuenta está aquí.

-Ha sido rápido.

-Herr Koenig la ha firmado hace varios minutos; sólo esperaba la aprobación final. -Apfel abrió un cajón y sacó un llavero-. Se siente desilusionado, ¿verdad? Estaba bastante seguro de que algo no se hallaba en orden.

Se abrió la puerta de acero y entró el recepcionista con una caja negra de metal, que colocó en la mesa, cerca de una bandeja con una botella de Perrier y dos vasos.

-¿Está disfrutando de su estancia en Zurich? -preguntó el banquero, obviamente, para llenar el silencio.

-Mucho. Mi habitación da al lago. Es un hermoso paisaje, muy tranquilo, lleno de paz.

-Espléndido -replicó Apfel, sirviendo un vaso de Perrier a su cliente.

Herr Koenig se fue, la puerta se cerró y el banquero volvió al tema.

-Su cuenta, señor -dijo, seleccionando una llave del aro-. ¿Puedo destrabar su caja, o prefiere hacerlo usted mismo?

-Adelante. Ábrala.

-He dicho destrabar. No abrir. Ése no es mi privilegio, ni siquiera tener esa responsabilidad.

-¿Por qué?

-En el caso de que esté inscrita su identidad, mi posición no me permite conocerla.

-Suponga que quisiera hacer transacciones. Transferir dinero, enviarlo a otra parte.

-Se llevaría a cabo con su firma numérica en una hoja aparte.

-¿Y enviar a otro Banco, fuera de Suiza, para mí?

-Entonces se requeriría un nombre. En tal caso, una identidad; ambas serían entonces mi responsabilidad y mi privilegio.

-Ábrala.

El funcionario del Banco lo hizo así. El paciente de Washburn contuvo la respiración, mientras sentía un agudo dolor en la boca del estómago. Apfel

extrajo un montón de papeles sujetos con un enorme clip. Sus ojos de banquero se desviaron a la columna derecha de la página de arriba, y su expresión permaneció casi inmutable. Su labio inferior se estiró imperceptiblemente, formando un pliegue en la comisura de la boca; se inclinó hacia delante y entregó las hojas a su dueño.

Bajo el membrete del Gemeinschaft, las palabras, escritas a máquina, estaban en inglés, obviamente el idioma del cliente:

Cuenta: Cero - Siete - Diecisiete - Doce - Cero -
Catorce - Veintiséis - Cero.
Nombre: Restringido a las instrucciones legales
y al dueño.
Acceso: Sellado en sobre aparte.
Fondos en depósito: 7.500.000 francos.

El paciente suspiró, mirando fijamente la cifra. *Creía* que estaba preparado para todo, pero no para aquello. Era lo más impresionante que había experimentado en los últimos cinco meses. Ligeramente calculada, la cantidad era de más de cinco millones de dólares norteamericanos.

¡5.000.000 de dólares!

¿Cómo? ¿Por qué?

Dominando un comienzo de temblor en su mano, hojeó los asientos de entrada. Eran numerosos; las sumas, extraordinarias; ninguna de menos de 300.000 francos; los depósitos se habían hecho con intervalos de entre cinco y ocho semanas, y se remontaban a veintitrés meses atrás. Llegó al de más abajo, el primero. Era una transferencia de un Banco de Singapur; la entrada más grande. Dos millones setecientos mil dólares malayos, convertidos en 5.175.000 francos suizos.

Bajo el papel notaba el bulto de un sobre separado, mucho más corto que la hoja. Levantó el papel; el sobre estaba ribeteado con un borde negro; arriba había palabras escritas a máquina.

Identidad: Acceso del dueño.
Restricciones legales: Acceso - Funcionario registrado, «Compañía Treadstone Setenta y Uno», el portador proveerá instrucciones escritas por el dueño, sujetas a verificación.

-Me gustaría revistar esto -dijo el cliente.

-Es su propiedad -replicó Apfel-. Le puedo asegurar que se ha mantenido intacto.

El paciente dio vuelta al sobre. Un sello del Gemeinschaft marcaba los bordes de la solapa; ninguna de las letras en relieve había sido tocada. Abrió el sobre, sacó la tarjeta y leyó:

Dueño: Jason Charles Bourne.
Dirección: No *registrada.*
Ciudadanía: EE. UU.

Jason Charles Bourne.

Jason.

¡La J era la inicial de Jason! Su nombre era *Jason Bourne.* El Bourne no había significado nada para él, el J, Bourne, tampoco; pero en la combinación Jason y Bourne, oscuros fragmentos encajaban en su lugar. Podía aceptarlo; lo aceptaba. Era Jason Charles Bourne, norteamericano. Sin embargo, podía oír los latidos de su corazón; la vibración en los oídos era ensordecedora; el dolor en el estómago, más agudo. *¿Qué pasaba? ¿Por qué tenía la sensación de precipitarse nuevamente en la oscuridad, en las negras aguas?*

-¿Algo está mal? -preguntó Walther Apfel.

¿Algo está mal, Herr Bourne?

-No. Todo está bien. Mi nombre es Bourne. Jason Bourne.

¿Gritaba? ¿Susurraba? No podía saberlo.

-Es un privilegio para mí, conocerlo, Mr. Bourne. Su identidad permanecerá confidencial. Tiene la palabra de un funcionario del Banco Gemeinschaft.

-Gracias. Ahora me temo que debo transferir una buena cantidad de este dinero, y necesito su ayuda.

-Nuevamente, es un privilegio para mí. Será un placer ayudarle o aconsejarle en lo que pueda.

Bourne extendió la mano para coger el vaso de Perrier.

La puerta de acero de la oficina de Apfel se cerró tras él; unos segundos más y saldría de la elegante celda-antesala hacia la recepción y luego hacia los ascensores. En pocos minutos estaría en la Bahnhofstrasse con un nombre, una gran cantidad de dinero y poco más, aparte miedo y confusión.

Lo había hecho. El doctor Geoffrey Washburn había sido generosamente pagado por el valor de la vida que había salvado. Una transferencia telegráfica por la cantidad de 1.500.000 francos suizos había sido enviada a un banco en Marsella, depositada en una cuenta codificada que encontraría el camino hacia el único médico de Port Noir, sin que el nombre de Washburn fuera usado o revelado. Todo lo que debía hacer Washburn era llegar a Marsella, decir los códigos, y el dinero sería suyo. Bourne sonrió para sí, imaginando la expresión de Washburn cuando le entregaran la cuenta.

El excéntrico y alcohólico doctor se habría sentido más que feliz con diez o quince mil libras; ahora tenía más de un millón de dólares. Ello aseguraría su recuperación o su destrucción; ésa era su decisión, su problema.

Una segunda transferencia de 4.500.000 francos fue hecha a un Banco de París, en la rué Madeleine, depositada a nombre de Jason C. Bourne. La transferencia sería expedida por el correo -dos veces a la semana- del Gemeinschaft a París, de tarjetas con firma por triplicado enviadas con los documentos. Herr Koenig había asegurado a su superior y al cliente que los papeles llegarían a París en tres días.

La transacción final era comparativamente menor. Cien mil francos en billetes grandes fueron traídos a la oficina de Apfel, con sólo estampar la firma numérica del titular de la cuenta.

Quedaban en depósito, en el Banco Gemeinschaft, 1.400.000 francos suizos, una suma nada desdeñable.

¿Cómo? ¿Por qué? ¿De dónde?

Toda la operación terminó en una hora y veinte minutos, con sólo una nota discordante en el tranquilo procedimiento. Fue ocasionada por Koenig, su expresión, una mezcla de solemnidad y pequeño triunfo. Había llamado a Apfel, el cual entregó a su superior un pequeño sobre con ribetes negros.

-*Une fiche* -había dicho en francés.

Después de que el banquero hubo abierto el sobre y extraído una tarjeta, estudió su contenido y se la devolvió a Koenig.

-Se observarán los procedimientos -fue todo cuanto dijo.

Koenig se había retirado, cuando Bourne preguntó:

-¿Eso tiene relación conmigo?

-Sólo en cuanto a liberar cantidades tan grandes de dinero. Simplemente procedimientos de la casa.

El banquero había sonreído alentadoramente.

El cerrojo se abrió. Bourne empujó la puerta de cristales traslúcidos y salió a los dominios personales de Herr Koenig. Otros dos hombres ya estaban allí, sentados en los extremos opuestos de la sala de recepción. Como no estaban en celdas separadas detrás de puertas con vidrios opacos, Bourne presumió que ninguno tendría cuentas triple cero. Se preguntó si habrían firmado con nombres o escrito una serie de números, pero dejó de preguntárselo en el instante en que llegó al ascensor y apretó el botón.

Fuera de su ángulo visual, percibió movimiento: Koenig había levantado la cabeza, haciendo una señal a los dos hombres. Éstos se levantaron en el momento en que se abría la puerta del ascensor. Bourne se volvió; el hombre a su derecha había sacado un pequeño transmisor del bolsillo de su abrigo; habló en él breve y rápidamente.

El hombre a su izquierda tenía la mano oculta bajo el impermeable. Cuando la sacó, sostenía un arma, una pistola calibre 38 negra con un cilindro perforado insertado en el cañón. Un silenciador.

Los dos cayeron sobre Bourne mientras entraba de espaldas al desierto ascensor.

Comenzó la locura.

5

Las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse; el hombre con el transmisor ya estaba dentro; los hombros de su compañero armado se trabaron entre los paneles en movimiento, mientras el arma quedaba apuntando a la cabeza de Bourne.

Jason se inclinó hacia la derecha -un repentino ademán de miedo-; luego, de pronto, levantó el pie izquierdo, girando sobre sí para hundir el talón en la mano del hombre armado, haciendo saltar la pistola hacia arriba, mientras el hombre se tambaleaba hacia atrás, fuera del ascensor. Dos silenciosos disparos precedieron al cierre de las puertas. Bourne completó su giro, estrellando el

hombro contra el estómago del otro; le golpeó con la mano en el pecho, mientras la izquierda sujetaba la mano que sostenía el transmisor. Aprisionó al hombre contra la pared. El aparato voló a través del ascensor; al caer, se oyeron unas palabras en el transmisor.

-*Henri? Ça va? Qu'est-ce qui se passe?*

La imagen de otro francés acudió a la mente de Jason. Un hombre al borde de la histeria, con la incrédula mirada fija en él; un asesino en potencia, que salió corriendo de «Le Bouc de Mer» hacia las sombras de la rue Sarrasin, menos de veinticuatro horas atrás. *Ese* hombre no había perdido su tiempo en enviar un mensaje a Zurich: el que creían muerto estaba vivo y bien vivo. *¡Mátenlo!*

Bourne se abalanzó sobre el francés, que estaba ahora frente él y rodeó el cuello del hombre con su brazo izquierdo, mientras le tiraba de la oreja con la mano derecha.

-¿Cuántos? -preguntó en francés.

-¿Cuántos hay abajo? ¿Dónde están?

-Averígualo tú, ¡cerdo!

El ascensor estaba a mitad de camino hacia el primer piso.

Jason empujó la cara del hombre hacia abajo, rasgando la oreja por la mitad de su raíz y aplastándole la cara contra la pared. Luego le golpeó el pecho con la rodilla, notó el bulto de la pistolera. Abrió de un tirón el abrigo, le metió la mano y sacó un revólver de caño corto. Por un instante se le ocurrió que alguien había desactivado el mecanismo detector de armas en el ascensor: Koenig. Se acordaría, no habría amnesia en cuanto a Herr Koenig. Metió el arma en la abierta boca del francés.

-¡Me lo dices o te vuelo la tapa de los sesos!

El hombre dejó escapar un gemido gutural; Jason apuntó ahora al cañón contra su mejilla.

-Dos. Uno a la salida del ascensor, y otro, en la calle, al lado del coche.

-¿Qué *clase* de coche?

-Un «Peugeot».

-¿Color?

El ascensor disminuyó la velocidad, para detenerse.

-Marrón.

-¿Cómo viste el hombre de abajo?

-No lo sé...

Jason apretó el arma contra la sien del hombre.

-¡Es mejor que te acuerdes!

-Un abrigo negro.

El ascensor se detuvo; Bourne tiró del francés hasta ponerlo en pie; las puertas se abrieron. A la izquierda, un hombre con impermeable negro y extrañas gafas con montura de oro avanzó hacia él. Los ojos tras las gafas captaron la situación; un hilito de sangre corría por la mejilla del francés. Levantó la mano, oculta bajo el bolsillo de su impermeable, y apuntó con otra automática provista de silenciador al blanco de Marsella.

Jason empujó al francés frente a él, por la puerta. Se oyeron tres rápidos disparos sordos; el francés gritó, con los brazos levantados en una última y

gutural protesta. Arqueó la espalda y cayó al suelo de mármol. Una mujer, a la derecha del hombre con gafas de montura de oro, gritó, seguida por varios hombres, que clamaban a nadie y a todos con gritos de *Hilfe! y Polizei!*

Bourne sabía que no podía usar el revólver que le había quitado al francés. No tenía silenciador; el ruido del disparo lo delataría. Se lo metió en el bolsillo del abrigo, evitó a la mujer que gritaba y cogió por los hombros al uniformado ascensorista. Lo hizo girar violentamente y lo empujó hacia el asesino con abrigo oscuro.

El pánico creció en la recepción, mientras Jason corría hacia la puerta de entrada. El recepcionista uniformado, que confundió su idioma hacía hora y media, gritaba en un teléfono, con un guardia a su lado, que esgrimía un arma y obstruía la salida, con la mirada atenta al caos, para luego pasar repentinamente a *él.* Salir se convirtió de pronto en un problema. Bourne evitó la mirada del guardia, y se dirigió al recepcionista.

-¡El hombre con gafas de montura de oro! -gritó-. ¡Ése es! ¡Lo he visto!

-*¡Qué!* ¿Quién es usted?

-¡Soy un amigo de Walter Apfel! *¡Escúcheme!* El hombre con gafas de montura de oro e impermeable negro. ¡Allá!

La mentalidad burocrática no había cambiado en varios milenios. A la mención de un superior, se obedecían las órdenes.

-¡Herr Apfel! -El recepcionista del Gemeinschaft se dirigió al guardia-. ¡Lo ha oído! El hombre de gafas... ¡Gafas de montura de oro!

-¡Sí, señor!

El guardia corrió hacia delante.

Jason se dirigió hacia la puerta. Empujó una hoja y miró rápidamente hacia atrás, sabiendo que debía correr otra vez, pero ignorando si el hombre que esperaba junto a un «Peugeot», lo reconocería y le dispararía.

El guardia había pasado al lado de un hombre con impermeable negro, un hombre que caminaba más despacio que el resto de las personas aterradas a su alrededor, un hombre que no usaba gafas. Aceleró su paso hacia la entrada, hacia Bourne.

En la acera, el creciente caos sirvió de protección a Jason. Se había corrido la voz fuera del Banco; las ululantes sirenas se oían cada vez más fuertes, mientras coches de Policía se dirigían a toda marcha a la Bahnhofstrasse. Caminó varios metros hacia la derecha, flanqueado por peatones; luego, de pronto, corrió, abriéndose paso entre un gentío curioso agolpado frente a una tienda, mientras miraba atento los coches estacionados. Vio el «Peugeot», y al hombre junto al coche con la mano reposando siniestramente en el bolsillo del abrigo. En menos de quince segundos, el conductor del «Peugeot» fue alcanzado por el hombre del impermeable negro, que ahora se colocaba nuevamente las gafas. Los dos hombres hablaron rápidamente, mientras escudriñaban la Bahnhofstrasse.

Bourne comprendió su confusión. Había caminado fuera del Gemeinschaft sin pánico, para mezclarse con la gente. Se preparó para correr, pero *no* había corrido, por temor a ser interceptado, hasta que la salida estuviera razonablemente libre. A nadie más se le permitió salir, y el conductor del «Peugeot» no había hecho la asociación de ideas. *No* había reconocido el blanco identificado y señalado para la ejecución en Marsella.

El primer coche policial llegó al escenario mientras el hombre con gafas de montura de oro se quitaba el impermeable y lo arrojaba por la ventanilla abierta del «Peugeot». Hizo una señal con la cabeza al conductor, quien se sentó rápidamente al volante y encendió el motor. El asesino se quitó las gafas e hizo lo más inesperado que a Jason se le hubiera ocurrido. Caminó velozmente hacia las puertas de vidrio del banco, mezclándose con la Policía que entraba en ese momento.

Bourne observó cómo el «Peugeot» se apartaba de la acera y aceleraba por la Bahnhofstrasse. La gente que había en la entrada comenzó a dispersarse; muchos se abrían camino hacia las puertas de vidrio, estirando el cuello y poniéndose de puntillas para poder ver por encima de los demás. Un oficial de Policía salió y empujó a los curiosos hacia atrás. Una ambulancia apareció por la esquina noroeste, advirtiendo de su presencia con el penetrante sonido de la sirena. El conductor detuvo el vehículo en el espacio que había dejado el «Peugeot». Jason no podía detenerse a mirar nada más. Tenía que llegar al «Carillón du Lac», recoger sus cosas y salir de Zurich, salir de Suiza. A París.

¿Por qué a París? ¿Por qué había insistido en que los fondos fueran transferidos a París? No lo había pensado antes de sentarse en la oficina de Walther Apfel, azorado por las extraordinarias cifras que le habían presentado. Éstas se hallaban más allá de lo imaginable, por lo cual sólo pudo reaccionar automática e instintivamente. Y su instinto había evocado la ciudad de París. Como si fuera algo vital. ¿Por *qué?*

Otra vez, no tenía tiempo... Vio a los enfermeros de la ambulancia cargar una camilla a través de las puertas del Banco. Sobre ella había un cuerpo, con la cabeza cubierta, lo cual significaba muerte. No le pasó inadvertido a Bourne; aparte habilidades que no podía relacionar con nada que pudiera entender, él era el hombre muerto que iba en esa camilla.

Vio un taxi vacío en la esquina y corrió hacia él. Tenía que salir de Zurich; un mensaje había sido enviado desde Marsella; el hombre muerto estaba aún vivo. Jason Bourne estaba vivo. Mátenlo. ¡Maten a Jason Bourne!

¡Dios del cielo! *¿Por qué?*

Esperaba ver al subgerente del «Carillón du Lac» detrás del mostrador, pero no estaba allí. Luego se dio cuenta de que una breve nota al hombre -¿cómo se llamaba... Stossel? Sí, Stossel- sería lo indicado. No era necesaria ninguna explicación para su súbita partida, y quinientos francos serían más que suficientes por las pocas horas que había estado en el «Carillón du Lac» y por el favor que le pediría a Herr Stossel.

Ya en su habitación, metió en la maleta intacta los objetos de afeitar, verificó la pistola que le había quitado al francés, se la metió en un bolsillo, se sentó a la mesa y escribió la nota para Herr Stossel, subgerente. En ella incluía una oración que se le ocurrió fácilmente, casi demasiado fácilmente.

...pronto me pondré en contacto con usted, en relación con mensajes que espero me serán enviados. Confío en que se haga cargo de ellos en mi nombre. Agradecido de antemano.

Si llevaba alguna comunicación de la evasiva «Treadstone Setenta y Uno», quería enterarse. Esto era Zurich; podría hacerlo.

Puso un billete de quinientos francos dentro de la hoja doblada y cerró el sobre. Luego tomó su maleta, salió de la habitación y caminó por el pasillo hacia los ascensores. Eran cuatro: apretó un botón y miró hacia atrás, recordando el Gemeinschaft. No había nadie allí; sonó un timbre y se encendió la luz roja sobre el tercer ascensor. Cogió un ascensor que bajaba. Bien. Debía llegar al aeropuerto tan rápido como pudiera; tenía que salir de Zurich, fuera de Suiza. Un mensaje había sido entregado.

Las puertas del ascensor se abrieron. Dos hombres estaban parados a ambos lados de una mujer de cabello castaño rojizo; interrumpieron la conversación, saludaron al recién llegado con un gesto -al ver la maleta se movieron a un costado- y luego reanudaron la conversación mientras se cerraba la puerta. Tendrían unos treinta y tantos años, y hablaban en un francés suave y rápido; la mujer miraba alternativamente a ambos hombres, sonriendo o mirando pensativamente. Tomaban decisiones de no mucha importancia. La risa se alternaba con interrogaciones más o menos serias.

-¿Entonces te irás mañana a tu casa, después de la sesión de clausura? -preguntó el hombre que estaba a la izquierda.

-No estoy segura. Espero mensajes de Ottawa -respondió la mujer-. Tengo parientes en Lyon; me gustaría poder verlos.

-Es imposible -intervino el hombre de la derecha-, para el comité directivo, encontrar diez personas deseosas de sintetizar esta bendita conferencia en un solo día. Todos estaremos aquí otra semana.

-Bruselas no lo aprobará -dijo el primer hombre, sacudiendo la cabeza- El hotel es muy caro.

-Entonces, por favor, vete a otro -sugirió el segundo hombre, haciendo una mueca a la mujer-. Hemos estado esperando que hicieras justamente eso, ¿no es cierto?

-¡Estás loco! -exclamó la mujer-. Ambos estáis locos; ésa es *mi* síntesis.

-Tú no eres ninguna loca, Marie -terció el primero-. Tu presentación de ayer fue brillante.

-En absoluto -opuso ella-. Fue rutina, y bastante aburrida.

-¡No! ¡No! -discrepó el segundo-. Fue soberbia; debió serlo. No entendí una palabra. Pero sucede que tengo otros talentos.

-¡Loco...!

El ascensor estaba deteniéndose; el primer hombre habló otra vez:

-Sentémonos en la fila de atrás del salón. De todos modos ya estamos rechazados, y Bertinelli está hablando; con poco éxito, supongo. Sus teorías de fluctuaciones cíclicas forzadas fueron superadas con las finanzas de los Borgia.

-Antes que eso -dijo la mujer de cabello rojizo-. Con los impuestos de César. -Hizo una pausa y agregó-: Si no con las Guerras Púnicas.

-La fila de atrás, entonces -convino el segundo hombre, ofreciendo su brazo a la mujer-. Podemos dormir. Usa un proyector de diapositivas; estará oscuro.

-No, adelantaos vosotros; os alcanzaré en pocos minutos. Tengo que enviar algunos cables y no confío en que las telefonistas lo hagan correctamente.

Las puertas se abrieron, y el trío bajó del ascensor. Los dos hombres partieron, cruzando en diagonal el vestíbulo de recepción; la mujer lo hizo hacia

el mostrador de entrada. Bourne iba detrás de ella, leyendo distraídamente un cartel.

BIENVENIDOS
MIEMBROS DE LA SEXTA CONFERENCIA
ECONÓMICA MUNDIAL
PROGRAMA DE HOY:
1:00 P.M. EL HON. JAMES FRAZIER,
M.P. REINO UNIDO.
Suite 12
6:00 P.M. DR. EUGENIO BERTINELLI,
UNIV. DE MILÁN, ITALIA
Suite 7
9:00 P.M. DESPEDIDA DEL PRESIDENTE. CENA
Suite de Hospitalidad

-Habitación 507. Me han dicho por teléfono que hay un cablegrama para mí.

Inglés. La mujer de cabello castaño rojizo, ahora a *su* lado en el mostrador, hablaba inglés. Pero antes había dicho que esperaba un mensaje de Ottawa. Una canadiense.

El empleado de recepción buscó en los casilleros y regresó con el mensaje.

-¿Doctora St. Jacques? -preguntó, sosteniendo el sobre.

-Sí, gracias.

La mujer se apartó y leyó el cable, mientras el empleado se dirigía a Bourne.

-¿Sí, señor?

-Me gustaría dejar esta nota a Herr Stossel.

Puso en el mostrador el sobre del «Carillón du Lac».

-Herr Stossel no regresará hasta las seis de la mañana, señor. Por las tardes se va a las cuatro. ¿Puedo servirle yo?

-No, gracias. Sólo quiero estar seguro de que la recibirá.

Entonces Jason recordó: esto es Zurich.

-No es nada urgente -añadió-, pero necesito una respuesta. Me comunicaré con él por la mañana.

-Por supuesto, señor.

Bourne tomó su maleta y comenzó a caminar por el vestíbulo hacia la entrada del hotel, una fila de enormes puertas de vidrio que daban a una entrada circular para automóviles, frente al lago. Podía ver varios taxis esperando en fila, bajo las luces del hotel; el sol se había ocultado; era de noche en Zurich. Había vuelos hacia todos los puntos de Europa hasta bien pasada la medianoche...

Se detuvo, sin respiración; algo así como una parálisis le recorrió todo el cuerpo. Sus ojos no podían creer lo que veían tras las puertas de vidrio. Un «Peugeot» marrón detenido en la calle circular, delante de los taxis. La puerta se abrió y salió un hombre, un asesino con impermeable negro, con gafas de

montura de oro. Luego, de la otra puerta emergió otra figura, pero no era el conductor que había estado en la Bahnhofstrasse, en espera de un blanco que no reconocía. En su lugar había otro asesino, con otro impermeable, con los bolsillos abultados por armas poderosas. Era el hombre que estaba sentado en la sala de recepción del segundo piso del Banco Gemeinschaft, el mismo hombre que había sacado una pistola calibre 38 de la pistolera bajo su chaqueta. Una pistola con un cilindro perforado que había silenciado dos disparos dirigidos a la presa que había seguido hasta el ascensor.

¿Cómo? ¿Cómo podían haberlo encontrado...? Entonces recordó y se sintió mal. ¡Qué tonto había sido!

¿Está disfrutando de su estancia en Zurich? Walter Apfel había preguntado mientras aguardaban que el empleado se retirara para estar nuevamente a solas.

Mucho. Mi habitación da al lago. Es un bonito paisaje, muy tranquilo, lleno de paz.

¡Koenig! Koenig había escuchado cuando dijo que su habitación daba al lago. ¿Cuántos hoteles tenían habitaciones con vista al lago? ¿Especialmente hoteles que pudiera frecuentar un hombre con una cuenta triple cero? ¿Dos? ¿Tres...? «Baur au Lac», «Edén du Lac». ¿Había otros? No se le ocurrieron más nombres. ¿Qué fácil les había resultado encontrarlo! ¡Qué fácil había sido para él decir aquellas palabras! ¡Qué tonto!

No había tiempo. Era demasiado tarde. Podía ver a través de las puertas de vidrio; también podían hacerlo los asesinos. El segundo hombre lo había identificado. Intercambiaron palabras sobre el techo del «Peugeot»; uno de ellos se ajustó las gafas de montura de oro, ambos se metieron las manos en los abultados bolsillos, afirmándolas sobre las armas ocultas. Los dos hombres convergieron sobre la entrada, separándose en el último momento: uno en cada extremo de la fila de claros paneles de vidrio. Los flancos estaban cubiertos; la trampa, dispuesta; no podía correr hacia afuera. ¿Pensaban que podían correr al vestíbulo, lleno de gente, de un hotel y, simplemente, *matar* a un hombre?

Por supuesto que podían. La gente y el ruido eran sus aliados. Dos, tres, cuatro disparos silenciosos hechos a corta distancia serían tan efectivos como una emboscada en una poblada calle en plena luz del día, resultándoles fácil la huida gracias al caos originado.

¡No podía dejar que se acercaran! Retrocedió con los pensamientos agolpándose en su mente, la afrenta suprema. ¿Cómo se *atrevían?* ¿Qué les hacía pensar que no buscaría protección, que no llamaría a la Policía? Y entonces la respuesta apareció clara, tan aterradora como la respuesta. Los asesinos sabían con certeza algo que él sólo podía suponer: él no podía buscar esa clase de protección, no podía recurrir a la Policía. Jason Bourne debía evitar todas las autoridades... ¿Por qué? ¿Lo estarían buscando *a él?*

¡Santo Dios!, ¿por qué?

Las dos puertas opuestas fueron abiertas por manos extendidas; había otras manos, ocultas, en torno al acero. Bourne se volvió; había ascensores, puertas, corredores, un techo y sótanos; debía de haber una docena de salidas en el hotel.

¿O no? ¿Acaso los asesinos que se estaban abriendo paso a través de la gente sabían algo que él sólo podía suponer. El «Carillón du Lac», ¿tendría sólo dos o tres salidas? Fácilmente cubiertas por hombres afuera, fácilmente usadas como trampas para derribar la solitaria figura de un hombre que escapa.

Un hombre solo; un hombre solo era un blanco estupendo. Pero, ¿y si no estaba solo? ¿Y si alguien estaba con él? Dos personas no eran una, pero para una sola, otra más era enmascaramiento, especialmente en la multitud, especialmente de noche, y *era* de noche. Los resueltos asesinos evitaban equivocarse, no por compasión, sino por razones prácticas; en cualquier pánico que sobreviniera, el verdadero blanco podía escapar.

Sintió el peso del arma en su bolsillo, pero no le reconfortó el saber que la tenía. Lo mismo que en el Banco, usarla -o sólo mostrarla- era delatarse.

Aun así, allí estaba. Comenzó a caminar hacia el centro del vestíbulo, luego dobló a la derecha, donde había mayor cantidad de gente. Era la hora previa al cierre de una conferencia internacional, se hacían miles de proyectos, las jerarquías eran seguidas por miradas de aceptación y rechazo; grupos casuales por todos lados.

Había un mostrador de mármol contra la pared, y, tras él, un empleado comprobaba hojas de papel amarillo, con un lápiz que sostenía como un pincel. *Cablegramas.* Dos personas estaban frente al mostrador: un hombre mayor, obeso, y una mujer con vestido rojo oscuro; el rico color de la seda complementaba su largo y rojizo cabello... Cabello castaño rojizo. Era la mujer del ascensor que había bromeado acerca de los impuestos de César y las Guerras Púnicas, la doctora que se había detenido a su lado en recepción, preguntando por el cable que le habían enviado.

Bourne miró hacia atrás. Los asesinos estaban usando bien a la gente, excusándose cortésmente, pero avanzando con firmeza, uno por la derecha, el otro por la izquierda, cerrándose como las dos puntas de un ataque en pinza. Mientras lo tuvieran a la vista, podrían forzarlo a seguir corriendo, ciegamente, sin dirección, sin saber cuál de los caminos que tomara podía no tener salida, donde ya no pudiera correr más. Y entonces se producirían los sordos disparos, los bolsillos ennegrecidos por quemaduras de pólvora...

¿Tenerlo a la vista?

La fila de atrás, entonces... Podemos dormir. Usa un *proyector de diapositivas; estará oscuro.*

Jason se volvió nuevamente y miró a la mujer de cabello rojizo. Había completado su mensaje y daba las gracias al empleado, mientras se quitaba unas gafas con montura de asta y se las metía en la cartera. No estaba lejos de él.

Bertinelli está hablando; con poco éxito, supongo.

No había tiempo más que para decisiones instintivas. Bourne se pasó la maleta a la mano izquierda, caminó rápidamente hacia la mujer y le tocó suavemente un codo.

-¿Doctora...?

-¿Cómo dice?

-¿Usted *es* la doctora...?

-St. Jacques -completó ella, pronunciando el «Saint» a la francesa.

-¿Es usted el del ascensor?

-No me di cuenta de que era usted -replicó-. Me indicaron que usted sabe dónde está hablando ese tal Bertinelli.

-Está en la pizarra. Suite Siete.

-Me temo que no sé dónde queda. ¿No le importaría acompañarme? Llego tarde y debo tomar algunas notas.

-¿De Bertinelli? ¿Por qué? ¿Trabaja usted para un diario marxista?

-Una asociación neutral -respondió Jason, preguntándose de dónde le salían las frases-. Trabajo para varias personas. No creen que valga la pena.

-Quizá no, pero debería ser oído. Hay algunas crudas verdades en lo que dice.

-Tengo que verle. Quizás usted me pueda llevar hasta él.

-Me temo que no. Le mostraré el lugar, pero debo hacer una llamada telefónica -dijo, cerrando la cartera.

-Por favor, ¡dése prisa!

-¿Qué? -inquirió, mirándolo con poca amabilidad.

-Perdone, pero tengo mucha prisa -miró rápidamente a su derecha; los dos hombres estaban ya a no más de seis metros.

-¿Sabe que es bastante brusco? -dijo fríamente la doctora St. Jacques.

-*¡Por favor!*

Contuvo el deseo de empujarla hacia delante, lejos de la trampa que se estaba cerrando.

-Por aquí -dijo empezando a caminar hacia un ancho corredor que salía de la pared izquierda posterior.

La cantidad de gente era menor, y su presencia sería menos obvia en la zona de atrás del salón. Llegaron a lo que parecía un túnel cubierto de terciopelo color rojo fuerte, con puertas a ambos lados. Letreros luminosos sobre las mismas decían: «Conferencias, Sala 1» y «Conferencias, Sala 2». Al final del pasillo había una puerta doble; las letras doradas al lado indicaban que era la entrada a la Suite Siete.

-Ahí la tiene -dijo Marie St. Jacques-. Tenga cuidado cuando entre; probablemente estará oscuro. Bertinelli da las conferencias con diapositivas.

-Como una película -comentó Bourne, mirando atrás, hacia la gente que había al final del largo corredor.

Allí estaba; el hombre con gafas de montura de oro se estaba excusando al pasar ante un animado trío en la recepción. Caminaba hacia el pasillo; su compañero, detrás de él.

-...una considerable diferencia. Él se sienta bajo el escenario y pontifica.

La doctora St. Jacques había dicho algo y ahora se iba.

-¿Qué dice? ¿Un escenario?

-Bueno, una plataforma elevada. Para exhibiciones, habitualmente.

-Eso tienen que traerlo -dijo.

-¿Qué tienen que traer?

-Lo que se exhiba. ¿Hay una salida ahí dentro? ¿Otra puerta?

-No tengo la menor idea. Bueno, debo hacer mi llamada. Que disfrute del *professore* -concluyó, dando media vuelta.

Dejó la maleta y la tomó por el brazo. Al tocarla, ella lo fulminó con la mirada.

-Quíteme la mano de encima, por favor.

-No la quiero asustar, pero no tengo otra alternativa. -Habló con tranquilidad, su mirada por sobre el hombro de ella. Los asesinos habían aminorado el paso; la trampa estaba segura, a punto de cerrarse-. Debe venir conmigo.

-Está usted loco.

Apretó la mano en su brazo, moviéndola frente a él. Luego sacó la pistola del bolsillo, asegurándose de que el cuerpo de ella la ocultaba de los hombres, diez metros atrás.

-No quiero usar esto. No quiero herirla, pero haré ambas cosas si me veo obligado.

-¡Dios mío...!

-Cállese. Haga exactamente lo que le diga y no le pasará nada. Tengo que salir de este hotel y usted me ayudará. Una vez fuera, la dejaré ir. Pero no antes. Vamos. Entremos ahí.

-Usted *no puede...*

-Si, puedo. -Le apretó el cañón de la pistola contra el estómago, en la seda roja, que se arrugó bajo la fuerza de la presión. El terror la sometió al silencio, a la sumisión.

-¡Vamos!

Él se puso a la izquierda, con la mano sosteniéndole aún el brazo, la pistola contra su pecho, a centímetros del de ella. Los ojos de la mujer estaban fijos en el arma; los labios, abiertos; la respiración entrecortada. Bourne abrió la puerta, impulsándola hacia delante, frente a él. Pudo oír una sola palabra, gritada en el pasillo.

-¡Schnell!

Estaban en la oscuridad, pero fue breve; un haz de luz blanca cruzó la sala, por sobre las filas de sillas, iluminando las cabezas de los asistentes. La proyección en la distante pantalla era de un gráfico, los puntos marcados numéricamente, una pesada línea negra que comenzaba a la izquierda y se extendía escalonadamente, a través de las líneas, hacia la derecha. Una voz de fuerte acento hablaba con un amplificador.

-Observarán que durante los años setenta y setenta y uno, cuando específicas restricciones a la producción fueron auto impuestas, repito, auto impuestas, por estos líderes de la industria, la recesión económica resultante fue mucho menos severa que en... diapositiva número diez, por favor... la así llamada regulación paternalista del mercado por los intervencionistas gubernamentales. La próxima diapositiva, por favor.

El salón quedó nuevamente en la oscuridad. Había un problema con el proyector; ningún haz de luz remplazó al primero.

-¡Número doce, por favor!

Jason empujó a la mujer hacia delante, frente a las figuras paradas contra la pared, detrás de la fila de sillas. Trató de calcular la medida del salón de conferencias buscando una luz roja que pudiera indicar la huida. ¡La vio! Un débil resplandor rojo a distancia. En el escenario, detrás de la pantalla. No había otras salidas, ni otras puertas, salvo la entrada a la suite siete. Debía alcanzarla; debía llegar a aquella salida. En aquel escenario.

-Marie..., par ici!

El susurro llegó de la izquierda, de un asiento en la última fila.

-*Non, cherie. Reste avec moi.*

El segundo susurro vino de la figura en sombras de un hombre parado directamente frente a Marie St. Jacques. Se apartó de la pared, interceptándola.

-*On nous a séparé. Il n'y a plus de chaises.*

Bourne presionó firmemente la pistola contra las costillas de la mujer, un mensaje inconfundible. Ella susurró sin respirar; Jason agradeció que su cara no pudiera verse claramente.

-Por favor, déjanos pasar -dijo en francés-. *Por favor.*

-¿Qué es esto? ¿Él es tu cablegrama, querida?

-Un viejo amigo -murmuró Bourne. Un grito surgió por sobre la protesta, cada vez más alta de la audiencia.

-¿Puedo, por favor, ver la diapositiva doce? *Per favore!*

-Debemos ver a alguien al final de la fila -continuó Jason, mirando hacia atrás.

La hoja derecha de la puerta se abrió; en el centro de una cara en sombras, unas gafas con montura de oro reflejaron la tenue luz del corredor. Bourne empujó a la muchacha, que pasó junto a su sorprendido amigo, forzándolo a retroceder contra la pared y susurrando una disculpa.

-¡Perdón, pero tenemos prisa!

-¡Qué grosero!

-Sí, lo sé.

-¡Foto doce! *Ma che infamia!*

El rayo de luz surgió del proyector y vibró bajo la nerviosa mano del operador. Otro gráfico apareció en la pantalla mientras Jason y la mujer alcanzaban la lejana pared, el comienzo del estrecho pasillo que conducía hacia el escenario. La empujó al rincón, presionando su cuerpo contra el de ella, su cara contra su cara.

-Voy a gritar -susurró ella.

-Voy a disparar -replicó él.

Miró a las figuras que se recostaban contra la pared; los asesinos estaban adentro, escudriñando, moviendo la cabeza como alarmados roedores, tratando de localizar su blanco entre las filas de rostros.

La voz del conferenciante emergió como el sonido de una campana rota; su diatriba fue breve, pero estridente.

-*Ecco!* A los escépticos me dirijo aquí esta noche, y son la mayoría de ustedes ¡aquí está la prueba estadística! Esencialmente idéntica a otros cien análisis que he preparado. Dejen el mercado para aquellos que viven allí. Siempre pueden encontrarse excesos menores. Son un pequeño precio a pagar por el bien general.

Hubo un aplauso disperso y recibió la aprobación de una definida minoría. Bertinelli recobró su tono normal y continuó con monotonía señalando la pantalla, con su largo puntero enfatizando lo obvio, lo obvio para él. Jason miró hacia atrás; las gafas doradas brillaron en el resplandor de la luz del lado del proyector. El asesino que la usaba tocó el brazo de su compañero, haciendo un gesto con la cabeza hacia la izquierda; ordenaba a su subordinado que

continuara la búsqueda por el lado izquierdo de la sala; él seguiría por la derecha. Comenzó. La montura de oro brillaba con más intensidad a medida que avanzaba paso a paso frente a los que estaban de pie, estudiando cada cara. Llegaría al rincón, los alcanzaría *a ellos* en segundos. Detener al asesino con un disparo era todo lo que quedaba: y si se movía alguien entre la fila de los que estaban de pie, o si la mujer que tenía aprisionada contra la pared se aterrorizaba y lo empujaba...o si fallaba su disparo por cualquier razón, estaba atrapado. Y aunque acertara, había otro asesino en la sala, evidentemente un tirador de élite.

-Diapositiva número *trece,* por favor.

Aquella era la oportunidad. *¡Ahora!*

El haz de luz desapareció. En la oscuridad, Bourne apartó a la mujer de la pared, la hizo girar, su cara contra la de ella.

-Si emite un sonido, ¡la mato!

-Le creo -susurró, aterrorizada-. Es usted un maniático.

-¡Vamos!

La empujó por el estrecho pasillo que conducía al escenario, quince metros más allá. La luz del proyector se encendió nuevamente; tomó a la chica por el cuello, empujándola hacia abajo, en cuclillas, mientras él se arrodillaba a su lado. Estaban ocultos de los asesinos por las filas de personas sentadas en las sillas. Apretó su cuerpo con los dedos; era su señal de que siquiera moviéndose, arrastrándose... despacio, agachados, pero *moviéndose.* Ella entendió; comenzó a avanzar de rodillas, temblando.

-¡Las conclusiones de esta etapa son irrefutables! -gritó el conferenciante-. El motivo de ganancia es inseparable del incentivo de producción, pero los papeles del adversario nunca pueden ser iguales. Como entendió Sócrates, la desigualdad de valores es constante. El oro simplemente es distinto del bronce o del hierro, ¿quién de ustedes lo puede negar? Diapositiva número catorce, ¡por favor!

Nuevamente la oscuridad. *Ahora.*

Impulsó a la mujer hacia arriba, la empujó adelante, hacia la plataforma. Estaban a metro y medio de ella.

-*Cosa sucede?* ¿Qué pasa? ¡Diapositiva *catorce!*

¡Ocurrió! El proyector se había trabado otra vez; la oscuridad se prolongaba nuevamente. Y allí, en el escenario, frente a ellos, por encima de ellos, estaba el rojo resplandor de la señal de salida. Jason apretó cruelmente el brazo de la mujer.

-¡Suba al escenario y corra hacia la salida! Estoy justo detrás de usted, si se detiene o grita, disparo.

-¡Por Dios, déjeme ir!

-Todavía no.

Lo dijo en serio; había una salida en alguna parte, hombres esperando fuera al blanco de Marsella.

-¡Vamos! *¡Ahora!*

La doctora St. Jacques se levantó y corrió al escenario. Bourne la levantó del piso, saltando mientras lo hacía y ayudándola a erguirse nuevamente.

La cegadora luz del proyector se encendió, inundando la pantalla. Gritos de sorpresa e irritación vinieron de la audiencia al ver a dos figuras; los gritos del indignado Bertinelli se oyeron sobre el alboroto general.

-*E insoffribile! Ci sonó comunisti qui!*

Y hubo otros sonidos: tres... letales, agudos, repentinos. Disparos de un arma silenciosa, armas; saltaron trozos de madera en las molduras del arco del proscenio. Jason arrojó a la joven al suelo y se abalanzó hacia las sombras del estrecho espacio del ala, arrastrándola detrás de sí.

-*Da ist er! Da oben!*

-*Schnell! Der Projektor!*

Un grito llegó del centro del pasillo de la sala en el momento que la luz del proyector giró hacia los lados. Su haz era interceptado por paneles inclinados que disimulaban el área más allá del escenario; *luz, sombra, luz, sombra.* Y al final de los paneles, al fondo del escenario, estaba la salida. Una puerta alta, ancha, de metal, con cierre.

El vidrio saltó hecho añicos; la luz roja estalló, la bala de un tirador voló la señal sobre la puerta. No importaba; podía ver claramente el brillo del cierre de bronce.

El salón de conferencias se había convertido en un caos. Bourne sujetó a la mujer por la blusa, tirando de ella bajo los paneles hacia la puerta. Por un instante, se resistió; él la golpeó en la cara y la arrastró a su lado, hasta que el cierre estuvo sobre sus cabezas.

Las balas se estrellaban en la pared, a su derecha; los asesinos corrían por los pasillos en busca de buenos lugares para disparar. Los alcanzarían en segundos, y en segundos, otras balas o una sola bala encontraría su blanco. Aún había suficientes proyectiles, lo sabía. No tenía la menor idea de cómo o por qué lo sabía, pero *lo sabía.* Por el sonido podía visualizar las armas, extraer cargadores, contar las balas.

Pegó con el antebrazo en el cierre de la puerta de salida. Se abrió, y se abalanzó por la abertura, arrastrando consigo a la doctora St. Jacques.

-¡Basta! -gritó--. ¡No daré un paso más! ¡Está usted loco! ¡Están disparando!

Jason cerró de un golpe la enorme puerta de metal, empujándola con el pie.

-¡Levántese!

Le dio un revés en la cara.

-Lo siento, pero ha de venir conmigo. ¡Levántese! Una vez que estemos fuera, le doy mi palabra de que la dejaré ir.

Pero, ¿adonde iba ahora? Estaban en otro túnel, en éste no había alfombra, ni puertas con letreros luminosos encima. Estaban en alguna clase de desierta zona de carga; el piso era de cemento, y había dos plataformas rodantes de carga cerca de él, contra la pared. Había estado en lo cierto; los elementos utilizados en el escenario de la suite siete debían ser introducidos por la puerta de salida, lo suficientemente alta y ancha como para acomodar grandes objetos.

¡La *puerta!* ¡Tenía que atrancar la puerta! Marie St. Jacques se había puesto de pie; la sujetó mientras arrastraba la primera plataforma, tirando de su estructura para colocarla frente a la puerta y golpeándola con el hombro y la rodilla hasta que quedó colocada contra el metal. Miró hacia abajo; bajo la gruesa base de madera había palancas de frenos en las ruedas; empujó con el talón la palanca de delante y luego la de atrás,

La mujer se volvió, tratando de soltarse, mientras él estiraba la pierna hacia la parte trasera de la plataforma; deslizó una mano por el brazo de ella, la tomó

de la muñeca y la retorció hacia adentro. Ella gritó, con lágrimas en los ojos y temblor en los labios. Tiró de ella hasta ponerla a su lado, forzándola hacia la izquierda, y empezando a correr, suponiendo que la dirección que seguían los llevaría hacia la parte trasera del «Carillón du Lac», esperando encontrar la salida. Pues allí, y sólo allí, podría necesitar a la mujer; los breves segundos en que saliera una pareja, no un solo hombre corriendo.

Se oyeron fuertes golpes; los asesinos trataban de forzar la puerta del escenario, pero la plataforma atrancada era una barrera demasiado pesada.

Arrastró a la mujer por el piso de cemento; ella trató de zafarse, pataleando nuevamente, retorciéndose de un lado al otro; estaba al borde de la histeria. No tenía alternativa; la tomó del codo, su pulgar en la parte interna, y apretó lo más fuerte que pudo. Ella jadeó, el dolor fue repentino e insoportable; sollozó y suspiró, permitiéndole empujarla hacia delante.

Alcanzaron una escalera de cemento; cuatro peldaños con borde de acero conducían a un par de puertas metálicas más abajo. Era la zona de carga; al otro lado de las puertas estaba el área posterior de aparcamiento del «Carillón du Lac». Ya casi había llegado. Ahora sólo era cuestión de apariencia.

-Escúcheme -dijo a la mujer, rígida y asustada-. ¿Quiere que la deje ir?

-Por Dios, ¡sí! ¡Por favor!

-Entonces, haga exactamente lo que le digo. Vamos a bajar por estos escalones y a pasar por esa puerta como dos personas perfectamente normales, al final de un día normal de trabajo. Me va a coger del brazo y vamos a caminar despacio, charlando tranquilamente, hacia los coches que están al final del área de aparcamiento. Y ambos nos vamos a reír, no fuerte, sólo de forma casual, como si recordáramos cosas graciosas que nos sucedieron durante el día. ¿Entendido?

-Nada gracioso en absoluto me ha sucedido durante los últimos quince minutos -respondió en un murmullo apenas audible.

-Lo supongo. Puedo estar atrapado; si lo estoy, no me importa. ¿Comprende?

-Creo que me ha roto la muñeca.

-No.

-Mi brazo izquierdo, mi hombro. No los puedo mover, siento palpitaciones.

-Un nervio estará resentido; pasará en cuestión de unos minutos. Estará bien.

-Es usted un animal.

-Quiero vivir -dijo-. Vamos, recuerde: cuando abra la puerta, míreme y sonría, sacuda la cabeza hacia atrás, ría un poco.

-Será lo más difícil que he hecho en mi vida.

-Es más fácil que morir.

Ella pasó la mano lastimada por un brazo de él y bajaron por la breve serie de escalones hasta el nivel de la puerta. Él la abrió y salieron; el hombre llevaba la mano en el bolsillo de su abrigo, sujetando la pistola del francés y escudriñando el área de carga. Había una sola lámpara encajada en una tela de alambre sobre la puerta; su reflejo definía los escalones de cemento a la izquierda, que conducían al pavimento de abajo; llevó a su rehén hacia ellos.

Ella actuó como él le había indicado. Mientras bajaban los escalones con la cara vuelta hacia él, sus aterrorizados rasgos quedaron bajo la luz. Sus generosos

labios estaban abiertos, estirados sobre los dientes blancos en una falsa y tensa sonrisa; sus enormes ojos eran dos órbitas oscuras, que reflejaban un temor primitivo; su piel, manchada por las lágrimas, lisa y pálida, estropeada por marcas rojas, donde él le había pegado. Estaba mirando un rostro cincelado en piedra, una máscara enmarcada por oscuros cabellos rojos que le caían en cascada sobre los hombros y que movía la brisa nocturna: el único indicio de vida en la máscara.

Una ahogada risa salió de su garganta, y las venas se pronunciaron en su largo cuello. Estaba al borde del colapso, pero él no podía pensar ahora en eso. Debía concentrarse en el espacio que los rodeaba, en cualquier mínimo movimiento que pudiera observar en las sombras de la extensa zona de aparcamiento. Era obvio que esta zona de atrás, oscura, era utilizada por los empleados del «Carillón du Lac»; eran casi las seis y media, el turno de la noche estaría en plena tarea. Todo estaba en calma, una extensión negra y lisa, quebrada por filas de silenciosos automóviles, como hileras de enormes insectos, el vidrio opaco de las lámparas era como cien ojos mirando el vacío.

Un crujido. Un metal había rascado contra otro metal. Vino de la derecha, desde uno de los coches de una fila cercana. ¿Qué *fila?* ¿Qué coche? Echó la cabeza hacia atrás como si reaccionara ante un chiste de su compañera, mientras sus ojos recorrían las ventanas de los coches más cercanos a ellos. Nada.

¿Algo? Estaba allí, pero era tan pequeño, imperceptible... tan desorientador. Un circulito verde, un infinitesimal resplandor de luz verde. Se movía... a la par de ellos.

Verde. Pequeña... *¿luz?* De pronto, desde algún lugar de su remoto pasado, la imagen de una retícula apareció ante sus ojos. Miraba dos finas líneas, que se interceptaban. *¡Una retícula!* ¡Una mira... una mira telescópica infrarroja!

¿Cómo lo sabían los asesinos? Había muchas respuestas. Un transmisor se había utilizado en el Gemeinschaft; podía haber uno en uso ahora. Él llevaba abrigo; su rehén, un fino vestido de seda; la noche era fresca. Ninguna mujer saldría con ropa tan liviana.

Se volvió hacia la izquierda, se agachó y abalanzó contra Marie St. Jacques, golpeándola con el hombro en el estómago y tirándola hacia atrás, hacia los escalones. Los sordos disparos salieron con insistente repetición; todo a su alrededor era una explosión de piedra y asfalto. Se echó hacia la derecha y comenzó a rodar en el instante en que tocó el pavimento, sacando la pistola del bolsillo del abrigo. Saltó de nuevo, esta vez hacia delante, con la mano izquierda sosteniendo la derecha, centrando la pistola, apuntada a la ventanilla donde estaba el rifle. Disparó tres veces.

Un grito partió del oscuro espacio abierto donde estaba el coche estacionado; se convirtió en un gemido, luego un jadeo, después nada. Bourne yacía inmóvil, esperando, escuchando, atento, preparado para disparar otra vez. Silencio. Comenzó a levantarse... pero no pudo. Algo había sucedido. Casi no podía moverse. Entonces el dolor se le extendió por el pecho, tan intensamente, que hubo de doblarse, sosteniéndose con ambas manos, sacudiendo la cabeza, tratando de centrar la vista, de rechazar la agonía. Su hombro izquierdo, su pecho... bajo las costillas... su muslo izquierdo; sobre la rodilla, bajo la cadera; los lugares de sus antiguas heridas, donde docenas de puntos habían sido quitados hacía más de un mes. Se había dañado las zonas debilitadas, al estirar

tendones y músculos que no estaban totalmente restablecidos. ¡Oh, Cristo! Tenía que levantarse; tenía que llegar al coche del asesino, sacarlo de allí y escapar.

Levantó la cabeza, con un gesto de dolor, y contempló a Marie St. Jacques. Se estaba incorporando lentamente, primero apoyando una rodilla, luego un pie, sosteniéndose en la pared. No tardaría en correr e irse lejos.

¡No podía dejarla ir! Entraría gritando en el «Carillón du Lac», vendrían hombres, algunos para capturarlo..., otros para matarlo. ¡Tenía que sujetarla!

Se dejó caer hacia delante y comenzó a rodar a su izquierda, girando como un maniquí totalmente fuera de control, hasta que estuvo a metro y medio de la pared, a metro y medio de ella. Levantó la pistola y le apuntó la cabeza.

-Ayúdeme a levantarme -dijo, sintiendo la tensión de su voz.

-¿Qué?

-¡Me ha oído! Ayúdeme a *levantarme.*

-¡Dijo que cuando saliéramos podría irme! ¡Me dio su palabra!

-Tendré que retractarme.

-No, *por favor.*

-Le estoy apuntando directamente a la cabeza, doctora. O viene hasta aquí y me ayuda a levantarme, o disparo.

Tiró del cadáver del hombre hasta hacerlo caer del coche y ordenó a la mujer que se sentara al volante. Luego abrió la puerta trasera y se arrastró hacia el asiento, hasta quedar oculto.

-Conduzca -dijo-. Lléveme adonde le diga.

6

Cuando esté en una situación de gran tensión -y tenga tiempo, por supuesto- actúe exactamente como lo haría cuando se proyecta en una situación que esté observando. Deje que su mente quede libre, deje que salgan limpiamente los pensamientos e imágenes que asomen. Trate de no ejercer ninguna disciplina mental. Sea como una esponja; concéntrese en todo y en nada. Puede venir a usted algo específico, ciertos conductos reprimidos eléctricamente pueden ser puestos en funcionamiento.

Bourne recordó las palabras de Washburn mientras se acomodaba en el extremo del asiento, tratando de recuperar un poco el control. Se dio masajes en el pecho, frotando suavemente los castigados músculos alrededor de sus heridas anteriores; el dolor todavía estaba allí, pero no tan agudo como hacía unos minutos.

-¡No puede pedirme simplemente que conduzca! -gritó la doctora St. Jacques-. ¡No sé adonde voy!

-Tampoco yo -replicó Jason.

Le había indicado que se mantuviera en la carretera que bordeaba el lago; estaba oscuro y necesitaba tiempo para pensar. «Si sólo pudiera ser una esponja...»

-¡Me estarán *buscando!* -exclamó ella.

-También me están buscando a mí.

-Usted me ha hecho venir contra mi voluntad. Me ha pegado. Repetidas veces. -Ahora hablaba más suavemente, imponiéndose cierto dominio-. Eso es secuestro, asalto... Eso son crímenes serios. Ya ha salido del hotel. Dijo que era eso lo que quería. Déjeme ir y no diré una palabra. ¡Se lo prometo!

-¿De verdad me dará su palabra?

-¡Sí!

-Yo le di la mía y me retracté. Lo mismo podría hacer usted.

-Usted es distinto. Yo *no* lo haré. Nadie trata de matarme! ¡Oh, Dios! ¡Por favor!

-Siga conduciendo.

Algo era claro para él. Los asesinos lo habían visto soltar la maleta y dejarla atrás en su carrera por escapar. La maleta les decía lo obvio: se iba de Zurich; indudablemente, fuera de Suiza. El aeropuerto y la estación estarían vigilados. Y el coche del hombre al que había matado -y que había intentado matarlo a él- sería el objeto de la búsqueda.

No podía ir al aeropuerto ni a la estación; debía deshacerse del coche y buscar otro. Aun así, no estaba sin recursos. Llevaba 100.000 francos suizos y más de 16.000 francos franceses. El dinero suizo, en el sobre de su pasaporte; el francés, en la billetera que le había robado al marqués de Chamford. Era más que suficiente para llegar secretamente a París.

¿Por qué París? Era como si la ciudad fuera un imán que lo atrajera sin explicación.

No está desprotegido. Encontrará su camino... Siga sus instintos, razonablemente, por supuesto.

A París.

-¿Había estado antes en Zurich? -preguntó a su rehén.

-Nunca.

-No me mentirá, ¿verdad?

-No tengo *razón* para ello! *¡Por favor!* Déjeme detenerme. ¡Déjeme ir!

-¿Cuánto tiempo ha estado aquí?

-Una semana. La conferencia duraba una semana.

-Entonces habrá tenido tiempo de pasear, de conocer...

-Casi no he salido del hotel. No había tiempo.

-El programa que vi en la pizarra no parecía muy movido. Sólo dos conferencias por día.

-Ésos eran los oradores invitados; no había más de dos por día. La mayoría de nuestro trabajo se hacía en reuniones..., pequeñas reuniones. De diez a quince personas de distintos países, distintos intereses.

-¿Es usted de Canadá?

-Trabajo para la Tesorería del Gobierno canadiense, Departamento de Rentas Nacionales. ¿Qué más quiere saber?

-El «doctora» no es médico, entonces.

-Ciencias Económicas. Universidad de McGill, Pembroke College, Oxford.

-Me ha dejado muy impresionado.

Repentinamente, con regulada estridencia, ella agregó:

-Mis superiores esperan que me ponga en contacto con ellos. *Esta noche.* Si no tienen noticias mías, se alarmarán. Harán preguntas. Llamarán a la Policía de Zurich.

-Ya veo -replicó él-. Eso es algo que hay que considerar, ¿verdad? -Bourne advirtió que durante la violencia de la última media hora, la doctora St. Jacques no había soltado la cartera. Se inclinó hacia delante, volviéndose en seguida hacia atrás, pues el dolor del pecho se le agudizó repentinamente-. Déme su cartera.

-¿Qué?

Dejó el volante, para sujetar la cartera, en un inútil intento de mantenerla consigo.

Él alargó la mano derecha por encima del asiento, y sus dedos apretaron el cuero.

-Siga conduciendo, doctora -dijo mientras levantaba la cartera del asiento y se recostaba nuevamente hacia atrás.

-No tiene *derecho...*

Se interrumpió al comprender la inutilidad de su observación.

-Ya lo sé -respondió él, mientras abría la cartera; encendió la lámpara interior del sedán y puso la cartera bajo su luz. Como correspondía a la dueña, la cartera estaba bien ordenada. Pasaporte, billetera, un monedero, llaves y distintas notas y mensajes en los bolsillos de los lados. Buscaba un mensaje específico; estaba en un sobré amarillo, que le había entregado el empleado de la recepción del «Carillón du Lac». Lo encontró, levantó la solapa y extrajo el papel doblado. Era un telegrama de Ottawa.

INFORMES DIARIOS INMEJORABLES. PERMISO CONCEDIDO. TE VEREMOS EN AEROPUERTO MIÉRCOLES 26. ENVÍA NUMERO DE VUELO. EN LYON NO DEJES DE IR A «BELLE MEUNIÉRE». COMIDA EXCELENTE. CARIÑOS PETER.

Jason dejó el telegrama en la cartera. Vio una cajita de fósforos, color blanco satinado, con un nombre: «Kronenhalle». Un restaurante... Un restaurante. Algo le molestaba; no sabía qué era pero allí estaba. Algo relativo al restaurante. Guardó los fósforos, cerró la cartera y se inclinó hacia delante para dejarla sobre el asiento.

-Eso es todo lo que quería ver -dijo, acomodándose de nuevo en el rincón, y mirando fijamente los fósforos-. Me pareció recordar que le había oído decir algo sobre «mensaje de Ottawa». Lo recibió; para el veintiséis falta más de una semana.

-Por favor...

La súplica era una petición de auxilio; él la interpretó de ese modo, pero no podía responder. Durante la próxima hora o más necesitaba a aquella mujer; a necesitaba como un cojo necesita un bastón o, más exactamente, como uno que no puede conducir necesitar de un chofer. Pero no en este coche.

-Vuelva atrás -ordenó-. Al «Carillón».

-¿Al... hotel?

-Sí -replicó, mirando fijamente la caja de fósforos, dándole vueltas y más vueltas en la mano, bajo a luz interna del automóvil-. Necesitamos otro coche.

-¿Nosotros? No, ¡usted *no puede!* No seguiré...

Nuevamente se interrumpió, antes de terminar su negativa, antes de completar el pensamiento. Era obvio que otro pensamiento la había asaltado; se quedó de pronto en silencio, mientras hacía girar el volante, hasta que el sedán quedó en dirección opuesta en la oscura carretera que bordeaba el lago. Apretó el acelerador con tanta fuerza, que el coche salió disparado hacia delante; los neumáticos chirriaron ante la súbita aceleración. De inmediato aflojó el pedal, mientras sujetaba con fuerza el volante, tratando de dominarse.

Bourne levantó la vista para mirar el largo cabello rojo oscuro que brillaba bajo la luz. Sacó la pistola y, una vez más, se inclinó hacia delante. Levantó el arma, le puso la mano en el hombro y apoyó el cañón contra su mejilla.

-Entiéndame bien. Va a hacer exactamente lo que le diga. Va estar a mi lado, y no olvide que le estaré apuntando al estómago, como ahora apunto a su cabeza. Mi vida está en juego, y no vacilaré en apretar el gatillo. Quiero que comprenda.

-Entiendo -respondió en un susurro.

Respiró con la boca entreabierta, en un terror total. Jason apartó de su mejilla el cañón de la pistola; estaba satisfecho. Satisfecho y molesto.

Deje que su mente se libere... Los fósforos. ¿Qué había en aquellos fósforos? Pero no eran los fósforos; era el restaurante, pero no el «Kronenhalle», sino otro. Pesadas vigas, luz de velas, triángulos negros fuera. Piedra blanca y triángulos negros. ¿Tres? Tres triángulos negros.

Había alguien allí... en un restaurante con tres triángulos en la fachada. La imagen era tan clara, tan vivida..., tan perturbadora. ¿Qué era? ¿Existía un lugar así?

Puede llegar a usted algo específico... Ciertos conductos reprimidos... puestos en funcionamiento.

¿Estaba sucediendo eso ahora? ¡Oh, Cristo, no puedo soportarlo!

Podía ver ya las luces del «Carillón du Lac» a varios cientos de metros. No había planeado exactamente sus movimientos, pero estaba actuando bajo dos suposiciones. La primera era que los asesinos no se habían quedado en el área del hotel. Por otro lado, Bourne no iba a meterse en la trampa por sí solo. Conocía a dos de los asesinos; no reconocería a los otros si hubieran quedado atrás.

La zona de estacionamiento central estaba más allá de la entrada circular; al lado izquierdo del hotel.

-Más despacio -ordenó Jason-. Gire hacia la primera entrada de la izquierda.

-Es una salida -protestó la mujer con voz tensa-. Vamos en sentido contrario.

-Nadie sale ahora. ¡Siga! Vaya hasta la zona de aparcamiento.

La escena que se desarrollaba en la entrada con marquesina del hotel explicaba por qué nadie les prestó atención. Había cuatro coches policiales alineados en la calzada circular, con las luces giratorias del techo en funcionamiento. Podía ver policías uniformados y a los empleados del hotel

vestidos con smoking, entre los alborotados huéspedes; la Policía preguntaba y anotaba los nombres de los que se iban en automóviles.

Marie St. Jacques condujo a través del área de estacionamiento, bajo los reflectores, hacia un espacio abierto a la derecha. Apagó el motor y permaneció inmóvil, mirando fijamente hacia delante.

-Tenga mucho cuidado -dijo Bourne, bajando su ventanilla-. Y muévase despacio. Abra su portezuela y bájese; luego venga a la mía y ayúdeme. Recuerde; el vidrio está bajado y llevo la pistola en la mano. Está solamente a cincuenta o sesenta centímetros de mí; no hay manera de que pueda fallar si disparo.

Hizo lo que le indicó, cual aterrorizado autómata. Jason se apoyó en el marco de la ventanilla y bajó. Cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro; la movilidad estaba retornando. Podía caminar. No muy bien, y renqueando, pero podía caminar.

-¿Qué va a hacer ahora? -preguntó la doctora St. Jacques, como si temiera oír la respuesta.

-Esperar. Tarde o temprano, alguien entrará aquí con un coche, para aparcarlo. No importa todo lo que ha ocurrido allí dentro; todavía es hora de cenar. Las reservas están hechas; los festejos, organizados; muchos de ellos, por comercios; esa gente no cambiará sus planes.

-Y cuando venga un coche, ¿qué hará? -Hizo una pausa, y luego contestó su propia pregunta-: ¡Oh, Dios mío, va a matar a quien quiera que esté en él!

El la sujetó del brazo; su cara asustada y blanca como tiza a poca distancia. Debía dominarla por el miedo, pero no hasta el punto de ponerla histérica.

-Si es necesario lo haré, pero no creo que lo sea. Los encargados del aparcamiento traen los coches hasta aquí. Las llaves las dejan generalmente en el salpicadero o bajo el asiento. Es mucho más fácil.

Dos haces de luz barrieron la horquilla de la calzada circular; un pequeño cupé entró en el aparcamiento. Una vez dentro, aceleró, señal de que era un empleado. El automóvil fue directo hacia ellos, alarmando a Bourne, hasta que vio el cercano espacio vacío. Pero estaban en el cruce de las luces, habían sido vistos.

Reservas para el comedor... Un restaurante. Bourne tomó una decisión; aprovecharía la oportunidad.

El empleado bajó del coche y colocó las llaves bajo el asiento. Mientras caminaba hacia la parte trasera del coche, los saludó con la cabeza, no sin curiosidad. Bourne habló en francés.

-¡Hola, joven! Quizá nos pueda ayudar.

-Diga.

El empleado se aproximó vacilante, puesto en guardia por los recientes acontecimientos.

-No me siento muy bien; creo que he abusado de su excelente vino suizo.

-Suele suceder, señor. El joven sonrió, aliviado.

-Mi esposa ha creído que sería conveniente tomar un poco de aire antes de partir para el centro.

-Una buena idea, señor.

-¿Todavía sigue la agitación ahí adentro? Pensé que el oficial de Policía no me iba a dejar salir, hasta que vio que podía vomitar sobre su uniforme.

-Es una locura, señor. Están por todos lados... Nos han dado órdenes de no hacer comentarios.

-Por supuesto. Pero tenemos un problema. Un socio llegó esta tarde en avión y quedamos en vernos en un restaurante, pero olvidé el nombre. Ya he estado allí, pero no puedo recordar dónde queda o cómo se llama. Lo que sí recuerdo es que en la fachada hay tres formas extrañas... Un diseño de alguna clase, creo. Triángulos, me parece.

-Se trata del «Drei Alpenhäuser», señor. «Los... Tres Chalés.» Está en una calle lateral de la Falkenstrasse.

-¡Por supuesto! ¡Ése es! Y para ir desde aquí... Bourne arrastró las palabras, simulando el comportamiento de un borracho tratando de concentrarse.

-Doble a la derecha después de la salida, señor. Siga por el «Uto Quai» unos cien metros, hasta llegar a un espigón más grande; doble luego a la derecha. Esto lo llevará a la Falkenstrasse. Un vez que llegue a Seefeld verá la calle y el restaurante. Hay un letrero en la esquina.

-Gracias. ¿Estará usted aquí dentro de unas horas, cuando regresemos?

-Hoy tengo turno hasta las dos de la madrugada, señor.

-Bien. Lo buscaré y le expresaré mi gratitud más concretamente.

-Gracias, señor. ¿Quiere que le traiga su coche?

-Se lo agradezco, pero ya ha hecho bastante. Necesito caminar un poco más.

El empleado saludó y empezó a caminar hacia la puerta del hotel. Jason, cojeando, llevó a Marie St. Jacques hasta el cupé.

-Dése prisa, las llaves están debajo del asiento.

-Si nos detienen, ¿qué hará usted? El empleado verá salir el coche; sabrá que lo robó.

-Lo dudo. No si salimos en seguida.

-Suponga que *sí* se da cuenta.

-Entonces espero que sea una conductora veloz-replicó Bourne, empujándola hacia la puerta-. Entre. -El empleado había llegado a la esquina y, de pronto, aceleró el paso. Jason sacó el arma y se movió rápidamente alrededor del capó, apoyándose en él mientras apuntaba la pistola hacia el parabrisas. Abrió la portezuela y se sentó al lado de ella-. ¡Maldito sea, le he dicho que cogiera las *llaves!*

-Está bien... No puedo *pensar.*

-¡Trate un poco más!

-¡Oh *Dios...!*

Estiró el brazo bajo el asiento, pasando la mano por la alfombra hasta que encontró el pequeño estuche de cuero.

-Ponga en marcha el motor, pero espere a que yo le indique para dar marcha atrás. -Esperó a que aparecieran faros encendidos en el área de la entrada circular; podría haber sido ésa la razón de que el empleado saliera repentinamente corriendo; un coche para aparcar. No aparecieron; la razón podía ser otra. Dos extraños en la zona de aparcamiento-. ¡Adelante! ¡Rápido! ¡Quiero salir de aquí! -Ella puso la marcha atrás; segundos después se aproximaban a la salida hacía el lago-. ¡Más despacio! -ordenó.

Un taxi estaba doblando por la curva frente a ellos.

Bourne contuvo la respiración y miró, a través de la ventanilla opuesta, hacia la entrada del «Carillón du Lac»; la escena bajo la marquesina explicaba la repentina decisión del empleado de salir corriendo. Había estallado una discusión entre la Policía y un grupo de huéspedes del hotel. Se había formado una cola para anotar los nombres de los que abandonaban el hotel, y las consiguientes demoras habían irritado a los inocentes.

-¡Vamos! -exclamó Jason encogiéndose; el dolor le atravesaba nuevamente el pecho-. Tenemos vía libre.

Era una sensación de aturdimiento, atemorizante y misteriosa. Los tres triángulos eran como él los había imaginado: madera pesada y oscura trabajada en relieve sobre piedra blanca. Tres triángulos iguales, versiones abstractas de techos de chalés en un valle de nieve tan profundo, que las partes más bajas estaban oscurecidas. Sobre las tres puntas estaba el nombre del restaurante en letras germánicas: DREI ALPENHAÜSER. Bajo la línea de base de los triángulos centrales se hallaba la entrada, puertas dobles que, juntas, formaban un arco de catedral; los herrajes, de macizos anillos de hierro, eran los habituales de un castillo alpino.

Los edificios circundantes, a ambos lados de la estrecha calle empedrada, eran estructuras restauradas de una Zurich y una Europa hacía mucho tiempo desaparecidas. No era una calle para automóviles; en su lugar, uno se imaginaba elaborados coches tirados por caballos, con cocheros en lo alto del pescante, con bufandas y sombreros de copa, farolas de gas por todos lados. Era una calle llena de imágenes y sonidos de recuerdos olvidados, pensó el hombre que no tenía recuerdos para olvidar.

Sin embargo, *había* tenido uno, vivido y perturbador. Tres oscuros triángulos, pesadas vigas y luz de velas. Había acertado; era un recuerdo de Zurich. Pero de otra vida.

-Hemos llegado -dijo la mujer.

-Lo sé.

-¡Dígame qué debo hacer! -gritó-. Vamos a pasarnos.

-Siga hasta la esquina y doble a la izquierda. Dé vuelta a la manzana y vuelva a pasar.

-¿Por qué?

-¡Ojalá lo supiera!

-¿Qué?

-Porque así se lo he indicado.

Alguien estaba allí... En aquel restaurante. ¿Por qué no acudían otras imágenes? Otra imagen. Un rostro.

Dieron vueltas por la calle hasta pasar por el restaurante dos veces más. Habían entrado dos parejas por separado y un grupo de cuatro; salió un hombre, que marchó hacia la Falkenstrasse. A juzgar por los automóviles aparcados junto a la acera, había una mediana cantidad de gente en el «Drei Alpenhäuser». Aumentaría en número a medida que transcurrieran las próximas dos horas, pues la mayoría de la gente en Zurich prefería cenar más cerca de las diez y media que de las ocho. No tenía sentido esperar más; Bourne no podía recordar nada más. Sólo podía quedarse allí sentado, observar y esperar a que algo viniera

a su mente. *Algo.* Pues algo había aparecido; una caja de fósforos había evocado una imagen real. Dentro de esa realidad, había una verdad que debía descubrir.

-Pare a su derecha, frente al último coche. Volveremos caminando.

Silenciosamente, sin comentario ni protesta, la doctora St. Jacques hizo lo que él le indicó. Jason la miró; su reacción era muy dócil, bien opuesta a su comportamiento previo. Comprendió. Debía darle la lección. Sin importar qué sucediera en el «Drei Alpenhäuser», él la necesitaba para una contribución final. Debía llevarlo fuera de Zurich.

El automóvil se detuvo, los neumáticos rozaron la acera. Ella apagó el motor y comenzó a quitar las llaves, con movimientos lentos, demasiado lentos. Él se estiró y la cogió de la muñeca; la mujer lo miró sin respirar. Él deslizó los dedos sobre su mano, hasta que tocó el llavero.

-Yo las llevaré -dijo.

-Por supuesto -respondió ella, con la mano izquierda en el costado, suspendida sobre la portezuela.

-Ahora, salga y párese al lado del capó -continuó él-. No haga ninguna tontería.

-¿Por qué voy a hacerlo? Me mataría.

-Bien.

Cogió el tirador de la puerta, exagerando la dificultad. Su atención estaba en ella; bajó el tirador.

El crujido de la tela fue repentino; la ráfaga de aire, más repentina todavía; la portezuela de ella golpeó al abrirse; la mujer quedó a medias dentro y a medias fuera. Pero Bourne estaba listo, debía darle una lección. Giró rápidamente: su brazo derecho era un resorte liberado; su mano, una garra, que la sujetó por la seda del vestido, entre los omóplatos. La arrojó nuevamente en el asiento y, cogiéndola por el cabello, la inclinó hacia atrás, hasta que su cuello quedó tirante, su cara contra la de él.

-¡No lo volveré a hacer! -gritó, con las lágrimas asomándole *a* los ojos-¡Le juro que no!

Él se estiró y cerró la puerta; luego la miró de cerca, tratando de entender algo de sí mismo. Hacía treinta minutos, en otro coche, había experimentado una sensación de náuseas al presionar con el cañón de la pistola en su mejilla, amenazándola con quitarle la vida si le desobedecía. Ahora no sentía esa revulsión; ahora con una acción premeditada, ella había cruzado a otro territorio. Se había convertido en un enemigo, en una amenaza; podía matarla si era necesario, matarla sin emoción, porque era una actitud práctica que debía tomar.

-¡*Diga* algo! -susurró ella.

Su cuerpo experimentó un breve espasmo; sus pechos presionaron la oscura seda del vestido, subiendo y bajando con el agitado movimiento. Cogió su propia muñeca, en un intento de dominarse; lo logró parcialmente. Habló otra vez, remplazando el susurro por una voz monótona:

-Le he dicho que no lo volveré a hacer, y no lo haré.

-Lo tratará -replicó en voz baja-. Llegará un momento en que creerá que puede hacerlo y lo intentará. Créame cuando le digo que no puede, pero si lo intenta otra vez, tendré que matarla. No quiero hacerlo, no hay razón para ello, ninguna razón. A no ser que se convierta en una amenaza para mí y, al querer

escapar antes de que yo la deje ir, se transforme usted justamente en eso. No puedo permitirlo.

Había dicho la verdad como él la entendía. La simplicidad de la decisión era tan sorprendente para él como la decisión en sí misma. Matar era una cuestión de practicidad. Nada más.

-Dice que me dejará ir -dijo ella-. ¿Cuándo?

-Cuando yo esté a salvo -le respondió-. Cuando no importe lo que usted diga o haga.

-¿Cuándo será eso?

-Dentro de una hora más o menos. Cuando estemos fuera de Zurich y yo me halle camino de algún otro lugar. Usted no sabrá adonde ni cómo.

-¿Por qué debería creerle?

-No me importa que me crea o no. -La soltó-. Arréglese un poco. Séquese los ojos y péinese. Ahora vamos a entrar.

-¿Qué hay allí adentro?

-¡Ojalá lo supiera! -replicó él, mirando por la ventanilla trasera hacia la puerta del «Drei Alpenhäuser».

-Ya dijo eso anteriormente.

Él la miró; miró aquellos enormes ojos castaños que exploraban los suyos. Y lo hacían con temor, con perplejidad.

-Lo sé. Dése prisa.

Gruesas vigas atravesaban el altísimo techo alpino, y por doquier se veían mesas y sillas de madera pesada, lugares reservados y velas. Un acordeonista se movía entre las mesas, y de su instrumento salían apagados acordes de música bávara.

Había visto antes aquel amplio salón; las vigas y las velas estaban grabadas en algún lugar de su mente, igual que los sonidos. Había ido allí en otra vida. Se pararon en el pequeño salón de recepción delante del *maître;* el hombre vestido de smoking los saludó.

-*Haben Sie einen Tisch schon reserviert, mein Herr?*

-Si se refiere a reservas, me temo que no. Pero me lo han recomendado mucho. Espero que nos encuentre algo. Un reservado, si es posible.

-Por supuesto, señor. Es temprano, todavía no está lleno. Síganme, por favor.

Los condujo a un reservado en el rincón más cercano, con la oscilante luz de una vela en medio de la mesa. La cojera de Bourne, y el hecho de que se apoyara en la mujer hicieron que les diera el sitio más cercano disponible. Jason hizo un gesto con la cabeza a Marie St. Jacques; ella se sentó, y él se deslizó frente a ella.

-Colóquese contra la pared -dijo, tras marcharse el *maître-.* Recuerde: tengo la pistola en el bolsillo, y cuanto he de hacer es levantar el pie para que quede atrapada.

-Le he dicho que no lo intentaría.

-Así lo espero. Pida algo de beber. No hay tiempo para comer.

-No podría probar bocado. -Se cogió nuevamente la muñeca; sus manos temblaban visiblemente-. ¿Por qué no hay tiempo? ¿Qué está esperando?

-No lo sé.

-¿Por qué *dice* siempre eso? «No lo sé. Ojalá lo supiera.» ¿A qué ha venido aquí?

-Porque estuve aquí antes.

-¡Ésa no es respuesta!

-No hay razón para que yo le dé una respuesta concreta.

Se acercó un camarero. Ella pidió vino; Bourne, whisky; necesitaba un trago fuerte. Echó un vistazo al restaurante, tratando de concentrarse *en todo y en nada.* Una esponja. Pero no hubo nada. Ninguna imagen acudió a su mente; ningún pensamiento invadió su ausencia de pensamiento. *Nada.*

Y entonces vio la cara en el otro lado del salón. Era una cara grande en una cabeza grande, sobre un cuerpo obeso apoyado en la pared de un reservado, junto a una puerta cerrada. El hombre gordo se mantenía en las sombras de su lugar de observación, como si ellas fueran su protección; la sección sin iluminar del piso, su santuario. Sus ojos estaban concentrados en Jason, con miedo e incredulidad en su mirada. Bourne no conocía la cara, pero la cara lo conocía a él. El hombre se llevó los dedos a los labios y se restregó las comisuras; luego desvió la mirada, observando mesa por mesa. Sólo entonces comenzó lo que era obviamente un penoso trayecto a través del salón, hacia ellos.

-Un hombre viene hacia aquí -dijo Jason sobre la llama de la vela-. Un hombre gordo, y está asustado. No hable. No importa lo que él diga, mantenga la boca cerrada. Y no lo mire; suba la mano, apoye la cabeza en el codo, de un modo casual. Mire hacia la pared, no a él.

La mujer frunció el ceño y se llevó la mano derecha a la cara; sus dedos temblaban. Sus labios iniciaron una pregunta, pero las palabras no salieron. Jason contestó lo que ella no dijo.

-Es por su propio bien -dijo-. No es conveniente que él pueda identificarla.

El hombre gordo llegó hasta el rincón del reservado. Bourne sopló sobre la vela, dejando la mesa en relativa oscuridad. El hombre lo miró fijamente y habló en voz baja y tensa.

-*Du lieber Gott!* ¿Por qué ha venido aquí? ¿Qué es lo que le he hecho para que usted me haga esto a mí?

-Me gusta la comida, usted lo sabe.

-¿Carece de *sentimientos?* Tengo una familia, una mujer e hijos. Hice todo lo que se me indicó. Le di el sobre a usted; no miré adentro, ¡no sé nada!

-Pero le pagaron, ¿no es cierto? -preguntó Jason instintivamente.

-Sí, pero no dije nada. Nunca nos vimos, nunca lo describí. ¡No le hablé a nadie de usted!

-Entonces, ¿a qué ese temor? Soy un cliente común que quiere cenar.

-Se lo ruego, váyase.

-Ahora estoy irritado. Será mejor que me diga por qué.

El hombre gordo se llevó la mano a la cara; sus dedos enjugaron nuevamente la humedad que se había formado alrededor de la boca. Giró la cabeza, mirando hacia la puerta; luego se volvió hacia Bourne.

-Otros pueden haber hablado, otros pueden saber quién es usted. Ya tuve mi ración de problemas con la Policía; vendrían directamente a mí.

La doctora St. Jacques perdió el control; miró a Jason; se le escaparon las palabras.

-La Policía... ellos eran la *Policía.* Bourne la miró fijamente; luego se volvió hacia el nervioso hombre gordo.

-¿Está diciendo que la Policía podría hacer daño a su esposa e hijos?

-No ellos mismos, como usted sabe bien. Pero su interés conduciría a otros hacia mí. A mi familia. ¿Cuántos lo están buscando, *mein Herr?* ¿Y quiénes son ellos? No necesita que yo se lo diga; no se detienen ante nada; la muerte de una esposa o de un hijo no significa nada para ellos. *Por favor.* Por mi vida. No he dicho nada. *¡Váyase!*

-Está exagerando.

Jason se llevó la copa a sus labios, anticipando la despedida.

-¡Por el amor de Dios, no *haga eso!* El hombre se inclinó hacia delante, apoyándose en la mesa.

-Usted quiere pruebas de mi silencio; se las daré.

Se comunicó a través del *Verbrecherwelt.* Cualquiera que tuviera alguna información debía llamar a un número, establecido por la Policía de Zurich. Todo se mantendría estrictamente confidencial; no mentirían sobre eso en el *Verbrecherwelt.* Las recompensas eran grandes; la Policía de varios países enviaba fondos a través de la Interpol. Pasadas confusiones podrían ser consideradas bajo una nueva luz judicial. El conspirador se puso en pie, secándose nuevamente la boca y agitando su enorme corpulencia.

-Un hombre como yo podría beneficiarse de una mejor relación con la Policía. Sin embargo, no hice nada. A pesar de la garantía de confidencialidad, ¡no hice absolutamente nada!

-¿Lo hizo alguien más? Dígame la verdad; sabré si me miente.

-Sólo conozco a Chernak. Es el único con el que he hablado que admite haberlo visto alguna vez. Pero usted lo sabe; el sobre llegó a mí a través de él. Nunca hablaría.

-¿Dónde está ahora Chernak?

-Donde siempre. En su apartamento de Löwenstrasse.

-Nunca he ido allí. ¿Cuál es el número?

-¿Que nunca ha ido? -El hombre gordo hizo una pausa, y apretó los labios, con alarma en los ojos-. ¿Me está probando?

-Respóndame.

-Número 37.

-Entonces, lo estoy probando. ¿Quién le dio el sobre a Chernak?

El hombre permaneció inmóvil, al ver desafiada su dudosa integridad.

-No tengo manera de saberlo. Ni lo averiguaría jamás.

-¿Ni siquiera sintió curiosidad?

- Por supuesto que no. Una cabra no entra voluntariamente en la cueva del lobo.

-Las cabras pisan sobre seguro, tienen un preciso sentido del olfato.

-Y son precavidas, *mein Herr.* Porque el lobo es más rápido e infinitamente más agresivo. Sería un único desafío. El último de la cabra.

-¿Qué había en el sobre?

-Ya se lo he dicho; no lo abrí.

-Pero usted sabe lo que contenía.

-Dinero, supongo.

-*¿Supone?*

-Muy bien. Dinero. Una gran cantidad de dinero. Si hubo alguna discrepancia, no tiene nada que ver conmigo. Ahora, por *favor,* se lo *ruego. ¡Salga* de aquí!

-Una última pregunta.

-*La que quiera.* ¡Pero váyase!

-¿Para qué era el dinero?

El hombre obeso miró fijamente a Bourne; se oía su respiración, el sudor brillaba en su mentón.

-Me tortura, *mein Herr,* pero no me alejaré de usted. Tengo el valor de una insignificante cabra que ha sobrevivido. Todos los días leo los periódicos. En tres idiomas. Seis meses atrás mataron a un hombre. La noticia de su muerte fue publicada en la primera página de cada uno de esos periódicos.

7

Dieron la vuelta a la manzana y salieron a la Falkenstrasse; luego doblaron a la derecha por la Limmat Quai, hacia la catedral de Grossmünster. La Löwenstrasse estaba al otro lado del río, en la parte oeste de la ciudad. La manera más rápida de llegar a ella era cruzando el puente Münster hasta la Bahnhofstrasse, para seguir luego por la Nüschelerstrasse; las calles se cortaban, de acuerdo con lo que les había dicho una pareja que entraba en el «Drei Alpenhäuser».

Marie St. Jacques permanecía en silencio, asiéndose al volante como se había aferrado a las asas de su cartera durante la locura del «Carillón»; de algún modo, era su conexión con la cordura. Bourne la miró y comprendió.

...mataron a un hombre. La noticia de su muerte fue publicada en la primera página de cada uno de esos periódicos.

A Jason Bourne le habían pagado por matar, y la Policía de varios países había enviado fondos a través de la Interpol para convencer a informantes reacios, para ampliar la base de su captura. Lo cual significaba que otros hombres habrían muerto...

¿Cuántos lo están buscando, mein Herr? *¿Y quiénes son...? No se detienen ante nada... ¡La muerte de una esposa o de un hijo no significa nada para ellos!*

No la Policía. Otros.

Los dos campanarios gemelos de la iglesia Grossmünster se perfilaban contra el cielo nocturno, creando sombras misteriosas. Jason miró fijamente las antiguas estructuras; como tantas otras cosas que había conocido, pero que no conocía. Aunque la había visto antes, la estaba viendo ahora por primera vez.

Sólo conozco a Chernak... El sobre llegó a mí a través de él... Löwenstrasse. Número 37. Usted lo sabe tan bien como yo.

¿Lo sabía? ¿Lo sabría?

Cruzaron el puente y se mezclaron con el tránsito de la parte nueva de la ciudad. Las calles estaban atestadas; automóviles y peatones pugnaban por ser los primeros en cada cruce; las señales rojas y verdes eran erráticas e interminables. Bourne trató de concentrarse en nada... y en todo. Un bosquejo de la verdad se presentaba ante él, forma tras forma, cada una más sorprendente y enigmática que la anterior. No estaba para nada seguro de ser capaz -*mentalmente* capaz- de absorber mucho más.

-Halt! Die Dame da! Die Scheinwerfer sind aus und Sie haben links signaliziert. Das ist eine Einbahnstrasse!

Jason alzó la vista; sintió una punzada en el estómago. Un coche patrulla apareció junto a ellos; un policía gritaba a través de la ventanilla abierta. Todo quedó de pronto claro... Claro e indignante. La mujer había visto al coche por el espejo retrovisor; había apagado los faros y puesto el intermitente para girar a la izquierda. Un giro a la izquierda, en una calle de dirección única cuyas flechas en los cruces indicaban claramente que sólo se podía girar hacia la derecha. Y doblar a la izquierda ante el coche de la Policía equivalía a varias violaciones: ausencia de luces, quizás hasta una colisión premeditada; los detendrían, y la mujer podría gritar libremente.

Bourne encendió las luces con rápido movimiento y luego se inclinó hacia la joven para desconectar el intermitente con una mano, y con la otra la sujetó del brazo como lo había hecho antes.

-La mataré, doctora -susurró con calma; luego le gritó al oficial de Policía, a través de la ventanilla-: ¡Disculpe! ¡Estamos algo confundidos! ¡Turistas! ¡Queremos doblar en la otra manzana!

El policía estaba a no más de cincuenta centímetros de Marie St. Jacques, con la mirada fija en su rostro, evidentemente intrigado por su falta de reacción.

Cambió la luz.

-Siga adelante. No haga más tonterías -dijo Jason. Saludó con la mano al policía a través del vidrio.

-¡Disculpe, otra vez! -gritó. El policía se encogió de hombros y se volvió hacia su compañero, para proseguir la conversación.

-La verdad es que me he confundido -se excusó la joven; su voz suave temblaba-. Hay tanto tránsito... ¡Oh, Dios, me ha roto el brazo...! ¡Bastardo!

Bourne la soltó, perturbado por su enojo; prefería el miedo.

-No esperará que la crea, ¿verdad?

-¿Lo del brazo?

-Su confusión.

-Usted dijo que pronto giraríamos a la izquierda; eso era todo lo que pensaba.

-La próxima vez mire bien el tránsito. Se apartó de ella, pero no le quitó los ojos de encima.

-Es usted un animal -susurró ella, cerrando brevemente los ojos, para volver a abrirlos, llenos de temor; el miedo había vuelto.

Llegaron a la Löwenstrasse, una ancha avenida donde bajos edificios de ladrillos y pesada madera habían quedado aprisionados entre modernos ejemplos de desnudo cemento y vidrio. La personalidad de las construcciones del siglo XIX

competía muy bien contra el utilitarismo de la neutralidad contemporánea; no perdían en la comparación. Jason observó los números: eran de mediados del ochenta. En cada tramo, las casas antiguas aumentaban respecto a los elevados apartamentos, hasta que la calle retornó, en el tiempo, a la otra Era. Había una fila de bien cuidados edificios de cuatro pisos, con los techos y ventanas enmarcados en madera, senderos de piedra y verjas que conducían a entradas recoletas, bañadas por la luz de los faros. Bourne reconoció lo olvidado; el hecho de hacerlo no era lo sorprendente; lo era otra cosa. La fila de casas evocó otra imagen, una imagen muy nítida de otra fila de casas, similares en cuanto a diseño, pero extrañamente diferentes. Desgastadas por el tiempo, más viejas, de ningún modo tan cuidadas... Ventanas rotas, escalones partidos, verjas incompletas, mellados extremos de hierro oxidado. Lejos, en otra parte de... Zurich; sí, *estaban* en Zurich. En un pequeño distrito rara vez o nunca visitado por los que no vivían allí, una parte de la ciudad dejada de lado, pero no airosamente.

«Steppdeckstrasse», se dijo para sí, concentrándose en la imagen de su mente. Podía ver una puerta, pintada de rojo, tan oscuro como el vestido de seda que llevaba la mujer. «Una pensión... en la Steppdeckstrasse.»

-¿Qué?

Marie St. Jacques se sorprendió. Las palabras que él había pronunciado la alarmaron; obviamente, las había relacionado con ella, y estaba aterrorizada.

-Nada. -Desvió la vista del vestido y miró por la ventana-. Ahí está el número 37 -dijo, señalando la quinta casa del grupo-. Pare.

Él bajó primero y le ordenó a ella que se deslizara a través del asiento y lo siguiera. Afirmó sus piernas y cogió las llaves del coche.

-Puede caminar -dijo la mujer-. Si puede caminar, puede *conducir.*

-Probablemente.

-¡Entonces, déjeme ir! He hecho todo lo que ha querido.

-Y más aún.

-No diré nada, ¿no puede *entenderlo?* Usted es la última persona en la Tierra a la que quisiera volver a ver... o con quien tener la más mínima relación. No quiero ser un testigo ni tener tratos con la Policía, ni hacer declaraciones, ¡ni *nada!* ¡No quiero formar parte de lo que usted es parte! Estoy terriblemente asustada..., ésa es su protección, ¿no lo ve? Déjeme ir, *por favor.*

-No puedo.

-No me cree.

-Eso no tiene importancia. La necesito.

-¿Para qué?

-Para algo muy estúpido. No tengo permiso de conducir. No se puede alquilar un coche sin permiso de conducir y necesito alquilar uno.

-Tiene éste.

-Servirá aproximadamente durante una hora más. Alguien saldrá del «Carillón du Lac» y lo buscará. La descripción será transmitida a todos los coches patrulla de Zurich.

Ella lo miró; en sus ojos brillaba un indecible terror.

-No quiero ir allá arriba con usted. Oí lo que ese hombre dijo en el restaurante. Si oigo algo más, usted me matará.

-Lo que oyó no tiene más sentido para mí que para usted. Quizá menos. Vamos.

La cogió por el brazo y puso la mano libre sobre la verja, para poder subir los escalones con un mínimo de dolor.

Ella lo miró fijamente; azoramiento y miedo convergieron en su mirada.

El nombre Chernak figuraba bajo el segundo buzón de correspondencia; había un timbre bajo las letras. No lo tocó, pero apretó los cuatro botones adyacentes. En cuestión de segundos, brotó de los pequeños y punteados altavoces una cacofonía de voces preguntando, en alemán suizo, quien era. Pero alguien no respondió; simplemente presionó el timbre que liberaba la cerradura. Jason abrió la puerta y empujó a Marie St. Jacques delante de él.

La puso contra la pared y esperó. Desde arriba llegaban los sonidos de puertas que se abrían y pasos que caminaban hacia la escalera.

-*Wer ist da?*

-Johann?

-Wo bist du denn?

Silencio. Seguido de palabras irritadas. Se oyeron nuevamente pasos; las puertas se cerraron.

Herr Chernak vivía en el segundo piso, apartamento 2C. Bourne tomó a la joven del brazo, y comenzó a subir la escalera. Ella estaba en lo cierto, por supuesto. Sería mucho mejor si estuviera solo, pero no había nada que pudiera hacer al respecto; realmente la necesitaba.

Había estudiado mapas de carreteras durante las semanas de Port Noir. Lucerna estaba a una hora. Berna, a dos y media o tres. Podía dirigirse a cualquiera de ellas y hacerla bajar en algún punto desierto del camino, para luego desaparecer. Era simplemente una cuestión de tiempo; él tenía recursos como para comprar cien conexiones. Necesitaba sólo un salvoconducto para salir de Zurich, y ella lo era.

Pero antes de abandonar Zurich tenía que hablar con un hombre llamado...

Chernak. El nombre figuraba a la derecha del timbre. Se puso en un lado de la puerta, arrastrando consigo a la mujer.

-¿Habla usted alemán? -preguntó Jason.

-No.

-No mienta.

-Le he dicho que no.

Bourne pensó, mirando de arriba abajo el pequeño vestíbulo. Luego dijo:

-Toque el timbre. Si la puerta se abre, quédese ahí parada. Si alguien contesta desde adentro, diga que tiene un mensaje, un mensaje urgente, de un amigo del «Drei Alpenhäuser».

-Suponga que él, o ella, me dice que lo meta bajo la puerta.

Jason la miró.

-Muy bien.

-No quiero más violencia. No quiero *saber* nada, ni ver nada. Sólo quiero...

-Ya lo sé -la interrumpió él-. Regresar a los impuestos del César y a las Guerras Púnicas. Si él o ella dicen algo así, explique en pocas palabras que el mensaje es verbal y ha de ser entregado sólo al hombre que le fue descrito.

-¿Y si pide esa descripción? -inquirió fríamente Marie St. Jacques; el análisis había sustituido al miedo.

-Tiene una mente rápida, doctora -comentó él.

-Soy precisa. Estoy asustada; ya se lo he dicho. ¿Qué hago?

-¡Dígale que se vaya al diablo! Alguien más podrá entregarlo. Y comience a caminar.

Se colocó frente a la puerta y tocó el timbre. Dentro se oyó un extraño son sonido. Un chirrido que crecía, constante. Luego se detuvo, y una voz profunda se escuchó a través de la madera.

-Ja?

-Me temo que no hablo alemán.

-*Englisch.* ¿Qué pasa? ¿Quién es usted?

-Tengo un mensaje urgente de un amigo del «Drei Alpenhäuser».

-Páselo por debajo de la puerta.

-No puedo hacerlo. No está escrito. Debo comunicárselo personalmente al hombre que me fue descrito.

-Bueno, eso no será difícil -replicó la voz. Se oyó el ruido del cerrojo y se abrió la puerta. Bourne dio un paso desde la pared hacia el marco de la puerta.

-¡Está *loco!* -gritó un hombre con dos muñones como piernas, sentado en una silla de ruedas-. ¡Fuera! ¡Váyase de aquí!

-Estoy cansado de oír eso -repuso Jason, empujando hacia dentro a la joven y cerrando la puerta.

No fue necesario insistir para convencer a Marie St. Jacques de que permaneciera en una pequeña habitación sin ventanas, mientras ellos hablaban; lo hizo voluntariamente. El mutilado Chernak se hallaba al borde del pánico; estaba intensamente pálido; el desgreñado cabello gris le caía, enmarañado, sobre el cuello y la frente.

-¿Qué *quiere* de mí? -preguntó-. ¡Juró que aquella transacción sería la última! No puedo hacer más, no puedo arriesgarme. Han venido aquí mensajeros. No importa con cuánta cautela, o cuan alejados de la fuente, ¡han *estado aquí!* Si uno deja una dirección en el lugar equivocado, ¡soy hombre muerto!

-Se le ha recompensado muy bien por los riesgos que corrió -dijo Bourne, de pie frente a la silla de ruedas, mientras se preguntaba si habría una palabra o una frase que pudiera desencadenar un torrente de información. Entonces recordó el sobre. *Si hubo alguna discrepancia, no tiene nada que ver conmigo.* Un hombre gordo en el «Drei Alpenhäuser».

-Nada comparado con la magnitud de los riesgos.

Chernak sacudió la cabeza, su pecho se agitó; los muñones que caían sobre la silla se movían obscenamente hacia delante y atrás.

-Yo estaba conforme antes de que usted entrara en mi vida, *mein Herr,* pues yo era *nadie* -continuó-. Un viejo soldado que se abrió camino en Zurich, mutilado, incapacitado, sin valor alguno, excepto por el conocimiento de ciertos hechos que antiguos camaradas pagaban pobremente por mantener ocultos. Era una vida decente; no mucho, pero suficiente. Entonces usted me encontró...

-Estoy conmovido -lo interrumpió Jason-. Hablemos del sobre... El sobre que le entregó a nuestro mutuo amigo del «Drei Alpenhäuser». ¿Quién se lo dio?

-Un mensajero. ¿Quién si no?

-¿De dónde venía?

-¿Cómo podría saberlo? Llegó en una caja, igual que los demás. La abrí y se lo envié. Era usted quien así lo quería. Dijo que no podía venir aquí por más tiempo.

-Pero lo abrió. Una afirmación.

-¡Nunca!

-Suponga que le diga que faltaba dinero.

-Entonces no habrá sido pagado; ¡no estaría en el sobre! -La voz del mutilado se elevó-. De todos modos, no le creo. Si fuera así, no hubiera aceptado el encargo. Pero usted lo aceptó. De modo que, ¿por qué está aquí ahora?

Porque necesito saber. Porque me estoy volviendo loco. Veo y oigo cosas que no entiendo. ¡Soy un hábil e ingenioso... vegetal! ¡Ayúdeme!

Bourne se alejó de la silla; caminó distraídamente hacia una estantería para libros donde había varias fotografías apoyadas contra la pared. En ellas se veían grupos de soldados alemanes, algunos con perros ovejeros, posando fuera de los cuarteles, junto a las cercas... y frente a un portón de alambrada alta donde se veía parte de un nombre. DACH...

Dachau.

Dachau.

El hombre, tras él, ¡se estaba moviendo! Jason se volvió; el mutilado Chernak tenía una mano en el bolsillo de lona sujeto a la silla; sus ojos estaban enrojecidos; su estropeada cara, convulsionada. La mano salió rápidamente, con un revólver de cañón corto en ella, y antes de que Bourne pudiera alcanzar la suya, Chernak hizo fuego. Los disparos llegaron rápidamente, un dolor helado penetró en su hombro izquierdo, luego la cabeza... ¡Oh, *Dios!* Se arrojó hacia la derecha y rodó sobre la alfombra, arrojando una pesada lámpara de pie hacia el inválido. Rodó nuevamente hasta llegar al otro lado de la silla. Se arrastró hasta abalanzarse contra ella, dando con su hombro derecho en la espalda de Chernak, lo cual hizo que el mutilado se viera expulsado de su silla, mientras se metía la mano en el bolsillo para coger la pistola.

-¡Pagarán por su cadáver! -gritó el mutilado, retorciéndose en el suelo y tratando de enderezarse lo suficiente como para apuntar bien-. ¡No me pondrá en un cajón! ¡Yo lo veré a usted en él! ¡Carlos pagará! ¡Por Cristo, que pagará!

Jason saltó como un resorte hacia la izquierda y disparó. La cabeza de Chernak cayó instantáneamente hacia atrás; la sangre brotó a borbotones de su garganta. Estaba muerto.

Se oyó un grito procedente de la puerta de la habitación. Creció en profundidad, bajo y hueco, un prolongado gemido, mezcla de miedo y repugnancia.

El grito de una mujer... por supuesto, ¡era una mujer! Su rehén, ¡su salvoconducto para salir de Zurich! ¡Oh, *Jesús,* no podía enfocar la vista! ¡Le había herido en la sien!

Recuperó la visión, negándose a reconocer el dolor. Vio un baño, la puerta abierta, toallas, un lavabo y un armario con espejo. Corrió hacia dentro, tiró del espejo con tanta fuerza que saltaron las bisagras y cayó al suelo hecho añicos. *Estantes.* Rollos de gasa y cinta y... fue todo lo que pudo coger. Debía salir de

allí... *Disparos;* los disparos eran alarma. Tenía que salir, ¡sacar a su rehén, y escapar! La habitación, la *habitación.* ¿Dónde *estaba?*

¡El grito, el gemido..., la voz! Alcanzó la puerta y dio una patada para abrirla. La mujer, su rehén -¿cómo diablos se llamaba?- estaba pegada contra la pared; las lágrimas rodaban por sus mejillas y tenía la boca abierta. Se abalanzó hacia ella y la sujetó por la muñeca, arrastrándola hacia fuera.

-¡Dios mío, lo ha matado! -gritó-. Un pobre viejo, sin...

-¡Cállese!

La empujó, abrió la puerta y la arrojó al pasillo. Podía ver figuras borrosas en espacios abiertos al lado de las barandillas, dentro de las habitaciones. Comenzaron a correr y desaparecieron; oyó puertas que se cerraban, gente que gritaba. Cogió a la mujer por el brazo con la mano izquierda; el esfuerzo le causó terribles dolores en el hombro. La empujó hacia la escalera y la obligó a descender con él, apoyándose en ella, sosteniendo el arma con la mano derecha.

Llegaron al vestíbulo y a la pesada puerta.

-¡Ábrala! -ordenó; ella lo hizo.

Pasaron por la fila de buzones. Él la soltó brevemente, para abrir la puerta de la calle y se asomó, esperando oír sirenas. No se oyó ninguna.

-¡Vamos! -dijo, empujándola por los escalones de piedra hasta el pavimento. Buscó en su bolsillo, retrocediendo, y sacó las llaves del auto-. ¡Entre!

Ya en el coche, desenrolló la gasa y se la puso en la sien, absorbiendo la sangre que goteaba. Desde lo profundo de su conciencia sintió una extraña sensación de alivio. La herida era un rasguño; el hecho de que hubiera sido en la cabeza le había hecho sentir pánico, pero la bala no había penetrado en el cráneo. *No* había entrado; no volverían las agonías de Port Noir.

-¡Maldito sea, arranque de una vez! ¡Salgamos de aquí!

-¿Adonde? No me lo ha dicho.

La mujer no gritaba; estaba tranquila. Ilógicamente tranquila. Mirándolo... ¿Lo estaba mirando a él?

Se sentía nuevamente mareado, perdía otra vez la visión.

-Steppdeckstrasse... -Oyó la palabra mientras la decía, sin estar seguro de que fuera su voz. Pero podía imaginar la entrada. Pintura descolorida rojo oscuro, vidrio roto... hierro oxidado-. Steppdeckstrasse -repitió.

-¿Qué era lo que andaba mal? ¿Por qué no oía el motor? ¿Por qué el automóvil no avanzaba? ¿No lo *escuchaba* ella?

Sus ojos se habían cerrado; los abrió. La pistola... Estaba sobre sus piernas; la había apoyado para apretar la venda... Ella la estaba golpeando, *¡golpeando!* El arma cayó al suelo; él se agachó para alcanzarla, ella lo empujó, haciéndolo caer con la cabeza contra la ventanilla. La puerta de ella se abrió, saltó hacia fuera y empezó a correr. ¡Se escapaba! ¡Su rehén, su salvoconducto corría por la Löwenstrasse!

No podía permanecer en el coche; no se atrevía a conducirlo. Era una trampa de acero que lo aferraba. Se guardó la pistola en el bolsillo junto con el rollo de cinta y tomó la gasa, comprimiéndola en su mano izquierda, lista para presionarla contra su sien tan pronto como brotara sangre. Salió del coche y, cojeando, corrió lo más rápido que pudo.

En algún lugar habría una esquina; en algún lugar, un taxi. *Steppdeckstrasse.*

Marie St. Jacques seguía corriendo por el centro de la ancha y desierta avenida, entrando y saliendo de los haces de luz de las farolas, agitando los brazos ante los coches que circulaban por la Löwenstrasse. Pasaban a su lado a toda velocidad. Se volvió hacia la luz de los faros proyectados detrás de ella, sosteniendo los brazos en alto, suplicando atención; pero los autos aceleraban y pasaban por su lado. Aquello era Zurich, y la Löwenstrasse, de noche, era demasiado ancha, estaba demasiado cerca del parque desierto y del río Sihl.

Sin embargo, la vieron los hombres de un coche. Llevaban los faros apagados, y el conductor había visto a la mujer a lo lejos. Habló a su acompañante en alemán suizo.

-Podría ser ella. Ese Chernak vive a sólo una manzana o poco más.

-Detente y déjala acercarse. Se supone que lleva puesto un vestido de seda... ¡Es ella!

-Cerciorémonos antes de comunicarlo a los demás.

Ambos bajaron del coche, el acompañante se movía discretamente alrededor del maletero para ponerse al lado del conductor. Vestían trajes convencionales; sus rostros eran afables, pero serios, formales. La mujer, aterrorizada, se acercó; caminaron rápidamente hacia el centro de la calle. El conductor le habló en voz alta.

-*Was ist passiert, Fräulein?*

-¡Ayúdenme! -gritó ella-. Yo... no hablo alemán. *Nicht sprechen.* ¡Llamen a la Policía! ¡La... *Polizei!*

El acompañante del conductor habló con autoridad, tratando de calmarla.

-Nosotros estamos con la Policía -dijo en inglés-. *Sicherheitpolizei* de Zurich. No estábamos seguros, señorita. ¿Es usted la mujer del «Carillón du Lac»?

-*¡Sí!* -gritó ella-. ¡No me dejaba ir! ¡Me golpeaba continuamente, amenazándome con la pistola! ¡Ha sido horrible!

-¿Dónde está él ahora?

-Está herido. Le dispararon. Me escapé del coche. ¡Él estaba en el coche cuando yo corrí! -Señaló la Löwenstrasse-. Allí. A doscientos metros, creo, en la mitad de la manzana. Un cupé, ¡un cupé gris! Tiene una pistola.

-También nosotros, señorita -replicó el conductor-. Venga, acompáñenos. Estará completamente a salvo; seremos muy cuidadosos. ¡Rápido, ahora!

Se acercaron al cupé gris, bordeándolo, con las luces apagadas. No había nadie dentro. En cambio, había gente hablando excitadamente en la calle y en los escalones de piedra del número 37. El compañero del conductor se volvió y habló a la asustada mujer, acurrucada en el asiento trasero.

-Aquí vive un hombre llamado Chernak. ¿Lo mencionó él? ¿Dijo algo de ir a verlo?

-*Fue a verlo;* ¡me hizo ir con él! ¡Lo *mató!* ¡Mató a ese viejo lisiado!

-*Der Sender... schnell* -dijo el acompañante al conductor, mientras cogía un micrófono del salpicadero-. *Wir sind zwei Strassen von da.*

El coche arrancó bruscamente; la mujer se sujetó en el respaldo del asiento delantero.

-¿Qué está haciendo? ¡Hay un hombre muerto ahí arriba!

-Y nosotros debemos encontrar al asesino -replicó el conductor-. Ha dicho usted que está herido; todavía puede hallarse en la zona. Éste es un vehículo no identificable, podríamos encontrarlo. Esperaremos, por supuesto, para estar seguros de que llega el equipo de inspección, pero nuestra misión es bien diferente.

El auto aminoró la marcha, deslizándose hacia la acera, a varios cientos de metros del número 37 de la Löwenstrasse.

El acompañante habló por el micrófono mientras el conductor explicaba su posición oficial. Hubo una perturbación en el micrófono, luego se oyeron las palabras: *Wir kommen binnen zwanzig Minuten. Wartet.*

-Nuestro superior estará aquí en seguida -informó el acompañante-. Debemos esperarlo. Desea hablar con usted.

Marie St. Jacques se recostó en el asiento, cerrando los ojos y suspirando:

-¡Oh, Dios, necesitaría un trago!

El conductor rió, haciendo un gesto con la cabeza a su compañero. Éste sacó una botella de la guantera y la ofreció, sonriendo, a la mujer.

-No somos muy refinados, señorita. No tenemos vasos ni copas, pero sí brandy. Para emergencias médicas, por supuesto. Creo que ésta es una. Tenga, beba.

Ella le devolvió la sonrisa y aceptó la botella.

-Son ustedes muy amables, y nunca sabrán cuan agradecida les estoy. Si alguna vez van a Canadá, les cocinaré la mejor comida francesa de la provincia de Ontario.

-Gracias, señorita -replicó el conductor.

Bourne contemplaba el vendaje de su hombro, forzando sus ojos en el opaco reflejo del espejo manchado y rajado, acomodando su vista a la débil luz de la sucia habitación. Había acertado respecto a la Steppdeckstrasse: la imagen de la puerta roja era exacta, así como también los vidrios rotos de las ventanas y las verjas de hierro oxidado. No le habían hecho preguntas al alquilar la habitación, a pesar de que lo vieron herido. De todos modos, el administrador del edificio le dio una información cuando Bourne le pagó.

-Por una cifra algo más importante se puede encontrar un médico que mantenga la boca cerrada.

-Se lo diré si lo necesito.

La herida no era tan grave; el esparadrapo la protegería hasta encontrar un médico algo más fiable que uno que ejerciera subrepticiamente en la Steppdeckstrasse.

Si una situación de stress *termina en lesión, sepa que el daño puede ser tanto psicológico como físico. Puede sentir un verdadero rechazo al dolor y al daño físico. No se arriesgue, pero si hay tiempo, dése la oportunidad de adaptarse. No desespere...*

Se había desesperado; áreas de su cuerpo se habían inmovilizado. Aunque la herida de su hombro y el rasguño de la sien eran reales y dolorosos, no eran lo suficientemente serios como para inmovilizarlo. No podía moverse tan rápidamente como hubiera deseado ni con la fuerza que sabía que tenía, pero

podía moverse deliberadamente. Los mensajes eran enviados por el cerebro a los músculos y a los miembros; podía funcionar.

Funcionaría mejor después de un descanso. Había perdido el salvoconducto; tenía que levantarse mucho antes del amanecer y encontrar otro camino para salir de Zurich. Al administrador del edificio le gustaba el dinero; despertaría al desaliñado casero en una hora o poco más.

Se recostó en la desvencijada cama y apoyó la cabeza en la almohada, mirando fijamente la desnuda bombilla que colgaba del techo y tratando de no oír las palabras, para poder descansar. De todos modos, llegaron, aturdiéndolo como el redoble de tambores.

Mataron a un hombre...

Pero usted aceptó el encargo...

Se volvió hacia la pared, y cerró los ojos, bloqueando las palabras. Entonces vinieron otras palabras y se sentó; el sudor brillaba en su frente.

¡Pagarán por su cadáver...! ¡Carlos pagará! ¡Por Dios que pagará!

Carlos.

Un gran sedán se detuvo frente al cupé, junto a la acera. Detrás de ellos, en el 37 de Löwenstrasse, los coches patrulla habían llegado hacía quince minutos; la ambulancia, hacía menos de cinco. Grupos de gente de los edificios vecinos se alineaban en la acera, cerca de la escalera, pero la excitación se había apaciguado. Habían matado a un hombre durante la noche en aquella tranquila zona de la Löwenstrasse. La ansiedad predominaba; lo que había sucedido en el número 37 podía ocurrir en el 32, o en el 40, o en el 55. El mundo se estaba volviendo loco, y Zurich con él.

-Nuestro superior ha llegado, señorita. ¿Podemos llevarla hasta él, por favor?

El compañero bajó del coche y le abrió la puerta a Marie St. Jacques.

-Por supuesto.

Al apearse sintió la mano del hombre en su brazo; era mucho más suave que el fuerte apretón del animal que había sostenido el cañón de la pistola contra su mejilla. Se estremeció ante el recuerdo. Se acercaron al sedán y ella subió. Se acomodó en el asiento y miró al hombre que estaba a su lado. Se le cortó la respiración: aquel hombre le recordaba un momento de horror.

La luz de la calle se reflejaba en la fina montura de oro de sus gafas.

-¡Usted...! ¡Estaba en el hotel! ¡Usted es uno de ellos!

El hombre asintió con la cabeza, fatigadamente; su cansancio era evidente.

-Es cierto. Somos una rama especial de la Policía de Zurich. Y antes de seguir hablando, debo aclararle que en ningún momento durante los hechos ocurridos en el «Carillón du Lac», corrió usted ningún peligro de ser herida por nosotros. Somos tiradores entrenados; no se hicieron disparos que pudieran dañarla. Nos contuvimos por estar usted demasiado cerca de nuestro blanco.

Su temor se disipó; la tranquila autoridad del hombre le devolvió la confianza.

-Gracias.

-No tiene importancia -replicó el oficial-. Vayamos por partes. Usted vio por última vez a ese hombre en el coche de ahí atrás.

-Sí, estaba herido.

-¿De gravedad?

-Lo suficiente como para no coordinar. Sostenía una gasa en su cabeza, y tenía sangre en el hombro; quiero decir en la chaqueta. ¿Quién es?

-Los nombres no significan nada. Usa varios. Pero como ya habrá visto, es un asesino. Un brutal asesino, y hemos de encontrarlo antes de que mate otra vez. Lo hemos estado buscando durante varios años. Muchos policías de muchos países. Ahora tenemos la oportunidad que ninguno de ellos ha tenido. Sabemos que está en Zurich, y que está herido. Supongo que no se quedará en esta zona, pero no puede ir muy lejos. ¿Dijo algo sobre cómo pensaba salir de la ciudad?

-Iba a alquilar un coche. A mi nombre, supongo. No tiene permiso de conducir.

-Ha mentido. Viaja con toda clase de papeles falsos. Usted era una rehén disponible. Ahora, desde el comienzo, explíqueme todo lo que le dijo. Adonde fue, con quién se vio, todo lo que recuerde.

-Hay un restaurante, «Drei Alpenhäuser», y un hombre enorme y gordo que estaba aterrorizado...

Marie St. Jacques contó todo lo que pudo recordar. A veces el oficial de Policía la interrumpía, inquiriendo sobre una frase, o una reacción, o alguna repentina decisión del asesino. De cuando en cuando, se quitaba las gafas limpiándolas con mirada ausente y sujetando la montura como si la presión dominara su irritación. El interrogatorio duró aproximadamente veinticinco minutos; luego el oficial tomó una decisión. Habló a su chofer:

-«Drei Alpenhäuser». *Schnell!.* Se volvió hacia Marie St. Jacques-. Confrontaremos al hombre con sus propias palabras. *Su* incoherencia era intencionada. Sabe mucho más de lo que dijo en la mesa.

-Incoherencia... -Pronunció la palabra suavemente, recordando su propio uso de ella-. Steppdeck... Steppdeckstrasse. Ventanas rotas, habitaciones.

-¿Qué?

-Una pensión en la Steppdeckstrasse. Eso es lo que dijo. Todo ocurrió muy rápidamente, pero lo *dijo*. Y justo antes de que yo saltara fuera del coche volvió a decir. *Steppdeckstrasse.* El chofer habló.

-*Ich kenne diese Strasse. Früher gab es Textil-fabriken da.*

-No comprendo -dijo Marie St. Jacques.

-Es una ruinosa zona que no se ha actualizado con el correr del tiempo -replicó el oficial-. Las viejas fábricas textiles solían estar allí. Un lugar para los menos afortunados... y otros. *Los!* -ordenó.

Partieron.

8

Un crujido. Fuera de la habitación. Como un chasquido que resonara en alguna cosa, un sonido penetrante que se desvanecía en la distancia. Bourne abrió los ojos.

La escalera. La escalera en el sucio vestíbulo. Alguien había subido la escalera y se había detenido, consciente del ruido que causaba su peso en la combada y agrietada madera. Un inquilino normal de la casa de huéspedes de la Steppdeckstrasse no adoptaría esa precaución.

Silencio.

Crac. Ahora más cerca. Había un riesgo: el tiempo era vital, debía protegerse rápidamente. Jason saltó de la cama, cogió la pistola que tenía al lado y se precipitó hacia la pared, junto a la puerta. Se agazapó al escuchar los pasos: era un hombre que corría, ya sin preocuparse por el ruido tratando sólo de alcanzar su objetivo. Bourne ya no tuvo dudas de qué se trataba; estaba en lo cierto.

La puerta se abrió de golpe: él la empujó en sentido contrario, luego arrojó todo su peso sobre la madera, apretando al intruso contra el marco de la puerta, aplastando el estómago del hombre, su pecho y su brazo contra el ahuecado extremo de la pared. Tiró de la puerta y apretó con el pie derecho la garganta que tenía debajo, sujetándolo con la mano izquierda, tirando del cabello rubio y metiendo al hombre dentro. La mano del asaltante se aflojó, y la pistola cayó al suelo; un arma de cañón largo con silenciador.

Jason cerró la puerta y se quedó esperando oír sonidos en la escalera. No hubo ninguno. Miró al hombre inconsciente. ¿Un ladrón? ¿Un asesino? ¿Quién era?

¿Policía? ¿Habría decidido el administrador de la pensión pasar por alto el código de la Steppdeckstrasse, en busca de una recompensa? Bourne le dio la vuelta al intruso y le sacó una billetera. Una segunda naturaleza le hizo guardar el dinero, sabiendo que era ridículo hacerlo; él tenía una pequeña fortuna aún. Revisó las varias tarjetas de crédito y el permiso de conducir; sonrió, pero luego su sonrisa se desvaneció. No había nada gracioso; los nombres de las tarjetas eran distintos; el del permiso no concordaba con ninguno de ellos. El hombre inconsciente no era un agente de Policía.

Era un profesional que había ido a matar a un hombre herido en la Steppdeckstrasse. Alguien lo había contratado. ¿Quién? ¿Quién podía saber que estaba allí?

¿La mujer? ¿Había mencionado acaso la Steppdeckstrasse cuando había visto la fila de casas cuidadas, en busca del número 37? No, no era ella; él podría haber dicho algo, pero ella no habría entendido. Y si lo había hecho, no habría ahora un asesino profesional en su habitación; en su lugar, la descuidada pensión estaría rodeada por la Policía.

Vino a su mente la imagen de un enorme hombre gordo sobre una mesa. Aquel hombre había aludido al valor de una insignificante cabra... que había sobrevivido. ¿Sería éste un ejemplo de su técnica de supervivencia? ¿Sabría lo de la Steppdeckstrasse? ¿Estaba al tanto de los hábitos del cliente cuya presencia lo había aterrorizado? ¿Habría estado en aquella sucia pensión? ¿Habría entregado algún sobre allí?

Jason se apretó la mano contra la frente y cerró los ojos. *¿Por qué no puedo recordar? ¿Cuándo se aclararán las tinieblas? ¿Se aclararán alguna vez?*

No se atormente...

Bourne abrió los ojos, fijándolos en el hombre rubio. Durante un brevísimo instante casi rió a carcajadas; se le había presentado el visado para salir de Zurich, y en lugar de reconocerlo, estaba perdiendo el tiempo atormentándose. Se

metió la billetera en el bolsillo, junto a la del marqués de Chamford, cogió la pistola y se la hundió en el cinturón; luego arrastró hasta la cama el cuerpo inconsciente.

Un minuto más tarde, el hombre yacía atado al hundido colchón, amordazado con una sábana rota. Se quedaría allí durante horas, y para entonces, Jason estaría fuera de Zurich, gracias a un sudoroso hombre gordo.

Había dormido vestido. No tenía nada que recoger o llevarse, excepto el abrigo. Se lo puso y probó su pierna; un poco tarde, reflexionó. En el calor de los minutos transcurridos, el dolor había pasado inadvertido; pero estaba allí, la cojera continuaba, pero ni el dolor ni la cojera lo inmovilizaba. El hombro no estaba tan bien, una lenta parálisis se estaba extendiendo por él; tenía que ver a un médico. La cabeza..., no quería pensar en la cabeza.

Salió al pasillo, débilmente iluminado, cerró la puerta y se quedó inmóvil, escuchando. Se oyó una carcajada procedente de arriba; apoyó la espalda contra la pared, empuñando el arma. La risa se desvaneció; era la de un borracho: incoherente, sin sentido.

Cojeando, se cogió de la barandilla y comenzó a bajar la escalera. Estaba en el tercer piso del edificio de cuatro plantas -pues había insistido en tomar la habitación más alta-, cuando la frase *piso alto* vino a él instintivamente. *¿Por qué había acudido a su mente? ¿Qué significado tenía en el contexto del alquiler de una sucia habitación para una sola noche? ¿Refugio?*

¡Basta!

Llegó al descansillo del segundo piso; los crujidos de la madera acompañaban cada paso. Si el casero salía de su habitación de la planta baja para satisfacer su curiosidad, sería lo último que haría durante varias horas.

Un ruido. Como una raspada. Un material suave moviéndose brevemente sobre una superficie abrasiva. Tela contra madera. Alguien estaba escondido en el corto trecho del pasillo entre el final de un tramo de la escalera y el comienzo de otro. Sin interrumpir el ritmo de su descenso, escudriñó las sombras; había tres puertas en la pared de la derecha, idénticas a las del piso de arriba. En una de ellas...

Dio un paso más. No la primera; estaba vacía. Y no podía ser la última, pues la pared adyacente no permitía la salida, no había espacio para moverse. Tenía que ser la segunda; sí, la segunda puerta. De allí un hombre podía salir corriendo hacia delante, hacia la derecha o hacia la izquierda, o pegarle un empujón con el hombro o una víctima inesperada, tirar a su blanco sobre la barandilla y arrojarlo por el hueco de la escalera.

Bourne se movió hacia la derecha, y, pasándose la pistola a la mano izquierda, se sacó del cinturón el arma con silenciador. A medio metro de la puerta lanzó la automática de su mano izquierda hacia la sombra, mientras giraba sobre sí contra la pared.

-*Was ist...?* -Apareció un brazo; Jason disparó, destrozándole la mano-*¡Ahh!*

La figura se tambaleó, incapaz de apuntar el arma. Bourne volvió a disparar, dándole esta vez en el muslo; se desplomó en el suelo, retorciéndose, arrastrándose. Jason dio un paso hacia delante y se inclinó, presionando con la rodilla el pecho del hombre y apuntándole a la cabeza. Habló en un susurro.

-¿Hay alguien más abajo?

-*Mein!* -replicó el hombre, retorciéndose de dolor-. *Zwei...* Somos sólo dos. Nos pagaron.

-¿Quién?

-Usted lo sabe.

-¿Un hombre llamado Carlos?

-No contestaré. Máteme si quiere.

-¿Cómo sabía que estaba aquí?

-Chernak.

-Está muerto.

-Ahora. No ayer. Se corrió la voz en Zurich: usted estaba vivo. Buscamos en todos lados... a todos. Chernak lo sabía.

Bourne se arriesgó.

-¡Está mintiendo! -Presionó la pistola en la garganta del hombre-. Nunca hablé a Chernak sobre la Steppdeckstrasse.

El hombre se retorció de nuevo, arqueando el cuello.

-Quizá no fuera necesario. El cerdo nazi tenía informadores en todos lados. ¿Por qué iba a ser diferente con la Steppdeckstrasse? Él podía describirlo. ¿Quién más podía hacerlo?

-Un hombre del «Drei Alpenhäuser».

-Nunca supimos nada sobre tal hombre.

-¿Quienes son «ustedes»?

El hombre tragó saliva, los labios contraídos por el dolor.

-Hombres de negocios... Sólo eso.

-Y su servicio es matar.

-Usted no es quién para hablar. Pero *nein.* Debíamos llevarlo con nosotros, no matarlo.

-¿Adonde?

-Nos lo indicarían por radio. Frecuencia de coche.

-Sorprendente -replicó Jason sin entusiasmo-. No sólo es de segunda clase, sino también complaciente. ¿Dónde tiene el coche?

-Abajo.

-Déme las llaves.

La radio lo identificaría.

El hombre trató de resistirse; empujó la rodilla de Bourne hacia atrás y comenzó a rodar hacia la pared.

-*Nein.*

-No tiene ninguna opción.

Jason golpeó con la culata la cabeza del hombre. El suizo se desvaneció.

Bourne encontró las llaves -había tres en un estuche de cuero-, cogió la pistola del hombre y se la metió en el bolsillo.

Era un arma más pequeña que la que él sostenía en la mano y no tenía silenciador; ello daba un cierto crédito a la declaración de que no querían matarlo, sino llevárselo. El hombre rubio de arriba había actuado como punta de lanza, y por tanto, necesitaba la protección de un disparo silenciado en el caso de

que hubiese sido necesario. Porque un tiro sin silenciador traería complicaciones; el suizo, en el segundo piso, era un refuerzo, y usaría su arma sólo como amenaza.

Entonces, ¿por qué estaba en el segundo piso? ¿Por qué no había seguido a su colega? ¿En la escalera? Había algo extraño, pero no podía analizar las tácticas, no había tiempo. En la calle había un coche y él tenía las llaves!

Nada podía despreciarse. La tercera pistola.

Se levantó con gran esfuerzo y el revólver que le había quitado al francés en el ascensor del Banco Gemeinschaft. Se levantó la pernera izquierda del pantalón y se metió el arma en el elástico del calcetín. Era un lugar seguro.

Hizo una pausa, para recuperar el aliento y el equilibrio; luego se dirigió a la escalera, consciente de que el dolor en el hombro izquierdo se había hecho de pronto más agudo y que la parálisis se extendía más rápidamente. Los mensajes del cerebro a las extremidades eran menos claros. Rogó a Dios que le diera fuerza para conducir.

Alcanzó el quinto escalón y se detuvo de pronto, para escuchar de nuevo, a fin de captar sonidos sospechosos. Nada; el hombre herido podía haberse mostrado tácitamente deficiente, pero le había dicho la verdad. Jason se apresuró por la escalera. Saldría de Zurich conduciendo -de algún modo- y encontraría un médico en algún lugar.

Identificó el coche con facilidad. Era distinto de los otros descuidados automóviles que había en la calle. Un sedán grande, bien cuidado, podía distinguir el saliente de la base de una antena, insertado en el maletero. Caminó hasta situarse al lado del conductor y deslizó la mano por el panel y el guardabarros delantero izquierdo; no había dispositivo de alarma. Al abrir la puerta, contuvo la respiración, ya que podía haberse equivocado respecto a la alarma; no era así. Se sentó al volante, colocándose lo más cómodo posible, agradecido de que el coche tuviese cambio de marcha automático. La poderosa arma del cinturón le molestaba. La puso sobre el asiento a su lado; luego buscó el contacto, calculando que la llave con que había abierto la puerta era la indicada.

No lo era. Probó con la siguiente, pero tampoco servía. Para el maletero, supuso. Era la tercera.

¿O no? Seguía insistiendo en la ranura. La llave no entraba; probó nuevamente la segunda; estaba bloqueada. Entonces la primera. ¡Ninguna de las llaves entraba en el contacto! ¡O los mensajes del cerebro a la extremidad y a los dedos eran demasiado débiles, o su coordinación demasiado inadecuada! ¡Maldito sea! ¡Prueba otra vez!

Una poderosa luz surgió de la izquierda, cegándolo. Tanteó con la mano para coger el arma, pero un segundo destello apareció a la derecha; la puerta se abrió de golpe y un pesado reflector cayó sobre su mano, mientras otra mano cogía el arma del asiento.

-¡Salga!

La orden vino de la izquierda; el cañón de un revólver presionaba su cuello.

Salió; mil círculos fulgurantes de blanco brillaban en sus ojos. Al recuperar lentamente la visión, lo primero que vio fue el contorno de dos círculos. Círculos dorados; las gafas del asesino que lo había perseguido durante toda la noche. El hombre habló:

-Dicen las leyes de física que a toda acción corresponde una reacción igual y opuesta. El comportamiento de ciertos hombres en determinadas condiciones es similarmente predecible. Para un hombre como usted hay que preparar un desafío. Cada combatiente sabe qué debe decir si cae. Si no cae, es capturado. Si cae, uno se ve engañado, impulsado a una falsa sensación de progreso.

-El riesgo es muy grande -dijo Jason- para los que tienden la trampa.

-Están bien pagados. Y algo más no hay garantía, por supuesto, pero está allí. El enigmático Bourne no mata indiscriminadamente. No por compasión, por supuesto, sino por una razón mucho más práctica. Los hombres recuerdan cuando han sido perdonados; de ese modo se infiltra en el Ejército enemigo. Táctica refinada de guerrilla aplicada a un campo de batalla sofisticado. Lo felicito.

-Es usted un imbécil -fue todo lo que a Jason se le ocurrió decir-. Pero sus dos hombres están vivos, si es lo que quiere saber.

Otra figura apareció en su campo visual, conducida desde las sombras del edificio por un hombre bajo y fornido. Era la mujer; era Marie St. Jacques.

-Es él -dijo ella suavemente, pero con voz firme.

-¡Oh, Dios mío...! -Bourne sacudió la cabeza, incrédulo-. ¿Cómo lo han hecho, doctora? -le preguntó, elevando la voz-. ¿Había alguien vigilando mi habitación en el «Carillón»? El ascensor, ¿estaba con el tiempo calculado, y los demás cerrados? Fue muy convincente. Y no creí que iría corriendo hacia un coche de la Policía.

-Tal como sucedió -respondió ella- no fue necesario. Ésta es la Policía.

Jason miró al asesino; el hombre se acomodaba sus gafas de oro.

-Lo felicito -dijo.

-No tiene importancia -replicó el asesino-. Las condiciones estaban dadas. Usted las facilitó personalmente.

-¿Qué va a pasar ahora? El hombre de ahí adentro me dijo que iban a llevarme, no a matarme.

-Tenía instrucciones sobre lo que debía decir. -El suizo hizo una pausa- De modo que así es usted. Muchos de nosotros nos lo hemos preguntado durante dos o tres años. ¡Cuánta especulación! ¡Cuántas contradicciones! «Es alto; no, es de mediana estatura. Es rubio; no, tiene cabello oscuro. Ojos azules, muy claros, por supuesto; no, son sin duda castaños. Sus facciones son muy pronunciadas; no, en realidad son bastante comunes; es imposible distinguirlo en medio de una multitud.» Pero nada era común. Todo era extraordinario.

Sus facciones fueron suavizadas; la personalidad, disimulada. Cambie el color de su pelo y cambiará su rostro... Ciertos tipos de lentes de contacto están diseñados para cambiar el color de los ojos... Use gafas y será otro hombre. Visados y pasaportes distintos según sus necesidades.

La descripción estaba allí. Todo concordaba. No todas las respuestas, pero había más verdad de la que él quería oír.

-Me gustaría terminar con todo esto -dijo Marie St. Jacques, dando un paso hacia delante-. Firmaré lo que sea necesario, en su oficina, me imagino. Pero luego debo regresar al hotel. No necesito decirles lo que he pasado esta noche.

El suizo la miró a través de sus gafas de montura de oro. El hombre fornido que la había traído desde las sombras la tomó del brazo. Ella miró fijamente a uno y otro hombres, luego bajó la vista hasta la mano que la sujetaba.

Después miró a Bourne. Su respiración se detuvo; una terrible verdad se había hecho clara. Sus ojos se agrandaron.

-Déjenla ir -dijo Jason-. Volvía a Canadá. Nunca la volverán a ver.

-Sea práctico, Bourne. Ella *nos* ha visto. Nosotros también somos profesionales; hay reglas. -El hombre subió el arma hasta el mentón de Jason; el cañón presionaba una vez más la garganta de Bourne. Deslizó la mano izquierda entre las ropas de su víctima, notó el arma en el bolsillo de Jason y la sacó-. Lo imaginaba -dijo, y se volvió hacia el hombre fornido-. Llévela en el otro coche. Al Limmat.

Bourne se estremeció. Iban a matar a Marie St. Jacques, arrojarían su cuerpo al río Limmat.

-¡Esperen un minuto! -Jason dio un paso hacia delante; la pistola le apretó el cuello, forzándolo a retroceder contra el capó del coche-. Están haciendo una tontería. Trabaja para el Gobierno de Canadá. La buscarán por todo Zurich.

-¿Por qué debería importarle a usted? Ya no estará aquí.

-¡Porque es gratuito! -gritó Bourne-. Somos profesionales, ¿recuerda?

-Me aburre. -El asesino se dirigió al hombre fornido-: *Geh! Schnell. Guisan Quai!*

-¡Grite cuanto pueda! -la apremió Jason-. ¡Comience a chillar! ¡No pare!

Ella lo intentó, pero acalló su alarido un golpe paralizante en su garganta. Cayó sobre el pavimento, mientras su verdugo la arrastraba hacia un pequeño sedán negro.

-Ha sido estúpido -comentó el asesino, observando a través de sus gafas el rostro de Bourne-. ,Lo único que ha conseguido es precipitar lo inevitable. Por otro lado, ahora será más simple. Puedo liberar a un hombre para que atienda a nuestros heridos. Todo es tan militar, ¿no es así? Realmente es un campo de batalla. Se dirigió al hombre que manejaba el reflector-. Hazle señales a Johann para que vaya adentro. Volveremos por ellos.

La luz se encendió y se apagó dos veces. Un cuarto hombre, que le había abierto a la mujer la puerta del pequeño sedán, asintió con la cabeza. Marie St. Jacques fue arrojada al asiento de atrás; la puerta golpeó al cerrarse. El hombre llamado Johann caminó hacia los escalones de cemento, e hizo ahora un gesto al verdugo.

Jason se sintió mal al encenderse el motor del pequeño sedán; el coche arrancó bruscamente hacia la Steppdeckstrasse, mientras el torcido parachoques desaparecía en la oscuridad de la calle. En aquel coche iba una mujer a la que nunca había visto en su vida... hasta hacía tres horas. Y él, en realidad, la había matado.

-No le faltan soldados -dijo.

-Si hubiera cien hombres en los que pudiera confiar, les pagaría gustosamente. Su reputación lo precede.

-Suponga que *yo* le pagara. Usted estaba en el Banco; sabe que tengo fondos.

-Probablemente millones, pero no tocaría ni un billete.

-¿Por qué? ¿Tiene miedo?

-Seguramente. La riqueza depende de la cantidad de tiempo que uno tiene para disfrutarla. Yo no tendría ni cinco minutos. -El asesino se dirigió a su subordinado-: Mételo adentro. Átalo. Quiero que se le saquen fotos desnudo, antes y después de que nos deje. Le encontrarás mucho dinero; quiero que lo sostenga. Yo conduciré. -Miró nuevamente a Bourne-: La primera copia será para Carlos. Y no tengo dudas de que podré vender las demás a muy buen precio en el mercado libre. Las revistas pagan precios astronómicos.

-¿Por qué piensa que Carlos va a creerle? ¿Por qué debería creerle *alguien?* Usted mismo lo dijo: nadie sabe cómo soy.

-Estaré cubierto -replicó el suizo--. Lo suficiente hasta la fecha. Dos banqueros de Zurich lo identificarán como Jason Bourne. El mismo Jason Bourne que se encontró con las normas excesivamente rígidas establecidas por la ley suiza para la liberación de una cuenta numerada. Será suficiente -añadió dirigiéndose al hombre armado-: ¡Rápido! Tengo cables que enviar, deudas para cobrar.

Un poderoso brazo apareció sobre el hombro de Bourne, apretándose la garganta en una terrible llave. El cañón de la pistola le pegó en la espina dorsal, y el dolor se le expandió por el pecho mientras era arrastrado hacia el sedán. El hombre que lo sujetaba era un profesional; aun sin sus heridas, le habría sido imposible deshacerse de aquel terrible abrazo. Sin embargo, la destreza del hombre armado no satisfacía al líder de la caza. Se sentó al volante y dio otra orden.

-Rómpele los dedos -dijo.

El brazo dejó momentáneamente a Jason sin aire, mientras el cañón del arma golpeaba repetidamente en su mano, en sus *manos.* Instintivamente, Bourne puso su mano izquierda sobre la derecha, protegiéndola. Al salir la sangre de la izquierda, movió los dedos, dejándola caer entre ellos, hasta que ambas manos estuvieron cubiertas. Sofocó los gritos; el brazo aflojó; entonces gritó:

-¡Mis manos! ¡Están rotas!

-*Gut.*

Pero no estaban rotas; la izquierda estaba dañada hasta el punto de ser inservible; pero no así la derecha. Movió los dedos en las sombras; su mano estaba intacta.

El coche, aceleró por la Steppdeckstrasse y dobló hacia una calle, dirigiéndose al Sur. Jason se desplomó en el asiento, jadeando. El hombre de la pistola comenzó a romperle la ropa, le rasgó la camisa y tiró del cinturón. En segundos, su torso estaría desnudo; pasaporte, papeles, tarjetas, dinero, ya no le pertenecerían; iban a quitarle los elementos intrínsecos de su huida de Zurich. Debía ser ahora, o no podría ser nunca. Gritó:

-¡Mi *pierna!* ¡Mi maldita pierna!

Se tambaleó hacia delante; su mano derecha buscó afanosamente en la oscuridad, tanteando bajo la tela de su pantalón. La palpó. La culata de la automática.

-*Mein!* -bramó el profesional que iba delante-. ¡Cuidado!

Lo sabía por instinto.

Pero era muy tarde. Bourne sostenía el arma en la oscuridad; el poderoso soldado lo empujó hacia atrás. Cayó de golpe; el revólver estaba ahora a la altura de su cintura; apuntó directamente al pecho de su atacante.

Disparó dos veces; el hombre se arqueó hacia atrás. Jason disparó otra vez; su blanco seguro: el corazón perforado; el hombre cayó sobre el asiento.

-¡Suéltela! -vociferó Bourne, blandiendo el revólver sobre el borde redondeado del asiento delantero, presionando con el cañón en la base del cráneo del conductor-. ¡Déjela caer!

Jadeante, el asesino soltó el arma.

-Hablaremos -dijo, aferrándose al volante-. Somos profesionales. Hablaremos.

El enorme coche osciló hacia delante ganando velocidad; el conductor aumentaba la presión sobre el acelerador.

-¡Más despacio!

-¿Cuál es su respuesta? -El coche siguió acelerando. Más adelante se veían las luces del tránsito; estaban abandonando el distrito de la Steppdeckstrasse y entrando en las calles más transitadas de la ciudad-. Quiere salir de Zurich y yo lo puedo ayudar. Sin mí no podrá hacerlo. Todo lo que tengo que hacer es girar el volante y estrellarlo. No tengo nada que perder, Herr Bourne. Hay policías en todos lados, más adelante. No creo que usted quiera a la Policía.

-Hablaremos -mintió Jason.

El tiempo era vital, cuestión de segundos. Había ahora dos asesinos encerrados en un coche en movimiento que era ya en sí una trampa. Ningún asesino era de confiar; ambos lo sabían. Uno debía saber utilizar la mitad de segundo extra que el otro no emplearía. Profesionales.

-Accione los frenos -dijo Bourne.

-Deje caer el revólver en el asiento a mi lado.

Jason soltó el arma, que cayó sobre la del asesino; se oyó el sonido del pesado metal, como prueba de contacto.

-Ya está.

El asesino levantó el pie del acelerador y lo transfirió al pedal del freno. Aplicó la presión lentamente, y luego en cortas intermitencias de modo que el enorme automóvil empezó a avanzar y retroceder en breves sacudidas. Los golpes en el pedal se harían más pronunciados; Bourne lo entendió así. Era parte de la estrategia del conductor: equilibrar un factor de vida y muerte.

La aguja del velocímetro descendió hacia la izquierda: *30 kilómetros, 18 kilómetros, 9 kilómetros.* Casi se habían detenido; era aquel medio segundo extra de esfuerzo, equilibrio de un factor, la vida en equilibrio.

Jason sujetó al hombre por el cuello, apretándole la garganta y levantándolo del asiento. Luego impulsó hacia delante su sangrante mano izquierda, salpicando la cara y los ojos del asesino. Soltó la garganta, lanzando su mano derecha hacia las armas, sobre el asiento. Bourne tomó una alejando la mano del asesino; el hombre gritó, su visión enturbiada, el arma quedó fuera de su alcance. Jason se abalanzó sobre el pecho del hombre, empujándolo contra la portezuela y, dando un codazo con el brazo izquierdo en la garganta del asesino, tomó el volante con su sangrante palma. Miró hacia arriba, a través del

parabrisas, y giró el volante hacia la derecha, dirigiendo el coche hacia una pirámide de basura sobre el pavimento.

El automóvil se precipitó sobre el montículo de desperdicios. Era un enorme insecto sonámbulo serpenteando en la basura; su apariencia desmentía la violencia que se desarrollaba en su interior.

El hombre que estaba debajo de él arremetió hacia arriba, rodando sobre el asiento. Bourne empuñó la automática y sus dedos hurgaron buscando el espacio abierto del gatillo. Lo encontró. Dobló su muñeca y disparó.

El que debió haber sido su verdugo se desplomó, con un agujero rojo oscuro en la frente.

En la calle, la gente se acercaba corriendo hacia lo que debía de parecer un accidente debido a peligrosa negligencia. Jason empujó el cuerpo muerto del asiento y se puso al volante. Puso marcha atrás; el sedán retrocedió extrañamente fuera de la basura, hacia la acera y hacia la calle. Bajó el vidrio de la ventanilla, hablando en voz alta a las personas que se aproximaban, intentando auxiliarlo.

-¡Disculpen! ¡Todo está bien! ¡Es que he bebido un poco de más!

El pequeño grupo de preocupados ciudadanos se dispersó rápidamente, algunos haciendo gestos de advertencia; otros, regresando con sus acompañantes. Bourne respiró profundamente, tratando de dominar el involuntario temblor que estremecía todo su cuerpo. Puso primera; el coche arrancó hacia delante. Trató de recordar las calles de Zurich con una memoria que no le servía.

Sabía vagamente dónde estaba -dónde había estado- y, lo más importante, sabía más claramente dónde el Guisan Quai se encontraba con el Limmat.

Geh! Schnell. Guisan Quai!

Marie St. Jacques iba a ser asesinada en el muelle Guisan; su cuerpo sería arrojado al río. Había sólo un tramo donde el Guisan y el Limmat se encontraban; era en la desembocadura del lago Zurich, en la base de la costa oeste. En algún lugar, en un desierto aparcamiento o en un jardín solitario que diera al río, un hombre bajo, fornido, estaba a punto de llevar a cabo una ejecución ordenada por un hombre muerto. Quizás el arma habría sido ya disparada, o un cuchillo hundido en el cuerpo de la víctima; no había forma de saberlo, pero Jason supo que debía averiguarlo. Quien quiera que fuese él, no podía irse y cerrar los ojos.

Sin embargo, el profesional que había en él, le ordenaba desviarse hacia el oscuro y ancho callejón que tenía delante. Había dos hombres muertos dentro del coche; eran un riesgo y una carga que no podía tolerar. Los preciosos segundos que tardaría en arrojarlos fuera podían evitarle el peligro de que un agente de la circulación se asomara a las ventanillas y viera la muerte.

Treinta y dos segundos fue lo que calculó; le llevó menos de un minuto arrojar fuera del coche los cadáveres de los que iban a ser sus verdugos. Los miró mientras se movía cojeando alrededor del capó hacia la puerta. Ahora estaban obscenamente curvados uno junto al otro, contra una sucia pared de ladrillos. En la oscuridad.

Se sentó al volante y retrocedió por el callejón.

Geh! Schnell! Guisan Quai!

9

Llegó a un cruce; la luz del semáforo, roja. *Luces.* A la izquierda, varias manzanas hacia el Este, podía ver luces que formaban un suave arco en el cielo nocturno. ¡Un puente! ¡El Limmat! El semáforo se puso verde, viró el sedán a la izquierda.

Estaba nuevamente en la Bahnhofstrasse; el comienzo del Guisan Quai estaba sólo a pocos minutos. La ancha avenida doblaba alrededor de la orilla del agua, donde se fusionaban el río y el lago. Momentos más tarde, a su izquierda, se perfilaban los contornos de un parque; en verano, un refugio para los paseantes; ahora, oscuro, libre de turistas y de gente de Zurich. Pasó una entrada para vehículos; una pesada cadena atravesaba el pavimento blanco, suspendida entre dos postes de piedra. Llegó a una segunda cadena, que impedía el acceso. Pero no era igual; había algo diferente, algo extraño. Detuvo el coche y miró más detenidamente, cogiendo a través del asiento, la linterna que le había quitado al que iba a ser su verdugo. La encendió y apuntó el haz sobre la pesada cadena. ¿Qué era? ¿Por qué era distinto?

No era la cadena. Era *debajo* de la cadena. Sobre el blanco pavimento, conservado intacto por el equipo de mantenimiento, había huellas de neumáticos, que contrastaban con la limpieza reinante. No se habrían notado durante los meses de verano; pero ahora sí se notaban. Era como si la suciedad de Steppdeckstrasse hubiera viajado demasiado bien.

Bourne apagó la linterna y la dejó caer en el asiento. El dolor de su quebrantada mano izquierda se fusionó repentinamente con el de su hombro y su brazo; debía apartar de su mente todo dolor; tenía que reducir la pérdida de sangre como mejor pudiera. Le habían roto la camisa, la rasgó aún más; y arrancó una tira, con la cual procedió a vendar su mano izquierda, atándola luego con dientes y dedos. Estaba más preparado que nunca.

Empuñó el arma -la pistola del que iba a ser su verdugo- y examinó el cargador: estaba lleno. Esperó hasta que dos coches lo pasaran, luego apagó los faros y dio una vuelta en U, aparcando al lado de la cadena. Se bajó instintivamente, probando su pierna en el pavimento; luego avanzó cojeando hacia el poste más cercano y levantó el gancho del aro de hierro que sobresalía del poste. Bajó la cadena, haciendo el menor ruido posible, y volvió al coche.

Accionó la palanca de cambios, presionó con suavidad el acelerador y luego lo soltó. Ahora estaba rodando libremente en la enorme extensión de un área dé aparcamiento sin iluminar, oscurecida aún más por el brusco final del blanco sendero de entrada y el comienzo de un área de asfalto negro. Más allá, a unos escasos doscientos metros de distancia, estaba la oscura línea erguida del murallón, un dique que contenía la corriente del Limmat, al verter sus aguas en el lago Zurich. A lo lejos se divisaban las luces de los botes, meciéndose en majestuoso esplendor. Más allá se veían las estáticas luces de la Ciudad Vieja, las borrosas luces de oscurecidos muelles. Los ojos de Jason lo escudriñaron todo, pues la distancia era su telón de fondo; buscaba formas más cercanas.

Hacia la derecha. La *derecha.* Un negro contorno, más oscuro que el paredón, una intrusión de negro sobre negro más claro; oscuro, difuso, apenas discernible, pero allí estaba. Cien metros más allá... ahora noventa, ochenta y cinco; apagó el motor y detuvo el coche. Se quedó inmóvil, sentado con la

ventanilla abierta, mirando en la oscuridad, tratando de ver más claramente. Escuchó el viento que venía del agua; apagaba cualquier sonido que pudiera haber hecho el coche.

Sonido. Un grito. Bajo, ahogado... liberado con terror. Le siguió un golpe áspero, luego otro, y otro. Se oyó otro grito, luego sofocado, quebrado, que se desvaneció hacia el silencio.

Bourne bajó silenciosamente del coche, la pistola en su mano derecha, la linterna apenas sostenida en los ensangrentados dedos de la izquierda. Caminó hacia la oscura forma negra; cada paso cojeando era un estudio en silencio.

Lo que primero vio fue lo último que había visto cuando el pequeño sedán desapareció en las sombras de la Steppdeckstrasse. El brillante metal del torcido parachoques cromado; ahora refulgía bajo la luz nocturna.

Cuatro palmadas en rápida sucesión, carne contra carne, golpes administrados maniáticamente, recibidos con ahogados gritos de terror. Llanto entrecortado, jadeante, movimientos de lucha. ¡Dentro del coche!

Jason se agazapó lo mejor que pudo, deslizándose alrededor del maletero del coche hacia la ventanilla trasera de la derecha. Se levantó sigilosamente y, utilizando el sonido como un arma de sorpresa, gritó mientras encendía la poderosa luz:

-¡Si se mueve, es hombre muerto!

Lo que vio lo llenó de asco y furia. La ropa de Marie St. Jacques estaba rasgada, hecha jirones. Manos aferradas como garras a su cuerpo semidesnudo... El verdugo se disponía a infligir la humillación final, antes de ejecutar la sentencia de muerte.

-*¡Salga, hijo de perra!*

Se oyó un estallido masivo de vidrios; el hombre que violaba a Marie St. Jacques se dio cuenta de la situación. Bourne no podía disparar por temor a matar a la mujer; de un salto se apartó de ella y proyectó el talón contra la ventanilla del coche. El vidrio saltó, los afilados fragmentos cubrieron el rostro de Jason. Cerró los ojos, retrocediendo para evitar la lluvia de cristal.

La puerta se abrió; un cegador rayo de luz acompañó la explosión. Un dolor caliente, quemante, se extendió por el costado derecho de Bourne. La tela de su chaqueta se había rasgado, y la sangre empapaba lo que quedaba de su camisa. Apretó el gatillo, apenas viendo a la figura que rodaba por el suelo; disparó otra vez; la bala arrancó la superficie del asfalto. El verdugo había rodado hasta quedar fuera de la vista... en la densa oscuridad.

Jason sabía que no podía quedarse donde estaba; hacerlo sería ejecutarse a sí mismo. Corrió, arrastrando la pierna, hasta quedar cubierto tras la puerta abierta.

-¡Quédese aquí! -gritó a Marie St. Jacques; la mujer había comenzado a moverse, presa del pánico-. ¡Maldito sea! ¡Quédese ahí!

Un disparo; la bala se incrustó en el metal de la puerta. Una figura corriendo se perfiló sobre la pared. ¡Bourne hizo fuego dos veces, aliviado al oír un gemido en la distancia. Había herido al hombre; no lo había matado. Pero el verdugo no podría ya actuar como sesenta segundos antes.

Luces. Tenues luces... encuadradas, marcos. ¿Qué era? ¿Qué eran? Miró hacia la izquierda y vio lo que no hubiera podido ver antes. Una pequeña construcción de ladrillos, una especie de vivienda contra el paredón. Las luces se

habían encendido en su interior. Un puesto de vigilancia; alguien, allí adentro, había oído los disparos.

-*Was ist los? Wer ist da?*

El que gritaba era un hombre, un hombre viejo, encorvado, cuya figura se recortaba en el marco iluminado de la puerta. Luego, un haz de luz atravesó la negra oscuridad. Bourne la siguió con la vista, esperando que iluminara al verdugo.

Lo hizo. Estaba agazapado contra la pared. Jason se levantó y disparó; al sonar el disparo, la luz giró hacia él. *Él* era ahora el blanco; dos balas vinieron desde la oscuridad; una de ellas arrancó una partícula de metal de la ventana. El acero le perforó el cuello; fluyó la sangre.

Pasos veloces. El verdugo corría hacia la fuente de luz.

-*Nein!*

La había alcanzado; la figura de la puerta fue azotada por un brazo que era a la vez su cadena y su prisión. El reflector se apagó; Jason pudo ver, a la luz de las ventanas, cómo el asesino arrastraba al sereno, usando al hombre como escudo, llevándolo hacia la oscuridad.

Bourne miró hasta que no pudo ver más, con la pistola sostenida inútilmente sobre el capó. Con la misma impotencia que lo invadía a él, su cuerpo se escurría.

Se oyó un disparo final, seguido de un gemido gutural, y otra vez, pasos veloces. El verdugo había ejecutado una sentencia de muerte, pero no en la mujer condenada, sino en un hombre viejo. Ahora corría; había logrado escapar.

Bourne no podía ya correr; finalmente, el dolor lo había inmovilizado; su visión, demasiado borrosa; su instinto de supervivencia, agotado. Se dejó caer al pavimento. No había nada; simplemente, ya no le importaba.

Quienquiera que sea, déjalo ir. Déjalo ir.

La doctora St. Jacques salió a tientas del coche, sosteniendo sus ropas, moviéndose como en estado de *shock.* Miró fijamente a Jason con incredulidad, horror y confusión.

-¡Váyase! -susurró, esperando que pudiera oírle-. Hay un coche allí atrás, con las llaves puestas. Salga de aquí. Ése puede volver con otros.

-Ha vuelto por mí -dijo ella con evidente asombro.

-¡Salga de aquí! Suba al coche y corra, doctora. Si alguien intenta detenerla, atropéllelo. Vaya a la Policía... de verdad, con uniformes, ¡maldita tonta!

La garganta le ardía, su estómago parecía helado. Fuego y hielo; los había sentido antes. Juntos. ¿Dónde era?

-Me ha salvado la vida -continuó ella en tono hueco, con las palabras flotando en el aire-. Ha venido por mí. *Ha regresado* por mí y me ha salvado... la... vida.

-Vamos; no exagere.

Usted es accidental, doctora. Usted es un reflejo, un instinto nacido en memorias olvidadas, conductos eléctricamente encendidos por la tensión. Ya ve, conozco las palabras... ya no me importa nada. ¡Qué dolor, oh, Dios mío, qué dolor!

-Estaba libre. Podría haber seguido, pero no lo ha hecho. Ha regresado por mí.

La oyó a través de las tinieblas de su dolor. La vio, y lo que vio era ilógico, tan ilógico como el dolor Ella se estaba arrodillando a su lado, tocando su cara, su cabeza. *¡Basta! ¡No me toque la cabeza! ¡Déjeme!*

-¿Por qué lo ha hecho? -Era la voz de ella, no la suya.

Le estaba haciendo una pregunta. ¿No entendía? Él no podía contestarle.

¿Qué estaba haciendo? Había rasgado un pedazo de tela y la estaba envolviendo alrededor de su cuello... y ahora otra, esta vez más grande, parte de su vestido. Le había aflojado el cinturón y empujaba la tela suave y lisa hacia la hirviente piel de su cadera derecha.

-No ha sido por usted. -Encontró las palabras y las usó rápidamente. Quería la paz de la oscuridad, como la había deseado en otro tiempo, pero no podía recordar cuándo. Podría acordarse si ella lo dejaba-. Ese hombre... me había visto. Podía identificarme. Era por él. Lo buscaba a *él.* Ahora, ¡lárguese!

-También podrían haberlo hecho otros miles -replicó ella, con otro tono de voz-. No lo creo.

-¡Créame!

Ahora estaba parada a su lado. Luego, dejó de estarlo. Se había ido. Lo había dejado. La paz llegaría pronto ahora; se lo tragarían las aguas oscuras y agitadas, y lavarían su dolor. Se recostó contra el coche y se dejó llevar por las corrientes de su mente.

Un ruido lo interrumpió. Un motor, vibrante y desgarrador. No le importaba, interfería en la libertad de su propio mar. Entonces, una mano tomó su brazo. Luego otra, levantándolo suavemente.

-Vamos -decía la voz-. Ayúdeme.

-¡Déjeme!

La orden salió en voz alta; él había gritado. Pero la orden no fue obedecida. Estaba azorado; las órdenes debían obedecerse. Pero no siempre; algo se lo dijo. El viento estaba allí otra vez, pero no un viento en Zurich. En algún otro lugar, alto en el cielo nocturno. Y llegó una señal, se produjo un destello, y él saltó, azotado por nuevas y furiosas corrientes.

-Muy bien. Está bien -decía la voz enloquecedora que no obedecía sus órdenes-. Levante el pie. ¡Levántelo! Así está bien. Ahora, dentro del coche. Déjese caer hacia atrás... despacio. Eso es.

Estaba cayendo..., cayendo en el negro cielo. Y luego la caída se detuvo, todo se detuvo, y hubo calma; podía oír su propia respiración. Y pasos, podía oír pasos... y el ruido de una puerta que se cerraba, seguido por el rumor continuo, perturbador, que había debajo de él, frente a él, en algún lado.

Movimiento, girando en círculos. La estabilidad desapareció y estaba cayendo nuevamente, sólo para ser detenido otra vez, otro cuerpo contra su cuerpo, una mano que lo sostenía, reclinándolo. Sintió frescor en la cara; luego, nada. Caía de nuevo, en corrientes más suaves esta vez, en completa oscuridad.

Oía voces sobre él, a distancia, pero no demasiado lejos. Las formas se enfocaron lentamente, iluminadas por la luz de lámparas de mesa. Estaba en una habitación bastante amplia, y en una cama, una estrecha cama, tapado con mantas. En la habitación había dos personas, un hombre con abrigo y una

mujer... con una falda rojo oscuro y una blusa blanca. Rojo oscuro, igual que el cabello.

¿La doctora St. Jacques? *Era* ella, junto a una puerta, hablando con un hombre que sostenía un maletín de cuero en su mano izquierda. Hablaban en francés.

-Gracias, doctor.

-Ante todo, reposo -decía el hombre-. Si no puede verse conmigo, cualquiera puede quitarle los puntos. Dentro de una semana, supongo.

-Gracias a usted. Ha sido muy generosa. Ahora me voy. Quizá la vuelva a ver, quizá no.

El médico abrió la puerta y salió. Cuando se hubo ido, la mujer echó el cerrojo. Se volvió y vio que Bourne la observaba. Caminó lenta y cautelosamente hacia la cama.

-¿Puede oírme? -preguntó.

Él asintió.

-Está herido -dijo-, malherido; pero si se queda quieto, no será necesario que vaya a un hospital. Esa persona era un médico... Le he pagado con el dinero que llevaba usted en el bolsillo; bastante más de lo normal, pero me informaron que podía confiar en él. Fue idea suya, dicho sea de paso. Mientras íbamos en el coche, usted decía que debía encontrar un médico, uno a quien se le pudiera pagar para que guardara silencio. Tenía razón. No ha sido difícil.

-¿Dónde estamos?

Podía oír su propia voz; era débil, pero podía oírla.

-En un pueblo llamado Lenzburg, a unos treinta y cinco kilómetros de Zurich. El médico es de Wohlen, una ciudad vecina. Lo verá dentro de una semana, si está usted aquí.

-¿Cómo...?

Intentó incorporarse, pero no encontró la fuerza necesaria. Ella le tocó el nombro; era una orden para que se recostara.

-Le diré lo que sucedió y quizás eso responda sus preguntas. Al menos eso espero, porque si no, no estoy segura de poder hacerlo. -Ella permanecía de pie, inmóvil, mirándolo fijamente; su tono era comedido-. Un animal estaba violándome..., después de lo cual, tenía órdenes de matarme. No había forma de que yo continuara con vida. En Steppdeckstrasse intentó usted detenerlos, y cuando no pudo hacerlo, me dijo que gritara, que siguiera gritando todo el tiempo. Era todo lo que usted podía hacer, y al decírmelo, se arriesgó a que lo mataran. Más tarde, se liberó de algún modo, no sé cómo, pero sé que fue herido gravemente al hacerlo, y volvió para buscarme...

-A él -la interrumpió Jason-. Lo quería a él.

-Ya me dijo eso, y yo le repetiré lo que le dije antes. No le creo. No porque sea un mal mentiroso, sino porque no concuerda con los hechos. Yo trabajo con estadísticas, Mr. Washburn, o Mr. Bourne o como quiera que se llame. Respeto los datos observables y puedo comprobar las inexactitudes; estoy entrenada para hacerlo. Dos hombres fueron a ese edificio a buscarlo, y le oí decir que ambos estaban vivos. Podían identificarlo. Y el dueño del «Drei Alpenhäuser»; él podía hacerlo también. Ésos son los hechos, y usted los conoce tan bien como yo. No, usted regresó para buscarme. Volvió y me salvó la vida.

-Continúe -dijo él; su voz estaba ganando fuerza-. ¿Qué sucedió?

-Tomé una decisión. Fue la más difícil de mi vida. Creo que una persona sólo puede tomar una decisión así en el caso de haber casi *perdido* la vida en un acto de violencia, y haberse salvado gracias a alguien. Decidí ayudarlo. Sólo por breve tiempo, quizá por unas horas, pero lo ayudaría a escapar.

-¿Por qué no fue a la Policía?

-Estuve a punto, y no estoy segura de poder explicarle por qué no lo hice. Quizá fue por la violación, no lo sé. Quiero ser honesta con usted. Siempre había oído decir que es la más terrible experiencia por la que puede pasar una mujer. Ahora lo creo. Y noté la furia, la repugnancia en su voz cuando le gritó. Nunca olvidaré ese momento mientras viva, por más que lo intente.

-¿La Policía? -repitió él.

-El hombre del «Drei Alpenhäuser» dijo que la Policía lo estaba buscando. Que un número de teléfono se había dado en Zurich. -Hizo una pausa-. No podía entregarlo a la Policía. No entonces. No después de lo que hizo.

-¿Sabiendo lo que soy? -preguntó él.

-Sólo sé lo que he oído, y lo que he oído no corresponde al hombre herido que volvió por mí y ofreció su vida por la mía.

-Eso no es muy brillante.

-Así soy yo, Mr. Bourne; supongo que es Bourne; así es como él lo llamó. *Muy* brillante.

-Yo le pegué. La amenacé con matarla.

-Si yo hubiera estado en su lugar, y me hubieran querido matar a *mí,* probablemente habría hecho lo mismo, de haber sido capaz.

-¿De modo que condujo hasta salir de Zurich?

-No en seguida, no durante media hora, más o menos. Tenía que tranquilizarme, tomar una decisión. Soy muy metódica.

-Empiezo a darme cuenta.

-Estaba hecha un desastre; necesitaba ropa, peinado, maquillaje. No podía ir a ningún lado. Encontré una cabina telefónica cerca del río, no había nadie en los alrededores, de modo que bajé del coche y llamé a alguien conocido en el hotel.

-¿El francés? ¿El belga? -inquirió Jason.

-No. Estarían en la conferencia de Bertinelli, y si me habían reconocido en el escenario con usted, supuse que habrían dado mi nombre a la Policía. Llamé a una mujer de nuestra delegación; no le gusta Bertinelli; y estaba en su habitación. Hemos trabajado juntas durante varios años y somos amigas. Le dije que si oía algo sobre mí, no lo tomara en cuenta, que yo estaba perfectamente bien. En realidad, si alguien preguntaba por mí, debía decir que había salido con un amigo, que estaría fuera toda la tarde, y la noche, si la presionaban. Que había abandonado bien temprano la conferencia de Bertinelli.

-Metódico -dijo Bourne.

-Sí. -Marie se permitió esbozar una sonrisa-. Le pedí que fuera hasta mi habitación; estamos a dos puertas una de la otra, y la camarera sabe que somos amigas. Si no había nadie allí, debía poner algunas prendas y maquillaje en mi maletín y regresar a su habitación. Yo la llamaría dentro de cinco minutos.

-¿Aceptó simplemente lo que usted dijo?

-Ya se lo he dicho. Somos amigas. Sabía que yo estaba bien, nerviosa quizá, pero bien. Y que deseaba que hiciera lo que le pedía. -Marie hizo una nueva pausa-. Probablemente pensó que le decía la verdad.

-Continúe.

-La llamé otra vez; ya tenía mis cosas.

-Lo cual significa que los otros dos delegados no dieron su nombre a la Policía. Su habitación habría estado vigilada y no habrían permitido entrar a nadie.

-No sé si hablaron o no. Pero si lo hicieron, probablemente mi amiga sería interrogada después. Y ella, simplemente, habría dicho lo que yo le indiqué.

-Ella estaba en el «Carillón»; usted, cerca del río. ¿Cómo pudo hacerse con sus cosas?

-Fue bastante simple. Algo insólito, pero simple. Habló a la camarera de la noche y le dijo que yo estaba evitando a un hombre del hotel y viéndome con otro afuera. Que necesitaba mi maletín y si podía sugerir alguna forma para enviármelo: a un coche: cerca del río. Me lo trajo un mozo libre de servicio.

-¿No se sorprendió ante su aspecto?

-No tuvo ocasión de ver mucho. Abrí el maletero, me quedé en el coche y le dije que lo pusiera allí atrás. Dejé un billete de diez francos en la rueda de repuesto.

-No es metódica, es extraordinaria.

-Metódica está bien.

-¿Cómo encontró al doctor?

-Aquí. El *concierge* o como se llame en Suiza. Recuerde, yo lo había vendado lo mejor que pude, detuve en lo posible la pérdida de sangre. Como la mayoría de la gente, tengo un conocimiento práctico de primeros auxilios; eso significa que tuve que quitarle alguna ropa. Encontré el dinero, y entonces comprendí lo que había querido decir con buscar a un médico, al que pudiera pagar. Lleva usted miles y miles de dólares; conozco el cambio actual.

-Ése es sólo el comienzo.

-¿Qué?

-No importa. -Intentó incorporarse nuevamente; era demasiado difícil-. ¿No me tiene miedo? ¿No tiene miedo de lo que hizo?

-Por supuesto que lo tengo. Pero sé lo que ha hecho usted por mí.

-Es usted más confiada de lo que sería yo en las mismas circunstancias.

-Entonces, quizá no sea muy consciente de las circunstancias. Todavía está muy débil, y yo tengo el revólver. Además, no tiene ropa.

-¿Ninguna?

-Ni siquiera unos *shorts.* Lo tiré todo. Se vería algo raro corriendo por la calle sólo con un cinturón de plástico y una bolsa de dinero.

Bourne se rió a pesar del dolor, recordando La Ciotat y al marqués de Chamford.

-Metódica -dijo.

-Por completo.

-¿Qué va a suceder ahora?

-Anoté el nombre del médico y pagué la habitación por una semana. El *concierge* le traerá las comidas, empezando por el almuerzo de hoy. Yo me quedaré hasta media mañana. Son casi las seis; pronto amanecerá. Entonces iré al hotel por el resto de mis cosas y mis pasajes de avión, y haré lo posible por evitar mencionarlo.

-¿Suponga que no puede? ¿Suponga que la identifican?

-Lo negaré. Estaba oscuro. Todo era un caos.

-Ahora no está siendo metódica. Al menos, no tan metódica como lo sería la Policía de Zurich. Tengo una idea mejor. Llame a su amiga y dígale que recoja el resto de sus cosas y que pague su cuenta. Tome el dinero que quiera y coja el primer avión para Canadá. Es más fácil negar a larga distancia.

Ella lo miró en silencio, luego asintió:

-Eso es muy tentador.

-Muy lógico.

Ella siguió observándolo durante un momento, con la tensión reflejada en los ojos. Se volvió y caminó hasta la ventana, por la que entraban los primeros rayos del sol matutino. Él la observaba, sintiendo la intensidad, conociendo sus raíces, viendo su rostro bajo el pálido resplandor dorado del amanecer. No había nada que él pudiera hacer; ella había actuado como creyó que debía hacerlo, porque había sido rescatada del terror. De una especie de terrible degradación que ningún hombre podía realmente comprender. De la muerte. Y, al actuar de aquel modo, había quebrantado todas las reglas. Ella giró la cabeza hacia él; sus ojos brillaban.

-¿Quién *es* usted?

-Ya oyó lo que dijeron.

-¡Yo sé lo que vi! ¡Lo que siento!

-No trate de justificar le que hizo. Simplemente lo hizo, eso es todo. Déjelo así.

Dejarlo así. ¡Oh, Dios, habrías podido dejarme ir! Y hubiera habido paz. Pero ahora me has devuelto parte de mi vida, y debo seguir luchando, enfrentarme con ella otra vez.

Dé pronto, ella se acercó a los pies de la cama, con el arma en la mano. La apuntó hacia él, y su voz tembló:

-¿Debo deshacer lo que hice, entonces? ¿Llamar a la Policía y decirle que venga por usted?

-Unas horas antes le habría dicho que sí. No puedo decirlo ahora.

-Entonces, ¿quién es usted?

-Dicen que mi nombre es Bourne. Jason Charles Bourne.

-¿Qué significa eso de «dicen»?

Él miró fijamente el arma, el círculo negro de su cañón. No quedaba más alternativa que la verdad, como él la conocía.

-¿Qué significa? -repitió él-. Usted sabe tanto como yo, doctora.

-¿Qué?

-Bien puede oírlo. Quizá le haga sentirse mejor. O peor, no lo sé. Pero, de todos modos puede oírlo, porque no sé qué otra cosa decirle.

Ella bajó el arma:

-¿Decirme qué?

-Mi vida comenzó hace cinco meses, en una pequeña isla del Mediterráneo llamada Port Noir...

El sol había subido hasta el punto medio de los árboles circundantes, sus rayos se filtraban a través de las ramas que mecía el viento, entrando por las ventanas y salpicando las paredes con formas irregulares de luz. Bourne yacía en la cama, exhausto. Había concluido, no había más que decir.

Marie estaba sentada sobre sus piernas en un sillón de cuero, al otro lado de la habitación; los cigarrillos y el arma reposaban en una mesita a su izquierda. Casi ni se había movido, con la mirada fija en él; aun cuando fumaba, sus ojos no pestañeaban, no abandonaban los de él. Era una analista técnica evaluando datos, filtrando los hechos, del mismo modo que los árboles filtraban los rayos del sol.

-Usted lo decía continuamente -murmuró en tono suave, espaciando las palabras-. No lo sé... ojalá lo supiera. Usted observó algo y yo me asusté. Le pregunté qué era, qué iba usted a hacer. Y usted lo dijo otra vez: «Ojalá lo supiera.» Hay que ver lo que ha pasado... lo que *está* pasando.

-Después de lo que le he hecho, ¿puede preocuparle lo que me pasó a mí?

-Son dos líneas de acontecimientos separadas -replicó ella con aire ausente, frunciendo el ceño.

-Separadas...

-Relacionadas en su origen, pero desarrolladas independientemente; eso es razonamiento económico... Y luego en la Löwenstrasse, justo antes de ir al apartamento de Chernak, le supliqué que no me llevara con usted. Estaba convencida de que si oía algo más, me mataría. Allí fue donde dijo la cosa más extraña de todas. Dijo: «Lo que ha oído no tiene más sentido para mí que para usted. Quizá menos...» Pensé que estaba loco.

-Algo no me funciona bien en la cabeza. Una persona sana recuerda. Yo no.

-¿Por qué no me dijo que Chernak había intentado matarlo?

-No había tiempo ni pensé que importara.

-No le importaba entonces... a usted. Pero sí a mí.

-¿Por qué?

-Porque me aferraba a la remota esperanza de que usted no dispararía su arma contra alguien que no hubiera intentado matarlo antes.

-Pero él lo hizo. Yo estaba herido.

-Yo no conocía la secuencia; usted no me la explicó.

-No comprendo.

Marie encendió un cigarrillo:

-Es difícil de explicar, pero durante todo el tiempo que me tuvo como rehén, aun cuando me golpeó, me arrastró y presionó el revólver contra mi estómago y lo sostuvo contra mi cabeza. Dios sabe que estaba aterrorizada, pero me pareció ver algo en sus ojos. Llámele rechazo. Es lo mejor que se me ocurre.

-Está bien. ¿Qué quiere decir?

-No estoy segura. Quizá se remonta a otra cosa que dijo usted en el reservado del «Drei Alpenhäuser». Cuando el hombre gordo se acercaba, usted me

dijo que me quedara contra la pared, que me cubriera la cara con la mano. «Por su propio bien -dijo-. No es conveniente que él pueda identificarla.»

-No lo era.

-«Por su propio bien.» Ése no es el razonamiento de un asesino patológico. Creo que me aferré a eso para mantener mi cordura; quizás, a eso y a la mirada que vi en sus ojos.

-Todavía no la entiendo.

-El hombre con gafas de montura de oro, que me convenció de que era la policía, dijo que usted era un brutal asesino al que debían detener antes de que continuara matando. Si no hubiera sido por Chernak, no le habría creído. En ninguno de los puntos. La Policía no se comporta de ese modo; no usan armas en la oscuridad, en lugares atestados de gente. Y usted era un hombre que corría por salvar su vida, que *está* corriendo por ello, pero no es un asesino.

Bourne levantó la mano:

-Discúlpeme, pero sus palabras parecen un juicio basado en falsa gratitud. Usted dice que lo que cuenta son los hechos; entonces, considérelos. Le repito: usted oyó lo que ellos dijeron; independientemente de lo que crea usted haber visto o de lo que sienta, oyó las palabras. Resumiendo: se me entregaron sobres con dinero para cumplir ciertas misiones. Yo diría que éstas eran bastante claras y las acepté. Tenía una cuenta en el Banco Gemeinschaft, que totalizaba una suma de alrededor de cinco millones de dólares. ¿Cómo los obtuve? ¿Dónde puede un hombre como yo, con los obvios talentos que poseo, obtener esa cantidad de dinero? -Jason miró al techo. El dolor retornaba, la sensación de impotencia, también-. Ésos son los hechos, doctora St. Jacques. Es tiempo de que se vaya.

Marie se levantó del sillón y aplastó su cigarrillo. Luego tomó el arma y caminó hacia la cama:

-Tiene prisa por condenarse, ¿no es así?

-Respeto los hechos.

-Entonces, si lo que dice es cierto, *yo* también tengo una misión, ¿no lo cree? Como miembro de la sociedad respetuosa de la ley, mi deber es llamar a la Policía de Zurich y decirles dónde está.

Levantó el arma. Bourne la miró:

-Creí...

-¿Por qué no? -interrumpió ella-. Es un hombre condenado que quiere terminar con todo, ¿no es así? Habla con determinación, sin sentir siquiera un poco de autoestima, apelando a mi... ¿cómo ha dicho? ¿Falsa gratitud? Bueno, creo que será mejor que entienda algo. Yo no soy ninguna tonta; si creyera por un minuto que es usted lo que dicen que es, no estaría aquí, y tampoco estaría usted. Hechos que no pueden documentarse no son hechos en absoluto. Usted no tiene hechos, tiene *conclusiones,* sus propias conclusiones basadas en afirmaciones hechas por personas que usted sabe que son basura.

-Y una inexplicable cuenta bancaria con cinco millones de dólares. No se olvide de ello.

-¿Cómo podría olvidarlo? Se supone que soy un perito en finanzas. Esta cuenta puede no tener explicación en términos que a usted le satisfagan, pero hay condiciones inherentes que le otorgan un considerable grado de legitimidad. Puede ser inspeccionada, probablemente intervenida, por cualquier director de

una compañía llamada no sé cuántos Setenta y Uno. Ésa es una muy improbable afiliación de un asesino a sueldo.

-Esa compañía puede ser inventada; no está registrada.

-¿En una guía telefónica? No sea *ingenuo.* Pero volvamos a usted, en este momento. ¿Llamo realmente a la Policía?

-Conoce mi respuesta. No la puedo detener, pero no quiero que lo haga. Marie bajó el arma:

-Y no lo haré. Por la misma razón por la que usted no quiere que lo haga. No creo lo que dicen, que es más de lo que lo cree usted.

-Entonces, ¿qué es lo que cree?

-Ya se lo dije. No estoy segura. Todo lo que realmente sé es que hace siete horas estaba bajo un animal, su boca sobre mí, sus manos desgarrándome... y sabía que iba a morir. Y entonces, un hombre volvió por mí, un hombre que hubiera podido seguir huyendo, pero que regresó por mí y se ofreció a morir en mi lugar. He de creer en él.

-Suponga que se equivoca.

-Entonces habré cometido un terrible error.

-Gracias. ¿Dónde está el dinero?

-En el escritorio. En el sobre del pasaporte y en la billetera. Tiene también el nombre del médico y el recibo por la habitación.

-¿Me puede traer el pasaporte, por favor? Tengo en él el dinero suizo.

-Lo sé. -Marie se lo dio-. Le he dado al *concierge* trescientos francos por la habitación, y doscientos por el nombre del médico. Los servicios del doctor son cuatrocientos cincuenta, a los que he agregado otros ciento cincuenta por su cooperación. En total he pagado mil cien francos.

-No tiene que rendirme cuentas.

-Debía usted saberlo. ¿Qué piensa hacer?

-Darle dinero para que pueda regresar a Canadá.

-Me refiero a después.

-Veré cómo me siento más adelante. Probablemente diré al *concierge* que me compre alguna ropa. Le haré algunas preguntas. Estaré bien.

Sacó un montón de billetes grandes y se los ofreció.

-Eso es más de cincuenta mil francos.

-Ha sufrido mucho por mi causa.

Marie St. Jacques miró el dinero, y luego la pistola que llevaba en su mano izquierda:

-No quiero su dinero -replicó, dejando el arma en la mesita de noche.

-¿Qué quiere decir?

Se volvió y caminó hacia el sillón, mirándolo nuevamente mientras giraba para sentarse:

-Creo que quiero ayudarlo.

-Espere un minuto...

-Por favor -lo interrumpió-. Por favor, no me haga ninguna pregunta. No diga nada durante un rato.

10

Ninguno de los dos supo exactamente cuándo sucedió, y ni siquiera si había sucedido. O, si así era, hasta qué punto cada uno de ellos lo preservaría o profundizaría. No había ningún drama esencial, ni conflictos que superar, ni barreras que atravesar. Todo lo que se necesitaba era comunicación mediante palabras y miradas y, quizá tan vital como cualquiera de éstas, el frecuente acompañamiento de una risa tranquila.

El arreglo para vivir en la habitación de la pensión del pueblo era tan clínico como podría haberlo sido en una sala de hospital. Durante el día, Marie se encargaba de varios asuntos prácticos, tales como comidas, ropa, mapas y periódicos. Había llevado el coche robado quince kilómetros hacia el Sur, hasta la ciudad de Reinach, donde lo había abandonado, tomando luego un taxi para regresar a Lenzburg. Cuando ella no estaba, Bourne concentraba su atención en el descanso y la movilidad. De algún recóndito lugar de su olvidado pasado le llegaba la noción de que el restablecimiento dependía de ambas cosas, y se sometía a una rígida disciplina; lo había hecho antes..., antes de Port Noir. Cuando estaban juntos, charlaban; al principio, extrañamente, con las tensiones y reparos propios de dos desconocidos unidos por las circunstancias y que habían sobrevivido a las estremecedoras ondas de un cataclismo. Trataban de poner normalidad donde no podía haber ninguna, pero era más fácil cuando ambos aceptaban la anormalidad esencial: no había nada que decir, excepto lo relacionado con todo lo sucedido. Y si lo había, comenzaría a aparecer sólo en aquellos momentos, cuando el análisis de los acontecimientos estaba momentáneamente agotado; los silencios eran entonces trampolines hacia el alivio, hacia otras palabras y pensamientos.

Durante esos momentos fue cuando Jason empezó a conocer las características salientes de la mujer que le había salvado la vida. Él protestaba diciéndole que ella sabía de su vida tanto como él, pero que él no sabía nada de ella. ¿De dónde era? ¿Por qué una atractiva mujer de cabello rojo oscuro y piel obviamente tostada en una granja pretendía ser una doctora en Ciencias Económicas?

-Porque estaba harta de la granja -replicó Marie.

-¿En serio? ¿Realmente una granja?

-Bueno, un pequeño rancho sería más adecuado. Pequeño comparado con los de enorme extensión que hay en Alberta. En tiempos de mi padre, cuando un canadiense francés iba hacia el Oeste a comprar tierras, había restricciones tácitas. No competir en tamaño con sus superiores. A menudo decía que si hubiera usado el nombre St. James en vez de St. Jacques, hoy sería un hombre muchísimo más rico.

-¿Era un hacendado?

Marie se había reído.

-No, era un contable que se convirtió en hacendado a causa de un bombardero «Vickers» durante la guerra. Fue piloto en la Real Fuerza Aérea Canadiense. Supongo que después de ver tanto cielo, una oficina contable le parecería algo tediosa.

-Eso requiere mucho temple.

-Más de lo que supones. Vendió ganado que no le pertenecía en tierras que no poseía antes de poder comprar el campo. «Francés hasta la médula», decía la gente.

-Estoy seguro que me agradaría conocerlo.

-Yo también.

Había vivido en Calgary con sus padres y dos hermanos, hasta que tuvo dieciocho años e ingresó en la Universidad de McGill, en Montreal, donde comenzó una vida que nunca antes había imaginado. Estudiante indiferente que prefería correr por el campo montada a caballo al organizado aburrimiento de un colegio religioso en Alberta, acabó por descubrir lo estimulante que era usar la mente.

-Realmente fue así de simple -explicó-. Consideraba los libros como enemigos naturales, y, de pronto, allí estaba, rodeada de gente inmersa en ellos, disfrutándolos mucho. Todo era conversación. Todo el día, toda la noche, en los cursos y seminarios, en atestados bares frente a jarros de cerveza; creo que fue la charla lo que me arrastró. ¿Tiene eso sentido para ti?

-No puedo recordar, pero lo comprendo -replicó Bourne-. No tengo recuerdos de la Universidad ni de esa clase de amigos, pero estoy convencido de que estuve allí. -Sonrió-. Conversar frente a jarros de cerveza es una imagen que me resulta familiar.

Ella le devolvió la sonrisa.

-Y yo desentonaba en ese departamento. Una robusta chica de Calgary con dos hermanos con quienes competir, podía tomar más cerveza que la mitad de los estudiantes universitarios de Montreal.

-Estarían resentidos contigo.

-No, sólo me envidiaban.

Un nuevo mundo se le había presentado a Marie St. Jacques; nunca retornó al anterior. Con excepción de las vacaciones anuales, los prolongados viajes a Calgary se hicieron cada vez menos frecuentes. Sus círculos en Montreal se expandieron, ocupaba los veranos en trabajos fuera y dentro de la Universidad. Se inclinó primero por la Historia, y luego llegó a la conclusión de que ésta estaba marcada por fuerzas económicas -el poder y la trascendencia debían ser pagadas-, y entonces probó las teorías económicas, que la absorbieron.

Permaneció en McGill durante cinco años, al cabo de los cuales recibió su título y una beca, otorgada por el Gobierno de Canadá para Oxford.

-Aquél sí que fue un día estupendo, te lo aseguro. Pensé que a mi padre le iba a dar una apoplejía. Dejó su preciosa hacienda al cuidado de mis hermanos el tiempo suficiente para volar al Este y tratar de convencerme de que abandonara.

-¿Que abandonaras? ¿Por qué? Él era contable; tú ibas tras un doctorado en Ciencias Económicas.

-¡No cometas *ese* error! -exclamó Marie-. Contables y economistas *son* enemigos naturales. Unos ven árboles, los otros, bosques, y las visiones son por lo general totalmente opuestas. Además, mi padre no es sólo canadiense, sino francocanadiense. Creo que me consideraba como una traidora a Versalles. Pero se apaciguó cuando le dije que una condición para la beca era el compromiso de trabajar para el Gobierno un mínimo de tres años. Entonces dijo que podía «servir mejor a la causa desde dentro». *Vive Québec libre, vive la France!*

Rieron.

El compromiso de tres años con Ottawa se fue ampliando: cada vez que pensaba en abandonar, era ascendida, ponían a sus órdenes una oficina más grande y un equipo más numeroso.

-El poder corrompe, por supuesto -sonrió-, y nadie lo sabe mejor que una burócrata que sube cada vez más y a quien los Bancos v compañías persiguen en busca de una recomendación. Pero creo que ya Napoleón lo expresó mejor. «Denme las suficientes medallas y ganaré cualquier guerra.» De modo que me quedé. Disfruto enormemente con mi trabajo. Pero sucede que es un trabajo para el cual soy eficiente, y eso ayuda.

Jason la observaba mientras hablaba. Bajo su serena superficie había una cualidad exuberante y juvenil en Marie. Era una entusiasta que refrenaba su entusiasmo cada vez que sentía que esto se exacerbaba. Por supuesto, era buena en lo que hacía; él sospechaba que nunca hacía nada sin dedicación total.

-Estoy seguro de que lo eres (buena, quiero decir), pero no te deja mucho tiempo para otras cosas, ¿verdad?

-¿Qué otras cosas?

-¡Oh, las comunes! Marido, familia, casa con cerca de madera.

-Pueden llegar algún día; no las descarto.

-Pero no han llegado.

-No, hubo un par de posibilidades, pero sin anillo.

-¿Quién es, Peter?

Su sonrisa se desvaneció.

-Me había olvidado. Has leído el telegrama.

-Lo siento.

-No tienes por qué. Ya hemos superado eso... ¿Peter? Adoro a Peter. Vivimos juntos casi dos años, pero no dio resultado.

-Aparentemente, no sientes rencor.

-¡Mejor que no lo sienta! -Rió nuevamente-. Es director de sección; espera pronto un nombramiento en el Gabinete. Si no se comporta bien, informaré a Tesorería de lo que no sabe y se irá como un SX-Dos.

-Dijo que te recogería en el aeropuerto el veintiséis. Será mejor que le envíes un telegrama.

-Sí, lo sé.

Su partida era un tema que no habían tocado; lo evitaron como si se tratara de una eventualidad lejana. No estaba relacionado con «lo que había sucedido»; era algo que iba a suceder. Marie había dicho que quería ayudarle; él lo había aceptado, asumiendo que la guiaba la falsa gratitud para quedarse con él un día o más, y estaba agradecido por ello. Pero cualquier otra cosa era impensable.

Y ésa era la razón por la cual no hablaban al respecto. Habían intercambiado palabras y miradas, habían evocado risas relajadas, habían logrado estar cómodos. A veces surgían intentos de intimidad, y ambos comprendían y volvían hacia atrás. Cualquier otra cosa *era* impensable.

De modo que continuamente volvían a la anormalidad, a «lo que había sucedido». A él más que a ellos, pues él era la causa irracional por la cual estaban juntos..., juntos en una habitación de una pequeña pensión de un pueblo de Suiza. Anormalidad. No era parte del razonable y ordenado mundo de Marie St. Jacques, y porque no lo era, su ordenada y analítica mente se sentía provocada.

Las cosas irracionales debían ser examinadas, aclaradas, explicadas. Se hizo implacable en su indagación, tan insistente como Geoffrey Washburn lo había sido en Ile de Port Noir, pero sin la paciencia del doctor. Pues ella carecía de tiempo, lo sabía, y eso la llevaba al borde de la estridencia.

-Cuando lees los periódicos, ¿qué te llama la atención?

-La confusión. Parece ser universal.

-Con seriedad. ¿Qué te resulta familiar?

-Casi todo, pero no puedo decir por qué.

-Dame un ejemplo.

-Esta mañana. He leído un artículo sobre un cargamento de armas a Grecia y el consiguiente debate en las Naciones Unidas; los soviéticos protestaron. Comprendo el significado, la lucha por el poder en el Mediterráneo, la expansión en el Medio Oriente.

-¿Qué otro artículo te llamó la atención?

-Uno que trataba sobre la interferencia de la Alemania Oriental sobre el Departamento de Coordinación del Gobierno de Bonn en Varsovia. Bloque oriental, bloque occidental; otra vez comprendí.

-Entiendes la relación, ¿verdad? Eres políticamente, geopolíticamente, receptivo.

-O tengo un conocimiento laboral muy corriente sobre los sucesos de la actualidad. No creo haber sido nunca un diplomático. El dinero del Banco Gemeinschaft descarta cualquier posibilidad de un empleo gubernamental.

-Estoy de acuerdo. Aun así, eres consciente políticamente. ¿Qué me dices sobre los mapas? Me pediste que te comprara varios. ¿Qué te viene a la mente cuando los miras?

-En algunos casos hay nombres que evocan imágenes, como sucedió en Zurich. Edificios, hoteles, calles..., a veces caras. Pero nunca nombres. Los rostros no tienen nombre.

-Sin embargo, has viajado mucho.

-Supongo que sí.

-*Sabes* que sí.

-Está bien, he viajado.

-¿Cómo viajabas?

-¿Qué quieres decir con «cómo»?

-¿Era generalmente en avión, o en coche? ¿En taxis o conduciendo tú mismo?

-Ambas, creo. ¿Por que?

-Los aviones significarían largas distancias. ¿Te encontrabas con gente? ¿Hay rostros en los aeropuertos, en los hoteles?

-Calles -respondió él, involuntariamente.

-¿Calles? ¿Por qué calles?

-No lo sé. Veo caras en la calle..., y en lugares tranquilos. Lugares oscuros.

-¿Restaurantes? ¿Cafés?

-Sí. Y habitaciones.

-¿Habitaciones de hotel?

-Sí.

-¿No oficinas? ¿Oficinas de negocios?

-A veces. No siempre.

-Está bien. Veías a gente. Caras. ¿Hombres? ¿Mujeres? ¿Ambos?

-Casi siempre hombres. Algunas mujeres, pero generalmente hombres.

-¿De qué hablaban?

-No lo sé.

-Trata de recordar.

-No puedo. No hay voces; no hay palabras.

-¿Había planes? Te encontrabas con gente, eso quiere decir que concertabas entrevistas. Ellos esperaban encontrarse contigo y tú esperabas encontrarte con ellos. ¿Quién programaba esos encuentros? Alguien debía hacerlo.

-Telegramas. Llamadas telefónicas.

-¿De quién? ¿De dónde?

-No lo sé. Me llegaban.

-¿A los hoteles?

-La mayor parte, me imagino.

-Me comunicaste que el subgerente del «Carillón» te dijo que *recibía* mensajes.

-Entonces, llegaban a los hoteles.

-¿No sé qué Setenta y Uno?

-Treadstone.

-«Treadstone.» Ésa es tu compañía, ¿verdad?

-No significa nada. No pude encontrarla.

-¡Concéntrate!

-Lo hago. No está registrada. Llamé a Nueva York.

-Pareces creer que eso no es corriente. Lo es.

-*¿Por qué?*

-Podría ser una división interna separada, o una subsidiaria oculta; una compañía establecida para hacer adquisiciones con destino a una compañía principal, cuyo nombre podría elevar el precio de la negociación. Se hace todos los días.

-¿A quién estás tratando de convencer en este momento?

-A ti. Es completamente posible que seas un gestor ambulante de los intereses financieros norteamericanos. Todo conduce a ello: fondos establecidos para disposición inmediata de capital, confidencialidad abierta para aprobación de la compañía, la cual nunca fue ejercitada. Estos hechos, más tu intuición para los cambios políticos, apuntan hacia un confiable agente de compras, y muy probablemente, un gran accionista o copropietario de la compañía principal.

-No te precipites.

-No he dicho nada ilógico.

-Hay uno o dos agujeros.

-¿Dónde?

-En esa cuenta no había reintegros. Sólo imposiciones. No compraba, sino que vendía.

-Eso no lo sabes; no lo recuerdas. Los pagos pueden hacerse con depósitos a corto plazo.

-Ni siquiera sé lo que significa eso.

-Un tesorero al tanto de ciertas estrategias de impuestos lo entendería. ¿Cuál es el otro agujero?

-La gente no trata de matar a alguien por comprar algo a un precio más bajo. Pueden ponerlo en evidencia, pero no matarlo.

-Lo hacen si se comete un error tremendo. O si esa persona ha sido confundida con otra. Lo que estoy tratando de decirte es que ¡uno no puede ser lo que no es! No importa lo que digan.

-Estás muy convencida.

-Sí. He pasado tres días contigo. Hemos charlado, he escuchado. Se *ha* cometido un terrible error. O hay algún tipo de conspiración.

-¿Con respecto a qué? *¿Contra* qué?

-Eso es lo que tienes que descubrir.

-Gracias.

-Dime algo. ¿Qué te viene a la mente cuando piensas en dinero?

¡Basta! ¡No hagas eso! ¿No lo entiendes? Estás equivocada. Cuando pienso en dinero, pienso en matar.

-No lo sé -replicó-. Estoy cansado. Quiero dormir. Envía el telegrama por la mañana. Dile a Peter que vas para allí.

Era más de medianoche, el comienzo del cuarto día, y aún no llegaba el sueño. Bourne miraba al techo, la oscura madera que reflejaba la luz de la lámpara de la habitación. La luz quedaba encendida por las noches; Marie lo hacía así, y él no le había preguntado por qué, ni ella se lo había explicado.

Por la mañana, ella se habría ido y él debía concretar sus planes. Se quedaría en la pensión durante unos días más, y llamaría al médico, a Wohlen, para que le quitara los puntos. Después, París. El dinero estaba en París, y también había algo más; lo sabía, lo sentía. Una respuesta final; estaba en París.

No está sin protección. Encontrará su camino.

¿Qué encontraría? ¿A un hombre llamado Carlos? ¿Quién era Carlos y qué era para Jason Bourne?

Oyó el roce de tela desde el sofá contra la pared. Miró hacia allí, sorprendido de ver que Marie no dormía. En lugar de ello, lo miraba, lo observaba.

-Estás equivocado, ¿sabes? -dijo ella.

-¿Sobre qué?

-Sobre lo que estás pensando.

-No sabes en qué estoy pensando.

-Sí, lo sé. He leído tu mirada y ves cosas que no estás seguro de que estén ahí, pero temeroso de que puedan estar.

-Están -replicó él-. Háblame de Steppdeckstrasse, del hombre gordo del «Drei Alpenhäuser».

-No puedo, pero tampoco puedes tú.

-Estaban allí, los vi.

-Descubre el porqué. No puedes ser lo que no eres, Jason. Averigua.

-París -replicó.

-Sí, París.

Marie se levantó del sofá. Llevaba un camisón amarillo pálido, casi blanco, con botones de perlas en el cuello; caminaba descalza hacia su cama. Se detuvo a su lado, mirándolo; luego subió las manos y comenzó a desabrocharse la parte superior del camisón. Lo dejó caer, mientras se sentaba en la cama, con los pechos sobre él. Se inclinó, le cogió la cara entre las manos y la acarició con suavidad; sus ojos, como frecuentemente los últimos días, lo miraban sin pestañear, fijos en los suyos.

-Gracias por mi vida -susurró.

-Gracias por la mía -replicó él, sintiendo el mismo deseo que sabía sentía ella, preguntándose si a ella le dolería al mismo tiempo que a él. No tenía recuerdos de ninguna mujer, y quizá porque no los tenía, ella era todo cuanto podía imaginar; todo y mucho, mucho más. Ella iluminaba su oscuridad. Y le aportaba dolor.

Él había tenido miedo de decírselo. Y ella ahora le decía que estaba bien, aunque fuera por poco tiempo, por una hora o más. Aquella noche, ella le estaba dando algo para recordar, porque ella también anhelaba liberarse de los resabios de violencia. Se aliviaba la tensión, durante una hora o más sentirían bienestar. Era todo lo que pedía, pero ¡Dios del cielo, cómo la *necesitaba!*

Le acarició el pecho y atrajo sus labios a los de él; su humedad lo estimuló, barriendo sus dudas.

Ella levantó las sábanas y fue hacia él.

Yacía en sus brazos, la cabeza sobre su pecho, procurando no tocar la herida de su hombro. Se deslizó suavemente hacia atrás, apoyándose en los codos. Él la miró; sus ojos se encontraron, y ambos sonrieron. Ella levantó la mano izquierda, posando el índice en los labios de él, y habló en voz baja:

-Tengo algo que decirte y no quiero que me interrumpas. No voy a enviar el cable a Peter. Todavía no.

-Espera un *minuto.*

Apartó de su cara la mano de ella.

-Por favor, no me interrumpas. He dicho «todavía no». No quiere decir que no lo enviaré, sino sólo que no lo haré en seguida. Me quedo contigo. Iré contigo a París.

Él forzó las palabras:

-Supón que no quiero que lo hagas. Ella se reclinó hacia delante, frotando sus labios contra la mejilla de él.

-No te haría caso. La computadora lo acaba de rechazar.

-Yo no estaría tan segura, si fuese tú.

-Pero no lo eres. Yo soy yo, y sé la manera en que me tuviste e intentaste decir muchas cosas que no pudiste decir. Cosas que creo que ambos nos quisimos decir durante los últimos días. No puedo explicar qué ha sucedido. ¡Oh, sí!, supongo que estará allí, en alguna oscura teoría psicológica de algún sitio, dos personas razonablemente inteligentes, arrojadas juntas al infierno y tratando

desesperadamente de salir... juntos. Y quizá sea sólo eso. Pero está aquí y ahora, y no puedo alejarme de ello. No puedo alejarme de ti. Porque tú me necesitas y me diste la vida.

-¿Qué te hace pensar que te necesito?

-Puedo hacer cosas por ti, que tú no puedes hacer por ti mismo.

-He estado pensando en ello durante las dos últimas horas. -Se deslizó hacia delante, desnuda, a su lado-. Estás involucrado de alguna manera con una gran cantidad de dinero, pero creo que no distingues un activo de un pasivo. Tal vez pudiste hacerlo antes, pero ahora no puedes. Y hay algo más. Tengo una influyente posición en el Gobierno de Canadá. Tengo libertad y acceso a toda clase de informaciones. Y protección. Las finanzas internacionales están podridas, y Canadá ha sido violada. Hemos montado nuestra propia protección, y yo soy parte de ella. Ésa es la razón por la cual estaba en Zurich. Para observar y denunciar alianzas, no para discutir teorías abstractas.

-Y el hecho de que tengas esta libertad, ese acceso, ¿puede ayudarme?

-Creo que sí. Y protección de Embajada, eso podría ser lo más importante. Pero te doy mi palabra de que a la primera señal de violencia enviaré el telegrama, y me iré. Apartando mis propios temores; no quiero ser una carga para ti en esas condiciones.

-¿A la primera señal? -repitió Bourne, estudiándola-. ¿Y yo he de determinar cuándo y dónde será eso?

-Si así lo quieres. Mi experiencia es limitada. No discutiré.

Él sostuvo su mirada durante largo tiempo, exaltada por el silencio.

-¿Por qué haces esto? Lo acabas de decir. Somos dos personas razonablemente inteligentes que han salido de algo parecido al infierno. Puede ser que eso sea todo lo que somos. ¿Vale la pena?

Ella permanecía sentada, inmóvil.

-Pero he dicho algo más; quizá lo hayas olvidado. Cuatro noches atrás, un hombre, que habría podido seguir huyendo, volvió por mí y se ofreció a morir en mi lugar. Yo creo en ese hombre. Más que él, me parece. Eso es realmente lo que tengo para ofrecer.

-Acepto -dijo él, alargándole las manos-. No debería, pero acepto. Necesito enormemente esa fe.

-Ahora, calla -susurró ella quitando la sábana y acercándose a él-. Hagamos el amor; yo también tengo mis necesidades.

Pasaron tres días y tres noches, llenos del calor de su bienestar, de la excitación de su descubrimiento. Vivían con la intensidad de dos personas conscientes de que se produciría un cambio. Y cuando llegara, sería rápido; de modo que había cosas de las que hablar, que no podían evitarse por más tiempo.

El humo del cigarrillo se elevaba formando espirales sobre la mesa, mezclándose con el vapor del café caliente y amargo. El *concierge,* un suizo entusiasta cuyos ojos observaban más de lo que revelaba su boca, se había ido hacía varios minutos, tras dejarles el *petit déjeuner* y los periódicos de Zurich, en inglés y francés. Jason y Marie estaban sentados uno frente al otro; ambos habían recorrido ávidamente las noticias.

-¿Hay algo en el tuyo? -preguntó Bourne.

-Ese pobre viejo, el sereno de Guisan Quai, fue enterrado anteayer. La Policía no tiene aún nada concreto. «Investigación en proceso», dice.

-Aquí está algo más extenso -dijo Jason, agitando torpemente el periódico con su mano izquierda, vendada.

-¿Cómo está? -preguntó Marie, mirando la mano.

-Mejor. Tengo más movimiento en los dedos.

-Ya lo sé.

-Tienes una mente sucia. -Dobló el diario-. Aquí está. Repiten las mismas cosas del otro día. Los casquillos y huellas de sangre están siendo analizados -Bourne alzó la vista-. Pero añaden algo. Restos de ropa; no habían mencionado eso antes.

-¿Es un problema?

-No para mí. Compré la ropa en una tienda de Marsella. ¿Qué hay sobre tu vestido? ¿Era algún diseño o género especial?

-Me haces avergonzar. No, no lo era. Toda mi ropa me la hace una mujer en Ottawa.

-¿No podría ser rastreada, entonces?

-No veo cómo. La seda llegó en un envío de Hong Kong, para nuestra sección.

-¿Compraste algo en los comercios del hotel? Algo que pudieras haber llevado contigo. ¿Un pañuelo, un broche, algo por el estilo?

-No. No suelo comprar esa clase de cosas.

-Bien. Y a tu amiga, ¿no le hicieron preguntas cuando pagó la cuenta?

-No en el hotel, ya te lo dije. Sólo los dos hombres con quienes me viste en el ascensor.

-De las delegaciones francesa y belga.

-Sí. Todo marchó bien.

-Repasémoslo otra vez.

-No hay nada que repasar. Paul, el de Bruselas, no vio nada. Fue arrojado de la silla al suelo y quedó allí. Claude, el que intentó detenernos, ¿recuerdas?, al principio creyó que era yo en el escenario, bajo la luz, pero antes de que pudiera llegar a la Policía resultó lesionado en el desorden y fue llevado a la enfermería.

-Y cuando pudo haber dicho algo -la interrumpió Jason, recordando sus palabras-, no estaba seguro.

-Sí, pero tengo idea de que él conocía el motivo principal de mi asistencia al congreso; mi presentación no lo engañó. Si es así, habrá reforzado su decisión de mantenerse apartado del asunto. Bourne tomó su taza de café.

-Déjame oír *eso* nuevamente -dijo-. Buscabas... ¿alianzas?

-Bueno, en realidad, indicios de ellas. Nadie va a decir abiertamente que hay intereses financieros en su país que trabaja con intereses en otro país para abrir su camino a las materias primas de Canadá o cualquier otro mercado. Pero uno observa quiénes están tomando algo, quién cena con quién. O algunas veces es tan tonto como, digamos, un delegado de Roma, de quien se sabe que está pagado por Agnelli, que viene y te pregunta qué tal es Ottawa de estricta con las leyes de declaración.

-Todavía no estoy seguro de entender.

-Pues deberías entenderlo. Tu propio país se está haciendo muy susceptible respecto al tema. ¿Quién es dueño de qué? ¿Cuántos Bancos norteamericanos están controlados por el dinero de la OPEP? ¿Cuántas industrias están en manos de consorcios europeos y japoneses? ¿Cuántos cientos de miles de hectáreas han sido adquiridas por capital fugado de Inglaterra, Italia y Francia? Todos nos preocupamos por ello.

-¿Todos?

Marie rió.

-Por supuesto. Nada hace más nacionalista a un hombre que el pensar que su país está dominado por los extranjeros. Puede asimilar el perder una guerra; eso sólo significa que el enemigo era más fuerte; pero perder su economía significa que el enemigo fue más inteligente. El período de ocupación dura más tiempo, igual que las heridas.

-Le has dedicado a esas cosas una gran cantidad de tiempo, ¿no es así?

Por un instante, la mirada de Marie perdió su matiz de humor; le respondió seriamente:

-Sí, es cierto. Las considero importantes.

-¿Te enteraste de algo en Zurich?

-Nada asombroso -replicó-. El dinero circula por todos lados; los sindicatos tratan de conseguir inversiones internas, mientras la maquinaria burocrática va en dirección opuesta.

-Ese cable de Peter decía que tus informes eran de primera. ¿Qué quería decir?

-Descubrí un número de extraños asociados económicos quienes, pienso, pueden estar utilizando cabezas de turco en Canadá para adquirir propiedades canadienses. No eludo el tema; es sólo que no significaría nada para ti.

-No trato de entrometerme -contraatacó Jason-, pero creo que me colocas a mí en uno de esos grupos. No con respecto a Canadá, sino en general.

-No lo descarto; la estructura existe. Podrías ser parte de una combinación financiera que busca cualquier forma de adquisiciones ilegales. Eso es algo sobre lo cual puedo encontrar pistas tranquilamente, pero quiero hacerlo por teléfono. No con palabras escritas en un telegrama.

-Ahora sí que me voy a entrometer. ¿Qué quieres decir y cómo?

-Si existe una «Compañía Setenta y Uno» tras la puerta de una multinacional en algún lado, hay modos de averiguar cuál es la compañía, cuál es la puerta. Quiero llamar a Peter desde uno de los teléfonos públicos en París. Le diré que he descubierto la «Treadstone Setenta y Uno» en Zurich y que me preocupa. Le pediré que haga una investigación secreta y le diré que lo llamaré otra vez.

-¿Y si la encuentra?

-Si existe, la encontrará.

-Entonces yo me pondré en contacto con los que figuren como directores responsables y demás miembros.

-Muy cautelosamente -agregó Marie-. A través de intermediarios. Yo, si tú quieres.

-¿Por qué?

-A causa de lo que han hecho. O de lo que *no* han hecho, en realidad.

-¿Qué es?

-No han intentado buscarte durante seis meses.

-No puedes saberlo, yo tampoco.

-El Banco lo sabe. Millones de dólares sin tocar, sin dar cuenta de ellos, y nadie se ha molestado en averiguar el porqué. Eso es lo que no puedo entender. Es como si hubieras sido abandonado. Ahí es donde pudo haberse cometido el error.

Bourne se reclinó en su silla, observando su vendada mano y, recordando la visión del arma que golpeaba repetidamente en las sombras de un coche que aceleraba por la Steppdeckstrasse. Levantó la vista y miró a Marie.

-Lo que estás diciendo es que si fui abandonado, fue porque los directores de «Treadstone» consideran que ese error es la verdad.

-Posiblemente. Ellos pueden pensar que los has involucrado en transacciones ilegales, con hechos criminales, que podrían costarles millones más. Probablemente arriesgando la expropiación de compañías por parte de enojados Gobiernos. O que te has unido a un sindicato del crimen internacional, quizá sin saberlo. Cualquier cosa. Eso explicaría su no aparición en el Banco. No querrían cargar con ninguna culpa por asociación.

-De modo que, en cierto sentido, no importa lo que tu amigo Peter pueda averiguar; estoy de nuevo a cero.

-*Estamos,* pero no a cero; yo diría que entre cuatro y medio y cinco en una escala de diez.

-Aunque fuera nueve, nada habría cambiado realmente. Hay gente que quiere matarme y no sé por qué. Otros podrían detenerlos, pero no lo hacen. El hombre de «Drei Alpenhäuser» dijo que la Interpol ha tendido sus redes para atraparme, y si caigo en una de ellas, no tengo ninguna respuesta. Soy culpable, como se me acusa, pero no sé de qué soy culpable. No tener memoria no es una muy buena defensa, y es posible que no tenga período de defensa.

-Me niego a creer eso, y tú tampoco debes creerlo.

-Gracias.

-Lo digo en serio, Jason. Basta.

Basta. ¿Cuántas veces me digo eso a mí mismo? Eres mi amor, la única mujer que he conocido, y crees en mí. ¿Por qué no puedo creer en mí mismo?

Bourne se levantó y, como siempre, probó sus piernas. La movilidad estaba retornando; las heridas eran menos graves de lo que su imaginación le había hecho creer. Había concertado una cita para aquella noche con el médico de Wohlen para que le quitara los puntos. Mañana se produciría el cambio.

-París -dijo Jason-. La respuesta está en París. Lo sé tan claramente como vi las figuras de los triángulos en Zurich. Sólo que no sé por dónde empezar. Es una locura. Soy un hombre en espera de una imagen, de una palabra, de una frase o de una cajita de fósforos, para que me digan algo. Para que me envíen a algún otro lado.

-¿Por qué no aguardar hasta que Peter averigüe algo? Puedo llamarlo mañana; podremos estar en París mañana.

-Porque no habría ninguna diferencia, ¿no te das cuenta? No importa lo que nos diga; lo que yo necesito saber, no estaría allí. Por la misma razón por la que «Treadstone» no se ha acercado al Banco. Esa razón soy yo. Tengo que saber por

qué la gente quiere matarme, por qué alguien llamado Carlos pagará, ¿cuánto era?, una fortuna por mi cadáver.

Fue todo lo que alcanzó a decir, interrumpido por el ruido sobre la mesa. Marie había dejado caer su taza y lo estaba mirando azorada, con el rostro tan pálido como si la sangre se le hubiera ido de la cabeza.

-¿Qué has dicho? -preguntó.

-Pues que tenía que saber...

-El *nombre.* Has pronunciado el nombre de Carlos.

-Es cierto.

-Durante todas las horas en que hemos charlado, los días que hemos pasado juntos, nunca lo mencionaste.

Bourne la miró, tratando de recordar. Era cierto; le había contado todo lo que había acudido a su mente; sin embargo, de algún modo, había omitido a Carlos..., casi intencionadamente, como queriendo dejarlo de lado.

-Supongo que no lo hice -replicó-. Pareces saber... ¿Quién es Carlos?

-¿Te estás haciendo el gracioso? Si es así, el chiste no es muy bueno.

-No estoy haciéndome el gracioso. No creo que haya nada cómico en ello. ¿Quién es Carlos?

-¡Dios mío, *no* lo sabes! -exclamó, estudiando ojos-. Es parte de lo que te fue quitado.

-¿Quién es Carlos?

-Un asesino. Lo llaman «El asesino de Europa». Un hombre perseguido desde hace veinte años; se cree que mató entre cincuenta y sesenta figuras políticas y militares. Nadie sabe cómo es..., pero se dice que opera fuera de París.

Bourne sintió que lo invadía una ola de frío.

El taxi que los llevó a Wohlen era un «Ford» inglés perteneciente al yerno del *concierge.* Jason y Marie iban sentados en la parte de atrás; la oscura campiña desfilaba rápidamente ante las ventanillas. Le habían quitado los puntos, remplazados por suaves vendajes sostenidos con anchas tiras de esparadrapo.

-Regresa a Canadá -dijo Jason, en voz baja, rompiendo el silencio entre ellos.

-Lo haré, ya te lo dije. Me quedan unos cuantos días. Quiero ver París.

-No te quiero en París. Te llamaré a Ottawa. Puedes hacer la investigación de la «Treadstone» por ti misma y darme la información por teléfono.

-Creí que habías dicho que no habría ninguna diferencia. Tenías que saber el *porqué;* el *quién* no tenía sentido hasta que comprendieras.

-Encontraré la forma. Sólo necesito a un hombre; lo encontraré.

-Pero no sabes por dónde empezar. Eres un hombre en espera de una imagen, de una frase, o de una cajita de fósforos. Pueden no estar allí.

-Algo habrá.

-Algo *hay,* pero tú no lo ves. Yo *sí.* Es la razón por la cual me necesitas. Yo sé las palabras, los métodos. Tú, no.

Bourne la miró a través de las cambiantes sombras.

-Será mejor que te expliques.

-Los Bancos, Jason. Las conexiones de «Treadstone» están en los Bancos. Pero no del modo que tú crees.

El encorvado anciano, con un raído abrigo y boina negra en mano, caminó por el pasillo lateral izquierdo de la iglesia rural de la aldea de Arpajon, quince kilómetros al sur de París. Las campanadas del *Ángelus* vespertino resonaban a través en los techos de piedra y madera; el hombre se detuvo en la quinta fila y esperó que cesara el repiqueteo. Era su señal; la aceptaba, sabiendo que durante el tañer de las campanas, otro hombre, más joven -despiadado como ninguno-, había recorrido la iglesia y estudiado a todas las personas que estaban dentro y fuera de ella. Si ese hombre hubiera visto algo que no esperaba ver, alguien a quien considerase una amenaza para su persona, no habría preguntas; sólo una ejecución. Ése era el estilo de Carlos, y sólo aquellos que comprendían que sus vidas podían ser destruidas si eran seguidos, aceptaban dinero para actuar como mensajeros del asesino. Todos eran como él, viejos hombres de los viejos días, cuyas vidas se extinguían, limitados ya por la edad o la enfermedad, o por ambas.

Carlos no admitía riesgos. El único consuelo era que si uno moría a su servicio -o por su mano-, había dinero que llegaría a las ancianas, a los hijos de esas viejas mujeres o a sus hijos. Esto era lo que comprendía su pequeño ejército de achacosos viejos; él daba un sentido al final de sus vidas.

El mensajero estrujó su boina y prosiguió por el pasillo hasta la fila de confesonarios, contra la pared izquierda. Caminó hacia el quinto confesionario; apartó la cortina y dio un paso hacia dentro, acomodando la vista a la luz de una vela que ardía al otro lado del paño translúcido que separaba al sacerdote del penitente. Se sentó en el pequeño banco de madera y miró la silueta que estaba en el sagrado recinto. Era como siempre lo había sido, la encapuchada figura de un hombre con hábito de monje. El mensajero trató de no imaginar el aspecto de aquel hombre; no le correspondía especular con esas cosas.

-*Ángelus domini* -dijo.

-*Ángelus domini,* hijo de Dios -susurró la encapuchada figura-. ¿Son agradables tus días?

-Están llegando al final -respondió el hombre, tratando de dar la respuesta adecuada-, pero son agradables.

-Bien. Es importante tener una sensación de seguridad a tu edad -dijo Carlos-. Pero vayamos al trabajo. ¿Obtuviste los detalles de Zurich?

-El búho está muerto; también otros dos, posiblemente un tercero. La mano de otro está gravemente herida; no puede trabajar. Caín desapareció. Creen que la mujer está con él.

-Un extraño giro en los acontecimientos -observó Carlos.

-Hay más. No se supo nada más del que debía matarla. Debía llevarla a Guisan Quai; nadie sabe qué sucedió.

-Excepto que un sereno fue muerto en su lugar. Es posible que nunca haya sido una rehén, sino el cebo de una trampa. Una trampa que se volvió contra Caín. Quiero pensar en eso. Mientras tanto, aquí están mis instrucciones. ¿Estás listo?

El anciano hurgó en su bolsillo y sacó el resto de un lápiz y un pedazo de papel.

-Muy bien.

-Telefonea a Zurich. Quiero a un hombre que haya visto a Caín, para mañana en París, alguien que pueda reconocerlo. También Zurich tiene que llegar a Köenig, al Gemeinschaft, y decirle que envié su cinta a Nueva York. Debe usar el buzón de la oficina postal de Village Station.

-Por favor -le interrumpió el anciano mensajero-. Estas viejas manos ya no escriben como antes.

-Perdóname -susurró Carlos-. Estoy preocupado y he sido desconsiderado. Lo siento.

-En absoluto, en absoluto. Continúe.

-Finalmente, quiero que nuestro equipo tome habitaciones a cien metros del Banco, en la rué Madeleine. Esta vez el Banco será la ruina de Caín. El pretendiente será llevado a la fuente de su equivocado orgullo. Un precio irrisorio, despreciable como él mismo..., a no ser que sea otra cosa.

11

Bourne observaba a lo lejos mientras Marie pasaba por la aduana e inmigraciones en el aeropuerto de Berna, en busca de señales de interés o reconocimiento por parte de alguien en la multitud que aguardaba alrededor del área de salidas de «Air France». Eran las cuatro de la tarde, la hora punta de los vuelos a París, el momento en que privilegiados hombres de negocios se apresuraban a partir hacia la Ciudad Luz después de efectuar tediosas diligencias en los Bancos de Berna. Marie miró por encima de su hombro mientras atravesaba la salida; él le hizo un gesto con la *cabeza* y esperó hasta que hubo desaparecido; luego se volvió y comenzó a caminar hacia el vestíbulo de la «Swissair». George B. Washburn tenía una reserva para el vuelo de las 16.30 a Orly.

Se encontrarían más tarde en un café que Marie recordaba de sus visitas durante los días de Oxford. Se llamaba «Au Coin de Cluny», en el bulevar Saint-Michel, a pocas manzanas de la Sorbona. Si, por alguna eventualidad, no estaba allí, Jason la encontraría alrededor de las nueve en la escalinata del Museo Cluny.

Bourne se retrasó. Estaba cerca, pero llegaría tarde. La Sorbona tenía una de las bibliotecas más grandes de Europa, y en una sección de esa biblioteca había ediciones viejas de los periódicos. Las bibliotecas universitarias no se ajustaban a los horarios laborales de los empleados públicos; los estudiantes las utilizaban durante las tardes. Así lo haría él tan pronto como llegara a París. Había algo que quería saber. *Todos los días leo los periódicos. En tres idiomas. Seis meses atrás mataron a un hombre; la noticia de su muerte fue publicada en la primera página de cada uno de esos periódicos.* Esto había dicho un hombre gordo en Zurich.

Dejó su maleta en la sala de control de la biblioteca y subió al segundo piso; allí dobló a la izquierda, hacia el arco que conducía a la enorme sala de lectura. La Salle de Lecture estaba en este anexo: los periódicos se hallaban sobre soportes. Las publicaciones llegaban precisamente hasta un año atrás desde el día de la fecha.

Caminó entre los soportes contando seis meses hacia atrás, y tomó los periódicos de las diez semanas anteriores a la fecha elegida. Los llevó a la mesa vacía más cercana y, sin sentarse, comenzó a hojearlos, pasando de primera página en primera página, publicación por publicación.

Grandes hombres habían muerto en sus camas, mientras otros habían hecho declaraciones; el dólar había caído, el oro había subido; huelgas habían fracasado, y los Gobiernos habían vacilado entre la acción y la parálisis. Pero no habían matado a ningún hombre que mereciera titulares; no había tal incidente, no había tal asesinato.

Jason volvió a los soportes y retrocedió en el tiempo. Dos semanas, doce semanas, veinte semanas. Casi ocho meses. Nada.

Entonces se dio cuenta; había ido hacia *atrás* en el tiempo, no hacia delante desde esa fecha de seis meses antes. Podía haberse cometido un error en amibas direcciones; unos pocos días, o una semana, o hasta dos. Retornó a los periódicos y sacó los correspondientes a cuatro y cinco meses atrás.

Se habían estrellado aviones y habían estallado evoluciones sangrientas; hombres santos habían hablado, para ser atacados por otros hombres santos; había encontrado pobreza y enfermedad donde todos sabían que podía encontrarse; pero ningún hombre importante había sido asesinado.

Comenzó con la última pila; la niebla de la duda de la culpa fue aclarándose con cada vuelta de página. ¿Habría mentido el sudoroso hombre gordo de Zurich? ¿Sería todo una mentira? *¿Todo* mentiras? Estaba él, de algún modo, viviendo una pesadilla podía desvanecerse con...?

¡EL EMBAJADOR LELAND, ASESINADO EN MARSELLA!

Los caracteres orbitales del título estallaron desde la hoja, hiriendo sus ojos. No era dolor imaginario, no era dolor inventado, sino un agudo dolor que penetraba las cavidades de sus ojos y le quemaba la cabeza. Su respiración se detuvo; su mirada, fija en el nombre LELAND. Lo conocía; podía ver su rostro, *verlo* realmente. Gruesas cejas bajo una ancha frente, nariz pequeña y algo puntiaguda centrada entre altos pómulos y sobre unos labios curiosamente finos enmarcados por un bigote perfectamente cuidado. Conocía la cara, conocía al hombre. Y el hombre fue asesinado por un solo disparo hecho desde una ventana de la ribera, con un rifle de grueso calibre. El embajador Howard Leland había salido a caminar por un muelle de Marsella a las cinco de la tarde. Le volaron la cabeza.

Bourne no necesitó leer el segundo párrafo para saber que Howard Leland había sido almirante de la Marina de los Estados Unidos, hasta que un nombramiento interino como director del Servicio Secreto de la Marina precedió a su cargo como embajador en el Quai d'Orsay, en París. Ni tuvo que llegar al cuerpo del artículo donde se especulaba sobre los motivos del asesinato, para saberlos; los conocía. La función principal de Leland en París era disuadir al Gobierno francés de autorizar ventas masivas de armas -en particular, flotillas de jets «Mirage»- a África y Oriente Medio. Había tenido éxito en proporción sorprendente, irritando a las partes interesadas en todos los puntos del Mediterráneo. Se presumía que había sido asesinado por su interferencia; un castigo que servía de ejemplo para otros. Los compradores y vendedores de la muerte no debían ser obstaculizados.

Y el vendedor de muerte que lo mató había cobrado una gran suma de dinero, lejos de la escena, con todo rastro borrado.

Zurich. Un mensaje para un mutilado; otro, para un hombre gordo en un concurrido restaurante de la Falkenstrasse.

Zurich.

Marsella.

Jason cerró los ojos; el dolor era ahora intolerable. Había sido recogido del mar cinco meses atrás, y se suponía que su puerto de salida había sido Marsella. Y si era Marsella, la costa habría sido su ruta de escape; un bote alquilado, el medio para llegar a la vasta extensión del Mediterráneo. Todo encajaba demasiado bien, cada pieza del rompecabezas coincidía con la siguiente. ¿Cómo podía saber las cosas que sabía si no era ese vendedor de la muerte que disparó desde una ventana de la costa de Marsella?

Abrió los ojos; el dolor inhibía su pensamiento, pero no todo... Había una decisión más clara que ninguna otra en su limitada memoria. No habría encuentro en París con Marie St. Jacques.

Quizás algún día le escribiría una carta, diciéndole las cosas que no podía decirle ahora. No podía haber palabras escritas de agradecimiento o de amor, ninguna explicación; ella lo esperaría y él no iría. Debía poner distancia entre ellos; ella no podía estar relacionada con un vendedor de la muerte. Se había equivocado; los peores temores de él se habían confirmado.

¡Oh, Dios! ¡Podía imaginarse la cara de Howard Leland, y no había ninguna fotografía en la página que tenía ante sí! La primera página que significaba tanto, que confirmaba tantas cosas. La fecha. *Jueves, 26 de agosto, Marsella.* Era un día que recordaría mientras tuviera memoria durante el resto de su agitada vida.

Jueves, 26 de agosto...

Algo estaba mal. ¿Qué era? *¿Qué era?* ¿Jueves...?

El jueves no significaba nada para él. ¿El veintiséis de agosto? ¿El *veintiséis?* ¡No podía ser el veintiséis! ¡El veintiséis estaba mal! Lo había oído una y otra vez. El Diario de Washburn, el informe de su paciente. ¿Cuántas veces había repasado Washburn cada frase, cada día y punto de progreso? Demasiadas para poder contarlas. ¡Demasiadas como para no recordarlas!

Fue traído a mi puerta la mañana del martes, veinticuatro de agosto, precisamente a las ocho y veinte. Su condición era...

Martes, 24 de agosto.

24 de agosto.

¡Él no estaba en Marsella el veintiséis! No podía haber disparado un rifle desde una ventana de la costa. Él no era el vendedor de la muerte en Marsella; ¡él no había matado a Howard Leland!

Seis meses atrás mataron a un hombre... Pero no eran seis meses; eran *casi* seis meses, *no* seis meses exactamente. Y él no había matado a aquel hombre; él estaba medio muerto en la casa de un médico alcohólico de Ile de Port Noir.

Las tinieblas comenzaban a aclararse, el dolor disminuía. Una sensación de júbilo lo invadió; ¡había encontrado una mentira concreta! ¡Si había una, podía haber otras!

Bourne miró su reloj; eran las nueve y cuarto. Marie habría dejado ya el café; lo estaría esperando en la escalinata del Museo Cluny. Volvió a colocar los

periódicos en los soportes, luego se dirigió hacia la enorme puerta de catedral de la sala de lectura; era un hombre que tenía prisa.

Caminó por el bulevar Saint-Michel; su ritmo se aceleraba con cada paso. Tenía la clara sensación de saber lo que significa haberse salvado de la horca y quería compartir esa extraña experiencia. Por un tiempo había salido de la oscuridad violenta, más allá de las turbulentas aguas; había encontrado un momento de luz -como los momentos y la luz del sol que habían llenado una habitación en una pensión de pueblo- y tenía que ver a quién se los había dado. Llegar a ella, abrazarla y decirle que quedaba esperanza.

La vio en la escalinata, con los brazos cruzados contra el viento helado que azotaba el bulevar. Al principio, ella no lo vio; sus ojos buscaban en la calle de árboles alineados. Estaba inquieta, ansiosa, una mujer impaciente, temerosa de no ver lo que deseaba ver, temiendo que no estuviera allí. Diez minutos antes no habría estado.

Ella lo descubrió. Su rostro se tornó radiante, brotó la sonrisa, se vio llena de vida. Corrió a su encuentro, mientras él saltaba los escalones hacia ella. Se reunieron, y por un momento ninguno dijo nada, cálidamente solos en Saint-Michel.

-He esperado y *esperado* -suspiró ella, finalmente-. Tenía tanto miedo, estaba tan preocupada... ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

-Sí, estoy bien. Mejor de lo que había estado en mucho tiempo.

-¿Qué?

La tomó por los hombros.

-Hace seis meses mataron a un hombre... ¿Recuerdas?

La alegría abandonó sus ojos.

-Sí, lo recuerdo.

-Yo no lo maté -replicó-. No podría haberlo hecho.

Encontraron un pequeño hotel cerca del atestado bulevar Montparnasse; el salón de entrada y las habitaciones estaban desgastados, pero había una pretensión de olvidada elegancia, que les daba cierto aire intemporal. Era un tranquilo lugar de descanso situado en medio de un carnaval, que mantenía su identidad al aceptar los tiempos sin unirse a ellos.

Jason cerró la puerta, haciendo un ademán afirmativo al jefe de botones, de cabellos blancos, cuya indiferencia se tornó en indulgencia al recibir un billete de veinte francos.

-Piensa que eres un diácono provincial agitado por la anticipación de una noche -comentó Marie-. Espero que hayas notado que fui directamente a la cama.

-Su nombre es Hervé, y será muy solícito con nuestras necesidades. No tiene ninguna intención de compartir la riqueza. -Se acercó a ella y la tomó en sus brazos-. Gracias por mi vida -agregó.

-No es nada, amigo. -Tomó la cara de él en sus manos-. Pero no me hagas esperar así nunca más. Casi me vuelvo loca; todo lo que se me ocurría pensar era que alguien te había reconocido..., que algo terrible había sucedido.

-Te olvidas de que nadie sabe cómo soy...

-No cuentes con eso; no es verdad. Había cuatro hombres en Steppdeckstrasse, incluyendo al bastardo de Guisan Quai. Están vivos, Jason. Te vieron.

-No, en realidad. Vieron a un hombre de cabello oscuro con vendas en el cuello y en la cabeza, que caminaba cojeando. Sólo dos estuvieron cerca de mí: el hombre que estaba en el segundo piso y el cerdo de Guisan Quai. El primero no podrá dejar Zurich por un tiempo; no puede caminar y no le queda mucho de su mano. El segundo tenía la luz del reflector en sus ojos; no podía verme.

Ella lo soltó, frunciendo el ceño; su mente alerta se hacía preguntas.

-No puedes estar seguro. Se encontraban allí; te vieron.

Cambie, su cabello..., cambiará su cara: Geoffrey Washburn, Ile de Port Noir.

-Te repito; vieron a un hombre de cabello oscuro en las sombras. ¿Podrías hacer algo con una ligera solución de agua oxigenada?

-Nunca la usé.

-Entonces, iré a alguna peluquería mañana. Montparnasse es el lugar indicado. Los rubios se divierten más, ¿no es eso lo que dicen?

Ella estudió su cara.

-Estoy tratando de imaginarme cómo quedarías.

-Distinto. No mucho, pero lo suficiente.

-Puede ser que estés en lo cierto. Espero que lo estés. -Lo besó en la mejilla, su preludio para la discusión-. Ahora cuéntame qué sucedió. ¿Adonde fuiste? ¿Qué supiste sobre ese..., incidente hace seis meses?

-No fue seis meses atrás, y porque no lo fue, no puedo haberlo matado.

Le contó todo, excepto los breves momentos en que pensó no verla nunca más. No tenía que hacerlo; ella lo dijo por él.

-Si esa fecha no hubiera estado tan clara en tu memoria, no habrías vuelto a mí, ¿verdad? Sacudió la cabeza.

-Probablemente, no.

-Lo sabía. Lo presentía. Durante un minuto, mientras caminaba desde el café hacia la escalinata del museo, casi no pude respirar. Fue como si me estuviera sofocando. ¿Puedes creerme?

-No quiero hacerlo.

-Tampoco yo, pero sucedió. Estaban sentados: ella, sobre la cama; él, en una butaca cerca de ella. Tomó su mano.

-Todavía no estoy seguro de que debería estar aquí... *Conocía* a ese hombre. ¡Vi su cara, estuve en Marsella cuarenta y ocho horas antes de que lo mataran!

-Pero no lo mataste.

-Entonces, ¿por qué estaba allí? ¿Por qué la gente piensa que lo hice? ¡Es una locura! -Saltó de la silla, con el dolor nuevamente en los ojos-. Pero me olvidaba. No estoy sano, ¿verdad? Porque he olvidado... Años, una vida.

Marie habló serenamente, sin mostrar compasión en su voz.

-Las respuestas vendrán de ti. De una fuente o de otra, pero sea como fuere, de ti mismo.

-Eso puede no ser posible. Washburn dijo que eran como bloques reajustados, túneles diferentes... distintas ventanas.

Jason caminó hacia la ventana, se apoyó en el marco, mirando, hacia abajo, las luces de Montparnasse.

-La visión no es la misma; nunca lo será. En algún lugar allí fuera hay gente a quien conozco y que me conoce. A un par de miles de kilómetros hay otras personas que me importan y que no me importan... Y hasta, ¡oh, Dios!, quizás una esposa e hijos, no lo sé. Sigo girando en el viento, dando vueltas y vueltas y no puedo bajar a la tierra. Cada vez que lo intento, vuelvo a ser arrojado hacia arriba.

-¿Al cielo? -preguntó Marie.

-Sí.

-Has saltado de un avión -afirmó ella. Bourne se volvió.

-Nunca te dije eso.

-Hablaste sobre ello la otra noche. Sudabas; tu cara estaba enrojecida y caliente y tuve que enjugarla con una toalla.

-¿Por qué no dijiste nada?

-Lo hice, en cierta forma. Te pregunté si habías sido un piloto o si te molestaba volar. Especialmente de noche.

-No sabía de qué estabas hablando. ¿Por qué no insististe?

-Tenía miedo de hacerlo. Estabas casi histérico, y no estoy entrenada en esa clase de cosas. Puedo ayudarte a tratar de recordar, pero no interferir en tu inconsciente. Creo que nadie debería hacerlo, excepto un médico.

-¿Un médico? Estuve con un médico durante casi seis malditos meses.

-Por lo que dijiste de él, creo que se necesitaría otra opinión.

-¡No lo creo! -replicó, confundido por su propio enojo.

-¿Por qué no? -Marie se levantó de la cama-. Necesitas ayuda, querido. Un psiquiatra podría...

-*¡No!* -gritó, furioso consigo mismo-. No lo haré. No puedo.

-Por favor, dime por qué -preguntó serenamente, deteniéndose ante él.

-Yo... yo... no puedo hacerlo. Bourne la miró fijamente, luego se volvió y miró por la ventana otra vez, aferrado de nuevo al marco.

-Porque tengo miedo. Alguien mintió, estoy agradecido por eso más de lo que puedo expresarte. Pero imagina que no haya más mentiras, que el resto sea verdad. ¿Qué haré entonces?

-¿Me estás diciendo que no quieres averiguar?

-No de esa forma. -Se levantó y se apoyó en la base de la ventana, con la mirada todavía en las luces de la calle-. Trata de entenderme -dijo-. Debo saber ciertas cosas... Las suficientes como para tomar una decisión... Pero quizá no todas. Una parte de mí tiene que poder escapar, desaparecer. Tengo que poder decirme a mí mismo que lo que era ya no es, y está la posibilidad de que *nunca* haya sido, porque no tengo recuerdo de ello. Lo que una persona no puede recordar, no existió... para él. -Se volvió hacia ella-. Lo que estoy tratando de decirte es que quizá sea mejor de este modo.

-Quieres evidencias, no pruebas, ¿es eso lo que estás diciendo?

-Quiero flechas que me indiquen una dirección u otra, que me digan si debo correr o no.

-Señalándote a *ti.* ¿Qué hay sobre *nosotros?*

-Eso vendrá con las flechas, ¿no crees? Lo sabes.

-Entonces, encontrémoslas -replicó ella.

-Ten cuidado. Quizá no puedas vivir con lo que hay allí afuera. Lo digo en serio.

-Puedo vivir contigo. Y lo digo en serio. -Se acercó a él y le tocó la cara-. Vamos. Son apenas las cinco de la tarde en Ontario y todavía puedo encontrar a Peter en la oficina. Podría comenzar la investigación sobre «Treadstone», y darnos el nombre de alguien de aquí, en la Embajada, que pueda ayudarnos si lo necesitamos.

-¿Le dirás *a* Peter que estás en París?

-Lo sabrá de todos modos, por la telefonista, pero no podrán rastrear la llamada y averiguar que se hizo desde este hotel. Y no te preocupes. Mantendré todo a un nivel doméstico, hasta indiferente. Vine a París por unos pocos días porque mis parientes en Lyon eran simplemente muy aburridos. Aceptará eso.

-¿Conocerá a alguien aquí en la Embajada?

-Uno de los objetivos de Peter es conocer a alguien en todos lados. Es una de sus cualidades más útiles, pero menos atractivas.

-Eso quiere decir que sí. -Bourne cogió los abrigos-. Una vez llames, cenaremos. Creo que ambos podríamos tomar un trago.

-Pasemos por el Banco de la rué Madeleine. Quiero ver algo.

-¿Qué puedes ver de noche?

-Una cabina telefónica. Espero que haya una cerca.

La había. En diagonal a la entrada, cruzando la calle.

El hombre alto y rubio con gafas de carey miró su reloj bajo el sol de la tarde, en la rué Madeleine. Las aceras estaban congestionadas, el tránsito en la calle era infernal, como casi todo el tránsito en París. Entró en la cabina telefónica y desenredó el cable del teléfono, que colgaba libre en el aire. Era una cortés indicación, a los posibles usuarios, de que el teléfono no funcionaba; reducía la posibilidad de que la cabina se ocupara. Había dado resultado.

Miró nuevamente su reloj; había comenzado el espacio de tiempo. Marie estaba dentro del Banco. Llamaría en los próximos minutos. Sacó varias monedas de su bolsillo, las colocó en el reborde y se apoyó contra el panel de vidrio, su mirada fija en el Banco, en la acera de enfrente. Una nube veló la luz del sol y pudo ver su imagen reflejada en el vidrio. Le gustó lo que vio, recordando la sorprendida reacción de un peluquero en Montparnasse, quien lo había ocultado tras una cortina mientras llevaba a cabo la rubia transformación. La nube pasó, retornó el sol y sonó el teléfono.

-¿Eres tú? -preguntó Marie St. Jacques.

-Soy yo -respondió.

-Asegúrate de tomar el nombre y la sede de la oficina. Y empeora tu francés. Pronuncia mal algunas palabras para que se dé cuenta de que eres norteamericano. Dile que no estás acostumbrado a los teléfonos en París. Luego actúa en consecuencia. Te llamaré exactamente dentro de cinco minutos.

-Reloj en marcha.

-¿Qué?

-Nada. Quiero decir que empecemos.

-Bien... El reloj está en marcha. Buena suerte.

-Gracias.

Jason colgó y marcó el número que había memorizado.

-*Banque de Valois. Bonjour.*

-Necesito colaboración -dijo Bourne, continuando con las palabras aproximadas que Marie le había dicho que usara-. Recientemente transferí considerables fondos desde Suiza en base al procedimiento por correo. Quisiera saber si ya está hecho el depósito.

-Tendría que hablar con nuestra Sección de Servicios Exteriores, señor. Lo pongo con ella. Un clic, luego otra voz femenina.

-Servicios Exteriores. Jason repitió su petición.

-¿Puede darme su nombre, por favor?

-Preferiría hablar con un funcionario del Banco antes de darlo. Hubo una pausa.

-Muy bien, señor. Le paso con la oficina del vicepresidente, D'Amacourt.

La secretaria de Monsieur D'Amacourt fue menos complaciente; se activaba el proceso de selección del funcionario del Banco, como había previsto Marie. De modo que Bourne utilizó una vez más sus palabras:

-Me refiero a una transferencia desde Zurich, del Banco Gemeinschaft de la Bahnhofstrasse, y estoy hablando en el área de siete cifras. Monsieur D'Amacourt, por favor. Tengo muy poco tiempo.

No era función de una secretaria ser la causa de más retraso. Un perplejo vicepresidente se puso al aparato.

-¿Puedo ayudarlo?

-¿Es usted D'Amacourt? -preguntó Jason.

-Soy Antoine D'Amacourt, sí. ¿Y quién es, si me permite, el que está hablando?

-¡Bien! Debieron haberme dado su nombre en Zurich. Me aseguraré la próxima vez -replicó Bourne, con redundancia intencionada y acento norteamericano.

-¿Cómo ha dicho? ¿Se sentiría más cómodo hablando en inglés?

-Sí -respondió Jason, haciéndolo-. Ya tengo suficientes problemas con este maldito teléfono. -Miró su reloj; tenía menos de dos minutos-. Mi nombre es Bourne, Jason Bourne, y hace ocho días transferí cuatro millones y medio de francos del Banco Gemeinschaft, en Zurich. Me aseguraron que la transacción sería confidencial.

-Todas las transacciones son confidenciales, señor.

-Correcto. Bien. Lo que quiero saber es si ya está hecho el depósito.

-Permítame explicarle -continuó el funcionario del Banco- que el concepto «confidencial» excluye confirmaciones generales de tales transacciones a partes desconocidas por teléfono.

Marie había estado en lo cierto; la lógica de su trampa se aclaraba para Jason.

-Eso espero, pero, como le he dicho a su secretaria, tengo prisa. Me voy de París dentro de un par de horas y he de dejar todo en orden.

-Entonces le sugiero que venga al Banco.

-Ya sé *eso* -dijo Bourne, satisfecho de que la conversación siguiera precisamente el cauce que Marie había previsto-. Sólo quería que todo estuviera listo cuando yo llegara. ¿Dónde está su oficina?

-En la planta principal, señor. Al fondo, puerta central. Hay una recepcionista.

-Y trataré sólo con usted, ¿no es así?

-Si así lo desea, aunque cualquier funcionario...

-¡Mire, señor! -exclamó el desagradable norteamericano-, ¡estamos hablando de más de cuatro millones de francos!

-Sólo conmigo, Monsieur Bourne.

-Perfecto. -Jason tenía quince segundos para cortar-. Mire, son las 2,35. -Presionó dos veces la palanca, interrumpiendo la línea, pero sin desconectarla-. ¡Oiga, oiga!

-Estoy aquí, señor.

-¡Malditos teléfonos! Escuche, yo... -presionó nuevamente, ahora tres veces, en rápida sucesión-. ¡Oiga, oiga!

-Señor, por favor... Si me da su número de teléfono.

-¡Telefonista, telefonista!

-Monsieur Bourne, por favor...

-¡No puedo oírle! -*Cuatro segundos, tres segundos, dos segundos-.* Espere un minuto. Lo volveré a llamar. -Cortó la comunicación. Pasaron tres segundos más y sonó el teléfono; descolgó-. Su nombre es D'Amacourt, tiene su despacho en el principal, al fondo, puerta central.

-Enterada -dijo Marie, y colgó. Bourne marcó el número del Banco otra vez e introdujo de nuevo las monedas.

-*Je parláis avec monsieur D'Amacourt quant on m'a coupé...*

-*Je regrette, monsieur.*

-¿Monsieur Bourne?

-¿ D'Amacourt ?

-Sí, lamento mucho que tenga dificultades. ¿Qué me estaba diciendo? ¿Sobre la hora?

-¡Oh, sí! Son poco más de las 2,30. Estaré ahí a las 3.

-Lo espero para conocerlo, señor.

Jason volvió a anudar el cable del teléfono y lo dejó descolgado; luego salió de la cabina y caminó rápidamente entre la gente hasta la sombra de la marquesina de una tienda. Se volvió y esperó, con la mirada en el Banco de enfrente, recordando otro Banco de Zurich y el sonido de las sirenas en la Bahnhofstrasse. Los próximos veinte minutos dirían si Marie estaba o no en lo cierto. Si lo estaba, no habría sirenas en la rué Madeleine.

La esbelta mujer con sombrero de ala ancha que tapaba parcialmente un lado de su cara, colgó el teléfono público que estaba en la pared de la derecha de la entrada del Banco. Abrió su cartera, sacó una polvera y revisó ostensiblemente su maquillaje, moviendo el pequeño espejo primero a la izquierda y luego a la derecha. Satisfecha, guardó la polvera, cerró la cartera y caminó pasando ante las ventanillas de las cajas, hacia la parte trasera de la planta principal. Se detuvo en un mostrador central, cogió un bolígrafo con cadena y comenzó a escribir

números sin sentido en un formulario que estaba en la superficie de mármol. A menos de tres metros había una pequeña entrada con marco de bronce, flanqueada por una barandilla baja de madera que se extendía a todo lo ancho de la recepción. Detrás de la puerta y la barandilla estaban los escritorios de los ejecutivos inferiores y, detrás de ellos, los escritorios de las secretarias -cinco en total-, frente a cinco puertas en la pared del fondo. Marie leyó el nombre que figura en letras doradas sobre la puerta del centro:

M. A. R. D'AMACOURT
VICEPRESIDENTE
CUENTAS EXTRANJERAS Y DIVISAS

Sucedería ahora, en cualquier momento... Sí, iba a suceder, si ella estaba en lo cierto. Y si lo estaba, debía saber cómo era Monsieur D'Amacourt; él sería el hombre al que Jason debía llegar. Llegar a él, hablarle, pero no en el Banco.

Sucedió. De pronto se aceleró la actividad. La secretaria que había en el escritorio frente a la oficina de D'Amacourt se apresuró a entrar con un bloc de notas; salió treinta segundos después, y cogió el teléfono y marcó tres números; una llamada interna; habló, leyendo sus notas.

Pasaron dos minutos; la puerta de la oficina de D'Amacourt se abrió, y el vicepresidente apareció en el umbral: un ansioso ejecutivo, preocupado por una tardanza injustificada. Era un hombre de mediana edad, de rostro avejentado para su edad, pero que se esforzaba por parecer más joven. Su escaso cabello oscuro estaba cepillado y distribuido para tapar los puntos de calvicie; sus ojos, circuidos de pliegues, revelaban excesiva afición al buen vino. Eran fríos, penetrantes, y evidenciaban a un hombre exigente y alerta a lo que ocurría a su alrededor. Hizo una brusca pregunta a su secretaria; ella se encogió en la silla, haciendo lo posible por mantener la compostura.

D'Amacourt volvió a su oficina sin cerrar la puerta: la jaula abierta de un enojado felino. Pasó otro minuto; la secretaria seguía mirando hacia la derecha, con la vista fija en algo, *esperando* algo. Cuando lo vio, exhaló un suspiro y cerró los ojos con alivio.

En el otro extremo de la pared izquierda apareció de pronto una luz verde sobre dos paneles de madera oscura; un ascensor. Segundos más tarde se abrió la puerta y apareció un elegante hombre mayor con una pequeña caja negra, no mucho más grande que su mano. Marie lo miró fijamente, experimentando satisfacción y temor al mismo tiempo; había adivinado. El estuche negro provenía de la carpeta confidencial guardada en una sala custodiada y firmada por un hombre que estaba más allá de la censura o de la tentación; el hombre se abría paso entre las mesas, hacia la oficina de D'Amacourt.

La secretaria se levantó, saludó al ejecutivo y entró con él en la oficina de D'Amacourt. Salió en seguida, cerrando la puerta tras de sí.

Marie miró su reloj; sus ojos se clavaron en el segundero. Quería un solo fragmento más de evidencia, y lo obtendría pronto si lograba pasar por la entrada y obtener una clara visión del escritorio de la secretaria. Si iba a suceder, sería en breves momentos, y la duración sería corta.

Caminó hacia la puerta de la barandilla, abriendo la cartera mientras sonreía a la recepcionista, que estaba hablando por teléfono. Pronunció el

nombre D'Amacourt ante la sorprendida recepcionista, bajó la mano y abrió la puerta. Caminó rápidamente hacia dentro..., una cliente resuelta, si bien no muy brillante, del Banco Valois.

-*Pardon, Madame...* -La recepcionista tapó el micrófono del teléfono con la mano, prosiguiendo la frase en francés-. ¿Puedo ayudarla?

Otra vez Marie pronunció el nombre... Ahora una amable cliente que llegaba tarde a una cita y no deseaba molestar a una ocupada empleada.

-Monsieur D'Amacourt. Me temo que llego tarde. Iré a ver a su secretaria.

Continuó por el pasillo hacia el escritorio de la secretaria.

-Por favor, señora -llamó la recepcionista-. Debo anunciarla.

El zumbido de las máquinas eléctricas de escribir y de las conversaciones en voz baja ahogó sus palabras. Marie se acercó a la secretaria de rostro severo, quien la miró, tan asombrada como la recepcionista.

-¿Sí? ¿Puedo ayudarla?

-Monsieur D'Amacourt, por favor.

-Me temo que está reunido, señora. ¿Tiene una cita?

-Sí, por supuesto -replicó Marie, abriendo nuevamente su cartera.

La secretaria miró el programa escrito a máquina que tenía en su mesa.

-No veo ninguna visita prevista para esta hora.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó la confundida cliente del Banco Valois-. Me acabo de dar cuenta. ¡Es para mañana, no para hoy! ¡Lo siento *mucho!*

Se volvió y caminó rápidamente hacia la puerta. Había visto lo que deseaba, el último fragmento de evidencia. Un solo botón estaba encendido en el teléfono de D'Amacourt; había prescindido de su secretaria y estaba haciendo una llamada exterior. La cuenta perteneciente a Jason Bourne tenía instrucciones específicas y confidenciales adjuntas a ella, las cuales no debían de ser reveladas al titular de la cuenta.

Bourne miró su reloj bajo la sombra de la marquesina; eran las 2,49. Marie estaría ya de vuelta en el teléfono que estaba frente al Banco. Los próximos minutos le darían la respuesta; quizás ella la sabría ya.

Caminó hacia el lado izquierdo de la vidriera del comercio, sin perder de vista la entrada del Banco. Un empleado le sonrió desde el interior, recordándole que debía evitar todo examen. Extrajo un paquete de cigarrillos, encendió uno y miró nuevamente su reloj. Faltaban ocho minutos para las tres.

Y entonces los vio. *Lo vio.* Tres hombres bien vestidos, caminando rápidamente por la rué Madeleine, hablaban entre ellos. Sin embargo, sus miradas se dirigían hacia delante. Pasaron a los peatones más lentos que iban delante de ellos, excusándose con una cortesía que no era del todo parisiense. Jason se concentró en el hombre del medio. Era *él.* Un hombre llamado Johann.

Hazle señas a Johann para que entre. Volveremos por ellos. Un hombre alto, delgado, de gafas con montura de oro había dicho esas palabras en la Steppdeckstrasse. *Johann.* Lo habían enviado aquí desde Zurich; había visto a Jason Bourne. Y eso le decía algo: no había fotografías.

Los tres hombres alcanzaron la entrada. Johann y el hombre de su derecha entraron: el tercero se quedó en la puerta. Bourne se dirigió hacia la cabina

telefónica; esperaría cuatro minutos y haría su última llamada a Antoine D'Amacourt.

Tiró su cigarrillo fuera de la cabina, lo aplastó con el pie y abrió la puerta.

-Señor...

Una voz le llegó desde atrás.

Jason se volvió violentamente, conteniendo la respiración. Un hombre desconocido, de barba cerdosa, señalaba el teléfono.

-*Le téléphone... Il ne marche pas. Regardez la corde.*

-*Merci bien. Je vais essayer quant mème.*

El hombre hizo un ademán de indiferencia y se fue. Bourne entró en la cabina; habían pasado los cuatro minutos. Sacó del bolsillo las suficientes monedas para dos llamadas y marcó la primera.

-*Banque de Valois. Bonjour.*

Diez segundos más tarde, D'Amacourt estaba en la línea, con voz tensa.

-¿Es usted, Monsieur Bourne? Creí entender que estaba en camino a mi oficina.

-Me temo que debo cambiar los planes. Tendré que llamarlo mañana.

De pronto, a través del vidrio de la cabina, Jason vio un coche detenerse en la acera opuesta, delante del Banco. El tercer hombre, que estaba en la entrada, hizo un gesto afirmativo al conductor.

-¿...qué puedo hacer?

D'Amacourt preguntaba algo.

-¿Cómo ha dicho?

-Que si hay algo que pueda hacer por usted. Tengo su cuenta; todo está listo para que pase por aquí.

«Estoy seguro de que sí», pensó Bourne; valía la pena intentarlo.

-Mire, he de coger un avión para Londres esta tarde, pero estaré de vuelta mañana. Guarde todo como está, ¿le parece bien?

-¿A Londres, señor?

-Lo llamaré mañana. Debo coger un taxi para Orly.

Colgó y se quedó vigilando la entrada del Banco. En menos de medio minuto, Johann y su compañero salieron corriendo; hablaron con el tercer hombre, y luego los tres subieron al coche que los estaba aguardando.

El coche de los asesinos continuaba la caza, camino del aeropuerto de Orly. Jason memorizó el número de la matrícula y luego hizo su segunda llamada. Si el teléfono público del Banco no estaba ocupado, Marie respondería casi antes de que el timbre comenzara a sonar. Lo hizo.

-¡Diga!

-¿Has visto algo?

-Mucho. D'Amacourt es tu hombre.

12

Recorrieron el comercio deambulando de sección en sección. Sin embargo, Marie permaneció cerca de la enorme vidriera del frente, sin apartar la vista de la entrada del Banco, al otro lado de la rué Madeleine.

-Te he comprado dos bufandas -le dijo Bourne.

-No debiste hacerlo. Los precios son altísimos.

-Son casi las cuatro. Si no ha salido ya, no lo hará hasta que termine el horario de oficinas.

-Probablemente no. Si tuviera que ver a alguien, ya lo habría hecho. Pero hemos de asegurarnos.

-Créeme, sus amigos están en Orly, corriendo de un sitio para otro. No tiene forma de saber si estoy detrás de alguno de ellos, porque no saben qué nombre utilizo.

-Dependerán del hombre de Zurich para reconocerte.

-El hombre de Zurich busca a una persona de cabello oscuro, que cojea. No a mí. Vamos, echemos un vistazo al Banco. Tú puedes reconocer a D'Amacourt.

-No conseguiremos hacer eso -objetó Marie sacudiendo la cabeza-. Las cámaras que cuelgan del techo están equipadas con lentes de aumento. Si pasan las cintas te reconocerán.

-¿A un hombre rubio, con gafas?

-O a mí. Yo también estaba allí; la recepcionista o su secretaria podrían identificarme.

-Lo que quieres decir es que allí dentro hay un servicio de vigilancia interna. Lo dudo.

-Encontrarán infinidad de razones para querer ver las cintas. -Marie se detuvo de repente y apretó el brazo de Jason, con los ojos fijos en el Banco, al otro lado de la vidriera-. ¡Allí está! El del abrigo con cuello de terciopelo negro... D'Amacourt.

-¿El que se tira de las mangas?

-Sí.

-Ya lo tengo. Te veré luego, detrás del hotel.

-Ten cuidado. Ten *mucho* cuidado.

-Paga las bufandas; están en el mostrador de atrás.

Jason abandonó la tienda, parpadeando a causa de la luz del sol; esperó que se produjera un espacio en el tránsito para cruzar la calle; no vio a nadie. D'Amacourt había doblado a la derecha y caminaba con aspecto distraído; no parecía un hombre dispuesto a encontrarse con alguien. Tenía más bien un aire de pavo real ligeramente aplastado.

Bourne llegó hasta la esquina, cruzó con luz roja y se puso detrás del banquero. D'Amacourt se detuvo en un quiosco, donde compró un diario de la noche. Jason permaneció inmóvil frente a una tienda de artículos deportivos, para seguir cíe nuevo al banquero cuando éste continuó su marcha.

Frente a ellos había un café con las ventanas oscuras, la entrada de pesada madera y gruesos muros. No necesitaba tener mucha imaginación para adivinar cómo estaba decorado el interior del local: era un sitio para que se reunieran hombres a beber, para las mujeres que los acompañaban y cuya presencia no discutirían otros hombres. Era un lugar tan tranquilo como cualquier otro de su categoría para sostener una apacible discusión con Antoine D'Amacourt. Jason

apresuró el paso hasta acomodarse al del banquero. Se dirigió a él en el mismo torpe y vacilante francés, con acento inglés, que empleara cuando le habló por teléfono:

-*Bonjour, Monsieur. Je... pense que vous... étes Monsieur D'Amacourt.* Yo diría que estoy en lo cierto, ¿no es así?

El banquero se detuvo. Sus fríos ojos estaban atemorizados, recordando. El pavo real se arrebujó aún más dentro de su bien cortado abrigo.

-¿Bourne? -susurró.

-Sus amigos deben de sentirse ahora muy confundidos. Supongo que estarán rastreando todo el aeropuerto de Orly, preguntándose tal vez si usted no les habrá dado una información errónea. Quizá deliberadamente.

-¿Qué?

Los ojos asustados se agrandaron.

-Entremos aquí -indicó Jason, tomando a D'Amacourt por el brazo con mano firme-. Creo que debemos hablar un poco.

-¡Yo no sé absolutamente nada! Simplemente he aceptado las exigencias del caso. ¡No intervengo en modo alguno en esto!

-Discúlpeme. La primera vez que hablé con usted me dijo que no confirmaría por teléfono el tipo de cuenta bancaria a la que yo me refería; que no discutiría asuntos de negocios con alguien a quien desconocía. Y veinte minutos después me dice que ya lo tiene todo dispuesto. Ésa es una confirmación, ¿no es cierto? Entremos aquí.

El café era, en ciertos aspectos, una réplica en miniatura del «Drei Alpenhäuser» de Zurich. Los reservados eran profundos; las divisiones, muy altas; la luz, escasa. Sin embargo, después de eso cambiaban las apariencias; el café de la rué Madeleine era totalmente francés, jarras de vino remplazaban a los jarros de cerveza. Bourne pidió un reservado en un rincón; el camarero los instaló cumpliendo su deseo.

-Pida una copa de algo fuerte -aconsejó Jason-. La va a necesitar.

-Eso es lo que usted cree -replicó el banquero con frialdad-. Tomaré un whisky.

Las bebidas no se hicieron esperar, y durante el breve intervalo, D'Amacourt extrajo, nervioso, un paquete de cigarrillos del interior de su chaqueta. Bourne le acercó un fósforo manteniéndolo cerca del rostro del banquero. Muy cerca.

-*Merci.* -D'Amacourt inhaló una bocanada, se quitó el cigarrillo de los labios y tragó casi la mitad del contenido de su vaso de whisky-. No soy yo el hombre con quien usted tiene que hablar -repuso.

-¿Y quién es ese hombre?

-Uno de los propietarios del Banco, tal vez. No sé, pero ciertamente no soy yo el indicado.

-Explíquese.

-Se hicieron algunos arreglos... Un Banco privado tiene más flexibilidad que una institución pública, con accionistas.

-¿Cómo?

-Bueno, digamos que hay más amplitud respecto a las exigencias de ciertos clientes y de Bancos colegas. Se realizan menos escrutinios de lo que se

acostumbra en una compañía registrada en la Bolsa. El Gemeinschaft de Zurich es también una institución privada.

-Y esas exigencias, ¿fueron formuladas por el Gemeinschaft?

-Solicitudes... exigencias... sí.

-¿Quién es el dueño del Valois?

-¿Quién? Hay muchos dueños... es un consorcio. Diez o doce hombres y sus respectivas familias.

-Entonces tengo que hablar con usted, ¿no es así? Quiero decir que seria bastante estúpido de mi parte correr por todo París en busca de todos ellos.

-Yo no soy más que un ejecutivo. Un empleado.

D'Amacourt tragó el resto de su bebida, aplastó el cigarrillo contra el cenicero y buscó otro en el paquete. Y los fósforos.

-¿Cuáles son esos arreglos?

-¡Podría perder mi puesto, señor!

-Podría perder la vida -corrigió Jason, preocupado por la facilidad con que fluían las palabras de su boca.

-No estoy en una situación tan privilegiada como usted cree.

-Ni es tan ignorante como quiere hacerme creer -replicó Bourne, con la mirada escudriñando la lejanía, por sobre la cabeza del banquero, en el extremo opuesto de la mesa-. Las personas como usted abundan en todas partes, D'Amacourt. Se visten como usted, se cortan el cabello del mismo modo, hasta tienen la misma forma de caminar; se pavonea demasiado. Un hombre como usted no llega a ser vicepresidente del Valois sin hacer preguntas; usted se ha puesto a cubierto. No realiza el menor movimiento, a menos que sepa que sus espaldas están bien guardadas. Ahora dígame cuáles son esos arreglos. Usted no es una persona importante para mí, ¿está claro?

D'Amacourt encendió un fósforo y lo mantuvo junto al cigarrillo, en tanto contemplaba fijamente a Jason.

-No tiene necesidad de amenazarme, señor. Usted es un hombre muy rico. ¿Por qué no me paga por la información? -El banquero esbozó una sonrisa nerviosa-. Le diré que tiene usted *razón.* He formulado un par de preguntas. París no es Zurich. Un hombre de mi categoría debe poder proporcionar palabras, si no respuestas.

Bourne se echó hacia atrás en su asiento, haciendo girar su vaso; el entrechocar de los cubitos de hielo producía un ruido que, evidentemente, irritaba a D'Amacourt.

-Fije usted un precio razonable -decidió finalmente- y lo discutiremos.

-Soy un hombre razonable. Dejemos que la decisión se base en los valores y que éstos los fije usted. Los banqueros del mundo son compensados por los clientes agradecidos a los que ellos han beneficiado. Me gustaría considerarlo a usted un cliente.

-Bueno, hágalo. -Bourne sonrió, sacudiendo la cabeza al percibir los nervios del otro-. De modo que nos deslizamos del soborno a la propina. Compensación por servicios y asesoramiento personales.

D'Amacourt se encogió de hombros.

-Acepto la definición y, si me lo preguntan, repetiré sus palabras.

-¿Los arreglos?

-La transferencia de nuestros bienes de Zurich iba acompañada de una *fiche confidentielle...*

-*Une fiche?* -interrumpió bruscamente Jason, recordando aquel momento en la oficina de Apfel, en el Gemeinschaft, cuando entró Koenig diciendo aquellas palabras-. Ya he oído eso antes. ¿De qué se trata?

-Un término a fecha, en realidad. Se remonta al siglo diecinueve, cuando, a mediados de siglo, se acostumbraba que los Bancos más importantes, la Banca Rothschild, sobre todo, seguían la pista del flujo internacional de dinero.

-Gracias. Pero, ¿qué es, específicamente?

-Instrucciones lacradas, por separado, que deben ser abiertas y hechas circular cuando se hacen operaciones en la cuenta en cuestión.

-¿Operaciones?

-Fondos que se sacan o se depositan.

-Supongamos que acabo de ir a la ventanilla de un cajero y le he presentado una libreta, y le pido dinero.

-Entonces, en la transacción, la computadora arrojaría un doble asterisco rojo. A usted le habrían dicho que debía verme a mí.

-De todos modos, me enviaron a verlo a usted. El operador me dio el número de su oficina.

-Una casualidad sin importancia. Hay otras dos oficinas en el Departamento de Servicios Externos. Con cualquiera de las otras dos que lo hubieran conectado, la *fiche* habría dictado que debía verme a mí. Yo soy el ejecutivo de mayor jerarquía.

-Ya lo veo. -Pero Bourne no estaba seguro de ver nada. Había un blanco en aquella secuencia; había un espacio que llenar-. Espere un minuto. Usted no sabía nada relacionado con *une fiche* cuando le llevaron la cuenta a su despacho.

-Y entonces, ¿por qué la solicité? -interrumpió D'Amacourt, anticipándose a la pregunta que preveía-. Sea razonable, señor. Póngase en mi lugar. Un hombre llama por teléfono y se identifica; luego dice que «habla de un asunto de más de cuatro millones de francos». Cuatro *millones.* ¿Usted no habría estado ansioso de serle útil? ¿De infringir una que otra regla?

Al echar una mirada al elegante banquero, Jason descubrió que acababa de decir la cosa menos sorprendente.

-Las instrucciones. ¿Cuáles eran?

-Para empezar, un número telefónico..., que no figura en la guía, por supuesto. Había que llamar allí, para transmitir cualquier información.

-¿Recuerda el número?

-Tengo como norma confiar ese tipo de cosas a mi memoria.

-Habría apostado a que era usted de ésos. ¿Qué número es?

-Tengo que protegerme, señor. ¿De quién si no de mí podría haber obtenido usted ese dato? Le hago la pregunta, ¿cómo dicen ustedes?, retóricamente.

-Lo cual significa que conoce la respuesta. *¿Cómo* lo obtuve? Por si alguna vez surge el tema.

-En Zurich. Usted ha pagado un precio muy elevado para que alguien no sólo quebrante las más estrictas normas imperantes en la Bahnhofstrasse, sino también las leyes de Suiza.

-Ya tengo al hombre -replicó Bourne, en cuya mente surgió nítidamente la imagen de Koenig-. Ya ha cometido el crimen.

-¿En la Gemeinschaft? ¿Bromea usted?

-En absoluto. El nombre del sujeto es Koenig; su oficina está en el segundo piso.

-Lo recordaré.

-Estoy seguro de que sí. ¿El número? -D'Amacourt se lo dijo. Jason lo anotó en una servilleta de papel-. ¿Cómo sé que es el correcto?

-Tiene una garantía bastante razonable. No me ha pagado por ello.

-Garantía suficiente.

-Y mientras el valor es algo intrínseco en nuestra conversación, debo decirle que éste es el segundo número telefónico; el primero fue cancelado.

-Explíqueme eso.

D'Amacourt se inclinó hacia delante.

-Con la hoja del estado de cuentas llegó una fotocopia de la *fiche* original. Estaba sellada en una caja de color negro, rubricada y firmada por el perito informante. La tarjeta que va en su interior fue convalidada por un socio de la Gemeinschaft, contra-firmada por el notario suizo habitual; las instrucciones eran bastante simples, claras. En todos los asuntos referentes a la cuenta de Jason C. Bourne había que pedir inmediatamente una llamada transatlántica, y transmitir los detalles. Aquí la tarjeta está alterada, el número de Nueva York borrado, y en su lugar se anotó un número de París.

-¿De Nueva York? -interrumpió Bourne-. ¿Cómo sabe que era de Nueva York?

-El código del área telefónica figuraba entre paréntesis, espaciado frente al número propiamente dicho; estaba intacto. Era el 212. Como primer vicepresidente a cargo de Servicios Exteriores, hago diariamente varias llamadas de ese tipo.

-La alteración fue bastante torpe.

-Posiblemente. Pudo haber sido escrita a toda velocidad, o no del todo comprendida. Por otro lado, no había forma de tachar el núcleo de las instrucciones sin volver a autorizarlo mediante notario. Un riesgo insignificante, si tenemos en cuenta la cantidad de teléfonos que existe en Nueva York. De todos modos, la sustitución me permitió formular una pregunta o dos. El cambio es un anatema del banquero.

D'Amacourt bebió de un trago el whisky que le quedaba.

-¿Quiere otro? -preguntó Jason.

-No, gracias. Eso prolongaría nuestra discusión.

-Ha sido usted quien se ha detenido.

-Estoy pensando, señor. Tal vez usted tenga en la mente una cifra vaga antes de que yo proceda.

Bourne estudió a su interlocutor.

-¿Podría ser cinco? -aventuró.

-¿Cinco qué?

-Cinco cifras.

-Lo comprobaré. Hablé con una mujer...

-¿Una mujer? ¿Y cómo inició esa conversación?

-Con franqueza. Yo era el vicepresidente del Valois, y seguía instrucciones recibidas del Gemeinschaft de Zurich. ¿Qué otra cosa se podía decir?

-Continúe.

-Le dije que me había puesto en contacto con un hombre que decía llamarse Jason Bourne. Me preguntó cuánto tiempo hacía de esto, a lo cual respondí que unos pocos minutos. Entonces ella se mostró sumamente ansiosa por enterarse del tema de nuestra conversación. Al llegar a éste fue cuando manifesté mis preocupaciones. La *fiche* señalaba específicamente que debía hacerse una llamada telefónica *a* Nueva York, no a París. Naturalmente, ella respondió que ése *no* era mi problema, y que el cambio estaba autorizado por una firma, y ¿acaso me interesaba que en Zurich fueran informados de que un funcionario del Valois se negaba a seguir instrucciones de la Gemeinschaft?

-Espere un momento -interrumpió Jason-. ¿Quién era esa mujer?

-No tengo idea.

-¿Quiere decir que todo ese tiempo habló con ella y no le reveló quién era? ¿Usted no se lo preguntó?

-Ésa es la base de la *fiche.* Si se pronuncia un nombre, mejor que mejor. Si no se pronuncia, uno no hace preguntas.

-Pero usted no vaciló en hacer preguntas respecto al número telefónico.

-Simplemente una artimaña; yo quería información. Usted transfirió cuatro millones y medio de francos, una cantidad respetable, y, por tanto, es un cliente poderoso que quizá cuente con conexiones *más* poderosas aún... Uno se rebela, luego acepta, vuelve a rebelarse, sólo para aceptar una vez más; de esa forma se entera uno de las cosas. Especialmente si la parte interesada con la que uno está hablando demuestra ansiedad. Y puedo asegurarle que la mujer estaba muy ansiosa.

-¿De qué se enteró usted?

-De que debe usted ser considerado como un hombre peligroso.

-¿En qué sentido?

-La definición quedó incompleta. Pero el hecho de que se empleara ese término fue suficiente para preguntarme por qué la Sureté no estaba involucrada en el asunto. La respuesta de ella fue extremadamente interesante: «Él está más allá de la Sureté, más allá de la Interpol», declaró.

-¿Y qué significan esas palabras para usted?

-Que era un asunto sumamente complicado, con cualquier número de posibilidades, que mejor era dejarlo en privado. Sin embargo, desde que comenzamos esta conversación, algo me dice que hay más.

-¿Y qué es eso?

-Que realmente usted debe pagarme muy bien, pues debo mostrarme en extremo cauteloso. Aquellos que andan detrás de usted tal vez se encuentren también más allá de la Süreté, más allá de la Interpol.

-Ya nos ocuparemos de eso. ¿Le dijo usted a esa mujer que yo iba a su oficina?

-Sí, que estaría usted allí dentro de un cuarto de hora. Ella me pidió que permaneciera en el teléfono unos instantes, que volvería en un momento. Obviamente hizo otra llamada. Regresó con instrucciones finales. Usted debía ser retenido en mi oficina hasta que un hombre se acercara a mi secretaria para preguntarle algo acerca de Zurich. Y cuando usted se fuera, tendría que identificarse mediante un gesto con la cabeza o la mano; no podría haber ningún error. El hombre se acercó, por supuesto, y, por supuesto, usted nunca llegó, de modo que el sujeto esperó junto a las ventanillas de los cajeros con un socio. Cuando usted telefoneó y dijo que estaba camino de Londres, yo abandoné mi oficina y busqué al hombre. Mi secretaria me lo señaló y lo puse al tanto de lo ocurrido. El resto ya lo sabe.

-¿No le pareció extraño que yo tuviera que identificarme?

-No tan extraño como exagerado. Una *fiche* es una cosa, llamadas telefónicas, comunicaciones entre personas sin rostro, pero estar involucrado directamente, a cara descubierta, como quien dice, es otra cosa. Eso mismo le dije a la mujer.

-¿Y ella qué le contestó? D'Amacourt se aclaró la garganta.

-Me hizo ver claramente que la parte a quien ella representaba, cuyo *status* por cierto fue confirmado por la *fiche,* recordaría mi cooperación. Ya ve usted, no le oculto nada... Aparentemente, ellos no saben qué aspecto tiene usted.

-Uno de sus hombres, que estaba en el Banco, me vio en Zurich.

-Entonces los socios de él no se fiaron de su buena vista. O, tal vez, en lo que él cree haber visto.

-¿Por qué dice eso?

-Es sólo una observación, señor; la mujer se mostró muy insistente. Tiene que entenderme, yo objeté con todas mis fuerzas cualquier participación franca; ésa *no* es la naturaleza de la *fiche.* Ella replicó que no había fotografías suyas. Una mentira, claro está.

-¿Eso cree usted?

-Naturalmente. Todos los pasaportes llevan fotografía. ¿Dónde está el oficial de inmigraciones al que no se pueda comprar o engañar? Diez segundos en una oficina de control de pasaportes, fotografía de otra fotografía; se pueden realizar muchos manejos. No, han cometido un error grave.

-Supongo que sí.

-Y usted -continuó D'Amacourt- acaba de decirme algo más. Sí, realmente debe pagarme muy bien.

-¿Qué es lo que acabo de decirle?

-Que su pasaporte no lo identifica como Jason Bourne. ¿Quién es usted, señor?

Jason no respondió en seguida; volvió a revolver la bebida en su vaso.

-Alguien que puede pagarle mucho dinero -respondió.

-Eso me es suficiente. Sólo se trata de un cliente llamado Bourne. Y debo ser muy cauteloso.

-Quiero ese número telefónico de Nueva York. ¿Puede conseguírmelo? Habrá una gratificación respetable.

-Quisiera poder complacerlo. Pero no tengo modo de hacerlo.

-Podría sacarlo de la tarjeta de la *fiche.* Con una lente de mucho aumento.

-Cuando le he dicho que el número estaba alterado, señor, no he querido decir que se hubieran limitado a borrarlo. Fue *suprimido, recortado.*

-Entonces lo tiene alguien de Zurich.

-O ha sido destruido.

-Una última pregunta -dijo Jason, ahora ansioso por irse-. Se refiere a usted, casualmente. Es la única forma en que recibirá su paga.

-Toleraré la pregunta, por supuesto. ¿De qué se trata?

-Si me hubiera presentado en el Valois sin haberlo llamado antes, sin haberle avisado que iría, ¿habría hecho usted otra llamada telefónica?

-Sí. Uno no deja de tener en cuenta la *fiche;* tiene sus orígenes en las salas de los directorios más poderosos. A ello hubiera seguido el despido.

-Entonces, *¿cómo* nos haremos con *nuestro* dinero?

D'Amacourt frunció los labios.

-Hay un modo. El retiro *in absentia.* Se llenan los formularios, se envían instrucciones por carta, se confirma y autentica la identificación empleando un gabinete jurídico debidamente conocido. Yo no hubiera podido interferir de ningún modo.

-Y, sin embargo, aún tenía que hacer la llamada telefónica.

-Es cuestión de saber calcular el tiempo. Si algún abogado con quien el Valois hubiera realizado varias negociaciones me hubiera pedido que le preparase, digamos, un determinado número de cheques sobre una transferencia del exterior confirmado por él, lo habría hecho. Él habría afirmado que enviaba los formularios correspondientes, los cheques, por supuesto, extendidos «al portador», cosa no tan inusual en estos días, en que los impuestos son excesivos. Llegaría un mensajero con la carta durante las horas punta, y mi secretaria, una empleada estimada y fiel, de hace muchos años, simplemente llenaría los formularios para que yo los firmara, y me llevaría la carta.

-Seguramente -interrumpió Bourne-, junto con una pila de otros papeles que usted también debería firmar.

-Exactamente. Sólo *entonces* haría yo la llamada telefónica, probablemente observando al mensajero que se retiraba con su portafolio, mientras yo hacía la llamada.

-Y por una remota casualidad, ¿no tendría usted en la mente el nombre de alguna firma de abogados en París? ¿O algún abogado en especial?

-En realidad se me ha ocurrido un nombre.

-¿Y cuánto costará?

-Diez mil francos.

-Eso es mucho dinero.

-De ninguna manera. Se trata de un hombre que ha sido juez, de un hombre honrado.

-¿Y qué me dice de usted? Vamos a verlo.

-Como ya le dije, soy un hombre razonable, y la decisión deberá tomarla usted. Puesto que ha mencionado cinco cifras, seamos coherentes con sus palabras. Cinco cifras, comenzando por cinco. Cincuenta mil francos.

-¡Pero eso es ultrajante!

-También es así lo que usted ha hecho, Monsieur Bourne.

-*Une fiche confidentielle* -dijo Marie, sentada en la silla junto a la ventana, mientras los últimos rayos de sol bañaban los ornamentados edificios del bulevar Montparnasse-. De modo que ésa es la artimaña que usaron.

-Puedo impresionarte... Yo sé de dónde viene todo. -Jason sirvió un vaso de la botella que había en la mesa y lo llevó a la cama; se sentó, mirándola de frente-. ¿Quieres oír la historia?

-No tengo por qué hacerlo -replicó ella, mirando por la ventana, preocupada-. Sé exactamente de dónde viene todo y qué significa. Es un golpe duro, eso es todo.

-¿Por qué? Pensé que esperarías algo parecido.

-Los resultados, sí, pero no las maquinaciones. *Une fiche* es una burla arcaica a la legitimidad, casi totalmente restringida a los Bancos privados del continente. Las leyes estadounidenses, canadienses y británicas prohíben su uso.

Bourne recordó las palabras de D'Amacourt; las repitió en voz alta:

-«Esto procede de las salas de los directorios más poderosas», me dijo.

-Tenía razón. -Marie lo miró-. ¿No te das cuenta? Yo sabía que había una señal adosada a tu cuenta. Supuse que alguien había sido sobornado para suministrar información. Esto no es inusual; los banqueros no ocupan los primeros puestos entre los candidatos a la canonización. Pero esto es diferente. Esa cuenta en Zurich ya estaba establecida, desde el primer momento, y la *fiche* formaba parte de su funcionamiento. Tal vez hasta tú mismo lo sabías.

-«Treadstone Setenta y Uno» -dijo Jason.

-Sí. Los propietarios del Banco tenían que actuar de acuerdo con «Treadstone». Y considerando la flexibilidad de tu enlace, es posible que tú estuvieras al tanto de ello.

-Pero alguien *fue* sobornado. Koenig. Él sustituyó un número telefónico por otro.

-Le pagaron bien, te lo puedo asegurar. Podría haberse arriesgado a diez años en una cárcel suiza.

-¿Diez años? Eso es bastante fuerte.

-Así son las leyes suizas. Tienen que haberle pagado una pequeña fortuna.

-Carlos -reflexionó Bourne- Carlos... ¿Por qué? ¿Qué significo yo para él? Me lo pregunto una y otra vez. Pronuncio su nombre una vez, y otra y otra más. Y no *consigo* nada, nada de nada. Nada más que... un... no sé. Nada.

-Pero hay algo, ¿no es así? -Marie se incorporó en su asiento-. ¿Qué es, Jason? ¿En qué estás pensando?

-No estoy pensando... no sé.

-Entonces, sientes algo. Algo. ¿Qué es?

-No sé. Miedo tal vez... Rabia, nervios. No sé.

-¡Concéntrate!

-¡Maldito sea!, ¿crees que *no me concentro?* ¿Crees que no lo he hecho? ¿Tienes idea de lo que es? -Bourne se puso tieso, lamentando su exabrupto-. Lo siento.

-No te disculpes. Nunca. Éstos son los signos, las claves que tienes para buscar..., lo que *los dos* tenemos que buscar. Ese amigo tuyo, el médico de Port Noir, tenía razón; las cosas te vienen a la mente, provocadas por otras cosas. Como tú mismo dijiste, una caja de fósforos, un rostro, la fachada de un restaurante. Ya lo hemos comprobado. Ahora se trata de un nombre, de un nombre que has evitado casi una semana, mientras me relatabas todo lo que te había sucedido durante los últimos cinco meses, hasta el más mínimo detalle. Sin embargo, nunca mencionaste el nombre de Carlos. Tendrías que haberlo mencionado, pero no lo hiciste. Eso *significa* algo para ti, ¿no te das cuenta? Remueve cosas en tu interior; cosas que quieren aflorar.

-Ya lo sé. Jason bebió.

-Querido, en el bulevar Saint-Germain hay una famosa librería, dirigida por un fanático de las revistas. Hay todo un piso repleto de ejemplares atrasados de revistas, miles de números. También tiene un catálogo de temas, los tiene en un índice, como un bibliotecario. Me gustaría descubrir si Carlos figura en ese índice. ¿No lo intentarías?

Bourne era consciente del agudo dolor que le oprimía el pecho. No tenía nada que ver con sus heridas; era miedo. Ella lo advirtió y, en cierto modo, lo comprendió; sentía miedo y no podía entenderlo.

-En la Sorbona hay ejemplares atrasados de diarios -dijo él, mirándola-. Uno de ellos me dejó como en una nube durante un tiempo. Hasta que me puse a pensar en lo que había leído.

-Había puesto al descubierto una mentira. Eso fue lo importante.

-Pero ahora no buscamos una mentira, ¿no es cierto?

-No, buscamos la verdad. No tengas miedo, querido. Yo no lo tengo.

Jason se levantó.

-Está bien. Saint-Germain está programado. Mientras tanto, llama a ese tipo de la Embajada. -Bourne buscó en su bolsillo y sacó una servilleta de papel con el número de teléfono; había agregado el número de la matrícula del coche en el que había escapado del Banco, en desenfrenada carrera por la rué Madeleine-. Aquí está el número que me dio D'Amacourt, también el de la matrícula de su coche. Ve lo que este hombre puede hacer.

-Está bien. -Marie cogió la servilleta y se dirigió al teléfono. Junto al aparato había una libretita, de hojas sujetas por una espiral; repasó sus páginas-. Aquí está. Se llama Dennis Corbelier. Peter dice que lo llamará hoy al mediodía, hora de París. Y se puede confiar en él; era tan competente como cualquier otro agregado de la Embajada.

-Peter lo conoce, ¿no es cierto? No es simplemente un nombre más en su lista.

-Fueron compañeros en la Universidad de Toronto. Puedo llamarlo desde aquí, ¿no te parece?

-Claro que sí. Pero no digas dónde estás. Marie levantó el receptor.

-Le diré lo mismo que le dije a Peter. Que me he trasladado de un hotel a otro, y todavía no sé cuál será el definitivo.

Llamó por una línea exterior, luego marcó el número de la Embajada del Canadá, en la avenida Montaigne. Quince segundos más tarde hablaba con Dennis Corbelier, agregado de la misma.

Casi de inmediato abordó el tema central de la conversación.

-Supongo que Peter te habrá dicho que yo podría necesitar ayuda.

-Y más que eso -respondió Corbelier-. Me explicó que habías estado en Zurich. No te puedo decir que entendí todo lo que me dijo, pero tengo una idea general. Parece que actualmente hay muchas maniobras en el mundo de las altas finanzas.

-Más de lo habitual. El problema consiste en que nadie quiere decir quién manipula a quién. Ése es mi problema.

-¿De qué forma puedo ayudarte?

-Tengo un número telefónico y el de una matrícula de coche, ambos de aquí, de París. El teléfono no figura en la guía; podría resultar extraño que yo llamase allí.

-Dámelos. -Ella obedeció-. *A mari usque ad mari* -dijo Corbelier, recitando el lema nacional de su país-. Tenemos diversos amigos, en lugares magníficos... Intercambiamos favores con frecuencia, generalmente en el área de narcóticos, pero todos somos flexibles. ¿Por qué no almorzamos juntos mañana? Te llevaré lo que pueda.

-Me gustaría mucho, pero mañana no puedo. Pasaré el día con un viejo amigo. Tal vez en otra ocasión.

-Peter me dijo que sería un idiota si no insistía. Dice que tú eres una mujer fantástica.

-Él es un encanto, y tú también. Te llamaré mañana por la noche.

-Muy bien. Me pondré a trabajar en ello.

-Mañana te llamaré; gracias de nuevo -Marie colgó el receptor y echó una mirada a su reloj-. Tengo que llamar a Peter dentro de tres horas. Recuérdamelo.

-¿Realmente crees que tendrá alguna noticia tan pronto?

-Sí; anoche llamó ya por teléfono a Washington. Es justo lo que Corbelier acaba de decirme; todos comerciamos con algo. Esta información a cambio de esta otra, un nombre de nuestro lado, por un nombre del lado de ellos.

-Suena vagamente a traición.

-Es lo contrario. Comerciamos con dinero, no con misiles. Dinero que circula de forma ilegal, evitando leyes que defienden nuestros intereses. A menos que quieras que los jeques de Arabia se apoderen de la «Grumman Aircraft». *Entonces* tendremos que hablar de misiles... después de que ellos se hayan retirado de la plataforma de lanzamiento.

-Retiro mi objeción.

-Tenemos que ver al hombre de D'Amacourt mañana, como primera medida. Decide qué es lo que quieres ocultar.

-Todo.

-¿Todo?

-Así es. Si tú fueras del directorio de Treadstone, ¿qué harías si te enteraras de que faltan seis millones de francos de la cuenta de un socio?

-Ya entiendo.

-D'Amacourt sugirió una serie de cheques al portador.

-¿Dijo eso? ¿Cheques?

-Sí. ¿Hay algún problema?

-Desde luego. Los números de esos cheques podían haber sido asentados en una cinta falsa y enviados a diversos Bancos, en todas partes. Uno tendrá que *ir a* un Banco y rescatarlos; los pagos serían suspendidos.

-Es un triunfador, ¿no es así? Recoge su cosecha por ambos lados. ¿Qué hacemos?

-Aceptar la mitad de lo que te he dicho... la del portador. Pero no los cheques. En bonos. Bonos al portador de distintas denominaciones. Son mucho más fáciles de cambiar.

-Bueno, te has ganado la cena -replicó Jason, inclinándose para rozarle el rostro.

-Trato de ganarme la vida, señor -replicó ella, apretando la mano de él contra su mejilla-. Primero la cena, luego Peter... y después a una librería en Saint-Germain.

-Una librería en Saint-Germain -repitió Bourne, sintiendo de nuevo el dolor en el pecho.

¿De qué se trataba? ¿Por qué tenía tanto miedo?

Abandonaron el restaurante del bulevar Raspail y se dirigieron hacia el complejo telefónico de la rué Vaugirard. Había cabinas de vidrio instaladas contra las paredes, y en el centro de la planta baja, un enorme mostrador circular, donde los empleados llenaban fichas, asignando las diferentes cabinas a aquellos que solicitaban llamadas.

-Hay poco movimiento, señora -informó a Marie el empleado-. Puede recibir su llamada en pocos minutos. Número doce, por favor.

-Gracias. ¿Cabina número doce?

-Sí, señora. Allí.

Mientras atravesaban el vestíbulo atestado de gente, en dirección a la cabina, Jason la tomó del brazo.

-Ya sé por qué la gente utiliza estos sitios -dijo-. Son cien veces más rápidos que los teléfonos de un hotel.

-Ésa es solamente una de las razones.

Apenas habían llegado a la cabina y encendido sus cigarrillos escucharon los dos breves timbrazos en su interior. Marie abrió la puerta y entró, con el bloc y un lápiz en la mano. Cogió el receptor.

Sesenta segundos después, Bourne advirtió, atónito, que la muchacha miraba fijamente la pared, con el rostro completamente blanco, la piel cenicienta. Comenzó a gritar y dejó caer su bolso, cuyo contenido quedó esparcido por el suelo de la minúscula cabina; el bloc quedó aprisionado en el borde de ésta, el lápiz se rompió debido a la presión de su muñeca. Bourne se precipitó dentro de la cabina; la muchacha estaba a punto de desmayarse.

-Habla Marie St. Jacques desde París. Lisa. Peter está esperando mi llamada.

-¿Marie? ¡Oh, Dios mío...!

La voz de la secretaria se quebró, y en su lugar se oyeron muchas voces a su alrededor. Voces excitadas, ahogadas por una mano colocada en el receptor. Luego hubo ruido de movimientos y, aparentemente, el teléfono fue pasado a alguna otra persona, o bien ésta se apoderó del receptor.

-Marie, habla Alan. -Era el primer director ayudante de la sección-. Estamos todos en la oficina de Peter.

-¿Qué sucede, Alan? No tengo mucho tiempo; ¿puedo hablar con Peter, por favor? Un momento de silencio.

-Quisiera hacerte menos difícil esto, Marie, pero no sé cómo. Peter está muerto, Marie.

-¿Está... qué?

-Llamó la Policía hace unos minutos; están en camino hacia aquí.

-¿La Policía? ¿Qué ha ocurrido? ¡Oh, Dios mío!, ¿está *muerto?* ¿Qué ha *pasado?*

-Tratamos de averiguarlo. Estamos revisando su agenda telefónica, pero se supone que no debemos tocar nada de lo que hay en su escritorio.

-¿En su escritorio...?

-Notas, recordatorios, ese tipo de cosas.

-¡Alan! ¡Dime qué ha ocurrido!

-Eso es... lo que no sabemos. No nos dijo a ninguno de nosotros qué estaba haciendo. Todo lo que sabernos es que esta mañana recibió dos llamadas telefónicas de los Estados Unidos..., una de Washington y otra de Nueva York. Alrededor de mediodía le dijo a Lisa que iba al aeropuerto a recibir a alguien. No dijo a quién. La Policía lo encontró hace una hora, en uno de esos túneles que se utilizan para cargas. Fue terrible; lo asesinaron. Un tiro en la garganta... ¿Marie? *¿Marie?*

El anciano de ojos hundidos y barba blanca de tres días entró cojeando en el oscuro confesionario, guiñando los ojos una y otra vez, tratando de precisar la figura encapuchada detrás de la cortina opaca. La vista le fallaba a aquel mensajero de ochenta años. Pero su mente permanecía lúcida, y eso era lo más importante.

-*Ángelus Domini* -dijo.

-*Ángelus Domini,* hijo de Dios -susurró la silueta encapuchada-. ¿Sus días son tranquilos?

-Están por llegar a su fin, pero me los hacen tranquilos.

-Bien... ¿Zurich?

-Encontraron al hombre del Quai Guisan. Estaba herido; siguieron su pista hasta llegar a un médico en el *Verbrechervelt.* Después de ser sometido a un severo interrogatorio, admitió haber atacado a la mujer. Caín volvió a buscarla; fue Caín quien disparó al hombre.

-De modo que estaban en combinación; la mujer y Caín.

-El hombre del Quai Guisan no lo cree así. Él fue uno de los que la recogieron en la Löwenstrasse.

-Ése es también un estúpido. ¿Él mató al guardián?

-Lo admite y lo oculta. No tuvo oportunidad de escapar.

-Podría no tener que ocultarlo; podría ser la acción más inteligente que pudo haber realizado. ¿Tiene su arma?

-La tienen ustedes.

-Bien. Hay un prefecto en la Policía de Zurich. Hay que entregarle el arma a él. Caín es muy escurridizo, la mujer no tanto. Ella tiene socios en Ottawa; permanecerán en contacto con ella. Vamos a atraparla, y seguiremos la pista a él. ¿Tiene preparado su *lápiz?*

-Sí, Carlos.

13

Bourne la sostuvo contra la cabina y la dejó suavemente en el asiento que sobresalía de la estrecha pared. La mujer temblaba, respiraba entrecortadamente; los ojos vidriosos sólo enfocaron bien al mirarlo a él.

-¡Lo han asesinado! *¡Lo han asesinado! Dios mío, ¿qué he hecho?* ¡Peter!

-¡Tú no has hecho nada! Si alguien lo ha asesinado, he sido yo. No tú. Quítate esa idea de la cabeza.

-Jason, tengo miedo. Él estaba al otro lado del mundo... ¡y lo han asesinado!

-¿Treadstone?

-¿Quién otro? Recibió dos llamadas telefónicas, de Washington... y de Nueva York. Había ido al aeropuerto a recibir a alguien y lo asesinaron.

-¿Cómo?

-¡Oh, Jesús mío...! -Los ojos de Marie se llenaron de lágrimas-. Le dispararon. En la garganta -susurró.

De pronto, Bourne sintió un agudo dolor; no podía localizarlo, pero estaba allí, y le cortaba la respiración.

-Carlos -dijo, sin saber por qué.

-¿Qué? -Marie alzó la vista hacia él-. ¿Qué has dicho?

-Carlos -repitió él, en voz baja-. Una bala en la garganta, Carlos.

-¿Qué estás tratando de decir?

-No lo sé. -La tomó del brazo-. Salgamos de aquí. ¿Estás bien? ¿Puedes andar?

Ella asintió, cerrando un momento los ojos y respirando profundamente.

-Sí.

-Vamos a beber algo; los dos lo necesitamos. Luego iremos.

-¿Adonde?

-A la librería de Saint-Germain.

Bajo el epígrafe «Carlos» había tres ejemplares atrasados de una revista. Un ejemplar, fechado tres años atrás, de la edición internacional del *Potomac Quarterly,* y dos ejemplares de *Le Globe,* de París. No leyeron los artículos dentro de la librería; compraron los tres y tomaron un taxi de regreso al hotel en Montparnasse. Entonces comenzaron a leerlos, Marie en la cama y Jason en la silla junto a la ventana. Pasaron unos minutos, y Marie se incorporó de un salto.

-¡Aquí está! -exclamó con el miedo reflejado en su rostro y en su voz.

-Lee en voz alta.

-Se dice que Carlos y su pequeña banda de delincuentes inflige a sus víctimas una tortura particularmente brutal. Les da muerte con un disparo en la garganta, y con frecuencia deja que la víctima muera en medio de dolores insoportables. Esta muerte está reservada a aquellos que quebrantan el código de silencio y de lealtad que les ha impuesto el asesino, o a aquellos otros que se han negado a divulgar información... -Marie se detuvo, incapaz de seguir leyendo. Se recostó en la almohada y cerró los ojos-. Él no les dijo nada y fue asesinado por ello. ¡Oh, *Dios* mío...!

-No podía decirles lo que ignoraba -repuso Bourne.

-¡Pero tú lo sabías! -Marie volvió a incorporarse, y abrió los ojos-. ¡Tú sabías lo del disparo en la garganta! *¡Lo dijiste!*

-Lo dije. Lo sabía. Es todo cuanto te puedo decir.

-¿Cómo?

-Quisiera poder responderte a eso. Pero no puedo.

-¿Me das un trago?

-Por supuesto. -Jason se levantó y se dirigió al escritorio. Sirvió dos vasos de whisky y la miró-. ¿Quieres que pida un poco de hielo? Hervé está aún levantado; no tardará mucho.

-No. Tardará más de lo necesario-. Ella cerró de golpe la revista, la arrojó sobre la cama y se volvió Hacia él, contra él, quizás-. ¡Estoy a punto de volverme loca!

-Somos dos.

-Quisiera creerte; *te creo.* Pero yo... yo...

-No puedes estar segura -completó Bourne-. Yo tampoco. -Le alcanzó el vaso-. ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué puedo decir? ¿Acaso soy uno de los esbirros de Carlos? ¿Habré quebrantado el código de silencio y de lealtad? ¿Es por eso por lo que conozco el método de ejecución?

-¡Basta!

-A menudo me digo eso mismo para mis adentros: «¡Basta!» Deja de pensar; trata de recordar, pero hay algo en el camino que me frena. No vayas demasiado lejos, no profundices demasiado. Puede descubrirse una mentira, sólo para que surjan otras diez preguntas, intrínsecamente ligadas a esa mentira. Tal vez sea como despertar después de haber estado borracho muchas horas, sin saber contra quién se ha luchado, con quién se ha dormido, o... ¡maldita sea...!, a quién se ha asesinado.

-No. -Marie pasó por alto la palabra-. Tú eres *tú.* No me harás creer otra cosa.

-No es eso lo que quiero. Tampoco quiero quitarme eso de la cabeza.

Jason volvió a la silla y se sentó, con el rostro vuelto hacia la ventana.

-Tú has descubierto... un método de ejecución. Yo he descubierto algo más. Yo lo sabía, como también sabía lo de Howard Leland. Ni siquiera tuve que leerlo.

-¿Leer qué?

Bourne se inclinó pará coger el ejemplar atrasado del *Potomac Quarterly.* La revista estaba abierta en una página donde podía verse el dibujo de un hombre barbudo, un dibujo de líneas toscas, incompleto, como si hubiera sido realizado a partir de una vaga descripción del personaje. Alargó la revista a la muchacha.

-Lee -le dijo-. Empieza en el extremo superior izquierdo, bajo el título de «Mito o monstruo». Después quiero que nos dediquemos a un juego.

-¿Un juego?

-Sí. Yo he leído sólo los dos primeros párrafos, tendrás que creer en mi palabra.

-Está bien.

Marie lo observó fijamente, atónita. Bajó la revista hasta tener luz suficiente y leyó.

MITO O MONSTRUO

Durante más de una década, el nombre «Carlos» ha sido pronunciado en susurros en las callejuelas de ciudades como París, Teherán, Beirut, Londres, El Cairo y Amsterdam. Se ha dicho que es el jefe supremo del terrorismo en el sentido de que su objetivo es el crimen y el asesinato en sí, desprovistos de toda ideología política aparente. Sin embargo, existen evidencias concretas de que ha llevado a cabo algunas ejecuciones, que le han proporcionado grandes beneficios, para grupos radicales extremistas, como la OLP y Baader-Meinhof, tanto en función de maestro como por dinero. Por cierto que el tal «Carlos» ha comenzado a surgir con una imagen más clara gracias a su notable gravitación y a los conflictos internos suscitados en esas organizaciones terroristas por su causa. Las víctimas que se han ido recuperando de sus ataques están comenzando a hablar.

Mientras las historias *de* sus hazañas enriquecen las imágenes de un mundo invadido por la violencia y la conspiración, explosivos de alto poder e intrigas a nivel internacional, de coches veloces y mujeres más veloces todavía, los hechos parecen indicar que se trata de un personaje mezcla de Adam Smith y Ian Fleming. «Carlos» está reducido a proporciones humanas, y en esa reducción se coloca en primer plano a un hombre realmente temible. El mito sadorromántico se convierte en un monstruo brillante, empapado en sangre, que negocia el crimen con la habilidad de un experto analista de mercado, enterado de salarios, costos, distribución y división de los trabajos que se realizan en el submundo. Se trata de un negocio complicado, y «Carlos» es el árbitro de su valor en dólares.

El retrato comienza con un nombre famoso, tan insólito como la profesión de quien lo lleva. Ilich Ramírez Sánchez. Se dice que es venezolano, hijo de un abogado marxista, fanático de la causa, pero no excesivamente destacado (lo de «Ilich» es el homenaje de su padre a Vladimir Ilich Lenin, y en parte explica que «Carlos» haya incursionado en el terrorismo extremista), que envió al muchachito a Rusia para adquirir la mayor parte de su educación, que incluía entrenamiento de espionaje en el complejo soviético de Novgorod. Aquí es donde el retrato se va empañando, donde comienzan a circular los rumores y la especulación. Según estas especulaciones, algún comité dentro del Kremlin, de los que generalmente instruyen a los jóvenes estudiantes extranjeros para futuros planes de infiltración, vio las posibilidades que se ocultaban en Ilich Sánchez y no quiso saber nada de él. Era un paranoico, quien contemplaba todas las soluciones en términos de una bala o una bomba bien colocadas; se recomendó enviar al muchacho de regreso a Caracas y disociar todos y cada uno de los lazos que unían al Soviet con su familia. Rechazado por Moscú, y profundamente opuesto a la sociedad occidental, Sánchez se dispuso a fabricarse su propio mundo, en el

que él sería el líder supremo. ¿Qué mejor método para convertirse en el asesino apolítico cuyos servicios podrían ser contratados por la más amplia gama de clientes filosóficos y políticos?

Ahora, el retrato vuelve a adquirir rasgos claros. Conocedor de numerosos idiomas, incluido el español, su lengua materna, el ruso, el francés y el inglés, Sánchez utilizó su aprendizaje soviético como punto de partida para refinar sus técnicas. A su expulsión de Moscú siguieron varios meses de estudios intensos, según algunos, bajo la tutela de los cubanos, en particular, del *Che* Guevara. Dominaba la ciencia y el manejo de todo tipo de armas y explosivos; no había arma que no supiera desmontar y volver a montar en todas sus piezas, ningún explosivo que no supiera analizar por su olor y contextura, y que no supiera detonar en una docena de formas distintas. Ya estaba listo: eligió París como base de sus operaciones, y empezó a correrse la voz. Había un hombre dispuesto a alquilar sus servicios para asesinar gente a la que otros no se atrevían a matar.

De nuevo se nubla aquí el retrato en cuanto a falta de documentos o cualquier tipo de identificación. ¿Qué edad tenía el tal «Carlos»? ¿Cuántos blancos efectivos podían atribuírsele, cuántos de éstos no era más que un mito, autoproclamado o no? Los corresponsales destacados en Caracas no habían podido hallar certificado de nacimiento, en ninguna parte del país, de ningún Ilich Ramírez Sánchez. Por otro lado, en Venezuela existen miles y miles de Sánchez, cientos de ellos con el apellido Ramírez agregado; pero ninguno de ellos llevaba por nombre Ilich. ¿Había sido agregado luego, o simplemente la omisión es una prueba más de la identidad de «Carlos»? Se afirma que el asesino tiene entre treinta y cinco y cuarenta años. Nadie lo sabe con certeza.

¿ESA COLINA CUBIERTA DE CÉSPED EN DALLAS?

Hay un hecho que no se discute: la de los beneficios obtenidos con sus primeros crímenes han permitido a «Carlos» montar una organización que podría ser la envidia de un analista de la «General Motors». Se trata de un capitalismo en su máxima eficiencia, donde la lealtad y la sumisión se extraen a partes iguales, sirviéndose del terror y la recompensa. Las consecuencias de la deslealtad no tardan en llegar - la muerte -, pero también son rápidos los beneficios de un buen servicio a la causa: bonificaciones generosas y elevadas sumas en concepto de viáticos. La organización parece ser dueña de ejecutivos dispuestos, en todas partes del mundo; y este rumor, absolutamente fundado en la verdad, conduce a una pregunta obvia: ¿De dónde provienen los beneficios iniciales? ¿Quiénes fueron las primeras víctimas?

El crimen acerca del cual surgieron más especulaciones ocurrió hace trece años, en Dallas. No importa cuántas veces se haya debatido el tema del asesinato de John F. Kennedy, nadie ha sabido dar una explicación satisfactoria a esa columna de humo que se ocultaba detrás de una colina cubierta de césped, a unos trescientos metros de distancia del recorrido presidencial. En las cámaras pudo verse el humo; dos radios encendidas en las motos de los policías registraron ruido. Sin embargo, no se hallaron huellas de pisadas ni casquillos sospechosos. De hecho, la única información que se tenía sobre la colina en ese momento fue considerada de tan escaso interés, que quedó sepultada en la investigación FBI-Dallas, y nunca se la incluyó en el informe elevado a la

Comisión Warren. Esa información fue suministrada por un observador casual, K. M. Wright, del norte de Dallas. Cuando se le interrogó, declaró lo siguiente: «¡Diablos!, el único hijo de mala madre que estaba allí era el viejo Billy *Arpillera,* y estaba a doscientos metros de distancia.»

El «Billy» al que se refería era un viejo vagabundo, a quien se lo veía siempre rondando la zona de turistas; lo de *Arpillera* definía su afición a envolverse los zapatos con un trozo de arpillera para disimular sus huellas. Según nuestros corresponsales, la declaración de Wright nunca se dio a la publicidad.

Sin embargo, seis semanas atrás, un terrorista libanés hecho prisionero se rindió ante el interrogatorio al que fuera sometido en Tel Aviv. Para no ser ejecutado, dijo poseer extraordinarias informaciones acerca del asesino «Carlos». El Servicio Secreto de Israel envió el informe a Washington, y nuestros corresponsales en el Capitolio obtuvieron estos extractos: Declaración: «Carlos se encontraba en Dallas en noviembre de 1963. Fingió nacionalidad cubana y fue él quien contrató a Oswald. La operación fue ideada por él.»

Pregunta: «¿Qué pruebas tiene?»

Declaración: «Le oí a él mismo afirmarlo. Estaba en una pequeña colina detrás del borde del camino. Su rifle llevaba un dispositivo para recoger los casquillos.»

Pregunta: «Nunca se informó de eso; ¿por qué nunca se vio a ese hombre?»

Declaración: «Pueden haberlo visto, pero nadie se habría enterado. Iba vestido como un viejo mendigo, con un abrigo raído, y los pies, envueltos en trapos para no dejar marcas de pisadas.»

Por cierto que la información de un terrorista no es prueba suficiente, pero tampoco debe dejársela de lado. Especialmente cuando se refiere a un maestro en el arte de asesinar, conocido como un experto en engaños, un individuo que admitió un hecho que corrobora de manera tan asombrosa algo referente a un momento determinado de una crisis nacional, que nunca ha sido investigado. Sin duda, esto debe ser tomado en serio. Como muchos otros personajes involucrados -aunque sea en forma muy lejana- con los trágicos acontecimientos de Dallas, Billy *Arpillera* fue hallado muerto varios días más tarde, debido a una sobredosis de droga. Se sabía que el viejo bebía mucho, vino barato; pero jamás se había dicho que ingería narcóticos; eran demasiado caros para él.

¿Era «Carlos» el hombre de la colina? ¡Qué comienzo tan extraordinario para una carrera extraordinaria! Si realmente lo de Dallas fue «su» operación, ¿cuántos millones de dólares habrá recibido? Por cierto, muchos más de los que se necesitan para instalar una red de informantes y de mercenarios que forman en sí una auténtica corporación.

El mito tiene demasiada sustancia; Carlos bien puede ser un monstruo de carne y demasiada sangre.

Marie dejó la revista.

-¿De qué se trata?

-¿Has terminado?

Jason se volvió, desde su lugar junto a la ventana.

-Sí.

-Supongo que se habrán hecho muchas declaraciones. Teorías, suposiciones, ecuaciones.

-¿Ecuaciones?

-Si algo sucedió aquí y surtió efecto, existió una relación.

-Quieres decir, una conexión -sugirió Marie.

-Está bien, conexiones. Allí está todo, ¿no es verdad?

-Hasta cierto punto, podría decirse que es así. Es un informe no del todo legal; hay muchas especulaciones, rumores y datos de segunda mano.

-Sin embargo, *hay* hechos concretos.

-Información.

-Bien. Información. Eso está muy bien.

-¿En qué consiste el juego? -repitió Marie.

-Tiene un título muy sencillo. Se llama «Atrapen».

-¿Atrapen a quién?

-A mí. -Bourne se inclinó hacia delante-. Quiero que me hagas preguntas. Acerca de todo lo que dice ahí. Una frase, el nombre de una ciudad, un rumor, un fragmento de... información. Cualquier cosa. Vamos a ver cuáles son mis respuestas. Mis respuestas a ciegas.

-Querido, eso no prueba que...

-*¡Haz lo que te digo!* -ordenó Jason.

-Bien. -Marie levantó el ejemplar del *Potomac Quarterly-.* Beirut -aventuró.

-Embajada -respondió él-. Un jefe de zona de la CIA fingiendo ser agregado. Asesinado en la calle. Trescientos mil dólares.

Marie lo miró.

-Ya recuerdo... -comenzó a decir.

-¡Yo no! -interrumpió Jason-. ¡Sigue! Ella le devolvió la mirada, para volver de nuevo a la revista.

-Baader-Meinhof.

-Stuttgart. Regensburg. Munich. Dos asesinatos y un secuestro. Autorizados por Baader. Remuneraciones procedentes de... -Bourne se detuvo, luego susurró atónito-: fuentes norteamericanas. Detroit... Wilmington, Delaware.

-Jason, ¿qué estás...?

-Continúa. *Por favor.*

-El nombre, Sánchez.

-El *nombre* es Ilich Ramírez Sánchez -replicó-. Es... Carlos.

-¿Por qué Ilich?

Bourne hizo una pausa, con la mirada perdida:

-No lo sé.

-Es ruso, no español. ¿Acaso su madre era rusa?

-No... sí. Su madre. Tenía que ser su madre... creo. No estoy seguro.

-Novgorod.

-Espionaje. Comunicaciones, cifras, tráfico de frecuencia. Sánchez es licenciado en la materia.

-Jason, ¡eso lo has leído aquí!

-¡No lo he leído! Por favor. Sigue.

Los ojos de Marie se posaron en la parte superior del artículo.

-Teherán.

-Ocho asesinatos. Autorizados por fuentes divididas: Jomeini y la OLP. Dos millones de bonificación. Fuente: Sector del sudoeste soviético.

-París -disparó Marie rápidamente.

-Todos los contratos serán procesados a través de París.

-¿Qué contratos?

-*Los contratos...* los asesinatos.

-¿Los asesinatos de quiénes? ¿Los contratos de quiénes?

-De Sánchez... de Carlos.

-¿De Carlos? Entonces los contratos son de Carlos, los crímenes son cometidos por *él...* No tienen nada que ver contigo.

-Los contratos de Carlos -murmuró Bourne, como en un sueño-. Nada que ver... conmigo -repitió, casi en un susurro.

-Tú mismo acabas de decirlo, Jason. ¡Nada de todo esto tiene que ver contigo!

-¡No! ¡Eso no es cierto! -gritó Bourne, saltando de la silla y mirándola fijamente-. *Nuestros* contratos -agregó en voz baja.

-¡No sabes lo que dices!

-¡Estoy contestando! ¡A ciegas! ¡Por eso es por lo que tuve que venir a París! -Giró sobre sus pies y se dirigió a la ventana, aferrando el borde de ésta- Éste es el juego -continuó-. No estamos buscando una mentira, buscamos la verdad, ¿recuerdas? Tal vez la hayamos encontrado; tal vez el juego nos haya revelado la verdad.

-¡No es una prueba válida! Es un ejercicio doloroso, una serie de recuerdos casuales. Si una revista como *Potomac Quarterly* ha publicado esto, la mitad de los diarios del mundo debieron haber recogido la misma información. Puedes haberlo leído en cualquier parte.

-El hecho es que he retenido el contenido.

No del todo. No sabías de dónde venía el nombre de Ilich, ni que el padre de Carlos fue un abogado comunista de Venezuela. Ésos son puntos importantes, creo yo. Nunca mencionaste nada acerca de los cubanos. Si lo hubieras hecho, eso habría conducido a la más sensacional de las especulaciones que se barajan aquí. Pero no dijiste ni una palabra referente a ellos.

-¿De qué estás hablando?

-De Dallas -respondió ella-. Noviembre de 1963.

-Kennedy -replicó Bourne.

-¿Es eso? ¿Kennedy?

-Sucedió en esa época. Jason permaneció inmóvil.

-Sí, pero eso no es lo que queremos saber.

-Ya lo sé. -La voz de Bourne de nuevo se apagó, como si hablara al vacío- Una colina cubierta de césped... Billy *Arpillera.*

-¡Eso lo has leído!

-No.

-Entonces lo has oído antes, lo has leído antes.

-Es posible, pero eso no tiene importancia, ¿verdad?

-¡Basta, Jason!

-De nuevo esas palabras. Quisiera poder decirme «basta».

-¿Qué estás tratando de decirme? ¿Tú eres Carlos?

-¡Dios mío, no! Carlos quiere matarme, y yo no sé hablar ruso, eso ya lo sé.

-¿Y entonces, *qué?*

-Lo que te dije al principio. El juego. El juego se llama «Atrapemos al soldado».

-¿A un soldado?

-Sí. A un hombre de Carlos que lo traicionó. Es la única explicación, la única razón por la que sé lo que sé.

-¿Por qué dices traición?

-Porque él *quiere* asesinarme. Tiene que hacerlo; cree que yo sé tanto sobre él como saben los demás.

Marie había permanecido acurrucada en la cama; ahora extendió las piernas a un lado con las manos en los costados.

-Ése es el resultado de la traición. ¿Y qué me dices de la causa? Si es cierto, entonces tú lo traicionaste, te convertiste... te convertiste...

De pronto se detuvo.

-Dados los acontecimientos, es algo tarde para buscar una posición moral -dijo Bourne, advirtiendo el dolor que se reflejaba en el rostro de la mujer a quien amaba-. Podría pensar en muchísimas razones, en infinidad de clisés. ¿Qué te parece haber caído en desgracia ante los ladrones... o los asesinos?

-¡Esto no tiene sentido! -gritó Marie-. No existe la menor prueba.

-Hay miles, y tú lo sabes. Yo podría haberme vendido al mejor postor, o haber robado sumas cuantiosas de las remuneraciones. Eso explicaría lo de la cuenta en Zurich. -Se detuvo un instante, mirando al techo sobre la cama, pensando sin ver-. O explicaría lo de Howard Leland, lo de Marsella, Beirut, Stuttgart... Munich. Todo. Todos los hechos olvidados que quieren salir a la luz. Y uno de ellos en especial. ¿Por qué he evitado su nombre? ¿Por qué jamás lo mencioné? Tengo miedo. Tengo miedo de él.

Se abrió un silencio; se había hablado de algo más que del miedo. Marie asintió con un gesto.

-Estoy segura de que crees eso -dijo- de una forma que me gustaría que fuese auténtica. Pero no creo que sea verdad. Tú quieres creerlo así porque eso confirma lo que acabas de decir. Eso te da una respuesta..., una identidad. Podría no ser la identidad que deseas, pero Dios sabe si eso es mejor que andar a ciegas en medio de este horrible laberinto que debes enfrentar todos los días. Cualquier cosa sería mejor, supongo. -Hizo una pausa-. Y deseo que fuera por la mañana; nada te retiene..., nos retiene aquí.

-¿Qué?

-Eso es lo inconsistente, querido. Ese número, o ese símbolo, no corresponde a tu ecuación. Si tú *fueras* lo que afirmas ser, y si tuvieras miedo de Carlos, y Dios sabe que deberías tenerlo, París sería el último lugar en la Tierra al que te sentirías impulsado a ir. Hemos estado en otras partes; tú mismo lo dijiste. Te habrías escapado; habrías tomado el dinero en Zurich y habrías desaparecido. Pero no es eso lo que has hecho; en lugar de eso, te encaminas directamente a la

guarida de Carlos. Ésa no es la forma de actuar de un hombre que tiene miedo, o se siente culpable.

-No hay otra cosa. Vine a París a descubrir algo; eso es todo.

-Entonces, huye. Tendremos el dinero mañana por la mañana; nada te retiene... nos retiene aquí. Eso es muy simple también.

Marie lo observó fijamente.

Jason la miró a su vez, luego se volvió. Se encaminó al escritorio y se sirvió un trago.

-Y todavía hemos de considerar la Treadstone -dijo, a la defensiva.

-¿Por qué más que a Carlos? Ésa es tu verdadera ecuación. Treadstone y Carlos. Un hombre a quien amé una vez fue asesinado por la Treadstone. Es una razón más para huir, para sobrevivir.

-Pensé que querrías descubrir a la gente que lo mató -dijo Bourne-. Que paguen por su crimen.

-Y así es. Lo deseo con toda mi alma. Pero hay otros que pueden descubrirlos. Yo tengo mis prioridades, y la venganza no figura la primera en la lista. *Nosotros dos* estamos primero. Tú y yo. ¿O ésa es sólo una idea mía? Mis sentimientos.

-No trates de engañarme. -Jason oprimió el vaso con más fuerza y la miró-. Te amo -susurró.

-¡Entonces, huyamos! -insistió ella, alzando la voz, de forma casi mecánica, dando un paso en dirección a él-. Olvidemos todo esto, en serio, y escapemos lo más pronto que podamos, tan lejos como podamos. ¡Vamos!

-Yo..., yo... -tartamudeó Jason; la niebla de su mente se hacía cada vez más densa, provocando una intensa furia en él-. Hay... cosas.

-¿Qué cosas? ¡Nos amamos, nos hemos encontrado el uno al otro! Podemos irnos a cualquier parte, ser cualquier persona. No hay nada que nos detenga, ¿verdad?

-Sólo tú y yo -repitió él suavemente; ahora la niebla se espesaba, lo sofocaba-. Ya sé, ya sé. Pero tengo que pensar. Hay aún mucho por descubrir, hay muchas cosas que deberán salir a la luz.

-¿Qué es eso tan importante?

-Es... es algo, simplemente.

-¿No sabes qué es?

-Sí... No, no estoy seguro. No me preguntes ahora.

-Si no es ahora, ¿cuándo? ¿Cuándo podré hacerte preguntas? ¿Cuándo pasará todo esto? ¿Pasará algún día?

-¡Basta! -aulló Bourne, arrojando el vaso sobre la bandeja de madera-. ¡No puedo huir! ¡No voy a escapar! ¡Tengo que quedarme aquí! ¡Tengo que saber!

Marie corrió hacia él, apoyando sus manos, primero, sobre los hombros de él, y luego sobre su rostro, secándole el sudor que lo cubría.

-Ahora lo has dicho. ¿Puedes oírte, querido? No puedes escapar porque, cuanto más cerca llegas, más te enloqueces. Y si huyeras, sería peor. No podrías vivir, vivirías una constante pesadilla. Lo sé.

Alargó la mano para rozar el rostro de ella, y la miró.

-¿Lo sabes?

-Por supuesto. Pero eres tú quien tiene que decirlo, no yo. -Lo sostuvo firmemente, apoyando la cabeza en el pecho de Jason-. Tuve que obligarte a ello. Lo gracioso es que *yo* podría huir. Yo podría subir esta noche a un avión y llevarte conmigo, e ir a cualquier sitio donde tú quisieras ir. Desaparecer sin mirar atrás, más feliz de lo que he sido jamás en mi vida. Pero tú no podrías hacer eso. Lo que hay, o no hay, aquí en París, te devoraría, hasta que no te pudieras mantener en pie. Ésa es la absurda ironía, amor mío. Yo podría vivir así, pero tú no.

-¿Desaparecerías así como así? -preguntó Jason-. ¿Y qué sucedería con tu familia, con tu trabajo, con toda la gente que conoces?

-No soy ni una criatura ni una estúpida -respondió ella con rapidez-. Me cubriría de algún modo, pero no creo que lo tomara muy en serio. Pediría que se me extendiera un permiso, aduciendo razones de salud o personales. *Stress* emocional, crisis nerviosa; siempre podría volver, el departamento lo comprendería.

-¿Por lo de Peter?

-Sí. -Ella guardó silencio durante un momento-. Fuimos de una relación a otra, y la segunda fue más importante para los dos, creo. Él era una especie de hermano imperfecto, a quien uno desea el éxito pese a sus defectos, porque bajo la superficie se ocultaba una gran decencia.

-Lo siento. Lo siento de veras. Alzó la vista hacia él.

-Y tú posees la misma decencia. Cuando se hace el tipo de trabajo que yo hago, la decencia es muy importante. No son los mansos de corazón los que heredarán la tierra, Jason, son los corruptores. Y se me ocurre que la distancia entre la corrupción y el crimen es un muy breve paso.

-¿Treadstone Setenta y Uno?

-Sí. Los dos teníamos razón. Yo quiero que los culpables sean descubiertos, quiero que paguen por su crimen. Y tú no puedes escapar.

Rozó la mejilla de la muchacha con los labios; luego besó sus cabellos y la estrechó contra sí.

-Tendría que echarte de aquí -murmuró-. Tendría que pedirte que salieras de mi vida. No soy capaz de hacerlo, pero sé muy bien que eso es lo que debería hacer.

-No importaría si lo hicieras. Yo no me iría, amor mío.

El despacho de los abogados se encontraba en el bulevar de la Chapelle, y la sala de reuniones, con sus paredes cubiertas de libros, se parecía más a un escenario que a una oficina; todo era flamante, todo se encontraba en su lugar. En ese recinto se firmaban acuerdos, no contratos. En cuanto al abogado, una digna perilla completamente blanca y unos quevedos de plata no lograban ocultar la farsa que el hombre representaba. Y hasta insistía en conversar en un mal inglés, por lo cual declararía más tarde haber sido mal interpretado.

Marie fue quien llevó el peso de la conversación; Bourne, como cliente, delegó en ella, como asesora, esa tarea. Ella sintetizó los diversos puntos, cambiando los cheques en efectivo por bonos al portador, pagaderos en dólares, en denominaciones que iban desde un máximo de veinte mil dólares a un mínimo de cinco mil. Instruyó al abogado para que declarara al Banco que todas las series tendrían que separarse numéricamente en series de tres, y las garantías

internacionales debían cambiar cada cinco lotes de certificados. El objetivo de la joven no confundió al abogado; complicó de tal modo la circulación de los bonos, que a la mayoría de los Bancos y agentes de Bolsa no les resultaría posible rastrearlos. Tampoco cargarían con ese trabajo ni con ese gasto extra; los pagos estaban garantizados.

Cuando el irritado abogado de la elegante perilla hubo concluido prácticamente su conversación telefónica con un igualmente perturbado Antoine D'Amacourt, Marie levantó la mano.

-Perdóneme, pero Monsieur Bourne insiste en que Monsieur D'Amacourt incluya también doscientos mil francos en efectivo, de los cuales, cien mil se incluirán con los bonos y cien quedarán en poder de Monsieur D'Amacourt. Y sugiere que los segundos doscientos mil se dividan en la siguiente forma: setenta y cinco mil para Monsieur D'Amacourt, y veinticinco mil, para usted. Él advierte que está en deuda con los dos, por su asesoramiento y por los problemas adicionales que les ha causado. No es necesario recordarle que no se requiere ningún registro específico de los detalles de distribución.

La irritación y la alteración desaparecieron ante las palabras de ella, remplazadas por una obsequiosidad que no se había visto desde la que imperaba en la corte de Versalles. Se llevaron a cabo los procedimientos de acuerdo con las inusuales -pero perfectamente comprensibles- exigencias de Monsieur Bourne y su estimada asesora.

Monsieur Bourne facilitó un maletín de cuero para trasladar los bonos y el dinero; sería transportado por un correo armado, que abandonaría el Banco a las 2.30 de la tarde y se encontraría con Monsieur Bourne a las 3 en el Pont Neuf. El distinguido cliente se identificaría mediante un pequeño trozo de cuero que se habría cortado de la tapa del maletín y que, cuando se lo mostrara, habría de encajar perfectamente en el sitio donde faltaba. Además de esto, tendría que pronunciar la frase: «Herr Koening le envía sus saludos desde Zurich.»

Y no había más detalles. Excepto uno, que la asesora de Monsieur Bourne puso en claro.

-Comprendemos que las exigencias de la *fiche* deberán cumplirse al pie de la letra, y esperemos que Monsieur D'Amacourt lo tenga en cuenta -dijo Marie St. Jacques-. Sin embargo, también admitimos que el tiempo podría ser una ventaja para Monsieur Bourne, y esperamos que no haya el menor retraso. Si no fuera así, me temo que yo, como miembro calificado, aunque, por el momento, anónimo, de la Comisión Internacional Bancaria, me sentiré obligada a informar sobre ciertos errores cometidos en procedimientos legales y bancarios que he presenciado. Estoy segura de que no será necesario; estamos todos muy bien pagados, *n'es-ce-pas, monsieur?*

-C'est vrai, madame! En los Bancos y en los asuntos legales... y hasta en la vida misma..., todo depende del tiempo. No tiene nada que temer.

-Ya lo sé -respondió Marie.

Bourne examinó los orificios del silenciador, satisfecho de haber quitado las partículas de polvo y de pelusa que se habían acumulado por la falta de uso. Le dio una vuelta final, giró el tambor y comprobó el cargador. Le quedaban seis balas; ya estaba listo. Se puso el arma en el cinturón y se abrochó la chaqueta.

Marie no lo había visto revisar el arma. Estaba sentada en la cama, de espaldas a él, hablando por teléfono con el agregado de la Embajada del Canadá, Dennis Corbelier. El humo de un cigarrillo surgía en ondas desde un cenicero

junto a la libreta de anotaciones de ella; escribía algo de lo que Dennis le informaba. Cuando éste terminó, ella le dio las gracias y colgó. Permaneció inmóvil dos o tres segundos, con el lápiz aún en la mano.

-No sabe qué ocurrió con Peter -dijo Marie, volviéndose a Jason-. ¡Qué raro!

-Muy raro -coincidió Bourne-. Creí que él sería uno de los primeros en saberlo. Tú dijiste que revisaron las libretas telefónicas de Peter; había hecho una llamada a París, a Corbelier. Se podría pensar que alguien habría llamado para seguir esa pista.

-Ni siquiera se me había ocurrido eso. Estaba pensando en los diarios, en los servicios telegráficos. Peter fue..., fue hallado hace dieciocho horas, y pese a lo casual que pudo haber parecido su muerte, era un hombre importante para el Gobierno canadiense. Su muerte debió de ser noticia, y tanto más el hecho de que haya sido asesinado... No se informó del asunto.

-Llama a Ottawa esta noche. Averigua por qué no informaron.

-Así lo haré.

-¿Qué te dijo Corbelier?

-¡Ah, sí! -Marie miró su libreta-. El permiso en la rué Madeleine no tenía sentido, un coche alquilado en el aeropuerto De Gaulle a un tal Jean-Pierre Larousse.

-John Smith -interrumpió Jason.

-Exacto. Tuvo más suerte con el número de teléfono que te dio D'Amacourt, pero no ve cómo puede tener que ver con algo. Ni yo tampoco, a decir verdad.

-¿No te parece extraño?

-Creo que sí. Es una línea privada, que pertenece a una casa de modas de la rué Saint Honoré: «Les Classiques».

-¿Una casa de modas? ¿Quieres decir un taller?

-Estoy segura de que tiene un taller, pero es esencialmente una tienda donde se vende ropa elegante. Como la casa «Dior», o «Givenchy». *Haute couture.* En el gremio, dice Corbelier, se la conoce como la «Casa de Rene». Ése es Bergeron.

-¿Quién?

-Rene Bergeron, diseñador. Hace algunos años estuvo de moda, siempre casi a punto de lograr un resonante éxito. Lo conozco porque mi modista le copia sus diseños.

-¿Tomaste la dirección?

Marie asintió.

-¿Por qué Corbelier no sabía lo de Peter? ¿Por qué no está enterado todo el mundo?

-Tal vez lo sepas cuando llames. Probablemente se trate de algo tan simple como las diferencias horarias; demasiado tarde para las ediciones matutinas aquí en París. Compraré el diario de la noche. -Bourne se dirigió al armario en busca de su chaqueta, consciente del bulto que escondía en el cinturón-. Vuelvo al Banco. Seguiré al correo hasta el Pont Neuf. -Se puso la chaqueta, sabiendo que Marie no lo escuchaba-. Me he olvidado de preguntarte algo: esos sujetos, ¿llevan uniforme?

-¿Quiénes?

-Los correos de los Bancos.

-Eso sería para los diarios, no para los servicios cablegráficos.

-¿Qué dices?

-La diferencia horaria. Tal vez los diarios no hayan recogido la noticia, pero sí los servicios cablegráficos. Y las Embajadas poseen teletipos; tienen que haberse enterado. El hecho no fue informado, Jason.

-Llama esta noche -le dijo él-. Me voy.

-Me has preguntado si llevan uniforme.

-Tengo curiosidad por saberlo.

-La mayor parte del tiempo, sí. Van en camiones blindados, pero yo les di instrucciones específicas respecto a eso. Si utilizaban un camión, debían aparcar a una manzana del puente; el correo debía acercarse a pie.

-Ya te he oído, pero no estaba seguro de lo que querías decir. ¿Por qué les dijiste eso?

-Un correo ya es algo bastante peligroso, pero necesario; la seguridad del Banco así lo requiere. Un camión es, sencillamente, demasiado obvio; sería muy fácil seguirlo. ¿No cambiarías de opinión y me permitirías ir contigo?

-No.

-Créeme, no pasará nada malo; esos dos ladrones no lo permitirían.

-Entonces, no hay razón para que estés allí.

-Te estás volviendo loco.

-Tengo prisa.

-Ya lo sé. Y puedes moverte más rápidamente sin mí. -Marie se levantó y fue hacia él-. Comprendo. -Se inclinó y lo besó en los labios, de pronto advirtió el arma en el cinturón de él. Lo miró a los ojos-. Estás preocupado, ¿no es cierto?

-Simplemente soy cauteloso. -Sonrió, rozándole la barbilla-. Es mucho dinero. Podríamos necesitarlo para vivir durante largo tiempo.

-Me gusta oírte decir eso.

-¿Lo del dinero?

-No. Lo de «podríamos», los dos. -Marie frunció el ceño-. Una caja de seguridad.

-Continúas hablando en forma ilógica.

-No puedes dejar certificados negociables por valor de más de un millón de dólares en una habitación de hotel en París. Tienes que alquilar una caja de seguridad.

-Mañana podremos ocuparnos de eso. -Él la soltó, volviéndose hacia la puerta-. Mientras yo estoy fuera, busca el número de teléfono de «Les Classiques» en la guía y llama. Pregunta hasta qué hora tienen abierto.

Se fue sin perder tiempo.

Bourne estaba sentado en un taxi, observando la entrada del Banco a través de la ventanilla. El chofer silbaba una melodía irreconocible, leía un diario, satisfecho con el billete de cincuenta francos que había recibido por anticipado. Sin embargo, el motor del automóvil estaba en marcha; el pasajero había insistido en eso.

El camión blindado surgió a la vista por la ventanilla derecha de atrás; la antena de su radio sobresalía del centro del techo como un puntiagudo mástil. Aparcó en un lugar reservado para vehículos autorizados, frente al taxi ocupado por Jason. Dos pequeñas luces rojas se encendieron en el círculo de vidrio a prueba de balas de la puerta trasera. Se había activado el sistema de alarma.

Bourne se inclinó hacia delante, con los ojos fijos en el hombre uniformado que saltó de una puerta lateral y se abrió paso en medio del gentío que se agolpaba en la calle, cerca de la entrada del Banco. Sintió una sensación de alivio; no era uno de los tres hombres bien vestidos que habían estado en el Valois el día anterior.

Quince minutos más tarde emergió el correo del interior del Banco, llevando en la mano izquierda el maletín de cuero y escondiendo en la derecha una cartuchera de revólver sin cerrar. El pedazo arrancado del maletín resultaba claramente visible. Jason palpó el trozo de cuero que llevaba escondido en el bolsillo de su camisa; era sólo la primitiva combinación que hacía posible la vida lejos de París, lejos de Carlos, Si es que existía una vida así, y si él podía aceptarla sin el terrible laberinto en el que se veía envuelto y del que no sabía cómo escapar.

Pero era más que eso. En un laberinto creado por el hombre, uno continúa desplazándose, corriendo, golpeándose contra sus muros, y su contacto mismo ya era un progreso, aunque a ciegas. Su laberinto personal no tenía paredes, ningún corredor definido a través del cual echar a correr. Sólo espacio y nebulosas que oscilaban en la oscuridad que veía con toda claridad cuando abría los ojos por la noche, y sentía que el sudor le corría por el rostro. ¿Por qué siempre había espacio y oscuridad y fuertes vientos? ¿Por qué siempre estaba él deslizándose por el aire a la noche? Un paracaídas. ¿Por qué? Y luego acudían otras palabras a su mente; no tenía idea de dónde provenían, pero allí estaban, y él podía escucharlas.

¿Qué queda cuando se desvanece la memoria? ¿Y su identidad, Mr. Smith?

¡Basta! El camión blindado se sumergió en el tránsito de la rué Madeleine. Bourne dio un golpecito en el hombro del taxista.

-Siga a ese camión, pero que siempre queden dos vehículos entre él y nosotros -ordenó en francés. El taxista se volvió, alarmado.

-Creo que se ha equivocado de taxi, señor. Tome, le devuelvo su dinero.

-Pertenezco a la Compañía del blindado, imbécil. Es una misión especial.

-Lo siento, señor. No los perderemos de vista.

Partió en diagonal hacia el tráfico de nuevo.

El camión tomó la ruta más rápida hacia el Sena, por callejuelas laterales. Girando a la izquierda, por el Quai de la Rapée hacia el Pont Neuf. Entonces, a una distancia que Jason calculó como de trescientos o cuatrocientos metros del puente, aminoró la velocidad lentamente, colocándose al borde de la acera, como si hubiera decidido que era demasiado temprano para la cita concertada. Pero -pensó Bourne- la realidad era que él llegaba tarde. Faltaban seis minutos para las tres, apenas había tiempo para que el hombre aparcara y recorriera la manzana de distancia hasta el Pont Neuf. Entonces, ¿por qué había aminorado la velocidad el blindado? ¿Aminorado la velocidad? No, se había detenido. ¿Por qué?

¿El tráfico? ¡Dios mío, por supuesto, el tráfico!

-Deténgase -dijo Bourne al taxista-. Acérquese a la acera. ¡Pronto!

-¿Qué sucede, señor?

-Usted es un hombre muy afortunado -le dijo Jason-. Mi compañía está dispuesta a pagarle cien francos adicionales si se dirige a la ventana frente al blindado y dice algunas palabras al conductor.

-¿Qué cosa, señor?

-La verdad es que estamos probando a ese hombre. Es nuevo. ¿Quiere los cien francos?

-¿Sólo tengo que acercarme a la ventanilla y decirle unas palabras?

-Eso es todo. Cinco segundos cuando mucho; luego puede volver a su taxi y retirarse.

-¿Sin problemas? No me gustan los problemas.

-Mi empresa es una de las más respetables de Francia. Usted habrá visto nuestros camiones en todas partes.

-No sé...

-¡Olvídese de eso! -Bourne se inclinó para abrir la portezuela.

-¿Qué palabras tengo que decirle?

Jason sostuvo en alto el billete de cien francos.

-Nada más que esto: «Monsieur Koenig. Saludos desde Zurich.» ¿Podrá recordar las palabras?

-«Koenig. Saludos desde Zurich.» ¿Qué tiene de difícil eso...?

-¿Vendrá usted detrás de mí?

-Así es.

Marcharon rápidamente hacia el camión, manteniéndose contra el extremo de su carril en medio del tráfico, en tanto camiones y automóviles pasaban junto a ellos, en medio de las señales de «Alto» y «Siga». El blindado era la trampa de Carlos, pensaba Bourne. El asesino había sobornado a alguien para infiltrarse en las filas de los correos armados. Nada más que un nombre y el lugar de la cita revelados en una frecuencia de radio podían haber proporcionado a un operador mal pagado, una gran suma de dinero. *Bourne. Pont Neuf.* Muy simple. Este correo en particular estaba más dispuesto a permanecer alerta que a asegurarse de que los esbirros de Carlos llegasen a tiempo al *Pont Neuf.* El tránsito en París era harto conocido; cualquiera podía llegar tarde a cualquier parte. Jason detuvo al taxista mostrándole cuatro billetes más de doscientos francos; los ojos del hombre no se apartaban del fajo.

-¡Señor!

-Mi empresa quiere ser muy generosa. A este hombre hay que castigarlo por graves delitos.

-¿Qué dice, señor?

-Después de que usted diga: «Herr Koenig. Saludos desde Zurich», agregue simplemente: «Hemos cambiado el itinerario. En mi taxi hay alguien que quiere verlo a usted.» ¿Está claro?

Los ojos del taxista volvieron a posarse en los billetes.

-¿Qué tiene de difícil eso?

Y se apoderó del dinero.

Avanzaron hasta colocarse al lado del camión; Jason apoyaba la espalda contra la pared de acero, con la mano derecha oculta bajo la chaqueta, aferrando

el arma que llevaba en el cinturón. El taxista se aproximó a la ventanilla y golpeó el vidrio:

-¡Eh, oiga, usted! «¡Herr Koenig le manda saludos desde Zurich!» -gritó.

Alguien bajó la ventanilla apenas unos centímetros.

-¿Qué dice? -gritó otra voz-. ¡Se supone que debería usted encontrarse en el Pont Neuf, señor.

El chofer no era ningún idiota; asimismo, estaba ansioso por alejarse de allí lo más pronto posible.

-¡Yo no, imbécil! -gritó a través del estruendo del peligrosamente cercano tráfico-. ¡Le digo lo que me han ordenado que le diga! Han cambiado los planes. Allí hay un hombre que dice que tiene que verlo a usted.

-Dígale que se dé prisa -susurró Jason, sujetando un último billete de cincuenta francos en la mano, fuera del campo visual del hombre que estaba en la ventanilla.

El taxista miró el dinero y luego otra vez al correo.

-¡Apresúrese! Si no va a ver a ese individuo ahora mismo, perderá su empleo.

-¡Vamos, váyase ahora de aquí! -ordenó Bourne.

El chofer se volvió, pasó corriendo junto a Jason, tomó el billete y se metió otra vez en su taxi.

Bourne permaneció en su sitio, alarmado de pronto por lo que alcanzó a oír en medio de la cacofonía de los cláxones. Se oían voces dentro del blindado; no era un hombre que gritaba instrucciones a una radio, sino dos hombres que se gritaban uno al otro. El correo no iba solo; había otro hombre con él.

-Ésas han sido sus palabras. Las has oído.

-Tenía que *venir* él a ti. Tenía que mostrarse.

-Qué es lo que hará. ¡Y presentar ese pedazo de cuero, que debe coincidir exactamente con el que falta en el maletín! ¿Acaso esperas que haga eso en medio de la calle, en medio de este tráfico?

-¡No me gusta esto!

-Me pagaste para que te ayudara a ti y a tu gente a encontrar a una persona. Y no para que pierda mi empleo. ¡Me voy!

-¡Tiene que ser en el Pont Neuf!

-¡Y a mí qué demonios me importa! Se oyeron fuertes pisadas en el camión.

-¡Y yo me voy contigo!

Se abrió la puerta de panel; Jason se escabulló, con la mano siempre oculta bajo la chaqueta. Junto a él, una cara de niño se acercó a la ventanilla del vehículo, con una malévola expresión en los ojos, y las facciones contraídas en una máscara horrible, desfigurada por el terror y el asco. El sonido estremecedor de los cláxones, devolviendo ruido por ruido, llenaba la calle. El tráfico era infernal.

El correo saltó a la calle, con el maletín de cuero en la mano izquierda. Bourne ya estaba listo; en el instante en que el correo ponía los pies en el suelo, Bourne lanzó la puerta sobre el segundo hombre, aplastando con el durísimo acero una rodilla y una mano del sujeto que se disponía a bajar. El hombre lanzó un alarido, cayendo pesadamente hacia atrás, al interior del blindado. Jason gritó al correo, con el trozo de cuero en la mano:

-¡Yo soy Bourne! ¡Aquí está el trozo de cuero! ¡Y guarde su arma, o no sólo perderá el empleo, sino también la vida, maldito sea!

-¡No he querido hacer nada malo, señor! ¡Ellos querían atraparlo a usted! ¡No tenían interés en la entrega, le doy mi palabra!

Se abrió la portezuela; Jason la cerró con el hombro, y luego la volvió a correr para hallar el rostro del hombre de Carlos, con la mano apoyada en el arma que llevaba en la cintura.

Lo que vio fue el cañón del arma y el negro orificio que le apuntaba directamente a los ojos. Dio un paso atrás, consciente de que el retraso de una fracción de segundo en el disparo del arma se debió al sonido de algo que estalló dentro del camión blindado. Empezaba a sonar la alarma; era ensordecedor, destacándose sobre las disonancias de la calle; en comparación, el disparo casi pasó inadvertido, y ni se oyó la erupción del asfalto a causa del impacto.

Una vez más, Jason golpeó la puerta. Oyó el estrépito del metal chocando contra el metal; había dado contra el arma del hombre de Carlos. Sacó su propia arma del cinturón, se arrodilló sobre el pavimento y abrió la portezuela.

Vio la cara del que venía de Zurich, al asesino a quien llamaban Johann, al hombre que habían enviado a París para reconocerlo a él. Bourne disparó dos veces; el hombre se arqueó hacia atrás, con la frente chorreando sangre. ¡El correo! ¡El maletín!

Jason vio al hombre; se había parapetado tras el blindado para protegerse, con el arma en la mano, gritando y pidiendo auxilio. Bourne se levantó de un salto y corrió a apoderarse del arma, aferrando el cañón y arrebatándola de manos del correo. Tomó el maletín de cuero y gritó:

-Nada de disparos, ¿eh? ¡Dame eso, maldito seas!

Arrojó el arma del otro bajo el camión blindado, se incorporó y desapareció, en medio de la histérica multitud, con el dinero.

Corrió a ciegas, a toda velocidad; los cuerpos que circulaban a su alrededor eran los muros oscilantes de su laberinto. Pero había una diferencia esencial entre este desafío y el que él vivía a diario. Allí no había penumbra; el sol de la tarde brillaba radiante, cegándolo en su loca carrera a través del laberinto.

14

-Aquí está todo -dijo Marie. Había separado los certificados por denominaciones; los billetes de francos y demás, sobre el escritorio-. Te dije que estaría todo.

-Ha estado a punto de fracasar todo.

-¿Qué?

-El hombre al que llamaban Johann, el hombre de Zurich. Está muerto, yo lo he matado.

-Jason, *¿qué ha sucedido?*

Él le relató lo ocurrido.

-Ellos contaron con el Pont Neuf -dijo-. Supongo que el coche que los escoltaba quedó atrapado en medio del tránsito, dio con la frecuencia de la radio del correo y dijo a los demás que esperaran un poco. Estoy seguro de que fue eso.

-¡Oh, Dios mío, están en todas partes!

-Pero no saben dónde estoy yo -declaró Bourne, mirando hacia el espejo sobre el escritorio y estudiando sus rubios cabellos mientras se ponía las gafas de montura de carey-. Y el último sitio donde esperan encontrarme, si por alguna razón saben que estoy al tanto de todo, es una casa de modas en Saint-Honoré.

-¿«Les Classiques»? -preguntó Marie, atónita.

-En efecto. ¿No me dijiste que se llamaba así?

-Sí, ¡pero es una locura!

-¿Por qué? -Jason se volvió para mirarla-. Piénsalo bien. Hace veinte minutos les falló el plan; tiene que haberse producido una gran confusión, recriminaciones, acusaciones de incompetencia o cosas peores aún. En este instante están más preocupados entre sí que conmigo; nadie quiere recibir un balazo en la garganta. Esto no durará mucho; volverán a organizar los grupos sin perder mucho tiempo, Carlos se ocupará de que así sea. Pero en el curso de la próxima hora, más o menos, intentarán reconstruir los hechos y, por lo tanto, no me buscarán en un sitio que no sospechan que conozco,

-¡Alguien podría reconocerte!

-¿Quién? Trajeron un hombre de Zurich para que me reconociera y está muerto. No están seguros de mi aspecto físico.

-El correo. Ellos lo capturaron; él te ha visto.

-Durante las próximas horas estará muy ocupado con la Policía.

-D'Amacourt. ¡El abogado!

-Sospecho que se encuentran ya camino de Normandía o Marsella o, si tienen suerte, fuera del país.

-¿Y si los detuvieran, si los hicieran prisioneros?

-Supongámoslo. ¿Crees que Carlos se arriesgaría a revelar su modo de recibir mensajes?

-Jason, tengo miedo.

-También yo. Pero no de que me reconozcan.

-Bourne regresó junto al espejo-. Podría darte una extensa conferencia acerca de falsificaciones faciales y alteración de facciones, pero no lo haré.

-Hablas de las evidencias de la cirugía. Port Noir. Ya me lo dijiste.

-Nada de eso. -Bourne se apoyó en la mesa, observando su rostro-. ¿De qué color son mis ojos?

-¿Qué dices?

-No, no me mires. Ahora dime, ¿de qué color son mis ojos? Los tuyos son castaños, con toques de verde; ¿qué me dices de los míos?

-Son azules... azulados. O grises, en realidad...

-Marie se detuvo-. En realidad no estoy del todo segura. Supongo que es terrible, es culpa mía.

-Es perfectamente natural. Básicamente, son castaños, pero no todo el tiempo. Yo mismo lo he notado. Cuando me pongo una camisa o una corbata azul, se ponen azules; cuando me pongo una chaqueta o un abrigo marrón, se vuelven grises. Cuando estoy desnudo, el color se hace indefinido.

-Eso no es tan extraño. Estoy segura de que a millones de personas les sucede lo mismo.

-Seguro que sí. ¿Pero cuántas de esas personas usan lentes de contacto si tienen una vista normal?

-¿Lentes de...?

-Eso mismo -interrumpió Jason-. Algunas lentes de contacto están hechas precisamente para cambiar el color de los ojos. Y resultan más efectivas cuando los ojos son castaños. La primera vez que Washburn me examinó, había marcas de uso prolongado. Ésa es una de las claves, ¿no es así?

-Es del modo que tú quieres que sea -respondió Marie-. Si es que es verdad.

-¿Por qué no habría de serlo?

-Porque el médico estaba más borracho que sobrio la mayor parte de las veces. Eso es lo que me dijiste. Apilaba conjeturas sobre conjeturas, sólo Dios sabe con cuánto alcohol encima. Nunca se mostraba específico. No podía.

-Algo dijo. Que yo era como el camaleón, apto para un molde flexible. Quiero descubrir para el molde de quién; tal vez ahora logre descubrirlo. Gracias a Dios has conseguido una dirección. Allí quizás alguien conozca la verdad. Aunque sea un solo hombre, es todo lo que necesito. Puedo enfrentarme con una persona, revelarle mi secreto si es necesario...

-No puedo detenerte, pero, ¡por amor de Dios, ten cuidado! Si te reconocen, te asesinarán.

-Allí no; eso sería un desastre para sus intereses. Estamos en París.

-No creo que sea nada divertido, Jason.

-Yo tampoco. Estoy tomando las cosas muy en serio.

-¿Qué vas a hacer? Quiero decir, ¿cómo lo vas a hacer?

-Lo sabré cuando llegue allí. Veré si alguien corre nerviosamente de un lado a otro, ansioso o esperando una llamada telefónica, como si de ello dependiese su vida.

-¿Y luego qué?

-Haré lo mismo que hice con D'Amacourt. Esperaré afuera, a quienquiera que sea. Ya estoy cerca de la pista; no voy a perderla. Y tendré mucho cuidado.

-¿Me llamarás por teléfono?

-Trataré de hacerlo.

-Me volveré loca esperando. Sin saber nada.

-No esperes. ¿No puedes depositar los bonos en alguna parte?

-Los Bancos están cerrados.

-Utiliza un hotel importante; suelen disponer de cajas de seguridad.

-Pero tengo que alojarme en alguna habitación.

-Bueno, toma una habitación en el «Meurice» o el «George Cinq». Deja el maletín en la caja fuerte, pero vuelve aquí.

Marie asintió.

-Eso me tendrá ocupada.

-Luego, llama a Ottawa. Averigua qué sucedió.

-Está bien.

Bourne fue a la mesita de noche y cogió un fajo de billetes de cinco mil francos.

-Una propina hará más fáciles las cosas -dijo-. No sé lo que puede suceder, pero podría resultarme útil.

-Está bien -coincidió Marie, y luego continuó-: ¿Te has dado cuenta de que acabas de mencionar de corrido el nombre de dos hoteles?

-Sí. -Se volvió para mirarla de frente-. He estado antes allí. Muchas veces. He vivido aquí, pero no en esos hoteles, sino en otros de callejuelas alejadas, creo. Que no se pueden localizar fácilmente.

Se abrió un silencio; el miedo electrizaba la atmósfera.

-Te amo, Jason.

-Yo también te amo -replicó Bourne.

-Vuelve conmigo. No importa lo que suceda, vuelve a mi lado.

La iluminación era tenue y dramática; unos reflectores fijos lanzaban su luz desde un techo color marrón oscuro, bañando maniquís y clientas elegantemente vestidas en probadores de color amarillo brillante. Los mostradores de alhajas y accesorios estaban forrados en terciopelo negro, sedas de brillantes colores rojos y verdes, graciosamente desplegadas, resplandecientes cascadas de oro y plata capturadas en las luces que adornaban el local. Las arcadas se curvaban en graciosos semicírculos, puesto que «Les Classiques», si bien no podía calificarse de pequeña distaba de ser una tienda imponente. Sin embargo, se trataba de un sitio bellísimo, en uno de los más elegantes barrios residenciales de París. Los probadores con puertas de cristales coloreados, ocupaban la parte posterior del local debajo de un balcón adonde daban las oficinas de la empresa. A la derecha se advertía una escalera alfombrada, junto a un tablero elevado, ocupado por un hombre de aspecto extraño de mediana edad: un sujeto fuera de lugar, vestido con un traje de estilo muy conservador, que operaba en una consola y hablaba por un micrófono que en una extensión del único auricular.

Los empleados eran en su mayoría mujeres, altas esbeltas, de rostros y figuras pálidas y como desencajadas, fantasmas vivientes de antiguas modelos cuyos gustos y saber las habían llevado más allá de sus hermanas en el oficio, ya que no podían dedicarse a otras cosas. Los pocos hombres que se veían eran también delgados; figuras magras, enfatizadas por trajes ajustados, gestos rápidos, posturas desafiantes, casi de ballet.

Una música ligera, romántica, provenía del oscuro techo: *crescendos* apacibles, puntualizados en forma abstracta por rayos de reflectores en miniatura. Jason paseó por las distintas alas del salón, estudiando los maniquís, palpando las telas, haciendo sus propias deducciones. Éstas cubrieron su estupor esencial. ¿Dónde estaban la confusión, la ansiedad que esperaba encontrar en el centro receptor de mensajes de Carlos? Miró hacia arriba, hacia las puertas abiertas de las oficinas y el único corredor que dividía el reducido complejo edificio. Los hombres y las mujeres caminaban con aire despreocupado como lo hacían los del piso principal, deteniéndose de vez en cuando a hablar unos con otros, intercambiando bromas, o fragmentos de información sin importancia. Chismes. En ninguna parte se advertían señales de urgencia, ni el menor signo de que una trampa vital acababa de explotar estruendosamente, que un asesino importante -el único hombre en París que trabajaba para Carlos y que podía identificar *a* la presa- había recibido un balazo en la cabeza, había sido asesinado en la parte posterior de un camión blindado, en el Quai de la Rapée.

Era algo increíble, aunque sólo fuese porque la atmósfera del lugar era precisamente todo lo contrario de lo que él había esperado. No era que hubiera pensado encontrarse con un caos, en modo alguno; los mercenarios de Carlos estaban demasiado vigilados como para hacer algo semejante. Pero había esperado *algo.* Y allí no había rostros tensos, ojos temerosos, movimientos rápidos que significaran alarma. Nada había de inusual; el elegante mundo de la *haute couture* continuaba circulando en su elegante órbita, sin inmutarse por los acontecimientos que deberían haber alterado su equilibrio.

Sin embargo, había un teléfono privado en alguna parte, y alguien que no sólo hablaba en nombre de Carlos, sino que también estaba autorizado para poner en marcha a tres asesinos, dispuestos a dar caza a la presa. Una mujer...

La vio; tenía que ser ella. Bajaba por la mitad de la escalera; una mujer alta e imperiosa, con un rostro al que los años y la cosmética habían convertido en una fría máscara de sí misma. La detuvo un delgadísimo empleado, que llevaba en la mano una libreta de cuentas para que ella la aprobara; la mujer miró la libreta, luego volvió a mirar hacia abajo, en dirección a un hombre nervioso, de mediana edad, de pie junto a uno de los mostradores de la sección joyería. La mirada fue breve; el mensaje, claro. *Está bien,* mon ami, *tome la chuchería que ha elegido, pero pague pronto su factura. De lo contrario, la próxima vez se verá en líos. O peor. Yo podría llamar a su esposa.* La advertencia fue formulada en una milésima de segundo; una sonrisa tan falsa como amplia hizo crujir la helada máscara y, con un gesto de asentimiento, la mujer tomó el lápiz que llevaba el empleado y escribió sus iniciales en la nota de venta. Continuó bajando la escalera con el empleado a la zaga, inclinándose hacia ella para decirle algo. Era obvio que la estaba adulando; al llegar al último escalón, ella se volvió, se ahuecó los negrísimos cabellos y dio al hombre un golpecito en la muñeca para mostrarle su agradecimiento.

No había excesiva placidez en los ojos de aquella mujer. Eran unos ojos tan lúcidos como cualquiera otros que Bourne hubiera visto en su vida, tal vez con excepción de aquellos ojos ocultos tras las gafas con montura de oro, que había visto en Zurich.

Instinto. Ella era su objetivo; sólo quedaba el problema de cómo llegar a ella. Los primeros movimientos habrían de ser sutiles, ni excesivos ni indiferentes; trataría simplemente de atraer su atención. Ella tenía que venir hacia él.

Los minutos siguientes asombraron a Jason -es decir, él se asombró a sí mismo-. El caso era «representar un papel»; eso lo comprendía perfectamente; lo que le impresionaba era la facilidad con la que cambiaba de personaje, un personaje tan ajeno a él, al aspecto bajo el cual se conocía. Minutos antes había mirado apreciativamente; ahora inspeccionaba, arrancando los modelos de sus maniquís, colocando las telas a la luz. Examinó las costuras de cerca, los botones y los ojales, pasando los dedos por los cuellos, estrujándolos y luego dejándolos caer. Era buen juez de la ropa fina, un experto comprador que sabía lo que quería y descartaba con rapidez lo que no se adecuaba a sus deseos. Lo único en lo que no reparaba era en los precios; obviamente, esto no le interesaba.

El hecho de no fijarse en los precios atrajo la curiosidad de la imperiosa mujer, que no dejaba de mirar en dirección a él. Una empleada de la sección Ventas se aproximó a Bourne, con su cóncava silueta flotando sobre la alfombra; él le sonrió cortésmente, pero le dijo que prefería ver por sí mismo lo que se exhibía. Menos de treinta segundos después se encontraba detrás de tres maniquís, cada uno de los cuales lucía los diseños más exclusivos que podía

ofrecer «Les Classiques». Alzó las cejas, hizo un gesto con la boca para manifestar su silenciosa aprobación, mientras caminaba alrededor de las tres figuras de plástico, en dirección a la mujer que se encontraba al otro lado del mostrador. Ésta susurró unas palabras al oído de la empleada que había hablado antes con él; la ex modelo sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

Bourne permaneció de pie, con los brazos en jarras, respirando con lentitud mientras sus ojos vagaban de un maniquí a otro; no estaba seguro de lo que pasaba por su mente. Y un cliente potencial en esa situación, especialmente cuando se trataba de alguien que no reparaba en precios, necesitaba ayuda de la persona más experta de las cercanías; era irresistible. La imponente mujer se tocó los cabellos y cruzó graciosamente los salones en dirección a él. La pavana había llegado al final de sus primeros movimientos; los bailarines se inclinaron en un saludo, preparándose para la gavota.

-Veo que ha reparado en nuestros mejores modelos, señor -dijo la mujer en inglés, suposición obviamente basada en el juicio de un ojo avezado.

-Confío en que sí -replicó Jason-. Tienen una interesante colección en esta casa, pero se ha de investigar a fondo, ¿no le parece?

-La omnipresente e inevitable escala de valores, señor. Sin embargo, todos nuestros diseños son exclusivos.

-*Cela va sans dire, madame.*

-Ah, vous parlez français?

-Un peu. Un francés pasadero.

-¿Es norteamericano?

-No vengo mucho por aquí -manifestó Bourne-. ¿Dice usted que estos modelos los confeccionan sólo para esta casa?

-¡Oh, sí! Nuestro diseñador está bajo contrato de exclusividad; estoy segura de que habrá oído hablar de él. Es Rene Bergeron.

Jason frunció el ceño.

- ¡Oh, sí! Muy respetado, pero nunca ha logrado un progreso espectacular. ¿No es así?

-Pero lo logrará, señor. Es inevitable; su reputación va aumentando año tras año. Hace algún tiempo trabajó para St. Laurent, luego para Givenchy; algunos dicen que ha hecho mucho más que cortar los moldes, si me entiende lo que quiero decir.

-No es muy difícil de comprender.

-¡Y si usted supiera la de zancadillas que le ponen para hacerlo caer! ¡Es algo tremendo! Porque él adora a las mujeres; las adula y no las convierte en muchachitos, *vous comprenez?*

-Je vous comprends parfaitement.

-Algún día se hará famoso en el mundo entero, y sus enemigos no podrán ni siquiera tocar el ruedo de sus creaciones. Piense en estos modelos como obras de un maestro a punto de consagrarse, señor.

-Es usted muy convincente. Me llevaré estos tres. Supongo que serán de un talle doce, aproximadamente.

-Catorce, señor. Por supuesto que se los probará la cliente.

-Me temo que no, pero estoy seguro de que en Cap Ferrat habrá buenas modistas.

-*Naturellement* -concedió rápidamente la mujer.

-Y también... -Bourne vaciló, frunciendo nuevamente el ceño-. Mientras estoy aquí, y para no perder tiempo, elíjame algunos más, entre aquellas filas. Estampados y cortes diferentes, pero que armonicen entre sí, si es que esto que le digo tiene algún sentido.

-*Muchísimo* sentido, señor.

-Gracias, se lo agradezco mucho. He hecho un largo viaje en avión, desde las Bahamas, y estoy exhausto.

-Entonces, señor, ¿no querrá sentarse?

-Francamente, lo que querría sería un trago.

-Eso podrá arreglarse de alguna forma, por supuesto. En cuanto a la forma de pago, señor...

-Creo que pagaré al contado -replicó Jason, consciente de que el intercambio de mercadería por dinero contante y sonante llamaría la atención de la supervisora de cuentas de «Les Classiques»-. Los cheques y las cuentas son como pisadas en el bosque, ¿no es cierto?

-Es usted tan inteligente como discriminador. -La rígida sonrisa volvió a resquebrajar la máscara, pero la expresión de los ojos no correspondía a ella en lo más mínimo-. Respecto al trago, ¿por qué no lo toma en mi oficina? Es bastante privada; puede usted descansar y le llevaré algunos modelos para que seleccione usted.

-Espléndido.

-En cuanto a los precios, ¿señor?

-*Les meilleurs, madame.*

-*Naturellement.* -Una mano blanca y fina se extendió hacia él-. Soy Jacqueline Lavier, socia gerente de «Les Classiques».

-Gracias. -Bourne tomó la mano sin intercambiar su nombre.

Uno podía continuar la relación en un ambiente más íntimo, parecía decir su expresión, pero no en ese momento. Por ahora, su carta de presentación era el dinero.

-¿En su oficina? La mía se encuentra a varios miles de kilómetros de aquí.

-Por aquí, señor.

Nuevamente apareció la rígida sonrisa, resquebrajando la máscara facial como una capa de hielo que se fundiera progresivamente. Madame Lavier hizo un gesto en dirección a la escalera. El mundo de la *haute couture* seguía su curso, su órbita no se alteraba por el fracaso, por una muerte en el Quai de la Rapée.

Aquella falta de solución de continuidad le resultaba a Jason tan inquietante como asombrosa. Estaba convencido de que la mujer que caminaba a su lado era la portadora de órdenes letales que habían abortado hacía una hora, debido a un disparo de arma de fuego, y esas órdenes se las había impartido un hombre sin rostro que exigía obediencia o muerte. Sin embargo, no había la más mínima indicación de que se hubiera movido ni siquiera una hebra de su cabello, perfectamente peinado, por unos dedos nerviosos, ni la menor palidez en la máscara cincelada, que pudiera haberse tomado por temor. Sin embargo, en «Les Classiques» no había nadie de mayor autoridad, nadie hubiera tenido un número particular en una oficina sumamente privada. Faltaba un término de esa ecuación... pero había otro que fue confirmado del modo más inquietante.

Él mismo. El camaleón. La charada había resultado; él se encontraba en campo enemigo, convencido, más allá de cualquier duda, de que nadie lo había reconocido. Todo este episodio adquiría una cualidad de *deja vu.* Ya había llevado a cabo anteriormente planes como éste, ya había experimentado las mismas sensaciones. Era un hombre que atravesaba una jungla que no le resultaba familiar, pero de alguna forma un instinto lo guiaba a proseguir su camino, seguro de dónde se encontraban las trampas, sabiendo cómo evitarlas. El camaleón era un experto. Llegaron junto a la escalera y comenzaron a subir. Abajo, a la derecha, el operador vestido con traje convencional, hablaba en voz baja al micrófono, como para asegurar al que escuchaba al otro lado de la línea que el mundo de *ellos* estaba todo lo sereno que debía estar.

Bourne se detuvo en el séptimo escalón; una pausa involuntaria. La nuca de aquel hombre, la línea de su mejilla, su escaso cabello gris, el modo en que caía sobre la oreja; ¡había visto antes a aquel hombre!

En alguna parte. En el pasado, en el pasado imposible de recordar, pero ahora recordaba, como en una penumbra... con algunos rayos de luz. Explosiones, nubes, vientos huracanados, seguidos de silencios cargados de tensión. ¿Qué era eso? ¿Dónde? ¿Por qué otra vez el dolor oprimía sus ojos? El hombre canoso comenzaba a volverse en su silla giratoria; Jason miró en otra dirección, para evitar el contacto de las miradas.

-Veo que el señor está impresionado por nuestra consola, única en su especie -observó Madame Lavier-. Es una distinción que, según creemos, hace a «Les Classiques» diferente a los demás negocios de Saint-Honoré.

-¿Cómo funciona? -preguntó Bourne mientras subían, sintiendo que el dolor en los ojos lo cegaba.

-Cuando llama un cliente a «Les Classiques», no contesta el teléfono una frívola mujer, sino un caballero bien entrenado, que conoce toda la información al dedillo.

-Un toque elegante.

-Otros caballeros piensan lo mismo -agregó ella-. Especialmente cuando hacen por teléfono compras que prefieren mantener en secreto. No hay huellas en nuestros bosques, señor.

Llegaron a la espaciosa oficina de Jacqueline Lavier. Era el despacho de un ejecutivo eficiente: pilas de papeles cuidadosamente separadas sobre el escritorio, en la pared varias acuarelas, algunas de ellas firmadas, otras sin tocar, obviamente inaceptables. Las paredes estaban invadidas por fotografías enmarcadas de la «Bella Gente», cuya belleza se veía empañada a menudo por bocas exageradas, sonrisas tan falsas como la que adornaba la máscara de la dueña de esa oficina. Había cierta cualidad de mujer malvada en el aire perfumado; aquéllos eran los cuarteles generales de una tigresa envejecida, al acecho, lista para atacar a cualquiera que amenazara sus posesiones o la saciedad de sus apetitos. Y, sin embargo, era disciplinada; considerando la situación, un vínculo de unión muy estimable para Carlos.

¿Quién era el hombre de la consola telefónica? ¿Dónde lo había visto antes?

Se le ofreció un trago de una selección de botellas; eligió brandy.

-Siéntese, señor. Trataré de pedir la ayuda del propio Rene, si es que puedo encontrarlo.

-Es muy gentil de su parte, pero estoy seguro de que lo que usted elija será correcto. Tengo cierto instinto para los gustos; el suyo estará respaldado por su oficio. No me preocupa.

-Es usted muy generoso.

-Sólo cuando me dan garantías -respondió Jason, aún de pie-. Ahora me gustaría echar un vistazo a esas fotografías. Veo a muchos conocidos, sino amigos. Muchas de esas caras desfilan por los Bancos de las Bahamas con bastante frecuencia.

-Estoy segura de que es así -concedió Madame Lavier en un tono que hablaba de admiración hacia tales rumbos de las finanzas-. No tardaré mucho, señor.

Por cierto que no, pensó Bourne, mientras la socia gerente de «Les Classiques» abandonaba su oficina. Madame Lavier no era persona que dejara a un hombre rico y cansado demasiado tiempo para pensar. Volvería con los modelos más caros que pudiera hallar, con la mayor rapidez posible. En consecuencia, si había algo en la oficina que pudiera arrojar alguna luz sobre el intermediario de Carlos, había que hallarlo lo más rápidamente posible. Y si se encontraba allí, había que buscarlo sobre la mesa o dentro de ella. Jason caminó en torno a la imponente poltrona frente a la pared, simulando un divertido interés en la contemplación de las fotografías, pero concentrando su atención en el escritorio. Había facturas, recibos, cuentas impagadas, junto con severas cartas de protesta, que aguardaban la firma de Madame Lavier. Una libreta de direcciones estaba abierta, y en la página había escritos cuatro nombres; Bourne se acercó para mirar más de cerca. Cada uno de los nombres correspondía a una compañía, con los contactos individuales entre paréntesis y el cargo correspondiente subrayado. Se preguntó si sería capaz de memorizar cada compañía, cada contacto. Sólo veía un extremo de la página; el resto quedaba oculto por el aparato telefónico. Y había algo más, algo apenas discernible. Un trozo de cinta transparente, a lo largo del borde de una tarjeta, sosteniéndola en su sitio. La cinta era relativamente nueva, se veía recién colocada sobre el papel grueso y la madera reluciente; estaba limpia, sin bordes retorcidos ni señales de haberse encontrado mucho tiempo allí. *Instinto.*

Bourne tomó el teléfono y lo movió a un lado. Sonó el aparato, la campanilla vibró a través de su mano, su sonido lo alteró. Volvió a colocar el teléfono sobre el escritorio y dio unos pasos, en tanto que un hombre en mangas de camisa entró precipitadamente por la puerta abierta, procedente del corredor. Se detuvo, mirando a Bourne; la expresión de sus ojos demostraba cierta alarma, si bien evidenciaba impasibilidad. El teléfono sonó por segunda vez; el hombre se dirigió rápidamente al escritorio y tomó el receptor.

-¡Diga!

Hubo un silencio, en tanto el intruso escuchaba con la cabeza inclinada, concentrado en el que llamaba. Era un hombre musculoso, tostado por el sol, de edad indefinida; la piel curtida disimulaba los años. El rostro tenso, los labios delgados, cabello espeso y rizado de un castaño oscuro, bien disciplinado. Los tendones de sus brazos desnudos se movían bajo la carne mientras cambiaba el auricular de una mano a la otra, hablando en tono áspero:

-*Pas ici. Sais pas. Télephonez plus tara...* -Colgó y miró a Jason-. *Où est Jacqueline?*

-Hable despacio, por favor -rogó Jason, mintiendo-. Mi francés es muy limitado.

-Disculpe -respondió el hombre bronceado-. Buscaba a Madame Lavier.

-¿La dueña?

-El título es suficiente. ¿Dónde está?

-Despojándome de mi dinero.

Jason sonrió, llevándose la copa a los labios.

-¿Ah, sí? ¿Y quién es usted, *señor?*

-¿Y *usted?*

El hombre estudió a Bourne unos instantes.

-Rene Bergeron.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Jason-. Ella lo está buscando, Monsieur Bergeron. Me dijo que tenía que fijarme en sus diseños, que son la obra de un maestro en alza. -Bourne volvió a sonreír-. Usted es el motivo por el cual tengo que enviar un cable a Las Bahamas a pedir más dinero.

-Es usted muy amable, señor. Y le pido disculpas por haber entrado así, tan de golpe.

-Era mejor que contestara usted el teléfono en lugar de hacerlo yo. Berlitz me considera un fracaso.

-Compradores, proveedores, todos esos idiotas que gritan. Señor, ¿con quién tengo el honor de hablar?

-Mi nombre es Briggs -dijo Jason, sin tener la menor idea de qué fue lo que le inspiró el nombre, asombrado de lo rápido que le surgió, de una forma tan natural-. Charles Briggs.

-Es un placer conocerlo. -Bergeron le tendió la mano; el apretón fue firme-. ¿Ha dicho usted que Jacqueline me buscaba?

-Por culpa mía, me temo.

-Ya la encontraré.

El diseñador abandonó rápidamente la oficina. Bourne se encaminó hacia el escritorio, con los ojos fijos en la puerta y la mano en el teléfono. Se hizo a un lado. Sacó de debajo del aparato la libreta de direcciones telefónicas. Allí vio anotados dos números: reconoció el primero como correspondiente a Zurich; el segundo, obviamente, a París.

Instinto. Él tenía razón; aquel trozo de cinta transparente era todo lo que necesitaba. Miró los números, los memorizó, luego volvió a colocar el teléfono en su sitio y se alejó unos pasos.

Apenas había terminado de ordenar el escritorio cuando apareció Madame Lavier, con media docena de vestidos en los brazos.

-Me he encontrado con Rene en la escalera. Ha aprobado con gran entusiasmo mi selección. También me ha informado de que su nombre es Briggs, señor.

-Yo mismo tendría que habérselo dicho -replicó Bourne sonriendo a su vez; advirtió la irritación en el tono de voz de ella-. Pero no creo que usted me lo haya preguntado.

-Huellas en el bosque, señor. ¡Mire, aquí le traigo unas exquisiteces! -Separó los vestidos, colocándolos cuidadosamente sobre varias sillas-. Creo que éstas son algunas de las más bellas creaciones que Rene haya traído para nosotros.

-¿Traído para ustedes? Pero, ¿acaso él no trabaja para esta casa?

-Es una forma de decir; su estudio se encuentra al final del corredor, pero es un recinto sagrado. Hasta yo misma tiemblo cuando entro allí.

-Son magníficos -declaró Bourne, yendo de uno al otro-. Pero no quiero abrumarla; sólo intento apaciguarla -agregó, señalando tres modelos- Me quedaré con estos tres.

-¡Una excelente selección, Mr. Briggs!

-Anótelas junto con las otras, si es tan amable.

-Por supuesto. Por cierto que se trata de una dama muy afortunada.

-Es una buena compañera, pero no es más que una niña. Una niña malcriada, me temo. Sin embargo, he estado fuera mucho tiempo y supongo que le he prestado poca atención, así es que deberé hacer las paces con ella. Es una de las razones por las cuales la envié a Cap Ferrat. -Sonrió, extrayendo del bolsillo su billetera Louis Vuitton-. *La facture, s'il vous plait?*

-Haré que una de las muchachas se ocupe inmediatamente de ello. -Madame Lavier oprimió un botón del intercomunicador colocado junto a su teléfono. Jason la observó atentamente, preparado para formular algún comentario sobre la llamada que había respondido Bergeron, en caso de que ella advirtiese que el aparato estaba fuera de su lugar-. *Faites venir Janine... avec les robes. La facture aussi.* -Se puso de pie-. ¿Otro brandy, Mr. Briggs?

-*Merci bien.* -Bourne tendió su copa; ella la tomó y se dirigió al bar. Jason sabía que aún no había llegado el momento de hacer lo que tenía planeado; pronto llegaría ese momento, tan pronto como él pagara, pero no todavía. Sin embargo, podía continuar edificando proyectos con la socia gerente de «Les Classiques»-. Ese hombre, Bergeron -dijo-, ¿tiene contrato exclusivo con ustedes?

Madame Lavier se volvió, con la copa en la mano.

-¡Oh, sí! Aquí somos una familia muy estrechamente unida.

Bourne aceptó el brandy, dio las gracias y se sentó en el sillón frente al escritorio.

-Es un arreglo constructivo -manifestó, aparentemente como al azar.

La empleada alta y delgadísima con quien él había hablado por primera vez, entró en el despacho con un talonario de ventas en la mano. Se le impartieron rápidamente instrucciones, y los vestidos fueron adecuadamente separados mientras la factura cambiaba de manos. Madame Lavier la sostenía ostensiblemente, de modo que Jason pudiese verificar su contenido.

-*Voici la facture, monsieur* -le dijo.

Bourne sacudió la cabeza, desechando su examen.

-*Combien?* -preguntó.

-*Vingt-mille, soixante francs, monsieur* -respondió la socia de «Les Classiques», observando la reacción de él como un enorme y extraño pajarraco.

No hubo ninguna reacción. Jason se limitó a sacar cinco billetes de cinco mil francos de su billetera y a tendérselos a la mujer. Ella asintió y, a su vez, se los entregó a la esbelta vendedora, quien caminó con paso desgarbado rumbo a la puerta, llevando los vestidos.

-Le harán un paquete con todo, y lo traerán aquí, junto con el cambio. -Madame Lavier se encaminó a su escritorio y se sentó-. Así que se encuentra de paso para Ferrat. Debe de ser un sitio precioso.

Bourne pagó. Había llegado el momento.

-Una última noche en París, antes de regresar al *kindergarten* -dijo, alzando su copa en señal de burla.

-Sí, usted ha mencionado que su compañera es bastante joven.

-He dicho que era una niña, y eso es. Es una buena compañía, pero creo que prefiero la de mujeres algo más maduras.

-Debe de quererla mucho -comentó Madame Lavier, dando unos golpecitos a su perfecto peinado, aceptando el cumplido-. Le compra unas cosas preciosas y, le diré con toda franqueza, muy caras.

-Un precio insignificante considerando la opción que ella podría tener.

-¿Ah, sí?

-Es mi esposa, la tercera para ser exacto, y en las Bahamas debemos conservar las apariencias. Pero el asunto no está ni allí ni aquí; tengo mi vida relativamente en orden.

-Estoy segura de que es así, señor.

-Hablando de las Bahamas, se me ha ocurrido algo hace unos minutos. Por eso es por lo que le he preguntado acerca de Bergeron.

-¿De qué se trata?

-Usted pensará que soy un impetuoso; le aseguro que no es así. Pero cuando algo me sorprende, me gusta investigarlo a fondo. Puesto que Bergeron trabaja en exclusiva para ustedes, ¿alguna vez se les ha ocurrido abrir una sucursal en las islas?

-¿En las Bahamas?

-Y más al Sur también. En el Caribe, quizá.

-Señor, el negocio de Saint-Honoré es ya a menudo más de lo que podemos mantener. El que mucho abarca, poco aprieta, como suele decirse.

-No tendría por qué estar tan atendida; no en la forma que usted cree. Una concesión aquí, otra allí, diseños exclusivos, local propio a base de porcentaje. Nada más que una *boutique* o dos, expandiéndose, claro está, con cautela.

-Eso requiere un capital considerable, Monsieur Briggs.

-Sólo al principio. Lo que podría llamarse honorarios iniciales. Son elevados, pero no prohibitivos. En los mejores hoteles y clubes, eso depende, por lo general, de cómo conozca uno el sistema de administración.

-¿Y usted lo conoce?

-Magníficamente bien. Como le digo, sólo estoy explorando el asunto, pero pienso que la idea es interesante. La etiqueta de esta casa tendría cierta distinción: *«Les Classiques, París, Grand Bahama».*. Caneel Bay, tal vez. -Bourne sorbió el resto de su brandy-. Pero probablemente usted piensa que estoy loco. Considérelo simplemente como una charla... Si bien he hecho una inversión de unos pocos dólares como riesgo, esto se me ocurrió en el impulso del momento.

-¿Riesgos?

Jacqueline Lavier volvió a componerse el peinado.

-No me gusta exponer mis ideas, señora. Generalmente las guardo para mí.

-Sí, ya comprendo. Como usted dice, la idea tiene eso de interesante.

-Pienso que sí. Por supuesto, me gustaría saber qué tipo de arreglo tienen ustedes con Bergeron.

-Eso puede arreglarse, señor.

-Le diré lo que haremos -dijo Jason-. Si usted está libre, hablemos del asunto mientras tomamos unas copas, luego la llevaré a cenar. Es mi única noche en París.

-Y prefiere la compañía de mujeres más maduras -concluyó Jacqueline Lavier, y la máscara volvió a resquebrajarse en una sonrisa; el blanco hielo se derretía bajo unos ojos que ahora dejaban ya traslucir una cierta calidez.

-*C'est vrai, madame.*

-Eso puede arreglarse -repitió ella, estirándose para alcanzar el teléfono.

El teléfono. Carlos.

«Va a destrozarla -pensó Bourne-. Hasta podría llegar a asesinarla si se viera obligado. Y descubrirá la verdad.»

Marie se abrió paso entre la multitud hacia la cabina telefónica de la rué Vaugirard. Había reservado una habitación en el «Meurice», dejó el maletín en el mueble-escritorio, y exactamente durante veintidós minutos permaneció sentada sola allí, hasta que ya no pudo soportar más la espera. Se había sentado en una silla mirando hacia la blanca pared, pensando en Jason, en la locura de aquellos últimos ocho días que la habían arrojado a un torbellino más allá de todo razonamiento. Jason. El circunspecto, el aterrorizador y confundido Jason Bourne. Un hombre que llevaba dentro de sí tanta violencia y, sin embargo, cosa curiosa, tanta compasión. Y tan tremendamente capaz de desenvolverse en un mundo del que nada sabían los hombres comunes. ¿De dónde había surgido ese amor que ella sentía? ¿Quién le había enseñado a él a encontrar su camino a través de las oscuras callejuelas de París, de Marsella, de Zurich... y tal vez hasta de un lugar tan remoto como el Oriente? ¿Qué era para él el Lejano Oriente? ¿Cómo sabía los idiomas que allí se hablaban? ¿Cuáles *eran* esos idiomas? ¿O ese idioma?

Tao.

Che-sah.

Tam Quan.

Otro mundo, del que ella lo ignoraba todo. Pero sí conocía a Jason Bourne, o al hombre llamado Jason Bourne, y se aferraba a la decencia que adivinaba en él. ¡Oh, Dios mío, cómo lo amaba!

Ilich Ramírez Sánchez. Carlos. ¿Qué significaba ese hombre para Jason Bourne?

«¡Basta!», se había gritado a sí misma mientras se encontraba sola en esa habitación. Y entonces había hecho lo que tantas veces había visto hacer a Jason: se había levantado de la silla, como si el movimiento físico apartara las nieblas de su mente, o le permitieran abrirse paso a través de ellas.

Canadá. Tenía que ponerse en comunicación con Ottawa y descubrir por qué razón la muerte de Peter, mejor dicho, su asesinato, se había manejado en forma tan secreta, casi obscena. No tenía sentido; ella se oponía con toda la intensidad de su corazón. Porque también Peter había sido un hombre decente, y lo habían

asesinado hombres indecentes. A ella le dirían por qué o, de lo contrario, denunciaría la muerte (el asesinato). Gritaría a los cuatro vientos lo que sabía y agregaría, además: «¡Hagan algo!»

De modo que abandonó el «Meurice», tomó un taxi hasta la rué Vaugirard y pidió comunicación con Ottawa. Ahora esperaba fuera de la cabina, mientras la ira crecía en su interior; un cigarrillo sin encender, aplastado entre los dedos. Cuando sonó el timbre, se abalanzó hacia la cabina.

El timbre sonaba y sonaba. Abrió la puerta de vidrio de la cabina y entró.

-¿Eres tú, Alan?

-Sí.

La respuesta llegó en tono cortante.

-Alan, ¿qué demonios está sucediendo? Peter fue *asesinado,* ¡y en ningún diario ni en ninguna radio se ha leído ni oído una sola palabra al respecto! ¡Ni siquiera creo que la Embajada esté enterada del episodio! ¡Es como si a nadie le importara nada! ¿Qué estáis *haciendo?*

-Lo que se nos ordena. Y lo mismo harás tú.

-¿Qué dices? ¡Pero se trataba de *Peter.* ¡Era tu amigo! Escucha, Alan...

-¡No! -la interrumpió bruscamente-. Eres *tú* la que me va a escuchar. Vete de París. ¡Ahora mismo! Toma el primer avión que venga aquí. Si tienes algún problema, la Embajada se encargará de solucionarlo, pero tienes que hablar de esto únicamente con el embajador, ¿comprendido?

-¡No! -gritó Marie St. Jacques-. ¡No comprendo nada! ¡Peter fue asesinado y a nadie le importa nada! ¡Todo lo que dices no es más que basura burocrática! «No te dejes involucrar en esto. Nunca te dejes involucrar en estos asuntos.»

- ¡Mantente apartada, Marie!

-¿Apartada *de qué?* Eso es lo que no me vas a contar, ¿verdad? Bueno, será mejor...

-¡No puedo! -Alan bajó la voz-. No sé nada. Sólo te estoy diciendo lo que me han dicho que te diga.

-¿Quién te dio esa orden?

-No puedes preguntarme eso.

-¡Pues *sí* te lo pregunto!

-Escúchame, Marie. Hace veinticuatro horas que me fui de mi casa. Durante las últimas doce he permanecido aquí, esperando que llamaras. Trata de comprenderme, no te estoy *sugiriendo* que vuelvas. Son órdenes del Gobierno.

-¿Órdenes? ¿Sin explicaciones?

-Así como lo oyes. Sólo te diré esto: quieren que te apartes de este asunto; lo quieren a él aislado... Así es la cosa.

-Perdona Alan, pero así *no* es la cosa. Adiós. -Colgó bruscamente el auricular y luego se apretó las manos para impedir que temblaran de aquel modo. *¡Oh, Dios mío, lo amaba tanto...! y ellos estaban tratando de asesinarlo. Jason, mi Jason. Todos quieren asesinarte. ¿Por qué?*

El hombre vestido con traje convencional ante el intercomunicador oprimió la clavija de color rojo que bloqueaba las líneas, reduciendo todas las llamadas a la señal de ocupado. Hizo lo mismo una vez o dos en el lapso de una hora,

aunque fuese sólo para aclarar su mente y borrar todas las absurdas tonterías que se había visto obligado a tragarse durante los últimos minutos. Generalmente la necesidad de cortar todas las conversaciones lo acuciaba después de haber escuchado alguna particularmente tediosa. Y acababa de escucharla. La esposa de un diputado que trataba de disimular el elevadísimo precio de algo que había comprado, distribuyéndolo en varias compras, de modo que su marido no se enterase. ¡Suficiente! Necesitó varios minutos para respirar.

La ironía no le pasó inadvertida. No hacía muchos años, otros hombres se sentaban frente a intercomunicadores para desenmascararlo *a él.* En sus empresas en Saigón y en la sala de transmisión de su vasta plantación del delta del Mekong. Y allí estaba él ahora, frente del intercomunicador de otro hombre, en los perfumados alrededores de Saint-Honoré. Ya le había expresado mejor el poeta inglés: había más vicisitudes absurdas en la vida de un ser humano, que las que pudiera elaborar una sola filosofía.

Oyó risas en la escalera y miró hacia arriba. Jacqueline se retiraba temprano, sin duda con alguna de sus famosas y adineradas relaciones. No había duda. Jacqueline poseía un talento especial para extraer oro de una mina bien custodiada, aun diamantes de De Beers. No podía ver al hombre que la acompañaba; iba al otro lado de Jacqueline, con la cabeza extrañamente ladeada.

Entonces, en un instante, lo vio; los ojos de ambos se encontraron; el choque de las miradas fue breve y explosivo. De pronto, el operador del conmutador perdió el aliento; quedó en suspenso, en un instante de incredulidad, mirando un rostro, una cabeza que no había visto hacía muchos años. Y casi siempre en la penumbra, porque habían trabajado de noche... habían muerto de noche.

¡Oh Dios mío, era *él!* Volvía de las pesadillas vivientes (o ya muertas) a miles de kilómetros de distancia. ¡Era *él!*

El hombre de los cabellos grises se levantó del conmutador como en trance. Se quitó el auricular-micrófono y lo dejó caer al suelo. Al caer hizo un ruido estrepitoso, puesto que la consola se encendió en miles de luces de llamadas que entraban, sin hallar las conexiones correspondientes, llamadas que sólo eran respondidas con sonidos incoherentes. Se bajó de la plataforma y se encaminó rápidamente hasta el salón, para poder tener una mejor visión de Jacqueline Lavier y el fantasma que la escoltaba. El fantasma, que era un asesino, por sobre todos los hombres que él había conocido en su vida, un *asesino.* Ellos le habían dicho que podría ocurrir en cualquier momento, pero él nunca les había creído; ahora les creía. Ése *era* realmente *el hombre.*

Los vio con toda claridad. Lo vio *a él.* Atravesaban el salón principal en dirección a la entrada. Tenía que detenerlos. ¡Tenía que detenerla *a ella!* Pero gritar y salir corriendo implicaría muerte. Una bala en la cabeza, instantánea.

Llegaron a las puertas de entrada; *él* las mantuvo abiertas, instando a ella a salir a la calle. El hombre canoso corrió fuera de su escondite, hacia el salón que lo separaba de la entrada, y se dirigió al ventanal del frente. Y, ya en la calle, *él* llamó un taxi. Abría la puerta, ayudaba a Jacqueline a entrar en el vehículo. ¡Oh, Dios mío! ¡Ella se iba!

El hombre de mediana edad se volvió y corrió a toda velocidad hacia la escalera. Tropezó con dos atónitas clientes y una de las vendedoras, atropellando a las tres con violencia. Corrió escaleras arriba, a través de la balaustrada del piso superior, y atravesó el corredor, en dirección a la puerta abierta del estudio.

-¡Rene! ¡Rene! -gritó, entrando como una tromba.

Bergeron levantó la vista de su mesa de dibujo, atónito.

-¿Qué ocurre?

-¡Ese hombre que se va con Jacqueline! ¿Quién es? ¿Cuánto tiempo hace que está aquí?

-Probablemente será el norteamericano -repuso el diseñador-. Se llama Briggs. Un gordo ridículo; nos ha producido un día muy fructífero hoy.

-¿Adonde han ido?

-No sabía que se tuvieran que ir a ninguna parte.

-¡Se ha ido con él!

-Nuestra Jacqueline no suelta la presa, ¿eh? Tiene muy buen sentido.

-¡Hay que encontrarlos! ¡Hay que dar con ella!

-¿Por qué?

-¡Él sabe! ¡La va a asesinar!

-¿Qué?

-¡Es él! ¡Podría jurarlo! ¡Ese hombre es Caín!

15

-El hombre es Caín -afirmó el coronel Jack Manning, tajante, como si esperara que lo contradijesen al menos tres de los cuatro hombres vestidos de paisano, agrupados alrededor de la mesa de conferencias del Pentágono.

Todos eran mayores que él, y cada uno se consideraba con más experiencia que Manning. Ninguno estaba preparado para reconocer que el Ejército había obtenido una información, cosa que no había logrado ninguna de las organizaciones a las que ellos representaban. Había un cuarto personaje vestido de paisano, pero su opinión no contaba. Era un miembro del Comité de Supervisión del Congreso, y como tal debía ser tratado con deferencia, pero no necesariamente tomarlo en serio.

-Si no hacemos algún movimiento *ahora* -continuó Manning-, aun a riesgo de que salga a la luz todo lo que sabemos, podría escurrirse de nuevo de las redes. Hace unos once días se encontraba en Zurich. Nosotros estamos convencidos de que todavía está allí. Y, caballeros, ese hombre *es* Caín.

-Es una afirmación muy importante, de veras -comentó el académico calvo, con aspecto de ave, perteneciente al Consejo Nacional de Seguridad, mientras leía la página del sumario referente a Zurich, que se había repartido a todas los delegados a esa reunión.

Su nombre era Alfred Gillette, experto en evaluación y discriminación personal, y en el Pentágono se lo consideraba como un personaje brillante, vengativo y que poseía amigos que ocupaban posiciones elevadas.

-Yo la encuentro extraordinaria -agregó Peter Knowlton, director asociado de la CIA, un hombre de cincuenta y tantos años que perpetuaba la vestimenta, la apariencia y las actitudes de un miembro de la *Ivy League* de treinta años atrás-. Nuestras fuentes registran a Caín en Bruselas, *no* en Zurich, en esa misma

época, hace unos once días. Y es muy raro que nuestras fuentes de información cometan un error así.

-Eso *sí* que es una insólita afirmación -comentó el tercer individuo de paisano, el único de los que rodeaban la mesa a quien Manning respetaba de veras.

Era el de más edad; un hombre llamado David Abbott, ex nadador olímpico, cuyas cualidades intelectuales igualaban a sus proezas físicas. Ahora tenía ya casi setenta años, pero aún se mantenía erguido, la mente tan lúcida como siempre y, sin embargo, los años se evidenciaban en el rostro marcado por las tensiones de toda una vida que jamás habría de revelar. Era un hombre que sabía lo que decía, pensó el coronel. Si bien era miembro del omnipotente Comité de los Cuarenta, había trabajado para la CIA desde sus orígenes en la OSS. *El Monje Silencioso de Operaciones Secretas,* lo llamaban sus colegas de la CIA.

-En mis días en la CIA -continuó Abbott con una risita- era más frecuente que las fuentes informativas se mostraran más en desacuerdo que coincidentes.

-Nosotros tenemos distintos métodos de verificación -apremió el director asociado-. Con todo respeto, Mr. Abbott, le diré que nuestro equipo de transmisión trabaja de forma literalmente instantánea.

-Eso es equipamiento, no verificación. Pero no voy a discutir; parecería que ha surgido un equívoco. Bruselas o Zurich.

-Las pruebas de Bruselas son irrefutables -insistió Knowlton con firmeza.

-Está bien, oigámoslo -intervino el calvo Gillette, ajustándose las gafas-. Podemos volver a considerar el sumario de Zurich; lo tenemos aquí, frente a nosotros. También *nuestras* fuentes de información tienen algo que ofrecer, si bien no se contradice con Zurich ni con Bruselas. Algo que ha sucedido seis meses atrás.

Abbott, el de cabellos plateados, echó un vistazo a Gillette.

-¿Seis meses atrás? No recuerdo que el Consejo haya revelado nada sobre Caín hace seis meses.

-No fue totalmente confirmado -replicó Gillette-. Tratamos de no atosigar al Comité con informes no confirmados.

-Ésa también es una afirmación importante -repuso Abbott, sin necesidad de aclarar sus palabras.

-Senador Walters -interrumpió el coronel, mirando al hombre del Comité de Supervisión-, ¿tiene alguna pregunta que formular antes de que continuemos?

-¡Sí, qué diablos! -gruñó el sabueso del Congreso, nativo de Tennesse, estudiando con sus ojos inteligentes los rostros que lo rodeaban-. Pero dado que yo soy nuevo en esto, sigan ustedes; así yo sé dónde debo empezar.

-Muy bien, señor -dijo Manning, haciendo una señal a Knowlton, el hombre de la CIA-. ¿Qué es eso de Bruselas hace once días?

-En Place Tontainas fue asesinado un hombre, un comerciante clandestino de diamantes que trabajaba entre Moscú y Occidente. Operaba a través de una rama de Russolmaz, la firma soviética que coloca en el mercado ese tipo de compras y tiene su sede en Ginebra. Sabemos que ésa es una de las formas en que Caín esconde sus ingresos.

-¿Qué es lo que liga a Caín con ese crimen? -quiso saber el dubitativo Gillette.

-En primer término, el método. El arma fue una aguja larga, insertada en una plaza repleta de gente, al mediodía, con precisión quirúrgica. Caín ya la ha utilizado anteriormente.

-Eso es cierto -concedió Abbott-. En Londres, hace cosa de un año, fue un rumano; y otro, pocas semanas antes. Los dos fueron atribuidos a Caín.

-Atribuidos, pero no confirmados -objetó el coronel Manning-. Se trataba de desertores de las más altas esferas políticas; podían haber sido apresados por la KGB.

-O por Caín, con muchos menos riesgos para los soviéticos -apuntó el hombre de la CIA.

-O por Carlos -agregó Gillette, levantando la voz-. Ni Carlos ni Caín se interesan por ninguna ideología; los dos son mercenarios. ¿Por qué razón, cada vez que hay un crimen de importancia, lo adjudicamos a Caín?

-Cada vez que lo hacemos -replicó Knowlton, con obvia condescendencia- es porque fuentes informativas, desconocidas para ambos bandos, han proporcionado la misma información. Puesto que los informantes no se conocen entre sí, difícilmente podría tratarse de una conspiración.

-Todo parece coincidir de forma demasiado apropiada -afirmó Gillette, en tono desagradable.

-Volviendo a Bruselas -interrumpió el coronel-. Si se trataba de Caín, ¿por qué habría de asesinar a un contrabandista de la Russolmaz? Él lo utilizaba.

-Un comerciante clandestino -corrigió el director de la CIA-. Y por muchas razones, de acuerdo con nuestros informantes. El hombre era un ladrón; ¿y por qué no? La mayoría de sus clientes también eran ladrones; no podrán evitar los cargos. Él podría haber engañado a Caín; y si lo hizo, ésa habría sido su última transacción. O podría haber sido lo suficientemente estúpido como para especular con la identidad de Caín; aun el menor indicio de ello habría dado motivos para insertar la aguja. O quizá Caín simplemente quería borrar sus huellas. Pese a todo, las circunstancias, más las fuentes informativas, dejan escasas dudas respecto a la culpabilidad de Caín.

-Y habrá mucho más cuando se aclare el asunto de Zurich -dijo Manning-. ¿Podemos proceder con el sumario?

-Un momento, por favor. -David Abbott habló en tono casual, mientras encendía su pipa-. Creo que nuestro colega del Consejo de Seguridad ha dicho que lo ocurrido se relaciona con Caín hace seis meses atrás. Tal vez podríamos oír de qué se trataba.

-¿Por qué? -preguntó Gillette, con los ojos de lechuza escondidos tras los vidrios de sus quevedos-. El factor tiempo elimina la posibilidad de que haya sucedido en Bruselas *o* en Zurich. He dicho eso también.

-Sí, lo ha dicho -admitió el ex formidable *Monje,* de los Servicios Secretos-. Creo, sin embargo, que cualquier tipo del lugar podría resultar útil. Como también lo manifestara usted, podemos volver al tema del sumario; está justo frente a nosotros. Pero si eso no se considera de importancia, continuemos con el asunto Zurich.

-Gracias, Mr. Abbott -replicó el coronel-. Recordará usted que hace once días fueron asesinados cuatro hombres en Zurich. Uno de ellos era el guardián de un aparcamiento junto al río Limmat; puede suponerse que no estaba involucrado en las actividades de Caín, pero se vio atrapado por ellas. Otros dos hombres fueron

hallados en una callejuela de la zona Oeste de la ciudad, aparentemente crímenes no relacionados entre sí, excepto la cuarta víctima. Está ligada a los otros dos hombres de la callejuela, todos ellos partes del submundo de Zurich-Munich, y está, eso queda fuera de toda cuestión, conectado con Caín.

-Ése es Chernak -dijo Gillette, leyendo el sumario-. Al menos supongo que se trata de Chernak. Reconozco el nombre, y lo asocio de algún modo con el expediente de Caín.

-En efecto, debería asociarlo -replicó Manning-. Apareció por primera vez en un informe proporcionado por la G-DOS hace dieciocho meses, y volvió a saltar un año después.

-Y eso sería seis meses atrás -intervino Abbott en voz baja, mirando a Gillette.

-Sí, señor -continuó el coronel-. Si alguna vez se dio un ejemplo de lo que se llamó la escoria de la tierra, ése fue Chernak. Durante la guerra fue recluta checo en Dachau, interrogador trilingüe, tan brutal como cualquiera de los que había en el campo. Envió a polacos, eslovacos y judíos a las duchas después de sesiones de torturas en las que extraía, y elaboraba, información «incriminatoria» que los jefes de Dachau deseaban oír. No reparaba en nada con tal de lograr la aprobación de sus superiores, y se llevaban a cabo los procedimientos más sádicos para rivalizar con sus iniquidades. Lo que ellos no advertían era que *él* estaba catalogando *las de ellos.* Escapó después de la guerra, le destrozaron las piernas al pasar por una mina sin detectar y, sin embargo, se las arregló para subsistir pasaderamente gracias a sus extorsiones de Dachau. Caín lo encontró y lo utilizó como mensajero para recibir dinero en su nombre, y él se dedicó a asesinar por encargo.

-¡Espere un minuto! -objetó enérgicamente Knowlton-. Ya hemos tratado antes el asunto de Chernak. Si ustedes recuerdan, fue la Agencia la que lo descubrió primero; y lo habríamos atrapado mucho antes si el Estado no hubiera intercedido por varios funcionarios antisoviéticos importantes, dentro del Gobierno de Bonn. Usted supone que Caín ha utilizado a Chernak; pero no lo sabe a ciencia cierta, no tiene más pruebas que las que nosotros poseemos.

-Pero ahora lo sabemos -repuso Manning-. Hace siete meses y medio recibimos un dato respecto a un hombre que administraba un restaurante llamado «Drei Alpenhäuser»; se informó que se trataba de un intermediario entre Caín y Chernak. Lo vigilamos durante varias semanas, sin el menor resultado; era una figura secundaria en el submundo de Zurich, eso era todo. No nos interesamos más por él.

-El coronel hizo una pausa, satisfecho al descubrir que todos los ojos estaban fijos en él-. Cuando nos enteramos del asesinato de Chernak, nos arriesgamos. Hace cinco noches, dos de nuestros hombres se ocultaron en el «Drei Alpenhäuser», después de que el restaurante cerrara. Acorralaron a su propietario y lo acusaron de tener tratos con Chernak, de trabajar para Caín; armaron un escándalo para asustarlo Pueden imaginarse la sorpresa de nuestros hombres cuando el sujeto se rindió, se puso literalmente de rodillas, rogando que lo protegieran. Admitió que Caín se encontraba en Zurich la noche en que Chernak fue asesinado; que, en realidad, él había visto a Caín aquella noche y que había surgido el tema de Chernak. Sumamente negativo.

El militar volvió a hacer una pausa, y rompió el silencio un casi imperceptible silbido emitido por David Abbott, que sostenía la pipa frente al rostro.

-Bueno, ésa *sí* que es una revelación -comente el *Monje* en voz baja.

-¿Por qué no se pasó a la Agencia esa información recibida por ustedes hace siete meses? -preguntó Knowlton, en tono irritante.

-Porque no se podría probar.

-No podrían ustedes; tal vez sí si hubiera llegado a nuestras manos.

-Es posible. Admito que no nos ocupamos de él demasiado tiempo. El poder del hombre es limitado ¿quién de entre nosotros puede mantener una vigilancia inútil durante mucho tiempo?

-Nosotros podríamos haber turnado tal vigilancia con ustedes, de haberlo sabido.

-Y nosotros podríamos haberles quitado a ustedes el tiempo que utilizaron para preparar el caso Bruselas, si lo hubiéramos sabido.

-¿De dónde procedía esa información? -preguntó Gillette, interrumpiendo, impaciente, la mirada fija en Manning.

-Anónima.

-¿Puede dar su palabra sobre eso?

La expresión de pajarraco de Gillette disfrazó su asombro.

-Es una razón por la que se limitó la vigilancia que montamos al principio.

-Sí, está claro, pero, ¿quiere decir entonces que nunca lo averiguaron?

-Naturalmente que sí -respondió el coronel irascible.

-Aparentemente, sin demasiado entusiasmo -continuó Gillette, indignado-. ¿No se les ocurrió que alguien en Langley, o en el Consejo, podría haber colaborado, podría haber suministrado aclaraciones sobre algunas dudas? Estoy de acuerdo con Peter. Se nos debió haber informado.

-Hay una razón para que no lo hayamos hecho. -Manning respiró hondo; en un ambiente menos militar, podría haberse considerado como un suspiro-. El informante manifestó claramente que si acudíamos a cualquier otra rama no volvería a establecer nuevamente contacto con nosotros. Pensamos que teníamos que conformarnos con eso; ya nos había ocurrido antes.

-¿Qué está diciendo?

Knowlton dejó caer la hoja del sumario y miró al oficial del Pentágono.

-No es nada nuevo, Peter. Cada uno de nosotros tiene sus propias fuentes de información, y las protege.

-Ya lo sé. Por eso no se nos informó acerca del asunto de Bruselas. Ambos parásitos dijeron que había que mantener al Ejército fuera del caso.

Silencio. Roto únicamente por la irritada voz de Alfred Gillette, del Consejo de Seguridad.

-¿Cuántas veces «les ha ocurrido eso antes», coronel?

-¿Qué cosa?

Manning miró a Gillette, consciente, a la vez, de que David Abbott observaba fijamente a ambos.

-Me gustaría saber cuántas veces se les ha dicho que deben mantener en secreto esas fuentes de información. Me refiero a Caín, por supuesto,

-Varias veces, supongo.

-¿Supone?

-La mayor parte de las veces -insistió.

-¿Y usted, Peter? ¿Qué me dice de lo que ocurre en la Agencia?

-Se nos ha limitado mucho en términos dé diseminación profunda.

- ¡Por el amor de Dios!, ¿qué quiere decir *eso?* -La interrupción llegó de quien menos se esperaba: del delegado de Supervisión-. No me interpreten mal, todavía no he comenzado. Simplemente quisiera seguir el lenguaje que ustedes emplean. -Se volvió hada el hombre de la CIA-. ¿Qué diablos es eso que acaba de decir? ¿Lo de profunda...?

-Diseminación, senador Walters; es una palabra que figura a lo largo de todo el informe de Caín. Nos hemos arriesgado a perder informantes atrayendo sobre ellos el interés de otras unidades de espionaje. Se lo aseguro, es un procedimiento de rutina.

-Suena como si estuvieran probando a una vaca estéril.

-Casi con los mismos resultados -agregó Gillette-. Nada de cruces extraños que puedan corromper el *pedigree.* Y, a la inversa, nada de intercambiar experimentos para descubrir las causas de la ineptitud.

-Un bonito juego de palabras -expresó Abbott, con una sonrisa apreciativa-, pero no estoy muy seguro de comprenderlo.

-Yo diría que está bastante claro, ¡maldita sea! -replicó el hombre del NSC, mirando al coronel Manning y a Peter Knowlton-. Las dos ramas de espionaje más activas del país han estado recibiendo información acerca de Caín durante los últimos *tres* años, y no ha existido intercambio de elementos para verificar los orígenes del fraude. Simplemente, hemos recibido toda la información como dato fidedigno, y lo hemos aceptado y asimilado como válido.

-Bueno, hace mucho tiempo que damos vueltas alrededor de este asunto, demasiado tiempo, lo admito, pero aquí no se ha dicho nada que ya no haya oído antes -repuso el *Monje-.* Los informantes son personas peligrosas, y siempre están a la defensiva; guardan celosamente sus contactos. Ninguno trabaja por caridad, sino para su provecho y sustento.

-Me temo que está pasando por alto mi objetivo. Gillette se quitó las gafas-. Le dije antes que estaba alarmado debido a tantos crímenes que se le atribuían a Caín, o que se le atribuían *aquí,* cuando me parece que el asesino más experto de nuestra época, de la Historia quizá, ha sido relegado a un papel comparativamente menos importante. Creo que eso es un error. Me parece que en quien deberíamos concentrar nuestra atención es en Carlos. ¿Qué le ha sucedido a *Carlos?*

-Cuestiono sus palabras, Alfred -opuso el *Monje-.* Ya pasó la época de Carlos. Ahora es Caín quien ocupa el primer plano. Han cambiado los órdenes; han surgido nuevos cambios, y sospecho que las aguas están pobladas de tiburones mucho más feroces.

-No puedo estar de acuerdo con eso -replicó el hombre de Seguridad Nacional, sus ojos de lechuza fijos con expresión aburrida en el delegado de más edad de la rama de espionaje-. Perdóneme, David, pero se me ocurre que es el propio Carlos quien está al frente de esto. Para distraer la atención hacia alguien

que no sea él mismo, para obligarnos a concentrarnos en algo de mucha menor importancia. Estamos gastando todas nuestras energías persiguiendo a un desdentado tiburón fuera del agua, mientras los verdaderos tiburones permanecen libres, al acecho.

-Nadie se olvida de Carlos -objetó Manning-. Simplemente resulta que no se muestra tan activo como Caín.

-Tal vez sea eso exactamente lo que quiere hacernos creer -repuso Gillette, en tono helado-. Y por Dios que lo creemos.

-¿Puede dudarlo? -preguntó Abbott-. El récord de los éxitos de Caín es abrumador.

-¿Puedo dudarlo? -repitió Gillette-. Ésa es la cuestión, ¿no es verdad? Pero, ¿acaso alguno de nosotros puede estar seguro? Ésa es también una pregunta válida. Ahora venimos a descubrir que tanto el Pentágono como la CIA han estado literalmente operando de forma independiente entre sí, sin discutir siquiera la veracidad de sus fuentes de información.

-Una costumbre rara vez suspendida en esta ciudad -comentó Abbott, divertido. De nuevo, interrumpió el hombre de Supervisión.

-¿Qué es lo que está tratando de decir, Mr. Gillette?

-Me gustaría poseer más información acerca de las actividades de un tal Ilich Ramírez Sánchez. Es decir...

-Carlos -replicó el diputado--. Sí, todavía recuerda mis lecturas. Ya veo. Gracias. Continúen, caballeros.

Manning habló precipitadamente:

-Podríamos volver al tema Zurich, si les parece. Nuestra recomendación es ir de inmediato detrás de Caín. Podemos hacer correr la voz en el *Verbrecherwelt,* recurrir a todos los informantes de que disponemos, solicitar la colaboración de la Policía de Zurich. No podemos permitirnos perder un solo día más. El hombre en Zurich *es* Caín.

-Y entonces, ¿quién estaba en Bruselas? -El hombre de la CIA, Knowlton, hizo la pregunta tanto para sí como para los presentes-. El método era de Caín, los informantes no se podían equivocar a ese respecto. ¿Cuál sería el motivo?

-Proporcionarles a ustedes información falsa, obviamente -repuso Gillette-. Y antes de que hagamos gestiones espectaculares en Zurich, sugiero que cada uno relea el expediente de Caín y se dedique a investigar a fondo toda la información que se les haya suministrado. Las estaciones europeas, ¿han controlado exhaustivamente a cada informante que de modo tan milagroso ha suministrado información? Tengo la impresión de que podrían encontrarse con algo que no esperaban: la fina mano latina de Ramírez Sánchez.

-Puesto que se muestra tan insistente con lo de la clarificación, Alfred, ¿por qué no nos dice algo acerca de aquel incidente no confirmado que se produjo seis meses atrás? Aquí nos encontramos aparentemente en una situación algo peligrosa; podría resultarnos útil su relato.

Por primera vez en el transcurso de la conferencia, el irritable delegado del Consejo Nacional de Seguridad pareció vacilar.

-Recibimos la primera noticia aproximadamente a mediados de agosto, de una fuente fidedigna que tenemos en Aix-en-Provence, de que Caín iba camino de Marsella.

-¿En agosto? -exclamó el coronel-. ¿A Marsella? ¡Ése era Leland! El embajador Leland fue asesinado en Marsella. ¡Y en agosto!

-Pero no fue Caín quien disparó el rifle. Fue un crimen cometido por Carlos; eso *fue* confirmado. El calibre del arma coincidía con el de asesinatos anteriores, tres descripciones de un desconocido de cabello oscuro en el tercero y el cuarto pisos de un depósito, que llevaba una mochila al hombro. Nunca existió la menor duda de que el embajador Leland fue asesinado por Carlos.

-¡Por el amor de Dios! -gruñó el oficial-. ¡Esto fue después del hecho consumado, después del crimen! No importa de quién, había un contrato respecto a Leland, ¿no se les ha ocurrido eso? Si nosotros hubiésemos sabido de la existencia de Caín, podríamos haber protegido a Leland. ¡Era propiedad militar! ¡Maldita sea, hoy podría estar vivo!

-Difícil -repuso Gillette, con calma-. Leland no era de esa clase de hombres que podía vivir en un bunker. Y dado su estilo de vida, una advertencia a medias no le hubiera servido de nada. Además, si hubiéramos llevado a cabo una estrategia conjunta, una advertencia a Leland habría sido contraproducente.

-¿En qué sentido? -preguntó el *Monje* con aspereza.

-Esa explicación les corresponde enteramente a ustedes. Nuestra fuente de información tenía que establecer contacto con Caín durante la medianoche y las tres de la madrugada del día 25 de agosto, en la rué Sarrasin. Leland no debía llegar allí hasta el día 25. Como le digo, si hubiéramos trabajado en conjunto habríamos atrapado a Caín. Pero no fue así; Caín nunca apareció por allí.

-Y su *fuente informativa* insistió en cooperar sólo *con ustedes* -dijo Abbott-. Con exclusión de todos los demás.

-Sí -asintió Gillette, tratando, sin lograrlo, de ocultar su turbación-. A nuestro juicio, el riesgo de Leland había sido eliminado, lo cual, en términos de Caín, resultó ser la verdad, y las posibilidades de captura, mayores de lo que habían sido hasta el momento. Finalmente, habríamos encontrado a alguien dispuesto a salir a la luz e identificar a Caín. ¿Alguno de ustedes habría manejado las cosas de otro modo?

Silencio, roto esta vez por el astuto diputado de Tennesse, que habló en tono exageradamente claro, separando ostensiblemente las sílabas.

-¡Dios Todopoderoso..., qué pandilla de inútiles! Silencio, terminado por la voz solícita de David Abbott:

-Debo felicitarlo, señor, por ser el primer hombre honesto que se nos envía desde la colina del Congreso. El hecho de que no se haya sentido abrumado por la atmósfera enrarecida de estos honorables ámbitos, no escapa a ninguno de nosotros. Es una sensación sumamente refrescante.

-No creo que el legislador capte en toda su intensidad la delicadeza de...

-¡Oh, cállese, Peter! -repuso el *Monje-.* Creo que el diputado desea decir algo.

-Sólo unas palabras -declaró Walters-. Creía que todos ustedes habían cumplido ya su mayoría de edad. Quiero decir, que todos *parecen* personas mayores de edad, y por eso deberían ser más inteligentes. Se supone que son capaces de mantener conversaciones inteligentes, de intercambiar información en tanto se la respeta confidencialmente, y capaces asimismo de buscar soluciones en común. En lugar de ello, hablan como si fueran un grupo de niños que se pelean por sacar la sortija de premio. ¡Bonita manera de gastar el dinero de los contribuyentes!

-¡Usted exagera simplificando las cosas, señor! -estalló Gillette-. Usted está hablando de un utópico aparato descubridor de procedimientos. No existe tal cosa.

-Estoy hablando de personas razonables, señor. Soy abogado, y antes de asistir a esta función de circo he tenido en mis manos asuntos sumamente confidenciales todos los días de mi vida. ¿Qué diablos hay de nuevo en todo esto?

-¿Y cuál es su objetivo? -preguntó el *Monje.*

-Quiero una explicación. Durante más de dieciocho meses he permanecido sentado en mi escritorio del Subcomité de Asesinato del Senado. He hojeado miles de páginas, llenas de cientos de nombres, y del doble de teorías. No creo que exista allí la sugerencia de una conspiración o la sospecha de un asesino, que yo sepa. He vivido junto a esos nombres y esas teorías durante dos malditos años, y no creo que me quede ya nada por descubrir.

-Yo diría que sus credenciales eran muy impresionantes -interrumpió Abbott.

-Creo que podrían serlo; por eso acepté el cargo de contralor. Creí que iba a ser una contribución efectiva, pero ahora no estoy tan seguro. De pronto he empezado a preguntarme qué es lo que *hago* ahora.

-¿Por qué? -preguntó Manning con cierta aprensión.

-Porque he permanecido aquí sentado, escuchando la descripción de una operación que durará tres años, involucrando una amplia red de personal y de informantes, y de servicios de espionaje apostados en toda Europa, todo esto basado en un asesino cuya «lista de triunfos» se está tambaleando; ¿estoy sustancialmente en lo correcto?

-Continúe -respondió Abbott en voz baja, sujetando su pipa, con expresión absorta-. ¿Qué es lo que quiere preguntar?

-¿Quién es ese hombre? ¿Quién diablos es ese Caín?

16

El silencio duró exactamente cinco minutos, durante los cuales se miraron unos a otros, se aclararon varias gargantas y nadie se movió de su silla. Era como si hubieran llegado a una decisión sin discutirla: la evasión debía ser evitada. El diputado Efrem Walters, de las afueras de las colinas de Tennessee, según la *Yale Law Review,* no sería destituido con fáciles circunloquios que pactaran confidencialmente con clandestinas manipulaciones. Las tonterías sobraban.

David Abbott apoyó su pipa sobre la mesa; en el silencio, su proposición resonó estruendosamente.

-Lo mejor para todos es que un hombre como Caín reciba la menor publicidad posible.

-Eso no tiene objeción -dijo Walters-. Pero supongo que está empezando a tenerla.

-Así es. Es un asesino profesional, un experto, entrenado en una amplia gama de métodos para matar. Esta experiencia está a la venta, no tiene ninguna motivación política ni personal, todo le conviene, sea lo que fuere. Está en el negocio sólo para sacar provecho, y los beneficios que obtiene están directamente proporcionados con su reputación.

El diputado asintió con la cabeza.

-De modo que sólo manteniendo, en la medida de lo posible, los ojos cerrados sobre su fama, le evitará usted publicidad gratis.

-Exactamente. Hay un montón de maniáticos en este mundo con demasiados enemigos reales o imaginarios, que podrían fácilmente confiarse a Caín, si supieran de él. Por desgracia, más de los que podemos pensar lo han hecho. Hasta la fecha, treinta y ocho asesinatos pueden ser atribuidos directamente a Caín v, tal vez, entre doce y quince más.

-¿Ésa es la lista de sus «hazañas»?

-Sí. Y nosotros estamos perdiendo la batalla. Con cada nuevo asesinato se propaga su reputación.

-Estuvo inactivo por un tiempo -dijo Knowlton, de la CIA-. En estos últimos meses pensamos que podía haberse matado. Hubo varios de esos hechos probables, en los cuales los propios asesinos fueron eliminados. Creímos que él podía haber sido uno de ellos.

-¿Como en cuáles? -preguntó Walters.

-El de un banquero de Madrid, quien encauzaba los sobornos de la Compañía Europolitan para compras gubernamentales en África. Le dispararon desde un coche en marcha, en el Paseo de la Castellana. El chofer guardaespaldas hirió al conductor y al asesino; durante un tiempo creímos que el criminal había sido Caín.

-Recuerdo el incidente. ¿Quién pudo haber pagado por eso?

-Cualquier grupo de compañías -respondió Gillette- que quisiera vender coches dorados y prestar apoyo interior a inminentes dictadores.

-¿Qué más? ¿Quién más?

-El jeque Mustafá Kalig, en Omán -agregó el coronel Manning.

-Lo mataron en un frustrado golpe de Estado.

-No fue así -continuó el oficial-. No hubo tal atentado; fue confirmado por dos informantes de G-DOS. Kalig no era popular, pero los otros jeques no son tontos. Lo del atentado se dijo para cubrir un asesinato que hubiera podido tentar a otros asesinos profesionales. Tres inservibles, inoportunos y pendencieros, pertenecientes al cuerpo de oficiales, fueron ejecutados para dar mayor crédito al embuste. Por un momento, creímos que Caín era uno de ellos, pues el momento coincidió con el de la actividad de Caín.

-¿Quién podría haber pagado a Caín por asesinar a Kalig?

-Eso nos lo preguntamos una y otra vez -comentó Manning-. La única respuesta posible nos viene de un informante que pretende saberlo, pero no hay manera de confirmarlo. Dice que Caín lo hizo para probar que podía hacerse. Por él. Los jeques del petróleo viajan con la más eficaz seguridad del mundo.

-Hay varias docenas de otros incidentes -agregó Knowlton-. Hechos que tienen el mismo patrón, donde figuras altamente protegidas fueron asesinadas, y las fuentes de información se adelantan en implicar a Caín.

-Ya veo. -El diputado recogió el sumario de Zurich-. Pero, por lo que yo deduzco, ustedes no saben quién es él.

-No hay dos descripciones iguales -intervino Abbott-. Caín, aparentemente, es un virtuoso del disfraz.

-Sin embargo, hay gente que lo ha visto, que ha hablado con él. Sus informantes, este hombre en Zurich; ninguno de ellos podría salir al descubierto y testificar, pero sin duda alguna ustedes los han interrogado. Y tienen que haber llegado a una conclusión, a *algo.*

-Hemos llegado, y con gran cantidad de detalles -replicó Abbott-, pero no tenemos una descripción consistente. Para sus contactos, Caín nunca se deja ver a la luz del día. Celebra sus reuniones por la noche, en habitaciones oscuras o en callejones. Si alguna vez se ha reunido con más de una persona a la vez (como Caín), no sabemos nada. Nos han dicho que nunca permanece de pie; siempre está sentado en un restaurante en penumbra, o en una silla en un rincón, o en un coche estacionado. A veces usa gruesas gafas; otras, nada; en una cita puede presentarse con pelo oscuro; en otra, blanco o rojo, o bien con sombrero.

-¿Idioma?

-Aquí estamos más cerca -dijo el director de la CIA, ansioso por poner sobre la mesa la investigación hecha por su compañía-. Inglés, francés, y varios dialectos orientales. Todos con fluidez.

-¿Dialectos? ¿Qué dialectos? ¿No es un idioma más importante?

-Por supuesto, es de raíz vietnamita.

-Viet... -Walters se inclinó hacia delante-. ¿Por qué tengo la idea de que llegué a un punto sobre el que ustedes no me han dicho lo suficiente?

-Porque usted es probablemente bastante astuto en el interrogatorio, consejero. Abbott cogió un fósforo y encendió la pipa.

-Pasaderamente alerta -aceptó el diputado-. Ahora, ¿de qué se trata?

-Caín -dijo Gillette, posando brevemente sus ojos sobre David Abbott-. Sabemos de dónde viene.

-¿De dónde?

-Más allá del Sudeste asiático -respondió Manning, como si estuviera soportando la herida de un cuchillo-. Hasta donde podemos saber, domina esos dialectos como para ser entendido tanto en la zona montañosa, a lo largo de las rutas fronterizas con Camboya y Laos, como en las zonas rurales del norte de Vietnam. Creemos en estos antecedentes. Coinciden.

-¿Con qué?

-Con la Operación Medusa. -El coronel cogió un sobre largo y de grueso papel manila que había a su izquierda. Lo abrió y extrajo, entre otros, un legajo que había adentro, y lo puso frente a él-. Éste es el de Caín -dijo inclinándose ante el sobre abierto-. Es el material de Medusa, los aspectos de ella que puedan tener relación con Caín.

El de Tennessee se retrepó en la silla, con la sombra de una sonrisa sardónica cruzando sus labios.

-¿Saben, caballeros, que me matan con sus sentenciosos títulos? Entre paréntesis, esto es fantástico, muy siniestro, muy ominoso. Creo que ustedes, compañeros, deben tomar un curso sobre esta clase de cosas. Siga, coronel, ¿qué es esa Medusa?

Manning miró brevemente a David Abbott, y luego habló:

-Fue la consecuencia clandestina del concepto de «busque y destruya»; destinado a operar detrás de las líneas enemigas, durante la guerra de Vietnam. En la década de los sesenta, y al principio de los setenta, norteamericanos, franceses, británicos, australianos y nativos voluntarios, formaron equipos para operar en territorio ocupado por los norvietnamitas. Sus objetivos eran la interrupción de las comunicaciones y de las líneas de abastecimiento del enemigo, la localización de los campos de prisioneros y, además, el asesinato de líderes locales identificados como colaboradores de los comunistas, y de los comandantes enemigos, siempre que fuera posible.

-Era una guerra dentro de otra guerra -intervino Knowlton-. Por desgracia, las apariencias raciales y los idiomas hacen la intervención infinitamente más peligrosa que, por ejemplo, la de los servicios secretos alemanes y holandeses, o la resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial. Por lo tanto, el reclutamiento occidental no fue siempre tan selectivo como debiera haber sido.

-Había docenas de esos grupos -continuó el coronel-. El personal iba desde viejos jefes de la Marina que conocían muy bien las costas, hasta franceses dueños de plantaciones cuya única esperanza de reparación estaba en la victoria norteamericana. Aventureros británicos y australianos que vivieron en Indochina durante años, así como militares y civiles profesionales del Servicio Secreto norteamericano sumamente motivados. También, inevitablemente, se agregaba un grupo bastante grande de criminales, en especial contrabandistas, hombres que traficaban con armas, narcóticos, oro y diamantes en toda el área de los mares, al sur de China. Se convertían en enciclopedias ambulantes cuando llegaba el momento de desembarcos nocturnos o cuando se necesitaban las rutas de la jungla. Muchos de los hombres que usábamos eran desertores o fugitivos de los Estados Unidos, algunos muy bien educados, todos llenos de recursos. Necesitábamos de su experiencia.

-Ésta es una peculiar selección de voluntarios -interrumpió el diputado-. Viejos jefes de la Marina y el Ejército, aventureros británicos y australianos, colonos franceses y bandas de ladrones. ¿Cómo diablos hicieron para lograr que trabajasen juntos?

-Dándole a cada uno de acuerdo con su codicia -replicó Gillette.

-Promesas -amplió el coronel-. Garantías de rango, promociones, perdones, bonificaciones directas en efectivo, y, en algunos casos, la oportunidad de robar dinero de la propia operación. Como ve, todos ellos tenían que ser un poco locos, nosotros lo comprendíamos. Los entrenamos secretamente usando claves, métodos de transporte, de emboscadas y para matar. Hasta armas, sobre las que el comando de Saigón no sabía nada. Tal como Peter dijo, los riesgos eran increíbles; las capturas terminaban en tortura y ejecución; el precio era alto, ellos lo pagaban. La mayoría de la gente podría haberlos llamado una colección de paranoicos, pero eran genios en lo tocante a la destrucción y al asesinato. Especialmente el asesinato.

-¿Cuál era el precio?

-La operación Medusa sufrió más de un noventa por ciento de bajas. Pero se ha de tener en cuenta que entre aquellos que nunca regresaron había muchos que nunca pensaron hacerlo.

-¿De ese grupo de ladrones y fugitivos?

-Sí. Algunos cobraron considerables sumas de dinero de Medusa. Creemos que Caín es uno de esos hombres.

-¿Por qué?

-Su *modus operandi.* Usó claves, trampas, métodos para matar y transporte, que fueron desarrollados y especializados durante el entrenamiento para Medusa.

-Entonces, ¡por el amor de Dios! -irrumpió Walters-, tienen una línea directa a su identidad. No me importa dónde estén enterrados. No me cabe duda de que no querrán hacerlo público, pero supongo que los expedientes fueron conservados.

-Lo fueron y los hemos extraído de todos los archivos clandestinos, inclusive este material de aquí. -El oficial golpeteó con los dedos los documentos que tenía frente a sí-. Hemos estudiado todo, hemos puesto las listas bajo el microscopio, hemos introducido toda la información en la computadora. Todo lo que se pueda pensar. No hemos avanzado más que cuando empezamos.

-Eso es increíble -dijo el diputado-. O increíblemente incompetente.

-No realmente -protestó Manning-. Tenga en cuenta de quién se trata, de con qué hemos tenido que trabajar. Después de la guerra, Caín hizo su reputación en todo el este de Asia, desde tan al Norte como Tokio, para luego ir bajando a través de las Filipinas. Malasia, Singapur, con algunos viajes secundarios a Hong Kong, Camboya, Laos y Calcuta. Hace unos dos años y medio comenzaron a llegar informes a nuestras estaciones asiáticas y a nuestras Embajadas. Existía un asesino a sueldo, y su nombre era Caín. Sumamente profesional, cruel. Estos informes comenzaron a aumentar con una frecuencia alarmante. Parecía que Caín estaba involucrado en todo crimen importante. Nuestros informantes llamaban a las Embajadas en medio de la noche, o detenían a los agregados en la calle, siempre con la misma información. Había sido Caín, Caín era el autor. Un crimen en Tokio, un coche volado en Hong Kong, una caravana de narcóticos emboscada en el Triángulo, un banquero abatido en Calcuta, un embajador asesinado en Moulmain, un técnico ruso o un hombre de negocios norteamericano, muertos en las calles de Shanghai. Caín estaba en todas partes, su nombre era susurrado por docenas de veraces informantes, en cada sector vital del Servicio Secreto. Aun así, nadie ni una sola persona en toda el área del

Pacífico, podía venir a darnos una identificación real. ¿Dónde podíamos comenzar?

-Pero en ese tiempo, ¿no habían establecido ya el hecho de que él había pertenecido a Medusa? -preguntó el sureño.

-Sí. Firmemente.

-Entonces, veamos los legajos individuales de Medusa, ¡maldito sea!

El coronel abrió el legajo que había sacado de la carpeta de Caín.

-Éstas son las listas de las víctimas. Entre los occidentales blancos que desaparecieron de la Operación Medusa, y cuando digo desaparecieron significa desvanecidos sin dejar rastros, figuran los siguientes: setenta y tres norteamericanos, cuarenta y seis franceses, treinta y nueve australianos, veinticuatro británicos y alrededor de cincuenta hombres blancos, reclutados entre los neutrales de Hanoi y entrenados en el campo, nosotros nunca conocimos a la mayoría de *ellos.* Cerca de doscientas treinta posibilidades; ¿cuántas son callejones sin salida?, ¿quién está vivo?, ¿quién está muerto? Y aun cuando conociéramos el nombre de cada hombre de los que actualmente sobreviven, ¿quién es él ahora?, ¿qué es él? Ni siquiera estamos seguros de su nacionalidad. Pensamos que es norteamericano, pero no hay pruebas de ello.

-Caín es uno de los temas presentes en nuestras constantes presiones sobre Hanoi para que dé cuentas de los desaparecidos en acción -explicó Knowlton-. Mantenemos en circulación estos nombres junto con las nóminas de la división.

-Y hay un problema en esto, también -agregó el oficial del Ejército-. Las fuerzas de contraespionaje de Hanoi torturaron y ejecutaron a muchísimos miembros de Medusa. Estaban enterados de la operación, y nunca descartamos la posibilidad de una infiltración. Hanoi sabía que los miembros de Medusa no eran tropas de combate, no usaban uniforme. Jamás se les exigió rendir cuentas de nada.

Walters alargó la mano.

-¿Puedo? -dijo inclinándose hacia las páginas unidas con grapas.

-Por supuesto. -El oficial se las alcanzó al diputado-. Usted comprenderá, por supuesto, que estos nombres permanecen aún clasificados, lo mismo que la propia operación Medusa.

-¿Quién tomó tal decisión?

-Es una orden ejecutiva inviolable de sucesivos presidentes, basada en una recomendación del Estado Mayor Conjunto y respaldada por el Comité de Servicios Armados del Senado.

-Una considerable fuerza, ¿no es así?

-Fue considerado como de interés nacional -dijo el hombre de la CIA.

-En ese caso, no voy a discutir -concedió Walters-. El espectro de semejante operación no podrá hacer mucho por la gloria de la «Vieja Gloria». Nosotros no enseñamos a asesinos, y mucho menos los entrenamos. -Recorrió las hojas-. Y, en algún lugar de aquí, hay un asesino que nosotros adiestramos y entrenamos y que ahora no podemos encontrar.

-Sí, creemos eso -dijo el coronel.

-Usted dijo que él hizo su reputación en Asia, pero que luego se trasladó a Europa. ¿Cuándo?

-Hace alrededor de un año.

-¿Por qué? ¿Tienen algunas ideas?

-Yo sugerí las obvias -manifestó Peter Knowlton-. Se expansionó más de lo debido. Algo le fue mal, y se sintió amenazado. Ser un asesino blanco entre los orientales es, de hecho, una situación peligrosa. Le había llegado el momento de marcharse. Su reputación *estaba* hecha; y no había escasez de trabajo en Europa.

David Abbott se aclaró la garganta.

-Yo quisiera presentar otra posibilidad, basada en algo que ha dicho Alfred hace algunos minutos. -El *Monje* hizo una pausa y se inclinó deferentemente hacia Gillette-. Ha dicho que habíamos sido forzados a concentrarnos en «un tiburón de arena, sin dientes, mientras el pez amarillo vagaba libremente». Creo que ésa fue la frase, aunque no sean las palabras exactas.

-Sí -confirmó el hombre del Consejo Nacional de Seguridad-. Me he referido a Carlos, por supuesto. No es a Caín a quien tenemos que seguir, sino a Carlos.

-Por supuesto, Carlos. El asesino más esquivo de la Historia moderna, un hombre de quien muchos de nosotros pensamos, con seguridad, que ha sido el responsable, en uno u otro sentido, de los asesinatos más trágicos de nuestra época. Usted estaba en lo cierto, Alfred, y, en cierta manera, yo estaba errado. No nos podemos permitir el lujo de olvidar a Carlos.

-Gracias -dijo Gillette-. Me alegro de haber contribuido en algo con mi punto de vista.

-Lo ha hecho. Al menos para mí. Pero también me ha hecho pensar. ¿Puede imaginarse la tentación para un hombre como Caín, al operar en los brumosos confines de un área plagada de aventureros, fugitivos y regímenes corruptos hasta el cuello? ¡Cómo debe de haber envidiado a Carlos, cómo se debe de haber sentido de celoso, de ese mundo europeo más rápido, brillante y tanto más lujoso. ¡Cuan a menudo se habrá dicho a sí mismo: «Yo soy mejor que Carlos»! No importa lo fríos que sean estos individuos, sus egos son inmensos. Supongo que se fue a Europa a conquistar ese mundo mejor... o a destronar a Carlos. El pretendiente, señor, quiere obtener el título. Quiere ser el campeón.

Gillette clavó la vista en el *Monje.*

-Es una interesante teoría.

-Y si yo lo seguí bien -intervino el diputado de Supervisión- localizando a Caín, podremos llegar hasta Carlos.

-Exactamente.

-No estoy seguro de que *yo* lo haya seguido -comentó, incómodo, el director de la CIA-. ¿Por qué?

-Dos gallos en un gallinero -replicó Walters-. Se enfrentarán.

-Un campeón no entrega su título de buena gana.

-Abbott alcanzó su pipa-, pelea hasta el fin para retenerlo. Como dice el diputado, continuaremos siguiendo la pista a Caín, pero también debemos buscar otras pistas en el bosque. Y cuando logremos encontrar a Caín, si lo logramos, quizá debamos contenernos. Esperar a Carlos, para llegar después a él -sentenció con un gesto.

-Y entonces, atraparlos a los dos -agregó el oficial.

-Muy esclarecedor -apostilló Gillette.

La reunión concluyó, y sus miembros se retiraron lentamente. David Abbott se detuvo ante el coronel del Pentágono, quien estaba recogiendo las páginas del archivo de Medusa. Había reunido las hojas con las listas de las víctimas, y se disponía a guardarlas.

-¿Puedo echar un vistazo? -preguntó Abbott-. Nosotros no tenemos una copia allá en Forty.

-Éstas fueron nuestras instrucciones -replicó el oficial-, y creo que provienen de usted. Sólo tres copias, una aquí, otra en la Agencia y otra en el Consejo.

-Sí, provienen de mí. -El silencioso *Monje* sonrió benignamente-. Hay demasiados condenados civiles en mi parte de la ciudad.

El coronel se volvió para contestar una pregunta que le hizo el diputado de Tennessee. David Abbott no escuchó. En cambio, sus ojos recorrieron rápidamente las columnas de nombres; se alarmó. Muchos de ellos habían sido señalados para computarlos. Y su contabilidad era lo único que no podía permitir. Nunca. ¿Dónde *estaba* él? Era el único hombre en aquella habitación que conocía el nombre. Podía sentir el latido de su corazón cuando llegó a la última página. El nombre estaba.

Bourne, Jason C. Último lugar conocido: Tam Quan. ¡En nombre de Cristo!, *¿qué había pasado?*

Rene Bergeron colgó de golpe el teléfono de su escritorio, con voz apenas más tranquila que sus gestos.

-Hemos probado en todos los cafés, restaurantes y bares que ella solía frecuentar.

-No hay un solo hotel en París que lo tenga en sus registros -dijo el telefonista de cabellos grisáceos, sentado frente a un segundo teléfono, cerca del tablero de dibujo-. Ya han pasado más de dos horas; ella podría estar muerta y, si no lo está, tal vez lo esté deseando.

-No puede decir mucho -murmuró Bergeron-, menos que nosotros.

-Sabe bastante. Llamó a Pare Monceau.

-Ha retransmitido mensajes, sin estar segura a quién.

Pero sabía por qué.

-También Caín, puedo asegurarle. Y podría cometer un grotesco error con Pare Monceau. -El dibujante se inclinó hacia delante, con sus poderosos antebrazos en tensión, mientras entrelazaba las manos, sus ojos fijos en el hombre de cabellos grises-. Dígame otra vez todo lo que recuerde. ¿Por qué está tan seguro de que es Bourne?

-No lo sé; yo le dije que era Caín. Si me describió correctamente sus métodos, él es el hombre.

-Bourne *es* Caín. Lo confirmamos a través de los archivos de Medusa. Por eso ha sido usted contratado.

-Admitamos que es Bourne, pero ése no es el nombre que usaba. Por supuesto, algunos hombres de Medusa no habrían permitido que fueran usados sus nombres reales. A ellos se les garantizaban falsas identidades. Tenían antecedentes criminales. Él podría haber sido uno de aquellos hombres.

-¿Por qué él? Otros desaparecieron. Usted desapareció.

-Podría decir que porque él estaba aquí, en Saint-Honoré, y eso debería ser suficiente. Pero hay más, mucho más. Yo lo he visto en plena acción. Fui asignado a una misión dirigida por él, lo que no fue una experiencia fácil de olvidar; no, no lo fue. Ese hombre podría ser, *debería* ser Caín.

-Cuénteme.

-Nos arrojamos en paracaídas, de noche, sobre un sector llamado Tam Quan; nuestro objetivo era rescatar a un norteamericano llamado Webb, que había sido capturado por los vietcong. No lo conocíamos, y los peligros de supervivencia eran tremendos. Hasta el vuelo desde Saigón fue horrendo. El ventarrón soplaba con fuerza a tres mil metros de altura, el avión vibraba como si se fuera a caer. Aun así, él nos ordenó saltar.

-¿Y usted lo hizo?

-Su arma apuntaba a nuestras cabezas. A cada uno de nosotros, a medida que nos aproximábamos a la escotilla. Podríamos sobrevivir a los elementos, pero no a un balazo en la cabeza.

-¿Cuántos eran ustedes?

-Diez. .

-Lo podrían haber dominado.

-Usted no lo conoce -replicó.

-Siga -dijo Bergeron, concentrado, inmóvil en su escritorio.

-Ocho de nosotros nos reagrupamos en el suelo. Los otros dos, supusimos, no sobrevivieron al salto. Fue asombroso que yo lo hubiera hecho. Yo era el mayor, y pesado como un toro, pero conocía el área; por eso fui enviado. -El hombre de cabellos grises hizo una pausa, sacudiendo la cabeza ante el recuerdo- . Menos de una hora más tarde nos dimos cuenta de que habíamos caído en una emboscada. Corrimos como lagartijas a través de la jungla. Durante las noches, él salía solo, sorteando las explosiones de los morteros y de las granadas. Para matar. Siempre regresaba antes del amanecer, para forzarnos a acercarnos más y más al campamento. Entonces, yo creía que era simplemente un suicidio.

-¿Por qué lo hicieron? Él debería haberles dado una razón, pertenecían ustedes a Medusa, no eran soldados.

-Nos dijo que era la única manera de salir vivos, y había lógica en eso. Estábamos muy lejos, detrás de las líneas. Necesitábamos los abastecimientos que pudiéramos encontrar en el campamento, si lográbamos tomarlo. Él decía que debíamos hacerlo, no teníamos alternativa. Si alguien se opusiera, le metería una bala en la cabeza. Nosotros lo sabíamos. A la tercera noche tomamos el campamento y hallamos a Webb más muerto que vivo, pero todavía respirando. También encontramos a los dos hombres extraviados de nuestro grupo, vivos y atontados por lo que había ocurrido. Un hombre blanco y un vietnamita habían sido comprados por el Cong para atraparnos, para atraparlo a él, sospecho.

-¿A Caín?

-Sí, los vietnamitas nos vieron y escaparon. Caín disparó al hombre blanco en la cabeza. Tengo entendido que, simplemente, caminó hacia él y se la voló.

-¿Los llevó de regreso? ¿A través de las líneas?

-A cuatro de nosotros, y también a Webb. Cinco hombres fueron asesinados. Durante aquella terrible jornada de regreso creo que entendí por qué los rumores sobre él podían ser ciertos: era el miembro mejor pagado de Medusa.

-¿En qué sentido?

-Era el hombre más frío que jamás haya visto, el más peligroso, absolutamente impredecible. Yo pensaba entonces aquélla debía de ser una extraña guerra para él; era un Savonarola, pero sin principios religiosos; sólo tenía su propia y extraña moralidad, la cual se centraba en sí mismo. Todos los hombres eran sus enemigos, los líderes en particular, y no le importaba ni un ápice ninguno de los de cada lado. -El hombre de mediana edad hizo otra pausa, con los ojos sobre el tablero de dibujo, aunque su mente, obviamente, se hallaba a miles de kilómetros de distancia y atrás en el tiempo-. Recuerde. Medusa se formó con hombres diversos y desesperados. Muchos eran paranoicos en su odio a los comunistas. Mate a un comunista y Cristo sonreirá; ridículos ejemplos de enseñanza cristiana. Otros, como yo mismo, teníamos fortunas que nos habían sido usurpadas por los Viet-Minh; la única posibilidad de restitución era que los norteamericanos ganaran la guerra. Francia nos había abandonado en Dien Bien Phu. Pero había docenas de hombres que vieron que se podían hacer fortunas con Medusa. Las sacas de Correo contenían a menudo entre cincuenta y setenta y cinco mil dólares norteamericanos. Un correo que extrajera la mitad de cada una, durante diez o quince viajes, podría retirarse a Singapur o Kuala Lumpur, o instalar su propia red de narcóticos en el Triángulo. Más allá del pago exorbitante, y frecuentemente el perdón de crímenes pasados, las oportunidades eran ilimitadas. En ese grupo coloqué a aquel hombre tan extraño. Era un pirata moderno en el más puro sentido.

Bergeron soltó sus manos.

-Espere un minuto; ha dicho usted «una misión que él dirigió». Había militares en Medusa; ¿está usted seguro de que él no era un militar norteamericano.

-Norteamericano estoy seguro, pero ciertamente no un militar.

-¿Por qué?

-Odiaba a los militares en todos sus aspectos. Su desprecio por el comando de Saigón estaba en cada decisión que tomaba. Consideraba a los militares tontos e incompetentes. En cierta ocasión, las órdenes nos fueron radiadas a Tam Quan. Él interrumpió la transmisión y dijo al general del regimiento que se fuera al diablo, porque él no lo obedecería. Un oficial del Ejército difícilmente podría hacer algo así.

-A menos que se dispusiera a abandonar su profesión -dijo el dibujante-, como París lo abandonó a usted, y usted hizo todo lo que pudo, robando a Medusa, estableciendo sus propias y escasamente patrióticas actividades, donde quiera que fuere.

-Mi país me traicionó a mí antes de que yo lo traicionara a él, René.

-Volviendo a Caín: ha dicho que Bourne no era el nombre que usaba; ¿cuál era?

-No me acuerdo. Como también le he dicho, para muchos, los nombres no eran pertinentes. Él era para mí simplemente «Delta».

-¿Mekong?

-No, alfabeto, creo.

-Alfa, Bravo, Charlie... Delta -dijo Bergeron, pensativamente, en inglés. Pero en muchas operaciones la clave «Charlie» fue remplazada por «Caín», porque Charlie se había hecho sinónimo de «Cong»; Charlie se transformó en Caín.

-Absolutamente cierto. Así que Bourne eligió una letra y asumió «Caín». Podía haber elegido «Eco», «Foxtrot» o «Zulú», u otros veintitantos. ¿Cuál es la diferencia? ¿Cuál es su punto de vista?

-Él eligió Caín deliberadamente. Era simbólico. Lo quería claramente desde un principio.

-¿Qué quería claramente?

-Que Caín remplazara a Carlos. *Piense:* «Carlos» es la forma española de Charles. Charlie. La palabra Caín fue el sustituto de Charlie-Carlos. Ésa fue su intención desde el principio. Caín podía remplazar a Carlos. Y él quería que Carlos lo supiera.

-¿Carlos lo supo?

-Por supuesto. La noticia brotó en Amsterdam y Berlín, Ginebra y Lisboa, Londres, y precisamente aquí en París. Caín está disponible; pueden hacerse contratos; sus honorarios son inferiores a los de Carlos. ¡El corroe! Está constantemente corroyendo la importancia de Carlos.

-Dos gallitos en el mismo ruedo. Sólo puede quedar uno.

-Será Carlos. Hemos atrapado al envanecido gorrión. Está en alguna parte, a dos horas de Saint-Honoré.

-Pero, ¿dónde?

-No importa. Lo encontraremos. Después de todo, él nos encontró a nosotros. Volverá. Su ego se lo va a exigir. Y luego el águila descenderá en picado para atrapar al gorrión; Carlos lo matará.

El viejo se ajustó la muleta bajo el brazo izquierdo, corrió la cortina negra y se metió en el confesionario. No se sentía bien; la palidez de la muerte se reflejaba en su cara, y se alegraba de que la figura con el hábito de sacerdote, más allá de la cortina transparente, no pudiera verlo claramente. El asesino podría no encargarle más trabajos si parecía demasiado agotado como para llevarlos a cabo; necesitaba trabajar ahora. Sólo le quedaban semanas, y tenía responsabilidades que cumplir. Habló:

-*Ángelus Domini.*

-*Ángelus domini,* hijo de Dios -llegó el susurro.

-¿Sus días son tranquilos?

-Están por llegar a su fin, pero me los hacen tranquilos.

-Sí. Creo que éste será su último trabajo para mí. Sin embargo, es de tal importancia, que sus honorarios serán el quíntuple de lo habitual. Espero que le sirvan de ayuda.

-Gracias, Carlos. Usted sabe, entonces...

-Sí, sé. Esto es lo que tiene que hacer, y la información debe dejar este mundo con usted. No puede haber lugar para ningún error.

-Yo siempre he sido exacto. Y ahora también lo seré e iré hacia mi propia muerte.

-Muera en paz, viejo amigo. Es más fácil... Irá a la Embajada vietnamita y preguntará por un agregado llamado Phan Loe. Cuando estén solos, dígale esto: «En marzo de 1968, Medusa, Sector Tam Quan. Caín estaba allí. Otro también.» ¿Lo ha entendido?

-Marzo de 1968, Medusa. Sector Tam Quan. Caín estaba allí. Otro también.

-Él le dirá cuándo regresar. Será en un par de horas.

17

-Creo que ya es tiempo de que hablemos de una *fiche confidentielle* que salió de Zurich.

-¡Dios mío!

-Yo no soy el hombre que ustedes buscan.

Bourne sujetó por la mano a la mujer, evitando que ella huyera hacia los pasillos del concurrido y elegante restaurante en Argenteuil, a pocos kilómetros de París. La pavana se acabó, se terminó la gavota. Estaban solos; el aterciopelado reservado del restaurante era una prisión.

-¿Quién *es* usted?

La Lavier gesticuló, tratando de liberar su mano; las venas de su maquillado cuello se veían turgentes.

-Un rico norteamericano que vive en las Bahamas. ¿No lo cree?

-Debería haberme dado cuenta -opuso ella-. Ni cuentas, ni cheques, sólo efectivo. Ni siquiera miró la cuenta.

-Ni los precios antes de la cuenta. Fue lo que la trajo hacia mí.

-Fui una tonta. Los ricos siempre se fijan en los precios, aunque sólo sea por el placer de rebajarlos.

Mientras hablaba, la Lavier miraba a su alrededor, buscando un lugar en los corredores, un camarero a quien pudiera alertar. Escapar.

-No lo haga -dijo Jason, mirándola a los ojos-. Sería una tontería. Nos entenderemos mejor si hablamos.

La mujer lo miró. El puente del hostil silencio estaba acentuado por el susurro de la gran estancia, pobremente iluminada por los candelabros y por las oleadas intermitentes de las apagadas risas de las mesas cercanas.

-Le pregunto una vez más -dijo ella-: ¿Quién es usted?

-Mi nombre no es importante; decídase por uno que yo le haya dado.

-¿Briggs? Ése es falso.

-También lo es Larousse, y figura en la documentación del alquiler de un coche que recogió a tres asesinos en el Banco Valois. Fracasaron. También fallaron esta tarde en Pont Neuf. Él huyó.

-¡Oh, Dios! -gritó ella, tratando de zafarse.

-¡Le he dicho que *no*!

Bourne la sostuvo firmemente, tirándola hacia atrás.

-¿Y si grito?

La empolvada máscara estaba resquebrajada ahora por líneas de rencor; el lápiz labial, rojo brillante, parecía circunscribir el gruñido de un viejo roedor acorralado.

-Yo gritaré más fuerte -replicó Jason-. Nos echarán a los dos, y, una vez afuera, no creo que usted sea inmanejable para mí. ¿Por qué no hablar?

Podríamos aprender algo el uno del otro. Después de todo, somos empleados, no empleadores.

-No tengo nada que decirle.

-Entonces, voy a empezar yo. Puede ser que cambie de idea.

Aflojó el puño cautelosamente. La tensión continuaba en su blanca y empolvada cara, pero disminuía a medida que se aflojaba la presión de sus dedos. La mujer estaba lista para escuchar.

-Ustedes pagaron un precio en Zurich. Nosotros también; obviamente, más alto que ustedes. Estamos detrás del mismo hombre. Sabemos por qué *nosotros* lo queremos. -La liberó-. Ustedes, ¿por qué?

Ella permaneció en silencio unos segundos. Lo estudió en silencio, con sus ojos enojados y todavía temerosos. Bourne supo que había formulado la pregunta con exactitud, porque el hecho de que Jacqueline Lavier no le hablara, podría significar una equivocación peligrosa. Esto podría costarle la vida a ella, si las subsiguientes preguntas no eran contestadas.

-¿Quiénes son «nosotros»? -preguntó ella.

-Una compañía que quiere su dinero. Una gran cantidad de dinero. Él lo tiene.

-Entonces no se lo ganó.

Jason sabía que debía ser cuidadoso. Se suponía que él debía saber más de lo que sabía en realidad.

-Digamos que hubo un equívoco.

-¿Cómo pudo haberlo? Lo haya ganado o no, apenas tenía una posición intermedia.

-Es mi turno -dijo Bourne-. Usted ha contestado una pregunta con otra y yo no la he olvidado. Ahora, volvamos al punto. ¿Por qué lo quieren ustedes? ¿Por qué el teléfono privado de uno de los mejores comercios de Saint-Honoré está registrado en una *fiche* en Zurich?

-Era un favor, señor.

-¿Para quién?

-¿Está usted loco?

-Está bien. Dejémoslo por ahora. Pensemos que, de todas maneras, nosotros lo sabemos.

-Imposible.

-Puede ser que sí, o que no. Conque fue un favor... para matar a un hombre.

-No tengo nada que decir.

-Hace un rato, cuando he mencionado el coche, usted ha tratado de escapar. Eso significa algo.

-Una reacción perfectamente natural. -Jacqueline Lavier tocó el pie de su copa de vino-. Hice los arreglos para el alquiler del coche. No me importa decírselo, porque no hay evidencias de que yo lo laya hecho. Más allá de eso, no sé nada de lo que pasó. -Repentinamente, ella apretó el vaso, con una expresión de furia y miedo dominados-. ¿Quiénes *son* ustedes?

-Ya se lo he dicho. Una compañía que quiere que le devuelvan su dinero.

-¡Están interfiriendo! ¡Váyanse de París, abandonen el caso!

-¿Por qué deberíamos hacerlo? Somos la parte damnificada; queremos que el balance sea corregido, tenemos derecho a eso.

-No tienen derecho a nada -le espetó Madame Lavier-. El error fue de ustedes, y pagarán por él.

-¿Error? -Tenía que ser *muy* cuidadoso. Estaba aquí, justamente debajo de la ruda superficie; los ojos de la verdad podrían ser vistos bajo el hielo -Déjese de tonterías. Robar no es un error cometido por la víctima.

-El error reside en su elección, señor. Usted eligió al hombre equivocado.

-Robó millones en Zurich -replicó-. Pero usted sabe eso. Él tomó millones, y si cree que van a quitárselos, lo cual es lo mismo que quitárnoslos a nosotros, están muy equivocados.

-¡Nosotros no queremos dinero!

-Me alegra saberlo. ¿Quiénes son «nosotros»?

-Creo que ha dicho que sabían.

-He dicho que teníamos una idea. La suficiente como para desenmascarar a un hombre llamado Koenig en Zurich, y otro, D'Amacourt, aquí en París. Si nos decidimos a hacerlo, esto podría ser una dificultad mayor, ¿no?

-¿Dinero? ¿Dificultades? ¡Ésos no son *puntos de disputa!* Todos ustedes están entregados por completo a la estupidez. Se lo voy a decir otra vez. Salgan de París. Abandonen el caso. Esto no es ya de su incumbencia.

-Tampoco creemos que sea de la suya. Francamente, no creemos que sean competentes.

-*¿Competentes?* -repitió la Lavier, como si no creyera en lo que había oído.

-Perfecto.

-¿Tiene alguna idea de lo que está *diciendo?* ¿De quién está *hablando?*

-No importa. A menos que ustedes se retiren, le sugiero que lleguemos a un acuerdo claro y preciso. Se pueden inventar falsos cargos, no atribuibles a nosotros, por supuesto. Desenmascarar a Zurich, el Valois. Llamar a la Sureté, a la Interpol. Cualquier persona y cualquier cosa para provocar una cacería humana, una cacería masiva.

-Está usted loco y es un tonto.

-No del todo. Tenernos amigos que ocupan cargos muy importantes; primero obtendremos la información. Esperaremos en el lugar exacto, en el momento preciso. Lo apresaremos.

-Ustedes *no* lo van a apresar. ¡Desaparecerá otra vez! ¿No se dan cuenta? Él está en París, y una red de personas que él desconoce está buscándolo. Se puede haber escapado una vez o dos, pero no una tercera. Ahora está atrapado. ¡Nosotros lo hemos atrapado!

-No queremos que ustedes lo hagan. Eso no nos conviene. -Era casi el momento, pensó Bourne. Casi, pero no del todo. Su miedo retenía su enojo. Tenía que obligarla a revelar la verdad-. Aquí está nuestro ultimátum, y nosotros la hacemos responsable de transmitirlo; de lo contrario, se reunirá con Koenig y D'Amacourt. Suspenda su cacería esta noche. Si no lo hace, nos moveremos a primera hora de la mañana; empezaremos a gritar. «Les Classiques» será el negocio más popular de Saint-Honoré, pero no creo que tenga la gente adecuada.

La cara empolvada se resquebrajó.

-No se atreverán ustedes. ¿Cómo pueden atreverse? ¿Quiénes *son* para decir eso?

Él hizo una pausa, luego contestó:

- Un grupo que no le importa mucho de su Carlos.

La Lavier quedó helada, con los ojos desorbitados, y la piel tan tensa, que parecía un pergamino.

- Usted lo conoce - murmuró ella - . ¿Y piensa que pueden oponérsele? ¿Cree que es un contrincante para Carlos?

- La verdad, sí.

- Está loco. A Carlos no se le da un ultimátum.

- Acabo de hacerlo.

-Entonces, es usted hombre muerto. Alce su voz a *cualquiera, y* no terminará el día. Tiene hombres en todas partes; lo tumbarán en la calle.

- Lo harían si supieran a quién tienen que tumbar - replicó Jason -. Olvida usted que nadie lo sabe. Pero ellos saben quién es usted. Y Koenig y D'Amacourt. Al minuto de ser desenmascarada, deberá ser eliminada; ya no le será de utilidad a Carlos. Pero a mí nadie me conoce.

- *Olvida usted,* señor, que yo sí lo conozco.

- Ésa es la menor de mis preocupaciones... Descúbrame... después de que el daño esté hecho y antes de que la decisión sea tomada, considerando su propio futuro. No durará mucho tiempo.

- Eso es una locura. Sale de la nada y habla como un loco. ¡No puede hacer eso!

- ¿Sugiere un arreglo?

-Tal vez - respondió Jacqueline Lavier - , todo es posible.

-¿Está usted en posición de negociar?

- Estoy en posición de transmitir un arreglo... mucho mejor que aceptar un ultimátum. Otros lo retransmitirán al que decide.

-Lo que me está diciendo es lo que yo le dije hace unos minutos. Podemos hablar.

-En efecto, podemos hablar, señor - coincidió Madame Lavier, con los ojos luchando por su vida.

-Entonces, empecemos por lo obvio.

-¿Qué es?

La verdad. Ahora.

-¿Qué es Bourne para Carlos? ¿Por qué lo quiere a él?

-¿Qué es *Bourne?* - La mujer quedó paralizada. El rencor y el miedo fueron remplazados por una expresión de shock -. ¿Puede *usted* preguntar *eso?*

-Voy a preguntárselo otra vez - dijo Jason, oyendo los violentos latidos de su corazón - . ¿Qué es Bourne para Carlos?

-¡Caín!... Usted lo sabe tan bien como yo. Él fue su error, su elección. ¡Eligió usted el hombre equivocado!

Caín. Escuchó el nombre, y su eco irrumpió en estallidos de ensordecedores truenos, y con cada estallido, el dolor lo sacudió como dardos ardientes, uno tras otro, a través de su cabeza; su mente y su cuerpo retrocedían ante la embestida

del nombre. Caín. Caín. La neblina estaba allí otra vez. La oscuridad, el viento, las explosiones.

Alfa, Bravo, Caín, Delta, Echo, Foxtrot... Caín, Delta, Caín, Delta... Caín.

Caín es Charlie.

¡Delta es Caín!

-¿Qué le pasa?

-Nada. -Bourne había deslizado la mano derecha sobre su muñeca izquierda, asiéndola fuertemente; sus dedos la presionaban con tal fuerza, que creyó que su piel se podía romper. Tenía que hacer *algo;* detener el temblor, disminuir el ruido, rechazar el dolor. Tenía que *aclararse* la mente. Los ojos de la verdad lo estaban mirando. No podía mirar a lo lejos. Estaba ahí, en el hogar, y el frío lo hacía tiritar-. Siga -dijo, tratando de dominar su voz; su resultado fue un susurro; él no podía ayudarse a sí mismo.

-¿Se encuentra mal? Está muy pálido y...

-Estoy bien -interrumpió secamente-. Le he dicho que *siga.*

-¿Qué tengo que decirle?

-Dígalo todo. Quiero oírlo.

-¿Por qué? No hay nada que usted no sepa. Usted eligió a Caín. Destituyó a Carlos. Piensa que lo puede destituir ahora. Se equivocó antes, y vuelve a equivocarse.

Te mataré. Te apretaré la garganta hasta que quedes sin aliento. ¡Dime! ¡Por el amor de Dios, dime! Al final queda sólo mi principio. Debo conocerlo.

-Eso no importa -replicó-. Si está buscando un arreglo, aunque sólo sea para salvar su vida, dígame por qué debemos escuchar. ¿Por qué Carlos es tan inexorable... tan paranoico... con Bourne? Explíquemelo como si yo no lo hubiera escuchado ya antes. Si no lo hace, los nombres que no deben ser mencionados se esparcirán por todo París, y usted estará muerta al caer la tarde.

La Lavier estaba rígida, con su máscara de alabastro puesta.

-Carlos seguirá a Caín hasta los confines de la Tierra y lo matará.

-Sabemos eso; lo que ahora queremos es saber por qué.

-Tiene que hacerlo. Mírese a usted mismo. A la gente como usted.

-Eso no tiene sentido. Ustedes no saben quiénes somos.

-No necesito saberlo. Sé lo que han hecho.

-¡Aclárelo!

-Lo he hecho. Ustedes escogieron a Caín en vez de a Carlos, ése fue su error. Eligieron al hombre equivocado. Pagaron al asesino indebido.

-El asesino... indebido.

-Ustedes no fueron los primeros, pero serán los últimos. El arrogante pretendiente morirá aquí en París, lleguemos o no a un acuerdo.

-Elegimos al asesino equivocado... Las palabras flotaban en la elegante y perfumada atmósfera del restaurante.

El trueno ensordecedor retrocedía, aun enojado, pero lejos, en las nubes tormentosas; la niebla se estaba aclarando, círculos de vapor se arremolinaban a su alrededor. Comenzaba a ver, y lo que veía era el contorno de un monstruo. No un mito, sino un monstruo. Otro monstruo. Había dos.

-¿Puede usted dudarlo? -preguntó la mujer-. No interfiera con Carlos. Déjele atrapar a Caín. Déjele tener su venganza. -Hizo una pausa, con ambas manos fuera de la mesa; Madre Rata-. No le prometo nada, pero *hablaré* por usted, por las pérdidas que su gente tuvo que soportar. Es posible... sólo posible, ¿usted comprende...?, que su convenio pueda ser aceptado por aquel al que ustedes debieron elegir en primer lugar.

-Aquel que deberíamos haber elegido... Porque nosotros elegimos equivocadamente.

-¿Usted ve eso, o no lo ve, señor? Carlos debe ser *informado* de que usted lo ve así. Quizá... sólo quizás, él podría sentir simpatía por sus pérdidas, si fuera convencido de que usted reconoció su error.

-¿Es ése su arreglo? -inquirió Bourne sin interés, tratando de encontrar una salida.

-Todo es posible. Nada bueno se puede lograr con sus amenazas. Eso se lo puedo asegurar. Para ninguno de nosotros, y soy lo suficientemente franca como para incluirme. Sólo habrá asesinatos inútiles, y Caín permanecerá atrás, riéndose. Y ustedes no perderán una vez, sino dos.

-Si eso es verdad... -Jason tragó, casi ahogándose, mientras el aire seco llenaba el vacío de su sedienta garganta-. Entonces, yo tendré que explicar a mi gente, por qué nosotros... elegimos... al hombre indebido -*¡Basta! ¡Termina la frase! ¡Domínate!-.* Dígame todo lo que sabe sobre Caín.

-¿Con qué propósito?

La Lavier puso las manos en la mesa: sus uñas rojas y brillantes parecían las diez puntas de un arma.

-Si elegimos al hombre erróneo, estuvimos mal informados, ¿no?

-Ustedes oyeron decir que él era el igual de Carlos, ¿no? Que sus honorarios eran más razonables; sus dispositivos, más contenidos; además, se involucraban menos intermediarios, no existía la posibilidad de que se siguiera la pista a un contacto. ¿No es así?

-Puede ser.

-Por supuesto que lo es. Es lo que se le ha dicho a todo el mundo; todo es una mentira. El poder de Carlos reside en sus fuentes de información de largo alcance, información *infalible.* En su elaborado sistema para llegar a la persona correcta, precisamente en el momento justo, previo a un asesinato.

-Parece demasiada gente. Había demasiada gente en Zurich, demasiada también aquí en París.

-Todos ciegos, señor. Todos ellos.

-¿Ciegos?

-Para expresarlo claramente, yo he formado parte de la operación durante varios años, y me he encontrado de un modo u otro con docenas de personas que desempeñaban funciones menores; ninguna es importante. Todavía debo conocer a una persona que haya hablado con Carlos o que, por lo menos, tenga una idea sobre quién es.

-Esto es sobre Carlos. Yo quiero saber sobre Caín. ¿Qué es lo que *usted* sabe sobre Caín.

¡Conserva el dominio! ¡No puedes volverte! ¡Mírala, mírala!

-¿Por dónde debo empezar?

-Con lo primero que le venga a la mente. ¿De dónde vino él?

¡No mires para otro lado!

-¡Del sudeste de Asia, por supuesto!

-Por supuesto.

¡Oh! ¡Dios!

-Del grupo norteamericano Medusa. Nosotros sabemos que...

Medusa. Los vientos, la oscuridad, el resplandor de las luces, el dolor. El dolor se hundía a través de su cráneo. Él no estaba allí ahora, pero sí donde había estado. Un mundo lejano en el tiempo y en la distancia. El dolor. ¡Oh, Jesús! El dolor...

¡Tao!

¡Che-Sab!

¡Tam Quan!

¡Alfa, Bravo, Caín... Delta!

¡Delta... Caín!

Caín es Charlie.

Delta es Caín.

-¿Qué es lo que pasa? -La mujer parecía asustada. Estaba estudiándolo; su cara, sus ojos lo recorrían, atravesando los suyos-. Está sudando. Sus manos tiemblan. ¿Está sufriendo un ataque?

-Pasará en seguida. -Jason se soltó la muñeca y buscó un pañuelo para secarse la frente-. Siga. No tenemos mucho tiempo. Hay que llegar hasta algunas personas, tomar decisiones. Su vida es probablemente una de ellas. Volviendo a Caín, ha dicho usted que proviene de la parte norteamericana de Medusa.

-*Les mercenaires du diable* -dijo la Lavier-. Ése era el sobrenombre dado a Medusa por los colonos de Indochina... lo que quedó de ellos. Bastante apropiado, ¿no le parece?

-No importa nada lo que yo crea. Ni lo que sepa. Quiero escuchar lo que *usted* piensa, lo que *usted* sabe sobre Caín.

-Su ataque lo hizo rudo.

-Mi impaciencia me ha hecho impaciente. Usted ha dicho que elegimos al hombre equivocado. Si lo hicimos, es porque tenemos la información incorrecta. *Les mercenaires du diable.* ¿Está usted sugiriendo que Caín es francés?

-En absoluto. Usted me juzga muy pobremente. Sólo he dicho eso para demostrarle cuan profundamente penetramos en Medusa.

-Fuimos la gente que trabajó para Carlos.

-Usted puede decirlo.

-Lo diré. Si Caín no es francés, ¿qué es?

-Sin lugar a dudas, norteamericano.

¡Oh, Dios!

-¿Por qué?

-Todo lo que él hace lleva el sello de la audacia norteamericana. Él empuja y obliga, con poca o ninguna sutileza, llevándose el crédito por lo que no le corresponde, reivindicando asesinatos con los que no tuvo nada que ver. Ha estudiado los métodos y las conexiones de Carlos como ningún otro hombre en el

mundo. Nos informaron que los narra con perfecta fidelidad a los potenciales clientes, y a menudo sin usurpar el lugar de Carlos, convence a los tontos de que fue él y no Carlos el que aceptó y cumplió los encargos. -La Lavier se detuvo-. He dado en el clavo, ¿no? Él hizo lo mismo con usted y con su gente, ¿sí?

-Quizá.

Jason se cogió otra vez la muñeca, mientras las afirmaciones volvían a él. Afirmaciones hechas en respuesta a claves, en un espantoso juego.

Stuttgart. Ratisbona. Munich. Dos asesinatos y un secuestro. Atribuidos a Baader. Honorarios de procedencia norteamericana...

¿Teherán? Ocho asesinatos. ¡Responsabilidad dividida! Jomeini y OLP. Honorarios, dos millones. Sector del sudeste soviético.

¿París...? Todos los contratos deberían ser procesados vía París.

¿Los contratos de quién?

Sánchez... Carlos.

-...siempre como un recurso transparente.

La Lavier había hablado sin que él la hubiese escuchado.

-¿Qué ha dicho usted?

-Ha estado recordando, ¿no? Usó el mismo ardid con usted, con su gente; así es como consigue sus encargos.

-¿Encargos? -Bourne puso en tensión los músculos de su estómago, hasta que el dolor lo devolvió a la mesa de aquel restaurante, iluminado por candelabros, en Argenteuil-. Entonces consigue encargos -dijo inútilmente.

-Y los lleva a cabo con habilidad considerable, nadie puede negarle eso. Su récord de asesinatos es impresionante. En muchos aspectos, es el segundo de Carlos, no su igual; pero está muy por encima de la categoría de los *guerrilleros.* Es un hombre de inmensa pericia, extremadamente imaginativo, una adiestrada arma letal, salida de Medusa. Pero es su arrogancia, sus mentiras a expensas de Carlos, las cosas que lo van a destruir.

-¿Y todo eso hace que sea norteamericano? ¿O son sus prejuicios? Tengo idea de que le gusta el dinero norteamericano, y que ustedes imitan todo lo que ellos exportan.

Inmensa pericia, extremadamente imaginativo, una adiestrada arma letal... Port Noir, La Ciotat, Marsella, Zurich, París.

-Está más allá de todo prejuicio, señor; la identificación es positiva.

-¿Cómo la lograron?

La Lavier tocó el pie de su copa y lo envolvió con el índice.

-Un hombre descontento fue comprado en Washington.

-¿ Washington ?

-Los norteamericanos también buscan a Caín. Con un intencionado acercamiento a Carlos, sospecho. Medusa nunca se ha dado a conocer al público, y Caín puede llegar a convertirse en una extraordinaria complicación. Este hombre disconforme estaba en posición de darnos una gran cantidad de informes, incluyendo los archivos de Medusa. Fue una simple cuestión de confrontar los nombres con los de Zurich. Simple, para Carlos, no para cualquier otro.

Demasiado simple, pensó Jason. Sin saber por qué, aquel pensamiento lo hería.

-Ya lo veo -comentó.

-¿Y ustedes? ¿Cómo se las arreglaron para encontrarlo? No a Caín, por supuesto, sino a Bourne.

A través de las nieblas de su ansiedad, Jason recordó otro informe, no suyo, sino relatado por Marie.

-Muy simple -respondió-. Le pagamos el dinero por medio de un depósito a corto plazo, en una cuenta. El superávit, invertido ciegamente en otra. Los números pueden ser reconstruidos; es un ardid impositivo.

-¿Caín permitió eso?

-Él no lo sabía. Las cifras eran pagadas... como usted paga diferentes números, números de teléfono, en una *fiche.*

-Lo felicito.

-No es necesario; pero sí lo es todo lo que sepa sobre Caín. Hasta aquí no ha hecho más que aclarar e identificar. Ahora, siga. Todo lo que sepa sobre este hombre, Bourne, todo lo que hayan dicho.

Sé cuidadoso. Elimina la tensión de tu voz. Estás meramente... evaluando los datos. Marie, tú me advertiste esto. Querida, querida Marie. Gracias a Dios que no estás aquí.

-Lo que sabemos sobre él es incompleto. Procuró destruir la mayor parte de los archivos vitales. Una lección que indudablemente aprendió de Carlos. Pero no lo logró con todos. Nosotros pudimos reconstruir un bosquejo. Antes de ser reclutado por Medusa, él era supuestamente un hombre de negocios de habla francesa, residente en Singapur, que representaba a un grupo de importadores norteamericanos, desde Nueva York a California. La verdad es que él fue destituido por el grupo, el cual trató luego de obtener su extradición de regreso a Estados Unidos, para ser juzgado. Les había robado cientos de miles. Era conocido en Singapur como un recluso muy poderoso en operaciones de contrabando, y terriblemente despiadado.

-Antes de eso -interrumpió Jason, sintiendo otra vez que el sudor le brotaba en el cuero cabelludo-. Antes de Singapur, ¿de dónde vino?

¡Sé cuidadoso! ¡Las imágenes! Podía ver las calles de Singapur. Prince Edward Road, Kim Chuan, Boon Tat Street, Maxwell, Cuscaden.

-Ésos son los antecedentes que nadie puede encontrar. Sólo existen rumores sin importancia. Por ejemplo, se dijo que era un jesuita expulsado que había enloquecido. Otra versión decía que había sido un joven y agresivo banquero inversionista, sorprendido cuando robaba fondos de común acuerdo con algunos Bancos de Singapur. No hay nada concreto. Nada cuya pista pueda seguirse. Antes de Singapur, nada.

Está equivocada; había y mucho. Pero nada de esto forma parte de ello. Hay un vacío que debe ser llenado. Y usted no puede ayudarme. Quizá nadie pueda. Quizá nadie deba.

-Hasta aquí no me ha dicho usted nada alarmante -dijo Bourne- nada relativo a la información por la que estoy interesado.

-¡Entonces, no sé lo que usted quiere! Me hace preguntas, me presiona para obtener detalles, y cuando le ofrezco las respuestas, las rechaza como si no tuvieran importancia. ¿Qué quiere usted?

-¿Qué es lo que sabe sobre el trabajo... de Caín? Ya que está buscando hacer un trato, déme una razón para convenirlo. Si nuestra información difiere, debe de ser sobre lo que él ha hecho, ¿no? ¿Cuándo atrajo su atención por primera vez, la de Carlos? *¡Rápido!*

-Hace dos años -replicó Madame Lavier, desconcertada por la impaciencia de Jason, incómoda, asustada-. La noticia vino desde Asia; la trajo un hombre blanco que ofrecía un servicio asombrosamente similar al provisto por Carlos. Se convirtió velozmente en una industria. Un embajador, asesinado en Moulmein; dos días después, un muy respetado político japonés, asesinado en Tokio, antes de un debate en el Parlamento. Una semana más tarde, el director de un periódico voló con su coche en Hong Kong, y, menos de veinticuatro horas más tarde, un banquero murió a tiros en una calle de Calcuta. Detrás de cada uno, Caín. Siempre Caín.

La mujer hizo una pausa, para evaluar la reacción de Bourne. No la hubo.

-¿No ve? Él estaba en todas partes. Corría de un asesinato a otro, aceptando contratos con tal rapidez, que no podía discriminarlos. Era un hombre con una enorme prisa, construyendo su reputación a tal velocidad que chocaba incluso a los profesionales más experimentados. Y nadie dudaba de que *él* era un profesional, y menos que nadie, Carlos. Las instrucciones fueron impartidas. Averigüen sobre este hombre, aprendan todo lo que puedan. Como ve, Carlos comprendió lo que ninguno de nosotros, y en menos de doce meses, probó que estaba en lo cierto. Los partes nos llegaban de nuestros informantes en Manila, Osaka, Hong Kong y Tokio. Caín se estaba trasladando a Europa, decían ellos. Haría de París su base de operaciones. El desafío era claro; el guante había sido arrojado. Caín salió para destruir a Carlos. Podría convertirse en el *nuevo* Carlos; prestaría sus servicios a aquellos que los solicitaran. Como *ustedes* lo hicieron, señor.

-Moulmein, Tokio, Calcuta... -Jason oía los nombres que brotaban de sus labios, susurrados por su garganta. Otra vez estaban allí flotando, suspendidos en el aire perfumado, como sombras de un pasado olvidado-. Manila, Hong Kong...

Se detuvo, tratando de disipar la niebla, escudriñando los contornos de extrañas formas que cruzaban por su imaginación.

-Esos lugares, y muchos otros -continuó la Lavier-. Ése fue el error de Caín, y sigue siéndolo. Carlos puede ser muchas cosas para mucha gente, pero entre aquellos que se han beneficiado de su confianza y generosidad, figura la lealtad. Sus informantes y mercenarios no se hallan tan fácilmente a la venta, a pesar de que Caín ha intentado comprarlos una y otra vez. Se dice que Carlos es rápido para emitir rigurosos juicios, pero, como también se dice, «es mejor lo bueno conocido que lo malo por conocer». De lo que Caín no se dio cuenta todavía, tampoco se da ahora, es que el sistema de Carlos es vasto. Cuando Caín se trasladó a Europa, él no sabía que sus actividades no estaban cubiertas en Berlín, Amsterdam... lugares tan lejanos como Omán.

-Omán -repitió Bourne involuntariamente-. Jeque Mustafá Kalig -susurró como para sí mismo.

-¡Nunca se pudo probar! -intervino Madame Lavier, desafiante-. Fue una deliberada cortina de humo de confusión; hasta el contrato era falso. Se le atribuyó un asesinato interno; nadie podía atravesar semejante dispositivo de seguridad. ¡Una mentira!

-¡Una mentira! -repitió Jason.

-Demasiadas -agregó Madame Lavier desdeñosamente-. Sin embargo él no es tonto, miente cautelosamente, deja caer una insinuación acá y otra allá, sabiendo que, al ser retransmitidas, se exagerarán hasta ser convertidas en realidades. Provoca a Carlos cada vez que puede, promocionándose a expensas del hombre a quien quería remplazar. Pero no es contrincante para Carlos; acepta demasiados compromisos, que luego no puede cumplir. Ustedes son sólo un ejemplo. Hemos oído decir que hubo varios casos más. Se comenta que a causa de esto estuvo fuera durante meses, evitando a gente como ustedes.

-Evitando a gente... -Jason se cogió la muñeca; el temblor había empezado otra vez; el sonido de un trueno distante vibraba en lejanas zonas de su cerebro-. ¿Está usted... segura de eso?

-Muy segura. Él no estaba muerto, sino escondido. Caín falló en más de un encargo, lo cual era inevitable. Aceptó demasiados compromisos en muy poco tiempo. Y aun así, a pesar de todos los crímenes que hubiera cometido, si en uno fallaba, en seguida cometía otro, espectacular, aunque no le hubiera sido encargado para, de esta manera, mantener su imagen. Podía seleccionar a una figura prominente y hacerla volar en mil pedazos, convirtiendo ese asesinato en un golpe para todos e, inconfundiblemente, en una obra de Caín. El embajador que estaba de paso por Moulmein fue un ejemplo de ello; nadie había encargado su muerte. Hubo otros dos que nosotros conocemos: un comisario de Gobierno ruso, en Shanghai y, más recientemente, un banquero en Madrid...

Las palabras brotaban febrilmente de los labios rojos y brillantes, que destacaban en la máscara empolvada que tenía frente a él. Él las escuchaba, las había oído antes. Las había *vivido* antes. Ya no eran sombras, sino recuerdos de aquel pasado olvidado: imágenes y realidad fusionadas. No había una sola frase comenzada por ella que él no pudiera terminar. La mujer no podía mencionar un nombre, ciudad o incidente, con el cual no se sintiera instintivamente familiarizado.

Estaba hablando sobre... él.

Alfa, Bravo, Caín, Delta.

Caín es Charlie, y Delta es Caín.

Tenía una pregunta final sobre su breve salida temporal de la oscuridad en que estuviera sumergido, ocurrida dos noches atrás, en la Sorbona. Marsella. 23 de agosto.

-¿Qué ocurrió en Marsella? -preguntó.

-¿En Marsella? -inquirió ella con rechazo-. ¿Cómo *puede* usted...? ¿Qué mentiras le dijeron? ¿Qué otras mentiras?

-Simplemente, dígame lo que pasó.

-Se refiere usted a Leland, por supuesto. El ubicuo embajador cuya muerte *fue* solicitada, pagada «a» y aceptada «por» Carlos.

-¿Qué pensaría si yo le dijera que hay quienes creen que Caín fue el responsable?

-¡Eso es lo que él quería que *todos* pensaran! Fue el último insulto a Carlos: robarle el asesinato. El pago no era importante para Caín; él sólo quería mostrar al mundo, nuestro mundo, que él podía llegar allí antes y hacer el trabajo por el que a Carlos le ha sido pagado. Pero él no lo hizo, usted lo sabe. Él no tuvo nada que ver con el asesinato de Leland.

-Él estuvo allí.

-Fue atrapado. Por lo menos, nunca volvió a aparecer. Alguien dijo que fue asesinado, pero como no se encontró el cadáver, Carlos no lo creyó.

-¿Cómo se supone que fue asesinado Caín? Madame Lavier se inclinó hacia atrás, sacudiendo la cabeza en cortos y rápidos movimientos.

-Dos hombres en la costa trataron de atribuirse el asesinato de Caín, pretendiendo que les pagaran por él. Uno de ellos nunca fue vuelto a ver. Se supone que Caín lo mató, si es que *fue* Caín. Ellos eran basura de los muelles.

-¿Cuál fue la trampa?

-La *presunta* trampa, señor. Ellos pretendían haber obtenido la información de que Caín se iba a reunir con alguien en la rué Sarrasin una noche o dos antes del asesinato. Dijeron que habían dejado mensajes intencionadamente confusos en la calle y atrajeron al hombre del que ellos estaban seguros era Caín, hacia un bote pesquero que había en los muelles. Ni el pescador ni el patrón fueron vueltos a ver; así que deben de haber estado en lo cierto, pero, como ya le he dicho, no hay pruebas de ello. Ni siquiera una adecuada descripción de Caín, como para cotejarla con la del hombre de Sarrasin. De cualquier modo, aquí es donde termina.

Está equivocada. Aquí es donde comienza. Para mí.

-Ya lo veo -dijo Bourne tratando otra vez de infundir naturalidad a su voz-. Nuestra información es diferente de la suya, por supuesto. Hemos seleccionado lo que creíamos conocer.

-Una selección *errónea, señor.* Lo que le he dicho es la verdad.

-Sí, eso lo sé.

-¿Llegaremos a un acuerdo, entonces?

-¿Por qué no?

-*¡Bien!* -Aliviada, la mujer se llevó la copa a los labios-. Ya verá, será lo mejor para todos.

-Esto... no importa realmente ahora. -Podía ser oído y lo sabía. ¿Qué es lo que dijo? ¿Qué es lo que había dicho? ¿Por qué lo dijo? Las brumas se cerraban otra vez, el trueno se hacía más ensordecedor, el dolor había vuelto a sus sienes-. Pienso... Pienso que, como usted ha dicho, es mejor para todos. -Podía sentir, *ver* los ojos de la Lavier sobre él, estudiándolo-. Es una solución razonable.

-Por supuesto que lo es. ¿No se encuentra bien?

-Ya le he dicho que no es nada, pasará.

-Me tranquiliza. Ahora, ¿podría disculparme por un momento?

-No.

Jason la asió por un brazo.

-*Je vous prie, monsieur.* El tocador, eso es todo. Si tiene algún reparo, quédese en la puerta.

-Nos vamos. Puede detenerse mientras salimos.

Bourne hizo señas al camarero pidiéndole la cuenta.

-Como usted quiera -respondió ella, mirándolo.

Él se detuvo en el oscuro corredor entre los haces de luz que llegaban de lámparas ocultas en el techo. Enfrente estaba el tocador, revelado por minúsculas letras doradas en las que se leía: FEMMES. Magníficas mujeres, hombres elegantes circulaban por allí. El ambiente era similar al de «Les Classiques». Jacqueline Lavier estaba en su ambiente.

Permaneció en el tocador cerca de diez minutos, un hecho que debería haber molestado a Jason, si hubiera sido capaz de concentrarse en el tiempo. Pero no podía, estaba sobre ascuas. El ruido y el dolor lo consumían, la extremidad de cada nervio, en carne viva, expuesto; las fibras, abotagadas por los pinchazos. Miró hacia delante una historia de hombres muertos quedaba detrás de sí. El pasado estaba en los ojos de la verdad, ellos se lo habían mostrado, y él lo había visto. Caín... *Caín... Caín.*

Sacudió la cabeza y miró hacia el negro techo. Tenía que continuar, no podía permitirse una caída que lo sumergiera en un abismo de oscuridad y fuertes vientos.

Había decisiones que tomar. No, ya estaban tomadas, ahora era cuestión de llevarlas a cabo.

¿Marie, Marie? ¡Oh, Dios, mi amor, hemos estado tan equivocados!

Respiró profundamente y miró el reloj, el cronómetro que había cambiado por una joya de fino oro perteneciente a un marqués del sur de Francia. *Él es un hombre de inmensa pericia, extremadamente imaginativo...* No había alegría en aquella evaluación. Miró hacia delante, al tocador.

¿Dónde estaba Jacqueline Lavier? ¿Por qué no salía? Tuvo la presencia de ánimo suficiente como para preguntar al *maître* si había teléfono por allí; el hombre respondió negativamente, señalando una cabina a la entrada. La Lavier se había acercado; oyó la respuesta y dedujo cuál había sido la pregunta.

Se produjo un cegador destello de luz. Él se tambaleó hacia atrás, recostándose contra la pared, con las manos tapándose los ojos. ¡El dolor! ¡Oh, Cristo! ¡Le ardían los ojos!

Y luego escuchó las palabras, pronunciadas a través de las amables risas de los nombres y mujeres bien vestidos, que circulaban ocasionalmente por el pasillo.

-Como recuerdo de su cena en «Roget's», *señor* -dijo una animada recepcionista, que sostenía una cámara fotográfica por la barra del flash-. La foto estará lista en pocos minutos. Cortesía de «Roget's».

Bourne permaneció rígido, sabiendo que no podía romper la cámara. Sintió el temor de tener que actuar una vez más.

-¿Por qué yo? -preguntó.

-A petición de su novia, señor -señalando con la cabeza hacia el tocador-. Hablamos dentro. Es usted muy afortunado; es una dama encantadora. Me encargó que le entregara esto.

La recepcionista sacó una nota doblada. Jason la tomó, mientras ella se retiraba garbosamente hacia la entrada del restaurante.

Su enfermedad me perturba como, estoy segura, a usted le molesta mi nuevo amigo. Usted puede ser lo que dijo que es, y también puede no serlo. Tendré la respuesta aproximadamente en media hora. Un simpático comensal hizo una llamada telefónica, y la fotografía va camino de París. Ya no podrá detenerla, así como tampoco podrá usted hacerlo con aquellos que ya salieron hacia Argenteuil. Si nosotros, en verdad, hacemos nuestro trato, ninguno lo perturbará -como su enfermedad me perturba a mí- y hablaremos otra vez, cuando mis asociados lleguen. Se dice que Caín es un camaleón, que se presenta de diversos y muy convincentes modos. También se sabe que es propenso a la violencia, que tiene arrebatos de mal genio. Y eso es una enfermedad, ¿no?

Corrió por la oscura rué de Argenteuil, tras la luz de un taxi libre, que dio la vuelta en la esquina y desapareció. Se detuvo, respirando pesadamente, mirando en todas direcciones en busca de otro. No había ninguno. El portero de «Roget's» le había dicho que si pedía un taxi, éste tardaría entre diez y quince minutos en llegar; ¿por qué el señor no lo había solicitado antes?

La trampa estaba tendida y él había caminado hacia ella.

¡Ahí delante! ¡Una luz, otro taxi! Se lanzó a una carrera desesperada. Tenía que detenerlo. Tenía que regresar a París. Al lado de Marie.

Otra vez estaba en el laberinto, corriendo ciegamente, sabiendo que al final no habría escapatoria.

Pero debía correr solo; esta decisión era irrevocable. No habría discusiones, ni debates, ni gritos del uno al otro; sólo argumentos basados en el amor y la incertidumbre. Pues la certeza había llegado.

Sabía quién era... ¡qué había sido, y era tan culpable como se lo acusaba, como se sospechaba!

Una hora o dos sin decir nada. Sólo mirándose, hablando tranquilamente sobre nada que no fuera la verdad. Amándose. Y, entonces, él se iría. Ella nunca sabría cuándo, y él no le diría por qué. Él le debía eso; la heriría profundamente durante un tiempo, pero este último dolor sería muy inferior al causado por el estigma de Caín.

¡Caín!

Marie. ¡Marie! ¿Qué es lo que he hecho?

-¡Taxi! ¡Taxi!

18

¡Vete de París! ¡Ahora! ¡Estés lo que estés haciendo, abandónalo y vete! Ésas son órdenes de tu Gobierno. Quieren verte fuera de aquí. Lo quieren a él aislado.

Marie aplastó el cigarrillo en el cenicero de la mesita de noche, posando sus ojos en la edición, de tres años de antigüedad, del *Potomac Quarterly,* y pensando brevemente en el juego que Jason la había forzado a seguir.

«¡No voy a escuchar!», se dijo en voz alta, sobresaltada por el sonido de sus propias palabras, en la habitación vacía. Caminó hacia la ventana; la misma ventana desde la que él había mirado, atemorizado, tratando de hacerla entender.

Tengo que saber ciertas cosas... las suficientes como para tomar una decisión... pero, a lo mejor, no todas. Una parte de mí tiene que poder... huir, desaparecer. Tengo que ser capaz de decirme a mí misma que lo que fue ya no lo será más y que existe la posibilidad de que nunca haya sido así, porque no tengo memoria de ello. Lo que una persona no puede recordar, no existe... para ella.

-¡Querido, querido! ¡No les permitas que te hagan eso!

Sus palabras no la sobresaltaron esta vez, porque era como si él estuviera allí, en la habitación, escuchando, prestando atención a sus propias palabras, deseando escapar, desaparecer con ella. Pero en el fondo de su ser ella sabía que él no podría hacer eso. No podría basarse en una verdad a medias o en tres cuartas partes de una mentira.

Ellos lo querían aislado.

¿Quiénes eran *ellos?* La respuesta estaba en Canadá, y Canadá estaba terminado, era otra trampa.

Jason tenía razón sobre París; ella lo creía así también. Sea como fuere, lo encontrarían aquí en París. Si ellos pudieran dar con una persona que descorriera el velo y le permitiera a él ver que lo estaban manipulando, entonces podrían ser planteadas otras preguntas y las respuestas no lo empujarían más hacia la autodestrucción. Si pudiera ser convencido de que, cualesquiera hubieran sido los ya olvidados crímenes que cometió, él fue el «peón de ajedrez» de un único crimen, mucho más grande, entonces podría irse, desaparecer con ella. Todo *era* relativo. Lo que el hombre que ella amaba tenía que ser capaz de decirse a sí mismo no era que el pasado ya no existiría más, sino que sí había existido, y que podría vivir con él dejándolo tranquilo. Ése era el razonamiento que él necesitaba; la convicción de que cualquier cosa que él hubiera sido era mucho menor de lo que sus enemigos querían que el mundo creyera; porque, de otra manera, ellos no lo habrían utilizado. Él fue la «cabeza de turco», su muerte ocuparía el lugar de otra. ¡Si sólo pudiera *ver* eso, si ella tan sólo pudiera convencerlo!

Si no lo lograba, lo perdería. Ellos lo atraparían, lo matarían.

Ellos.

«¿Quiénes *son* ustedes? -gritó ella a la ventana, a las luces de París-. ¿Dónde están ustedes?»

Podía sentir un viento helado contra su cara, como si los vidrios de la ventana se hubieran fundido y el aire de la noche se colara dentro. Esta sensación fue seguida por un estrechamiento de su garganta, y durante un momento no pudo tragar... no pudo respirar. El malestar pasó, y pudo respirar otra vez. Estaba asustada; ya le había pasado antes, durante la primera noche de ambos en París, cuando ella abandonó el café para reunirse con él en las escaleras de Cluny. Había estado caminando rápidamente por el bulevar Saint Michel cuando le ocurrió; el viento helado, la opresión en la garganta... entonces, tampoco había sido *capaz* de respirar. Más tarde pensó que sabía por qué, y en aquel momento también lo supo; fue cuando, internándose en la Sorbona, Jason había asistido a un juicio, al que podría revocar en pocos minutos, y él lo había logrado entonces. Él había resuelto no volver a ella.

-¡Basta! -gritó-. ¡Es una locura! -agregó sacudiendo la cabeza y mirando su reloj. Hacía más de cinco horas que se había ido-. ¿Dónde estaba? *¿Dónde estaba?*

Bourne descendió del taxi frente al hotel, de decadente elegancia, en Montparnasse. La próxima hora podría ser la más difícil de su brevemente recordada vida, una vida que era un vacío antes de Port Noir, y una pesadilla desde entonces. La pesadilla podría continuar, pero él viviría a solas con ella. La quería demasiado como para pedirle que la compartieran juntos. Ya encontraría un medio para desaparecer, llevándose consigo las evidencias que la ligaban a Caín. Era tan simple como eso. Él partiría para una cita inexistente y no regresaría. Y en algún momento, durante la próxima hora, le escribiría una nota:

Todo está terminado. He encontrado lo que buscaba. Regresa a Canadá y no digas nada, por nuestro propio bien. Yo sé dónde encontrarte.

Esto último era injusto; él nunca se reuniría con ella, pero la pequeña y alada esperanza tenía que estar allí, aunque sólo fuera para embarcarla en un avión con destino a Ottawa. A su tiempo, con el tiempo, las semanas que habían vivido juntos caerían en un secreto celosamente guardado; un escondite para sus breves tesoros, para ser descubiertos y tocados en aquellos especiales momentos de quietud. Y luego, ¡basta! Porque la vida tiene que ser vivida por las memorias que están en actividad, las dormidas pierden significado.

Eso no lo sabía nadie mejor que él.

Atravesó el vestíbulo, saludó con la cabeza al conserje, que estaba sentado en un taburete detrás del mostrador de mármol. Apenas lo miró; sólo como para comprobar que el hombre era huésped del hotel.

El ascensor subía retumbando y gimiendo en su viaje al quinto piso. Jason aspiró profundamente y abrió la puerta; por sobre todas las cosas, evitaría escenas dramáticas. No habría alarmas causadas por palabras o por miradas. El camaleón tenía que emerger del bosque con una apariencia tranquila, una en la cual no pudieran encontrarse huellas. El sabía qué decir, había pensado cuidadosamente en ello, así como en la nota que escribiría.

-He pasado la mayor parte de la noche dando vueltas -dijo, abrazándola, acariciando su cabello rojo oscuro, acunando su cabeza contra su hombro; y en tono dolorido, agregó-: a la caza de empleados sombríos, escuchando tonterías, tomando café... «Les Classiques» fue una pérdida de tiempo, es un zoológico. Los monos y los pavos reales en exhibición, pero yo no creo que, en realidad, nadie sepa nada. Existe otra posibilidad, pero podría ser simplemente un astuto francés buscando a un norteamericano importante.

-¿Él? -preguntó Marie, cuyo temblor ya había disminuido.

-Un hombre que opera un conmutador -respondió Bourne, rechazando las imágenes de explosiones cegadoras, oscuridad y fuertes vientos, mientras se le dibujaba aquella cara que ahora no podía identificar, pero que había conocido tan bien. Ese hombre ahora era apenas un bosquejo. Apartó de sí aquellas imágenes-. Accedí a reunirme con él a medianoche en el «Bastringe», en la rué Hautefeuille.

-¿Qué dijo?

-Muy poco, pero lo suficiente como para interesarme. Vi que me miraba mientras yo hacía preguntas. El lugar estaba muy concurrido, por lo cual pude moverme libremente y hablar con los empleados.

-¿Preguntas? ¿Qué clase de preguntas hiciste?

-Cosas que se me ocurrieron en el momento, principalmente sobre el gerente o como sea que se llame. Considerando lo que pasó esa tarde, si ella fuera un

contacto directo con Carlos, tendría que estar al borde de la histeria. Yo la vi. No lo estaba; se comportaba como si nada hubiera ocurrido, excepto un buen día en el negocio.

-Pero ella *era* un contacto cuando la llamaste. D'Amacourt lo explicó la *fiche.*

-Indirecto. Ella recibe una llamada telefónica y le dicen lo que tiene que contestar, antes de llamar otra vez.

«Hasta ahora -pensó Jason-, el argumento inventado estaba basado en la realidad; Jacqueline Lavier era, en realidad, un contacto indirecto.»

-No se puede ir por ahí haciendo preguntas sin parecer sospechoso -protestó Marie.

-Sí, se puede -replicó Bourne- si uno es un escritor norteamericano que está redactando un artículo sobre los negocios de Saint-Honoré para una revista de su país.

-Eso es muy bueno, Jason.

-Ha dado resultado, nadie quiere ser dejado de lado.

-¿A qué conclusión has llegado?

-Como la mayor parte de esos lugares, «Les Classiques» tiene su propia clientela, todos ricos, la mayoría se conocen unos a otros, y con las habituales intrigas matrimoniales y adulterios, muy de acuerdo con la escena. Carlos sabía lo que estaba haciendo; ahí tiene un servicio regular de mensajería, pero no indudablemente de la clase que se registra en una guía telefónica.

-¿La gente te dijo todo eso? -preguntó Marie asiéndole los brazos y mirándole a los ojos.

-No con esas mismas palabras -respondió, advirtiendo las sombras de desconfianza que la habían invadido-. El acento se ponía siempre en esa capacidad de Bergeron, pero una cosa lleva a la otra. Puedes imaginarte la escena. Todos parecen gravitar alrededor de esa gente. Por lo que he podido colegir, ella es una fuente de información social, aunque no pudo decirme nada, excepto el hecho de que ella le hizo a «alguien» un favor, un servicio, y que ese «alguien» resultaría ser, a su vez, «alguien» más, que hizo otro favor, a «algún» otro. Como ves, una pista imposible de seguir; pero eso es todo cuanto he conseguido.

-¿Por qué la reunión de esta noche en el «Bastringe»?

-Él se me acercó cuando yo salía y me dijo algo muy extraño. -Jason no tuvo que inventar esta parte de la mentira. Había leído esas palabras en una nota en el elegante restaurante de Argenteuil, hacía menos de una hora-. Me dijo: «Usted puede ser lo que dice que es, y también puede no serlo.» Entonces sugirió que tomáramos una copa juntos, más tarde, lejos de Saint-Honoré.

Bourne vio cómo se disipaban sus dudas. Lo había logrado. Ella aceptó su tapiz de mentiras. ¿Y por qué no?, él era un hombre de *inmensa pericia, extremadamente imaginativo.*

La apreciación no le pareció aborrecible; él era Caín.

-Podría ser el que buscas, Jason. Dijiste que sólo necesitaban a alguien. Ése podría ser él.

-Ya veremos. -Bourne miró su reloj. Había empezado la cuenta atrás para su partida, no podía mirar hacia el pasado-. Tenemos casi dos horas. ¿Dónde has dejado el maletín?

-En el «Meurice»; estoy registrada en él.

-Vamos a recogerlo, y cenemos algo. No has comido nada, ¿verdad?

-No... -La expresión de Marie parecía de extrañeza-. ¿Por qué no dejamos el portafolios donde está? Se halla bien seguro, no debemos preocuparnos por él.

-Deberíamos, en el caso de que tuviéramos que irnos de aquí apresuradamente -repuso casi con brusquedad, dirigiéndose al escritorio.

Ahora, todo era cuestión de ir graduando las cosas, los puntos de fricción, convirtiéndose poco a poco en palabras, en miradas, en caricias. Ella no podría ver en tales tácticas nada alarmante, nada basado en falsos heroísmos. Sólo la suficiente como para que más tarde ella pudiera comprender la verdad cuando leyera sus palabras: «Todo está terminado. He encontrado lo que buscaba...»

-¿Qué sucede, querido?

-Nada. -El camaleón sonrió-. Estoy cansado y, probablemente, algo decepcionado.

-¡Cielo Santo! ¿Por qué? Un hombre quiere entrevistarse contigo, confidencialmente, por la noche. Podría darte algún indicio, y, además, estás convencido de haber estrechado el contacto con Carlos a través de esa mujer... Ella está obligada a decirte *algo,* quiera o no. De un modo macabro, creo que deberías sentirte alborozado.

-No estoy seguro de poder explicarlo -replicó Jason, mirando la imagen de ella reflejada en el espejo. Tendrías que tratar de entender lo que he encontrado allí.

-¿Qué has encontrado? Una pregunta.

-Lo que he encontrado. -Una afirmación-. Es un mundo diferente -continuó Bourne, cogiendo la botella de whisky y un vaso-. Gente distinta. Es suave, hermoso y frívolo, con montones de tenues luces y terciopelos oscuros. Nada se toma en serio, excepto el chismorreo y la indulgencia. Cualquiera de aquellas frívolas personas, incluyendo esa mujer, podría ser un mensajero de Carlos, sin saberlo nunca, ni siquiera sospecharlo jamás. Un hombre como Carlos podría usar a esa gente; cualquiera como él podría, incluyéndome a *mí...* Eso es lo que he encontrado. Decepcionante.

-Y también poco razonable. A pesar de lo que creas, esas personas toman decisiones muy conscientemente. Ellos creen que esa indulgencia de la que hablas es impostada. ¿Y sabes lo que *yo* creo? Que *estás* cansado y enojado y que necesitas una o dos copas. Desearía que suspendieras todo por esta noche. Ya has tenido bastante para un solo día.

-No puedo hacerlo -respondió él ásperamente.

-Sí, ya lo sé, no puedes -opuso ella a la defensiva.

-Perdón, estoy impaciente.

-Sí, lo sé. -Ella se dirigió al cuarto de baño-. Me refrescaré un poco y nos podremos ir. Sírvete una copa bien cargada, querido.

-¿Marie?

-¿Sí?

-Trata de entender. Lo que he encontrado allí me ha trastornado. Pensé que iba a ser diferente, más fácil.

-Mientras tú estabas buscando, yo permanecía a la espera, Jason, sin saber. Eso tampoco ha sido fácil.

-Pensé que ibas a llamar a Canadá, ¿no lo has hecho?

Se detuvo por un momento.

-No -respondió-. Ya era demasiado tarde.

La puerta del baño se cerró. Bourne caminó hacia el escritorio, atravesando la habitación. Abrió el cajón, sacó el papel de cartas, cogió el bolígrafo y escribió:

Todo está terminado, he encontrado lo que buscaba. Regresa a Canadá y no digas nada por nuestro propio bien. Sé dónde encontrarte.

Dobló la hoja, la introdujo en un sobre, que mantuvo abierto mientras sacaba la billetera. Extrajo los billetes franceses y suizos que tenía, los deslizó dentro de la nota doblada y cerró el sobre. Escribió en el dorso: MARIE.

Deseaba desesperadamente agregar: *Amor mío, mi adorado amor.*

Pero no lo hizo. No podía hacerlo.

La puerta del baño se abrió. Se guardó el sobre en un bolsillo de la chaqueta.

-¡Qué rápido! -exclamó él.

-¿Te parece? No lo creo. ¿Qué estás haciendo?

-Buscaba algo con que escribir -respondió recogiendo el bolígrafo-. Si ese individuo tiene algo que decirme, quiero poder escribirlo.

Marie se acercó al escritorio y miró el vaso seco y vacío.

-¿No has tomado la copa?

-No.

-Ya lo veo; ¿nos vamos?

En el pasillo esperaron el chirriante ascensor; el silencio entre ellos se hizo embarazoso, realmente insoportable. Él tomó su mano. Al sentir su contacto, ella le apretó la suya, mirándolo. Sus ojos le decían que su dominio estaba siendo sometido a prueba, y que ella no sabía por qué. Leves señales habían sido enviadas y recibidas, no lo suficientemente fuertes o ásperas como para que fueran alarmantes, pero allí estaban, y ella las había oído. Eso formaba parte de la cuenta atrás, rígida e irreversible, previa a su partida.

¡Oh, Dios, te quiero tanto! Estás cerca de mí, nos estamos tocando y yo me estoy muriendo. Pero tú no puedes morir conmigo. No debes. Yo soy Caín.

-Estaremos bien -comentó él.

La jaula de metal vibró ruidosamente al detenerse frente a ellos. Jason tiró de la reja de bronce para abrirla, y entonces, repentinamente, maldijo en voz baja:

-¡Oh, Cristo, me he olvidado!

-¿Qué?

-Mi billetera. Esta tarde la dejé en el cajón del escritorio, por si hubiera algún problema en Saint-Honoré. Espérame en el vestíbulo de entrada.

Él la empujó amablemente a través de la puerta y presionó el botón con su mano libre.

-Bajaré en seguida.

Cerró la puerta. El enrejado de bronce le impidió ver los espantados ojos de ella. Se volvió y regresó rápidamente a la habitación.

Ya dentro, sacó el sobre del bolsillo y lo colocó contra la base de la lámpara de la mesita de noche. Lo miró con un dolor insoportable.

«Adiós, amor mío», murmuró.

Bourne esperó bajo la llovizna fuera del «Hotel Meurice», en la rué de Rivoli, viendo a Marie a través de las puertas de vidrio de la entrada. Ella estaba en la conserjería; había firmado el recibo por el maletín, el cual le había sido entregado a través del mostrador. Obviamente, ahora pedía la cuenta a un asombrado empleado, para pagar una habitación que sólo había sido ocupada por un lapso inferior a seis horas. Pasaron dos minutos antes de que le entregaran el recibo. A disgusto; ése no era modo de comportarse para un huésped del «Meurice». Por cierto, todo París está lleno de esos visitantes sin inhibiciones.

Marie salió a la acera, reuniéndose con él entre las sombras y bajo la llovizna, a la izquierda de la marquesina. Le entregaron el maletín con una forzada sonrisa en los labios, y la voz levemente entrecortada.

-Ese hombre me ha mirado sospechosamente. Estoy segura de que está convencido de que he usado la habitación para una serie de citas furtivas.

-¿Qué le has dicho? -preguntó Bourne.

-Que había cambiado de planes. Eso es todo.

-Bueno, cuanto menos se diga, mejor. Tu nombre está en los registros del hotel. Piensa una razón por la cual estuviste alojada ahí.

-¿Pensar? ¿Tengo que pensar una razón?

Ella estudió sus ojos y perdió la sonrisa.

-Quiero decir que pensaremos en una razón, naturalmente.

-Naturalmente.

-Vamos.

Empezaron a caminar hacia la esquina; el tránsito era ruidoso, lloviznaba con más intensidad y la neblina era más densa. La promesa de una fuerte lluvia era inminente. Él la cogió del brazo, no para guiarla, y ni siquiera por cortesía, sólo para tocarla, para tener una parte de ella. ¡Quedaba tan poco tiempo!

Yo soy Caín. Estoy muerto.

-¿Podemos ir más despacio? -inquirió Marie ásperamente.

-¿Qué?

Jason se dio cuenta entonces de que prácticamente había estado corriendo. Durante unos segundos había retornado al laberinto, corriendo a través de él, sorteándolo; percibiéndolo, pero sin sentirlo. Miró hacia delante y encontró una salida. En la esquina, un taxi libre se había detenido junto a un ostentoso quiosco; a través de la ventanilla abierta, el chofer gritaba al vendedor.

-¡Quiero conseguir un taxi! -exclamó Bourne, sin disminuir sus zancadas-. Va a caer un chaparrón de miedo.

Ambos llegaron a la esquina, sin aliento, en el preciso momento en que el taxi libre arrancó con violencia, girando a la izquierda, hacia la rué de Rivoli. Jason miró el cielo nocturno, notando cómo el agua le golpeaba la cara; se sintió desalentado. La lluvia había empezado. Bajo las brillantes luces del quiosco, miró a Marie, que retrocedía ante el súbito chaparrón. No. No retrocedía. Miraba algo... miraba incrédula, conmovida. Con horror. Sin advertirlo, gritó: tenía la cara contorsionada, su mano derecha contra la boca. Bourne la asió cubriéndole la

cabeza con su húmedo abrigo. Seguía gritando. Él se volvió, tratando de descubrir la causa de su histeria. Entonces la vio, y en aquel increíble estallido de medio segundo, supo que la cuenta atrás se había frustrado. Había cometido su crimen final; no podría abandonarla. Ahora no. Todavía no.

En el primer anaquel del quiosco había un matutino, cuyos negros titulares herían, aterradores, bajo los círculos de luz:

ASESINO EN PARÍS
MUJER BUSCADA POR ASESINATOS COMETIDOS
EN ZURICH SOSPECHOSA DE HABER ROBADO MILLONES

Bajo las terribles palabras había una fotografía de Marie St. Jacques.

-¡Basta! -murmuró Jason interponiéndose para ocultar su cara al curioso quiosquero y buscando monedas en su bolsillo. Arrojó el dinero sobre el mostrador, recogió dos periódicos e impulsó a Marie hacia la calle oscura, empapada por la lluvia.

Los dos estaban ahora en el laberinto.

Bourne abrió la puerta e hizo entrar a Marie. Ella permaneció inmóvil, mirándolo, pálida y asustada; su respiración era una mezcla audible de miedo e ira.

-Te traeré un trago -dijo Jason dirigiéndose hacia el escritorio.

Mientras lo servía, apartó sus ojos del espejo y sintió una imperiosa necesidad de aplastar el vaso; tan despreciable le resultaba su propia imagen. ¿Qué demonios había *hecho?* ¡Oh, Dios!

Soy Caín. Estoy muerto.

Él la oyó jadear y dar vueltas por la habitación; era demasiado tarde para detenerla, estaba demasiado lejos para lanzarse y arrancar de su mano aquella horrible cosa. ¡Oh, Cristo, se había olvidado! Ella había encontrado el sobre en la mesita de noche y estaba leyendo su nota. Emitió un alarido ardiente, un terrible grito de pena:

-*¡Jasonnnn...!*

-¡Por favor! ¡No! -Corrió desde el escritorio y la asió-. ¡Eso no importa! ¡Ya no cuenta! -gritó desesperadamente al ver cómo las lágrimas brotaban de sus ojos y surcaban sus mejillas-. *¡Escúchame!* Eso era antes, no ahora.

-¡Te ibas! ¡Me dejabas! -Sus ojos en blanco eran dos círculos ciegos de pánico-. ¡Lo sabía! ¡Lo presentía!

-*Hice* que lo presintieras -dijo forzándola a mirarlo-. Pero eso ya pasó. No te dejaré. Escúchame. ¡No te dejaré!

Ella gritó otra vez:

-¡No podía respirar...! ¡Sentía tanto frío!

La atrajo hacia él, abrazándola.

-Tenemos que empezar de nuevo. Trata de entenderlo. Es diferente ahora, ya no puedo cambiar lo que pasó, pero no te dejaré. No de esta manera.

Ella presionó con fuerza sus manos contra su pecho y echó hacia atrás su cara surcada por las lágrimas, implorando:

-¿Por qué, Jason, por qué?

-Después, ahora no. No digas nada durante un rato. Sólo abrázame y déjame abrazarte.

Pasaron los minutos, la histeria siguió su curso y los contornos de la realidad recuperaron su nivel. Bourne la llevó hacia una silla; ella se acomodó la manga de su vestido, que tenía un galón rasgado. Ambos sonrieron cuando él se arrodilló a su lado, sosteniendo su mano, en silencio.

-¿Qué pasa con esa copa? -preguntó él, finalmente.

-Yo creía -replicó, manteniendo su muñeca en la mano de Jason, mientras él se incorporaba- que la habías servido hace un rato.

-No la desperdiciaremos.

Fue de nuevo hacia el escritorio y volvió con dos vasos servidos de whisky hasta la mitad. Ella tomó uno.

-¿Te sientes mejor? -preguntó él.

-Más tranquila, pero todavía confusa... y asustada, por supuesto. Quizás algo enojada también. No estoy segura. Tengo demasiado miedo como para pensar en ello. -Bebió cerrando los ojos, presionando la cabeza hacia atrás, contra la silla-. ¿Por qué lo has hecho, Jason?

-Porque creía que debía hacerlo. Ésa es la simple respuesta.

-Lo cual no es una respuesta en absoluto. Merezco algo más que eso.

-Sí, lo mereces, y te lo daré. He de hacerlo ahora, porque tú tienes que escuchar, tienes que comprender. Tienes que protegerte.

-Proteger...

Él hizo un ademán con la mano, interrumpiéndola.

-Eso vendrá después. Todo, si quieres. Pero lo primero que tenemos que hacer es saber lo que ha pasado. No a *mí,* sino a *ti.* Por ahí tenemos que empezar. ¿Podrás hacerlo?

-¿El periódico?

-Sí.

-Bien sabe Dios que estoy interesada -contestó ella sonriendo débilmente.

-Toma. -Jason fue hacia la cama, donde había arrojado los dos periódicos-. Los leeremos.

-¿Sin trampas?

-Sin trampas.

Leyeron el extenso artículo en silencio, un artículo que hablaba de muertes e intrigas en Zurich. De tanto en tanto, Marie emitía sonidos entrecortados, impresionada por lo que estaba leyendo; otras veces sacudía la cabeza, decepcionada. Bourne no dijo nada. Él veía en todo aquello la mano de Ilich Ramírez Sánchez. *Carlos perseguirá a Caín hasta el fin de la Tierra. Carlos lo matará.* Marie St. Jacques no era importante; era sólo un señuelo, que moriría en la trampa tendida a Caín.

Soy *Caín. Estoy muerto.*

El artículo se componía, en realidad, de dos artículos, una extraña mezcla de hechos y conjeturas, donde se hacían especulaciones, cuando la evidencia llegaba a su fin.

La primera parte se refería a una empleada del Gobierno de Canadá, una economista llamada Marie St. Jacques. La centraban en el escenario de tres asesinatos, sus huellas digitales fueron encontradas y confirmadas por el Gobierno de Canadá. Añadían que la Policía encontró una llave del hotel «Carillón du Lac», aparentemente extraviada durante la violencia desarrollada en el Quai Guisan. Era la llave de la habitación de Marie St. Jacques, la cual le entregó un empleado del hotel, quien la recordaba muy bien; recordaba lo que a él le había parecido un huésped en un terrible estado de ansiedad.

La prueba final de la evidencia era una pistola descubierta no lejos de la Steppdeckstrasse, en un callejón cercano al escenario de los otros dos asesinatos. Balística confirmó que era el arma asesina; otra vez encontraron huellas digitales, que nuevamente fueron identificadas por el Gobierno de Canadá. Pertenecían a una mujer: Marie St. Jacques.

En este punto, el artículo se desviaba de los hechos. Hablaba sobre los rumores que corrían a lo largo de la Bahnhofstrasse, según los cuales habían robado millones por medio de una manipulación en las computadoras, en una cuenta numerada y confidencial, perteneciente a una compañía norteamericana, llamada Treadstone Setenta y Uno. También se citaba el Banco, que, por supuesto, era el Gemeinschaft. Pero todo lo demás quedaba confuso, oscuro; eran más especulaciones que hechos reales.

De acuerdo con aquellas «fuentes no identificadas», un norteamericano que conocía las claves transfirió millones a un Banco de París, asignando la nueva cuenta a determinados individuos, los cuales debían asumir los derechos de posesión.

Éstos esperaban en París y, tras retirar los millones, desaparecieron. El éxito de la operación fue atribuido al hecho de que el norteamericano obtuviera las claves exactas de las cuentas del Gemeinschaft, acción posibilitada por conocer la secuencia numérica del Banco, en lo tocante al año, mes y día de entrada, procedimiento habitual para los valores confidenciales. Semejante análisis sólo podía hacerse mediante el uso de sofisticadas técnicas de computadoras y un gran conocimiento de las prácticas bancarias suizas. Cuando fue interrogado, un oficial del Banco, Herr Walther Apfel, reconoció que se estaba llevando a cabo una investigación sobre el asunto referente a una compañía norteamericana, pero, de acuerdo con la ley suiza, «el Banco no haría más comentarios... a nadie».

Aquí parecía aclararse la conexión con Marie St. Jacques. Ella era descrita como una economista del Gobierno, especializada en procedimientos bancarios internacionales, y experta programadora de computadoras. Era sospechosa de complicidad, pues su experiencia se necesitaba para el gigantesco robo. Y *había* un sospechoso; ella había sido vista en su compañía en el «Carillón du Lac».

Marie terminó primero el artículo y dejó caer al suelo el periódico. Al oír el ruido, Bourne miró sobre el borde de la cama. La mujer permanecía con la vista en la pared; la había invadido una extraña serenidad pensativa. Y ésa era la última reacción que él habría esperado. Terminó de leer rápidamente y se sintió deprimido y desesperanzado. Por un momento quedó sin habla.

Luego recuperó la voz:

-Mentiras -comentó-. Y son por mi culpa, por quien y por lo que soy yo. Desaparece. Ellos me encontrarán a mí. Estoy apenado, más apenado de lo que jamás podría decirte.

Marie apartó sus ojos de la pared y lo miró.

-Esto va más allá de las mentiras, Jason -comentó Marie-; hay demasiada verdad para que sean mentiras.

-¿Verdad? La única verdad es que estabas en Zurich. Nunca tocaste un arma. Nunca estuviste en un callejón cercano a la Steppdeckstrasse, no perdiste la llave de un hotel y nunca pasaste cerca del Gemeinschaft.

-Estoy de acuerdo, pero ésa no es la verdad de la que yo hablo.

-Entonces, ¿cuál es?

-El Gemeinschaft, Treadstone Setenta y Uno, Apfel. Ellos son verdad, y el -hecho de que cualquiera haya sido mencionado, especialmente los conocimientos de Apfel, resulta increíble. Los banqueros suizos son cautelosos, no ridiculizan las leyes, no de esa forma; las penas de prisión son demasiado severas. Los estatutos de la confiabilidad bancaria figuran entre los más sacrosantos de Suiza. Apfel podría ir a prisión durante años por decir lo que dijo, incluso por haber aludido a esa cuenta, y no digamos por confirmar su nombre. A menos que le ordenara decirlo una autoridad lo suficientemente poderosa como para contravenir las leyes. -Se detuvo, y sus ojos se desviaron de nuevo hacia la pared-. ¿Por qué? ¿Por qué han sido el Gemeinschaft, o Treadstone, o Apfel, partícipes de la historia?

-Te lo dije. Me quieren aquí y saben que estamos juntos. Carlos sabe que estamos juntos. Al encontrarte a ti, me encontrarán a mí.

-No, Jason, esto va más allá de Carlos. Realmente, *no* entiendes las leyes suizas. Ni siquiera Carlos podría obligarlos a desplegarse de esa manera. -Miró hacia donde estaba él pero sus ojos no lo veían. Escudriñaba a través de sus nieblas-. Esto no es una historia, sino dos. Ambas están construidas en base a mentiras; la primera, conectada a la segunda por medio de tenues especulaciones, públicas especulaciones sobre una crisis bancaria que nunca debería darse a conocer, por lo menos hasta que una cabal y privada investigación probara los hechos. Y esa segunda historia, el manifiestamente falso informe de que millones fueron robados del Gemeinschaft, fue añadida a la igualmente falsa historia de que me buscan por el asesinato de tres hombres en Zurich. Eso se ha añadido deliberadamente...

-Explícame eso, por favor.

-Ahí está, Jason. Créeme cuando te digo esto. Lo tenemos justo frente a nosotros. ¿Qué es?

-Alguien trata de enviarnos un mensaje.

19

El vehículo militar aceleró hacia el Sur por la calle East River de Manhattan, mientras los faros iluminaban los restos arremolinados de una tardía nevada invernal. El mayor dormitaba en el asiento trasero, con su largo cuerpo doblado en el rincón y las piernas extendidas en diagonal. Sobre sus piernas llevaba un maletín atado a la manija con un delgado cordón de nylon mediante una abrazadera metálica; el cordón se prolongaba por el interior de su manga derecha y le llegaba hasta el cinturón. El mecanismo de seguridad fue abierto sólo dos veces en las últimas nueve horas. La primera, durante la partida del mayor desde Zurich, y la segunda, al llegar al aeropuerto Kennedy. En ambos lugares, los

agentes del Gobierno de los Estados Unidos habían observado al personal de la aduana; más exactamente, el maletín. No se les dieron muchas explicaciones; sólo recibieron órdenes de observar atentamente las inspecciones, para actuar ante la menor desviación de los procedimientos normales, es decir, observar un mayor interés en el maletín. Con las armas, si era necesario.

Se oyó un repentino y suave timbre; el mayor entreabrió los ojos y se llevó la mano izquierda a la frente. El sonido era la alarma de su reloj pulsera; la interrumpió y echó una mirada al segundo cuadrante de su reloj. El primero marcaba la hora de Zurich; el segundo, la de Nueva York; la alarma había sido fijada veinticuatro horas antes, cuando el oficial recibió las órdenes por radio. La transmisión llegaría en los próximos tres minutos. «Esto quiere decir -pensó el mayor- que todo ocurrirá así, si Iron Ass es tan exacto como lo creen sus subordinados.» El oficial se estiró torpemente, balanceando el maletín, y se inclinó hacia delante, para hablar al conductor:

-Sargento, por favor, sintonice su equipo en 1430 megahercios.

-¿Cómo no, mayor? -El sargento pulsó dos botones en el panel de la radio, bajo el salpicadero, y sintonizó el dial en la frecuencia de 1430-. Ya está, mayor.

-Gracias. ¿Llegará el micrófono hasta aquí atrás?

-No lo sé, nunca lo intenté, señor. -El chofer retiró el pequeño micrófono de plástico de su soporte y extendió el cordón sobre el asiento, diciendo-: Supongo que llegará.

Ruidos parásitos brotaron del micrófono saturando la frecuencia al sintonizar el transmisor electrónico. El mensaje sólo tardó unos segundos en llegar.

-¿Treadstone? Treadstone, conteste por favor.

-Treadstone al habla -respondió el mayor Gordon Webb-. Lo recibo claramente. Adelante.

-¿Cuál es su posición?

-Estoy como a un kilómetro y medio de Triborough, por la calle East River -dijo el mayor.

-Su promedio es aceptable -repuso la voz desde el micrófono.

-Encantado de oír eso, señor; quiero decir que ya me he ganado el día.

Hubo una breve pausa; el comentario del mayor no había sido bien recibido.

-Siga hasta la calle Setenta y Uno Este, número 139; repita, por favor.

-Uno-tres-nueve, calle Setenta y Uno Este.

-Mantenga el coche fuera del área y siga a pie.

-Comprendido.

-Cambio y fuera.

-Fuera. -Webb soltó el botón de transmisión y alargó el micrófono al conductor-. Olvide esa dirección, sargento. Su nombre, desde ahora, está registrado.

-Por favor, mayor. Sólo he oído ruidos parásitos. Y ya que no sé adonde va, y supuestamente no debe llegar en coche, ¿dónde quiere que lo deje?

Webb sonrió.

-No a más de dos calles. Acabaría por quedarme dormido en algún desagüe si tuviera que caminar más de dos calles.

-¿Qué tal si lo dejo en la esquina de Lex y Setenta y Dos?

-Esa esquina, ¿está a dos calles?

-No más de tres.

-Si me deja a tres calles, considérese soldado.

-No podría venir a buscarlo más tarde, mayor. Los soldados no están asignados a ese servicio.

-Lo que usted mande, capitán.

Webb cerró los ojos. Después de dos años, estaba a punto de conocer personalmente a Treadstone Setenta y Uno. Se dio cuenta de que debería estar preparándose para ese momento, pero no era así. Sólo experimentaba una sensación de cansancio e inutilidad. ¿Qué había sucedido?

El ruido de neumáticos sobre el pavimento lo adormecía, pero ese ritmo se interrumpía bruscamente cuando el coche rodaba sobre calzadas irregulares. Los sonidos le traían recuerdos muy lejanos, de una jungla ululante, sintetizados en un tono monocorde. Y además, la noche -aquella noche- en que, rodeado de luces cegadoras y repetidas explosiones, sintió que iba a morir. Pero no murió. Un milagro -originado en un hombre- le había devuelto la vida... y los años siguieron; aquella noche; aquellos días que nunca podría olvidar. *¿Qué diablos había pasado?*

-Ya llegamos, mayor.

Webb abrió los ojos y se secó con la mano el sudor de la frente. Miró el reloj, cogió el maletín y se preparó para bajar.

-Estaré aquí entre las 23 y las 23.30, sargento. Si no puede aparcar, dé la vuelta y lo buscaré.

-Sí, señor. -El chofer se volvió hacia el mayor-. ¿Podría decirme, señor, si vamos a hacer algún viaje largo, después?

-¿Por qué? ¿Tiene asignado algún otro servicio?

-Bueno, señor, usted sabe que estoy asignado a su servicio hasta que disponga otra cosa, pero este pesado «camión» gasta tanto combustible como los viejos «Sherman». Si vamos a viajar lejos, lo mejor es que llene el depósito.

-Perdón. -El mayor hizo una pausa-. De acuerdo. De todas maneras, tendrá que encontrar dónde es, porque no conozco el lugar. Debemos ir a un aeródromo privado en Madison, Nueva Jersey. No puedo llegar después de la una de la madrugada.

-Tengo una vaga idea -replicó el conductor-. Tendrá que terminar antes de las 23.30, señor.

-Muy bien; digamos entonces a las 23; y muchas gracias.

Webb descendió, cerró la puerta y esperó hasta que el coche marrón que lo había traído penetrara en la corriente del tráfico de la calle Setenta y Dos. Se dirigió hacia el sur de la calle Setenta y Uno.

Cuatro minutos más tarde se detuvo ante una bien cuidada fachada de piedra. Su elegante diseño armonizaba con las otras edificaciones de la soleada calle, una calle tranquila y suntuosa, de aspecto tradicional. Era el último lugar en Manhattan que una persona sospecharía como apto para alojar una de las más delicadas operaciones de espionaje del país. Y hasta hacía veinte minutos, el mayor Gordón Webb era una de las ocho o diez personas que sabían de su existencia.

Treadstone Setenta y Uno.

Subió los escalones, sabiendo que la presión de su peso sobre la retícula de hierro empotrada en la piedra de los peldaños activaba un mecanismo electrónico, que, a su vez, ponía en funcionamiento las cámaras de un circuito para reproducir su imagen en las pantallas del interior. Excepto esto, Webb sólo sabía que Treadstone Setenta y Uno nunca interrumpía su labor; operaba y era controlado durante las veinticuatro horas del día por un reducido y selecto grupo, de identidad desconocida.

Llegó al último escalón y pulsó el timbre, un timbre simple y común, pero no para una puerta común, según pudo ver el mayor. La gruesa madera estaba fijada a una plancha de acero en su parte posterior con elegantes remaches de hierro forjado; el enorme tirador de bronce disimulaba una placa térmica que cargaba una serie de proyectiles de acero en las recámaras metálicas, para ser disparados a través de la puerta cuando el contacto de una mano activara la alarma encendida. Webb echó una ojeada a las ventanas. Sabía que los vidrios -de dos centímetros y medio de espesor- podían resistir el impacto de balas de calibre 30. Treadstone Setenta y Uno era realmente una fortaleza.

La puerta se abrió, y el mayor sonrió involuntariamente a una figura que allí parecía totalmente fuera del lugar. Era una mujer pequeña, elegante y de cabellos grises, de suaves rasgos aristocráticos y un aspecto que revelaba el dinero. Esta apreciación se confirmó al oír su voz; tenía acento del Este, cultivado en las mejores escuelas de señoritas y en innumerables partidos de polo.

-¡Qué buena idea, mayor, darse una vuelta por aquí! Jeremy nos escribió que vendría. Entre, por favor. Es un placer verlo de nuevo.

-Y para mí volver a verla a usted -respondió Webb, entrando en el elegante vestíbulo y concluyendo su apreciación cuando se cerró la puerta-, pero no estoy seguro de dónde nos hemos visto antes. La mujer sonrió.

-¡Oh, hemos cenado juntos tantas veces!

-Con Jeremy.

-Por supuesto.

-¿Y quién es Jeremy?

-Un joven sobrino mío y un afectuoso amigo suyo. Un joven encantador. Es una lástima que no exista. -La mujer lo cogió del brazo mientras descendían por un largo pasillo-. Todo sea por la imagen ante los vecinos que pudieran estar paseando. Vamos, nos están esperando.

Pasaron junto a una arcada que conducía a un amplio salón; el mayor observó su interior. Había un gran piano junto a las ventanas del frente; a su lado, un arpa, y por todas partes -sobre el piano y sobre las mesas brillantes que centelleaban a la luz de mortecinas lámparas- fotografías enmarcadas en plata, recuerdos de un pasado colmado de riqueza y de encanto. Veleros, hombres y mujeres en la cubierta de transatlánticos, varios retratos de militares y, por supuesto, dos instantáneas de alguien montado para un partido de polo. Era un salón muy acorde con una casa de aquella calle.

Llegaron al final del pasillo; allí se veía una gran puerta de caoba, tallada en bajorrelieve y con aplicaciones de hierro: en parte diseño y en parte seguridad. Si una cámara infrarroja los estaba registrando, Webb no pudo descubrir la posición del objetivo. La mujer oprimió un botón invisible; el mayor pudo oír un apagado zumbido.

-Su amigo está aquí, señores. Terminen con el póquer y comiencen a trabajar. ¡Acaba ya, *Jesuita!.*

-¿Jesuita? -preguntó, azorado, Webb.

-Es una vieja broma -replicó la mujer-. Se remonta a cuando probablemente jugaba usted a las canicas y se peleaba con las niñas.

La puerta se abrió y apareció David Abbott, una bien plantada figura que resistía el peso de los años.

-Encantado de verlo, mayor -dijo, al extender la mano, el antiguo Monje Silencioso de Servicios Secretos.

-Me alegra estar aquí, señor. Webb estrechó su mano. Otro hombre, mayor y bien plantado, apareció junto a Abbott.

-Un amigo de Jeremy, sin duda -dijo el hombre con una profunda voz cargada de humor-. Lamento muchísimo que la falta de tiempo impida las presentaciones adecuadas, joven. Vamos, Margaret. Encienda el fuego arriba. -Y volviéndose hacia Abbott: -¿Me avisarás cuando te vayas, David?

-Supongo que a la hora de costumbre -respondió el *Monje-.* Enseñaré a estos dos cómo llamarte.

Entonces fue cuando Webb notó la presencia de un tercer hombre en la habitación; estaba en las sombras del otro extremo y al mayor lo reconoció inmediatamente. Era Elliot Stevens, asesor principal del presidente de los Estados Unidos; para algunos era como su mano derecha. Tendría unos cuarenta años, esbelto, con gafas y aspecto de autoridad sin pretensiones.

-...estará bien. -El autoritario hombre que no había tenido tiempo para las presentaciones seguía hablando; Webb no lo escuchaba, porque su atención se centraba en el asesor de la Casa Blanca-. Estaré esperando.

-Hasta pronto -prosiguió Abbott, dirigiendo *amablemente* su mirada hacia la mujer canosa-. Gracias, hermana Meg. Mantén tu hábito ceñido y no dejes que te lo levante.

-Nunca olvidas la picardía, *Jesuita.*

La pareja se fue, cerrando la puerta tras sí. Webb siguió de pie por un instante, inclinando la cabeza y sonriendo. El hombre y la mujer del número 139 de la calle Setenta y Uno vivían en el cuarto bajo el vestíbulo, y este cuarto y todo el edificio de piedra se integraba en la tranquila, suntuosa y arbolada calle.

-Hace mucho que los conoce, ¿no es cierto?

-Desde siempre, podría decirse -respondió Abbott-. Él tenía un yate que nos prestó muy buenos servicios en las jornadas del Adriático para las operaciones de Donovan en Yugoslavia. Mijailovich dijo una vez que él era un navegante de temple consumado, capaz de dirigir a su antojo en las peores condiciones atmosféricas. Y no te dejes trastornar por el encanto de la hermana Meg. Fue una chica del grupo de las intrépidas; una verdadera piraña de dientes muy afilados.

-Podría escribirse toda una historia sobre ellos.

-Pero creo que nunca será escrita -apostilló Abbott, dando por terminado el tema-. Quiero presentarle a Elliot Stevens. No sé si le he comentado quién es. Webb, éste es Stevens. Stevens, le presento a Webb.

-Esto parece el despacho de un abogado -dijo Stevens amigablemente, atravesando el cuarto con la mano extendida-. Encantado de conocerlo, Webb. ¿Ha tenido buen viaje?

-Hubiera preferido un transporte militar. Odio esas condenadas líneas aéreas comerciales. En el aeropuerto Kennedy creí que el inspector de la aduana iba a cortar en tiras el forro de mi maletín.

-Con ese uniforme tiene un aspecto muy respetable -sonrió el *Monje-.* Sin duda es usted un buen contrabandista.

-Aún no estoy seguro de la respetabilidad del uniforme -dijo el mayor, llevando el maletín hasta una larga mesa plegable, junto a la pared, donde desprendió el cordón de nylon.

-Sería obvio recordarle -respondió Abbott- que la mayor seguridad consiste, a menudo, en comportarse con la mayor naturalidad. Un oficial del Servicio Secreto del Ejército acechando a escondidas en Zurich, en esta época, despertaría muchas sospechas.

-Entonces, no entiendo ninguna de las dos actitudes -intervino el asesor de la Casa Blanca, acercándose a la mesa, junto a Webb, y observando las manipulaciones del mayor con el cordón de nylon y la cerradura-. Un comportamiento natural, ¿no despertaría más sospechas? Siempre creí que el hecho de actuar ocultamente ofrece menos probabilidades de ser descubierto.

-El viaje de Webb a Zurich era un control consular de rutina incluido en los programas de G-DOS. Nadie engaña a nadie con este tipo de viajes: son lo que son y nada más. Descubrimos nuevas fuentes, pagamos a los informantes, etc. Los rusos lo hacen siempre, y no se preocupan de ocultarlo. Ni nosotros tampoco, la verdad sea dicha.

-Pero esto no era la finalidad de este viaje -dijo Stevens, comenzando a entender-. De modo que lo obvio oculta aquello que no lo es.

-Exacto.

-¿Puedo ayudar?

El asesor principal parecía fascinado por el maletín.

-Gracias -respondió Webb-. Por favor, tire del cordón. Stevens siguió las indicaciones de Webb.

-Siempre creí que había una cadena alrededor de la muñeca -dijo.

-Muchas manos quedaron amputadas con ese sistema -explicó el mayor, sonriendo ante la reacción de hombre de la Casa Blanca-. Este cordón de nylon tiene un cable de acero en su interior. -Soltó el maletín y lo abrió sobre la mesa, observando la elegancia del rincón amueblado que servía de biblioteca. Al fondo de la habitación había dos puertas que conducían aparentemente a un jardín exterior, pues el perfil oscuro de un alto muro de piedra se veía tras los gruesos vidrios-. Así que esto es Treadstone Setenta y Uno; imaginaba algo distinto.

-Corra las cortinas de nuevo, por favor, Elliot -dijo Abbott. El asesor presidencial se dirigió a las puertas corrió las cortinas. Abbott atravesó el cuarto hacia una biblioteca, abrió la vitrina inferior e introdujo la mano. Se oyó un ligero zumbido; la biblioteca se separó de la pared y, lentamente, giró hacia la izquierda. Al otro lado había una consola de una radio electrónica, uno de los transmisores más sofisticados que Cordón Webb hubiera visto jamás-. ¿Es más de lo que suponía? -preguntó el *Monje.*

-¡Jesús...! -silbó el mayor mientras estudiaba el dial, los controles de regulación, las fichas de conexión y los mecanismos de modulación incorporados al panel de la consola. Las salas de situación del Pentágono tenían equipos

mucho más elaborados, pero éste era el equivalente en miniatura de una de las estaciones de espionaje mejor estructuradas.

-Yo también silbaría de asombro -comentó Stevens, poniéndose frente a la pesada cortina-. Pero Mr. Abbott me hizo una exhibición personal. Esto es sólo el comienzo. Cinco botones más y este lugar parecerá una estación de seguimiento de satélites en Omaha.

-Estos mismos botones convierten de nuevo a este cuarto en una elegante biblioteca de East Side.

-Abbott introdujo la mano en la vitrina; en pocos segundos, la enorme consola fue remplazada por los estantes de libros. Luego se dirigió a la biblioteca contigua, abrió la vitrina inferior y otra vez introdujo la mano en ella. Nuevamente se oyó el zumbido, la biblioteca se deslizó y, con rapidez, aparecieron en su lugar tres altos gabinetes de archivo. El *Monje* puso una llave y abrió un cajón-. No estoy alardeando, Gordon. Cuando hayamos terminado, quiero que veas esto. Les mostraré el botón que vuelve todo a su lugar. Si se presenta algún problema, nuestro huésped se ocupará de todo.

-¿Qué es lo que debo mirar?

-Ya llegaremos a eso. Ahora quiero oír noticias de Zurich. ¿Qué ha sabido de nuevo?

-Perdón, Mr. Abbott -interrumpió Stevens-. Si soy un poco lento, es porque todo esto resulta muy nuevo para mí. Pero estoy pensando en algo que usted ha dicho hace un minuto sobre el viaje del mayor Webb.

-¿Qué he dicho?

-Pues que el viaje estaba incluido en los programas de G-DOS.

-Es cierto.

-¿Por qué? La presencia del mayor era para confundir a Zurich, no a Washington. ¿O era esto lo que se buscaba?

El *Monje* sonrió.

-Puedo ver por qué el presidente lo ha metido en esto. Nunca dudamos de que Carlos hubiera comprado su ingreso en un círculo o dos, o diez, en Washington. Ha encontrado hombres descontentos y les ha ofrecido lo que no tenían. Un personaje como Carlos no hubiera podido existir si no hubiese ese tipo de gente. Recuerde que él no sólo vende la muerte; vende también los secretos de una nación. Muy a menudo a los rusos, aunque sólo sea para demostrarles lo imprudente que sería prescindir de él.

-Al presidente le gustaría saber esto -intervino el asesor-, porque así se aclararían muchas cosas.

-¿Por eso no está usted aquí? -inquirió Abbott.

-Supongo que sí.

-Y Zurich es un buen lugar para empezar -dijo Webb, llevando su maletín a un sillón frente a las vitrinas de archivo. Se sentó, desplegó a sus pies las carpetas que había en su interior y sacó varias hojas de papel-. Sin duda Carlos está en Washington, pero no lo puede confirmar.

-¿Dónde? ¿Quizás en Treadstone?

-No hay suficientes pruebas de ello, pero tampoco debe ser desechado. Encontró la *fiche y* la alteró.

-¡Santo cielo!, ¿y cómo?

-El cómo lo hizo sólo puedo intuirlo; pero sé quién lo hizo.

-¿Quién?

-Un hombre llamado Koenig. Hasta hace tres días estaba a cargo de las verificaciones primarias en el Gemeinschaft Bank.

-¡Hasta hace tres días! ¿Y dónde está ahora?

-Muerto. Un extraño accidente de circulación durante el trayecto que hacía todos los días. Aquí está el informe de la Policía; lo he traducido. -Abbott tomó unos papeles y se sentó en una silla cercana. Elliot Stevens permaneció de pie; Webb continuó-: Ahí hay algo interesante. No nos dice nada que ya no sepamos, pero hay una pista que quiero seguir.

-¿Y qué es eso? -preguntó el *Monje,* leyendo-. Esto describe el accidente. La curva, la velocidad del coche, la aparente maniobra realizada para evitar el choque.

-Es al final. Lo que nos llamó la atención es la mención del asesinato en el Gemeinschaft Bank.

-¿Es así? -inquirió Abbott, volviendo la página.

-Véalo usted mismo; las dos últimas frases. ¿Entiende lo que quiero decir?

-No exactamente -respondió Abbott frunciendo el ceño-. Aquí dice simplemente que Koenig estaba empleado en el Gemeinschaft cuando se cometió un homicidio hace poco... que estaba presente cuando se inició el tiroteo. Y eso es todo.

-No creo que eso sea todo -opuso Webb-. Pienso que hay algo más. Alguien comenzó a hacer preguntas, pero quedaron en suspenso. Me gustaría saber quién censura los informes de la Policía de Zurich. Puede ser el hombre de Carlos. Sabemos que tiene uno allí.

El *Monje se* recostó en la silla, su frente mostraba preocupación.

-Suponiendo que tenga razón, ¿por qué no fue borrada toda la frase?

-Demasiado obvio. El crimen se *había* cometido; Koenig *era* un testigo; el oficial que redactó el informe podría, con todo derecho, haber hecho más preguntas.

-Pero si hubiera supuesto una vinculación, ¿no habría quedado tan confundido como en el caso que dicha suposición hubiera sido borrada?

-No necesariamente. Estamos hablando de un Banco de Suiza. Mientras no haya una prueba, ciertas áreas son inviolables.

-Bueno, no siempre. Sé que tuvo mucho éxito con los diarios.

-Extraoficialmente. Yo apelé al escrupuloso sensacionalismo periodístico y, aunque casi muere por ello, conseguí a Walter Apfel para corroborarlo a medias.

-Un momento -dijo Elliot Stevens-. Pienso que es aquí donde entra el Despacho Ovalad. Presumo que se refieren a la mujer canadiense, por lo que sé a través de los diarios.

-No exactamente. Esta historia fue publicada. No pudimos impedirlo. La Policía de Zurich también publicó el informe, pues Carlos está en comunicación con ellos. Nosotros simplemente la ampliamos, y vinculamos a la mujer con una historia, igualmente falsa, de millones robados al Gemeinschaft. -Webb hizo una pausa y miró a Abbott-; Esto es algo de lo que tenemos que hablar; quizá no sea tan falso.

-No puedo creerlo -replicó el *Monje.*

-Y yo *no quiero* creerlo -intervino el mayor-. Nunca lo creería.

-¿Les molestaría volver atrás? -preguntó el asesor de la Casa Blanca, sentándose frente al oficial del Ejército-. Debo entender esto muy claramente.

-Déjeme explicarle -interrumpió Abbott, viendo el asombro en el rostro de Webb-. Elliot está aquí por orden del presidente, dada a raíz del asesinato en el aeropuerto de Ottawa.

-Es una maldita confusión -dijo Stevens bruscamente-. El Primer Ministro pidió duramente al presidente, que retirara nuestras estaciones de Nueva Escocia. Es un canadiense iracundo.

-¿Cómo sucedió? -preguntó Webb.

-Muy mal. Todo lo que saben es que un calificado economista de la Dirección Nacional de Rentas llevó a cabo discretas consultas sobre una empresa de origen estadounidense no inscrita; y fue asesinado a causa de ello. Fue una operación de Estados Unidos muy delicada.

-¿Quién demonios lo hizo?

-Creo haber oído decir acá y allá el nombre de *Adoquín* -dijo el *Monje.*

-¿El general Crawford? ¡Ese estúpido bastardo!

-¿Se imaginan ustedes? -intervino Stevens-. Asesinan a *su* agente canadiense y *nosotros* tenemos el descaro de decirles que se mantengan apartados de este asunto.

-Crawford tenía razón, por supuesto -corrigió Abbott-. Había que actuar rápidamente, sin dar lugar a equívocos. Había que apretar los tornillos de inmediato, ya que el golpe era lo suficientemente ultrajante como para detener cualquier cosa. Esto me dio tiempo para conseguir los servicios de MacKenzie Hawkins. Mac y yo trabajamos juntos en Birmania; ya se retiró, pero siempre lo tienen en cuenta. Ahora están cooperando, y esto es lo más importante, ¿no es cierto?

-Hay otras consideraciones, Mr. Abbott -protestó Stevens.

-Pero son niveles diferentes, Elliot. No trabajamos muy rígidamente con ellos, y no podemos perder tiempo en actitudes diplomáticas. Admito que estas actitudes son necesarias, pero no para nosotros.

-Pero sí para el presidente, señor. Es parte de su preocupación diaria. Y por eso debo volver atrás, para dejar bien aclarada la situación. -Stevens hizo una pausa y se volvió hacia Webb-. Ahora, por favor, empecemos de nuevo. ¿Qué fue, exactamente, lo que hizo usted y por qué? ¿Qué papel tenemos en el caso de la mujer canadiense?

-Inicialmente, nada condenable; esto fue más bien una jugada de Carlos. Alguien de muy alto nivel en la Policía de Zurich es pagado por Carlos. Fueron ellos quienes se burlaron de la citada evidencia relacionando a esta mujer con los tres asesinatos. Pero todo eso es completamente ridículo. Ella no es el asesino.

-Muy bien, muy bien -replicó el asesor-. Fue Carlos. Pero, ¿por qué lo hizo?

-Para eliminar a Bourne. Esa mujer y Bourne viven juntos.

-¿Quiere decir entonces que Bourne es el asesino y que también se llama Caín?

-Así es -respondió Webb-. Carlos ha jurado matarlo. Caín ha estado siguiendo a Carlos por toda Europa y Oriente Medio, pero no hay fotografías de él, nadie podría reconocerlo. Por eso, difundiendo una foto de la mujer (y les diré

que apareció en cualquier maldito diario de por ahí), alguien podría dar con ella y, siguiéndola, es muy probable que también encontraran a Caín-Bourne. Y Carlos mataría a ambos.

-Muy bien, estamos nuevamente con Carlos. Pero, ¿qué es lo que hizo usted?

-Exactamente lo que he dicho. Llegué al Gemeinschaft Bank y los convencí de que sólo confirmaran que Ja mujer *podría estar* complicada en un robo cuantioso. No fue fácil lograrlo, pero los hechos indicaban que era un hombre de ellos, Koenig, quien había sido sobornado, y no uno de los nuestros. Era un asunto interno, pero ellos querían taparlo. Así, llamé a los diarios y les hablé de Walter Apfel. La misteriosa mujer, crimen, millones robados; los editores se regodearon con la información.

-¡En nombre de Cristo! ¿Por qué? -gritó Stevens-. Usted usó a un ciudadano de otro país para una operación de espionaje de los Estados Unidos. Un miembro del personal de un Gobierno estrechamente aliado al nuestro. ¿Está usted en su sano juicio? Sólo ha conseguido agravar la situación y ha sacrificado a esa mujer.

-Se equivoca usted -intervino Webb-. Estamos tratando de salvar su vida. Hemos vuelto las armas de Carlos contra él mismo.

-¿Cómo?

El *Monje* levantó la mano.

-Antes de responder tenemos que volver a otro asunto -dijo-. Porque la respuesta a esto puede darle una idea de cuan reservada es esta información. Hace un momento he preguntado al mayor cómo habría podido Carlos encontrar a Bourne, encontrar la *fiche* que identifica a Bourne como Caín. Creo que lo sé, pero quiero que él se lo diga.

Webb se inclinó hacia delante,

-Los archivos de Medusa -dijo, tranquilamente, de mala gana.

-¿Medusa...? -La expresión de Stevens daba a entender que el asunto Medusa fue tema de antiguas instrucciones confidenciales de la Casa Blanca-. Ese informe *ya* fue enterrado -dijo.

-Un momento -se interpuso Abbott-. Aún queda un original y dos copias, y están en las bóvedas del Pentágono, la CÍA. y el Consejo Nacional de Seguridad. El acceso a ellos está limitado a un grupo muy selecto. Y cada uno, entre los miembros más altos de su unidad. Bourne viene de Medusa; un control simultáneo de los nombres de este informe y los registros del Banco van a dar lógicamente su nombre. Y alguien le pasó este dato a Carlos.

Stevens clavó su vista en el *Monje.*

-Usted está insinuando que Carlos está... conectado con... hombres de esos niveles. Eso es una acusación gravísima.

-Es la única explicación -admitió Webb.

-Pero, ¿por qué habría Bourne de usar alguna vez su nombre verdadero?

-Era necesario -respondió Abbott-. Era una parte vital de su semblanza. Tenía que ser auténtico. Todo tenía que ser auténtico. Todo.

-¿Auténtico?

-Puede ser que lo entienda ahora -continuó el mayor-. Al vincular a la canadiense con los millones supuestamente robados a la Gemeinschaft Bank, sacamos a Bourne a la superficie, pues él sabe que esto es falso.

-¿Sacar a Bourne a la superficie?

-El hombre llamado Jason Bourne -dijo Abbott, poniéndose de pie y dirigiéndose hacia las cortinas corridas- es un oficial de espionaje de los Estados Unidos. Caín no existe; es decir, no existe el Caín que se imagina Carlos. Sólo es un señuelo, una trampa para Carlos. Ésta es o era la figura de Caín.

Él silencio fue breve, roto sólo por el asesor de la Casa Blanca.

-Creo que deben explicarse. Es necesario que el presidente esté informado.

-Eso creo yo también -musitó Abbott entreabriendo las cortinas y mirando distraídamente hacia fuera-: Es un dilema insoluble, verdaderamente insoluble. Los presidentes cambian; diferentes hombres, con diferentes temperamentos y apetitos, se sientan en el Despacho Ovalad. Sin embargo, una estrategia de largo alcance no cambia, al menos una estrategia como ésta. A pesar de que una impresión dejada caer al descuido mientras se bebe un vaso de whisky durante una conversación posterior al período presidencial, o una frase ególatra insertada en un informe, puede mandar toda esta estrategia al mismo infierno. No pasa un día sin que dejemos de asombrarnos de aquellos hombres que han logrado sobrevivir a la Casa Blanca.

-*Por favor* -interrumpió Stevens-, le recuerdo que estoy aquí por orden de *este* presidente. No importa que lo apruebe o no. Por ley tiene derecho a conocer, y en su nombre yo insisto en este derecho.

-Muy bien -replicó Abbott mirando aún hacia fuera-. Hace tres años tomamos prestada una historia de los ingleses. Creamos un hombre que nunca existió. Si usted lo recuerda, poco tiempo antes de la invasión de Normandía, el Servicio Secreto Británico echó a flotar un cadáver en las costas de Portugal. Sabían que cualquier documento concerniente a ese cadáver iría a parar a la Embajada alemana en Lisboa. Así se creó una vida para el cuerpo muerto; un nombre, un rango de oficial de Marina; escuelas, adiestramiento, órdenes de viaje, carné de conducir, credenciales de varios clubes exclusivos de Londres y una media docena de cartas personales. En forma dispersa se dejaron insinuaciones, alusiones muy vagas y unas cuantas referencias cronológicas y geográficas muy directas. Todas se vinculaban a la invasión que tendría lugar a unas cien millas de Normandía, y unas seis semanas después de la fecha fijada para junio. Una vez los agentes alemanes, consternados, verificaron la información a través de toda Inglaterra, incidentalmente controlada y monitorizada por el Ml-Cinco, el Comando Superior en Berlín aceptó como verdadera la información y modificó una gran parte de sus defensas. Así como se perdieron muchas vidas, otras miles y miles fueron salvadas por aquel hombre que nunca existió.

Abbott dejó caer la cortina y volvió cansinamente a su silla.

-He oído hablar de esa historia -dijo el asesor de la Casa Blanca-, ¿y...?

-Nuestra historia es una variante de la que conté -explicó el *Monje* sentándose pesadamente-. Creamos un hombre vivo, una leyenda rápidamente establecida, dando la impresión de estar en cualquier parte al minuto, corriendo por todo el Sudeste asiático, superando a Carlos en cada golpe, especialmente en las operaciones fulminantes. Siempre que se cometía un asesinato o una muerte inexplicable, o una figura prominente se veía involucrada en un accidente fatal, allí estaba Caín. Varias fuentes de confianza, informantes pagados conocidos por su fiabilidad, recibieron su nombre; Embajadas, puestos de información, la red entera de espionaje fue varias veces informada, encauzada y concentrada sobre las actividades, rápidamente desarrolladas, de Caín. Sus «asesinatos»

aumentaban mes a mes; en algunos casos, semana a semana. Él estaba en todas partes... y *existía,* sin dejar ninguna duda.

-¿Y dice usted que éste era Bourne?

-Así es. Estuvo meses aprendiendo todo cuanto se podía aprender sobre Carlos, consultando todos nuestros archivos, todos los asesinatos conocidos donde sospechábamos que Carlos estaba involucrado. Investigó cuidadosamente sus tácticas, sus métodos de trabajo; todo lo que podía investigar. Gran parte de *este* material nunca fue conocido y probablemente nunca lo será. Es muy explosivo. Los Gobiernos y los monopolios internacionales se tirarían entre sí de los pelos si lo conocieran. No había literalmente nada que pudiera saberse sobre Carlos, que Bourne no conociera. Al llegar a este punto, Bourne comenzó a salir a la luz, siempre con un aspecto diferente, expresándose en diferentes idiomas, hablando con un selecto grupo de criminales sobre temas que sólo un delincuente profesional podía conocer. Y después desaparecía, dejando a hombres y mujeres asombrados y, a menudo, atemorizados. Ellos habían visto a Caín; existía y era un criminal despiadado. Ésta era la imagen que Bourne transmitía.

-¿Y actuó así, ocultamente, durante tres años? -preguntó Stevens.

-En efecto. Se movía a través de Europa. Era el asesino más consumado de Asia. Prestigiado por el infame grupo Medusa, desafiaba a Carlos en su propio terreno. Y en este proceso salvó a cuatro hombres marcados por Carlos, se atribuyó otros que fueron asesinados por Carlos, burlándose de él en cada oportunidad...: tratando siempre de hacerlo salir a la luz. Pasó casi tres años viviendo la mentira más peligrosa que un hombre puede vivir, una existencia que pocos hombres conocen. Muchos otros habrían sucumbido en esta prueba. Y nunca debemos descartar esta posibilidad.

-¿Qué clase de hombre es?

-Un profesional -respondió Gordon Webb-. Alguien con la capacidad y el adiestramiento necesarios y que comprendió la necesidad de encontrar y detener a Carlos.

-Pero, ¿tres años?

-Si esto parece increíble -dijo Abbott-, ha de saber que se sometió a cirugía estética. Fue el último corte con su pasado, con el hombre que era, para convertirse en el hombre que no era. Dudo que exista la forma en que una nación pueda pagar a Bourne lo que ha hecho. Quizá la única sea darle la oportunidad de tener éxito. ¡Y por Dios que intento dársela! -El *Monje se* interrumpió un instante y agregó-: Si él *es* Bourne.

Fue como si Elliot Stevens hubiera sido golpeado por una maza invisible.

-¿Qué está usted diciendo? -preguntó.

-Temo haber reservado esto para el final. Pero quiero que tenga una visión completa de esta situación antes de que le hable de una pista que hemos encontrado. Tal vez *no* sea una brecha, no lo sabemos. Han sucedido muchas cosas que no tienen sentido para nosotros, y no las entendemos. Por esto no ha de haber ninguna interferencia con otros niveles, ni compromisos diplomáticos que ocasionen riesgos en esta estrategia. No podemos condenar a muerte a un hombre que dio más de sí que muchos de nosotros. Si logra su objetivo, podrá volver a su vida, pero sólo en el anonimato, sin que se revele nunca su verdadera identidad.

-Temo que deban explicarme eso -dijo, asombrado, el asesor presidencial.

-Lealtad, Elliot. Es un sentimiento no reservado exclusivamente para lo que comúnmente se entiende como «los buenos». Carlos organizó un ejército de hombres y mujeres que se han consagrado a él. Puede ser que no lo conozcan, pero lo siguen con reverencia. Sin embargo, si Bourne consigue atrapar a Carlos o hacerlo caer en una trampa para que nosotros lo atrapemos, desaparecería. Bourne podría retirarse a vivir tranquilamente.

-Pero usted dice que quizá *no* sea Bourne.

-He dicho que no lo sabemos. En el Banco era Bourne, con seguridad; las firmas eran auténticas. Ahora, sin embargo, no estamos seguros. Lo sabremos en los próximos días.

-Si aparece -agregó Webb.

-Es algo muy delicado -continuó el *Monje-.* Hay muchas cuestiones que aclarar. Si *no* es Bourne, o si nos ha traicionado, se explicaría la llamada a Ottawa, el asesinato en el aeropuerto. Por lo que sabemos, la experiencia de la mujer fue usada para introducir el dinero en París. Todo lo que Carlos tenía que hacer eran unas pocas averiguaciones en la Dirección del Tesoro de Canadá. El resto era un juego de niños para él. Asesinar a su contacto, asustarla, incomunicarla y usarla para encerrar a Bourne.

-¿Tiene posibilidades de comunicarse con ella? -preguntó el mayor.

-Lo intenté, pero no tuve éxito. Hice que Mac Hawkins hablara con un hombre que había trabajado junto a ella, un tal Alan, no conozco su apellido. Le indicaron a ella que volviera inmediatamente a Canadá. Pero cortó la comunicación.

-¡Demonios! -exclamó Webb.

-Si hubiéramos logrado que volviera, habríamos aclarado muchas dudas. Ella es la clave. ¿Por qué está junto a él? ¿Por qué está Bourne con esa mujer? Nada encaja en esta relación.

-Y menos para mí -intervino Stevens, pasando del asombro a la angustia-. Si usted espera la cooperación del presidente, y no puedo garantizar nada, es mejor que sea claro.

Abbott se volvió hacia el asesor.

-Hace unos seis meses que Bourne desapareció -dijo-. Algo sucedió, no sabemos qué; pero sólo podemos llegar a reunir la información de algo meramente probable. Informó a Zurich que se dirigía a Marsella. Más tarde, muy tarde ya, lo entendimos. Se había enterado que Carlos había aceptado un contrato sobre Howard Leland, y Bourne trataba de detenerlo. A partir de aquí, nada más. Se esfumó. ¿Habrá sido asesinado? ¿Habrá sucumbido al esfuerzo de esta operación? ¿Habrá desistido de ella?

-No puedo aceptarlo -interrumpió duramente Webb-, no quiero aceptarlo.

-Sé que no quiere usted -dijo el *Monje-,* y por eso quiero que investigue este archivo. Conoce usted sus claves. Todo está aquí. Vea si puede encontrar algunas desviaciones en Zurich.

-¡Por favor! -interrumpió Stevens-. ¿Qué se imagina usted? Tiene que haber algo concreto en que basar una opinión. Necesito una prueba así, Mr. Abbott. El presidente la necesita.

-¡Ojalá la tuviera! -exclamó el *Monje-.* ¿Qué hemos encontrado Todo y nada. Casi tres años del engaño más cuidadosamente construido en nuestros informes. Cada hecho falso está documentado, cada movimiento está definido y justificado; cada hombre y mujer, informantes, contactos, fuentes, ha recibido un rostro, una voz, una historia. Y mes a mes, semana a semana, un poco más cerca de Carlos. ¡Y ahora! ¡Silencio, seis meses en el vacío!

-¡Pero ahora no! -opuso el asesor del presidente-. Este silencio fue cortado. ¿Por quién?

-Ésta es la duda principal, ¿no es así? -intervino el *Monje* con voz cansina-. Meses de silencio y, repentinamente, una explosión de actividad no autorizada e incomprensible. La cuenta violada, la *fiche* alterada, millones transferidos, aparentemente robados. Y, por encima de todo, varios hombres asesinados y planes para asesinar a otros. ¿Por quién? ¿Para quién?

-El *Monje* sacudió cansinamente la cabeza-. ¿Quién está detrás de todo esto?

20

La limusina estaba aparcada entre dos farolas, en diagonal, sobre la vereda opuesta a las pesadas puertas labradas del frontispicio de piedra; al volante, un chofer uniformado. Un chofer de categoría adecuada al vehículo, una limusina que no desentonaba a la vista de la suntuosa y arbolada calle. No era usual, sin embargo, que los otros dos hombres permanecieran en las sombras del profundo asiento posterior, sin hacer ningún movimiento para salir del coche. Observaban la entrada de piedra, seguros de no ser captados por los rayos infrarrojos de la cámara detectora.

Uno de los hombres se ajustó las gafas de gruesos cristales; sus desconfiados ojos de lechuza observaban cuanto veían. Habló Alfred Gillette, Director de Análisis y Evaluación del Personal del Consejo Nacional de Seguridad:

-¡Qué significa estar aquí en el momento en que se derrumba la arrogancia! ¡Y cuánto más ser el artífice de esta catástrofe!

-Realmente no lo aprecias, ¿verdad? -dijo el compañero de Gillette, un hombre de anchos hombros, con impermeable negro, y cuyo acento denuncia una lengua eslava de algún lugar de Europa.

-Lo detesto. Representa a todo lo que odio en Washington. Las escuelas selectas, las casas de Georgetown, las granjas de Virginia, las reservadas reuniones en sus clubes. Tienen su pequeño mundo cerrado, que es inaccesible. Lo gobiernan todo. *¡Los bastardos!* La superior y engreída *gente tradicional* de Washington. Usan la inteligencia *y el trabajo* de los demás, y los disfrazan con decisiones que llevan su sello particular. Y si uno viene de afuera, pasa a integrar una entidad amorfa: «El magnífico equipo de funcionarios.»

-Exagera usted -dijo el europeo, con los ojos fijos en la fachada-. No le ha ido tan mal aquí. De otra manera, nunca hubiéramos establecido contacto con usted.

Gillette lo miró frunciendo el ceño.

-Si no me ha ido mal, es porque he llegado a ser indispensable para muchos, como David Abbott. Tengo en la cabeza miles de hechos que no podrían recordar.

Y es así mucho más fácil para ellos llevarme adonde están los problemas, donde los asuntos requieren una solución. ¡Director de Análisis y Evaluación del Personal del Consejo Nacional de Seguridad! Ellos crearon este puesto y este título para mí. ¿Y sabe por qué?

-No, Alfred -respondió el europeo, mirando su reloj-, no sé por qué.

-Porque no tienen la paciencia de pasar horas y horas estudiando detenidamente miles y miles de informes y expedientes. Les gusta, más bien, estar cenando en «Sans Souci», o pavonearse ante los Comités del Senado, recitando escritos preparados por otros, por ese escondido e ignorado «magnífico equipo de funcionarios».

-Es usted un nombre amargado -contestó el europeo.

-Mucho más de lo que usted cree. Toda una vida haciendo el trabajo que estos bastardos deberían haber hecho. ¿Y para qué? Para que me ofrezcan un título y un almuerzo ocasional en el que mi inteligencia es consumida entre el aperitivo y el principio. Por hombres como David Abbott, el supremo arrogante; ellos no son nada sin la ayuda de gente como yo.

-No subestime al *Monje.* Carlos no lo hace.

-¿Cómo podría hacerlo? No tiene idea del valor de las cosas. Todo lo que Abbott hace es tratado en secreto. Nadie sabe la cantidad de errores que ha cometido. Y si alguno sale *a* la luz, los hombres como yo cargamos con la culpa.

El europeo transfirió su mirada de la ventana a Gillette.

-Es usted muy emocional, Alfred -dijo fríamente-, y debe tener cuidado con eso. El burócrata sonrió.

-Eso nunca interfiere. Y, además, creo que mi aportación a la causa de Carlos supera a esto. Digamos que me estoy preparando para una confrontación que no querría perderme por nada del mundo.

-Es una afirmación honesta -intervino el hombre de anchos hombros.

-¿Y usted qué opina? Porque fue usted quien vino a mí.

-Sé lo que busco.

El europeo volvió a mirar a la ventana.

-Me refiero a usted. Al trabajo que hace para Carlos.

-Mis razonamientos no son tan complicados. Vengo de un país donde los hombres cultos son promocionados al antojo de unos retrasados que recitan a Marx como una letanía rutinaria. Carlos también sabía qué buscar.

Gillette rió, con sus ojos fijos a punto de brillar.

-Después de todo, no somos muy diferentes. Cambiemos la herencia de nuestros gobernadores orientales por Marx y tendremos un claro paralelismo.

-Quizá -convino el europeo, mirando nuevamente su reloj-. Ya no tardará. Abbott toma siempre el tren local de medianoche; da cuenta en Washington de cada una de sus horas.

-¿Está seguro de que saldrá solo?

-Siempre lo hace, y sin duda no querrá ser visto con Elliot Stevens. Webb y Stevens saldrán asimismo por separado; tienen fijado un intervalo de veinte minutos entre sí.

-¿Cómo descubrió Treadstone?

-No fue muy difícil. Y usted contribuyó, Alfred. Usted, que es parte de ese «magnífico equipo de funcionarios». -El hombre se rió mirando el frontispicio-. Caín venía de Medusa, usted nos lo dijo; y si las sospechas de Carlos eran ciertas, el *Monje* quedaba señalado, *nosotros* sabíamos *esto.* Carlos lo vinculó a Bourne y nos instruyó para vigilar a Abbott durante las veinticuatro horas del día. Algo había ido mal. Cuando los disparos de Zurich se oyeron en Washington, Abbott comenzó a actuar descuidadamente. Lo seguimos hasta aquí. Todo fue cuestión de paciencia.

-¿Y esto los guió hasta Canadá, hasta el hombre de Ottawa?

-El hombre de Ottawa se descubrió solo al buscar a Treadstone. Cuando supimos quién era la mujer, comenzamos a vigilar su oficina en el Departamento del Tesoro. Llegó una llamada de París; era ella, pidiéndole que iniciara una investigación. Desconocíamos la causa, pero sospechábamos que Bourne estaría tratando de apartar a Treadstone. Si había vuelto, *era* una manera de salir y quedarse con el dinero. El asunto no importaba. Pero, repentinamente, ese jefe de sección del que nadie había oído hablar, salvo el Gobierno de Canadá, se transformó en un problema de vital prioridad. Los comunicados de los Servicios de Espionaje multiplicaban los telegramas. Esto significaba que Carlos tenía razón; que *usted* tenía razón, Alfred. Caín no existe, es un invento, una trampa.

-Yo le dije eso desde el comienzo -insistió Gillette-. Tres años de falsos informes, fuentes no confirmadas. Había de todo.

-Desde el comienzo -musitó el europeo-. Sin duda ha sido la mejor creación del *Monje...* hasta que sucedió algo, y su creación se invirtió. Todo se ha invertido. Todo se está partiendo por una fisura.

-La presencia de Stevens lo confirma. El presidente quiere saber.

-Tiene que enterarse. En Ottawa hay una insistente sospecha de que un jefe de sección del Departamento del Tesoro fue asesinado por el Servicio de Espionaje de Estados Unidos. -El europeo miró desde la ventana al burócrata-. Recuerde, Alfred; nosotros simplemente queremos saber qué pasó. Le he relatado los hechos según supimos cómo ocurrieron; son irrefutables, y Abbott no puede negarlos. Pero deben ser presentados como si hubieran sido obtenidos independientemente, por medio de sus propias fuentes. Usted está consternado y exige que se le rindan cuentas; la totalidad de los servicios de espionaje ha sido embaucada.

-¡Así es! -exclamó Gillette-. Embaucados y usados. En Washington, nadie sabía nada sobre Bourne ni sobre Treadstone. ¡Han excluido a todos, es aterrador! Y no exagero, ¡bastardos arrogantes!

-Alfred -le amonestó el europeo, levantando su mano-. Recuerde para quién estamos trabajando. La amenaza no se puede basar en algo emocional, sino en el frío ultraje profesional. Sospechará de usted inmediatamente; pero usted debe disipar de inmediato esas sospechas. Recuerde que usted es el acusador y no él.

-Lo recordaré.

-Muy bien. -La luz de los faros de un coche atravesó el vidrio-. el taxi de Abbott ha llegado. Me ocuparé del conductor. -El europeo se volvió hacia la derecha y conectó un interruptor bajo el brazo del asiento-. Estaré en mi coche escuchando, al otro lado de la calle. -Dirigiéndose al chofer, le dijo-: Abbott saldrá en un momento. Ya sabe lo que tiene que hacer.

El chofer asintió. Los dos hombres salieron a la vez de la limusina. El chofer rodeó el capó del coche, como si fuera a recibir a un personaje importante en el lado sur de la calle. Gillette observaba por la ventanilla trasera; los dos hombres se detuvieron unos segundos y luego se separaron; el europeo se dirigió hacia el taxi que llegaba, con la mano en alto y un billete entre los dedos. El taxi fue despedido, porque quien lo llamó había cambiado de idea. El chofer había corrido hacia el lado norte de la calle y se había ocultado en las sombras de una escalinata, a dos puertas de Treadstone Setenta y Uno.

Treinta segundos más tarde, la mirada de Gillette se transfería a la puerta de la fachada. La luz brotó en el vano, al tiempo que un impaciente David Abbott salió mirando a ambas direcciones de la calle y observando su reloj, con gran confusión. El taxi tardaba y él tenía que tomar un avión. Había de cumplir un programa preciso. Abbott bajó los escalones y se dirigió hacia la izquierda, en espera del taxi. Dentro de unos segundos pasaría junto al chofer. Cuando lo hizo, ambos hombres quedaron fuera del área captada por las cámaras de Treadstone.

La sorpresa fue inmediata; el diálogo, rápido. En unos instantes, un asombrado David Abbott ascendía a la limusina, y el chofer se alejaba hacia las sombras.

-¡Usted! -exclamó el *Monje,* con la angustia y el disgusto en la voz-. ¡Entre todos, *usted!*

-No creo que pueda usted adoptar una posición desdeñosa... y mucho menos arrogante.

-¿Qué ha hecho usted? ¿Cómo se atreve? Zurich. Los informes del asunto Medusa..., ¡era usted!

-Los informes Medusa, es cierto. Zurich, es cierto. Pero lo que importa no es lo que *yo he hecho,* sino lo que ha hecho usted. Hemos enviado a nuestros hombres a Zurich, indicándoles lo que tenían que buscar. Y lo encontramos. Su nombre es Bourne, ¿no es cierto? Es el hombre que usted llama Caín, el hombre que usted ha inventado.

-¿Cómo descubrió esta casa? -inquirió Abbott manteniéndose a la expectativa.

-Es cuestión de paciencia. Lo he seguido.

-Usted *me* ha seguido? ¿Qué demonios cree que está *haciendo?*

-Tratando de hacer un informe correcto. El informe que usted ha fraguado y sobre el que ha mentido, ocultándonos la verdad a todos. ¿Qué pensaba *usted* que estaba haciendo?

-¡Oh Dios mío, condenado imbécil! -Abbott suspiró profundamente-. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no vino a verme usted mismo en persona?

-Porque usted no hizo nada. Usted ha manejado a todo el Servicio de Espionaje. Millones de dólares. Incontables miles de horas de trabajo. Embajadas y estaciones alimentadas con mentiras y distorsiones sobre un asesino que nunca existió. ¡Oh, le recuerdo sus propias palabras!: «¡Qué desafío para Carlos!», «¡Qué trampa tan irresistible!» Y todos nosotros éramos como sus títeres, y como miembro del Consejo de Seguridad, estoy profundamente agraviado. Todos ustedes son iguales. Ustedes se erigen en dioses que pueden quebrantar las normas, y no sólo las normas, sino también las leyes, y hacernos aparecer como imbéciles.

-No había otro camino -repuso el *Monje* cansino; su rostro era una contraída masa de arrugas bajo la mortecina luz-. ¿Cuántos más lo saben? Dígame la verdad.

-He restringido la información. Le he concedido esa delicadeza.

-Quizá no sea suficiente. ¡Oh, Cristo!

-Y quizá no pueda mantener más la reserva; y punto -dijo la burócrata, con énfasis-. Quiero saber qué pasó.

-¿Qué pasó?

-Sí, qué pasó con ese gran plan estratégico suyo. Parece que todo se está partiendo por la base.

-¿Por qué dice eso?

-Está todo muy claro. Usted perdió a Bourne. No puede encontrarlo. Su Caín ha desaparecido con una fortuna depositada a nombre de él en Zurich.

Abbott permaneció en silencio un instante.

-Espere un minuto, ¿en qué se apoya usted para afirmar esto?

-En usted -replicó rápidamente Gillette, abordando, como hombre prudente, el acuciante problema-. Debo decir que he admirado su dominio, cuando ese burro del Pentágono ha hablado con tanto conocimiento de la operación Medusa... sentado justamente ante el hombre que la había creado.

-Puras historias. -La voz del hombre mayor era firme ahora-. Esto no habrá significado nada para usted.

-Digamos, mejor, que era un poco común para usted decir algo. Me explico. ¿Quién, en esa reunión, sabía más que usted sobre el asunto Medusa? Pero usted no dijo ni una palabra, y eso me hizo pensar. Por eso me opuse firmemente a la atención brindada al asesino Caín. No puede negarlo, David. Usted debe ofrecer una razón valedera para seguir buscando a Caín. Y usted lanzó a Carlos en su búsqueda.

-Es cierto -interrumpió Abbott.

-Desde luego; usted sabía cuándo usarlo y yo sabía cuándo situarlo. ¡Muy ingenioso! Una serpiente extraída de la cabeza de Medusa y acicalada para llevar ese nombre mítico. El contrincante salta al cuadrilátero para sacar al campeón de su rincón.

-Pero eso era correcto desde el comienzo.

-¿Y por qué no? Como dije, muy ingenioso, aun en cada movimiento hecho por la gente de Caín en contra de él. ¿Quién mejor para transmitir esas jugadas a Caín que el hombre de la Comisión Cuarenta que estaba dando información sobre las operaciones de cada reunión reservada? ¡Usted nos usó a todos!

El *Monje* asintió.

-Muy bien; hasta cierto punto tiene razón; hubo diversos grados de abuso, en mi opinión, totalmente justificado, pero no es lo que usted cree. Hay controles y resultados. Treadstone está reducida a un pequeño grupo de la máxima fiabilidad para el Gobierno. Incluye a gente G-Dos del Ejército y del Senado, la CÍA y el Servicio Naval de Espionaje, y ahora, francamente, hasta la Casa Blanca. ¿Puede considerarse esto un abuso? Ninguno de estos hombres dudaría en interrumpir la operación. Ninguno se sintió alguna vez inclinado a hacerlo, y le ruego que usted tampoco lo haga.

-¿Podría yo pertenecer a Treadstone?

-Desde ahora, ya pertenece usted.

-Comprendo. Y entonces, ¿qué pasó? ¿Dónde está Bourne?

-¡Ojalá la supiéramos! Ahora ni estamos seguros de que sea Bourne.

-¿No están seguros *de qué?*

-Comprendo. Y entonces, ¿qué pasó? ¿Dónde está Bourne?

-¡Ojalá lo supiéramos! Ahora ni estamos ya seguros de que sea Bourne.

-¿No están seguros de qué?

El europeo alcanzó e! interruptor del tablero y lo apagó.

-Éste es -dijo-. Esto es lo que teníamos que saber. -Se volvió al chofer, junto a él-: Rápido; ahora póngase bajo la escalera. Y recuerde; si uno de ellos sale, tiene usted exactamente tres segundos antes de que la puerta vuelva a cerrarse. A trabajar, ¡rápido!

El hombre uniformado salió en primer lugar. Caminó por la acera hacia Treadstone Setenta y Uno.

En uno de los frentes adyacentes, una pareja de mediana edad despedía en voz alta a sus huéspedes. El chofer se fue deteniendo, buscó un cigarrillo en su bolsillo y se paró para encenderlo. Ahora aparentaba ser un conductor aburrido, entreteniéndose durante las horas de una tediosa vigilia. El europeo miró hacia fuera, se desabrochó el impermeable y extrajo un largo y delgado revólver, cuyo cañón se prolongaba en un silenciador. Quitó el seguro, se guardó el arma en la funda, salió del coche y caminó, a través de la calle, hacia la limusina. Los espejos habían sido orientados adecuadamente. Al reflejar áreas ciegas, no había forma de que un hombre, desde el interior, pudiera ver quién llegaba. El europeo se detuvo por un momento junto al maletero del coche y, con la mano extendida, saltó velozmente hacia la puerta delantera; la abrió y se introdujo en el vehículo, apoyando su arma en el respaldo del asiento.

Alfred Gillette se quedó sin aliento, con la mano extendida hacia la manija de la puerta. El europeo fijó la cerradura de seguridad. David Abbott permaneció inmóvil, mirando, asombrado, al intruso.

-Buenas noches, *Monje* -dijo el europeo-. Alguien, de quien he oído decir a menudo que adopta un hábito religioso, le envía sus saludos. No sólo para Caín, sino también para su personal doméstico de Treadstone. El *Marino,* por ejemplo, antiguo agente muy calificado.

Gillette recuperó la voz. Era una mezcla de chillido y cuchicheo.

-¿Qué es esto? ¿Quién es usted? -gritó fingiendo no saber nada.

-¡Oh, vamos, viejo amigo! Esto no es necesario -dijo el hombre armado-. Puedo ver, por la expresión de Mr. Abbott, que se da cuenta de lo acertadas que fueron sus dudas iniciales sobre usted. Uno debe creer siempre en sus primeras impresiones, ¿no es cierto, *Monje?* Usted tenía razón, sin duda, y nosotros encontramos otro hombre descontento. Su sistema los genera con una rapidez alarmante. Es cierto que él nos entregó los archivos de Medusa, y éstos nos llevaron hasta Bourne.

-¿Qué hace usted? -chilló Gillette-. ¿Qué dice?

-Es usted un pesado, Alfred. Pero siempre formó parte de ese «estupendo equipo de funcionarios». Es una lástima que no sepa a qué grupo unirse. Los tipos como usted nunca lo saben.

-¡Usted!

Gillette se levantó del asiento con el rostro contorsionado. El europeo disparó su arma. Del cañón brotó un sonido como de tos, que rápidamente se apagó en el interior de la limusina.

El burócrata cayó hacia delante; su cuerpo se derrumbó en el piso, contra la puerta, con los ojos dilatados como los de una lechuza.

-No creo que lo lamente -dijo «el europeo.

-Así es -respondió Abbott.

-Bourne se acabó, usted lo sabe. Caín se volvió, no pudo resistir. Terminó el largo período de silencio. La serpiente de cabeza de Medusa ha decidido actuar, aun sabiendo el riesgo que corre. O, quizá mejor, ha sido comprada. Esto también es posible, ¿no es cierto? Carlos compra a muchos hombres, por ejemplo, éste que está a sus pies.

-No sabrá nada de mí. Ni lo intente.

-No hay nada que saber. Ya estamos enterados de todo. Delta... Charlie, Caín. Pero los nombres no son muy importantes, nunca lo son realmente. Lo único que queda es el aislamiento final: eliminar al *Monje* que toma las decisiones. Usted. Bourne está atrapado. Ha terminado.

-Pero hay otros que toman decisiones. Él llegará hasta ellos.

-Si lo hace, lo matarán apenas lo vean. No hay nada más despreciable que un hombre que se desvía, pero para que un hombre se desvíe tiene que haber pruebas irrefutables, en primer lugar, de que es vuestro. Carlos tiene la prueba: él *era* de ustedes desde los orígenes, tan delicado como todo lo que hay en los archivos de Medusa.

El viejo frunció el ceño; estaba atemorizado, no por su vida, sino por algo infinitamente más indispensable.

-Usted está loco -le dijo-. No hay ninguna prueba.

-Ésta es la falla, la falla de *usted.* Carlos es perfecto. Sus tentáculos llegan hasta los rincones más ocultos. Usted necesitaba un hombre de Medusa, alguien que hubiera vivido y desaparecido. Usted eligió a un hombre llamado Bourne, porque las circunstancias de su desaparición habían sido borradas, eliminadas de todo informe existente. Pero usted no tuvo en cuenta al personal del propio bando de Hanoi, que se infiltró en Medusa; estos informes existen. El 25 de marzo de 1968, Jason Bourne fue ejecutado por un oficial del Servicio Secreto de Estados Unidos en la jungla de Tam Quan.

El *Monje* se inclinó hacia delante. No faltaba nada, salvo un gesto final, un último desafío. El europeo disparó.

La puerta del frontispicio de piedra se abrió. El chofer sonrió desde las sombras, bajo la escalera. El asesor de la Casa Blanca salía acompañado del hombre mayor que vivía en Treadstone, al que llamaban *el Marino;* el asesino comprendió que la primera alarma había sido desconectada. El riesgo del lapso de tres segundos había sido eliminado.

-Muy bueno de su parte dejarse ver por aquí -dijo el *Marino* estrechándole la mano-. Muchas gracias, señor.

Éstas fueron las últimas palabras que ambos pronunciaron. El chofer apuntó sobre el cerco de ladrillos, accionando el gatillo dos veces; los estampidos se apagaron, perdiéndose entre los innumerables y distantes sonidos de la

ciudad. *El Marino* cayó de espaldas hacia el interior. El asesor de la Casa Blanca se llevó la mano al pecho, tambaleándose en el marco de la puerta. El chofer rodeó el cerco de ladrillos, subió corriendo los escalones y cogió a Stevens cuando se desplomaba. Con una fuerza bestial, el asesino levantó al hombre de la Casa Blanca de sus pies y lo arrojó, a través de la puerta, dentro del pasillo, más allá de donde estaba el *Marino.* Después se volvió hacia el borde interior de la pesada puerta revestida de acero. Sabía lo que buscaba, y lo encontró. A lo largo de la moldura superior, perdiéndose en la pared, corría un grueso cable, teñido con el color del marco. Entornó la puerta, levantó su arma y disparó contra el cable. El impacto fue seguido por un ruido de descarga y chispas; las cámaras de seguridad se apagaron, y todas las pantallas quedaron a oscuras.

Abrió la puerta, señal que estaba convenida, pero no era necesario. El europeo se acercaba rápidamente a través de la tranquila calle. En pocos segundos había subido los escalones y entrado; echó una ojeada al vestíbulo y al pasillo, a la puerta al final del pasillo. Juntos, ambos hombres levantaron un felpudo del piso; el europeo cerró la puerta hasta el borde, juntando el tejido con el acero para dejar un espacio de cinco centímetros que retuviera los proyectiles de seguridad en su lugar y no fuera accionada una alarma retardada.

Se mantuvieron erguidos, en silencio; ambos sabían que el hallazgo, de hacerse, había de ser inmediato. Y sucedió al oírse abrir una puerta en el piso superior y, seguidamente, unos pasos y una cultivada voz femenina, que se oyó por el hueco de la escalera.

-¡Querido!, acabo de observar esa condenada cámara que falla. ¿Querrías comprobarla, por favor?

-Hubo una pausa, y la mujer volvió a hablar nuevamente-: Más bien, ¿por qué no se lo dices a David? -De nuevo la pausa, y de nuevo el ritmo preciso al hablar-: No molestes al *Jesuita,* querido; avísale a David.

Se oyeron dos pasos y silencio; luego, el murmullo de un vestido. El europeo observo el hueco de la escalera. Se vio apagarse una luz. David, *Jesuita... ¡Monje!*

-¡Atrápala! -ordenó al chofer con un rugido y se volvió, con el arma apuntando a la puerta del fondo del pasillo.

El hombre uniformado subió corriendo la escalera; se oyó un disparo; provenía de un arma potente, sin silenciador. El europeo miró hacia arriba y vio al chofer que se sujetaba el hombro y tenía la chaqueta empapada de sangre. Sacó su pistola y disparó repetidamente hacia el hueco de la escalera.

La puerta al final del pasillo se abrió de pronto, y el mayor fue cogido de sorpresa con una carpeta en las manos. El europeo disparó dos veces. Gordon Webb se arqueó hacia delante con la garganta destrozada, mientras los papeles de la carpeta volaban a su alrededor. El hombre del impermeable subió corriendo los escalones hasta donde estaba el chofer; arriba, sobre la barandilla, estaba la mujer canosa, muerta; la sangre aún brotaba de su cabeza y de su cuello.

-¿Está usted bien? ¿Se puede mover? -preguntó el europeo.

El chofer asintió.

-Ese perro por poco me arranca la mitad del hombro, pero me puedo arreglar.

-¡Tiene usted que poder! -le ordenó su superior, quitándose el impermeable-. ¡Póngase este abrigo! Quiero que traiga al *Monje* adentro, ¡rápido!

-¡Jesús...!

-*Carlos* quiere que el *Monje* esté aquí.

Torpemente, el herido se puso el impermeable negro y bajó por la escalera, rodeando los cuerpos del *Marino y* del asesor de la Casa Blanca. Dolorido y con mucho cuidado atravesó la puerta y bajó la escalinata de fuera.

El europeo lo observó, sujetando la puerta y asegurándose que el hombre tenía la energía necesaria para hacer lo que se le había ordenado. La tenía. Tenía la energía de una bestia, cuyos apetitos eran satisfechos por Carlos. El chofer traería el cuerpo de David Abbott al interior de la casa de piedra, cargándolo, sin duda, como si se tratara de un errante borracho, a quien se ayuda en la calle. Y después, de alguna manera, detendría la hemorragia lo suficiente como para poder llevar en el coche el cuerpo de Alfred Gillette al otro lado del río y arrojarlo a un pantano. Los hombres de Carlos eran capaces de tales hazañas. Todos eran unas bestias. Bestias descontentas que habían encontrado respuesta a su propia causa en un hombre.

El europeo se volvió y descendió por el pasillo; tenía que trabajar. Dar el último paso para aislar al hombre llamado Jason Bourne.

Era más de lo que se podía esperar; los ficheros descubiertos suponían un regalo que nadie hubiera imaginado. Incluso estaban las carpetas con las claves y métodos de comunicación usados alguna vez por el mítico Caín. «No tan mítico ahora», pensó el europeo, mientras recogía los papeles. Preparó la escenografía: los cuatro cadáveres en posición en la tranquila y elegante biblioteca. David Abbott estaba doblado en una silla, con sobresalto en sus ojos muertos, Elliot Stevens, a sus pies. *El Marino* estaba caído sobre la mesa plegable, con una botella de whisky, tumbada, en la mano, mientras que Gordon Webb, tendido en el suelo, tenía aferrado su maletín. Cualquier violencia que hubiera ocurrido había sido totalmente inesperada; por lo que indicaba la disposición de los cadáveres, parecía como si la conversación hubiera sido interrumpida violentamente por los disparos.

El europeo recorrió el salón, admirando su maestría. Se había puesto guantes de cuero. Sin duda era una obra llena de maestría. Había despedido al chofer, para frotar todas las manijas de las puertas, todos los pomos de las cerraduras, todas las brillantes superficies de madera. Había llegado el momento del toque final. Se dirigió a una mesa, donde había vasos de brandy en una bandeja de plata; tomó uno y lo sostuvo contra la luz; como supuso, no tenía ninguna huella ni marca. Lo dejó en la mesa y se sacó del bolsillo una pequeña caja de plástico. La abrió y extrajo un trozo de cinta transparente, sosteniéndola, asimismo, contra la luz. Ahí estaban, tan definidas como un retrato -ya que eran retratos- y tan innegables como una fotografía.

Habían sido obtenidas de un vaso de Perrier, sacado de una oficina de la Gemeinschaft Bank de Zurich. Eran las huellas digitales de la mano derecha de Jason Bourne.

El europeo tomó el vaso de brandy y, con su paciencia de artista, presionó la cinta alrededor de la base; después, suavemente, fue despegando la cinta. Volvió a levantar el vaso; las huellas podían verse perfectamente contra la luz de un velador.

Llevó el vaso a un rincón del piso de parqué y lo dejó caer. Se agachó, estudió los fragmentos, sacó varios y barrió el resto debajo de la cortina.

Era suficiente.

21

-Más tarde -dijo Bourne, arrojando las maletas sobre la cama-. Ya tendríamos que habernos ido de aquí.

Marie estaba sentada en un sillón. Había releído el artículo del diario, seleccionando y repitiendo las frases. Estaba totalmente concentrada; se sentía deshecha, pero cada vez más segura de su análisis.

-Tengo razón, Jason; alguien nos *está* enviando un mensaje.

-Hablaremos de eso después. Hemos permanecido aquí mucho tiempo. Dentro de una hora, este diario estará por todo el hotel. Y los que se publican por la mañana serán peores. No es el mejor momento para ser modestos. En el vestíbulo de cualquier hotel te haces notar mucho, y en éste, en particular, has sido vista por muchas personas. Vamos, recoge tus cosas.

Marie se puso de pie, pero no se movió; permaneció en su lugar y lo obligó a mirarla.

-Hablaremos de muchas cosas más tarde -le dijo con firmeza-; me vas a abandonar, Jason, y quiero saber por qué.

-Te dije lo que debía decirte -respondió sin evasión-, porque tienes que saberlo, y ésa es mi intención. Pero ahora lo que quiero, exactamente, es salir de aquí. Recoge tus cosas, ¡maldición!

Ella parpadeó a causa de la repentina violencia de él.

-Sí, por supuesto -replicó en un suspiro.

Bajaron en el ascensor hasta el vestíbulo. Mientras aparecía ante sus ojos el piso de mármol gastado, Bourne tenía la sensación de estar en una jaula, expuestos e indefensos. Si el ascensor se hubiera detenido, tenía la impresión de que habrían sido apresados. En ese momento comprendió por qué era tan fuerte aquella sensación. En la planta baja, a la izquierda, estaba la recepción, y el conserje, sentado detrás de la mesa, con una pila de diarios sobre el mostrador, a su derecha. Eran ejemplares del mismo que Jason había metido en la cartera que Marie llevaba ahora. El hombre leía con avidez uno de los diarios, mientras se hurgaba sus dientes con un palillo, absorto de cuanto lo rodeaba, excepto del artículo del reciente escándalo.

-Adelante -dijo Jason-, no te detengas; sigue derecho hacia la puerta. Nos veremos fuera.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó ella, suspirando al ver al portero.

-Le pagaré tan rápido como pueda.

El ruido de los tacones de Marie en el mármol era una distracción que disgustaba a Bourne. El portero levantó la vista en el momento en que Jason se puso frente a él, interrumpiendo su campo visual.

-Ha sido una estancia muy agradable, pero tenemos mucha prisa -dijo en francés-. Debo viajar a Lyon esta noche. Redondee la cuenta a 500 francos de más, ya que no tengo tiempo de dejar propinas.

La distracción contable cumplió su propósito. El conserje terminó las sumas rápidamente y le presentó la cuenta. Jason la pagó y se inclinó para tomar la maleta, mientras echaba un vistazo al oír la expresión de sorpresa del portero

boquiabierto. El hombre estaba con los ojos clavados en la pila de diarios a su derecha, mirando la fotografía de Marie St. Jacques. Levantó los ojos hacia la puerta de entrada; Marie estaba en la acera. Desvió su mirada hacia Bourne. El hombre advirtió la vinculación entre ambos, pero un repentino miedo lo paralizó.

Jason caminó rápidamente hacia las puertas de cristal, girando los hombros para abrirlas, mientras volvía la vista a la recepción. El portero estaba ya levantando el teléfono.

-¡Vamos! -gritó a Marie-. ¡Busca un taxi!

Encontraron uno en la rué Lecourbe, a cinco manzanas del hotel. Bourne fingióse un inexperto turista norteamericano, empleando el inadecuado francés que tan útil le había resultado en el Banco Valois. Explicó al chofer que él y su «amiguita» querían alejarse de París un día o dos en busca de algún lugar donde estuvieran solos. Quizá podría sugerirles algunos lugares para que ellos eligieran uno.

El conductor podía hacerlo y así lo hizo.

-Hay una pequeña hostería en las afueras de Issy-les-Moulineaux, llamada «La Maison Carrée» -dijo-. Otro, en Ivry-sur-Seine, podría gustarles; es algo muy reservado, señor. O quizás el «Auberge du Coin», en Montrouge: es muy discreto.

-Vamos al primero -dijo Jason. Es lo que se le ocurrió espontáneamente-. ¿A qué distancia está?

-No tardaremos más de quince o veinte minutos, señor.

-Muy bien. -Bourne se volvió hacia Marie y le dijo en voz baja-: Cámbiate el peinado.

-¿Qué?

-¡Que te cambies el peinado! Peínate hacia delante o hacia atrás, no importa, pero cambíatelo. Ponte fuera de la visión de su espejo. ¡Date prisa!

Poco después, el largo cabello rojizo de Marie estaba muy estirado hacia atrás, separado su rostro y cuello, y sujetado por un moño firme y horquillas que llevaba en el bolso. Jason la miró bajo la débil luz.

-Límpiate bien los labios.

Ella sacó un pañuelo y se quitó el carmín.

-¿Está bien?

-Sí. ¿Tienes lápiz de cejas?

-Por supuesto.

-Ensánchalas un poco, alárgalas como un centímetro y dales un toque, curvando el final. Nuevamente, Marie siguió sus instrucciones.

-¿Y ahora?- preguntó.

-Eso está mejor -respondió él observándola.

Los cambios eran mínimos pero el resultado era sorprendente. La agradable, elegante y atractiva mujer había sido sutilmente transformada en otra de apariencia más ruda. A fin de cuentas, al primer golpe de vista ella no era ya la mujer de la fotografía de los diarios, y eso era lo que importaba.

-Cuando lleguemos a Moulineaux -dijo él en voz baja-, sal rápidamente del coche y quédate quieta. No dejes que el chofer te vea.

-Ya es algo tarde para eso, ¿no te parece?

-Haz exactamente lo que te digo.

Óyeme, soy un camaleón llamado Caín y te puedo enseñar muchas cosas que no me tomé el trabajo de hacer, pero que ahora debes saber. Puedo cambiar mi color para acomodarlo a cualquier follaje de la selva. Puedo cambiar con sólo husmear el viento. Sé encontrar mi camino en la selva natural o en la selva edificada por los hombres. Alfa, Bravo, Charlie, Delta... Delta es Charlie y Charlie es Caín. Yo soy Caín. Estoy muerto, y debo decirte quién soy y luego dejarte.

-¿Qué pasa, querido?

-¿Cómo?

-Me estás mirando y parece como si no respiraras, ¿estás bien?

-Perdona -dijo desviando la vista y recuperando su ritmo normal de respiración-. Me estoy imaginando nuestros movimientos. Sabré mejor qué hacer cuando estemos allí.

Llegaron a la hostería. Había un área de aparcamiento a la derecha, rodeada por una cerca de postes y travesaños; los últimos clientes salían por la entrada principal, enmarcada con cortinas. Bourne se inclinó hacia delante en el asiento.

-Déjenos en la zona de aparcamiento, si es posible -ordenó, sin explicar su extraña petición.

-Muy bien, señor -replicó el chofer asintiendo con la cabeza y encogiéndose de hombros, como para marcar con sus movimientos que sus pasajeros eran una pareja muy discreta. La lluvia se había calmado, convirtiéndose en una llovizna neblinosa. El taxi se fue. Bourne y Marie permanecieron en las sombras del follaje, al borde de la hostería, hasta que el coche desapareció. Jason dejó las maletas en el suelo mojado.

-Espera aquí -dijo.

-¿Adonde vas?

-A buscar un taxi.

El segundo taxi los llevó al distrito de Montrouge. Este conductor no se impresionó mucho por la pareja de semblante resuelto que obviamente venían del interior y, con toda probabilidad, estaban buscando un alojamiento más económico. Si él llegaba a ver en un diario la fotografía de la mujer canadiense, vinculada a un crimen en Zurich, no la relacionaría con la que iba sentada en el asiento de atrás.

El «Auberge du Coin» no hacía honor a su nombre. No se trataba de una hostería rural con la auténtica belleza de lo natural, situada en un rincón aislado de dos suburbios. Era, en cambio, una estructura grande de dos pisos, a cuatrocientos metros de la carretera. Sólo tenía la reminiscencia de tantos moteles, como los que hay en todo el mundo, empañando el perfil de nuestras ciudades; la rentabilidad garantizaba el anonimato de sus clientes. No era difícil imaginar diversas citas, en las que los registros se habían hecho con nombres ficticios.

Ellos también se registraron con nombre falso y recibieron una habitación de plástico, donde cada accesorio de más de veinte francos estaba fijado al piso o sujetado con tornillos sin cabeza a la fórmica brillante. Sin embargo, había un rasgo positivo en el lugar; una máquina de hielo en el vestíbulo. Se dieron cuenta de que funcionaba por el ruido que hacía, aun con la puerta cerrada.

-Muy bien; ahora, ¿podrías decirme quién nos está enviando un mensaje? -preguntó Bourne, de pie, moviendo el vaso de whisky en su mano.

-Si lo supiera, me comunicaría con ellos -respondió ella sentándose en la silla torneada del pequeño escritorio, con las piernas cruzadas y mirándolo fijamente-. Podría estar relacionado con la causa por la que estás huyendo.

-Si es así, se trata de una trampa.

-No es una trampa. Un hombre como Walter Apfel no haría lo que hizo para montar una trampa.

-Yo no estaría tan seguro de eso. -Bourne caminó hasta un sillón de plástico y se sentó-. Koenig lo hizo, individualizó muy bien, allá, en la sala de espera.

-Él era un soldado raso sobornado y no un oficial del Banco. Actuó solo, y Apfel nunca lo haría. Jason la miró.

-¿Qué quieres decir?

-La actitud de Apfel debe ser aclarada por sus superiores. El actuó en nombre del Banco.

-Si estás tan segura, llamaremos a Zurich.

-No quieren que lo hagamos. O no tienen la respuesta, o no pueden darla. Las últimas palabras de Apfel fueron que no tenía nada más que decir a nadie. Y esto también es parte del mensaje. Debemos establecer contacto con otra persona.

Bourne bebió. Necesitaba el alcohol, ya que se acercaba el momento en que comenzaría a actuar como el asesino Caín.

-Entonces, ¿hacia dónde vamos? -dijo-. Estamos cayendo en una trampa.

-Crees que sabes quién es, ¿no es cierto? -Marie tomó los cigarrillos del escritorio-. ¿Y ésa es la causa de tu huida?

-La respuesta a las dos preguntas es sí. *(Llegó el momento. El mensaje fue enviado por Carlos. Yo soy Caín y debes abandonarme. Tengo que perderte. Pero antes está lo de Zurich, y es necesario que entiendas.* Ese artículo fue publicado para mí.

-Quiero aclarar eso -intervino ella, sorprendiéndolo con la interrupción- He tenido tiempo de pensar. Ellos saben que la evidencia es falsa, tan evidentemente falsa, que se hace ridícula. Toda la Policía de Zurich espera ahora que yo me ponga en contacto con la Embajada de Canadá. -Marie se interrumpió, con el cigarrillo en la mano, aún sin encender-. ¡Dios mío, Jason, eso es lo que quieren que hagamos!

-¿Quién lo quiere?

-No importa quién, nos envía el mensaje. Ellos saben que mi única posibilidad es llamar a la Embajada y conseguir la protección del Gobierno canadiense. No pensé en ello porque ya había *hablado* con la Embajada, con alguien llamado Dennis Corbelier, y no tenía nada, absolutamente nada que decirme. Hizo sólo lo que le dije que hiciera, y nada más. Pero eso era *ayer,* no *hoy,* ni *esta noche.*

Marie se dirigió al teléfono en la mesita de noche.

Bourne se levantó del sillón y, tomándola del brazo, le dijo:

-No lo hagas.

-¿Por qué no?

-Porque estás equivocada.

-Tengo razón, Jason, déjame probártelo. Bourne se puso frente a ella.

-Lo mejor es que escuches lo que tengo que decirte.

-¡No! -gritó ella, desconcertándolo-. No quiero oírlo ahora.

-Hace una hora, en París, era lo único que querías oír, ¡pues óyelo!

-No. Hace una hora me estaba muriendo. Habías decidido marcharte sin mí. Y ahora comprendo que esto sucederá una y otra vez hasta que te detengas. Tú oyes voces, ves imágenes; fragmentos de recuerdos vuelven a ti y no puedes entenderlos, pero te declaras culpable porque sientes todo eso. Siempre te declararás culpable hasta que alguien te demuestre que en cualquier lugar que te encuentres... siempre habrá otros que te acusarán, que te sacrificarán. Pero también hay alguien más, fuera de esto, que quiere ayudarte, ayudarnos. ¡Ése es el mensaje! Sé que tengo razón. Y quiero demostrártelo. ¡Déjame hacerlo!

Bourne la tomó por los brazos en silencio, mirando aquel rostro encantador cargado de dolor y de inútil esperanza, con ojos suplicantes. La terrible jaqueca se propagaba a todo su cuerpo. Quizás era mejor así; ella se cuidaría a sí misma, y su temor la haría prestar atención y la haría entender. Ya no habría nada entre los dos que pudiera continuar. *Yo soy Caín...*

-Muy bien, puedes hacer la llamada; pero será a mi manera. -La dejó y se acercó al teléfono. Marcó el número de recepción de «L'Auberge du Coin»-. Aquí la habitación 341. Unos amigos de París me han informado que vendrán muy pronto a reunirse con nosotros. ¿Tendría una habitación en este mismo piso para ellos? Muy bien. Su apellido es Briggs; es un matrimonio norteamericano. Bajaré a pagarle su estancia para que pueda darme la llave. ¡Magnífico, muchas gracias!

-¿Qué vas a hacer?

-Demostrarte algo - respondió - . Dame un vestido. - Y prosiguió -: El más largo que tengas.

-¿Cómo?

-Si quieres hacer las llamadas, tendrás que hacer lo que te diga.

- Estás loco.

- Lo admito - replicó Jason, sacando de su maleta un pantalón y una camisa - . El vestido, por favor.

Quince minutos más tarde estaba lista la habitación de Mr. y Mrs. Briggs. Quedaba a seis puertas del 341 y en el lado opuesto del vestíbulo. La ropa había sido colocada correctamente; quedaron encendidas algunas luces elegidas especialmente, y el resto, sin funcionar, porque les habían quitado las bombillas.

Jason volvió a la habitación; Marie estaba de pie junto al teléfono.

-¡Ya está listo!

-¿Qué has hecho?

- Lo que quería y lo que tenía que hacer. Ahora puedes llamar.

-Es muy tarde. Suponte que no esté.

-Creo que estará. Si no, te hubiera dado su teléfono particular. Su número estaba o debería haber estado en las listas telefónicas de Ottawa.

-Supongo que sí.

- Entonces, debe de haber sido informado. ¿Repasaste lo que te dije que debías decir?

-Sí, pero no viene al caso. No es nada importante y sé que no estoy equivocada.

- Eso lo veremos. Te pido que repitas las palabras que te dije, porque estaré escuchando junto a ti. ¡Adelante!

Ella levantó el teléfono y marcó. Pocos segundos después oyó el tintineo en la recepción de la Embajada; Dennis Corbelier estaba en la línea. Era la una y cuarto de la madrugada.

-¡Por Dios! ¿Dónde estás?

-¿Esperabas que te llamara?

-¡Demonios! Tenía la esperanza de que lo harías, pues este lugar es un hervidero. Estoy esperando desde las cinco de la tarde.

-Así estuvo esperando Alan en Ottawa.

-¿Alan cuándo? ¿De qué estás hablando? ¿Dónde diablos te encuentras?

-Primero quiero saber qué es lo que tienes que decirme.

-¿Decirte?

-Tienes un mensaje para mí, Dennis, ¿cuál es?

-¿Cuál es qué? ¿De qué mensaje me hablas? El rostro de Marie palideció.

-No maté a nadie en Zurich. No querría...

-¡Por el amor de Dios! -interrumpió el agregado-, vuelve aquí. Te daremos toda la protección que podamos. Nadie podrá hacerte daño.

-Dennis, escúchame; has estado esperando ahí mi llamada, ¿verdad?

-Sí, por supuesto.

-Alguien te dijo que esperaras, ¿no? Hubo una pausa y cuando Corbelier habló, su voz era contenida.

-Sí -respondió-. Ellos lo hicieron.

-¿Qué te dijeron?

-Que necesitas nuestra ayuda, y mucho. Marie contuvo la respiración.

-¿Y quieren ayudarnos?

-Así es; a través de nosotros -respondió Corbelier-. ¿Me dices que él ahora está contigo, entonces?

El rostro de Bourne estaba junto al de ella, y su cabeza, doblada para oír las palabras de Corbelier. Y asintió.

-Sí -respondió ella-. Estamos juntos, pero él estará fuera por unos minutos. Todo es mentira, te lo dijeron, ¿no es cierto?

-Todo lo que me dijeron es que debíamos encontrarte y protegerte. Quieren ayudarte; quieren enviar un coche a buscarte, uno de los nuestros. Es decir, un coche diplomático.

-¿Quiénes son ellos?

-No los conozco de nombre, pero sí su rango.

-¿Rango?

-Así es, son profesionales. FS-Cinco. No podríamos conseguir nada más elevado.

-¿Confías en ellos?

- ¡Por Dios que sí! Establecieron contacto conmigo desde Ottawa, y sus órdenes llegan desde allá.

-¿Están ahora en la Embajada?

-No, en otro lugar. -Corbelier se interrumpió, evidentemente exasperado-. ¡Por Cristo, Marie! ¿Dónde estás?

-Estamos en el «Auberbe du Coin» en Montrouge, registrados con el nombre de Briggs.

-Te mandaré el coche en seguida.

-¡No, Dennis! -protestó Marie mirando a Jason, quien le decía con los ojos que siguiera sus instrucciones-. Envía uno por la mañana; bien temprano. Si te parece, dentro de cuatro horas.

-¡Por tu propio bien, no puedo hacer eso!

-No entiendes. Debes hacerlo. Él se vio obligado a hacer algo y está atemorizado. Quiere huir, y si se enterase de que he hablado contigo, huiría ahora mismo. Dame tiempo. Puedo convencerlo de que vuelva. Dame sólo unas horas más. Está confundido, pero en el fondo sabe que tengo razón.

Marie dijo estas palabras mirando a Bourne.

-¿Qué clase de bastardo es él?

-Un hombre aterrorizado -respondió ella-. Pero puede ser manejado. Necesito tiempo. Dámelo.

-Marie... -Corbelier se detuvo-. Muy bien, muy temprano. Digamos a las seis. ¡Marie!, ellos quieren ayudarte y *pueden* hacerlo.

-Lo sé, buenas noches.

-Buenas noches. Marie colgó.

-Esperaremos -dijo Bourne.

-No sé lo que quieres demostrar. Por supuesto que llamará al FS-Cinco y por supuesto que vendrán, ¿qué esperas? Ha admitido lo que va a hacer, lo que piensa que debe hacer.

-Y esos diplomáticos del FS-Cinco, ¿son los que nos envían el mensaje?

-Mis cálculos son que ellos nos van a llevar ante quien nos lo envía, o, si está muy lejos, ellos nos pondrán en contacto. En mi vida profesional nunca estuve tan segura de nada.

Bourne la miró.

-Espero que tengas razón, porque me preocupa toda tu vida. Si la evidencia contra ti en Zurich no es parte del mensaje; si fue planeada por expertos para lograr encontrarme; si la policía de Zurich *lo cree,* entonces sí que voy a convertirme en ese hombre aterrorizado del que hablabas con Corbelier. Nadie más que yo desea que tengas razón. Pero creo que te equivocas.

Tres minutos después de las dos de la madrugada, las luces del pasillo del hotel parpadearon y se apagaron, dejando el largo pasillo en una parcial oscuridad. La bombilla del hueco de la escalera era la única iluminación que quedaba. Bourne estaba en la puerta de la habitación, con una pistola en la mano y las luces apagadas, observando el pasillo por el intersticio de la puerta. Marie estaba detrás de él, atisbando sobre su hombro; ninguno de los dos hablaba.

Los pasos que se oyeron eran apagados, pero se distinguían bien; subían cautelosamente la escalera. En pocos instantes se vio la figura de dos hombres, surgiendo de la penumbra. Marie no pudo contener una expresión de asombro, mientras Jason pasaba una mano sobre su hombro, oprimiéndole duramente la

boca. Él comprendió; Marie había reconocido a uno de los dos hombres, a quien había visto antes sólo una vez. Fue en la Steppendeckstrasse de Zurich, minutos antes de que otro ordenara matarla. Era el hombre rubio que ellos habían enviado al cuarto de Bourne, el investigador traído de París, para que disparara de nuevo sobre el blanco que antes había errado. En su mano izquierda se veía un lápiz luminoso, y en la derecha, un revólver de cañón largo, prolongado por un silenciador.

Su compañero era más bajo y achaparrado; su marcha, no muy diferente de la de un animal, con sus hombros y cintura moviéndose con soltura al ritmo de las memas. Las solapas de su abrigo estaban levantadas, y se tocaba con un sombrero de ala angosta, que ocultaba su cara. Bourne fijó la vista en el hombre; había algo familiar en él, en su figura, en su andar, en la forma en que movía la cabeza. ¿Qué era? ¿Qué *era?* Lo conocía.

Pero no había tiempo de pensar en ello. Los dos hombres se acercaban a la puerta de la habitación reservada para Mr. y Mrs. Briggs. El rubio alumbró los números con su lápiz luminoso y después bajó la linterna hacia el picaporte y la llave.

Lo que sucedió fue para dejar asombrado a cualquiera por su eficacia. El hombre más alto cogió un llavero con su mano derecha y lo iluminó, eligiendo una. En su mano izquierda empuñaba el arma. A través de la penumbra podía verse un silenciador de gran tamaño, para pistolas automáticas de gran calibre, no como la poderosa «Sternilicher Luger», preferida por la Gestapo en la Segunda Guerra Mundial. Ésta podía atravesar el acero y el hormigón, y el ruido de sus disparos no era más fuerte que el de la tos de alguien resfriado; un arma especial para acabar con enemigos del Estado, durante la noche, en los tranquilos vecindarios de gente ajena a estos actos delictivos y que sólo advertían la desaparición por la mañana.

El hombre más bajo introdujo la llave y la giró silenciosamente; luego apuntó el cañón de la pistola a la cerradura. Tres rápidos disparos fueron acompañados por tres relámpagos. La madera alrededor de los impactos quedó hecha astillas. La puerta estaba libre, y los asesinos irrumpieron en la habitación.

Hubo un instante de silencio y, después, una erupción de apagados disparos; destellos y relámpagos llenaron la oscuridad. La puerta fue cerrada de golpe. Pero al volver a abrirse, se oyó el ruido de objetos golpeados y rotos en el interior de la habitación. Finalmente, se encendió una luz y fue apagada con furia, estrellándose la lámpara en el piso. Estalló un grito de rabia, cargado de furia.

Los dos asesinos corrieron afuera, con las armas preparadas contra una posible emboscada, asombrándose al no encontrar a nadie. Llegaron a la escalera y corrieron abajo, mientras se abría una puerta a la derecha de la habitación invadida. Un huésped medio dormido se asomó, se encogió de hombros y volvió a entrar. El oscuro pasillo quedó nuevamente en silencio.

Bourne se mantenía en su lugar, con el brazo alrededor de Marie St. Jacques. Ella temblaba con la cabeza hundida en el pecho de él, sollozando en silencio, sin poder creer lo que había visto. Él dejó pasar los minutos hasta que cesó el temblor, y la respiración pausada sucedió a los sollozos. No quería esperar más; ella debía ver todo y grabarse aquella impresión imborrable. Debía entenderlo finalmente.

Soy *Caín. Soy la muerte.*

-Vamos -susurró.

La llevó al pasillo, guiándola firmemente hacia la habitación que ahora se convertía en su prueba final. Empujó la puerta destrozada y entraron.

Marie se detuvo y permaneció inmóvil. Ambos sintieron el rechazo y la impresión de lo que veían. En un vano, a la derecha, estaba la oscura silueta de una figura, en un contraluz tan apagado, que sólo se percibía el contorno, cuando los ojos se habían acostumbrado a aquella extraña mezcla de oscuridad y resplandor. Era la figura de una mujer vestida de largo, moviéndose suavemente por la brisa de una ventana abierta.

Más adelante, en otra ventana, había una segunda figura, apenas visible, pero la forma de una mancha oscura estaba claramente perfilada por las luces de la carretera lejana. También parecía moverse con breves y espasmódicos sacudimientos de brazos, reflejados por la ropa.

-¡Oh, Dios mío!, enciende las luces, Jason -dijo Marie paralizada.

-No funciona ninguna -respondió-; sólo hay dos veladores, y ellos encontraron uno.

Cruzó cuidadosamente la habitación y se acercó a la lámpara que buscaba; estaba en el piso, situada junto a la pared. Se agachó y la encendió; Marie se estremeció.

Extendido en la puerta del baño con el cordón de una cortina, estaba su vestido largo, meciéndose al empuje de una brisa oculta. Estaba acribillado a balazos.

En la ventana más alejada, en el marco, estaban clavados la camisa y el pantalón de Bourne. Los cristales de las dos hojas estaban destrozados, y la brisa que entraba lo movía de arriba abajo. La tela blanca de la camisa estaba perforada en cinco o seis lugares, una diagonal que cruzaba el pecho.

-Aquí está tu mensaje -dijo Jason-. Ya lo conoces. Y ahora creo que es mejor que escuches lo que tengo que decirte.

Marie no respondió y caminó lentamente hacia el vestido, observándolo, sin poder creer lo que veía. De pronto, se volvió con los ojos centelleantes y frenando las lágrimas.

-¡No! ¡Hay un error! ¡Hay un terrible error! Llama a la Embajada.

-¿Qué?

-¡Haz lo que te digo; ahora mismo!

-Espera, Marie, tienes que entender.

- ¡No maldita sea! *Tú* eres quien debe entender. No debería haber sucedido de esta manera.

-Pero sucedió.

-Llama a la Embajada. Ahora mismo. Pregunta por Corbelier. ¡*Rápido,* por el amor de Dios! Haz lo que te pido, si aún significo algo para ti.

Bourne no se podía negar. La emoción de Marie llegaba a tal intensidad, que consumía a ambos.

-¿Qué tengo que decirle? -preguntó dirigiéndose al teléfono.

-¡Sobre todo que se ponga él! Tengo miedo de que... ¡Oh, Dios Mío! Estoy aterrada.

-¿Cuál es el número?

Ella se lo dio. Tras haberlo marcado, se produjo una espera interminable. Cuando la recepción contestó, se oyó a la telefonista hablar de forma incomprensible, superada por el pánico. Bourne oyó detrás voces y gritos, órdenes tajantes impartidas rápidamente en inglés y francés, hasta que pudo enterarse de lo que pasaba.

Dermis Corbelier, agregado del Canadá, se había precipitado hacia la avenida Montaigne a la 1.40 de la madrugada, y había recibido un disparo en la garganta; ahora estaba muerto.

-Ésta es la otra parte del mensaje, Jason -suspiró Marie agotada, fijando la vista en él-. Y ahora escucharé todo lo que tengas que decirme. Porque hay alguien fuera de esto que quiere llegar a ti y ayudarte. Fue enviado un mensaje, pero no a nosotros ni a mí. El mensaje era sólo para ti, y tú eres el único que lo puede entender.

22

Uno tras otro, los cuatro hombres fueron llegando al atestado «Hilton Hotel» de la Calle Dieciséis, en Washington D.C. Cada uno tomó un ascensor diferente y bajó dos o tres pisos por encima o debajo del nivel indicado, para recorrer el último tramo por las escaleras. No había tiempo para reunirse fuera del distrito de Columbia. La situación creada por la crisis era excepcional. Éstos eran los hombres de Treadstone Setenta y Uno, los que quedaban vivos. El resto había muerto, sacrificado en la matanza producida en una tranquila y arbolada calle de Nueva York.

Dos de los rostros eran familiares para el público, uno más que el otro. El primero era el del activo senador de Colorado. El segundo, el del brigadier general I. A. Crawford -alias *Adoquín-,* conocido portavoz de los Servicios Secretos del Ejército y defensor de los bancos de datos del grupo G-DOS. Los otros dos hombres eran prácticamente desconocidos, excepto en los pasillos de sus propias bases de operaciones. Uno era un oficial naval de mediana edad, adscrito al Control de Información del Quinto Distrito Naval. El cuarto y último era un veterano de la CÍA, de cuarenta y seis años, un delgado manojo de nervios que caminaba con un bastón. Su pie había sido destrozado por una granada en el sudeste asiático. En su momento había sido un agente de alto rango en la operación Medusa. Se llamaba Alexander Conklin.

No había mesa de reunión en el cuarto; era una habitación doble común, con las habituales camas gemelas, un sofá, dos sillones y una mesita. Era un lugar no muy adecuado para una reunión de tal importancia. No había computadoras de cinta, con sus letreros de luces verdes brillando en las oscuras pantallas, ni equipos electrónicos de comunicaciones para hablar con París, Londres o Estambul. Era un simple cuarto de hotel, apto para todo menos para recibir a los cuatro cerebros que guardaban el secreto de Treadstone Setenta y Uno.

El senador se sentó en un extremo del sofá; el oficial naval, en el otro. Conklin ocupó uno de los sillones, estirando su pie inmóvil con el bastón entre

las piernas, mientras el general Crawford permanecía de pie con el rostro sonrojado y los músculos de la mandíbula tensos por la rabia.

-He hablado con el presidente -dijo el senador, frotándose la frente y mostrando en su semblante la falta de sueño-. Tenía que hacerlo, ya que nos íbamos a ver esta noche. Cuéntenme lo que sepan. Comience usted, general. ¿Qué ha pasado, en nombre de Dios?

-El mayor Webb debía encontrarse con su coche, a las 23, en la esquina de Lexinton y la calle Setenta y uno. La hora estaba confirmada, pero él no apareció. A las 22.30, el conductor se alarmó porque tenían que ir a un aeropuerto en Nueva Jersey. El sargento recordaba la dirección, especialmente porque se le había pedido que la olvidara, y dio la vuelta, deteniéndose en la puerta. Los pasadores de seguridad estaban trabados, y la puerta se abrió sola. Todas las alarmas estaban desconectadas. Había sangre en el suelo del vestíbulo, y una mujer muerta en la escalera. Descendió por el pasillo hasta el cuarto de operaciones y vio los cuerpos.

-Ese hombre merece ciertamente un ascenso -dijo el oficial naval.

-¿Por qué dice eso? -preguntó el senador. Crawford replicó:

-Tuvo la presencia de ánimo de llamar al Pentágono e insistir en hablar con el área de transmisiones secretas locales. Especificó la frecuencia de sintonización, la hora y el lugar de recepción, y dijo que quería hablar con el emisor. No dijo nada a nadie hasta que me tuvo al teléfono.

-Llévalo a la Escuela de Guerra, Irwin -dijo Conklin agriamente, sujetando su bastón-; es más inteligente que la mayoría de esos payasos que ustedes consiguen por ahí.

-Lo que ha dicho, Conklin, es innecesario y abiertamente ofensivo -lo amonestó el senador-. Por favor, continúe, general.

Crawford miró al hombre de la CIA.

-Hablé con el coronel Paul McClaren, en Nueva York, le ordené vigilar el lugar y no hacer nada hasta que yo llegara. Entonces hablé con Conklin y George aquí y vinimos juntos.

-Llamé a un Departamento de Huellas Dactilares en Manhattan -agregó Conklin-. Ya hemos usado sus servicios y confiamos en él. No les dije lo que estábamos buscando, y les pedí que revisaran cuidadosamente el lugar y me informaran sólo a mí de lo que encontraran. -El hombre de la CIA se detuvo, levantando el bastón hacia el oficial naval-. Entonces, George les dio treinta y siete nombres que sabemos están en los archivos del FBI. Y nos trajeron una identificación que no esperábamos, que no deseábamos ni siquiera conocer y que, menos aún, podíamos creer.

-Se trata de Delta -dijo el senador.

-Así es concluyó el oficial naval-. Los nombres que les envié figuraban, no importa la vinculación, podrían haber conocido la dirección de Treadstone, incluyéndonos a todos nosotros. La habitación había sido cuidadosamente repasada y limpiada; en cada superficie, en cada cristal, en cada manija, excepto en un objeto. Era un vaso de brandy roto, cuyos fragmentos estaban en un rincón, bajo una cortina. Eran suficientes para mostrar claramente las huellas de los dedos índice y medio de la mano derecha.

-¿Está usted totalmente seguro? -inquirió el senador lentamente.

-Las huellas digitales no pueden mentir, señor -dijo el oficial-. Estaban ahí, señor, y había restos de brandy en los fragmentos del vaso. Fuera de este cuarto, Delta era el único que sabía lo de la calle Setenta y Uno.

-¿Y cómo podemos estar seguros de ello? Quizá los otros dijeron algo.

-Eso no es posible -opuso el brigadier general-. Abbott jamás lo hubiera revelado a nadie, y Elliot Stevens no recibió esa dirección hasta quince minutos antes de llegar, cuando llamó desde una cabina telefónica. Por otra parte, suponiendo lo peor, difícilmente habría ordenado su propia ejecución, al dar la dirección.

-¿Qué dicen del mayor Webb? -insistió el senador.

-Al mayor -replicó Crawford- le di yo por radio el domicilio tan pronto como llegó al Aeropuerto Kennedy. Como sabe usted, se trataba de la frecuencia G-DOS y en ondas combinadas. Le recuerdo que también él perdió la vida.

-Sí, por supuesto. -El activo senador sacudió la cabeza-. Es increíble. ¿Por qué?

-Hubiera preferido no sacar a colación un tema desagradable -comentó el brigadier general Crawford-. Desde el principio no fui muy entusiasta con el candidato. Comprendí el razonamiento de David y admití que estuviera calificado para el cargo, pero, si usted recuerda, no fue mi candidato preferido.

-No sabía que tuviéramos tantos candidatos -dijo el senador-. Teníamos un hombre, un hombre calificado, como usted mismo lo admitió, que quería trabajar en el alto nivel secreto durante un tiempo indeterminado, arriesgando su vida cada día, rompiendo todos los lazos con su pasado. ¿Cuántos hombres como ése podríamos encontrar?

-Podríamos haber encontrado otro más equilibrado -respondió el brigadier-. Hice notar eso en su momento.

-Usted hizo notar -corrigió Conklin- su propia definición de un hombre equilibrado, que para mí, según observé en ese momento, correspondía a un cacharro inservible.

-Ambos estuvimos en Medusa, Conklin -dijo Crawford, airada pero razonablemente-. Usted no tiene una visión exclusiva. La conducta de Delta, en el campo de acción, era continua y abiertamente hostil a las órdenes. Yo estaba en condiciones de poder observar ese comportamiento mejor que usted.

-En la mayor parte de los casos tenía derecho a ser hostil. Si usted hubiera pasado más tiempo en el campo de acción que en Saigón, habría entendido esto. Y yo lo entendí.

-Podrá sorprenderle -observó el brigadier, levantando la mano en un gesto de tregua-, pero no estoy defendiendo las grandes estupideces, a menudo tan frecuentes en Saigón; nadie lo haría. Estoy tratando de describir un tipo de comportamiento que pueda guiarnos a anteanoche, en la calle Setenta y Uno.

El hombre de la CIA seguía mirando a Crawford. Su hostilidad desapareció al inclinar la cabeza.

-Comprendo lo que usted trata de describir y perdone. Y éste es el enigma principal, ¿verdad? No es fácil para mí. Trabajé con Delta en media docena de departamentos. Estuve destinado con él en Phnom Penh antes de que Medusa se convirtiera en el foco de atención del *Monje.* Nunca volvió a ser el mismo después de Phnom Penh; por esa razón entró en Medusa; quería ser Caín.

El senador se inclinó hacia delante en el sofá.

-Ya he oído hablar de eso, pero quiero volver a oírlo. El presidente debe saber todos los detalles.

-Su mujer y los dos hijos murieron en un muelle del río Mekong, bombardeado y ametrallado por un avión extraviado; nadie sabía a qué bando pertenecía, y nunca se conoció su identidad. Odiaba esta guerra, odiaba a todos en ella y estalló. -Conklin se detuvo, mirando al brigadier-. Y creo que usted tiene razón, general, ha estallado de nuevo. Es algo que lleva dentro de él.

-¿Qué es? -preguntó secamente el senador.

-La explosión, supongo -repuso Conklin-. El maldito estallido. Fue más allá de sus límites, y el odio lo ha superado. No es muy difícil; hay que ser observador. Él asesinó a estos hombres y a esta mujer, como un ser enloquecido. Ninguno de ellos lo esperaba, excepto la mujer que estaba arriba, y probablemente oyó los disparos. Ya no es Delta. Nosotros creamos un mito llamado Caín; sólo que ya es sólo un mito. Ahora se ha convertido en algo real.

-¿Después de tantos meses?... -El senador se echó atrás, y su voz se arrastró-. ¿Por qué volvió? ¿Y desde dónde?

-Desde Zurich -respondió Crawford-. Webb estuvo en Zurich, y creo que él es el único que lo puede haber hecho volver. El «porqué» quizá nunca lo sepamos, excepto que él pueda atraparnos a todos juntos aquí.

-No sabe quiénes somos -protestó el senador-. Sus únicos contactos eran el *Marino,* su mujer y David Abbott.

-Y, por supuesto, Webb -agregó el general.

-Por supuesto -asintió el general-, pero nunca en Treadstone, y menos con este último.

-Eso no importa --observó Conklin, golpeando la alfombra con su bastón-. Él sabía que existía un Centro de Operaciones. Webb le habría dicho que todos estuvimos allí alguna vez, y, razonablemente, esperaría que ahora estuviéramos nuevamente. Habíamos reunido gran número de preguntas a lo largo de seis meses, y ahora, varios millones de dólares. Delta lo habría considerado como la perfecta solución. Podría haber acabado con todos nosotros y desaparecer sin dejar rastros.

-¿Por qué está tan seguro?

-Primero, porque él estuvo *allí* -respondió el hombre del Servicio Secreto, alzando la voz-. Tenemos sus huellas en un vaso de brandy que ni siquiera fue terminado; y segundo, porque es la clásica trampa con más de doscientas variaciones.

-¿Querría explicarnos eso?

-Usted permanece oculto -intervino el general- hasta que su enemigo no puede resistir más y sale al descubierto.

-¿Y nosotros nos hemos convertido en el enemigo, su enemigo?

-Ahora no hay dudas de eso -dijo el oficial naval-. Por la razón que sea, Delta se ha pasado al bando contrario. Ya ha sucedido antes, gracias a Dios no muy a menudo, y sabemos lo que hemos de hacer.

El senador se inclinó nuevamente hacia delante en el sofá.

-¿Qué va a hacer usted?

-Su fotografía no ha sido nunca distribuida -explicó Crawford-. Vamos a hacerlo ahora en cada base o puesto de seguimiento y en cada fuente o

informante que tengamos. Tendrá que ir a alguna parte, y comenzará por los lugares que conoce, aunque sea sólo para comprar otra identidad. Tendrá que gastar dinero, y eso permitirá encontrarlo. Cuando lo tengamos, las órdenes serán bien claras.

-¿Lo traerían detenido inmediatamente?

-Lo mataremos -dijo Conklin simplemente-. No se puede traer detenido a un hombre como Delta, ni se puede correr el riesgo de que otro Gobierno lo haga, teniendo en cuenta lo que sabe.

-No puedo transmitir eso al presidente. Hay leyes que respetar.

-No con Delta -opuso el agente-; él está fuera de las leyes, es irrecuperable.

-Irrecuperable...

-Así es, senador -interrumpió el general-. Irrecuperable. Creo que ya conoce el significado de la expresión. Usted tendrá que tomar la decisión de si se informa o no al presidente, pero creo que sería mejor hacerlo.

-Debería usted investigar cada detalle -dijo el senador interrumpiendo al oficial-. Hablé la semana pasada con Abbott y me dijo que se estaba poniendo en práctica un plan para llegar hasta Delta, A través de Zurich, el Banco, la mención de Treadstone; todo esto formaba parte del plan, ¿no es cierto?

-Así es, pero ya está superado -dijo Crawford-. Si la evidencia de la calle Setenta y Uno no es suficiente para usted, ésta otra lo será. Se le dio a Delta una señal clara para volver y no lo hizo. ¿Qué más necesita usted como evidencia?

-Quiero estar absolutamente seguro.

-Lo quiero muerto. -Las palabras de Conklin, a pesar de la suavidad con que las dijo, cayeron como un cubo de agua fría sobre los presentes-. Delta no sólo quebrantó las reglas que establecimos para todos nosotros, no importa cuáles, sino que, además, las tiró a la basura. Y esto da asco; él es Caín. Hemos usado mucho el nombre de Delta, ni siquiera Bourne, sino siempre Delta, que creo nos hemos olvidado de algo muy importante. Gordon Webb era su hermano. Por eso deben buscarlo y matarlo.

23

Eran las tres menos diez de la mañana, cuando Bourne se acercó al mostrador del «Auberge du Coin»; Marie continuó hacia la puerta de entrada. Para alivio de Jason, no había diarios en el mostrador, pero el último empleado nocturno tenía el mismo aspecto que su colega del centro de París. Era un hombre calvo y fuerte; estaba recostado en una silla con los ojos medio cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho; reflejaba la agotadora depresión de una noche interminable. «Pero esta noche -pensó Bourne-, iba a recordarla durante un tiempo bastante largo, más allá de los daños ocasionados en una de las habitaciones de los pisos superiores, que no serían descubiertos hasta la mañana siguiente.» Un empleado de relevo nocturno de Mountrouge debía de tener un medio de locomoción propio.

-Acabo de telefonear a Rúan -dijo Bourne, con las manos apoyadas sobre el mostrador. Parecía un hombre enojado, furioso por problemas personales que no podía dominar-. Debo partir de inmediato, y necesito alquilar un coche.

-¿Por qué no? -resopló el empleado al ponerse de pie-. ¿Qué prefiere usted, *señor?* ¿Un carruaje dorado o una alfombra mágica?

-¿Disculpe?

-Alquilamos habitaciones, no coches,

-Debo estar en Rúan antes de la mañana.

-Imposible. A no ser que encuentre a un taxista tan loco que acepte llevarlo a estas horas.

-Creo que no me entiende. Podría sufrir considerables pérdidas y dificultades si no estoy en mi oficina hacia las ocho de la mañana. Estoy dispuesto a pagar generosamente.

-Tiene usted un problema, señor.

-Sin duda, alguien de aquí estaría gustoso de prestarme su coche, digamos... mil, mil quinientos francos.

-¿Mil... *mil quinientos* francos..., señor? -Los ojos semicerrados del empleado se abrieron tanto, que la piel del rostro quedó tensa-. ¿Al contado, señor?

-Naturalmente. Mi amiga lo devolvería mañana por la tarde.

-No hay prisa, señor.

-¿Disculpe? Por supuesto, no hay ningún motivo válido para no tomar un taxi. Puedo pagar el silencio.

-No sé dónde podría encontrar uno para usted -interrumpió el empleado en un frenético tono persuasivo-. Por otra parte, quizá mi «Renault» no sea muy *nuevo, y* tal vez no sea el coche más veloz, pero es seguro y fiable.

Otra vez el camaleón había cambiado de color y había sido aceptado nuevamente como alguien que no era. Pero ahora, él sabía quién era, y comprendió.

Madrugada. Pero no había un lugar cálido en una posada de alguna villa, ni una pared empapelada, manchada por los primeros rayos de luz al entrar por una ventana, luego de haberse filtrado por entre las ondeantes hojas de los árboles del exterior. Por el contrario, los primeros rayos de sol que ascendían extendiéndose desde el Este coronaban los límites de la campiña francesa y delimitaban los campos y las montañas de Saint-Germain-en-Laye. Estaban sentados en el pequeño coche, aparcado en una calle desierta, las volutas del humo de los cigarrillos se escapaban por las ventanillas parcialmente abiertas.

En Suiza había comenzado aquel primer relato con estas palabras: *Mi vida comenzó hace seis meses en una pequeña isla del Mediterráneo llamada Port Noir...*

Había iniciado éste con una simple declaración: Soy *conocido por el nombre de Caín.*

Había contado todo; no había omitido nada de cuanto recordaba, incluso había hablado sobre las terribles imágenes que habían estallado en su mente cuando oyó las palabras que dijo Jacqueline Lavier en aquel restaurante, iluminado por velas, en Argenteuil. Nombres, incidentes, ciudades... asesinatos.

-Todo encajaba. No había nada que no supiera, nada que no estuviera almacenado en algún lugar de mi cerebro, tratando de salir. Era la verdad.

-*Era* la verdad -repitió Marie. La miró de cerca.

-Estábamos equivocados, ¿no lo entiendes?

-Tal vez. Pero también estábamos en lo cierto. Tú estabas en lo cierto y yo estaba en lo cierto.

-¿Con respecto a qué?

-A ti. Tengo que repetirlo otra vez con calma y de un modo lógico. Ofreciste tu vida por la mía antes de conocerme; esa decisión no la tomaría el hombre que me describiste. Si ese hombre existió, ya no existe. -Los ojos de Marie eran suplicantes, pero aún dominaba su voz-. Tú lo dijiste, Jason. Lo que un hombre no puede recordar, no existe. Para él. Quizás ése sea el problema que debes abordar. ¿Puedes dejarlo?

Bourne movió la cabeza; había llegado el momento temido.

-Sí -dijo-. Pero solo. No contigo. Marie dio una chupada al cigarrillo. Mientras lo observaba, las manos le temblaban.

-Ya veo. Entonces, ¿ésa es tu decisión?

-Tiene que serlo.

-Desaparecerás heroicamente y así no me comprometerás.

-Debo hacerlo.

-Muchísimas gracias. ¿Y quién diablos crees que eres?

-¿Qué?

-¿Quién *diablos* crees que eres?

-Pues un hombre a quien llaman Caín. Buscado por los Gobiernos, por la Policía, desde Asia hasta Europa. La gente de Washington quiere matarme por lo que creen que sé sobre Medusa; un asesino llamado Carlos quiere verme con un tiro en la cabeza por lo que le hice. Piénsalo un momento. ¿Cuánto tiempo crees que podré continuar escapando antes de que algún miembro de esos ejércitos logre encontrarme, atraparme, *matarme?* ¿Quieres terminar tu vida de esa manera?

-¡Por Dios, no! -gritó Marie, era algo demasiado obvio para su mente analítica-. Mi intención no es pudrirme durante cincuenta años en una cárcel de Suiza o que me ahorquen por crímenes que nunca cometí en Zurich.

-Hay una forma de eliminar el asunto de Zurich. Lo he pensado. Puedo hacerlo.

-¿Cómo?

Golpeó el cigarrillo contra el cenicero.

-¡Por el amor de Dios!, ¿cuál es la diferencia?

Una confesión. Entregarme. No lo sé todavía, ¡pero puedo hacerlo! Puedo devolverte la vida. *¡Debo* devolvértela!

-No de esa forma.

-¿Por qué no?

Marie buscó su cara; una vez más la voz era suave; había desaparecido la brusca estridencia.

-Porque nuevamente he corroborado mi opinión. Hasta el hombre condenado tan seguro de su propia culpa debería darse cuenta. El hombre llamado Caín nunca haría lo que tú te ofreciste a hacer. Por nadie.

-¡Soy Caín!

-Si me viera forzada, aceptaría que lo fuiste, pero no lo eres ahora.

-¿La última rehabilitación? ¿Una lobotomía auto-inducida? ¿Pérdida total de la memoria? Todo esto parece ser la verdad, pero no detendrá a ninguno de los que me buscan. No impediría que *él* o *ellos* apretaran el gatillo.

-Eso sería lo peor que podría suceder, *y* aún no estoy dispuesta a aceptarlo.

-Entonces, no consideras los hechos.

-Tengo presentes dos hechos, que parecen no contar para ti. No puedo descartarlos. Viviré con ellos el resto de mi vida, porque soy responsable. Dos hombres fueron asesinados de la misma y brutal manera porque se interponían entre tú y un mensaje que alguien intentaba hacerte llegar a través de mí.

-¿Viste el mensaje de Corbelier? ¿Cuántos agujeros de bala tenía? ¿Diez, quince?

-¡Lo usaron! Lo escuchaste por el teléfono igual que yo. No mentía, trataba de ayudaros. Si no era a ti, sin duda era a mí.

-Es... posible.

-Todo es posible. No tengo respuestas, Jason, sólo discrepancias, cosas que no pueden explicarse, que *deberían* ser explicadas. No manifestaste nunca un deseo ni una urgencia de aquel que dices haber sido. Y sin esas cosas, un hombre así no podría existir. O no podrías ser él.

-Soy él.

-Préstame atención. Me eres muy querido, amor mío, y por este motivo podría cegarme, lo sé. Pero también conozco algo de mí misma. No soy una niña inocente de inmensos ojos. Vi una parte del mundo y presto especial atención, y mucha, a quienes me atraen. Tal vez para confirmar lo que me gusta considerar como mis valores, y son realmente *valores.* Míos, de ningún otro. -Se interrumpió un momento y se alejó de él-. Observé o un hombre que torturado, por sí mismo y por otros, no gritaba. Quizá tus lamentos sean silenciosos, pero nunca dejarías que fueran una carga para otros, sino tu propia carga. En lugar de eso indagaste, investigaste e intentaste comprender. Y así, amigo mío, no actúa la mente de un frío asesino profesional, ni hace lo que hiciste y quieres hacer por mí. No sé qué fuiste antes, o de qué crímenes eres culpable, pero no son los que crees, lo que te quieren hacer creer otros. Con todo esto regreso a esos valores que te mencioné. Me conozco. No podría amar al hombre que dices ser. Amo al hombre que sé que eres. Nuevamente lo confirmaste. Ningún asesino haría el ofrecimiento que tú acabas de hacer. Y ese ofrecimiento, señor, es respetuosamente rechazado.

-¡Eres una tonta del diablo! -estalló Jason-. ¡Puedo ayudarte; tú no puedes ayudarme! ¡Déjame *algo,* por el amor de Dios!

-No lo haré. No, de esa manera... -De repente, Marie se alejó de él con la boca entreabierta-. Creí haberlo hecho -dijo en un murmullo.

-¿Hacer qué?... -preguntó Bourne.

-Creí haber *dado* algo por los dos. -Se volvió hacia él-. Te lo he acabado de decir: estuvo allí durante mucho tiempo. Lo que los otros quieren hacerte creer...

-¿De qué diablos hablas?

-Tus crímenes..., los crímenes que otros quieren hacerte creer que son tuyos.

-Existen. Son míos.

-Espera un minuto. Supón que existen, pero no son *tuyos.* Supón que se inventaron las pruebas, de una manera tan perfecta como las que se inventaron

en Zurich en mi contra, pero pertenecen a otro. Jason, no sabes cuándo perdiste la memoria.

-Port Noir.

-Ese es el momento en que comenzaste a construirte una, no cuando la perdiste. Antes de Port Noir, podría explicarse. Podrías explicar tu identidad, la contradicción que existe entre tú y el hombre que la gente cree que eres.

-Estás equivocada. Nada podría explicar los recuerdos, las imágenes que vuelven a mí.

-Quizá simplemente recuerdes lo que te dijeron -replicó Marie-. Lo que repitieron incansablemente, una y otra vez. Hasta que no quedó nada más. Fotografías, grabaciones, estímulos visuales y auditivos.

-Estás describiendo un vegetal que funciona y camina, al que se le lavó el cerebro. Ése no soy yo. Marie lo miró y le habló con cariño.

-Describo a un hombre muy inteligente y enfermo, cuyos antecedentes y experiencias se ajustaban a las de alguien que era buscado por otros hombres. ¿Sabes con qué facilidad se puede encontrar a un hombre así? Los hay en todas partes, hospitales, sanatorios, guardias militares. -Hizo una pausa y continuó rápidamente-. Ese artículo del diario decía otra verdad. Soy bastante eficiente para las deducciones, cualquiera que hiciese lo que yo hago, lo sería. Si buscara una curva modelo que sólo incorporase factores aislados, sabría cómo nacerlo. Inversamente, si alguien buscara a un hombre hospitalizado por padecer amnesia, cuya experiencia incluyera habilidades especiales, conocimientos de distintos idiomas, características raciales, los bancos de información médica podrían proveer candidatos. Dios sabe que no muchos; en tu caso, quizá sólo unos pocos, tal vez sólo uno. Pero ellos buscaban a un hombre; era todo lo que necesitaban.

Bourne observaba la campiña y trataba de escudriñar su mente, a través de sus puertas de acero, ahora abiertas. Intentaba encontrar una imagen de la esperanza que ella sentía.

-¿Estás diciendo que soy la reproducción de una ilusión? -inquirió, tratando de que no hubiera animación en la frase.

-Ése es el resultado final, pero no lo que digo. Lo que estoy diciendo es que posiblemente hayas sido manipulado. Usado. Eso lo explicaría. -Acarició su mano-. Me cuentas que algunas veces las cosas quieren estallar en tu interior, romper tu *cabeza.*

-Palabras, lugares, nombres... despiertan cosas.

-Jason, ¿no es posible que despierten cosas falsas? Las que te repitieron una y otra vez, pero que no puedes revivir. No puedes verlas con claridad porque *no* son tuyas.

-Lo dudo. He visto lo que soy *capaz* de hacer. Lo hice antes.

-Pudiste haberlo hecho por otros motivos... *¡Al diablo contigo!* Estoy luchando por mi vida. ¡Por *nuestras* vidas...! ¡Está bien! Puedes *pensar y sentir.* ¡Piensa ahora, *siente ahora!* ¡Mírame y dime qué hurgaste en tu interior, tus pensamientos, y sentimientos y que sabes, sin duda alguna, que eres un asesino llamado Caín! ¡Si eres capaz de hacerlo, de hacerlo realmente, entonces llévame a Zurich, carga con toda la culpa y aléjate de mi vida! Pero si no puedes, quédate conmigo y déjame ayudarte. Y ámame, ¡por el amor de Dios! Ámame, Jason.

Bourne tomó su mano entre las suyas y la apretó con firmeza, como se apretaría la temblorosa mano de un niño enojado.

-No es cuestión de sentir o pensar. Vi el informe en la Gemeinschaft; las anotaciones databan de largo tiempo. Concuerdan con todo aquello de lo que me he ido enterando.

-Pero ese informe, esas anotaciones pueden haber sido inventados ayer, o la semana pasada, o hace seis meses. Todo lo que leíste y escuchaste sobre tu persona puede ser parte de un modelo creado por quienes quieren que representes a Caín. No *eres* Caín, pero quieren que lo creas, quieren que otros lo crean. Pero hay alguien, dando vueltas, que sabe que no eres Caín y trata de decírtelo. Tengo una prueba para ello también. Mi amado está vivo, pero dos amigos están muertos porque se interpusieron entre tú y la persona que te enviaba el mensaje, la que trata de salvarte la vida. Fueron asesinados por las mismas personas que quieren sacrificarte ante Carlos, en lugar de Caín. Dijiste antes que todo concordaba. No era así, Jason, ¡pero esto concuerda! ¡Y te explica ..a *tí!*

-¿Soy entonces un caparazón hueco que ni siquiera posee los recuerdos que cree tener? ¡Lleno de demonios que corren dentro destrozando las paredes al patearlas? No es una perspectiva agradable.

-No son demonios, vida mía. Son partes de tu persona, enojadas, furiosas, que claman por salir porque no pertenecen al caparazón en que las encerraste.

-Y si destruyo ese caparazón, ¿qué encontraré?

-Muchas cosas. Algunas, buenas; otras, malas, y una gran parte lastimada. Pero Caín no estará allí, te lo aseguro. Creo en ti, vida mía. Por favor, no te rindas.

Él mantenía entre ambos una distancia, una pared de cristal.

-¿Y si estamos equivocados? ¿Completamente equivocados? Entonces, ¿qué?

-Déjame lo antes posible, o mátame. No me importa.

-Te amo.

-Lo sé. Por eso no tengo miedo.

-Encontré dos números telefónicos en la oficina de Lavier. El primero es de Zurich, el otro, de aquí, de París. Con un poco de suerte quizá me conduzca hasta el número que necesito.

-¿Nueva York? ¿«Treadstone»?

-Sí, la respuesta está allí. Si no soy Caín, alguien en «Treadstone» sabe quién soy.

Regresaron en coche a París, ya que suponían que llamarían menos la atención entre el gentío de la ciudad que en una posada aislada en medio del campo. Un hombre de cabellos rubios y gafas con montura de carey y una mujer llamativa, de rostro austero, sin maquillaje, peinada hacia atrás como una graduada de la Sorbona, no estarían fuera de lugar en Montmartre. Alquilaron una habitación y se inscribieron como un matrimonio procedente de Bruselas.

En la habitación permanecieron un momento de pie; las palabras no eran necesarias para expresar lo que cada uno sentía y veía. Se acercaron, se acariciaron y abrazaron, sin dejar lugar a que penetrara el mundo insultante que les negaba la paz, que los obligaba a mantener el equilibrio balanceándose sobre

tensos cables, próximos el uno al otro, mientras muy abajo los aguardaba un oscuro abismo; si alguno de los dos se caía, sería el final para ambos.

Bourne no podía cambiar su aspecto de inmediato. Hubiera sido falso y no había lugar para artificios.

-Necesitamos descansar -dijo-. Debemos dormir un poco. Será un día muy largo.

Hicieron el amor. En la cálida y cadenciosa cama se entregaron el uno al otro completa y generosamente. Hubo un momento, un momento tonto, en que se rieron, porque debieron cambiar de posición para poder respirar. Fue una risa tranquila, embarazosa al principio, pero la observación estaba allí, el valor de una tontería intrínseca a algo muy profundo entre ellos. Pasado el momento, se abrazaron con furia, con la intención de eliminar los abrumadores sonidos y las visiones del mundo oscuro que intentaba enredarlos en sus aletas. Pronto se evadieron de ese mundo y buscaron otro mejor, donde la luz del sol y las aguas azules y tranquilas remplazaban a la oscuridad. Corrieron atropelladamente y con furor hacia él hasta que, por fin, en un esfuerzo supremo, lo encontraron.

Así se quedaron dormidos, con las manos entrelazadas.

Bourne fue el primero en despertarse, consciente de los cláxones v los motores del tránsito de París, abajo, en las calles. Miró su reloj pulsera. Era la una y diez de la tarde. Habían dormido casi cinco horas, quizá menos de lo necesario, pero lo suficiente. *Iba* a ser un día muy largo. No estaba seguro de lo que iban a hacer; sólo sabía que había dos números telefónicos que debían conducirlo hasta un tercero. En Nueva York.

Se volvió para observar a Marie, que respiraba profundamente a su lado; su cara -su cara llamativa y amada- formaba un ángulo con el borde de la almohada, los labios entreabiertos, muy cerca de los suyos. La besó y ella trató de alcanzarlo con los ojos aún cerrados.

-Eres un sapo y te convertiré en un príncipe -dijo con voz soñolienta-. ¿O es al revés?

-Quizá, pero no en las actuales circunstancias.

-Entonces tendrás que seguir como sapo. Salta a mi alrededor, sapito. Exhíbete para mí.

-Sin tentaciones. Sólo salto cuando me alimentan con moscas.

-¿Los sapos comen moscas? Creo que sí lo hacen. Me estremece. Es horrible.

-Vamos, abre los ojos. Hemos de empezar a tener esperanzas. Debemos comenzar la búsqueda. Parpadeó y luego lo miró.

-¿La búsqueda de qué?

-De mí -respondió.

Desde una cabina telefónica en la rué Lafayette pidieron una llamada pagada a un número de Zurich, a nombre de Mr. Briggs. Bourne llegó a la conclusión de que Jacqueline Lavier habría enviado señales de alarma, sin pérdida de tiempo; una debía de haber ido dirigida a Zurich.

Cuando oyó la llamada de Suiza, Jason retrocedió y entregó el teléfono a Marie. Sabía lo que debía decir.

El operador internacional de Zurich respondió a la llamada. Por tanto, no tuvo oportunidad de hacerlo.

-Lamentamos informarle que el número solicitado se halla fuera de servicio.

-Estaba en servicio el otro día -interrumpió Marie-. Es una emergencia, operador. ¿Tiene otro número?

-Ese teléfono está fuera de servicio, señora. No hay otro que lo remplace.

-Me deben de haber dado mal el número. Es muy urgente. ¿Podría darme el nombre de la compañía a la que pertenecía este número?

-Temo que eso no será posible.

-Le he dicho que es una emergencia. ¿Puedo hablar con su superior, por favor?

-No podría ayudarla. Éste es un número que no figura en las guías. Buenas tardes, señora. La conexión se interrumpió.

-Han colgado -dijo.

-Nos llevó un tiempo demasiado largo descubrirlo, ¡maldición! -respondió Bourne, mientras miraba hacia ambos lados de la calle-. Marchémonos de aquí.

-¿Crees que la pueden haber registrado aquí, en París? ¿Desde un teléfono público?

-En tres minutos puede detectarse una comunicación y circunscribirse el distrito. En cuatro, pueden acortar el radio a media docena de calles.

-¿Cómo lo sabes?

-Desearía poder decírtelo. ¡Marchémonos!

-Jason, ¿por qué no esperamos escondidos? ¿Y observamos?

-Porque no sé qué buscar, y ellos sí lo saben. Tienen una fotografía, pueden distribuir hombres por toda la zona.

-No me parezco a las fotografías del diario.

-Tú no. Yo sí. ¡Marchémonos!

Caminaron velozmente entre el errático vaivén del gentío, hasta llegar al bulevar Malesherbes, a diez calles de distancia. Encontraron otra cabina telefónica con una central diferente de la primera. En esta ocasión no había necesidad de operadores; estaban en París. Marie entró, las monedas en la mano, y marcó el número; estaba preparada.

Pero las palabras que llegaron desde el otro lado de la línea la dejaron atónita.

-*La résidence du General Villiers. Bonjour...? Allô? Allô?*

Por un instante, Marie fue incapaz de pronunciar palabra. Sólo miraba el teléfono.

-*Je m'excuse* -murmuró-. *Une erreur* -cortó.

-¿Cuál es el problema? -preguntó Bourne al abrir la puerta de cristal-. ¿Qué ha pasado? ¿Quién era?

-No tiene sentido -dijo-. He llamado a la casa de uno de los hombres más respetados y poderosos de Francia.

24

-André François Villers -repitió Marie mientras encendía un cigarrillo. Habían regresado a su habitación del «Terrasse» para ordenar los datos y empaparse de la sorprendente información-. Graduado en Saint-Cyr, héroe de la Segunda Guerra Mundial, una leyenda durante la Resistencia y, hasta la independencia de Argelia, el sucesor aparente de De Gaulle. Jason, vincular con Carlos a un hombre como ése es simplemente increíble.

-La conexión está allí. Créelo.

-Es demasiado difícil. Villiers es un conservador, gloria de Francia, miembro de una familia que se remonta al siglo diecisiete. Hoy es un diputado de jerarquía en la Asamblea Nacional, políticamente a la derecha de Carlomagno, con seguridad, pero, aún más, es un militar de ley. Es como relacionar a Douglas Mac Arthur con un miembro expulsado de la mafia. No tiene sentido.

-Entonces tratemos de encontrarle alguno. ¿Cuál fue la ruptura con De Gaulle?

-Argelia. A principios de la década de los sesenta Villiers era miembro de la OAS, uno de los coroneles argelinos a las órdenes de Salan. Se opusieron a los tratados de Evian, que darían la independencia a Argelia, ya que creían que, por derecho, Argelia pertenecía a Francia.

-Los coroneles locos de Argelia -replicó Bourne.

¡Cuántas palabras y frases llegaban a él sin saber de dónde provenían ni por qué las había dicho!

-¿Significa esto algo para ti?

-Debería, pero no sé qué.

-*Piensa* -dijo Marie-. ¿Por qué querrían los locos coroneles argelinos aliarse contigo? ¿Qué es lo primero que se te ocurre? ¡Rápido!

Jason la miró impotente; luego surgieron las palabras.

-Los bombardeos..., las infiltraciones. *Provocateurs.* Los estudiaste, estudiaste los mecanismos.

-¿Por qué?

-No lo sé.

-¿Se basan las decisiones en lo que se aprendió?

-Creo que sí.

-¿Qué clase de decisiones? *¿Qué* decidiste?

-Las desorganizaciones.

-¿Qué significa eso para ti? Desorganizaciones.

-¡No lo sé! ¡No puedo pensar!

-Bien..., bien. Volveremos sobre el tema en cualquier otro momento.

-No hay tiempo. Volvamos sobre el tema de Villiers. Después de Argelia. ¿Qué sucedió?

-Hubo una especie de reconciliación con De Gaulle; Villiers nunca estuvo complicado directamente con el terrorismo, y su hoja de servicios lo exigía. Regresó a Francia, fue bien recibido; un luchador por una causa perdida, pero una causa respetable. Recuperó su mando y ascendió a general, antes de dedicarse a la política.

-¿Es un político activo, entonces?

-Más que un político, un portavoz, un viejo estadista. Es todavía un militar de trincheras, aún suspira por la perdida importancia militar de Francia.

-Howard Leland -dijo Jason-. Ahí está la conexión con Carlos.

-¿Cómo? ¿Por qué?

-Leland fue asesinado porque se interfirió en las promociones y exportaciones de armas del Quai d'Orsay. No necesitamos nada más.

-Parece increíble, un hombre como él... -La voz de Marie se desvaneció; los recuerdos lo golpeaban-. Asesinaron al hijo de Villiers. Fue un hecho político, hace alrededor de cinco o seis años.

-Cuéntame.

-Volaron su coche en la rué de Bac. Lo publicaron los diarios de todas partes. *Él* era el político activo, como su padre, un conservador, se oponía a los socialistas y a los comunistas siempre que se presentaba la ocasión. Era un miembro joven del Parlamento, que se oponía a los gastos del Gobierno, pero en realidad bastante popular. Un aristócrata encantador.

-¿Quién lo asesinó?

-Se especuló con que fueron los comunistas. Se las había arreglado para bloquear algunas que otras leyes que favorecían *a* la extrema izquierda. Después de ser asesinado, las posiciones se dividieron y las leyes se aprobaron. Muchos creen que éste fue el motivo por el que Villiers dejó el Ejército y se presentó como candidato a la Asamblea Nacional. Esto es lo improbable, lo contradictorio. Después de todo, su hijo *fue* asesinado; uno pensaría que un asesino profesional sería la última persona en la Tierra con quien quisiera relacionarse.

-Hay algo más todavía. Dijiste que fue bien recibido al regresar a París porque nunca había estado implicado de *forma directa* con el terrorismo.

-Si lo estuvo -interrumpió Marie- se lo ocultó. Son más tolerantes con las causas apasionadas aquí, donde la tierra y el hogar se relacionan. Fue un héroe legítimo, no lo olvides.

-Pero un terrorista siempre es un terrorista, no olvides tú tampoco eso.

-No estoy de acuerdo. Las personas cambian.

-No respecto a ciertas cosas. Ningún terrorista se olvida jamás lo efectivo que ha sido; vive de ello.

-¿Cómo puedes saberlo?

-No estoy seguro si quiero preguntármelo ahora.

-Entonces no lo hagas.

-Pero *estoy seguro* con respecto a Villiers. Voy a llegar hasta él. -Bourne se acercó a la mesita de noche y cogió la guía telefónica-. Veamos si figura o si ese número es privado. Necesitaré su dirección.

-No te acercarás a él. Si es el contacto de Carlos, estará custodiado. Te asesinarán al verte; tienen tu fotografía, ¿recuerdas?

-No les ayudará. No soy el que están buscando. Aquí está. Villiers. A.F. Pare Monceau.

-Aún no puedo creerlo. El simple hecho de saber a quién llamaba debe de haberle causado una conmoción a Madame Lavier.

-O asustarla hasta el punto de impedirle hacer algo.

-¿No te resulta extraño que le hayan dado ese número?

-No, en estas circunstancias. Carlos quiere que sus zumbones sepan que no está jugando. Quiere a Caín. Marie se puso de pie.

-Jason, ¿qué es un zumbón?

Bourne la miró.

-No lo sé... Alguien que trabaja ciegamente para otro.

-¿Ciegamente? ¿Sin ver?

-Sin saber. Creyendo que está haciendo algo cuando en realidad hace algo distinto.

-No entiendo.

-Digamos que te pido esperes un coche en cierta esquina. El auto nunca llega, pero el hecho de que estés allí le prueba a alguien que algo ha sucedido.

-Aritméticamente, un mensaje cuya pista no puede seguirse.

-Sí, creo que es eso.

-Es lo que sucedió en Zurich. Walter Apfel era un zumbón. Divulgó la historia del robo sin saber lo que realmente estaba diciendo.

-¿Cuál fue?

-Es una buena hipótesis que te propongan atrapar a alguien que conoces muy bien.

-«Treadstone Setenta y Uno» -dijo Jason-. Y volvemos a Villiers. Carlos me encontró en Zurich por medio de la Gemeinschaft. Eso significa que él debía saber lo de «Treadstone»; hay muchas posibilidades de que Villiers lo sepa también. Si no lo supiera, quizás habría una forma de que nos atrapara.

-¿Cómo?

-Su nombre. Si es todo lo que tú dices que es, aprecia demasiado su nombre. Una «gloria de Francia» vinculada a un cerdo como Carlos causaría cierto efecto. Amenazaré con ir a la Policía, a los diarios.

-Simplemente lo negará. Dirá que es injurioso.

-Déjalo. No lo es. Ése era su número en la oficina de Lavier. Además, cualquier retractación aparecerá en la misma página de su obituario.

-Aún tienes que llegar hasta él.

-Lo haré. Soy en parte un camaleón, ¿recuerdas?

La rué Pare Monceau, con sus árboles alineados, le resultaba de alguna manera familiar, pero no porque hubiera pasado por allí antes. En cambio, lo familiar era la atmósfera. Dos hileras de casas de piedra bien cuidadas, las puertas y ventanas resplandecientes, los herrajes brillantes, las escaleras limpias y cuidadas; más allá, las habitaciones iluminadas llenas de plantas colgantes. Era una calle lujosa, en un barrio distinguido de la ciudad, y Bourne sabía que había estado en otro lugar como éste y que eso *había* significado algo.

Eran las 7.35 de una noche fría de marzo; el cielo claro y el camaleón vestido de acuerdo con la ocasión. El cabello rubio de Bourne estaba cubierto con una boina; el cuello, oculto por la solapa de una chaqueta que llevaba escrito en la espalda el nombre de una agencia de mensajeros. Llevaba colgada del hombro una banda de lona, prendida a una maleta casi vacía; era el final de la ronda de este mensajero en particular. Debía hacer dos o tres paradas, quizá cuatro o cinco, si lo consideraba necesario; lo determinaría sobre la marcha. Los sobres no eran realmente sobres, sino tarjetas que hacían publicidad de los placeres del

Bateaux Muche, recogidas en una sala de estar de un hotel. Elegiría al azar algunas casas próximas a la residencia del general Villiers y depositaría las tarjetas en los buzones. Sus ojos debían registrar todo lo que veían; buscaba con avidez sólo una cosa: ¿Qué tipo de medidas de seguridad tenía Villiers? ¿Quién custodiaba al general y cuántos hombres había en aquel lugar?

Como estaba convencido de encontrarse con hombres en coches de guardia, se alarmó al no ver a nadie. André Francois Villiers, militarista, portavoz de su causa y principal contacto con Carlos, no contaba, por lo visto, con medios de seguridad exteriores. Si estaba protegido, tal protección se limitaba al interior de la casa. Si se consideraba la enormidad de su crimen, Villiers era tan arrogante, que llegaba a ser un descuidado o un chiflado.

Jason subió por la escalinata de una residencia adyacente. La puerta de la casa de Villiers estaba a una distancia no mayor de seis metros. Metió la tarjeta en el buzón, observando las altas ventanas de la casa, en busca de una cara, una figura. No había nada.

La puerta se abrió de pronto. Bourne se agazapó, se metió la mano debajo de la chaqueta y buscó el arma, pensando que *él* era el chiflado; algún observador más diestro lo había localizado. Las palabras que oyó le demostraron que estaba equivocado. Una pareja de mediana edad, una criada uniformada y un hombre con chaqueta oscura, hablaban en la entrada.

-Asegúrense de que todos los ceniceros estén vacíos -dijo la mujer-. Ya sabe lo que le disgustan los ceniceros llenos.

-Partió en coche esta tarde, lo cual significa que ahora estarán llenos -replicó el hombre.

-Límpielos en el garaje, tiene tiempo. No bajará hasta dentro de diez minutos. Debe de estar en Nanterre a las 8.30, no antes.

El hombre asintió con la cabeza y, levantándose las solapas de la chaqueta mientras bajaba los escalones, dijo:

-Diez minutos -sin dirigirse a nadie.

La puerta se cerró, y el silencio volvió a reinar en la tranquila calle. Jason se incorporó, con la mano en la barandilla, mientras observaba al hombre que se apresuraba por la vereda. No estaba seguro dónde quedaba Nanterre; sólo sabía que era un suburbio de París. Si Villiers iba a conducir el coche y estaba solo, no había motivo para posponer la confrontación.

Bourne se quitó la correa del hombro, bajó rápidamente los escalones y se dirigió hacia la izquierda de la calle. Diez minutos.

Jason vio a través del parabrisas cómo se abría la puerta y aparecía el general del Ejército André Francois Villiers. Era un hombre de complexión mediana y pecho ancho; su edad oscilaba entre los sesenta y setenta años. No llevaba sombrero, el cabello era gris y tupido, y lucía una barba blanca, muy cuidada. Su porte era, sin duda alguna, el de un militar; su cuerpo se imponía en el espacio que lo rodeaba, penetrándolo como si lo rompiera y destruyera al moverse paredes invisibles.

Bourne lo miró con atención, fascinado, mientras trataba de imaginarse qué locuras podrían haber conducido a un hombre semejante hasta el terrible mundo de Carlos. Cualesquiera que hubieran sido las razones, tenían que ser poderosas, ya que *él* era poderoso. Esto lo hacía peligroso, porque era respetado y tenía el apoyo de su Gobierno.

Villiers se volvió para hablar a la criada, mirando el reloj pulsera. La mujer asintió con la cabeza y cerró la puerta, mientras el general, después de bajar aprisa los escalones, dio una vuelta al coche hasta llegar al lugar del conductor de su gran sedán. Abrió la puerta y se acomodó en el interior; luego conectó el motor y se deslizó hacia el centro de la calle con lentitud. Jason esperó a que el sedán llegara a la esquina y girase a la derecha; retiró con facilidad el «Renault» que estaba junto a la acera y aceleró; llegó al cruce justo a tiempo para poder ver a Villiers, que giraba de nuevo hacia la derecha en dirección este.

Había una cierta ironía en la coincidencia, un augurio, si se podía creer en tales cosas. La ruta que el general Villiers eligió para ir al remoto suburbio de Nanterre incluía un trecho de camino apartado, junto al campo, casi idéntico a la de Saint-Germain-en-Laye, donde hacía doce horas Marie le había suplicado que no se rindiera, que no entregara ni su vida ni la de ella. Había tramos de tierra con prados, campos que se deslizaban hacia las incipientes montañas, pero en vez de estar coronadas por la luz del amanecer, se hallaban bajo el frío y los blancos rayos de la luna. A Bourne se le ocurrió que aquel tramo de ruta solitario sería el mejor lugar para interceptar al general a su regreso.

A Jason no le resultó difícil seguirlo a una distancia promedio de cuatrocientos metros, por eso se sorprendió al alcanzar casi al viejo soldado. Villiers había disminuido repentinamente la velocidad y giraba por un sendero de grava abierto en el bosque; más allá, el lugar de aparcamiento iluminado por reflectores. Un letrero colgaba de dos cadenas en el alto ángulo de un poste exhibía el nombre: «L'Arbalète». El general iba a encontrarse con una persona para cenar en un restaurante fuera de la ruta, no *en* el suburbio de Nanterre, pero cerca. En el campo.

Bourne pasó por la entrada y desvió el coche de la parte visible de la ruta, el lado derecho quedó cubierto de follaje. Debía de meditar todo con cuidado. Tenía que dominarse. Había un fuego en su mente que crecía y se expandía. Repentinamente, lo dejó absorto una extraordinaria posibilidad.

Al considerar las partes sueltas de los hechos, la inmensa turbación que Carlos había experimentado la noche anterior en el motel de Montrouge, le hacía suponer que André Villiers había sido citado para una reunión de emergencia en un restaurante apartado. Quizá así, Carlos *mismo* participara en ella. Si era así, el lugar debía de estar protegido y un hombre cuya fotografía había sido distribuida a esos guardias, sería asesinado en el mismo instante de ser reconocido. Por otra parte, la oportunidad de observar a un grupo de Carlos -o a Carlos mismo- era algo que nunca volvería a presentarse. Tenía que entrar en el «L'Arbalète». Un apremio interior lo impulsaba a correr el riesgo. *Cualquier* riesgo. ¡Era una locura! Entonces, él no estaba cuerdo, cuerdo como un hombre con memoria lo está. *Carlos.* ¡Encontrar a Carlos! *Dios mío, ¿por qué?*

Sintió la presión del arma en la cintura; estaba segura. Bajó del coche y se puso un abrigo que tapaba la chaqueta con letras en la espalda. Sacó del asiento un sombrero de ala angosta y tela suave; curvando toda el ala, cubriría su cabello. Luego trató de recordar si llevaba puestas las gafas de montura de carey cuando le habían tomado la fotografía en Argenteuil. No, no las había usado; las había dejado en la mesa cuando los sucesivos proyectiles de dolor habían insensibilizado su cabeza, inducidos por palabras que le recordaban un pasado demasiado familiar, demasiado espantoso para enfrentarse con él. Buscó en el bolsillo de la camisa; allí estaban si las necesitaba. Cerró la puerta y se encaminó hacia el bosque.

La luz de los reflectores del restaurante se filtraba a través de los árboles, aumentando con cada metro que avanzaba y al disminuir el follaje que lo cubría; Bourne llegó al lindero del pequeño bosque v se detuvo frente al aparcamiento de grava. Estaba al lado del rústico restaurante; una hilera de pequeñas ventanas recorrían toda la construcción; las llamas vacilantes de unas velas, detrás de los cristales, iluminaban las figuras de los comensales. Luego sus ojos se dirigieron al segundo piso; no era de la misma extensión que la construcción baja, sino sólo la mitad; la parte posterior era una terraza abierta. Sin embargo, la parte cubierta era similar al primer piso. Una hilera de ventanas, poco más grandes quizá, pero alineadas e iluminadas con luz de velas. Las figuras se arremolinaban, pero eran diferentes de las de los comensales del piso bajo.

Todos eran hombres. Estaban de pie, moviéndose indiferentemente; con copas en las manos; el humo de los cigarrillos formaba espirales sobre las cabezas. Era imposible decir cuántos eran. Quizá más de diez y menos de veinte.

Él estaba allí, moviéndose de un grupo a otro; la barba blanca sobre el mentón era como una señal luminosa que se encendía y apagaba intermitentemente al quedar oculta por las siluetas próximas a las ventanas.

En realidad, el general Villiers había marchado en su coche a Nanterre para una reunión, y las probabilidades indicaban allí una conferencia en la que se trataría de los fracasos de las últimas cuarenta y ocho horas, fracasos que permitían seguir vivo a un hombre llamado Caín.

Las probabilidades. ¿Cuáles eran las probabilidades? ¿Dónde estaban los guardias? ¿Cuántos eran y dónde se encontraban sus puestos? Dejó atrás el lindero de los bosques y caminó de lado, hacia el frente del restaurante, mientras torcía las ramas silenciosamente y sus pies se deslizaban sobre la maleza. Se detuvo, en busca de hombres escondidos entre el follaje o bajo la protección de las sombras del edificio. No vio a nadie; continuó su camino, ganando terreno, hasta que llegó a la parte trasera del restaurante.

Se abrió una puerta; la brusca luz se esparció y apareció un hombre vestido con chaqueta blanca. Se detuvo un momento, ahuecando las manos para encender un cigarrillo. Bourne miró a derecha e izquierda y hacia la terraza; no vio a nadie. Un guardia apostado en la zona se habría alarmado ante la repentina luz surgida tres metros abajo de donde se celebraba la conferencia. No había guardias en el exterior. Las medidas de protección -como debía ser en la casa de Villiers en Pare Monceau- se limitaban al interior del edificio.

Otro hombre apareció en la puerta; llevaba también chaqueta blanca y se tocaba con un sombrero de chef. Su voz sonó enojada, y su francés se mezclaba con el gutural dialecto de Gascuña.

-¡Mientras tú haraganeas, nosotros sudamos! El carrito de los postres está casi vacío. Llénalo. ¡*Ahora* mismo, bastardo!

El pastelero se volvió y se encogió de hombros, aplastó el cigarrillo y regresó al interior, cerrando la puerta tras sí. La luz se desvaneció; sólo el blanquecino resplandor de la luna iluminaba la terraza, pero era suficiente. Allí no había nadie, ni guardias que patrullaran las anchas y dobles puertas que conducían al salón interior.

Carlos. Encontrar a Carlos. Atrapar a Carlos. Caín es Carlos, y Delta es Caín.

Bourne consideró la distancia y los obstáculos. Sólo lo separaban quince metros de la parte posterior del edificio, y estaba a tres o cuatro debajo de la

barandilla que bordeaba la terraza. Había dos extractores en la parte exterior, a través de ambos salía vapor, y junto a ellos, una tubería de desagüe que llegaba hasta el borde de la barandilla. Si pudiera escalar la cañería y conseguir un apoyo para el pie en el respiradero bajo, podría aferrarse a un barrote de la barandilla e introducirse en la terraza. Pero no podría hacer nada de esto si llevaba puesto el abrigo. Se lo quitó y lo dejó en el suelo, junto con el sombrero de ala flexible; después los cubrió con la maleza. Luego caminó hacia la linde del bosque y corrió lo más silenciosamente posible a través de la grava, hacia la cañería de desagüe.

En las sombras se arrastró hasta la cañería; estaba firmemente sujeta. Se estiró cuanto pudo y luego saltó y se aferró a la tubería. Empezó a trepar hasta que el pie izquierdo quedó paralelo al primer respiradero. Sin detenerse, continuó. Deslizó el pie en el hueco y se impulsó aún más arriba por la tubería. Le faltaban sólo cincuenta centímetros para llegar a la barandilla; un último impulso desde el respiradero y podría alcanzar el último barrote.

La puerta se abrió debajo, con violencia y un rayo de luz blanca cruzó la grava hasta el bosque. Una figura, que se balanceaba para mantener el equilibrio, fue arrojada fuera, seguida del *chef,* que gritaba:

-¡Insecto! ¡Estás borracho, eres un borracho! ¡Has estado borracho toda la maldita noche! Todos los pasteles están desparramados por el suelo de la cocina. Todo es un revoltijo. ¡Vete, no verás ni un céntimo!

Cerró la puerta con violencia y le echó el cerrojo. Era, sin duda, el final. Jason se aferraba a la cañería, le dolían los brazos y los tobillos, el sudor le corría por la frente. Abajo, el borracho se tambaleaba mientras hacía gestos obscenos con la mano derecha dirigidos al *chef,* que ya no podía verlo. Su vidriosa mirada subió por la pared y se detuvo en la cara de Bourne. Jason contuvo la respiración cuando sus ojos se encontraron; el hombre miró fijamente, parpadeó y volvió a mirar. Sacudió la cabeza, cerró los ojos y luego los abrió de par en par; veía algo que no estaba seguro de si realmente estaba allí. Retrocedió y se marchó zigzagueando. Seguramente había creído que la silueta que trepaba por la pared era tan sólo producto de su imaginación, por exceso de trabajo. Giró en el ángulo del edificio; estaba en paz consigo mismo al haber podido rechazar la visión que se había presentado ante sus ojos.

Bourne respiró aliviado y se relajó contra la pared. Pero fue sólo un momento; el dolor del tobillo había descendido hasta el pie: un calambre. Aferrado con la mano derecha a la barra de hierro que formaba la base de la barandilla, soltó la izquierda de la tubería y, con un nuevo impulso logró asir la barra. Apretó las rodillas contra el metal y reptó por la pared hasta que la cabeza quedó sobre el borde de la terraza. Estaba desierta. Impulsó la pierna izquierda sobre el borde y alcanzó con la mano derecha el remate de hierro forjado; se balancee sobre la barandilla.

Estaba en una terraza que servía de cenador durante los meses de primavera y verano, en la que cabrían diez o quince mesas. En el centro de la pared que separaba la parte interior de la terraza estaban las anchas puertas dobles que había visto desde el bosque Las siluetas del interior no se movían, estaban de pie inmóviles; por un momento, Jason se preguntó si quizás habría sonado una alarma, si estarían esperan dolo. Se detuvo como petrificado, con la mano en el arma; no sucedió nada. Se acercó a la pared, a amparo de las sombras. Una vez allí, caminó hacia la primera puerta, pegada su espalda a la madera, hasta que tocó el marco con la mano. Lentamente, centímetro a

centímetro, su cabeza se aproximó hasta el panel de vidrio, a un nivel que le permitía observa el interior.

Lo que vio lo dejó pasmado. Los hombres estaban alineados -tres filas, de cuatro hombres cada una-frente a André Villiers. El general se dirigía a ellos. Trece hombres en total, doce de ellos no sólo de pie, sino en posición de firmes. Eran hombres viejos, pero también soldados viejos. Ninguno vestía uniforme; pero llevaban en las solapas galones de a colores y medallas que indicaban tanto la graduación como el premio al valor. Aquellos hombres habían estado acostumbrados a mandar, a usar el poder. Se veía en sus caras, en sus ojos, en la manera de alinearse, y de escuchar; respetaban, pero no ciegamente, siempre con criterio. Sus cuerpos eran viejos, pero había fuerza en ellos. Una fuerza inmensa. Ese era el aspecto pasmoso. Si aquellos hombres pertenecían a Carlos, los recursos del asesino estaban muy lejos de ser alcanzados, y resultaban extraordinariamente peligrosos. Porque no eran hombres comunes, sino templados soldados profesionales. Salvo que estuviese completamente equivocado -pensó Bourne-, la magnitud de la experiencia y el alcance de la influencia de aquel recinto eran aterradores.

Los locos coroneles de Argelia ¿qué había quedado de ellos? Hombres obsesionados por los recuerdos de una Francia que ya no existía, por un mundo acabado, sustituido por otro al que encontraban débil e ineficaz. Tales hombres podían hacer un pacto con Carlos, aunque sólo fuese por el poder secreto que les confería. Golpear. Atacar. Matar. Las decisiones sobre vida o muerte que una vez fueron parte integrante de sus vidas, eran recuperadas a través de una fuerza que servía a causas que ellos rehusaban admitir como no practicables. Una vez iniciado en el terrorismo, siempre se era terrorista, y el asesinato era la entraña del terrorismo.

El general alzaba la voz. Jason intentó oír las palabras a través del vidrio. Sonaban claras.

«...nuestra presencia se sentirá, y nuestro propósito será entendido. Compartimos todos juntos una posición, nuestra posición, que es inamovible; seremos *oídos.* Por la memoria de todos los que cayeron, nuestros hermanos de armas, que dieron sus vidas por la gloria de Francia. ¡Obligaremos a nuestro amado país a recordar, y en sus nombres a permanecer fuertes, libres, no lacayos de nadie! Quienes se nos opongan, conocerán nuestra ira. En esto también estamos unidos. Recemos a Dios Todopoderoso para que aquellos que han partido antes que nosotros hayan encontrado la paz, ya que nosotros aún estamos en conflicto... señores: ¡les entrego a Nuestra Señora, Nuestra Francia!»

Hubo un murmullo de aprobación por parte de los viejos soldados, que continuaban firmes. Luego se elevó otra voz v cantó solo las primeras cinco palabras; a la sexta se le unieron las voces del resto del grupo:

Allons enfants de la patrie,

Le jour de glorie est arrivé...

Bourne se alejó, confuso por aquella visión. Destruir en nombre de la gloria; la muerte de los compañeros exige más muertes; es la exigencia, y si significa un pacto con Carlos, se hará.

¿Qué lo perturbaba tanto? ¿Por qué se vio asaltado por sentimientos de rabia y futilidad? ¿Qué provocó aquel cambio que sentía tan profundamente? Después lo supo. Odiaba a André Villiers, despreciaba a todos los hombres allí

reunidos. Eran hombres viejos que hicieron la guerra, robando la vida de los jóvenes... de los muy jóvenes.

¿Por qué lo asaltaban nuevamente las dudas? ¿Por qué era tan agudo el dolor? No había tiempo para preguntas, ni fuerzas para tolerarlas. Debía expulsarlas *de* su mente y concentrarse en André Villiers, soldado y jefe guerrero cuyas causas pertenecían al pasado; pero el pacto que había establecido con su asesino clamaba hoy por su muerte.

Atraparía al general. Lo doblegaría. Le haría confesar. Se enteraría de todo lo que sabía el general y probablemente luego lo mataría. Los hombres como Villiers robaban la vida de los jóvenes, de los demasiado jóvenes. Hombres como ése no merecían vivir. *Estoy otra vez en mi laberinto, y las paredes están recubiertas de espinas. ¡Oh, Dios, lastiman!*

En la oscuridad, Jason trepó por la barandilla y descendió por la tubería de desagüe, con todos los músculos doloridos. El dolor también debía ser desterrado. Debía llegar hasta un tramo desierto de la carretera bajo la luz de la luna y atrapar al comerciante de la muerte.

25

Bourne esperó en el «Renault», doscientos metros al este de la entrada del restaurante, el motor encendido, preparado para partir, en el momento en que viera irse a Villiers. Algunos otros ya habían partido en coches separados. Los conspiradores no hacen propaganda de su asociación y aquellos viejos eran conspiradores en todo el sentido de la palabra. Habían cedido todos los honores ganados, por la mortal conveniencia de las armas y la organización de un asesino. La edad y los prejuicios les habían quitado la razón, de la misma manera que ellos habían pasado sus vidas robando la vida... a los jóvenes, a los muy jóvenes.

¿Qué es? ¿Por qué no me deja? Alguna cosa terrible está muy dentro de mí, trata de doblegarme, de matarme. El miedo y la culpa me asaltan... pero de qué y por qué, no lo sé. ¿Por qué esos viejos marchitos provocan en mí estos sentimientos de miedo y de culpa... y de hastío?

Eran la guerra y la muerte. En la tierra y desde los cielos. Desde los cielos... desde los cielos. Ayúdame, Marie. ¡Por Dios, ayúdame!

Allí estaba. Los faros se deslizaban hacia la carretera; la carrocería larga y negra reflejaba la luz de los reflectores. Jason mantuvo las luces apagadas al salir de las sombras. Aceleró por la carretera hasta llegar a la primera curva; allí encendió los faros y apretó a fondo el pedal del acelerador. El tramo de ruta solitario que bordeaba el campo estaba a tres kilómetros; debía llegar pronto.

Eran las once y diez, y lo mismo que tres horas antes, los campos se internaban en las montañas, bañados por la luz de la luna de marzo, ahora en el cenit. Llegó a la zona; *era* factible. El arcén era ancho, bordeaba unas praderas; por tanto, los dos automóviles podían salir de la carretera. El objeto inmediato, sin embargo, era lograr que Villiers detuviera la marcha. El general era viejo, pero no débil; si sospechara la maniobra, se abriría paso a campo traviesa y escaparía. Todo era cuestión de saber elegir el momento oportuno, el momento inesperado.

Bourne hizo girar en U el «Renault», y esperó hasta divisar los faros a lo lejos, luego aceleró, girando violentamente el volante hacia ambos lados; un coche fuera de control, un conductor incapaz de seguir una línea recta, pero, no obstante, a gran velocidad.

Villiers no tuvo alternativa; disminuyó la marcha al acercarse Jason peligrosa y velozmente hacia él. Luego, cuando sólo faltaban seis metros para que los coches chocaran, Bourne giró el volante hacia la izquierda, haciendo saltar las vallas de la carretera, mientras los frenos chirriaban. Finalmente, se detuvo, abrió la ventanilla y gritó con una voz indefinida. Medio grito, medio alarido; podría haber sido la explosión vocal de un enfermo o un borracho, pero no una amenaza. Golpeó con la mano el marco de la ventanilla y permaneció en silencio, agachado en el asiento, el arma sobre las piernas.

Oyó abrirse la portezuela del sedán de Villiers y espió a través del volante. El viejo no estaba armado; parecía no sospechar nada; sólo aliviado porque se había evitado un choque. El general avanzó hacia la ventanilla izquierda del «Renault» a través de los rayos de luz de los focos; en sus gritos ansiosos se entreveía el espíritu de mando de la Academia Militar de Saint-Cyr.

-¿Qué significa esto? ¿Qué piensa que está haciendo? ¿Está usted bien?

Aferró la base de la ventanilla.

-Sí, pero usted no -respondió Bourne en inglés, apuntándole con el revólver.

-¿Qué...? -De pie, erguido, el viejo jadeó-. ¿Quién es usted, y qué es esto?

Jason bajó del «Renault», la mano izquierda extendida sobre el cañón del arma.

-Me alegra que su inglés sea fluido. Vuelva a su coche y sáquelo de la carretera.

-¿Y si me niego?

-Lo mataré inmediatamente. No se necesita mucho para provocarme.

-¿Proceden esas palabras de las Brigadas Rojas? ¿O de la división parisiense del Baader Meinhof?

-¿Por qué? ¿Podría invalidarlas usted si fuera así?

-¡Las escupo! ¡Y a usted también!

-Nunca dudó nadie de su valor, general. Camine hacia su coche.

-¡No es cuestión de valor! -exclamó Villiers sin moverse-. ¿Es una cuestión de lógica? No conseguirá nada si me mata, y menos aún si me secuestra. Mis órdenes son estrictas y mi equipo y mi familia las ha entendido perfectamente. Los israelíes están en lo cierto. No puede haber negociaciones con los terroristas. ¿Vamos, dispare, basura! ¡O márchese de aquí!

Jason estudió al viejo general; repentinamente se sentía muy inseguro, pero no sería burlado. Vio aquellos furiosos ojos que lo miraban. Un nombre empapado de corrupción ligado a otro nombre colmado de honores por su nación causaría una especie de explosión; se reflejaría en sus ojos.

-En aquel restaurante dijo usted que Francia no sería el lacayo de nadie. General André Villiers, mensajero de Carlos. El contacto de Carlos, el soldado de Carlos, el lacayo de Carlos.

Los furiosos ojos se agrandaron, pero no de la manera esperada por Jason. A la furia se le sumó el odio; ni histeria, ni sorpresa, sólo una profunda e inflexible aversión. El revés de la mano de Villiers trazó un arco desde su cintura hasta la

cara de Bourne. El golpe fue cortante, certero, doloroso. Lo siguió una bofetada brutal, insultante, cuya fuerza hizo tambalear a Jason hacia atrás. El viejo se desplazó, sin sentir miedo al ver el revólver, cegado sólo por la idea de castigar. Los golpes llegaron uno tras otro, propinados por un poseso.

-¡Cerdo! -gritó Villiers-. ¡Porquería, cerdo detestable! ¡Basura!

-Dispararé. ¡Lo mataré! ¡Deténgase!

Pero Bourne no podía presionar el gatillo. Tenía la espalda contra el pequeño coche, sus hombros apretados contra el techo. El viejo seguía atacando, sus manos se elevaban una y otra vez para caer sobre el cuerpo de Jason.

-¡Máteme si puede, si se *atreve!* ¡Basura! *¡Inmundicia!*

Jason arrojó el arma al suelo y levantó los brazos para rechazar el ataque de Villiers. Golpeó al general con la mano izquierda, desvió su muñeca derecha, luego su izquierda, agarrándole con fuerza el antebrazo, que lo acuchillaba como una gran espada. Le retorció ambos brazos violentamente y Villiers se encorvó sobre él. Forzó al viejo a permanecer inmóvil; sus caras quedaron separadas apenas por unos centímetros; el pecho del viejo palpitaba.

-¿Está usted diciéndome que *no* es el hombre de Carlos? ¿Lo niega?

Villiers se abalanzó hacia delante, tratando de zafarse de Bourne, mientras lo aplastaba contra su pecho.

-¡Lo aniquilaré! *¡Animal!*

-Maldito. ¿Sí o no?

El viejo hombre escupió en la cara a Bourne; el fuego de sus ojos se había empañado, le brotaban lágrimas.

-Carlos asesinó a mi hijo -dijo en un murmullo-. Mató a mi único hijo en la rué de Bac. La vida de mi hijo fue segada con cinco cargas de dinamita en la rué de Bac.

Con lentitud, Jason aflojó la presión de sus dedos. Respiró pesadamente y habló con la mayor calma posible.

-Conduzca el coche al campo y quédese allí. Hemos de hablar. Ha ocurrido algo que usted ignora y será mejor que lo analicemos juntos.

-*¡Nunca!* ¡Imposible! ¡No puede haber ocurrido!

-Ocurrió -replicó Bourne, sentado junto a Villiers en el asiento delantero del sedán.

-¡Se cometió un terrible error! ¡Usted no sabe lo que dice!

-No hay error. Y sé lo que digo, porque yo mismo encontré el número. No es sólo el número correcto, sino una magnífica emboscada. Nadie en su sano juicio lo vincularía con Carlos, especialmente después de la muerte de su hijo. ¿Todo el mundo sabe que Carlos lo mató?

-Preferiría que usara un lenguaje diferente, señor.

-Lo siento.

-¿Todo el mundo? En la Sureté, casi todos. En Información Militar y en la Interpol, con toda seguridad. Leo sus informes.

-¿Qué dijeron?

-Se supuso que Carlos hizo un favor a viejos amigos de sus épocas extremistas, hasta el punto de permitirles aparecer silenciosamente como

responsables del acto. Tuvo motivos políticos, como sabrá. Mi hijo fue un sacrificio, un ejemplo para otros que se oponen a los fanáticos.

-¿Fanáticos?

-Los extremistas estaban formando una coalición falsa con los socialistas, hacían promesas que no tenían intención de cumplir. Mi hijo entendió esto, lo divulgó e inició una legislación para impedir la alianza. Lo mataron por eso.

-¿Por ese motivo se retiró usted del Ejército y se presentó a las elecciones?

-Con todo mi corazón. Es costumbre que el hijo continúe con la tarea del padre... -El anciano hizo una pausa; la luz de la luna iluminaba su cara ojerosa-. En este caso, el legado del padre fue continuar con la del hijo. Él no era soldado, ni yo político, pero las armas y los explosivos no son extraños para mí. Yo modelé sus causas, su filosofía reflejaba la mía propia, y fue muerto por esas cosas. Mi decisión me resultó simple y clara. Yo continuaría con nuestros ideales en el campo político y permitiría que sus enemigos me atacaran. El soldado estaba preparado para luchar contra ellos.

-Más de un soldado, creo.

-¿Qué quiere decir?

-Esos hombres del restaurante. Parecía que mandaban a la mitad de las tropas de Francia.

-Lo hacían, señor. En una época fueron conocidos como los jóvenes e iracundos comandantes de Saint-Cyr. La República, estaba corrompida, la milicia era incompetente; la Maginot, una broma. Si se les hubiera cuidado en su momento, Francia no habría caído. Se convirtieron en los líderes de la Resistencia, lucharon contra los alemanes y Vichy a través de Europa y África.

-¿Qué hacen ahora?

-La mayoría vive de sus pensiones; muchos, obsesionados por el pasado. Rezan a la Virgen para que nunca se repita. Sin embargo, ven que sigue ocurriendo en muchos lugares. El Ejército fue reducido a acciones secundarias; los comunistas y los socialistas están presentes para siempre en la Asamblea, desgastando las fuerzas de los servicios. El aparato de Moscú sigue creciendo; no cambia con el paso de las décadas. Una sociedad libre está madura para la infiltración, y una vez que ha sido infiltrada, los cambios no se detienen hasta que esa sociedad adquiere otra imagen. En todos lados hay conspiración; no puede continuar sin desafío.

-Cualquiera diría que sus palabras resultan bastante extremistas.

-¿Con qué fin? ¿Supervivencia? ¿Fuerza? ¿Honor? ¿Son estos términos demasiado anacrónicos para usted?

-No, no los considero así. Pero creo que se hace mucho daño en nombre de ellos.

-Nuestras filosofías difieren, y no me importa debatirlas. Usted me ha preguntado por mis asociados y le he respondido. Y ahora, esa increíble mala información suya. Es espantosa. No sabe lo que es perder a un hijo, que maten a un hijo suyo.

El dolor vuelve a mí y no sé por qué. Dolor y vacío, un vacío en el cielo... desde el cielo. Muerte en el cielo y desde los cielos. ¡Jesús, lastima! Esto lastima. ¿Qué es?

-Puedo lamentarlo -dijo Jason, con las manos apretadas, para detener el repentino temblor-. Pero se ajusta a los hechos.

-¡Ni por un instante! Como usted ha dicho, nadie en su sano juicio me vincularía con Carlos, ni siquiera el cerdo asesino. Es un riesgo que no correría. Es inimaginable.

-Exactamente. *Es* inimaginable el motivo por el cual lo están usando. Usted es el perfecto relevo para mis instrucciones finales.

-¡Imposible! ¿De qué forma?

-Alguien que usa su teléfono está en contacto directo con Carlos. Emplearon claves, y dicen ciertas palabras para que esa persona se ponga al teléfono. Probablemente cuando usted no está, tal vez cuando está presente. ¿Atiende el teléfono usted mismo?

Villers frunció el entrecejo.

-Realmente no lo hago. No atiendo las llamadas de ese número. Hay mucha gente a la que prefiero evitar, y tengo una línea privada.

-¿Quién lo atiende entonces?

-Por lo general, el ama de llaves o su esposo, que es en parte mayordomo y en parte chofer. Fue mi chofer durante los últimos años que estuve en el Ejército. Si no lo hace ninguno de ellos, entonces responde mi mujer. A veces, también mi ayudante. Con frecuencia trabaja en mi oficina y en mi casa; fue mi adjunto durante veinte años.

-¿Quién más?

-No hay nadie más.

-¿Y las criadas?

-No hay ninguna fija; cuando se las necesita se las contrata para la ocasión. Es más la fama del nombre «Villiers» que el dinero que hay en el Banco.

-¿Mujeres para la limpieza?

-Dos vienen dos veces por semana, y no siempre las mismas.

-Será mejor que vigile al chofer y a su ayudante.

-¡Absurdo! ¡Su lealtad es incuestionable!

-Bruto era así, y lo sucedido a César lo desacredita a usted.

-No puede hablar en serio.

-Estoy hablando con toda seriedad, y será mejor que lo crea. Todo lo que le he dicho es verdad.

-En realidad no me ha dicho mucho, ¿o no? Su nombre, por ejemplo.

-No es necesario. Si lo supiera, podría ofenderlo.

-¿En qué forma?

-Si consideramos la remota posibilidad de que estoy equivocado en cuanto al enlace y esa posibilidad apenas existe.

El anciano asintió con la cabeza, aturdido y desconfiado. Contempló su rostro desconcertado, bajo la luz de la luna.

-Un hombre sin nombre me detiene en una carretera, de noche, me apunta con un revólver, me dirige una acusación tan puerca, que deseo matarlo, y pretende que acepte su palabra. La palabra de un hombre sin nombre, cuya cara

desconozco y que no me ofrece más pruebas que la manifestación de que Carlos me persigue. ¿Dígame por qué debería creer en un hombre así?

-Porque no tendría otra razón para acercarse a él, si no creyera que ésa es la verdad -replicó Bourne. Villiers lo miró fijamente.

-No, hay mejor razón. Hace un rato me perdonó usted la vida. Tiró al suelo el arma, no la disparó. Podría haberlo hecho con facilidad. Eligió, en cambio, suplicarme y conversar.

-No creo haberle suplicado.

-Estaba en sus ojos, joven. Se descubre siempre en los ojos. A veces en la voz, pero hay que saber escuchar con cuidado. Se puede fingir una súplica, pero no la rabia. Es verdadera o sólo una postura. Su rabia era verdadera... como la mía. -El viejo gesticulaba hacia el pequeño «Renault», a diez metros en el campo-. Sígame a Pare Monceau. Hablaremos más en mi oficina. Juro por mi vida que se equivoca con respecto a esos dos hombres, pero, como usted señaló, César estaba cegado por una falsa devoción. Y aun así, me desacreditó.

-Si entro en su casa y alguien me reconoce, me matará. Lo mismo le sucederá a usted.

-Mi ayudante partió esta tarde a las cinco, y mi chofer, como usted lo llama, se retira a las diez para mirar su interminable televisión. Esperará afuera mientras entro y reviso. Si todo está normal, lo llamaré; si no es así, saldré de la casa y partiré en el coche. Me seguirá. Me detendré en cualquier parte y continuaremos.

Jason observaba a Villiers mientras éste hablaba.

-¿Por qué quiere que regrese a Pare Monceau?

-¿A qué otro lugar, si no? Creo en el impacto de una confrontación inesperada. Uno de los hombres está en cama viendo la televisión, en una habitación del tercer piso. Hay otra razón. Quiero que mi esposa oiga lo que usted ha dicho. Es la mujer de un viejo soldado y entiende ciertas cosas que, con frecuencia, se le escapan a un oficial en el campo. Me he acostumbrado a creer en sus intuiciones; quizás ella pueda reconocer un modelo de acción cuando lo haya oído.

Bourne se sintió obligado a decirlo:

-Lo he atrapado simulando un choque; usted puede atraparme fingiendo otra cosa. ¿Cómo sé que Pare Monceau no es una trampa?

El viejo no vaciló.

-Le doy mi palabra de general de Francia; es todo lo que tiene. Si no es suficiente, tome el arma y márchese.

-Es suficiente -repuso Bourne-. No por ser la palabra de un general, sino porque es la palabra de un hombre cuyo hijo fue asesinado en la rué de Bac.

El viaje de regreso a París le pareció a Jason mucho más largo que el de ida. Nuevamente luchaba contra imágenes, imágenes que lo hacían sudar. Y el dolor, que empezaba en las sienes, le recorría el pecho hasta formarle un nudo en el estómago, punzadas que le daban ganas de gritar.

Muerte en los cielos... de los cielos. No oscuridad, sino luz cegadora. No más alas que impelan mi cuerpo hacia una oscuridad mayor, pero, en cambio, silencio y el hedor de la jungla y... las riberas del río. La quietud seguida del chillido de

los pájaros y el penetrante rechinar de los vehículos. Pájaros... vehículos descendiendo veloces desde los cielos con luz cegadora. Explosiones. Muerte. De los jóvenes, de los muy jóvenes.

¡Detente! Sostén el volante. ¡Concéntrate en la carretera, pero no pienses! Pensar es muy doloroso, y no sabes por qué.

Llegaron a Pare Monceau, a la calle con árboles alineados. Villiers iba unos treinta metros delante, y debió enfrentarse con un problema que unas horas antes no había tenido. En la calle había ahora un número de coches mucho mayor que trataban de aparcar.

Sin embargo, frente a la casa del general, a mano izquierda, quedaba libre un espacio suficiente para los dos coches. Villiers sacó la mano por la ventanilla e indicó a Jason que aparcara detrás.

Sucedió a los pocos instantes. Una luz en la entrada llamó la atención a Jason; fijó su vista en las dos siluetas, como si las enfocara en la mira de un arma.

La sensación de estar reconociendo a alguien lo llevó a buscar el arma que llevaba en la cintura.

¿Lo habían conducido, finalmente a una trampa? ¿Carecía de valor la palabra de un general francés?

Villiers maniobraba el sedán para aparcarlo en su sitio. Bourne se volvió en el asiento y miró en todas direcciones; nadie se acercaba a él, nadie se aproximaba. *No era* una trampa. Era algo más, parte de lo que estaba sucediendo y que el viejo soldado desconocía.

Ya que, al otro lado de la calle, junto a la escalera de la casa de Villiers -en la entrada-, estaba de pie una mujer joven y llamativa. Hablaba apresuradamente, con pequeños gestos ansiosos, a un hombre que, de pie en el peldaño más alto, movía la cabeza como aceptando instrucciones. El hombre, de cabellos grises y porte distinguido, era el operador del conmutador de «Les Classiques». Jason conocía muy bien la cara de aquel hombre, pero nada más. Aquella cara había hecho surgir otras imágenes... imágenes tan violentas y dolorosas como las que lo habían asaltado durante la última media hora en el «Renault».

Pero había una diferencia. Aquella cara le hacía recordar la oscuridad y los vientos torrenciales en el cielo nocturno, sucesivas explosiones, un tiroteo resonando a través de los millares de túneles de una selva.

Bourne apartó la vista de la puerta y miró a Villiers a través del parabrisas. El general ya había apagado las luces y se disponía a bajar del coche. Jason soltó el embrague y avanzó hasta ponerse en contacto con el parachoques del sedán. Villiers giró rápidamente en su asiento.

Bourne apagó los faros y encendió la débil luz interior del techo. Levantó la mano, con la palma hacia abajo, y repitió dos veces el mismo movimiento, indicándole al viejo soldado que permaneciera donde se encontraba. Villiers asintió con la cabeza y Jason apagó la luz.

Volvió a observar la puerta de entrada. El hombre había descendido un paso, la mujer lo detuvo con una nueva orden. Ahora Bourne la podía ver sin dificultad. Su edad oscilaba entre los treinta y cinco y cuarenta años; su cabello oscuro, de corte elegante, enmarcaba un rostro bronceado por el sol. Era alta, escultural, de figura estilizada, de turgentes pechos acentuados por la tela suave y adherente de un vestido blanco largo que realzaba el bronceado de su piel. Si formaba parte de

la casa, Villiers no la había mencionado, lo cual significaba que no lo era. Era una visitante que sabía cuándo debía ir a casa del viejo; concordaba con la estrategia de enlaces. Y eso significaba que tenía un contacto en casa de Villiers. El viejo debía de conocerla; pero, ¿la conocería bien? Obviamente, la respuesta no era del todo buena.

El operador del conmutador de cabellos grises, cabeceó por última vez, bajó los escalones y caminó aprisa calle abajo. La puerta se cerró; las luces de los focos de los vehículos brillaban en la vacía escalera junto con los herrajes de bronce de la puerta negra.

¿Por qué aquellos escalones y aquella puerta significaba algo para él? Imágenes. Realidad que no era real.

Bourne bajó del «Renault», y observó las ventanas en busca del movimiento de una cortina; nada. Corrió hacia el coche de Villiers; la ventanilla delantera estaba bajada; el general mantenía la cara alzada, las tupidas cejas eran arqueadas por la oscuridad.

-¡En nombre de Dios!, ¿qué está usted haciendo? -preguntó.

-Allí, en su casa -dijo Jason poniéndose en cuclillas-. ¿Ha visto usted lo mismo que yo acabo de ver?

-Eso creo.

-¿Quién es esa mujer? ¿La conoce?

-¡Vaya si la conozco! Es mi esposa.

-¿Su *esposa?* -La cara de Bourne traslucía su sorpresa-. Creí que había dicho... pensé que había dicho que era una mujer *de edad.* Que quería que me escuchara porque con los años había aprendido usted a respetar sus juicios. En el campo, dijo. Eso es lo que usted *dijo.*

-No, exactamente. Dije que era la mujer de un viejo soldado. Pero del mismo modo respeto sus juicios. Es mi segunda esposa, mi segunda y muy joven esposa, pero tan íntegramente devota como la primera, que murió hace ocho años.

-¡Oh! ¡Dios mío!

-No se deje influir por la diferencia de edad. Ella se siente orgullosa y feliz de ser la segunda Madame Villiers. Me ayuda mucho en la Asamblea.

-Lo siento -murmuró Bourne-. Realmente lo siento.

-¿Por qué? ¿La confundió con otra persona? Generalmente le ocurre eso a la gente; es una muchacha magnífica. Estoy muy orgulloso de ella.

Villiers abrió la puerta del coche, al tiempo que Jason se ponía de pie en la acera.

-Espere aquí -dijo el general-. Entraré para comprobar si todo está en orden, abriré la puerta y le haré una señal. Si hubiera inconvenientes, regresaré al coche y nos marcharemos.

Bourne permaneció inmóvil frente a Villiers e impidió al viejo alejarse.

-General, debo preguntarle algo. No estoy muy seguro de cómo hacerlo, pero debo hacerlo. Le he dicho que encontré su número en un puesto de enlace abandonado que antes empleaba Carlos. No le dije dónde, sólo que alguien lo confirmó y admitió que pasaba mensajes de y para Carlos. -Bourne tomó aire, los ojos fijos en la puerta de la casa al otro lado de la calle-. Ahora debo preguntarle algo, y por favor, piense con cuidado antes de responder. ¿Se compra la ropa su esposa en una tienda llamada «Les Classiques»?

-*¿En* Saint Honoré?

-Sí.

-Sé que no lo hace.

-¿Está seguro?

-Completamente. No sólo porque nunca he visto una cuenta de esa tienda, sino también porque a ella no le gustan los modelos de «Les Classiques». Mi esposa es buena conocedora de asuntos de moda. ¿Qué sucede?

-General, no puedo entrar en esa casa. No importa lo que encuentre. No puedo entrar en ella.

-¿Por qué no? ¿Qué está diciendo?

-El hombre que estaba hablando con su esposa en la escalera de su casa es parte del asunto; un empleado de «Les Classiques». Es un contacto de Carlos.

La sangre desapareció del rostro de André Villiers. Se volvió a través de la calle de árboles alineados, observó su casa, la puerta negra resplandeciente y los herrajes de bronce que reflejaban la luz de los faros de los vehículos.

El mendigo de cara picada de viruela se rascó la crecida barba, se quitó la raída boina y cruzó trabajosamente las puertas de bronce de la pequeña iglesia de Nevilly-sur-Seine.

Se dirigió hacia la distante nave.

El mendigo intentó débilmente hacer una genuflexión, se sentó en un banco de la iglesia, en la segunda fila, cruzó los brazos y se arrodilló; su cabeza, en posición de oración, mientras con la mano derecha tiraba de la manga izquierda de su abrigo. En la muñeca izquierda llevaba un reloj que contrastaba con el resto de su indumentaria. Era un caro reloj digital, de números grandes y cuadrante brillante. Nunca sería tan tonto como para desprenderse del reloj, porque había sido un regalo de Carlos. Una vez había llegado con veinticinco minutos de retraso para la «confesión»; la tardanza había molestado a su benefactor. No tenía más excusa que la de decirle que no tenía un reloj exacto y preciso. Durante el siguiente encuentro, Carlos se lo había deslizado debajo de la cortina translúcida que separa los penitentes de los hombres consagrados. Era la hora y el minuto exactos. El mendigo se incorporó y se dirigió al segundo confesionario de la derecha. Corrió la cortina y entró.

-*Ángelus Domini.*

-*Ángelus Domini,* hijo de Dios -replicó el «confesor» ásperamente-. ¿Son tus días agradables?

-Los hacen agradables.

-Muy bien. ¿Qué me has traído? Mi paciencia está por acabarse. Pago miles, cientos de miles, por fracasos e incompetencia. ¿Qué ha ocurrido en Mount-rouge? ¿Quién fue el responsable de las mentiras que surgieron de la Embajada de Montaigne? ¿Quién las aceptó? El «Auberge du Coin» fue una trampa, pero no fue necesario matar a nadie. Es difícil saber con exactitud qué sucedió. Si el agregado llamado Corbelier repitió las mentiras, nuestra gente está convencida de que lo hizo sin saber. Lo embaucó la mujer. ¡Lo engañó Caín! Bourne investiga cada fuente, alimenta todas las informaciones falsas y así pone en peligro todo y confirma el peligro. Pero, ¿por qué? ¿A quién responde? Ahora sabemos quién es y qué es, pero no envía nada a Washington. Se niega a aparecer.

-Para dar una respuesta -replicó el mendigo- debo retroceder muchos años; pero es posible que no quiera interferencias de sus superiores. El Servicio de Espionaje norteamericano cuenta con un grupo de autócratas que se desplazan de un lado a otro y raramente se comunican entre sí. En los días de la guerra fría se ganaba mucho dinero vendiendo información tres y cuatro veces a través de las mismas estaciones. Quizá Caín espera a estar convencido de que sólo existe una forma de actuar, y no distintas estrategias que deberían ser discutidas por los superiores.

-La edad no ha debilitado tu sentido para la intriga, viejo amigo. Por eso te he citado.

-O quizá -continuó el mendigo- se desvió. Ha sucedido otras veces.

-No lo creo, pero no importa. Washington cree que lo hizo. *El Monje* está muerto, todos los de Treadstone están muertos. Caín es señalado como el asesino.

-*¿El Monje?* -repitió el mendigo-. Un nombre que pertenece al pasado; actuó en Berlín, en Viena. Lo conocíamos muy bien. Su eficacia era mayor si actuaba desde lejos. Ahí tienes la respuesta, Carlos. El estilo de actuar del *Monje* siempre consistió en reducir las cantidades al menor número posible. Operaba con la teoría de que sus círculos estaban infiltrados, comprometidos. Debe haberle ordenado a Caín que lo informara sólo a él. Esto explicaría la confusión de Washington, los meses de silencio.

-¿Explicaría también el nuestro? Durante meses no hubo ni una palabra, ninguna actividad.

-Una serie de posibilidades. Enfermedad, cansancio, concentración para un nuevo entrenamiento. Aún más; para sembrar confusión entre el enemigo. El *Monje* tenía miles de trucos.

-Pero antes de morir le dijo a un socio que no sabía qué había sucedido. Que ni siquiera estaba seguro de que el hombre fuera Caín.

-¿Quién era ese socio?

-Un hombre llamado Gillette. Era nuestro hombre, pero Abbot no podía saberlo.

-Otra posible explicación. El *Monje* tenía cierto instinto para tales hombres. En Viena se dijo que Abbot era capaz de desconfiar del propio Jesús en el monte y buscar otro señor.

-Es posible. Tus palabras me reconfortan; buscas cosas que otros no buscarían.

-Tengo mucha más experiencia; fui un hombre poderoso una vez. Por desgracia, malgasté el dinero.

-Aún lo malgastas.

-Un libertino, ¿qué puedo decirte?

-Obviamente algo más.

-Eres perceptivo, Carlos. Deberíamos habernos conocido en los viejos tiempos.

-Ahora eres presuntuoso.

-Siempre lo fui. Sabes bien que sé que puedes quitarme la vida en el momento que elijas; para que no ocurra debo ser útil.

-¿Qué tienes que decirme?

-Quizá no sea de gran valor, pero es algo. Me vestí con ropas decentes y pasé un día en el «Auberge du Coin». Había un hombre obeso, cuestionado y expulsado por la Sureté, con ojos demasiado inquietos. Sudaba mucho. Conversé con él y le mostré una identificación oficial OTAN que me había hecho a principios de los años cincuenta. Parece que había negociado el alquiler de un coche ayer a las tres de la madrugada. Se lo había alquilado a un hombre rubio acompañado por una mujer. La descripción concuerda con la de la fotografía tomada en Argenteuil.

-¿Un alquiler?

-Supuestamente. La mujer debe devolver el coche dentro de uno o dos días.

-No lo hará.

-Por supuesto que no, pero sugiere una pregunta, ¿no es cierto? ¿Por qué Caín se iba a complicar de ese modo para obtener un coche?

-Para llegar lo más lejos en el menor tiempo posible.

-Así considerada la información no tiene sentido -dijo el mendigo-. Pero hay otras muchas formas de viajar rápido que son menos evidentes. Bourne no podía confiar en un avaro empleado nocturno. Podría haberlo pedido a la Sureté o cualquier otro.

-¿Cuál es tu idea?

-Me parece que Bourne obtuvo el automóvil con el único propósito de seguir a alguien aquí en París. Para no andar, ya que lo podrían haber localizado. Sin emplear coches alquilados cuya pista pudiera seguirse, sin necesidad de carreras frenéticas en busca de taxis esquivos. Lo mejor era un simple intercambio de las plazas de la matrícula y un «Renault» negro desconocido por las calles atestadas. ¿Dónde se debería comenzar la búsqueda?

La silueta giró.

-La Lavier -dijo el asesino con suavidad-. Y cualquier otro que sea sospechoso para Bourne en «Les Classiques». Es el único lugar para comenzar. Los observaremos, y en unos días, horas tal vez, veremos un «Renault» negro desconocido y lo encontraremos. ¿Tienes una descripción completa del coche?

-Hasta sé que tiene tres abolladuras en el parachoques izquierdo.

-Bien. Informa a los viejos. Rastrea las calles, los garajes, las zonas de aparcamiento. El que lo encuentre, nunca más tendrá que buscar trabajo.

-Ya que hablamos de ese tema... Deslizó un sobre entre el rígido borde de la cortina y el fieltro azul del marco.

-Si tu teoría resulta correcta, considera esto como una prueba.

-Tengo *razón,* Carlos.

-¿Por qué estás tan convencido?

-Porque Caín actúa como lo harías tú, como lo hubiera hecho yo en los viejos tiempos. Debe ser respetado.

-Debe ser eliminado -dijo el asesino-. Hay una simetría en el tiempo. En pocos días será 25 de marzo. El 25 de marzo de 1968, Jason Bourne fue muerto en las junglas de Tam Quan. Ahora, años después, muy cerca del día, perseguimos a otro Jason Bourne; los norteamericanos están tan ansiosos como nosotros por verlo muerto. Me pregunto quién apretará el gatillo esta vez.

-¿Tiene importancia?

-Lo quiero -murmuró la silueta-. Nunca fue real, y ése es el crimen que cometió en mi contra. Dile a los viejos que si alguno lo encuentra, se ponga en contacto con Pare Monceau, pero que no actúe. Que no lo pierda de vista, pero que no *haga nada.* Lo quiero vivo el 25 de marzo. El 25 de marzo lo liquidaré yo mismo y enviaré su cadáver a los norteamericanos.

-*Ángelus Domini,* criatura de Dios.

-Tus órdenes serán difundidas de inmediato.

-*Ángelus Domini* -respondió el mendigo.

26

El viejo soldado marchó en silencio junto al hombre más joven por el sendero del Bois de Boulogne iluminado por la luna. Ninguno de los dos habló, pues ya se habían pronunciado demasiadas palabras para admitir, objetar, negar y reafirmar. Villiers debía reflexionar y analizar, a fin de aceptar o rechazar violentamente lo que había escuchado. Su vida sería mucho más tolerable si pudiera reaccionar con violencia, negar la mentira y recuperar su cordura. Pero no podía hacerlo impunemente; era un soldado y no estaba acostumbrado a esquivar el bulto.

Había demasiada verdad en el hombre de menos edad. Estaba en sus ojos, en su voz, en cada uno de sus gestos, que exigían comprensión. El hombre sin nombre no mentía. En definitiva, la traición se había consumado en la casa de Villiers. Eso explicaba muchas cosas que jamás se había animado a cuestionar antes. El viejo sintió deseos de llorar.

Para el hombre sin memoria era poco lo que debía modificarse o cambiarse; no fue preciso apelar al camaleón. Su historia resultaba convincente porque la parte más vital de la misma estaba basada en la verdad. Debía encontrar a Carlos, descubrir qué era lo que sabía del asesino: no habría vida para él si fracasaba en el intento. Pero, aparte eso, no diría nada. No se hizo mención alguna de Marie St. Jacques, ni de Port Noir, ni de un mensaje enviado por una persona o personas desconocidas, ni de una viviente cáscara vacía que tal vez fuera o no alguien que *él* era o no era; que en realidad ni siquiera sabía con certeza si le pertenecían los fragmentos de recuerdos que poseía. No se dijo nada de eso.

En cambio, refirió todo lo que sabía sobre el asesino llamado Carlos. Y ese conocimiento era tan vasto que, durante el relato, Villiers lo contemplaba perplejo, al reconocer información que sabía estaba rotulada como muy secreta, impresionado frente a esos datos nuevos y sorprendentes que concordaban con muchas teorías existentes, pero que jamás nadie había expuesto con tanta claridad. Gracias a su hijo, el general había tenido acceso a los archivos ultra secretos que su país poseía acerca de Carlos, y el contenido de esos documentos se veía superado con creces por la serie de hechos que le proporcionaba el hombre de menos edad.

-Esa mujer con quien usted habló en Argenteuil, la que suele llamar por teléfono a mi casa, la que admitió haber sido mensajera suya...

-Su apellido es Lavier -interrumpió Bourne. El general hizo una pausa.

-¡Ah, sí! Ella le descubrió el juego; hizo que le tomaran a usted una fotografía.

-En efecto.

-¿No tenían ninguna fotografía suya?

-No.

-De manera que mientras usted trata de dar caza a Carlos, él, a su vez trata de atraparlo a usted. Pero usted no tiene ninguna fotografía: sólo conoce a dos emisarios, uno de los cuales estaba en mi casa.

-Así es.

-Hablando con mi esposa.

-Sí.

El viejo volvió la cara. El período de silencio había comenzado.

Llegaron al final del sendero, donde había un pequeño lago artificial. Estaba bordeado de grava blanca y había bancos colocados cada tres o cuatro metros, rodeando el agua como una guardia de honor en torno a una tumba de mármol negro. Caminaron hasta el segundo banco. Villiers rompió el silencio en que se había encerrado.

-Quisiera sentarme un poco -dijo-. Con la edad disminuye el vigor. Es algo que con frecuencia me hace sentir muy mal.

-No tiene sentido -comentó Bourne, mientras tomaba asiento junto a él.

-Tal vez no lo tenga -convino el general-, pero es así. -Hizo una breve pausa y añadió-: Me sucede con mucha frecuencia cuando estoy con mi esposa.

-No es preciso que entremos en esos detalles -dijo Jason.

-Se equivoca usted -repuso el viejo volviéndose al más joven-. No me estoy refiriendo a la cama, sino a que hay ocasiones en que me veo obligado a interrumpir e incluso renunciar a algunas actividades; retirarme temprano de una cena, pasar algunos fines de semana en el Mediterráneo, o declinar una invitación a Gstaad.

-No estoy muy seguro de entender lo que quiere usted decirme.

-Mi esposa y yo estamos con frecuencia distantes el uno del otro. En muchos aspectos llevamos vidas separadas, disfrutando, por supuesto, de las actividades del otro.

-Sigo sin comprender.

-¿Tendré que seguir profundizando en un tema que me pone tan violento? -dijo Villiers-. Cuando un viejo conoce a una mujer joven deseosa de compartir su vida, algunas cosas se sobrentienden y otras no tanto. Existe, desde luego, seguridad de tipo financiero y, en mi caso, también todo lo que implica estar ligada a una figura pública: comodidades materiales, acceso a lugares importantes, entablar relaciones con gente famosa. Todo es muy comprensible. A cambio de tales cosas, uno se lleva una hermosa compañera a su hogar, y se luce con ella entre sus pares; algo así como una forma de perpetuar su virilidad. Pero siempre surgen dudas. -El viejo soldado permaneció en silencio unos momentos; lo que tenía que decir no le resultaba fácil-. ¿Se buscará un amante? -siguió diciendo en voz baja-. ¿Anhela tener a su lado un cuerpo más joven, más firme, más acorde con el suyo? Si la respuesta es afirmativa, uno puede llegar a aceptarlo, incluso, supongo, con cierto alivio, rogando a Dios que tenga el tino de

ser discreta. Un estadista cornudo pierde sus electores con mayor rapidez que un borracho esporádico. Significa que ha perdido por completo su poder. Surgen también otras preocupaciones. ¿Ultrajará ella su apellido? ¿Condenará públicamente a un adversario a quien uno está tratando de convencer? Tales son las inclinaciones de los jóvenes: son manejables, eso es parte del riesgo que implica el intercambio. Pero hay una duda subyacente que, si se viera confirmada, resultaría intolerable. Y es la de que tal vez ella haya sido parte de un plan. Desde el comienzo.

-Entonces, ¿llegó usted a tener esa sensación? -preguntó Jason con serenidad.

-¡Las sensaciones no son la realidad! -repuso con vehemencia el viejo soldado-. No pueden tener cabida al examinar el campo de batalla.

-Entonces, ¿por qué me cuenta usted todo eso? Villiers echó la cabeza hacia atrás, y luego la dejó caer hacia delante, con los ojos fijos en el agua.

-Tal vez exista alguna explicación sencilla de lo que ambos vimos esta noche. Deseo fervientemente que así sea, y le daré a ella todas las oportunidades para que me la proporcione. -El viejo hizo otra pausa-. Pero, en el fondo de mi corazón, sé que no la hay. Lo supe en cuanto usted me refirió lo de «Les Classiques». Clavé los ojos al otro lado de la calle, en la puerta de mi casa, y de pronto una serie de cosas comenzaron a encajar dolorosamente en su sitio. Durante las dos últimas horas he desempeñado el papel de abogado del diablo; no tiene sentido seguir haciéndolo. Estaba mi hijo, antes de que apareciera esa mujer.

-Pero usted afirmó que confiaba en su juicio. Que ella fue una gran ayuda para usted.

-Es cierto. Verá usted: yo quería confiar en ella, lo deseaba con desesperación. No hay nada tan fácil como convencerse a sí mismo de que se tiene razón. Y cuando uno se pone viejo, resulta todavía más fácil.

-¿Cuáles fueron las cosas que encajaron en su sitio, las que de pronto adquirieron sentido?

-Precisamente la ayuda que ella me prestó, la confianza que yo deposité en ella -Villiers se volvió y miró a Jason-. Usted sabe muchísimo acerca de Carlos. He estudiado esos archivos tal vez más que ningún otro ser viviente, pues me importaría mucho más que a ningún otro ser viviente conseguir verle atrapado y ejecutado, y ser yo sólo el pelotón de fusilamiento. Pero por abultados que sean los archivos, se quedan muy cortos en comparación con lo que usted sabe. Y, sin embargo, parece usted estar concentrado sólo en sus asesinatos, en sus métodos para matar. Ha pasado por alto el otro aspecto de Carlos: que no sólo vende su revólver, sino también los secretos de un país.

-Eso ya lo sé -dijo Bourne-. Pero no es el aspecto...

-Por ejemplo -siguió diciendo el general, como si no hubiera escuchado a Jason-. He tenido acceso a documentos secretos relacionados con la seguridad militar y nuclear de Francia. Tal vez haya cinco hombres, todos por encima de toda sospecha, que tengan también acceso a ellos. Y, sin embargo, con una frecuencia alarmante descubrimos que Moscú se ha enterado de esto; Washington, de aquello otro, y Pekín, de lo de más allá.

-¿Ha hablado usted alguna vez de esos temas con su esposa? -preguntó Bourne, sorprendido.

-Desde luego que no. Cada vez que llevo esos documentos a casa, los pongo en mi despacho, dentro de una caja fuerte. Nadie puede entrar en esa habitación excepto en mi presencia. Una sola persona más tiene la llave de ese lugar, una sola persona más conoce el lugar desde donde se desconecta la alarma: mi esposa.

-Considero que eso es casi tan peligroso como comentar con ella el contenido de los documentos. En cualquiera de los dos casos, alguien podría forzarla a revelar lo que sabe.

-Hubo una razón para ello. A mi edad, lo inesperado está a la orden del día; no hay más que verlo en las esquelas necrológicas. Si algo llegara a ocurrir-me, ella tiene instrucciones de telefonear al *Conseiller Miiltaire,* bajar a mi despacho y quedarse junto a la caja fuerte hasta que llegue el personal de seguridad.

-¿No sería suficiente que ella permaneciera junto a la puerta?

-Muchos hombres de mi edad han encontrado la muerte sentados a su escritorio. -Villiers cerró los ojos-. Y todo el tiempo fue ella. En la única casa, el único lugar en que todo el mundo creyó que sería imposible que ocurriera.

-¿Está usted seguro?

-Más de lo que me atrevo a confesármelo a mí mismo. Fue ella quien insistió en que nos casáramos. Yo siempre sacaba a relucir la diferencia de edad que existía entre ambos, pero ella no quiso nunca saber nada del asunto. Lo único que contaba, según ella, eran los años que pasaríamos juntos, y no los que separaban nuestras fechas de nacimiento. Se ofreció a firmar un acuerdo renunciando a toda reclamación sobre las propiedades de los Villiers, a lo cual, por supuesto, yo me negué rotundamente, pues el mero ofrecimiento era una prueba de su devoción hacia mí. Nada más acertado que aquel adagio que dice: No hay peor tonto que un viejo tonto. Sin embargo, siempre surgían dudas; con cada viaje, con cada separación inesperada.

-¿Inesperada?

-Ella tiene muchos intereses, intereses que exigen su atención. Un museo francosuizo en Grenoble, una galería de arte en Amsterdam, un monumento a la *Resistance* en Boulogne-sur-Mer, una absurda conferencia oceanográfica en Marsella. Sostuvimos una acalorada discusión sobre esta última. Yo necesitaba que estuviera junto a mí en París; debía cumplir funciones diplomáticas y quería que ella me acompañara. Pero no quiso quedarse. Es como si recibiera órdenes de estar aquí y allí, y en alguna otra parte, en un momento dado.

Grenoble: cerca de la frontera suiza, a una hora de Zurich. Amsterdam. Boulogne-sur-Mer: sobre el Canal, a una hora de Londres. Marsella... Carlos.

-¿En qué fecha se celebró la conferencia de Marsella? -preguntó Jason.

-Creo que en agosto de este año. Hacia final de mes.

-El 26 de agosto, a las cinco de la tarde, el embajador Howard Leland fue asesinado en el muelle de Marsella.

-Sí, lo sé -dijo Villiers-. Ya lo mencionó antes. Y lamento la desaparición de ese hombre, no la de sus juicios. -El viejo soldado se interrumpió y miró a Bourne-. ¡Dios mío! -murmuró con un hilo de voz-. Ella tenía que estar con él. Carlos la mandó llamar y ella acudió. Ella le *obedeció.*

-Jamás se me ocurrió -replicó Jason-. Le juro que siempre creí que ella era una especie de transmisor, un mero transmisor. Nunca se me ocurrió otra cosa.

De pronto, de la garganta del viejo escapó un clamor, un grito profundo, lleno de agonía y de odio. Se cubrió la cara con las manos, echó de nuevo la cabeza hacia atrás, y lloró.

Bourne no se movió; no había nada que pudiera hacer.

-Lo siento -dijo.

El general logró dominarse.

-Yo también lo siento -respondió, por último-. Le ruego que me disculpe.

-No tiene por qué.

-No estoy de acuerdo. Pero no seguiremos hablando del asunto. Haré lo que debo hacer.

-¿Qué es lo que se propone? El soldado permaneció erguido sobre el banco, con la mandíbula firme.

-¿Y me lo pregunta usted?

-Sí, debo saberlo.

-Lo que ella hizo no es muy distinto de haber matado al hijo mío que no lleva su sangre. Simuló evocar con gran afecto su memoria. Y, sin embargo, fue y es cómplice de su asesinato. Además, al mismo tiempo, traicionaba a la nación a la que he servido durante toda la vida.

-¿Piensa matarla?

-La mataré. Me confesará la verdad, y luego morirá.

-Negará todo lo que usted dice.

-Lo dudo.

-¡Es una locura!

-Jovencito, me he pasado medio siglo atrapando a los enemigos de Francia y luchando contra ellos, aunque se tratara de franceses. La verdad se conocerá.

-¿Qué cree que hará ella? ¿Quedarse sentada escuchándolo y reconocer con toda calma que es culpable?

-No lo hará con calma. Pero sí lo reconocerá; lo proclamará.

-¿Cuáles serían sus motivos?

-Cuando la acuse, ella tendrá oportunidad de matarme. Cuando haga el intento, yo ya tendré mi explicación, ¿no le parece?

-¿Correrá usted ese riesgo?

-Debo hacerlo.

-¿Y si ella no lo intenta, no trata de matarlo?

-Ésa sería otra explicación -dijo Villiers-. En ese caso, muy poco probable, yo que usted, señor, echaría un buen vistazo a mi alrededor. -Meneó la cabeza-. Pero eso no sucederá. Ambos lo sabemos; yo, con más claridad que usted.

-Escúcheme -insistió Jason-. Usted afirma que primero fue su hijo. ¡Piense en él! Vaya tras el asesino, y no sólo tras su cómplice. Ella significa un gran dolor para usted, pero él lo es aún más. ¡Prenda al hombre que asesinó a su hijo! Al final, los tendrá a ambos. No se enfrente con ella, todavía no. Ponga en juego todo lo que sabe acerca de Carlos. Démosle caza juntos. Jamás nadie le ha pisado tan de cerca los talones.

-Me pide demasiado -dijo el viejo.

-No si piensa en su hijo. Si piensa sólo en usted, entonces tiene razón en considerarlo excesivo. Pero no si piensa en la rué de Bac.

-Es usted excesivamente cruel, señor.

-Tengo razón y usted lo sabe.

Una nube alta se desplazó por el cielo oscuro, ocultando por un instante la luz de la luna. La oscuridad era completa. Jason se estremeció. El viejo soldado habló, y había en su voz un dejo de resignación.

-Sí, tiene usted *razón* -admitió-. Sus palabras no sólo son excesivamente crueles, sino también muy certeras. Debemos aprehender al asesino, no a la ramera. ¿Cómo podemos trabajar juntos, cazar juntos?

Bourne cerró los ojos un instante con inmenso alivio.

-No haga nada. Carlos debe de estar buscándome por todo París. He matado a sus hombres, he hecho saltar una trampa, he descubierto un contacto. Estoy demasiado cerca de él. A menos que ambos nos equivoquemos, su teléfono cobrará una actividad inusitada. Yo me ocuparé de que así sea.

-¿De qué manera?

-Interceptaré a media docena de los empleados de «Les Classiques». A varios vendedores, a la Lavier, tal vez a Bergeron, y, sin duda, al encargado del conmutador. Ellos hablarán. Y también lo haré yo. No le quede duda de que su teléfono sonará durante las veinticuatro horas.

-¿Y qué me dice de mí? ¿Qué debo hacer?

-Quedarse en su casa. Diga que no se siente bien. Y, cada vez que suene el teléfono, trate de estar cerca de la persona que atiende la llamada. Escuche la conversación, trate de pescar claves, interrogue a la servidumbre respecto a qué les dijeron. Hasta podría intentar escuchar la conversación por la extensión. Si oye algo interesante, estupendo; pero lo más probable es que no sea así. Quienquiera que esté del otro lado de la línea, sabrá que usted está escuchando. Sin embargo, eso servirá para frustrar la transmisión del mensaje. Y según el lugar que ocupe su esposa...

-Según el lugar que ocupe la ramera -corrigió el viejo soldado.

-...en la jerarquía de Carlos, podemos obligarlo a salir a la superficie.

-Otra vez le pregunto: ¿De qué manera?

-Sus líneas de comunicación quedarán interrumpidas. Y el transmisor seguro y por encima de toda sospecha, se verá obstaculizado. El exigirá encontrarse con su esposa.

-No creo que se arriesgue a revelar su paradero.

-Tiene que decírselo a *ella.* -Bourne hizo una pausa, al cruzársele otro pensamiento por la mente-. Si la interrupción de las comunicaciones es suficientemente grave, se producirá esa única llamada, o llegará a su casa esa persona que usted no conoce, y poco después su esposa le dirá que tiene que ir a alguna parte. Cuando ocurra, insista en que le deje algún número al que se la pueda llamar. Muéstrese inflexible en ese aspecto; dígale que no intenta impedir que salga, pero que *es preciso* que sepa dónde encontrarla. Dígale cualquier cosa, use la relación que *ella* se ocupó de desarrollar. Dígale que se trata de una cuestión militar sumamente secreta y que no puede darle más datos hasta que lo autoricen a hacerlo, pero que necesitará intercambiar ideas con ella antes de emitir su juicio. Es posible que eso la convenza.

-¿Y qué sacaremos con eso?

-Se verá obligada a decirle dónde se encuentra. Tal vez dónde se encuentra Carlos. Pero aunque no se trate de él, serán otros que están muy cerca de Carlos. Entonces póngase en contacto conmigo. Le daré el nombre de un hotel y el número de una habitación. El nombre que figura en el registro carece de toda importancia, no se preocupe por eso.

-¿Por que no me da su verdadero nombre?

-Porque si llegara a mencionarlo, consciente o inconscientemente, sería usted hombre muerto.

-No soy tan chocho.

-No, no lo es. Pero sí un hombre que ha recibido una herida muy profunda. Tan profunda como puede soportarla un ser humano, me parece. Tal vez a *usted* no le importe arriesgar la vida; yo no pienso hacerlo.

-Es usted un hombre extraño, señor.

-Sí. Si yo no estoy allí cuando usted llame, atenderá el teléfono una mujer. Ella sabrá adonde me encuentro. Estipularemos un horario para comunicarnos los mensajes.

-¿Una mujer? -exclamó el general con recelo-. Usted no mencionó a ninguna mujer, ni a ninguna otra persona.

-No hay nadie más. Si no fuera por ella, yo no estaría con vida. Carlos nos busca a ambos; ha tratado de matarnos a los dos.

-¿Está enterada ella de todo lo relacionado conmigo?

-Sí. Ella es la que dijo que no podía ser cierto. Que usted no podía estar aliado con Carlos. Yo creí que sí lo estaba.

-Tal vez llegue a conocerla.

-No es probable. Hasta que prendamos a Carlos, si es que *podemos* hacerlo, es fundamental que no nos vean con usted. Con usted, menos que nadie. Después, si hay un después, es posible que sea usted el que no desee que lo vean en nuestra compañía. Conmigo. Le estoy hablando con toda franqueza.

-Lo comprendo y lo respeto por eso. De todos modos, déle las gracias a esa mujer en mi nombre. Agradézcale el creer que yo no podía estar del lado de Carlos.

Bourne asintió con la cabeza.

-¿Está seguro de que su línea privada no ha sido intervenida?

-Estoy absolutamente seguro. Son examinadas y verificadas en forma sistemática; se hace lo mismo con todos los teléfonos asignados al *Conseiller.*

-Cada vez que espere una llamada mía, conteste al teléfono y carraspee dos veces. Sabré que es usted. Si por algún motivo no puede hablar, dígame que me comunique con su secretaria por la mañana. Volveré a llamarlo diez minutos más tarde. ¿Cuál es el número?

Villiers se lo dio.

-¿Y cuál es el nombre de su hotel? -preguntó el general.

-El «Terrasse». Rué de Maistre, Montmartre. Habitación 420.

-¿Cuándo comenzará usted?

-Lo antes posible. Hoy al mediodía.

-Proceda como los submarinos, cuando realizan un ataque simultáneo -dijo el viejo soldado, inclinándose hacia delante, como un comandante que instruye a su cuerpo de oficiales-: hágalo con rapidez.

27

-Ella estuvo *tan* encantadora, que *tengo* que demostrarle mi agradecimiento -dijo Marie al teléfono, en un francés efervescente-. Y también a ese muchacho tan dulce; no se imagina cuánto me ayudó. ¡Le aseguro que el vestido fue un *succès fou!* Estoy *tan,* pero que tan agradecida...

-Por la descripción que usted me hace, señora -replicó la refinada voz masculina procedente del conmutador de «Les Classiques»-, estoy seguro de que se refiere a Janine y Claude.

-Sí, por supuesto, Janine y Claude, ahora lo recuerdo. Les enviaré a cada uno una nota con una muestra de mi gratitud. ¿Por casualidad sabe usted sus apellidos? Quiero decir, que quedaría muy poco elegante dirigir un sobre simplemente a «Janine» y «Claude». Sería como mandar una misiva al personal doméstico, ¿no lo cree usted? ¿No podría preguntárselo a Jacqueline?

-No es necesario, señora. Sé sus apellidos. Y debo decir que la señora no es sólo generosa, sino también una persona de gran sensibilidad. Janine Dolbert v Claude Oreale.

-Janine Dolbert y Claude Oreale -repitió Marie, mientras miraba a Jason-. Janine está casada con ese pianista tan atractivo, ¿no es cierto?

-No creo que Mademoiselle Dolbert esté casada con nadie.

-Desde luego. Debo de estar pensando en otra persona.

-Si me permite, señora, no he podido escuchar *su* nombre.

-¡Oh, pero claro, qué distraída soy! -Marie alejó el teléfono y levantó la voz-. ¡Querido, ya estás de vuelta, y tan pronto! ¡Qué estupendo! Estoy hablando con esa gente encantadora de «Les Classiques»... Sí, en seguida, amor mío. -Se acercó el micrófono a la boca-. No sabe *cuánto* se lo agradezco. ¡Ha sido usted *tan,* tan amable! -Y cortó la comunicación-. ¿Qué tal he estado?

-Si alguna vez te decides a dejar la economía -dijo Jason, mientras hojeaba la guía telefónica de París- dedícate a la venta. A mí me has convencido por completo.

-Las descripciones, ¿fueron precisas?

-Sencillamente perfectas. ¡Y qué detalle el del pianista!

-Se me ocurrió que si estuviera casada, el teléfono figuraría a nombre de su marido.

-Pero no es así -interrumpió Bourne-. Aquí está. Dolbert, Janine, rué Losserand. -Jason escribió la dirección-. Oreale; se escribe O, no con *Au.*

-Eso creo. -Marie encendió un cigarrillo-. ¿En serio irás a sus casas?

Bourne hizo un ademán de asentimiento.

-Si me dirigiera a ellos en Saint-Honoré, Carlos estaría vigilándolos.

-¿Y qué me dices de los otros? ¿La Lavier, Bergero y el tipo del conmutador?

-Mañana. Hoy es el día para el mar de fondo.

-¿Para qué cosa?

-Para empezar el alboroto. Hacer que corran de acá para allá diciendo cosas que no deberían decir. Para la hora del cierre, Dolbert y Oreale habrán hecho correr la voz por toda la tienda. Esta noche me pondré en contacto con otras dos personas; llamarán a la Lavier y al hombre del conmutador. Se producirá la primera gran ola y, luego, la segunda. El teléfono del general empezará a sonar esta tarde. Al llegar la mañana, el pánico debería ser total.

-Dos preguntas -dijo Marie, incorporándose del borde de la cama y acercándose a donde estaba él-: ¿Cómo te las arreglarás para que dos vendedores de «Les Classiques» se alejen de la tienda en horas de trabajo? Y, quiénes son las personas con quienes te pondrás en contacto esta noche?

-Nadie vive aislado por completo del mundo -replicó Bourne, mientras echaba una ojeada a su reloj-. Sobre todo, en el mundo de la *haute couture.* En este momento son las once y cuarto de la mañana; llegaré al departamento de la Dolbert a mediodía y haré que el administrador la llame al trabajo. Le dirá que debe regresar de inmediato a su casa. Que se ha presentado un problema urgente y de índole muy personal, que le conviene tratar de solucionar.

-¿Qué problema?

-No tengo idea, pero, ¿quién no tiene un problema?

-¿Harás lo mismo con Oreale?

-Probablemente emplee un recurso más audaz aún.

-Eres un verdadero demonio, Jason.

-Me propongo ser implacable -dijo Bourne, mientras deslizaba una vez más el índice a lo largo de una columna de nombres-. Aquí Está. Oreale, Claude Giselle. Sin comentarios. Rué Racine. Lo veré a eso de las tres. Cuando termine con él, enfilará de inmediato a Saint-Honoré empezará a chillar a voz en cuello.

-¿Y que me dices de los otros dos? ¿Quiénes son?

-Obtendré sus nombres a través de Oreale o de Dolbert, o de ambos. No lo sabrán, pero me estarán brindando la segunda gran ola de conmoción.

Jason se encontraba en la rué Losserand, bajo la sombra de un portal fuera de uso. Estaba como a cinco metros de la entrada de la pequeña casa de departamentos en que vivía Janine Dolbert y donde un perplejo y repentinamente más rico administrador había complacido a un extranjero cortés llamando por teléfono a Mademoiselle Dolbert a *su* trabajo y diciéndole que en dos oportunidades se había presentado un caballero, en un automóvil con chofer, preguntando por ella. Y en ese momento estaba allí de vuelta. ¿Qué debía hacer el administrador?

Un taxi de color negro se detuvo junto a la acera y dé él saltó literalmente una Janine Dolbert palidísima y agitada. Jason emergió del portal y la interceptó en plena calle, a pocos pasos de la entrada de su casa.

-Ha venido usted realmente de prisa -le dijo, tocándole el hombro-. Me alegra volver a verla. El otro día me fue usted muy útil.

Janine Dolbert se quedó contemplándolo, con los labios entreabiertos, primero como si tratara de recordar, y luego con perplejidad.

-*Usted.* El norteamericano -le dijo, en inglés-. Monsieur Briggs, ¿no es verdad? Y usted es el que...

-Le dije a mi chofer que se tomara una hora libre. Quería hablar con usted en privado.

-¿Conmigo? No imagino con qué objeto.

-¿No lo sabe? Entonces, ¿por qué corrió hacia aquí a toda prisa?

Sus enormes ojos, debajo del cabello muy cortito, lo miraban fijamente; su rostro pálido pareció empalidecer aún más a la luz del sol.

-¿Es usted de la Casa de Azur, entonces? -preguntó, a manera de tanteo.

-Podría ser -Bourne le presionó algo más en el codo-. Y... ¿qué me dice?

-Ya entregué lo que prometí. Convinimos en que no les daría nada más.

-¿Está usted segura?

-¡No sea idiota! No conoce la *couture* parisiense. Alguien se pondrá furioso con alguien más y hará comentarios maliciosos en su propio estudio. ¡Qué extrañas divergencias! Y cuando se lance la moda de otoño y usted presente la mitad de los modelos de Bergeron antes que *él,* ¿cuánto tiempo cree usted que podré quedarme en Les Classiques? Yo soy la número dos de Lavier, una de las pocas que tienen acceso a su despacho. Así que es mejor que me proteja, como prometió. Y me lleve a trabajar en una de sus tiendas de Los Ángeles.

-Caminemos un poco -dijo Jason, empujándola suavemente-. Me parece que se ha equivocado de hombre, Janine. Jamás he oído hablar de la Casa de Azur, y no tengo el menor interés en diseños robados, excepto en la medida en que ese conocimiento pueda resultarme útil.

-¡Oh, Dios mío...!

-Siga caminando -Bourne le apretó el brazo con más fuerza-. Ya le dije que quería hablar con usted.

-¿Sobre qué? ¿Qué quiere de mí? ¿Cómo consiguió mi nombre? -Las palabras comenzaron a brotarle a borbotones, cada nueva frase superponiéndose a la anterior-. Dije que salía a almorzar más temprano que de costumbre y debo regresar en seguida; hoy tenemos mucho trabajo. Por favor..., me hace usted daño.

-Lo siento.

-Lo que le dije antes fueron sólo tonterías. Una mentira. Allá en la tienda hemos oído rumores; lo que hice fue someterlo a una prueba. ¡*Eso* fue lo que hice; lo sometí a una prueba!

-Es usted muy convincente. Digamos que acepto sus palabras.

-Yo soy leal a «Les Classiques». Siempre fui leal.

-Ésa es una cualidad admirable, Janine. Admiro la lealtad. Como le decía el otro día a... ¿cómo se llamaba?... ese tipo tan agradable que se ocupa del conmutador. ¿Cuál es su nombre? Siempre me lo olvido.

-Philippe -dijo la vendedora asustada, obsequiosa-. Philippe d'Anjou.

-Eso es. Muchas gracias. -Llegaron a una callejuela empedrada entre dos edificios. Jason la condujo hasta ella-. Entremos aquí por un momento, así nos salimos de la calle. No se preocupe, no llegará tarde. Sólo le robaré unos minutos. -Caminaron unos diez pasos por el estrecho recinto. Bourne se detuvo; Janine Dolbert se apretó contra la pared de ladrillos-. ¿Quiere un cigarrillo? -le preguntó Jason, extrayendo un paquete del bolsillo.

-Sí, gracias.

Él se lo encendió, al advertir que a ella le temblaba la mano.

-¿Se siente ahora algo más tranquila?

-Sí. No, en realidad no. ¿Qué desea, Monsieur Briggs?

-Ante todo, no me llamo Briggs, pero supongo que eso ya lo sabrá.

-No lo sé. ¿Por qué cree usted que debería saberlo?

-Estaba seguro de que la número uno de Lavier se lo habría dicho.

-¿Monique?

-Use los apellidos, por favor. La precisión es lo que cuenta.

-Brielle, entonces -dijo Janine, frunciendo el ceño con curiosidad-. ¿Ella lo conoce?

-¿Y por qué no se lo pregunta?

-Como quiera. *¿Qué* es lo que desea, señor? Jason sacudió la cabeza.

-Entonces, de veras *no* lo sabe, ¿no es así? Las tres cuartas partes de los empleados de «Les Classiques» trabajan para nosotros, y una de las vendedoras más destacadas ni siquiera ha sido llamada. Desde luego, es posible que alguien creyera que usted era un riesgo; suele ocurrir.

-*¿Qué* es lo que suele ocurrir? ¿De qué riesgo me habla? *¿Quién* es usted?

-No tenemos tiempo de entrar en todos esos detalles. Sus compañeros pueden ocuparse de eso. Estoy aquí porque jamás recibimos ningún informe suyo y, sin embargo, usted conversa todo el día con lo más granado de la clientela.

-Señor, *le ruego* que hable con más claridad.

-Digamos que yo soy el portavoz de un grupo de personas, norteamericanos, franceses, ingleses y holandeses, que están empeñados en cercar a un criminal que ha asesinado a líderes políticos y militares en sus respectivos países.

-¿Asesinado? Militares, políticos... -Janine *quedó* con la boca abierta, mientras la ceniza del cigarrillo caía y se desparramaba por encima de su mano rígida-. ¿Qué es todo eso? ¿De qué está *hablando?* ¡Jamás he oído nada igual!

-Lo único que me queda es presentarle mis excusas -dijo Bourne con voz cálida y sincera-. Deberían haberse puesto en contacto con usted hace varias semanas. Fue un error del que me precedió. Lo siento; todo esto debe de haberla sobresaltado.

-Le aseguro que es un sobresalto, señor -replicó la vendedora con un suspiro-. Habla usted de cosas que escapan a mi comprensión.

-Pero ahora por lo menos *yo* comprendo -interrumpió Jason-. Con razón no recibimos ningún informe suyo sobre nadie. Ahora está muy claro.

-No para mí.

-Estamos cerrando el círculo alrededor de Carlos. El asesino a sueldo conocido como Carlos.

-¿Carlos?

El cigarrillo se desprendió de la mano de Dolbert; la perplejidad fue total.

-Es uno de sus clientes más importantes, todas las pruebas parecen indicarlo. Hemos limitado a ocho el número de los posibles candidatos. Hemos preparado la trampa para algún momento dentro de los próximos días, y estamos tomando las mayores precauciones posibles.

-¿ Precauciones... ?

-Siempre se corre el peligro de que se tomen rehenes, todos lo sabemos muy bien. Prevemos que habrá un tiroteo, pero trataremos de que no sea de grandes proporciones. El problema básico lo constituirá precisamente Carlos. Ha jurado que jamás lo atraparán con vida; tiene la costumbre de caminar por las calles cargado de explosivos de una intensidad que se calcula superior a una bomba de mil kilos de peso. Pero nosotros nos ocuparemos de eso. Tendremos a nuestros tiradores apostados en el lugar; bastará una sola bala en medio de la cabeza, y todo habrá terminado.

-*Une seule baile...* Bourne consultó su reloj.

-Bueno, ya le he robado demasiado tiempo. Usted debe regresar a la tienda, y yo, a mi puesto. Recuerde: si me llega a ver en alguna parte, usted no me conoce. Si uno de estos días aparezco por «Les Classiques» tráteme como si fuera uno de sus clientes ricos. *A menos que* sospeche usted haber descubierto a nuestro hombre entre sus clientes; entonces le aconsejo que me lo haga saber sin pérdida de tiempo. Una vez más, lamento lo ocurrido. Se debió a una ruptura en nuestras comunicaciones, eso es todo. Son cosas que pasan.

-*Une rupture...?*

Jason asintió, se dio la vuelta y, con rapidez, comenzó a salir de la callejuela en dirección a la calle principal. Se detuvo y volvió la cabeza para mirar a Janine Dolbert. Estaba apoyada contra la pared y en estado comatoso; el elegante mundo de la *haute couture* estaba empezando a girar salvajemente fuera de órbita.

Philippe d'Anjou. El nombre no le decía nada, pero, Bourne no pudo evitar repetirlo silenciosamente, tratando de evocar una imagen... mientras el rostro del operador del conmutador, con su cabello gris, le provocó violentas imágenes de oscuridad y algunos fogonazos de luz. *Philippe d'Anjou.* Nada. Nada en absoluto. Y, sin embargo, había habido algo, algo que hizo que en el estómago de Jason se formara un nudo, los músculos se le pusieran tensos y rígidos, un bloque de carne firme y contraída... por la oscuridad.

Estaba sentado junto al ventanal de un bar de la rué Racine, próximo a la puerta, preparado para levantarse y salir en cuanto divisara la figura de Claude Oreale recortada en el portal del antiguo edificio al otro lado de la calle. Vivía en el quinto piso, en un departamento que compartía con otros dos hombres, y al que sólo llegaba subiendo por una escalera angular y gastada. Cuando llegara, Bourne estaba seguro de que no vendría a pie.

Pues Claude Oreale, que se había mostrado tan efusivo con Jacqueline Lavier en otra escalera en Saint-Honoré, había recibido una llamada de su desdentada casera, quien lo conminaba a regresar de inmediato a la rué Racine y poner fin a los gritos y el ruido de muebles que tenía lugar en ese momento en su apartamento del quinto piso. En caso contrario, llamaría a los gendarmes; le daba veinte minutos de plazo para que lo hiciera.

Llegó quince minutos más tarde. Su figura menuda, embutida en un traje Pierre Cardin, corría por la escalera procedente de la salida más cercana del Metro. Evitaba los choques con la agilidad de un corredor. Su fino cuello estaba proyectado hacia delante varios centímetros al frente de su pecho, cubierto por un chaleco, y su cabello oscuro y largo flotaba en el aire formando una línea

paralela con el suelo. Llegó a la entrada y se aferró al pasamanos, saltando ágilmente los peldaños y zambulléndose en las sombras del vestíbulo.

Jason salió de prisa del bar y corrió hacia el otro lado de la calle. Una vez dentro del edificio, se dirigió a toda velocidad a la antigua escalera y comenzó a trepar por los rajados escalones. Desde el rellano del cuarto piso, escuchó los violentos golpes dados contra la puerta del piso superior.

-Ouvrez! Ouvrez! Vite, nom de Dieu!

Oreale se detuvo, y el silencio del interior del apartamento le resultó más atemorizador que ninguna otra cosa.

Bourne trepó los restantes peldaños hasta divisar a Oreale por entre las rejas del pasamanos y del piso. El cuerpo frágil del vendedor estaba apretado contra la puerta, con las manos a ambos lados, los dedos abiertos, la oreja contra la madera, la cara enrojecida. Jason gritó en un francés gutural y burocrático, mientras emergía por la escalera:

-Sureté! ¡Quédese donde está, jovencito! Le ruego que no cause ninguna escena desagradable. Hemos estado observándolos a usted y a sus amigos. Sabemos todo lo referente al cuarto oscuro.

-¡No! -chilló Oreale-. ¡No tiene nada que ver conmigo, lo juro! *¿Cuarto oscuro?* Bourne levantó una mano.

-¡Cállese; no grite de esa manera!

Se asomó por encima del pasamanos y miró hacia abajo.

-¡Usted no puede incriminarme! -siguió vociferando el vendedor-. ¡No tengo nada que ver! ¡Les he advertido reiteradamente que debían deshacerse de todo eso! Un día acabarán por matarse. ¡Las drogas son para los imbéciles! ¡Dios mío, qué silencioso está todo! ¡Creo que están muertos!

Jason se incorporó y se acercó a Oreale, con las palmas de las manos levantadas.

-Le he dicho que se callara -susurró con tono áspero-. ¡Entre allí y quédese quieto! Todo esto fue para que lo oyera esa vieja arpía que está allá abajo.

El vendedor estaba paralizado; su pánico, contenido por una histeria muda.

- ¿Cómo dice?

-Usted tiene una llave -dijo Bourne-. Abra la puerta y entremos.

-Han echado el cerrojo por dentro -replicó Oreale-. Siempre lo hacen en momentos como éste.

-¡Pedazo de idiota, teníamos que ponernos en contacto con *usted!* Teníamos que hacerlo venir hasta aquí sin que nadie sospechara por qué. Abra esa puerta. ¡En seguida!

Como un conejo asustado, Claude Oreale se metió la mano en el bolsillo y, finalmente, encontró la llave. Abrió la cerradura y abrió la puerta de par en par como lo haría un hombre obligado a entrar en un depósito repleto de cadáveres mutilados. Bourne lo empujó hacia dentro y penetró a la habitación, cerrando la puerta tras sí.

Lo que podía observarse del apartamento parecía contradecir la apariencia del resto del edificio. La espaciosa sala de estar estaba adornada con muebles elegantes y costosos, y había muchos almohadones de terciopelo rojos y amarillos esparcidos en sofás, sillas y en el suelo. Era un cuarto erótico, un lujoso santuario en medio de los escombros.

-Sólo tengo unos minutos -dijo Jason-. El tiempo justo para hablar de negocios.

-¿Negocios? -preguntó Oreale, con expresión atónita-. ¿Este... este cuarto oscuro? *¿Qué* cuarto oscuro?

-Olvídese de eso. Usted tenía algo mejor que eso.

-¿Qué negocio?

-Nos avisaron de Zurich y queremos que se lo transmita a su amiga Lavier.

-¿A Madame Jacqueline? ¿Mi *amiga?*

-No confiamos en el teléfono.

-¿Qué teléfono? ¿Les avisaron? *¿Qué* les dijeron?

-Que Carlos está bien.

-¿Carlos? ¿Carlos qué?

-El asesino a sueldo.

Claude Oreale lanzó un chillido. Se llevó la mano a la boca, se mordió el nudillo del dedo índice, y gritó:

-¿Qué es lo que *dice?*

-¿Cállese?

-¿Por qué me dice todo esto a *mí?*

-Usted es el número cinco. Contamos con usted.

-¿Qué *cinco? ¿Para qué?*

-Para ayudar a Carlos a no caer en la trampa. Lo están cercando. Mañana, pasado mañana, al día siguiente. Debe mantenerse alejado; *tiene* que permanecer alejado. Rodearán la tienda tiradores apostados cada tres metros. El fuego cruzado será atroz; pero, si él está dentro, podría convertirse en una verdadera matanza. Todos y cada uno de ustedes. Muertos.

Oreale volvió a gritar, con el nudillo color rojo subido.

-¡Haga el favor de *callarse!.* ¡No sé de qué habla! Es usted un demente y no escucharé ni una palabra más de su boca; no he escuchado *nada* de lo que dijo. ¡Carlos, fuego cruzado... matanzas! Me estoy ahogando... ¡necesito aire!

-Recibirá usted dinero. Mucho dinero, imagino. La Lavier se lo agradecerá. También d'Anjou.

-¿d'Anjou? ¡Me detesta! Dice que soy un pavo real, me insulta siempre que me ve.

-Es para disimular, por supuesto. En realidad, lo aprecia a usted mucho... tal vez más de lo que se imagina. Él es el número seis.

-¿Qué son todos esos *números?* ¡Deje de referirse a números!

-¿Y de qué otra manera, sino, podríamos diferenciarlos, asignarles tareas? No podemos emplear sus nombres.

-¿Quién no puede hacerlo?

-Todos los que trabajamos para Carlos. El alarido fue suficiente para destrozar tímpanos, y la sangre comenzó a correr en el dedo de Oreale.

-¡No pienso *escucharlo!* ¡Soy un *couturier,* un *artista!*

-Usted es el número cinco. Hará exactamente lo que le ordenemos o jamás volverá a contemplar este nido de víboras suyo.

-*Aunghunn!*

-¡Deje de gritar! Lo apreciamos; sabemos que todos ustedes están sometidos a una gran tensión. De paso, le diré que no confiamos en su contable.

-¿En Trignon?

-Prefiero que usemos sólo los nombres. Nada de apellidos. El anonimato es importante.

-Pierre, entonces. Es odioso. Nos descuenta el importe de las llamadas telefónicas.

-Creemos que trabaja para la Interpol.

-¿Interpol?

-Si así fuera, usted podría pasarse unos diez años en prisión. Se lo comerían vivo, Claude.

-*Aunghunn!*

-¡Cállese! Espere a que Bergeron se entere de lo que sospechamos. No pierda de vista a Trignon, sobre todo durante los dos próximos días. Si se aleja de la tienda por algún motivo, cuídense mucho. Podría significar que se está cerrando el cerco. -Bourne se dirigió a la puerta, con la mano en el bolsillo-. Tengo que regresar, y lo mismo tiene que hacer usted. Dígales a los números uno al seis todo lo que le he dicho. Es fundamental que corra la voz.

Oreale volvió a lanzar un grito, nuevamente presa de la histeria:

-¡Números! ¡Siempre números! ¿Por qué me habla de *números a* mí? ¡Yo soy un artista, no un número!

-Si no regresa a su trabajo tan rápidamente como vino, no le quedará cara. Hábleles a Lavier, d'Anjou, Bergeron. Lo más rápido que pueda. Y luego a los otros.

-*¿Qué* otros?

-Pregúnteselo al número dos.

-¿Dos?

-Dolbert. Janine Dolbert.

-*Janine.* ¿También ella?

-Eso es. Es la número dos.

El vendedor levantó los brazos en un ademán de inútil protesta.

-¡Todo esto es una locura! ¡Nada tiene sentido!

-Su vida sí lo tiene, Claude -replicó Jason con sencillez-. Atesórela. Estaré aguardando al otro lado de la calle. Salga de aquí exactamente en tres minutos. Y no use el teléfono; salga y regrese a «Les Classiques». Si no está en la calle dentro de tres minutos, me veré obligado a volver aquí.

Se sacó la mano del bolsillo. Empuñaba un revólver.

Al ver el arma, Oreale expulsó todo el aire que le quedaba en los pulmones y su rostro adquirió el color de la ceniza. Bourne salió y cerró la puerta.

Sonó el teléfono en la mesita de noche. Marie consultó su reloj: eran las ocho y cuarto y, por un momento, sintió un sobresalto de temor. Jason había dicho que llamaría a las nueve. Había partido de «La Terrasse» cuando ya había oscurecido, a eso de las siete de la tarde, para interceptar a una vendedora llamada Monique Brielle. El plan era preciso, lo mismo que los horarios previstos, y sólo una emergencia podría modificarlos. ¿Habría ocurrido algo?

-¿Es la habitación 420? -preguntó una voz grave de hombre en el otro extremo de la línea.

Marie sintió un profundo alivio: se trataba de André Villiers. El general había llamado a última hora de la tarde para decir a Jason que el pánico había cundido en «Les Classiques»; habían llamado por teléfono a su esposa no menos de seis veces en el curso de una hora y media. No obstante, ni siquiera una vez pudo escuchar nada significativo; siempre que levantaba el aparato de la extensión, la conversación seria se transformaba en una charla insustancial.

-Sí -dijo Marie-. Es la habitación 420.

-Perdóneme, no hemos hablado antes.

-Sé quién es usted.

-También yo he oído hablar de usted. Permítame tomarme la libertad de expresarle mi gratitud.

-Entiendo. No tiene importancia.

-Vayamos al grano. La llamo desde mi despacho y, desde luego, esta línea no tiene una extensión. Dígale a nuestro común amigo que la crisis se ha precipitado. Mi esposa se ha encerrado en su habitación, alegando que tiene náuseas, pero al parecer no se siente tan mal como para no contestar el teléfono. En varias ocasiones, como ocurrió anteriormente, he levantado el aparato de la extensión sólo para descubrir que estaban alertas por si advertían alguna interferencia. Cada vez me he disculpado con cierta rudeza, afirmando que estaba esperando una llamada. No estoy muy seguro de que mi esposa lo creyera, pero, claro está, ella no se halla precisamente en condiciones de cuestionarme. Seré franco y directo, señorita. Se ha levantado entre nosotros una tácita barrera de fricción y, debajo de la superficie, es muy violenta. Que Dios me dé la fuerza necesaria.

-Lo único que le pido es que no pierda de vista el objetivo -observó Marie-. Recuerde a su hijo.

-Sí -replicó el viejo con calma-. Mi hijo. Y la ramera que finge venerar su memoria. Lo siento.

-No se preocupe. Le transmitiré sus palabras a nuestro amigo. Él llamará más o menos dentro de una hora.

-Un momento -la interrumpió Villiers-. Hay más. Por eso he llamado. En dos ocasiones, mientras mi esposa hablaba por teléfono, las voces me resultaron familiares. Reconocí a la segunda de ellas; en seguida recordé su rostro. Trabaja en un conmutador en Saint-Honoré.

-Sabemos cómo se llama. ¿Y qué hay de la primera?

-Fue extraño. No reconocí la voz, y no la pude asociar con ningún rostro, pero de alguna manera comprendí por qué estaba allí. Era una voz rara, mezcla de susurro y orden; un eco de sí misma. Fue el tono autoritario lo que me impresionó. ¿Sabe?, esa voz no mantenía una conversación con mi esposa, le había dado una orden. Cambió en seguida, en cuanto advirtió mi presencia en la línea, como es natural; una señal convenida de antemano para despedirse de prisa, pero en el aire flotaban todavía rastros. Esos rastros, incluso el tono, le resultan familiares a todo soldado; es su manera de demostrar fuerza, poder. ¿He sido claro?

-Así lo creo -aprobó Marie con dulzura, sabiendo que si el significado de las palabras del viejo era el que ella sospechaba, él debía de estar soportando una tensión casi intolerable.

-No le quepa ninguna duda, señorita -dijo el general-: era el cerdo asesino. -Villiers se interrumpió; su respiración se hizo audible, y las siguientes palabras parecían haber sido extraídas por la fuerza de la garganta de un hombre fuerte a punto de romper a llorar-. Estaba... *dándole instrucciones... a* mí... *esposa* -la voz del viejo soldado se quebró al fin-. Perdóneme lo que no tiene perdón. No tengo ningún derecho a abrumarla con mis problemas.

-Tiene todo el derecho del mundo -respondió Marie, sintiendo una súbita alarma-. Lo que está ocurriendo tiene que resultarle espantosamente doloroso, y más doloroso todavía porque no tiene con quién desahogarse.

-Lo estoy haciendo con usted, señorita. No debería, pero es así.

-¡Ojalá pudiéramos seguir hablando! ¡Ojalá uno de nosotros pudiera estar con usted! Pero eso no es posible, y sé que lo comprende. Le suplico que trate de aguantar. Es muy importante que nadie lo relacione a usted con nuestro amigo. Podría costarle a usted la vida.

-Considero que tal vez ya la haya perdido.

-Ç*a, c'est absurde!* -dijo enérgicamente Marie, como abofeteando en la cara al viejo soldado-. *Vous étes un soldat. Arretez ça inmédiatement!*

-C'est I'institutrice qui corrige le mauvais eleve. Vous avez bien raison.

-On dit que vous étes un géant. Je le crois.

Se abrió un silencio en la línea; Marie contuvo el aliento. Cuando Villiers habló, ella volvió a respirar.

-Nuestro común amigo es muy afortunado. Es usted una mujer admirable.

-En absoluto. Lo único que deseo es que mi amigo regrese a mi lado. Y eso no tiene nada de admirable.

-Quizá no. Pero me gustaría ser yo también su amigo. Usted le recordó a un hombre ya viejo quién y qué es. O quién y qué fue en una época, y lo que debe tratar de ser una vez más. Le estoy agradecido de nuevo.

-¡No hay de qué... amigo mío!

Marie colgó el teléfono, profundamente conmovida y, al mismo tiempo, perturbada. No estaba demasiado segura de que Villiers pudiera enfrentarse con las siguientes veinticuatro horas, y en ese caso, el asesino se daría cuenta de hasta qué punto habían penetrado en su organización. Ordenaría que todos los contactos de «Les Classiques» abandonaran París y desaparecieran. O se produciría una matanza en Saint-Honoré, con idénticos resultados.

Si ocurría una de esas dos cosas, no habría ninguna respuesta, ninguna dirección en Nueva York, ningún mensaje descifrado, ningún remitente hallado. El hombre al que amaba regresaría a su laberinto. Y lo perdería.

28

Bourne la vio en la esquina, caminando bajo un farol de la calle hacia el pequeño hotel en que se alojaba. Monique Brielle, la número uno de Jacqueline Lavier, era una versión más dura, más vigorosa, de Janine Dolbert; recordaba

haberla visto en la tienda. Tenía un aire de gran seguridad, el andar propio de una mujer que tiene confianza en sí misma, que está segura de su pericia. Realmente imperturbable. A Jason le resultaba fácil comprender por qué era la número uno de Lavier. Su confrontación sería breve; el impacto del mensaje, sorprendente; la amenaza, inherente. Era el momento de iniciar la segunda gran ola de conmoción. Permaneció inmóvil y la dejó pasar, con el golpeteo rítmico de sus tacones. La calle no estaba atestada de gente, pero tampoco desierta por completo, tal vez habría alrededor de media docena de personas. Sería preciso aislarla y luego conducirla a algún lugar donde nadie pudiera oír lo que tenía que decirle, pues eran palabras que ningún mensajero permitiría que otras personas oyeran. Se puso a su lado cuando sólo faltaban unos diez metros para llegar a la entrada del pequeño hotel; luego disminuyó el ritmo de su marcha, a fin de seguir caminando junto a ella.

-Póngase en contacto en seguida con Lavier -le dijo en francés, mirando hacia delante.

-¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Quién es usted, señor?

-¡No se detenga! Siga caminando. Hasta más allá de la entrada de su hotel.

-¿Sabe dónde vivo?

-Es muy poco lo que no sabemos de usted.

-¿Y qué pasará si entro? Hay un portero...

-También está Lavier -la interrumpió Bourne-. Perderá usted su trabajo y no le será posible encontrar otro en todo Saint-Honoré. Y mucho me temo que ése será el menos importante de sus problemas.

-¿Quién *es* usted?

-No soy su enemigo -afirmó Bourne, mientras la miraba a los ojos-. No haga que lo sea.

-*Usted.* ¡El norteamericano! ¡Janine... Claude Oreale!

-Carlos -completó Bourne.

-¿Carlos? ¿Qué es toda esta *locura?* ¡Durante toda la tarde no he oído hablar más que de Carlos! ¡Y de números! ¡Todo el mundo tiene un número, del que nadie ha oído hablar jamás! ¡Y todas esas historias de trampas y de hombres armados! ¡Es absurdo!

-Pero está sucediendo. Siga caminando. Se lo ruego. Por su propio bien.

Ella le obedeció, pero con un andar menos seguro, el cuerpo tenso, una marioneta rígida, insegura de los hilos que la sostienen.

-Jacqueline nos habló a todos -dijo con intensidad en su voz-. Nos dijo que eran sólo patrañas, que la finalidad de todo esto, la de *usted,* era arruinar a «Les Classiques». Que alguna de las otras casas de modas debió de haberle pagado para llevarnos a la ruina.

-¿Qué esperaba usted que dijera?

-Usted es un *provocateur* a sueldo. Ella nos dijo la verdad.

-¿También les dijo que mantuvieran la boca cerrada? ¿Que no dijeran ni una palabra de esto a nadie?

-Desde luego.

-Sobre todo -siguió diciendo Jason, como si no la hubiese escuchado- que no se les ocurriera ponerse en contacto con la Policía, cosa que, en las presentes

circunstancias, sería la reacción más lógica y sensata. En cierto sentido, lo *único* posible.

-Sí, naturalmente...

-No, nada es natural -contradijo Bourne-. Mire: yo soy sólo un transmisor, probablemente alguien no más importante que usted. No estoy aquí para convencerla de nada, sino para entregarle un mensaje. A Janine la usamos para verificar algo: le dimos información falsa.

-¿Janine? -A la perplejidad de Brielle se le sumaba ahora una creciente confusión-. ¡Dijo unas cosas increíbles! Tan increíbles como los gritos histéricos de Claude... y las cosas que *él* dijo. Pero lo que ella decía era exactamente lo opuesto a lo que decía él.

-Eso ya lo sabemos, fue una jugada intencionada de nuestra parte. Ella ha estado en contacto con Azur.

-¿La Casa de Azur?

-Averígüelo mañana. Interróguela.

-¿Qué la interrogue?

-Hágalo. Podría estar relacionado.

-¿Con qué? ¿Con la Interpol? ¿Con las trampas? ¡Sigue siendo absurdo! ¡Nadie tiene la menor idea de qué está usted hablando!

-Lavier lo sabe. Póngase de inmediato en contacto con ella. -Llegaron a la otra calle; Jason le tocó el brazo-. La dejaré aquí en la esquina. Vaya a su hotel y llame a Jacqueline. Dígale que las cosas están peor de lo que ella supone. Que todo se está derrumbando. Y que, para colmo, alguien se ha pasado al otro bando. No es Dolbert, ni una de las vendedoras, sino alguien más alto. Alguien que está enterado de todo.

-¿Alguien se ha pasado al otro bando? ¿Qué significa eso?

-Que hay un traidor en «Les Classiques». Dígale que se cuide mucho. De todos. De lo contrario, podría ser el fin.

Bourne le soltó el brazo, bajó la vereda y cruzó la calle. Una vez al otro lado, vio un portal oscuro y rápidamente se metió dentro.

Luego asomó ligeramente la cabeza y espió, mirando a la esquina. Monique Brielle se encontraba ya a mitad de camino, dirigiéndose apresuradamente hacia la entrada del hotel. Se había iniciado el primer pánico de la segunda gran oleada de conmoción. Era hora de llamar a Marie.

-Estoy preocupada, Jason. Todo esto lo está destrozando. Casi se derrumbó mientras hablaba por teléfono conmigo. ¿Qué sentirá al mirarla? ¿Cuáles serán sus pensamientos, sus sentimientos?

-Él sabrá cómo manejarlos -replicó Bourne, mientras contemplaba el tráfico de los Champs-Elysées desde el interior de una cabina telefónica, deseando poder sentirse más seguro con respecto a André Villiers-. Si no es así, yo lo habré matado. No quisiera tener que cargar con esa culpa, pero no me queda más remedio que reconocer que es obra mía. Debería haberme callado la boca y ocuparme yo mismo de ella.

-No habrías podido hacerlo. Viste a D'Anjou en la escalinata; era imposible entrar...

-Podría haber pensado en alguna otra cosa. Convinimos en que soy una persona de muchos recursos; más de lo que yo mismo quisiera reconocer.

-¡Pero estás haciendo algo! Estás creando pánico, estás obligando a que los que cumplen las órdenes de Carlos se pongan al descubierto. Alguien tiene que ser víctima del pánico, y hasta tú mismo dijiste que no creías que Jacqueline Lavier fuera lo suficientemente importante como para hacerlo. Jason, verás a alguien y te darás cuenta. ¡Lo prenderás! ¡Sé que lo harás!

-Eso espero; Cristo, ¡vaya si lo espero! Sé exactamente lo que estoy haciendo, pero a veces... -Bourne se interrumpió. Odiaba tener que decirlo, pero debía hacerlo; debía decírselo a ella-, me siento confundido. Es como si estuviese partido en dos, con una parte que me dice: «Salva tu pellejo», y la otra... Dios me ayude... me dice: «Atrapa a Carlos.»

-Es lo que has estado haciendo desde el principio, ¿no es así? -dijo Marie dulcemente.

-¡Me importa un bledo Carlos! -gritó Jason, mientras se secaba el sudor, que comenzaba a brotarle del nacimiento del pelo, consciente, al mismo tiempo, de que tenía frío-. Todo esto me está volviendo loco -añadió, no muy seguro de si lo había dicho en voz alta o para sí.

-Querido, regresa.

-¿Qué? -Bourne se quedó mirando el teléfono, una vez más, dudando de si las palabras que había escuchado habían sido pronunciadas por ella o si sólo se trataba de algo que deseaba oír. *Le estaba ocurriendo de nuevo. Las cosas eran y no eran. El cielo estaba oscuro afuera, en el exterior de una cabina telefónica en los Champs-Elysées. En algún momento había, sido muy luminoso, muy brillante, casi cegador. Y no hacía frío, sino calor. Con chillidos de pájaros y estridentes reflejos metálicos...*

-¡Jason!

-¿Qué?

-Regresa. Vuelve, *por favor,* vuelve.

-¿Por qué?

-Estás cansado. Necesitas descansar.

-Tengo que ver a Trignon. Pierre Trignon, el contable.

-Hazlo mañana. Eso puede esperar hasta mañana.

-No. Mañana es para los capitanes. -*¿Qué estaba diciendo? Capitanes. Tropas. Figuras que entrechocan, presas del pánico. Pero era la única forma, la única forma. El camaleón era un...* provocateur.

-Escúchame -decía Marie con insistencia-. Algo te está pasando en este momento. Te ha ocurrido antes; ambos lo sabemos, amor mío. Y cuándo sucede tienes que detenerte; eso también lo sabemos. Regresa al hotel. Te lo suplico.

Bourne cerró los ojos; el sudor comenzaba a secarse, y los sonidos del tráfico en el exterior de la cabina remplazaban a los chillidos de pájaros que resonaban en sus oídos. Contempló las estrellas en aquella noche fría; no más sol cegador, no más calor insoportable. Había pasado, había pasado aquella cosa que no sabía lo que era.

-Estoy bien. De veras, ya estoy bien. Ha durado sólo un momento.

-¿Jason? -Marie hablaba en voz muy baja, obligándolo a esforzarse para poder oírla-. ¿Qué lo ha provocado?

-No lo sé.

-Acabas de estar con la Brielle. ¿Te ha dicho algo? ¿Alguna cosa que te haya recordado algo?

-No estoy seguro. Estaba demasiado ocupado pensando en qué decirle.

-*¡Piensa,* querido!

Bourne cerró los ojos, intentando recordar. ¿Había habido algo? ¿Algo que se dijo al pasar, o en forma tan rápida que en ese momento no percibió su importancia?

-Dijo que yo era un *provocateur* -respondió Jason, sin saber bien por qué había vuelto a cruzársele la palabra por la mente-. Pero, bueno, eso es lo que soy, ¿no es así? Eso es lo que estoy haciendo.

-Sí -convino Marie.

-Debo ponerme en marcha -siguió diciendo Bourne-. Trignon vive a sólo un par de calles de aquí. Quiero verlo antes de las diez de la noche.

-Ten cuidado.

Marie pronunció estas palabras como si estuviera pensando en otra cosa.

-Lo tendré. Te amo.

-Yo creo en ti -concluyó Marie St. Jacques.

La calle estaba tranquila, y aquella parte era una extraña mezcla de tiendas y edificios de apartamentos, propia del centro de París, que hervía de actividad durante el día y estaba desierta por la noche. Jason llegó a la pequeña casa de apartamentos que figuraba en la guía telefónica como la residencia de Pierre Trignon. Subió la escalinata y entró en un vestíbulo, apenas iluminado. A la derecha había una hilera de buzones de bronce, y encima de cada uno, un pequeño círculo de orificios a través del cual los visitantes debían identificarse en voz alta. Jason deslizó un dedo a lo largo de los nombres impresos debajo de las ranuras: Pierre Trignon - 42. Oprimió dos veces el diminuto botón negro; diez segundos más tarde se escuchó un sonido de estática.

-*Oui?*

-Monsieur Trignon, s'il vous plait?

-Ici.

-Télégramme, monsieur. Je ne peu pos quitter ma bicyclette.

-Télégramme? Pour moi?

Pierre Trignon no era hombre que recibiera telegramas con frecuencia; se advertía en el tono perplejo de su voz. El resto de sus palabras fue casi incomprensible, pero la voz de mujer, al fondo, pareció perturbarse mucho, por considerar tal vez que un telegrama era sinónimo de toda clase de horrendos desastres.

Bourne esperó fuera de la puerta de cristal esmerilado que conducía al interior de la casa de apartamentos. Segundos más tarde oyó el ruido precipitado de pisadas que sonaban cada vez más fuertes, a medida que alguien -obviamente, Trignon- bajaba corriendo por las escaleras. La puerta se abrió de par en par, ocultando a Jason; un hombre corpulento, de cabello que comenzaba a hacerse ralo, y unos tirantes superfinos que le arrugaban la piel debajo de una camisa blanca y holgada, se dirigió hacia la hilera de buzones, deteniéndose frente al número 42.

-¿Monsieur Trignon?

El hombre corpulento giró en redondo, con su rostro ingenuo alterado por una expresión de desesperanza.

-¡Un telegrama! ¡Hay un telegrama para mí! -exclamó-, ¿Me trae usted un telegrama?

-Le pido que me excuse por la artimaña, Trignon, pero ha sido por su propio bien. Pensé que preferiría no ser interrogado en presencia de su esposa y su familia.

-*¿Interrogado?* -exclamó el contable, con sus labios gruesos y prominentes curvados y una expresión atemorizada en los ojos-. *¿Yo?* ¿Sobre qué? ¿Qué es todo esto? ¿Por qué está usted aquí, en mi casa? ¡Soy un ciudadano respetuoso de la ley!

-¿Trabaja usted en Saint-Honoré? ¿En una tienda llamada «Les Classiques»?

-En efecto. ¿Quién es usted?

-Si lo prefiere, podemos hablar en mi despacho -dijo Bourne.

-¿Quién *es* usted?

-Un investigador especial del Departamento de Impuestos y Archivos, División de Fraude y Conspiración. Sígame; tengo el coche oficial aquí afuera.

-¿Afuera? ¿Que lo siga? ¡Estoy sin chaqueta, sin abrigo! Mi esposa. Está arriba esperando que suba con el telegrama. ¡El telegrama!

-Puede enviarle uno si lo desea. Vamos, venga conmigo. He estado trabajando todo el día y quiero acabar con esto.

-¡Por favor, señor! -protestó Trignon-. ¡No quiero ir a ninguna parte! Ha dicho que tenía que hacerme unas preguntas. Pues hágamelas y déjeme subir. No tengo el menor deseo de acompañarlo a su oficina.

-Tal vez tardemos algunos minutos -dijo Jason.

-Llamaré a mi mujer por el portero eléctrico y le diré que ha sido una equivocación. Que el telegrama es para el viejo Gravet; vive en el primer piso y casi no sabe leer. Ella entenderá.

Madame Trignon no entendió, pero sus estridentes objeciones fueron acalladas por un Monsieur Trignon aún más estridente.

-Ahí tiene, ya lo ve -dijo el contable al regresar junto al buzón, con los escasos mechones de cabello pegados por el sudor-. No hay ningún motivo para ir a ninguna parte. ¿Qué son unos pocos minutos en la vida de un hombre? El programa de televisión se volverá a transmitir en un mes o dos. Y ahora, ¿qué *es* todo esto, señor, por el amor de Dios? ¡Mis libros están inmaculados, totalmente inmaculados! Por supuesto que no soy responsable de lo que haga el contable. Eso es para una firma separada; *él* es una firma separada. Si he de serle franco, jamás me gustó; no hace más que blasfemar, bueno, ya sabe lo que quiero decir. Pero, por otro lado, ¿quién soy yo para decirle nada?

Trignon extendió las manos, con las palmas hacia arriba y el rostro transfigurado por una sonrisa obsequiosa.

-Para empezar -dijo Bourne, haciendo caso omiso de sus protestas-, no debe abandonar los límites de París. Si por algún motivo, personal o profesional, se viera usted obligado a hacerlo, debe notificárnoslo. Pero le adelanto que no le permitirán hacerlo.

-Imagino que está usted gastándome una broma, ¿no es así, señor?

-Le aseguro que no.

-No tengo ningún motivo para alejarme de París, ni medios para hacerlo, pero es increíble que me diga usted eso. ¿Qué se supone que he hecho?

-El Departamento revisará sus libros por la mañana. Esté preparado.

-¿Los revisará? ¿Por qué motivo? ¿Que esté preparado para qué?

-Los pagos para los supuestos proveedores cuyas facturas son fraudulentas. La mercadería jamás fue recibida, jamás se pensó que lo sería, pero, en cambio, los pagos fueron depositados en un Banco de Zurich.

-¿Zurich? ¡No sé de qué me habla! Yo no he extendido ningún cheque para Zurich.

-No directamente, eso lo sabemos. Pero, ¡qué sencillo le resultó extenderlos a nombre de firmas inexistentes, cobrar el dinero, y luego girarlo a Zurich!

-¡Toda factura es conformada por Madame Lavier! ¡Jamás pago *nada* por mi cuenta! Jason permaneció en silencio, frunciendo el ceño:

-Ahora es usted quien bromea -dijo.

-¡Le doy mi palabra! Es la política de la casa. ¡Pregúntele a cualquiera! «Les Classiques» no paga ni un céntimo a menos que la señora lo autorice.

-Eso quiere decir que es usted quien recibe órdenes directamente de ella.

-¡Naturalmente!

-Y ella, ¿de quién recibe órdenes? Trignon rió irónicamente.

-Se dice que de Dios, si no es al revés. Por supuesto, se trata de una broma, señor.

-Supongo que puede usted hablar con mayor seriedad. ¿Quienes son los verdaderos dueños de «Les Classiques»?

-Una sociedad, señor. Madame Lavier tiene muchas amistades adineradas; personas que han decidido invertir su dinero aprovechando la aptitud de ella. Y, por supuesto, también el talento de Rene Bergeron.

-¿Se reúnen con frecuencia dichos inversores? ¿Sugieren la política a seguir? ¿Recomiendan tal vez a algunas firmas con las que deben realizar operaciones comerciales?

-No sabría decirle, señor. Naturalmente, todos contamos con amigos.

-Es posible que nos hayamos equivocado de persona -interrumpió Bourne-. No sería extraño que usted y Madame Lavier, las dos personas directamente involucradas en las finanzas de todos los días, estén siendo utilizados.

-¿Utilizados para qué?

-Para hacer que el dinero llegue a Zurich. A la cuenta de uno de los más peligrosos asesinos de Europa.

Trignon se crispó, y su hinchado estómago comenzó a temblar, mientras caía contra la pared.

-¡En nombre de Dios!, ¿qué es lo que *dice?*

-Prepárense. Sobre todo usted. Fue usted quien extendió los cheques, y no otra persona.

-¡Pero sólo cuando se trataba de cheques conformados!

-¿Alguna vez verificó la mercadería que figuraba en las facturas?

-¡Ése no es trabajo que me corresponda!

-De modo que, en rigor, usted hizo pagos por mercaderías que jamás vio.

-¡Yo jamás veo nada! Sólo facturas que han sido conformadas. ¡Ésas son las únicas que pago en todo momento!

-Le sugiero que las busque todas. Es mejor que usted y Madame Lavier comiencen a escarbar en los archivos. Porque ustedes dos, sobre todo usted, deberán hacer frente a las acusaciones.

-¿Acusaciones? ¿Qué acusaciones?

-A falta de una específica, lo llamaremos complicidad por homicidio múltiple.

-Homicidio múltiple...

-Asesinato. La cuenta de Zurich pertenece al asesino conocido con el nombre de Carlos. Usted Pierre Trignon, y su actual empleadora, Madame Jacqueline Lavier, están directamente implicados en financiar al asesino más buscado de Europa. Ilich Ramírez Sánchez, alias Carlos.

-¡Aughhhh...! -Trignon se deslizó hasta el suelo del vestíbulo, los ojos desorbitados, el mofletudo rostro desfigurado-. Toda la tarde... -susurró-. Gente que corría por todos lados, reuniones histéricas en los pasillos, personas que me miraban con expresión extraña, que pasaban por el rincón donde trabajo y movían la cabeza. ¡Oh, *Dios!*

-Si yo fuera usted, no perdería un momento. Mañana llegará pronto, y es posible que sea el día más difícil de toda su vida. -Jason se dirigió a la puerta de la calle y se detuvo, con la mano en el picaporte-. No soy quién para darle consejos, pero si yo fuera usted, me pondría en contacto con Madame Lavier de inmediato. Comiencen a preparar su defensa conjunta... tal vez sea la única oportunidad que tengan de hacerlo. No debemos descartar la posibilidad de que se lleve a cabo una ejecución pública.

El camaleón abrió la puerta y salió al exterior; el viento helado de la noche le azotó la cara.

Coge a Carlos. Atrapa a Carlos. Caín es Charlie y Delta es Caín.

¡Falso!

Busca un número de Nueva York. Busca a Treadstone. Descubre el significado de un mensaje. Busca al que lo envió.

Encuentra a Jason Bourne.

Los rayos del sol penetraron por los vitrales mientras el viejo, afeitado y con el traje pasado de moda, caminó a toda prisa por el pasillo central de una iglesia en Neuilly-sur-Seine. El sacerdote, de elevada estatura, que estaba de pie junto al montón de cirios, lo observó, asaltado por una sensación de familiaridad. Por un momento, el clérigo pensó que había visto al hombre antes, pero no pudo situarlo. Recordó al pordiosero desgreñado del día anterior, más o menos de la misma estatura, del mismo... No; los zapatos de este viejo habían sido lustrados, el cabello blanco estaba bien peinado, y el traje, aunque pertenecía a otra década, era de buena calidad.

-*Ángelus Domini* -dijo el viejo, mientras apartaba las cortinas del confesionario.

-¡Suficiente! -susurró la figura recortada a través del lienzo-. ¿Qué novedades me traes de Saint-Honoré?

-De poca importancia, pero respeto sus métodos.

-¿Hay algún patrón de conducta?

-El azar, al parecer. Elige a personas que no sepan absolutamente nada y provoca el caos a través de ellas. Sugeriría que no se llevaran a cabo más actividades en «Les Classiques».

-Naturalmente -dijo la silueta-. Pero, ¿cuál es su meta?

-¿Además del caos? -preguntó el viejo-. Diría que sembrar la desconfianza entre aquellos que saben algo. La Brielle lo dijo. Afirmó que el norteamericano le sugirió que le dijera a Lavier que había un «traidor» adentro, aseveración evidentemente falsa. ¿Quién de ellos se atrevería? Anoche fue una verdadera locura, como bien sabe. El contable, Trignon, perdió el juicio. Estuvo aguardando fuera de la casa de Lavier hasta las dos de la madrugada, y cuando ella regresó del hotel de la Brielle, la asaltó y se puso a gritar y a llorar en plena calle.

-La Lavier no estuvo tampoco demasiado brillante. Prácticamente estaba fuera de sí cuando llamó a Pare Monceau; se le dijo que no volviera a hacerlo. Nadie debe llamar allí... nunca más. *En ninguna circunstancia.*

-Ya nos lo advirtieron. Los pocos que conocemos el número, ya lo hemos olvidado.

-Asegúrate de que así sea. -La silueta se movió de pronto; se formó una onda en la cortinilla-. ¡Es *evidente* que la finalidad era sembrar desconfianza! Es lo que suele ocurrir después del caos. De eso ya no cabe ninguna duda. Él irá atrapando los contactos, tratará de sonsacarles información, y cuando uno le falle, se lo arrojará a los norteamericanos y se dedicará al siguiente. Pero hará los contactos solo; eso es parte de su ego. *Es* loco. Y está obsesionado.

-Tal vez sea ambas cosas -comentó el viejo-, pero también es un profesional. Él se encargará de que sus superiores reciban los nombres si algo llegara a pasarle. Así que, lo atrapes o no, *ellos* serán apresados.

-Estarán muertos -dijo el asesino-. Pero no Bergeron. Es demasiado valioso. Dile que se vaya a Atenas; él sabrá adonde.

-¿Debo suponer que yo ocuparé el lugar de Pare Monceau?

-*Eso* sería imposible. Pero, mientras tanto, te encargarás de transmitir mis decisiones finales a quien corresponda.

-Y la primera persona con quien debo ponerme en contacto es Bergeron. En Atenas.

-Sí.

-¿De modo que Lavier y el colonial, D'Anjou, están marcados?

-En efecto. La carnada rara vez sobrevive, y tampoco lo harán ellos. También quiero que transmitas otro mensaje a los equipos que cubren a Lavier y D'Anjou. Diles que estaré vigilándolos; todo el tiempo. No puede haber errores.

Le tocaba ahora al viejo hacer una pausa, exigir atención silenciosamente.

-He dejado lo mejor para el final, Carlos. El «Renault» fue encontrado hace una hora y media en un garaje de Montmartre. Fue llevado allí anoche.

Él viejo pudo escuchar la respiración lenta y deliberada de la figura que estaba oculta por el lienzo.

-Supongo que habrás tomado medidas para que se lo vigile, y se lo siga, incluso en este preciso momento.

El ex pordiosero rió en voz baja.

-De acuerdo con tus últimas instrucciones, me tomé la libertad de contratar a un amigo, un amigo con un potente automóvil. Él, a su vez, ha empleado a tres

conocidos suyos, y juntos hacen guardia de seis horas cada uno en la calle, frente al garaje. No saben nada, por supuesto, excepto que deben seguir al «Renault» a cualquier hora del día o de la noche.

-Jamás me decepcionas.

-No puedo permitirme ese lujo. Y puesto que Pare Monceau ha sido eliminado, no tenía otro número de teléfono que darles, salvo el mío, que, como sabes, es el de un café ruinoso. El dueño y yo fuimos amigos en las viejas épocas, en aquellos tiempos mejores. Podría ponerme en contacto con él cada cinco minutos para averiguar si hay algún mensaje, y él no pondría ningún reparo. Sé dónde obtuvo el dinero para comprarse el negocio, y a quién tuvo que matar para conseguirlo.

-Te has portado bien; vales mucho.

-Pero tengo un problema, Carlos. Puesto que ninguno de nosotros debe llamar a Pare Monceau, ¿cómo haré para ponerme en contacto contigo? En caso de que fuera preciso hacerlo. Digamos, por ejemplo, algo relacionado con el «Renault».

-Sí, comprendo la dificultad. ¿Tienes alguna idea del peso que te echas encima?

-Te aseguro que preferiría no tenerlo. Mi única esperanza es que cuando todo haya acabado y Caín esté muerto, recuerdes mi contribución y, en lugar de matarme, cambies el número.

-No cabe duda de que te anticipas a los hechos.

-Antiguamente era la única forma de sobrevivir. El asesino susurró un número de siete cifras.

-Eres la única persona viva que conoce este número. Por supuesto, es imposible de localizar.

-Naturalmente. ¿Y a quién se le podría ocurrir que un viejo pordiosero lo tiene?

-Cada hora que pasa te acerca más a un mejor nivel de vida. La red se está cerrando; cada hora que pasa lo aproxima a una de varias trampas. Caín será aprehendido, y el cadáver de un impostor será arrojado de vuelta a los azorados estrategas que lo crearon. Ellos confiaban en conseguir un ego monstruoso, y él se los proporcionó. Y, al final, resultó ser sólo un títere, un títere desechable. Todo el mundo lo sabía, excepto él.

Bourne contestó el teléfono:

-¡Diga!

-¿Habitación 420?

-Adelante, general.

-Las llamadas telefónicas han cesado. Ya nadie se pone en contacto con ella, al menos, no por teléfono. Nuestra pareja había salido, y el teléfono sonó dos veces. En ambas ocasiones me pidió a mí que contestara. Alegó que no se sentía con ánimos para atender ninguna llamada.

-¿Quiénes eran?

-Los farmacéuticos con una receta, y un periodista solicitando una entrevista. No podía conocer a ninguna de ellos.

-¿Tuvo usted la impresión de que intentaba despistarlo al pedirle que atendiera las llamadas?

Villiers permaneció en silencio y luego respondió con bastante furia:

-¡Sí, sin duda! Aunque el efecto no fue demasiado sutil, puesto que diga que tal vez saliera a almorzar. Añadió que había reservado una mesa en el «George Cinq» y que, si decidía ir, la podía llamar allí.

-Si llegara a ir, preferiría llegar antes que ella.

-Le avisaré.

-Ha dicho usted que ya nadie establece contacto telefónico con ella. «Al menos, no por teléfono», creo que han sido sus palabras. ¿Qué ha querido decir con eso?

-Hace treinta minutos vino a casa una mujer. Mi esposa se mostró reacia a verla, pero, no obstante, la recibió. Sólo alcancé a ver su rostro por un momento en la sala, pero fue lo suficiente. Estaba aterrada.

-Descríbamela. Villiers lo hizo.

-Jacqueline Lavier -dijo Jason.

-Pensé que podría ser ella. Por su aspecto, diría que el ataque submarino simultáneo fue un éxito; era obvio que no había pegado ojo. Antes de hacerla pasar a la Biblioteca, mi esposa me dijo que era una vieja amiga que estaba pasando por una crisis matrimonial, lo cual no fue sino una mentira necia; a su edad, ya no se producen crisis en el matrimonio; sólo aceptación y paciencia.

-No puedo comprender por qué fue hasta su casa. Es una audacia excesiva y sin sentido. A menos que lo hiciera por su propia cuenta y riesgo, sabiendo que no debían hacerse más llamadas telefónicas.

-Yo también lo pensé -dijo el soldado-. Así que sentí el deseo de tomar un poco de aire fresco, de estirar las piernas y dar una vuelta a la manzana. Mi asistente me acompañó; un viejo decrépito que hace su limitada y habitual caminata bajo la mirada alerta de un acompañante. Pero mis ojos también estuvieron vigilantes. Lavier fue seguida. Dos hombres estaban instalados en un coche aparcado cuatro casas más allá de la mía, y el vehículo estaba equipado con radio. Esos hombres no estaban casualmente allí. Se les notaba en la expresión, en la forma en que vigilaban mi casa.

-¿Cómo sabe que la mujer no llegó con ellos?

-Vivimos en una calle sumamente tranquila. Cuando llegó Lavier, yo estaba en la sala tomando café, y oí sus pasos en la escalinata. Me acerqué a la ventana a tiempo para ver el taxi que se marchaba.

-¿A qué hora abandonó su casa?

-Aún está aquí. Y los hombres siguen apostados afuera.

-¿Cómo es el coche?

-Un «Citroën». Gris. Las primeras letras de la matrícula son *NYR.*

-Pájaros en el aire, siguiendo a un contacto. ¿De dónde proceden los pájaros?

-Perdón. No lo he entendido. ¿Qué ha dicho?

Jason meneó la cabeza.

-No estoy seguro. No se preocupe. Intentaré llegar ahí antes de que Lavier abandone su casa. Haga lo que pueda para ayudarme. Interrumpa a su esposa,

dígale que tiene que hablar con ella un instante. Insista en que su «vieja amiga» permanezca allí; diga cualquier cosa, pero asegúrese de que no se vaya.

-Haré lo posible.

Bourne colgó el receptor y miró a Marie, que estaba junto a la ventana, al otro lado de la habitación.

-Funciona. Están comenzando a dudar unos de otros. Lavier fue a Pare Monceau y la siguieron. Ellos también empezaron a sospechar.

-«Pájaros en el aire» -dijo Marie-. ¿Qué has querido decir con eso?

-No lo sé; no es importante. No hay tiempo.

-Yo creo que *sí* es importante, Jason.

-Ahora no.

Bourne se acercó a la silla en la que estaban su abrigo y su sombrero. Se los puso rápidamente y fue al escritorio, abrió el cajón y sacó el revólver. Lo contempló durante un momento, recordando. Las imágenes estaban allí, un pasado que era el suyo y que, sin embargo, no le pertenecía. Zurich. La Bahnhofstrasse y el «Carillón du Lac»; «Drei Alpenhäuser» y «Löwenstrasse»; una roñosa pensión en la Steppdeckstrasse. El revólver simbolizaba todo eso, pues en cierta ocasión casi le había quitado la vida en Zurich.

Pero ahora estaba en París. Y todo lo que había comenzado en Zurich se movía ya velozmente.

Busca a Carlos. Atrapa a Carlos. Caín es Charlie y Delta es Caín.

¡Falso! ¡Falso, maldito sea!

Busca a Treadstone. Busca un mensaje. Busca a un hombre.

29

Jason permaneció acurrucado en un rincón del asiento posterior cuando el taxi se acercó a la calle en que vivía Villiers, en Pare Monceau. Examinó los coches aparcados junto a la vereda; no había ningún «Citroën» gris, ninguna matrícula con las letras NYR.

Pero estaba Villiers. El viejo soldado permanecía de pie, solo, en la vereda, a cuatro puertas de distancia de su casa.

Dos hombres... en un automóvil aparcado cuatro casas más allá de la mía.

Villiers estaba ahora en el lugar que había ocupado el automóvil; era una señal.

-*Arretez, s'il vous plait* -dijo Bourne al taxista-. *Le vieux là-bas. Je veux parler avec lui.* -Bajó el vidrio de la ventanilla y se asomó-: *Monsieur?*

-En inglés -replicó Villiers, mientras se acercaba al taxi; un anciano citado por un desconocido.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Jason.

-No he podido detenerlas.

-¿Detenerlas?

-Mi esposa se fue con la Lavier. Pero yo me mostré inflexible. Le dije que aguardara mi llamada en el «George Cinq». Que era un asunto de la mayor importancia y que necesitaba su consejo.

-¿Y qué contestó ella?

-Que tal vez no estuviera en el «George Cinq». Que su amiga insistía en ver a un sacerdote en Neuilly-sur-Seine, en la iglesia del Santísimo Sacramento. Dijo que se sentía obligada a acompañarla.

-¿Se opuso usted?

-Tenazmente. Y por primera vez en nuestra vida en común, ella dijo lo que yo estaba pensando: «Si lo que quieres es controlarme, André, ¿por qué no llamas a la parroquia? Estoy segura de que alguien me reconocerá y me conducirá al teléfono.» ¿Le parece que estaba poniéndome a prueba?

Bourne trató de pensar.

-Quizá. Se aseguraría de que alguien la viera allí. Pero atender el teléfono ya es otra cosa. ¿Cuándo se fueron?

-Hace menos de cinco minutos. Los dos hombres del «Citroën» las siguieron.

-¿Fueron en su automóvil?

-No. Mi esposa llamó un taxi.

-Voy para allá -dijo Jason.

-Pensé que lo haría -repuso Villiers-. Busqué la dirección de la iglesia.

Bourne deslizó un billete de cincuenta francos por encima del asiento delantero del automóvil. El conductor lo tomó apresuradamente.

-Es fundamental que llegue a Neuilly-sur-Seine tan pronto como sea posible. La iglesia del Santísimo Sacramento. ¿Sabe dónde queda?

-Por supuesto, señor. Es la parroquia más hermosa del distrito.

-Lléveme allí en seguida y le daré otros cincuenta francos.

-¡Volaremos con las alas de los ángeles bienaventurados, señor!

Y, en efecto, lo hicieron, y el plan de vuelo puso en peligro a la mayor parte de los vehículos que se cruzaron en su camino.

-Allí se ven las agujas del Santísimo Sacramento, señor -dijo el conductor, en tono triunfal, doce minutos más tarde, señalando tres elevadas torrecillas de piedra a través del parabrisas-. Un minuto más, tal vez dos, si nos lo permiten los idiotas que deberían ser eliminados de la calle...

-Disminuya la velocidad -interrumpió Bourne, con la atención fija no en las agujas de la iglesia, sino en un coche que se encontraba pocos vehículos más adelante. Acababan de doblar una esquina y lo había divisado mientras hacían el giro; era un «Citroën» gris, y dos hombres ocupaban el asiento delantero.

Llegaron a un semáforo, y los coches se detuvieron. Jason deslizó el segundo billete de cincuenta francos por encima del asiento y abrió la portezuela.

-En seguida vuelvo. Si cambia la luz, avance muy despacio; yo saltaré dentro del coche.

Bourne salió, manteniéndose agachado, y se desplazó entre los coches hasta que vio las letras NYR; los números que seguían eran 768, pero por el momento no tenían mayor importancia. El chofer se había ganado su dinero.

Cambió la luz del semáforo, y la fila de automóviles se arrastró hacia delante como un alargado insecto que trata de incorporar todas sus partes

desarticuladas. El taxi se acercó a la vereda; Jason abrió la portezuela y trepó dentro.

-Su trabajo es excelente -dijo al chofer.

-No estoy muy seguro de saber qué tipo de trabajo estoy haciendo.

-Un asunto del corazón. Es preciso pescar *in fraganti* a la persona que traiciona.

-¿En la *iglesia,* señor? El mundo avanza demasiado de prisa para mí.

-No en medio del tráfico -dijo Bourne.

Se acercaban a la última esquina antes de la iglesia del Santísimo Sacramento. El «Citroën» giró; ahora sólo había un coche entre éste y un taxi cuyos pasajeros resultaba imposible distinguir. Había algo que molestaba a Jason. La vigilancia por parte de ambos hombres era demasiado abierta, demasiado evidente. Era como si los secuaces de Carlos quisieran que alguien dentro del taxi supiera que ellos estaban allí.

¡Por supuesto! La esposa de Villiers estaba en el taxi. Con Jacqueline Lavier. Y los dos hombres del «Citroën» querían que la esposa de Villiers supiera que ellos iban detrás de ella.

-Ahí está el Santísimo Sacramento -dijo el conductor, penetrando en la calle en que se elevaba la iglesia con su esplendor medieval, en medio de un parque muy cuidado, atravesando por senderos de piedra y con estatuas diseminadas por doquier-. ¿Qué hacemos ahora, señor?

-Aparque allí -ordenó Jason, indicando un espacio en la fila de coches aparcados. El taxi en que iban la esposa de Villiers y la Lavier se detuvo junto a un sendero custodiado por un santo de cemento. La sorprendente esposa de Villiers fue la primera en apearse, tras lo cual extendió la mano a Jacqueline Lavier, quien, emergió, pálida, en la vereda. Llevaba enormes gafas de sol de montura anaranjada y un bolso blanco, pero ya no tenía aspecto elegante. Su corona de cabello con hebras grises caía formando líneas rectas y disociadas a ambos lados de aquel rostro tan pálido que parecía la máscara de la muerte, y sus medias estaban rotas. Estaba por lo menos a noventa metros de distancia, pero a Bourne casi le pareció escuchar el jadeo que acompañaba los vacilantes movimientos de la otrora majestuosa figura que caminaba frente a él a la luz del sol.

El «Citroën» se había adelantado al taxi y se aproximaba a la vereda. Ninguno de los dos hombres descendió del coche, pero del capó comenzó a emerger una delgada varilla metálica, que reflejaba el brillo del sol. Estaban activando la antena de la radio y enviando claves en una frecuencia secreta. Jason se sentía hipnotizado, no por la visión y el conocimiento de lo que estaba ocurriendo, sino por algo más. . Le estaban llegando palabras, no sabía bien de dónde, pero allí estaban.

Delta a Almanac, Delta a Almanac. No responderemos. Repitan, negativo, hermano.

Almanac a Delta. Responderán como se les ha ordenado. Abandonen, abandonen. Es una orden terminante.

Delta a Almanac. Lo que se termina es usted, hermano. Váyase al demonio. Delta -fuera, equipo dañado.

De pronto lo rodearon las tinieblas, el sol había desaparecido. No había elevadas torres de una iglesia que se proyectaran hacia el cielo; había, en cambio,

formas oscuras de follaje irregular que se estremecían bajo la luz de nubes iridiscentes. Todo se movía, *todo se movía.;* él también debía moverse. Permanecer inmóvil significaba morir. *¡Muévete!* ¡Por el amor de Dios, *muévete!*

Y *sácalos.* Uno a *uno.* Arrástrate por el suelo y acércate más; supera el miedo -el terrible miedo- y reduce el número. Eso era todo lo que había que hacer. Reducir el número. El *Monje* se había encargado de aclararlo bien. Cuchillo, alambre, rodilla, pulgar; colocados en los puntos vitales. En los puntos de la muerte.

La muerte es una estadística para las computadoras. Pero para ti significa la supervivencia.

El *Monje.*

¿El *Monje?*

Él sol volvió a salir, cegándolo por un momento, su pie sobre la acera, su mirada clavada en el «Citroën» gris a cien metros de distancia. Pero le resultaba difícil ver; ¿por qué le resultaba tan difícil? Había niebla, bruma... ya no se trataba de oscuridad, sino de una bruma impenetrable. Tenía calor; no, frío. ¡Frío! Levantó bruscamente la cabeza, consciente de pronto de dónde se encontraba y qué estaba haciendo. Había mantenido la cara apretada contra la ventanilla, y su aliento había empañado el vidrio.

-Estaré fuera un par de minutos -dijo Bourne-. Quédese aquí.

-Me quedaré todo el día, si usted lo desea, señor. Jason se levantó las solapas del abrigo, se ladeó el sombrero y se puso las gafas de montura de carey. Caminó junto a una pareja en dirección a un puesto de artículos religiosos que había sobre la acera, alejándose luego para apostarse detrás de una madre y su hijo que estaban junto al mostrador. Desde allí podría observar con comodidad el «Citroën», pero el taxi que había sido llamado a Pare Monceau ya no se encontraba allí; había sido despedido por la esposa de Villiers. Es una actitud bastante extraña de su parte, pensó Bourne, pues allí le sería imposible conseguir otro.

Tres minutos más tarde, la explicación resultaba clara... y perturbadora. La esposa de Villiers salió de la iglesia, caminando con rapidez; su figura alta y escultural despertó miradas de admiración entre los transeúntes. Marchó directamente al «Citroën», dijo unas palabras a los hombres que estaban en el asiento delantero, v luego abrió la portezuela trasera.

El bolso. ¡Un bolso *blanco!* La esposa de Villiers llevaba el bolso que, unos segundos antes, aferraba con fuerza Jacqueline Lavier. Trepó al asiento trasero del «Citroën» y cerró la portezuela. El motor del coche rugió con estrépito, señal de una partida precipitada y repentina. A medida que el coche se alejaba, la reluciente varilla metálica de la antena se fue acortando cada vez más, retrayéndose dentro de su base.

¿Dónde estaba Jacqueline Lavier? ¿Por qué le había entregado su bolso a la esposa de Villiers? Bourne comenzó a andar y luego se detuvo, obedeciendo un impulso. ¿Una trampa? Si la Lavier había sido seguida, era posible que también sus seguidores hubieran sido seguidos, y no precisamente por él.

Examinó la calle, en uno y otro sentido, estudiando, en primer lugar, los peatones que se encontraban en la vereda, y luego cada automóvil, cada conductor y pasajero, buscando algún rostro que no correspondiera, como Villiers había dicho respecto de los dos hombres del «Citroën» frente a su casa.

No encontró nada sospechoso, ninguna mirada insinuante, ni manos ocultas en bolsillos abultados. Se estaba mostrando excesivamente cauto; Neuilly-sur-Seine no era una trampa para él. Se alejó del mostrador v echó a andar hacia la iglesia. Se detuvo de pronto, con los pies clavados en el suelo. Un sacerdote salía de la iglesia; un sacerdote vestido con traje negro, cuello blanco almidonado y un sombrero negro que le cubría parcialmente el rostro. Jason lo había visto antes. No hacía mucho tiempo, no en un pasado olvidado, sino hacía poco, muy poco; semanas, días... quizás horas. ¿Dónde lo había visto? *¿Dónde?* ¡Estaba seguro de conocerlo! Lo sabía por su forma de caminar, por la inclinación de la cabeza, por los hombros anchos que parecían deslizarse en su lugar sobre el movimiento fluido de su cuerpo. ¡El hombre llevaba revólver! ¿Dónde lo había visto antes?

¿En Zurich? ¿En el «Carillón du Lac»? Dos hombres que se abrían paso entre la muchedumbre, convergiendo, comerciando con la muerte. Uno de los dos llevaba gafas de montura dorada; no se trataba de él. Aquel hombre estaba muerto. ¿Era éste el otro hombre del «Carillón du Lac»? ¿O del Quai Guisan? Un animal que gruñía, salvaje, lleno de violencia. ¿Era él? O tal vez alguna otra persona. Un hombre de abrigo oscuro en el pasillo sin luces del «Auberge du Coin», excepto por el haz de luz que iluminaba la trampa. Una trampa invertida, en la que aquel hombre había disparado su arma en la oscuridad contra unas figuras que creyó humanas. ¿Sería *ese* hombre?

Bourne no lo sabía, lo único que sí sabía era que había visto a aquel sacerdote antes, pero no como sacerdote. Como un hombre con un revólver.

El asesino vestido de sacerdote llegó al final del sendero de piedra y dobló hacia la derecha, justo debajo del santo de cemento, donde su rostro fue alcanzado por un rayo de sol. Jason quedó petrificado: su *piel.* La piel del asesino era oscura, no bronceada por el sol, sino natural. Una piel latina, cuyo tinte había sido templado muchas generaciones atrás por antepasados que vivían alrededor del Mediterráneo. Antepasados que se dispersaron por el mundo... y cruzaron los mares.

Bourne se quedó paralizado entre el impacto de su propia certeza. Estaba contemplando a Ilich Ramírez Sánchez.

Aprehende a Carlos. Atrapa a Carlos. Caín es Charlie y Delta es Caín.

Jason desabrochó el abrigo y buscó con la mano derecha la empuñadura del revólver que llevaba en la cintura. Comenzó a correr por la acera, chocando contra espaldas y pechos de transeúntes, empujando con el hombro a un vendedor callejero, sacudiendo a su paso a un pordiosero que hurgaba en un cubo de basura. ¡El *pordiosero!* La mano del pordiosero había desaparecido dentro de su bolsillo; Bourne se volvió a tiempo para ver cómo de la raída chaqueta emergía el cañón de una automática, que resplandeció bajo los rayos del sol. ¡El pordiosero tenía un revólver! Su mano huesuda lo levantó, manteniendo el arma y la mirada fijas. Jason se zambulló en la calle, parapetándose detrás de un coche. Por encima de él oyó el silbido de las balas que surcaban el aire con repugnante finalidad. Gritos estridentes y de dolor surgían procedentes de la acera, de labios de personas que estaban fuera de su radio visual. Bourne se ocultó entre dos automóviles y se lanzó entre el tráfico hasta el otro lado de la calle. El pordiosero huía; un hombre viejo, de ojos de acero, estaba perdiéndose entre la multitud, perdiéndose en el olvido.

Aprehende a Carlos. Atrapa a Carlos. ¡Caín es...! Jason se volvió una vez más y salió disparado hacia delante, tirando todo lo que encontró a su paso,

corriendo desaforadamente en dirección al asesino. Se detuvo, sin aliento, lleno de confusión y rabia, con agudas punzadas de dolor en las sienes. ¿Dónde *estaba?* ¿Dónde estaba *Carlos?* Y entonces lo vio; el asesino estaba ante el volante de un enorme sedán negro. Bourne se internó de nuevo entre el tráfico, golpeando capós y maleteros mientras se abría paso con dificultad donde se encontraba el asesino. De pronto se encontró bloqueado por dos coches que habían chocado. Apoyó las manos abiertas contra una parrilla cromada reluciente y saltó hacia un lado por encima de los parachoques. Se detuvo otra vez, incrédulo ante lo que veían sus ojos, sabiendo que no tenía sentido continuar. Era demasiado tarde. El enorme sedán negro había encontrado un claro en el tráfico, e Ilich Ramírez Sánchez escapó a toda velocidad.

Jason cruzó la acera más lejana, mientras los silbatos de la Policía hacían que todo el mundo volviera la cabeza. Los transeúntes habían sido espantados, heridos o muertos; un pordiosero les había disparado. ¡La Lavier! Bourne comenzó a correr una vez más, esta vez, de vuelta a la iglesia del Santísimo Sacramento. Llegó al sendero de piedra bajo la mirada del santo de cemento y giró hacia la izquierda, echando a correr hacia las trabajadas puertas en arco y los peldaños de mármol. Trepó por ellos y se metió en la iglesia gótica; vio hileras de velas ardiendo con vacilantes llamas, y rayos de luces de todos colores procedentes de los vitrales en lo alto de los oscuros muros de piedra. Caminó por la nave central, con la mirada clavada en los fieles, buscando una cabeza surcada de algunas hebras plateadas y la máscara de un rostro laminado de blanco.

La Lavier no aparecía por ninguna parte y, sin embargo, no había abandonado el lugar; estaba en algún rincón de la iglesia. Jason dio media vuelta, examinando la nave central; vio a un sacerdote alto que pasaba con aire casual junto a las velas encendidas. Bourne esquivó una hilera de cojines, emergió en la nave de la extrema derecha y lo interceptó.

-Discúlpeme, padre -le dijo-. Me parece que se me ha perdido alguien.

-Nadie se pierde en la casa del Señor, hijo mío -replicó el clérigo, sonriendo.

-Tal vez no se haya perdido su parte espiritual, pero si no encuentro al resto de su persona, se enfadará mucho. Se ha producido una emergencia en su tienda. ¿Hace mucho que está usted aquí, padre?

-Recibo con alegría a los feligreses que necesitan ayuda. Llevo aquí alrededor de una hora.

-Hace unos minutos que han entrado aquí dos mujeres. Una era muy alta, bastante llamativa; llevaba un abrigo de color claro, y creo que un pañuelo oscuro en la cabeza. La otra era algo mayor, no tan alta como la primera y, evidentemente, no demasiado serena. ¿Las ha visto por casualidad?

El sacerdote asintió.

-Sí. Había congoja en el rostro de la de más edad; estaba pálida y afligida.

-¿Sabe adonde se dirigió? Me parece que su amiga más joven ya se fue.

-Una muy buena amiga, debo añadir. Acompañó a la pobre señora a un confesionario y la ayudó a arrodillarse en él. La limpieza del alma nos da a todos fortaleza en los momentos difíciles.

-¿A un confesionario?

-Sí; el segundo de la derecha. Debo agregar que ese padre confesor es muy misericordioso. Un sacerdote que pertenece a la archidiócesis de Barcelona y está de visita aquí. Un hombre notable, por cierto; siento decir que es el último día de

su permanencia entre nosotros. Regresa a España... -El sacerdote frunció el ceño-. ¿No es extraño? Hace un momento me pareció ver al padre Manuel irse. Supongo que algún sacerdote lo ha remplazado por un rato. No importa, la señora está en muy buenas manos.

-No me cabe la menor duda -dijo Bourne-. Muchísimas gracias, padre. La esperaré.

Jason caminó por la nave hacia la hilera de confesionarios, con los ojos clavados en el segundo, en el que una pequeña tira de tela blanca indicaba que estaba ocupado, que un alma piadosa estaba lavando sus pecados. Se sentó en la fila delantera, luego se arrodilló, mientras giraba la cabeza para poder observar la parte posterior de la iglesia. El padre alto estaba de pie en la entrada, su atención concentrada en el alboroto de la calle. Afuera se oía el lejano gemido de sirenas que se acercaban cada vez más.

Bourne se incorporó y se dirigió al segundo confesionario. Corrió la cortinilla y miró dentro, encontró lo que esperaba. Sólo el método empleado seguía siendo un misterio.

Jacqueline Lavier estaba muerta; su cuerpo desplomado hacia delante, y hacia un lado, sostenido por el reclinatorio, con la cara hacia arriba, los ojos abiertos de par en par, mirando en la muerte hacia el techo. Su abrigo estaba abierto, y la tela del vestido, empapada en sangre. El arma era un abrecartas largo y delgado, que le habían clavado encima del pecho izquierdo. Sus dedos estaban apretados alrededor de la empuñadura, y sus uñas pintadas se confundían con el color de su sangre.

A sus pies había un bolso, no el que tenía aferrado en las manos diez minutos antes, sino un elegante bolso Yves St. Laurent, con sus iniciales estampadas en la tela, un escudo de la *haute couture.* La razón de su presencia allí era clara para Jason: en su interior había papeles que identificaban a aquella suicida trágica, a aquella mujer sobreexcitada, tan abrumada de aflicción que se había quitado la vida mientras buscaba ser absuelta a los ojos de Dios. Carlos era minucioso, brillantemente minucioso.

Bourne cerró la cortina y se alejó del confesionario. En lo alto de una torre repicaron espléndidas las campanadas del *Ángelus* matutino.

El taxi vagó sin meta fija por entre las calles de Neuilly-sur-Seine, con Jason en el asiento trasero, mientras en su mente las ideas se sucedían con rapidez.

No tenía sentido esperar, e incluso tal vez fuera peligroso hacerlo. Las estrategias se modificaban a medida que cambiaban las condiciones, y las cosas habían tomado repentinamente un giro: todavía era un personaje valioso. Entonces, Bourne comprendió. Jacqueline Lavier no encontró la muerte por haber sido desleal a Carlos, sino más bien por haberle desobedecido. Había ido a Pare Monceau: ése fue su imperdonable error.

Había otro transmisor conocido en «Les Classiques»: un operador de conmutador de cabello gris llamado Philipe d'Anjou, cuyo rostro evocaba imágenes de violencia y oscuridad y dispersos fogonazos de luz y de sonido. Estaba en el pasado de Bourne, Jason se hallaba seguro de ello, y por esa *razón* debía tener cautela; no podía saber qué significaba en realidad aquel hombre para él. Pero era un transmisor, y sin duda también él, como Lavier estaría vigilado, representaría un cebo adicional para otra trampa, un cebo que sería eliminado tan pronto como se cerrara la trampa.

¿Eran sólo ellos dos? ¿Había otros? ¿Tal vez un dependiente oscuro y sin rostro, que no era en realidad un empleado, sino otra cosa? Un proveedor que pasaba horas en Saint-Honoré legítimamente empeñado en la causa de la *haute couture,* pero con otra causa que era mucho más vital para él. O para ella. O el musculoso diseñador, Rene Bergeron, cuyos movimientos eran tan rápidos y... *fluidos.*

De repente Bourne se puso rígido, con la nuca aplastada contra el asiento, al evocar un recuerdo reciente. *Bergeron.* La tez de tono oscuro, los anchos hombros realzados por mangas angostas y arremangadas... hombros que flotaban sobre una cintura fina, debajo de la cual unas piernas firmes se movían con rapidez, como las de un animal, un felino.

¿Sería posible? ¿Eran las demás conjeturas tan sólo fantasmas, fragmentos mezclados de imágenes familiares que él se había convencido podían ser Carlos? ¿Estaba el asesino, desconocido para sus transmisores, bien metido en su propia organización, controlando y decidiendo cada movimiento? ¿Era *Bergeron?*

Tenía que encontrar un teléfono en seguida. Cada minuto que perdía era un minuto que lo alejaba más de la respuesta, y demasiados minutos significaban que no habría ninguna respuesta en absoluto. Pero él no podía efectuar la llamada; la secuencia de acontecimientos había sido demasiado rápida, debía reprimirse, almacenar su propia información.

-En la primera cabina telefónica que vea, deténgase -le dijo al chofer, quien se sentía aún agitado por el caos en la iglesia del Santísimo Sacramento.

-Muy bien, señor. Pero si el señor quisiera comprender, ya ha pasado sobradamente la hora en que debía presentarme a la flota de taxis en el garaje.

-Comprendo.

-Ahí tiene un teléfono.

-Muy bien. Aparque allí.

La cabina telefónica roja, con los cristales brillando a la luz del sol, parecía una gran casa de muñecas, y en el interior olía a orina. Bourne marcó el número de la «Terrasse», insertó las monedas y pidió que le comunicaran con la habitación 420. Marie respondió.

-¿Qué ha ocurrido?

-No tengo tiempo de explicártelo. Quiero que llames a «Les Classiques» y pidas hablar con Rene Bergeron. D'Anjou probablemente estará en el conmutador; inventa un nombre y dile que has estado tratando de ponerte en contacto con Bergeron en la línea privada de Lavier durante la última hora. Dile que es urgente, que tienes que hablar con él.

-Cuando se ponga al aparato, ¿qué le digo?

-No creo que lo haga, pero si lo hace, corta la comunicación. Y si, en cambio, es D'Anjou quien reaparece en la línea, pregúntale cuándo esperan que regrese Bergeron. Te llamaré dentro de tres minutos.

-Querido, ¿estás bien?

-He pasado por una profunda experiencia religiosa. Ya te lo contaré más tarde.

Jason mantuvo los ojos clavados en su reloj, en los pequeños e infinitesimales saltos de aquella manecilla fina y delicada que parecía moverse con angustiosa lentitud. Comenzó su propia cuenta atrás a los treinta segundos,

basándose en los latidos que le golpeaban la garganta y calculando que dos y medio equivalían a un segundo. Comenzó a marcar a los diez segundos, introdujo las monedas, a las cuatro, y estaba hablando con el conmutador de la «Terrasse» a las menos cinco. Marie contestó en el instante mismo en que comenzó a sonar el teléfono.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Jason-. Creía que aún estarías hablando.

-Ha sido una conversación muy breve. Creo que d'Anjou ha estado muy cauteloso. Es posible que tenga una lista de las personas a quienes se les ha dado el número privado; no lo sé con certeza. Pero me ha parecido lejano, vacilante.

-¿Qué te ha dicho?

-Que *Monsieur* Bergeron está en viaje de negocios por el Mediterráneo, buscando telas. Que partió esta mañana y no se lo espera de regreso hasta dentro de varias semanas.

-Es posible que yo lo vea a varios cientos de kilómetros del Mediterráneo.

-¿Adonde?

-En la iglesia. Si *era* Bergeron, le dio la absolución a alguien con la punta de un instrumento muy delgado.

-¿De qué estás hablando?

-Lavier está muerta.

-¡Oh, Dios mío! ¿Qué piensas hacer?

-Hablar con un hombre que creo que la conocía. Si tiene una pizca de sensatez, me escuchará. Está condenado a muerte.

30

-D'Anjou.

-¿Delta? Me preguntaba cuándo... creo que reconocería tu voz en cualquier parte.

¡Lo había dicho! Había pronunciado el nombre. El nombre que no significaba nada para él y que, sin embargo, lo era todo. D'Anjou sabía. Philippe d'Anjou era parte de aquel pasado olvidado. Delta. Caín es Charlie, y Delta es Caín. Delta. Delta. ¡Delta! ¡Él conocía a ese hombre, y *ese hombre sabia la respuesta! Alfa*, *Bravo, Caín, Delta, Eco, Foxtrot...*

Medusa.

-Medusa -dijo, en voz baja, repitiendo el nombre que era un alarido silencioso en sus oídos.

-París no es Tam Quan, Delta. Ya no hay deudas entre nosotros. No intentes que te pague. Ahora trabajamos para diferentes jefes.

-Jacqueline Lavier está muerta. Carlos la ha matado en Neuilly-sur-Seine hace menos de treinta minutos.

-No esperarás que te crea. Hace unas dos horas Jacqueline estaba a punto de abandonar Francia. Ella misma me ha llamado desde el aeropuerto de Orly. Piensa encontrarse con Bergeron...

-¿Que se fue al Mediterráneo en busca de telas?

-interrumpió Jason. D'Anjou hizo una pausa.

-La mujer que llamó preguntando por René. Por algo me resultó sospechosa. Pero eso no cambia nada. Yo hablé con Jacqueline; me llamó desde Orly.

-Se suponía que debía hacerlo. ¿Te pareció tranquila?

-Estaba inquieta, y nadie mejor que tú para adivinar el motivo. Has hecho un trabajo excelente. Delta. O Caín. O como te llames ahora. Por supuesto que estaba hecha un manojo de nervios. Por eso se aleja de aquí por un tiempo.

-Por eso está muerta. El siguiente serás tú.

-Las últimas veinticuatro horas han sido dignas de ti. Esto, no.

-La siguieron; lo mismo hacen contigo. Te vigilan en todo momento.

-Si es así, será para protegerme.

-Y entonces, ¿por qué la Lavier está muerta?

-No creo que lo esté.

-¿Te parece una persona capaz de suicidarse?

-Jamás.

-Entonces llama a la rectoría de la iglesia del Santísimo Sacramento en Neuilly-sur-Seine. Pregunta detalles sobre una mujer que se suicidó mientras se confesaba. ¿Qué puedes perder? Te volveré a llamar.

Bourne cortó la comunicación y salió de la cabina. Descendió de la vereda en busca de un taxi. La próxima llamada a Philippe d'Anjou la realizaría a no menos de diez manzanas de distancia. El hombre de Medusa no se convencería con facilidad y, en el ínterin, Jason no estaba dispuesto a arriesgarse a que algún dispositivo electrónico descubriera la localización de la llamada.

¿Delta? Creo que reconocería tu voz en cualquier parte... París no es Tam Quan. Tam Quan... Tam Quan. ¡Tam Quan! Caín es Charlie y Charlie es Caín. ¡Medusa!

¡Basta! No pienses en esas cosas... No debes hacerlo. Concéntrate en lo que *es.* En el ahora. En *ti.* No en lo que los demás dicen que eres; ni siquiera en lo que tú crees que eres. Sólo en el ahora. Y el ahora es un hombre que puede darte las respuestas.

Trabajamos para diferentes jefes...

Ésa era la clave.

¡Dime! ¡Por el amor de Dios, dime! ¿Quién es él? ¿Quién es mi jefe, D'Anjou?

Un taxi viró de repente y se detuvo peligrosamente cerca de sus rodillas. Jason abrió la portezuela y subió.

-Place Vendóme -dijo al chófer, sabiendo que quedaba cerca de Saint-Honoré. Era imperativo que estuviera lo más cerca posible para poner en marcha la estrategia que estaba comenzando a planear. Él llevaba la ventaja; era cuestión de usarla con un doble propósito. Debía convencer a D'Anjou de que sus seguidores eran también sus verdugos. Pero lo que esos hombres no podían saber era que alguien más los seguiría a *ellos.*

Place Vendóme estaba atestada de gente, como de costumbre y, también como de costumbre, el tráfico parecía enloquecido. Bourne vio una cabina telefónica en la esquina y se apeó del taxi. Entró en la cabina, y marcó el número de «Les Classiques»; habían pasado catorce minutos desde su llamada de Neuilly-sur-Seine.

-¿D'Anjou?

-Una mujer se suicidó mientras se estaba confesando, eso es todo lo que sé.

-¡Oh, vamos, no me digas que te contentas con esa explicación! A Medusa no le resultaría satisfactoria.

-Dame un momento para poner el conmutador en automático. -La línea quedó cortada durante unos cuantos minutos. D'Anjou regresó-. Una mujer de edad mediana, cabello canoso, ropas caras y un bolso Sí. Laurent. Eso es como describir a diez mil mujeres de París. ¿Cómo sé que no te apoderaste de una de ellas, la mataste y luego la usaste como pretexto para esta llamada?

-¡Oh, claro, la llevé a la iglesia en brazos como una *pietà,* mientras la sangre que brotaba de sus estigmas goteaba sobre las naves! Sé razonable, D'Anjou. Comencemos por lo más obvio. El bolso no era de ella; Jacqueline llevaba uno de cuero blanco. No me parece probable que estuviera dispuesta a hacer publicidad a una casa rival suya.

-Lo cual no hace sino confirmar lo que te digo. No era Jacqueline Lavier.

-Ello confirma mi teoría. Los documentos que había en el bolso la identificaban como otra persona. El cuerpo será reclamado de inmediato; nadie debe tocar a «Les Classiques».

-¿Sólo porque tú lo dices?

-No. Porque es el método empleado por Carlos por lo menos en cinco asesinatos que puedo enumerarte *-y podía hacerlo. Eso era lo más alarmante-.* Un hombre es eliminado, *la Policía cree que se trata* de otra persona, la muerte es un misterio; los asesinos, desconocidos. Luego descubren que se trata en realidad de alguien distinto, pero a tales alturas, Carlos se encuentra ya en otro país, y ya ha cumplido otro contrato. Lavier fue un variante de ese método, nada más.

-No son más que palabras, Delta. Jamás hablabas mucho, pero cuando lo hacías, sabías elegir las palabras adecuadas.

-Y si tú estuvieras en Saint-Honoré dentro de tres o cuatro semanas, cosa que no ocurrirá, verías por ti mismo cómo acaba esta historia. Un accidente aéreo o un barco perdido en el Mediterráneo. Cuerpos quemados más allá de toda posibilidad de identificación, o, sencillamente, desaparecidos. Y, sin embargo, las identidades de las personas estarán claramente establecidas: Lavier y Bergeron. Pero sólo uno de ellos está en realidad muerto: Madame Lavier. Monsieur Bergeron es un privilegiado; mucho más de lo que supones. Bergeron estará de vuelta haciendo negocios. Y en cuanto a ti, te habrás convertido en una simple estadística en la morgue de París.

-¿Y tú?

-De acuerdo con los planes, yo también estaré muerto. Piensan aprehenderme por intermedio tuyo.

-Es lógico. Ambos somos de Medusa, y ellos lo saben; Carlos lo sabe. Cabe suponer que me reconocerías.

-¿Y tú a mí no? D'Anjou hizo una pausa.

-Sí -respondió-. Como ya te dije, ahora trabajamos para distintos jefes.

-De eso quisiera hablar.

-Nada de conversaciones, Delta. Pero en recuerdo de los viejos tiempos, por lo que hiciste por nosotros allá en Tam Quan, hazle caso a un miembro de

Medusa: sal de París, o te convertirás en el hombre muerto que acabas de mencionar.

-No puedo irme.

-Tienes que hacerlo. Si se me presenta la oportunidad, yo mismo apretaré el gatillo, y me pagarán una buena suma por ello.

-Entonces te daré esa oportunidad.

-Perdóname si te digo que me parece ridículo.

-Tú no sabes qué es lo que quiero, ni cuánto estoy dispuesto a arriesgar para obtenerlo.

-Sé que, sea cual fuere tu objetivo, te arriesgarás por él. Pero los que correrán más peligro serán tus enemigos. Te conozco bien, Delta. Bueno, debo regresar al conmutador. Te desearía buena caza, pero...

Era el momento indicado para utilizar la única arma que le quedaba, la única amenaza que podría hacer que D'Anjou siguiera hablando con él.

-¿Adonde pedirás instrucciones ahora que Pare Monceau ha sido eliminado?

El silencio de D'Anjou acentuó la tensión. Cuando respondió, su voz era un susurro.

-*¿Qué has dicho?*

-Por eso la mataron. Por eso te matarán también a ti. Ella fue a Pare Monceau y murió por ese motivo. Tú has estado en Pare Monceau y también morirás por ello. Carlos ya no se puede permitir el lujo de que permanezcas con vida: sabes demasiado. ¿Por qué poner en peligro toda una organización tan bien montada? Te usará para atraparme, luego te matará a ti y creará otro «Les Classiques». De un miembro de Medusa a otro, ¿puedes poner en duda mis palabras?

El silencio fue más prolongado, más intenso que el anterior. Era evidente que el otro integrante de Medusa se estaba formulando algunas preguntas difíciles.

-¿Qué quieres de mí? Excepto yo mismo, por supuesto. Deberías saber que los rehenes no sirven para nada. Y, sin embargo, me provocas, me sorprendes con lo que has descubierto. Yo no te sirvo para nada ni vivo ni muerto; por tanto, ¿qué deseas de mí?

-Información. Si la tienes, me iré de París esta misma noche, y ni Carlos ni tú volveréis jamás a tener noticias mías.

-¿Qué información?

-Si te lo digo ahora, me contestarás con una mentira. Al menos eso haría yo. Pero cuando estemos frente a frente me dirás la verdad.

-¿Con un alambre alrededor del cuello?

-¿En medio del gentío?

-¿Del gentío? ¿A la luz del día?

-Dentro de una hora. Fuera del Louvre. Cerca de la escalinata. En la parada de taxis.

-¿En el Louvre? ¿En medio del gentío? ¿Quieres que te dé información que hará que te vayas de aquí? Supongo que no pretendes que te hable de mi jefe.

-No del tuyo. Del mío.

-¿Treadstone?

Él sabía. Philippe d'Anjou conocía la respuesta. Tranquilízate. No dejes que se note la ansiedad que sientes.

-Setenta y Uno -completó Jason-. Sólo una pregunta y desapareceré. Y cuando me des la respuesta, la verdad, yo te daré algo a cambio.

-¿Qué podría querer yo de ti? ¿Que no fueras tú mismo?

-Información que puede hacer que conserves el pellejo. No es ninguna garantía, pero créeme si te digo que sin ella no estarás vivo. *Pare Monceau,* D'Anjou.

Silencio otra vez. Bourne se imaginaba a aquel ex miembro de Medusa con el cabello gris, la mirada perdida en el conmutador que tenía delante, y el nombre de ese elegante distrito de París reseñándole en la cabeza con intensidad cada vez mayor. *Pare Monceau* equivalía a la muerte, y D'Anjou lo sabía con la misma certeza que Jason sabía que la mujer muerta en Neuilly-sur-Seine era Jacqueline Lavier.

-¿Qué tipo de información sería ésta? -preguntó D'Anjou.

-La identidad de tu jefe. Un nombre y pruebas suficientes para que lo metas en un sobre lacrado y se lo des a un abogado para que lo guarde mientras estés con vida. Pero si llegaras a morir de forma no natural, o incluso accidental, tendría instrucciones de abrir el sobre y revelar su contenido. Es una forma de protección, D'Anjou.

-Comprendo -replicó lentamente el ex hombre de Medusa-. Pero tú dices que me vigilan, que me siguen.

-Cúbrete -dijo Jason-. Diles la verdad. Tienes un número de teléfono al que puedes llamar, ¿no es así?

-Sí, hay un número, un hombre. La voz del mayor de los dos hombres subió ligeramente de tono por la sorpresa.

-Llámalo, dile exactamente lo que te he dicho... Excepto lo relativo a nuestro intercambio, desde luego. Dile que me he puesto en contacto contigo, que quiero que nos veamos. Que el encuentro se llevará a cabo fuera del Louvre, dentro de una hora. La verdad.

-Has perdido el juicio...

-Sé lo que hago.

-Solías saberlo. Te estás abriendo tu propia trampa; estás montando tu propia ejecución.

-Entonces es posible que recibas una sustanciosa recompensa.

-O que me ejecuten, si lo que dices es cierto.

-Averigüémoslo. Me pondré en contacto contigo de una u otra forma, te doy mi palabra. Tienen mi fotografía; me reconocerán en cuanto lo haga. Es mejor una situación controlada que una en la que no existe ningún tipo de control.

-Ahora reconozco a Delta -dijo D'Anjou-. Él no crea su propia trampa; no camina frente a un pelotón de fusilamiento y pide que le venden los ojos.

-No, en efecto, no lo hace -convino Bourne-. No tienes otra salida, D'Anjou. Dentro de una hora. Fuera del Louvre.

El éxito de cualquier trampa reside en su simplicidad fundamental. La trampa invertida, por la naturaleza de su única complicación, debe ser rápida y aún más sencilla.

Recordó las palabras mientras aguardaba dentro del taxi en Saint-Honoré, frente a «Les Classiques». Había dicho al chófer que diera un par de vueltas a la manzana, simulando ser un turista norteamericano cuya esposa estaba de compras en la zona de la *haute couture.* Tarde o temprano saldría de una de las tiendas y la encontraría.

A los que encontró fue a los hombres de Carlos. La antena con tope de goma del sedán negro era a la vez la prueba y la señal de peligro. Se sentiría mucho más seguro si pudiera eliminar aquel transmisor de radio, pero no tenía cómo hacerlo. La otra alternativa era suministrarle información falsa. En algún momento, durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, Jason haría lo posible por lograr que aquella radió transmitiera un mensaje falso. Desde su posición oculta, en el asiento trasero del taxi, estudió a los dos hombres que estaban dentro del automóvil, al otro lado de la calle. Si había algo que los destacaba de entre los cientos de otros hombres parecidos a ellos en Saint-Honoré, era el hecho de que no hablaban entre sí.

Philippe d'Anjou salió a la calle, tocado con un sombrero gris de alas anchas que le cubría sus cabellos grises. Escrutó la calle con la mirada, lo cual le indicó a Bourne que el ex integrante de Medusa se había cubierto. Había marcado su número; había transmitido la sorprendente información; sabía que los hombres que se encontraban en el automóvil estaban preparados para seguirlo.

Un taxi, aparentemente pedido por teléfono, se detuvo junto a la vereda. D'Anjou dijo algo al conductor y subió al taxi. Al otro lado de la calle, una antena comenzó a emerger ominosamente de su base; la cacería había comenzado.

El sedán arrancó detrás del taxi de D'Anjou; era la confirmación que Jason necesitaba. Se inclinó hacia delante y habló al chofer:

-¡Lo había olvidado! -comentó con irritación-. Me dijo que esta mañana iría al Louvre, y que haría las compras por la tarde. ¡Ya hace más de media hora que debía encontrarme con ella allá! Lléveme al Louvre, por favor.

-Mais oui, monsieur, Le Louvre.

En dos oportunidades, en aquel corto viaje hasta la fachada monumental que daba al Sena, el taxi de Jason se adelantó al sedán negro, para luego ser pasado por éste. La proximidad le dio a Bourne la oportunidad de ver exactamente lo que necesitaba. El hombre que estaba junto al conductor hablaba continuamente ante un micrófono que tenía en la mano. Carlos se estaba asegurando de que en la trampa no hubiera ningún cabo suelto; otros se iban aproximando para llevar a cabo la ejecución. Llegaron a la enorme entrada del Louvre.

-Póngase en fila detrás de esos taxis -dijo Jason.

-Pero ésos están libres y esperan pasajero, señor. Yo tengo uno: *usted* es mi pasajero. Lo llevaré a la...

-Haga lo que le digo -replicó Bourne, deslizando un billete de cincuenta francos por encima del asiento.

El chofer viró bruscamente y se colocó en fila. El sedán negro estaba a veinte metros de distancia, a la derecha; el hombre que sostenía el micrófono había girado en su asiento y miraba por la ventanilla trasera izquierda. Jason siguió su mirada y vio lo que había supuesto. A unos cincuenta metros hacia el Oeste, en aquella inmensa área, había un automóvil gris, el mismo que había seguido a Jacqueline Lavier y a la esposa de Villiers a la iglesia del Santísimo Sacramento y

había sacado luego a toda velocidad a la segunda de las mujeres de Neuilly-sur-Seine después que ésta había acompañado a Lavier a hacer su última confesión. Su antena se retraía ahora hacia la base. A la derecha, el hombre de Carlos ya no sostenía el micrófono. La antena del sedán negro también estaba desapareciendo de la vista; habían establecido contacto y confirmado la posición del blanco. Cuatro hombres. Eran los verdugos de Carlos.

Bourne se concentró en el gentío que se encontraba frente a la entrada del Louvre y en seguida descubrió a D'Anjou, elegantemente vestido. Iba y venía lenta y cautelosamente, junto al enorme bloque de granito blanco que flanqueaba la escalinata de mármol a mano izquierda.

Ahora. Había llegado el momento de enviar la información falsa.

-Sálgase de la fila -ordenó Jason.

-¿Qué, señor?

-Le daré doscientos francos si hace exactamente lo que le digo. Salga de aquí y vaya hasta el comienzo de la fila, luego gire dos veces a la izquierda y regrese por el otro carril.

-¡No lo entiendo, señor!

-No tiene por qué entender nada. Trescientos francos.

El chofer viró hacia la izquierda, *avanzó* hasta el principio de la fila, y dio un giro violento hacia la izquierda, hacia donde estaba la hilera de coches aparcados. Bourne extrajo la automática del cinturón y se la colocó entre las rodillas. Examinó el silenciador, asegurándose de que el cilindro estuviera bien ajustado.

-¿Adonde desea que lo lleve, señor? -preguntó el perplejo chófer cuando entraban en el carril que los conducía una vez más a la entrada del Louvre.

-Disminuya la velocidad -dijo Jason-. Ese coche gris grande que está delante de nosotros, el que apunta hacia la salida al Sena..., ¿lo ve usted?

-Por supuesto.

-Dé la vuelta alrededor de él, lentamente, hacia la derecha.

Bourne se deslizó en el rincón izquierdo del asiento y bajó la ventanilla, ocultando la cabeza y el arma. Sacaría a relucir ambas en unos pocos segundos.

El taxi se aproximó al maletero del sedán, y el conductor volvió a girar el volante. Los dos automóviles estaban ahora paralelos. Jason dejó ver su rostro y su arma. Apuntó hacia la ventanilla trasera del sedán gris e hizo cinco disparos, uno tras otro, destrozando los vidrios y cogiendo por sorpresa a los dos hombres, quienes se gritaron mutuamente y se parapetaron tras los marcos de las ventanillas, bajo los asientos delanteros. Pero lo habían visto. Ésa era la información falsa.

-¡Salgamos de aquí! -gritó Bourne al aterrado chófer, mientras le arrojaba trescientos francos por encima del asiento y tapaba la ventanilla posterior con su sombrero. El taxi salió disparado hacia las puertas de piedra del Louvre.

Ahora.

Jason se tiró hacia atrás en el asiento, abrió la puerta y rodó por la calle empedrada, gritándole al mismo tiempo las últimas instrucciones al conductor.

-¡Si quiere seguir con vida, desaparezca de aquí!

El taxi se lanzó a toda velocidad, con el chofer dando alaridos. Bourne se zambulló entre dos coches aparcados, oculto ahora del sedán gris, y se incorporó con mucha lentitud, espiando por entre las ventanillas. Los hombres de Carlos

eran veloces, profesionales, y no perdieron un instante en iniciar la caza. Mantenían a la vista el taxi, cuyo motor no podía compararse con el del potente sedán, y en aquel taxi iba el blanco. El hombre que iba al volante pisó el acelerador y arrancó de prisa, mientras su compañero empuñaba el micrófono y la antena volvía a emerger. Le estaban gritando órdenes a otro sedán que estaba más próximo a las escalinatas de piedra. El taxi viró bruscamente hacia una calle que corría junto al Sena, seguido muy de cerca por el inmenso coche gris. Cuando pasaron a escasos centímetros de Jason, las expresiones de los hombres lo decían todo. Tenían a Caín a la *vista,* la trampa se había cerrado, y en pocos minutos se ganarían el sueldo que cobraban.

La trampa invertida, por la naturaleza de su única complicación, debe ser rápida y aún más sencilla...

En pocos minutos... Sólo debía aguardar unos pocos minutos si estaba en lo cierto. ¡D'Anjou! El contacto había desempeñado su papel -un papel menor, por cierto-, y era desechable... Como Jacqueline Lavier había sido desechable...

Bourne saltó entre los coches y empezó a correr hacia donde se encontraba el sedán negro; estaba sólo a cincuenta metros. Podía ver a los dos hombres: estaban convergiendo sobre Philippe d'Anjou, quien seguía caminando frente a la escalinata de mármol. Un disparo certero de cualquiera de los dos hombres y D'Anjou sería hombre muerto. Y Treadstone Setenta y Uno se perdería con él. Jason corrió más rápido, con la mano metida en el abrigo, empuñando la pesada automática.

Los hombres de Carlos estaban ahora a pocos metros de distancia, preparándose para una ejecución rápida, para abatir al condenado a muerte antes de que éste comprendiera lo que estaba corriendo.

-*¡Medusa!* -rugió Bourne, sin saber por qué gritaba aquel nombre en lugar del de D'Anjou-. ¡Medusa..., *Medusa!*

La cabeza de D'Anjou dio una sacudida, su rostro se demudó. El conductor del sedán negro había girado, y su revólver apuntaba ahora a Jason, mientras su compañero se acercaba al lugar donde se encontraba D'Anjou, con el arma apuntando al ex integrante de Medusa. Bourne se zambulló hacia la derecha, con la automática extendida hacia delante, sostenida con ambas manos. Disparó al aire, pero apuntando a un blanco certero; el hombre que se acercaba a D'Anjou se arqueó hacia atrás, al tiempo que las piernas le quedaron paralizadas; por último, se desplomó sobre el empedrado. Las balas silbaron sobre la cabeza de Jason, y fueron a incrustarse en la superficie metálica que estaba detrás de él. Rodó hacia la izquierda, con el arma otra vez preparada, apuntando al segundo hombre. Apretó dos veces el gatillo; el conductor lanzó un grito, y un borbotón de sangre le cubrió el rostro mientras se derrumbaba.

La histeria hizo presa en la muchedumbre. Hombres y mujeres gritaban, los padres cubrían a sus hijos con sus cuerpos, otros trepaban por las escaleras a toda prisa hacia el interior del Louvre, al tiempo que los guardias pugnaban por salir.

Bourne se incorporó, buscando a D'Anjou, El hombre de más edad se había lanzado detrás de la mole de granito blanco, y su enjuta figura asomaba, aterrada y torpe, de su escondite. Jason se abrió paso a toda velocidad entre la muchedumbre llena de pánico, colocándose la automática en el cinturón y apartando los cuerpos histéricos que lo separaban del hombre que podía darle las respuestas que necesitaba. Treadstone. *¡Treadstone!*

Por fin llegó junto al hombre de cabellos grises, su antiguo camarada de Medusa.

-¡Levántate! -le ordenó-. ¡Vayámonos de aquí!

-¡Delta...! ¡Era uno de los hombres de Carlos! Lo conozco bien, ¡lo he *usado!* ¡Iba a matarme!

-Lo sé. ¡Vamos! ¡Rápido! Los otros volverán; comenzarán a buscarnos. ¡Vamos, te digo!

Bourne sintió de repente la presencia de una sombra negra. Se volvió como un rayo al tiempo que, instintivamente, empujaba a D'Anjou al suelo, y cuatro disparos brotaron de una pistola empuñada por una figura oscura apostada junto a la fila de taxis. Alrededor de ellos volaron fragmentos de granito y de mármol. ¡Era *él!* Los hombros anchos y pesados, la cintura angosta destacada por un ceñido traje oscuro... el rostro de tez oscura enmarcado por una bufanda de seda blanca y el sombrero negro de ala angosta. ¡Carlos!

¡Aprehende a Carlos! ¡Atrapa a Carlos! ¡Caín es Charlie v *Delta es Caín!* Falso!

¡Busca a Treadstone! Busca un mensaje dirigido a un hombre! ¡Busca a Jason Bourne!

¡Se estaba volviendo loco! Imágenes borrosas de su pasado convergían con la terrible realidad del presente y lo sacaban de quicio. Las puertas de su mente se abrían y se cerraban, se abrían con un golpe y se cerraban con otro; en un momento, una luz cegadora; al siguiente, una oscuridad total. Las sienes comenzaron a dolerle de nuevo; eran punzadas que parecían truenos ensordecedores. Comenzó a correr tras el hombre del traje negro y bufanda de seda blanca. Entonces vio los ojos y el cañón del arma, tres órbitas oscuras que apuntaban hacia él como rayos láser. ¿Bergeron.. ? ¿Era Bergeron? *¿Era* él? O Zurich... o... ¡Ya no había tiempo!

Amagó hacia la izquierda, y luego se zambulló hacia la derecha, poniéndose fuera de la línea de fuego. Las balas llovían sobre la piedra, y cada explosión iba seguida por el estrépito que producían al rebotar contra su superficie. Jason se tiró bajo un coche aparcado, entre las ruedas observó que la figura de negro escapaba hasta desaparecer. El dolor persistió, pero los truenos cesaron. Reptó por el empedrado hasta salir de su guarida, se puso de pie y corrió de nuevo hacia la escalinata del Louvre.

¿Qué había hecho? ¡D'Anjou había desaparecido! ¿Cómo había ocurrido aquello? La trampa invertida no había sido ninguna trampa en absoluto. Su plan se había vuelto contra él, permitiendo que escapara el único hombre que podía proporcionarle las respuestas, ¡Había perseguido a los hombres de Carlos, y Carlos lo había perseguido, *a él!* Desde Saint-Honoré. Todo había sido inútil; lo embargó una desesperante sensación de vacío.

Y entonces escuchó las palabras, pronunciadas desde el otro lado de un automóvil cercano. Philippe d'Anjou se asomó cautelosamente.

-Parece como si Tam Quan nunca estuviera demasiado lejos. ¿Adonde iremos, Delta? No podemos permanecer aquí.

Se sentaron en un compartimiento con cortinillas de un atestado café de la rué Pilón, callejuela que era algo más que un pasaje en Montmartre. D'Anjou bebía su coñac doble, mientras decía en voz baja y tono reflexivo:

-Regresaré a Asia. A Singapur, o a Hong Kong, o incluso a las Seychelles. Francia nunca ha sido un lugar demasiado bueno para mí; ahora es sinónimo de muerte.

-Tal vez no sea preciso que te alejes -replicó Bourne mientras bebía el whisky-. Te lo dije en serio. Dime lo que quiero saber, y te daré... -se interrumpió lleno de dudas; no, estaba decidido a decirlo-. Te daré la identidad de Carlos.

-No me interesa en absoluto -replicó D'Anjou con los ojos clavados en Jason-. Te diré lo que pueda. No veo por qué he de callarme nada. Es obvio que no lo acusaré ante las autoridades, pero si tengo información que pueda ayudarte a aprehender a Carlos, el mundo se convertirá en un lugar más seguro para mí, ¿no lo crees? Sin embargo, personalmente no deseo verme envuelto en ese tipo de cosas.

-¿Ni siquiera sientes curiosidad.

-Tal vez sólo en un sentido académico, pues por tu expresión adivino que será una sorpresa para mí. De modo que suelta de una vez las preguntas y luego sorpréndeme.

-Quedarás sorprendido.

De improviso, D'Anjou pronunció el nombre con toda calma:

-¿Bergeron?

Jason no se movió; atónito, se quedó mirando al hombre de más edad. D'Anjou siguió hablando.

-Lo he pensado una y otra vez. Cada vez que hablo con él, lo miro y me pregunto. Sin embargo, siempre acabo por rechazar la idea.

-¿Por qué? -interrumpió Bourne, sin querer dar su brazo a torcer.

-Te aclaro que no estoy seguro; es sólo una corazonada. Tal vez se deba a que me he enterado de más cosas sobre Carlos de labios de Rene Bergeron que de ninguna otra fuente. Está obsesionado con Carlos; hace muchos años que trabaja para él, y se siente muy orgulloso de contar con su confianza. El único problema es que habla *demasiado* de él.

-¿El ego que se expresa, aparentemente, a través de otro?

-Tal vez, pero no es coherente con todas las precauciones que toma Carlos, ese muro literalmente impenetrable de misterio que ha erigido en torno a él. No tengo una certeza total, por supuesto, pero dudo mucho de que se trata de Bergeron.

-Has sido tú el que ha aludido a él, no yo.

D'Anjou sonrió.

-No tienes por qué preocuparte, Delta. Formula tus preguntas.

-Pensé que *era* Bergeron. Lo siento.

-No lo sientas tanto, pues quizá sea él. Ya te dije que no me importa. Dentro de pocos días estaré de regreso en Asia, persiguiendo el franco, o el dólar, o el yen. Nosotros, los de Medusa, siempre estamos llenos de recursos, ¿no es así?

Jason no supo por qué, pero de pronto recordó el rostro macilento de André Villiers. Se había prometido tratar de averiguar todo lo posible para el viejo soldado. Y no tendría otra oportunidad para hacerlo.

-¿Qué papel desempeña la esposa de Villiers en todo esto? Las cejas de D'Anjou se arquearon:

-¿Angélique? Pero, por supuesto, tú te has referido a Pare Monceau, ¿no es verdad? ¿Cómo...?

-Por cierto que para mí no son importantes.

-Los detalles no interesan en este momento.

-¿Qué me dices de ella? -lo presionó Bourne.

-¿La has mirado con atención? Me refiero a su tez.

-He estado lo suficientemente cerca de ella. Está muy bronceada. Es muy alta y está muy bronceada; se cuida mucho de mantener su piel bronceada: la Riviera, las islas griegas, la Costa del Sol, Gstaad. Siempre con la piel bañada por el sol.

-Le sienta muy bien.

-Sí. Y es también un recurso muy inteligente. Disimula su verdadero aspecto. Para ella no existe la palidez del otoño ni del invierno. El tono atractivo de la piel siempre está allí, porque estarla allí de todos modos. Con o sin Saint-Tropez, la Costa Brava o los Alpes.

-¿Qué quieres decir?

-Que aunque se supone que la atractiva Angélique Villiers es parisiense, no lo es. Es latinoamericana. Venezolana, para ser precisos.

-Sánchez -susurró Bourne-. Ilich Ramírez Sánchez.

-Sí. Se dice que es prima hermana de Carlos, y su amante desde los catorce años. Se rumorea que es la única persona en la Tierra que a él le importa algo.

-¿Y Villiers es, sin saberlo, el zángano que conquista a la abeja reina?

-¿Utilizas el lenguaje de Medusa, Delta? -D'Anjou asintió con la *cabeza*- Sí, ése es Villiers. El plan brillantemente concebido por Carlos para tener acceso a muchos de los departamentos más impenetrables del Gobierno francés, incluyendo el expediente sobre el mismo Carlos.

-Un plan realmente brillante -replicó Jason, recordando-. Precisamente porque es inimaginable.

-Por completo.

Bourne se inclinó hacia delante.

-Treadstone -dijo, mientras aferraba con ambas manos su copa-. Háblame de Treadstone Setenta y Uno.

-¿Y qué podría decirte *yo* a *ti?*

-Todo lo que saben. Todo lo que sabe Carlos.

-No creo que sea *capaz* de hacer eso. Yo digo cosas, fragmentos aislados, luego lo reconstruyo, pero, excepto en lo concerniente a Medusa, no soy precisamente un consultor, y mucho menos un confidente.

Fue todo lo que Jason pudo hacer para dominarse: abstenerse de preguntar acerca de Medusa, Delta y Tam Quan; el viento que silbaba en la noche, la oscuridad, las expresiones de luz que lo cegaban cada vez que escuchaba esas palabras. Pero no podía preguntar nada al respecto; debía suponer ciertas cosas, no hacer referencia alguna a su propia pérdida, no dar ninguna indicación en tal sentido. Todo era cuestión de prioridades. Treadstone. Treadstone Setenta y Uno...

-¿Qué sabes de ello? ¿Qué has logrado reconstruir?

-Lo que he escuchado y lo que he logrado reconstruir no siempre fueron cosas compatibles. No obstante, ciertos hechos me resultaron evidentes.

-¿Como por ejemplo?

-Cuando vi que eras tú, lo supe en seguida. Delta había establecido un acuerdo lucrativo con los norteamericanos. Otro acuerdo lucrativo, aunque tal vez de índole distinta del anterior.

-Explícamelo mejor, te lo ruego.

-Hace once años se rumoreaba en Saigón que el helado Delta era el mejor pagado de todos los integrantes de Medusa. Sin la menor duda, tú eras el más capaz que *yo* conocía, así que di por sentado que te habrías metido en un asunto muy difícil. Y debes andar en otro infinitamente más complicado, a juzgar por lo que haces ahora.

-¿Y de qué se trata? Siempre de acuerdo con los rumores, por supuesto.

-Lo que ambos sabemos. Fue confirmado en Nueva York. El *Monje* lo confirmó antes de morir; al menos eso fue lo que me dijeron. Era coherente con el patrón desde el principio.

Bourne aferró la copa, evitando la mirada de D'Anjou. *El* Monje. *El* Monje. *No preguntes. El* Monje está *muerto, quienquiera que fuera y dondequiera que estuviera. Ya no es pertinente.*

-Te lo pregunto una vez más -dijo Jason-. ¿Qué suponen que hago ahora?

-Vamos, Delta; *yo soy* el que está a punto de partir. No tiene sentido...

-*Por favor* -lo interrumpió Bourne.

-De acuerdo. Tú aceptaste convertirte en Caín. En el mítico asesino con una interminable lista de contratos que jamás existieron, hechos de la nada, sustanciados por todo tipo de recursos fiables. Finalidad: desafiar a Carlos. «Desgastar su prestigio en cada oportunidad que tuvieras»; ésa fue la forma en que lo expresó Bergeron. Para bajarle el precio, hacer que todo el mundo se enterara de sus deficiencias, de tu superioridad. Básicamente, para sacar a Carlos del juego y apoderarse de él. Ése fue tu trato con los norteamericanos.

Rayos de su propio sol personal irrumpieron en los rincones oscuros de la mente de Jason. Allá lejos se entreabrían algunas puertas, pero estaban demasiado lejos, y sólo se abrían de forma parcial. Pero había luz donde antes existía oscuridad.

-Entonces, los norteamericanos son... -Bourne no terminó esa afirmación, deseando con todas sus fuerzas que D'Anjou lo hiciera por él.

-Sí -añadió D'Anjou-: Treadstone Setenta y Uno. La unidad más controlada del Servicio de Espionaje norteamericano desde las Operaciones Consulares del Departamento de Estado. Y fue creada por el mismo hombre que creó Medusa: David Abbott.

-*El Monje* -dijo Jason en voz baja, instintivamente: otra puerta entreabierta a lo lejos.

-Desde luego. ¿Ya qué otra persona le pediría que desempeñara el papel de Caín sino al hombre de Medusa conocido como Delta? Como te dije en cuanto te vi, lo supe.

-Un papel... -Bourne se interrumpió. La luz del sol era cada vez más brillante, pero no lo cegaba, sino que le proporcionaba calidez. D'Anjou se inclinó hacia delante.

-Desde luego, aquí es donde lo que escuché y lo que reconstruí son incompatibles. Se decía que Jason Bourne aceptó la misión por motivos que yo sabía no eran los verdaderos. Yo estaba allí, ellos no; no tenían cómo saberlo.

-¿Y qué fue lo que dijeron? ¿Qué escuchaste?

-Que tú eras miembro del Servicio Secreto Norteamericano, posiblemente militar. ¿Te imaginas? ¡Tú Delta! Un nombre lleno de desprecio por muchas cosas, entre las cuales la menor no era precisamente todo lo que fuera norteamericano. Le dije a Bergeron que era imposible, pero no estoy muy seguro de que me haya creído.

-¿Qué fue lo que dijiste?

-Lo que yo creía. Lo que sigo creyendo. No fue el dinero; ninguna suma de dinero podría haberte impulsado a hacerlo. Tenía que ser algo más. Creo que lo hiciste por el mismo motivo por el que, hace once años, tantos otros aceptaron integrar Medusa. Para hacer borrón y cuenta nueva y así poder recuperar algo que tenías antes, algo que se te estaba negando. No lo sé con certeza, desde luego, y tampoco espero que me lo confirmes, pero eso es lo que pienso.

-Es posible que tengas razón -replicó Jason, conteniendo el aliento; la fría brisa de la liberación soplaba sobre la bruma. *Tenía sentido. Se había enviado un mensaje. Tal vez fuera éste. Busca el mensaje. Busca al que lo envió. ¡Treadstone!*

-Lo cual nos lleva de vuelta -continuó D'Anjou- a todas las historias acerca de Delta. ¿Quién era? ¿Qué era? Este hombre educado y extrañamente sereno que podía transformarse en un arma letal en la jungla. Que se exigió a sí mismo y a los demás, más allá de lo soportable, por ningún motivo en absoluto. Jamás pudimos comprenderlo.

-Jamás hizo falta. ¿No hay nada más que puedas decirme? ¿Saben la situación precisa de Treadstone?

-Desde luego. Me enteré por Bergeron. Una residencia en la ciudad de Nueva York, en la calle Setenta y Uno Este. Número 139. ¿Es eso?

-Posiblemente... ¿Algo más?

-Sólo lo que evidentemente tú conoces, cuya estrategia, confieso, no logro comprender.

-¿A qué te refieres?

-A que los norteamericanos creen que has cambiado. O, mejor dicho: quieren que Carlos crea que ellos piensan que te has desviado.

-¿Por qué?

Ahora estaba muy cerca. ¡Era allí!

-La historia es un largo período de silencio que coincide con la inactividad de Caín. Amén de fondos robados; pero, en particular, el silencio.

Era eso. El mensaje. El silencio. Los meses en Port Noir. La locura de Zurich, en París. Nadie podía saber qué había ocurrido. Le ordenaban que apareciera. Que saliera a la superficie. Tenías razón, Marie, amor mío, queridísima mía. Tuviste razón desde el comienzo.

-¿Nada más, entonces? -preguntó Bourne, tratando de dominar la impaciencia de su voz, deseoso como nunca de estar de regreso junto a Marie.

-Es todo lo que sé. Pero, entiéndeme, nadie me dijo todo eso. A mí se me hizo participar en el asunto por los conocimientos que tenía de Medusa, y se

estableció que Caín pertenecía a Medusa, pero jamás formé parte del círculo íntimo de Carlos.

-Pero estabas lo suficientemente cerca de él. Muchas gracias.

Jason dejó varios billetes en la mesa y empezó a incorporarse.

-Una cosa más -dijo d'Anjou-. No sé si tiene mucha importancia a estas alturas, pero saben que tu nombre no es Jason Bourne.

-¿Cómo dices?

-Veinticinco de marzo. ¿No lo recuerdas, Delta? Sólo faltan dos días, y la fecha es muy importante para Carlos. Se ha corrido la voz. Él quiere tener tu cadáver el veinticinco. Quiere entregárselo a los norteamericanos ese día.

-¿Qué tratas de decirme?

-Él 25 de marzo de 1968, Jason Bourne fue ejecutado en Tam Quan. Tú lo ejecutaste.

31

Ella abrió la puerta y, por un momento, él se quedó mirándola, contemplando sus enormes ojos castaños que lo escrutaban, ojos que tenían miedo, pero en los que también había curiosidad. Ella sabía. No conocía la respuesta, pero sabía que existía una respuesta, y que él había regresado para decírsela. Entró en la habitación; ella cerró la puerta.

-Ocurrió -dijo ella.

-Ocurrió. -Bourne se volvió y abrió los brazos. Marie se arrojó a ellos, y así se quedaron durante un momento; el silencio de su abrazo era más elocuente que cualquier palabra-. Tenías razón -dijo, por fin él en un susurro, con los labios apoyados sobre su sedoso cabello-. Hay muchas cosas que ignoro, que tal vez no sepa nunca, pero tenías razón. Yo no soy Caín, porque Caín no existe, jamás existió. No el Caín del que hablan. No existí nunca. Es un mito inventado para sacar a Carlos de su madriguera. Yo soy esa creación. Un hombre de Medusa llamado Delta aceptó convertirse en una mentira llamada Caín. Yo soy ese hombre.

Ella se echó hacia atrás, pero sin soltarse de los brazos de Jason.

-Caín es Charlie...

Ella pronunció las palabras con lentitud.

-Y Delta es Caín -completó Jason-. ¿Me has oído decirlo?

Marie asintió con la cabeza:

-Sí. Una noche, en la habitación de Suiza, la gritaste durante el sueño. Jamás mencionaste a Carlos; sólo a Caín... Delta. Yo te dije algo a la mañana siguiente, pero no me contestaste. Te quedaste con la mirada perdida en la ventana.

-Porque no lo comprendía. Sigo sin comprenderlo, pero al menos lo acepto. Explica muchas cosas. Ella asintió una vez más.

-El *provocateur.* Las palabras clave que usas, las frases extrañas, las percepciones. Pero, ¿por qué? ¿Por qué tú?

-Para borrar algo que hice en alguna parte. Eso es lo que él dijo.

-¿Quién lo dijo?

-D'Anjou.

-¿El hombre que estaba en la escalinata en Pare Monceau? ¿El operador del conmutador?

-El hombre de Medusa. Lo conocí en Medusa.

-¿Qué te dijo?

Bourne se lo contó. Y mientras lo hacía, advertía en ella el alivio que él mismo había sentido. Había luz en los ojos de ella, un latido en su cuello, una intensa alegría que pugnaba por escapar de su garganta. Era como si no pudiera esperar a que él terminara el relato para poder abrazarlo de nuevo.

-¡Jason! -exclamó, tomándole el rostro con las manos-. ¡Mi querido, mi amor! ¡Mi amigo ha vuelto a mí! Es todo lo que siempre supimos, todo lo que siempre sentimos!

-Bueno, no exactamente todo -le dijo, tocándole la mejilla-. Yo soy Jason para ti, Bourne para mí, porque ése es el nombre que me dieron, y debo usarlo porque no tengo ningún otro. Pero no es el mío.

-¿Es un nombre inventado?

-No; perteneció a una persona real. Dicen que lo maté en un lugar llamado Tam Quan.

Ella quitó las manos del rostro y las deslizó hasta sus hombros, no permitiendo que se apartara de ella,

-Debe de haber existido alguna razón.

-Así lo espero. No lo sé. Tal vez ésa sea la mancha que estoy tratando de borrar.

-No importa -dijo ella, soltándolo-. Es algo que pertenece al pasado, que sucedió hace más de diez años. Ahora lo único que importa es que te pongas en contacto con el hombre en Treadstone, porque ellos están tratando de ponerse en contacto contigo.

-D'Anjou dijo que habían hecho correr la voz de que los norteamericanos creen que me he cambiado de bando. Seis meses sin saber nada de mí, millones escamoteados de Zurich. Deben de creer que soy uno de los errores más caros de los archivos.

-Puedes explicarles lo que sucedió. No has roto ningún trato a sabiendas; por otra parte, no puedes seguir así. Es imposible. Todo el adiestramiento que recibiste no significa nada para ti. Está ahí sólo en forma fragmentaria: imágenes y frases que no relacionas con ninguna otra cosa. No conoces a gente que se supone deberías conocer. Son rostros sin nombres, sin ningún motivo para que estén donde están o sean lo que son.

Bourne se quitó el abrigo y extrajo la automática de la cintura. Estudió el silenciador: esa fea y perforada extensión del cañón que garantizaba reducir los decibelios de un disparo hasta convertirlo en una especie de tos sorda. Le enfermaba. Fue hasta el escritorio, metió el arma en un cajón y lo cerró. Durante un instante se quedó con la mano apoyada sobre el tirador, la mirada perdida en el espejo, en aquel rostro que carecía de nombre, reflejado en el vidrio.

-¿Y qué se supone que debo decirles? -preguntó-. Habla Jason Bourne. Por supuesto que sé que ése no es mi verdadero nombre, porque yo maté a un

individuo llamado Jason Bourne, pero es el nombre que ustedes me pusieron... Lo siento, caballeros, pero algo me ocurrió camino de Marsella. Perdí algo, nada a lo que ustedes puedan asignarle valor, sólo mi memoria. Ahora bien, tengo entendido que hicimos un trato, pero no recuerdo bien qué es, excepto por frases absurdas como «¡Aprehende a Carlos!» y «¡Atrapa a Carlos!», y algo acerca de que Delta es Caín y se supone que Caín remplace a Charlie, y Charlie es en realidad Carlos. Cosas por el estilo, que pueden inducirlos a creer que recuerdo. Incluso es posible que se digan: «Este tipo que tenemos delante es un canalla de primer orden. Encerrémoslo por un par de décadas en una prisión bien segura. No sólo nos traicionó, sino que, lo que es peor aún, puede convertirse en una persona sumamente molesta». -Bourne se volvió y miró a Marie-. No hablo en broma. ¿Qué debo decirles?

-La verdad -respondió ella-. Ellos la aceptarán. Te han enviado un mensaje; están tratando de ponerse en contacto contigo. Y con respecto a esos seis meses, telegrafía a Washburn en Port Noir. Él llevó registro de todo; un registro completo y detallado.

-Quizá no responda. Hicimos nuestro pacto. Por recomponer lo que quedaba de mí, debía recibir un quinto de lo de Zurich, al cual no se le pudiera seguir la pista. Le mandé un millón de dólares norteamericanos.

-¿Crees que eso le impedirá ayudarte? Jason hizo una pausa.

-Tal vez no esté en condiciones de ayudarse a sí mismo. Tiene un problema: es un borracho. No un bebedor. Un borracho perdido. De la peor clase: lo sabe y le gusta serlo. ¿Cuánto tiempo crees que puede vivir con un millón de dólares? Más concretamente: ¿Cuánto tiempo le dejarán vivir esos piratas de los muelles una vez que lo descubran?

-Puedes demostrar que estuviste allí. Estabas enfermo, aislado. No estuviste en contacto con *nadie.*

-¿Y cómo harán los hombres de Treadstone para estar seguros de ello? Desde su punto de vista, soy una enciclopedia ambulante de secretos oficiales. *Debía* de serlo para hacer lo que hice. ¿Cómo pueden estar seguros de que no hablé con gente equivocada?

-Sugiéreles que manden un equipo a Port Noir.

-Donde los recibirán con miradas inexpresivas y silencio. Yo abandoné la isla en medio de la noche, con la mitad de los habitantes del muelle persiguiéndome con ganchos. Si alguno de ellos logró sacarle dinero a Washburn, advertirá la relación existente y caminará hacia otro lado.

-Jason, no sé qué propones. Ya tienes tu respuesta, la respuesta que has estado buscando desde que te despertaste una mañana en Port Noir. ¿Qué más quieres?

-Tener cuidado, eso es todo -dijo Bourne en tono abrasivo-. Quiero «mirar antes de dar el salto», y asegurarme de que «la puerta del establo está cerrada», y «Jack, sé listo; Jack, sé rápido; Jack, salta sobre el candelero. Pero, por amor de Dios, Jack, ¡no vayas a quemarte!». ¿Qué te parece mi memoria ahora?

Lo dijo gritando; luego se interrumpió.

Marie atravesó la habitación y quedó frente a él.

-Me parece espléndido. Pero no se trata de eso, ¿no es así? Me refiero a lo de ser cuidadoso.

-No, no es eso -replicó Jason, sacudiendo la cabeza-. A cada paso que he dado he sentido miedo, miedo de las cosas que he ido descubriendo. Ahora, al final, estoy más asustado que nunca. Si no soy Jason Bourne, ¿quién soy en realidad? ¿Qué he dejado allá atrás? ¿Lo has pensado alguna vez?

-Con todas sus consecuencias, querido. En cierta forma, yo estoy mucho más asustada que tú. Pero no creo que eso pueda detenernos. ¡Ojalá pudiera detenernos, pero sé que es imposible!

El agregado de la Embajada norteamericana en la Avenue Gabriel entró en el despacho del primer secretario y cerró la puerta. El hombre que estaba sentado frente al escritorio levantó la vista.

-¿Está seguro de que es él?

-Sólo sé que usó las palabras clave -dijo el agregado mientras se acercaba al escritorio con una ficha de archivo de bordes rojos en la mano-. Aquí está su ficha -siguió diciendo, y la entregó al primer secretario-. He verificado las palabras que usó, y si esa ficha es correcta, diría que es genuino.

El hombre que estaba detrás del escritorio estudió la tarjeta.

-¿Cuándo pronunció el nombre de Treadstone?

-Sólo cuando logré convencerlo de que no podría hablar con ningún miembro del Servicio Secreto de los Estados Unidos hasta que me diera una *razón* más que suficiente para ellos. Creo que pensó que yo quedaría estupefacto cuando me dijo que era Jason Bourne. Así que cuando, sencillamente, le pregunté qué podía hacer por él, pareció confundido, casi como si estuviera a punto de cortar en seguida la comunicación.

-¿No dijo que había una ficha de él?

-Yo esperaba que hiciera alguna referencia a eso, pero no la hizo. De acuerdo con el resumen de once palabras: «Oficial superior experimentado. Posible deserción o detención por parte de enemigos», con sólo pronunciar la palabra «ficha» habríamos «sintonizado». Pero no la dijo.

-Entonces, tal vez no sea genuino.

-Sin embargo, el resto concuerda. Lo que sí dijo es que D.C. lo buscaba hacía más de seis meses. Y entonces utilizó el nombre de Treadstone. Dijo que era de Treadstone; se supone que ése fuera el explosivo. También me dijo que transmitiera las palabras clave Delta, Caín y Medusa. Las dos primeras están en la ficha; ya lo verifiqué. Pero no sé qué quiere decir Medusa.

-Yo no sé qué quiere decir *nada* de eso -replicó el primer secretario-. Excepto que tengo órdenes de entregarlo de inmediato a comunicaciones, enviar todos los datos a los criptógrafos de Langley y mandar un informe confidencial a un tal Conklin. De él sí he oído hablar: un maldito bastardo a quien le destrozaron un pie en Nam hace diez o doce años. Tiene una extraña influencia en la Compañía. Y también logró sobrevivir a las purgas, lo cual me lleva a pensar que no quieren que ande vagando por las calles en busca de empleo. O de un editor.

-¿Quién cree usted que es Bourne? -preguntó el agregado-. En los ocho años que falto de los Estados Unidos, jamás he visto un operativo tan intenso y, al mismo tiempo, tan desarticulado para atrapar a una persona.

-Creo que es alguien a quien quieren encontrar a toda costa. - El primer secretario se puso de pie-. Gracias por esto. Informaré a D. C. lo bien que ha

manejado usted todo. ¿Cuál es el plan de acción? Supongo que no le dio ningún número de teléfono.

-De ninguna manera. Quería volver a llamar a los quince minutos, pero yo desempeñé el papel de desagradable burócrata, y le dije que me llamara aproximadamente en una hora. O sea, poco después de las cinco de la tarde, lo cual nos permitiría ganar otra hora o dos, aduciendo que salí a comer.

-No sé. No podemos arriesgarnos a perderlo. Dejaré que Conklin establezca las bases del juego. Él es quien controla todo esto. Nadie nace nada con respecto a Bourne, a menos que él lo autorice.

Alexander Conklin estaba sentado a la mesa de su despacho de paredes blancas en Langley, Virginia, y escuchaba al hombre de la Embajada de París. Estaba convencido: *era* Delta. La referencia a Medusa era la mejor prueba de ello, pues era un hombre que nadie conocía, *salvo* Delta. ¡Él muy canalla! Estaba desempeñando el papel de agente desamparado; sus controles en el teléfono de Treadstone no respondían a las palabras clave apropiadas porque los muertos no hablan. ¡Usaba aquella omisión para tratar de zafarse del gancho! La audacia del canalla era verdaderamente sorprendente. ¡Canalla, *canalla!*

Mata a los controles y utiliza esas muertes para poner fin a la cacería. Cualquier tipo de cacería. «¡Cuántos hombres lo han hecho antes», pensó Alexander Conklin. Él mismo lo había hecho. Existió un control central en las colinas de Huong Khe, un enajenado que transmitía órdenes insensatas, una muerte certera para una docena de equipos de Medusa en una cacería enloquecida. Un joven oficial de espionaje llamado Conklin se arrastró de vuelta a la Base de Camp Kilo con un rifle norvietnamita, de calibre ruso, y disparó dos balas al loco en la cabeza. Hubo toda clase de lamentos y se establecieron medidas de seguridad más estrictas, pero también se dio por terminada la cacería.

Sin embargo, en los senderos de la jungla que desembocaban en la Base de Camp Kilo no habían aparecido fragmentos de vidrio. Fragmentos con huellas digitales que identificaran de manera irrefutable al francotirador como un miembro occidental de Medusa. Pero tales fragmentos sí se encontraron en la calle Setenta y Uno, aunque el asesino no lo sabía, Delta lo sabía.

-Por un momento dudamos seriamente de que fuera genuino -dijo el primer secretario, extendiéndose sobre el tema como para llenar el enojoso silencio de Washington-. Un oficial superior experimentado le habría dicho al agregado que buscara una ficha, pero el sujeto no lo hizo.

-Un olvido, seguramente -replicó Conklin, obligándose a concentrar sus pensamientos en el tremendo enigma que era Delta Caín-. ¿Qué han arreglado?

-Inicialmente Bourne insistió en volver a llamar a los quince minutos, pero yo me ocupé de ordenar que lo retrasaran para ganar tiempo. Por ejemplo, podríamos aprovechar la hora de la cena...

El hombre de la Embajada estaba tratando de asegurarse de que un ejecutivo de la CIA en Washington apreciara la perspicacia de sus contribuciones. Conklin sabía que lo seguiría haciendo durante casi un minuto; ya conocía demasiadas variaciones sobre el mismo tema.

Delta. ¿Por qué había cambiado de bando? La locura debió de haberle consumido el cerebro, dejándole tan sólo el instinto de supervivencia. Había

estado vagando durante demasiado tiempo; sabía que tarde o temprano lo encontrarían, lo matarían. Jamás hubo otra alternativa; eso lo supo desde el momento mismo en que cambió de bando, o se derrumbó, o lo que fuese. Ya no tenía dónde esconderse; era un blanco en cualquier lugar del Planeta. En cualquier momento, alguien podía surgir de las sombras y poner fin a su vida. Era algo con lo que todos tenían que vivir; el argumento único y el más persuasivo contra la defección. Así que era preciso encontrar otra solución: la supervivencia. El Caín bíblico fue el primero en cometer fratricidio. ¿Habría ese mítico nombre provocado la obscena decisión, la estrategia misma? ¿Era algo tan simple como todo eso? Dios sabía que era la solución perfecta. Mátalos a todos, mata a tu propio hermano.

¿Webb desaparecido, el *Monje* desaparecido, el *Marino y* la esposa de éste... las únicas personas que podían repudiar las instrucciones recibidas por Delta, puesto que sólo esas cuatro personas eran las que les transmitían las instrucciones? Tomó los millones y lo distribuyó siguiendo las órdenes. Se los había entregado a destinatarios desconocidos que, según supuso, eran esenciales para los planes del *Monje.* ¿Quién era Delta para cuestionar al *Monje?* El creador de Medusa, el genio que lo había reclutado y lo había creado a él: Caín.

La solución perfecta. Para ser definitivamente convincente, todo lo que se requería era la muerte de un hermano y las consiguientes condolencias. Luego se daría un comunicado oficial: Carlos se había infiltrado y había destruido Treadstone. El asesino a sueldo ganaba la partida, y Treadstone abandonaba. *¡El muy canalla!*

-...así que, básicamente, me pareció mejor que fuera usted quien estableciera las reglas del juego.

El primer secretario de la Embajada en París había concluido su exposición. Era un imbécil, pero Conklin lo necesitaba; era preciso escuchar una melodía mientras se ejecutaba la otra.

-Hizo usted muy bien -respondió un respetuoso ejecutivo en Langley-. Me encargaré de que los de aquí se enteren de lo bien que lo llevó todo. Tiene usted toda la razón del mundo; necesitamos tiempo, pero Bourne no se da cuenta de eso. Y tampoco podemos decírselo, lo cual dificulta aún más las cosas. Ya que hablamos por una línea muy segura, ¿me permite que le hable con toda franqueza?

-Por supuesto.

-Bourne ha estado sometido a una gran presión. Ha estado... detenido... durante un período prolongado. No sé si soy claro.

-¿Los soviéticos?

-Nada menos que hasta la Lubianca. Su huida se llevó a cabo por medio de un doble registro. ¿Está usted familiarizado con el término?

-Sí, lo estoy. Así que en Moscú creen que ahora está trabajando para ellos.

-Eso es lo que ellos creen. -Conklin hizo una pausa-. Y nosotros mismos no estamos muy seguros. Pasan cosas muy extrañas en la Lubianca.

El primer secretario dejó escapar un leve silbido.

-¡Vaya lío! ¿Cómo hará para llegar a una decisión?

-Usted me ayudará. Pero esto es de carácter tan confidencial, que lo coloca por encima del nivel de Embajada, incluso supera el nivel del embajador. Usted está en escena; usted fue la persona con quien él estableció contacto. Puede

aceptar la condición o no. Si lo hace, creo que es muy probable que hasta el Despacho Oval le haga llegar su aprobación.

Conklin podía escuchar la lenta respiración procedente de París.

-Haré todo lo que esté en mis manos, desde luego. Dígame qué debo hacer.

-Ya lo ha hecho. Queremos retrasarlo. Cuando vuelva a llamar, háblele usted mismo.

-Naturalmente -interrumpió el hombre de la Embajada.

-Dígale que transmitió las claves. Dígale que Washington enviará a un miembro de Treadstone por transporte militar. Dígale que D.C. quiere que se mantenga oculto y lejos de la Embajada; que todos los caminos están vigilados. Luego pregúntele si necesita protección y, en caso afirmativo, averigüe dónde quiere recibirla. Pero no envíe a nadie; cuando hable de nuevo conmigo, yo ya me habré puesto en contacto con una persona de allí. Le daré a usted entonces su nombre y una identificación visual para que se los dé a él.

-¿Una identificación visual?

-Sí... Algo o alguno a quien él pueda reconocer.

-¿Uno de sus hombres?

-Sí, creemos que eso será lo mejor. Aparte usted, no tiene sentido que involucremos a la Embajada. De hecho, es fundamental que no lo hagamos, así que cualquier conversación que tenga con él no debe ser grabada.

-Yo me ocuparé de eso -dijo el primer secretario-. ¿Pero en qué forma esa única conversación que mantendré con él lo ayudará a determinar si es o no un doble agente?

-Porque no será tan sólo una; quizá hasta diez.

-¿Diez?

-Así es. Sus instrucciones para Bourne, las que nosotros le enviamos por intermedio suyo, son que lo llame por teléfono cada hora para confirmar que está en territorio seguro. Hasta la última llamada, cuando usted le avise de que el miembro de Treadstone ha llegado a París y se encontrará con él.

-¿Y qué lograrán con eso? -preguntó el hombre de la Embajada.

-Se mantendrá en movimiento... si no trabaja para nosotros. Hay una media docena de agentes soviéticos ultra secretos en París, y tenemos intervenidos los teléfonos de todos ellos. Si nuestro amigo trabaja para Moscú, lo más probable es que use al menos uno de ellos. Estará alerta. Y si las cosas se dan de esa manera, creo que usted no olvidará por el resto de su vida la ocasión en que tuvo que pasarse toda la noche en la Embajada. Las recomendaciones presidenciales suelen tener un efecto inmediato en lo que se refiere a ascensos. Pero, por otro lado, usted ya no puede llegar mucho más alto...

-Yo diría que sí, Mr. Conklin -interrumpió el primer secretario.

La conversación había llegado a su fin; el hombre de la Embajada volvería a llamar en cuanto tuviera noticias de Bourne. Conklin se levantó y atravesó la habitación, cojeando hasta llegar a un mueble archivo gris que estaba contra la pared. Abrió el cajón superior con su llave. Adentro había una carpeta cerrada que contenía un sobre lacrado con los nombres y direcciones de hombres a los que se podía recurrir en casos de emergencia. Se trataba de personas cuyo trabajo había sido valioso, personas leales, que, por algún motivo, ya no podían figurar en la nómina de Washington. En todos los casos fue necesario eliminarlos

de la escena oficial, y colocarlos en algún otro sitio con una nueva identidad. Los que hablaban otro idioma con fluidez recibían a menudo ciudadanía extranjera a cambio de cooperar con el Gobierno de ese otro país. Sencillamente, desaparecían del mapa.

Eran parias, hombres que habían violado la ley al servicio de su patria, que por ella llegaron incluso a matar. Pero su país no podía tolerar la existencia oficial de tales individuos; sus escondrijos habían sido descubiertos, y sus acciones eran ya del dominio público. Empero, eran personas con las que se podía contar. Constantemente se giraba dinero a cuentas que escapaban a la inspección oficial, y dichos pagos entrañaban ciertos acuerdos tácitos.

Conklin llevó el sobre a su mesa y lo abrió; más tarde debería ser marcado y lacrado nuevamente. Existía un hombre en París, un hombre dedicado que había surgido a través del cuerpo de oficiales del Servicio de Espionaje del Ejército y que había llegado a teniente coronel a los treinta y cinco años. Era una persona en quien se podía confiar; comprendía bien las prioridades nacionales. Había matado a un operador de cine izquierdista en un pueblo cerca de Hué, hacía doce años.

Tres minutos más tarde tenía a aquel hombre en la línea, tras una llamada que no se asentaría ni grabaría. Al antiguo oficial se le había proporcionado un nuevo nombre y una breve historia de deserción, incluyendo un viaje secreto a los Estados Unidos, durante el cual el desertor en cuestión, cumpliendo una misión especial, había eliminado a las personas que controlaban la estrategia.

-¿Un registro doble? -preguntó el hombre de París-. ¿Moscú?

-No, no, son los soviéticos -replicó Conklin, sabiendo que si Delta solicitaba protección, los dos hombres se pondrían en contacto.

-Era una operación ultra secreta de largo alcance para atrapar a Carlos. -¿El asesino a sueldo?

-Él mismo.

-Tal vez usted *diga* que no se trata de Moscú, pero a *mí no* logrará convencerme de ello. Carlos fue entrenado en Novgorod y, por lo que sé, sigue siendo un sucio tirador de la KGB.

-Tal vez. No puedo darle más detalles, pero basta que le diga que estamos convencidos de que nuestro hombre fue comprado; se ha hecho con bastantes millones y quiere conseguir un pasaporte en regla.

-De modo que eliminó a sus controles y arregló todo para incriminar a Carlos, lo cual no significa absolutamente nada, sino que sólo añade otro asesinato a su haber.

-En efecto. Queremos seguirle el juego, que crea que es libre de regresar a su patria. Mejor aún, queremos conseguir una especie de confesión, toda la información que sea posible, y ése es el motivo de mi viaje allá. Pero lo que realmente importa es sacarlo de allí. Demasiada gente, en demasiados lugares, contribuyó a ponerlo donde está. ¿Puede usted ayudarnos? Recibirá, por cierto, una bonificación.

-Con mucho gusto. Y guárdese el dinero, detesto a los tipos de su calaña. Hacen saltar redes enteras.

-Tiene que ser un plan sin fallos; él es uno de los mejores hombres en su campo. Le sugiero que se busque alguien más; por lo menos una persona.

-Tengo a un hombre del Saint-Gervais que vale por cinco. Y está disponible.

-Contrátelo. Aquí van los detalles. El control en París es un contacto ciego de la Embajada; no sabe nada, pero está en comunicación con Bourne y tal vez solicite protección para él.

-Yo se la brindaré -dijo el antiguo oficial del Servicio Secreto-. Continúe.

-No hay mucho más por el momento. Tomaré un avión en Andrews. Llegaré a la capital de Francia entre las once y las doce de la noche, hora de París. Quiero entrevistarme con Bourne durante una hora, más o menos, y estar de vuelta en Washington mañana mismo. Es un horario apretado, pero es así como debe ser.

-Así será, entonces.

-El contacto ciego de la Embajada es el primer secretario. Su nombre es...

Conklin le dio los detalles pertinentes, y ambos hombres elaboraron un código básico para su contacto inicial en París. Palabras clave que indicarían al hombre de la CIA si había o no algún problema cuando se pusieran en contacto. Conklin colgó el receptor. Todo estaba en movimiento, exactamente como Delta supondría que lo estaría. Los herederos de Treadstone harían todo según las reglas, y las reglas eran inflexibles en lo concerniente a estrategias y estrategas ineficaces. Era preciso disolverlos, no permitir ninguna conexión o reconocimiento oficial. Las estrategias y los estrategas fracasados eran un estorbo para Washington. Y desde sus vapuleados comienzos, Treadstone Setenta y Uno había hecho uso y abuso de cada una de las unidades principales de la comunidad del Servicio de Espionaje de los Estados Unidos y de no pocos Gobiernos extranjeros. Se emplearían pinzas muy largas cuando se tocara a alguno de los sobrevivientes.

Delta sabía todo esto, y como quiera que él mismo se había encargado de destruir a Treadstone, advertía las precauciones, se anticiparía a ellas, se alarmaría si no eran tomadas. Y cuando lo enfrentaran reaccionaría con falsa furia y fingida aflicción respecto a la violencia desatada en la calle Setenta y Uno. Alexander Conklin lo escucharía con gran atención, tratando de descubrir alguna nota auténtica, e incluso el esbozo de una explicación razonable, pero sabía que no hallaría ninguna de las dos cosas. Los fragmentos irregulares de vidrio no podían enviar sus rayos a través del Atlántico, e incluso podían quedar ocultos en una residencia particular de Manhattan; pero las huellas dactilares eran *una prueba más precisa de la* presencia de un hombre en la escena que cualquier fotografía. No había manera de falsificarlas.

Conklin daría a Delta dos minutos para decir cualquier cosa que se le ocurriera. Lo escucharía, y luego apretaría el gatillo.

32

-¿Qué se proponen? -preguntó Jason, sentado junto a Marie en el atestado café. Acababa de hacer la quinta llamada telefónica, cinco horas después de haberse puesto en contacto con la Embajada-. Quieren que siga corriendo. Me están obligando a hacerlo, y no sé por qué.

-Eres tú mismo el que te obligas a correr de un lado para otro -dijo Marie-. Podrías haber hecho las llamadas desde la habitación del hotel.

-No, no podría haberlas hecho. Por algún motivo, ellos quieren que yo crea eso. Cada vez que llamo, ese bastardo me pregunta dónde estoy en ese momento,

si estoy en «territorio seguro». ¡Qué frase más estúpida, «territorio seguro»! Pero, en realidad, lo que quiere decir es otra cosa. Me está diciendo que cada contacto debe ser llevado a cabo desde un lugar distinto, a fin de que nadie de afuera o de adentro pueda seguirme la pista hasta un teléfono en particular, una dirección particular. No quieren tenerme en custodia; lo que quieren es tenerme en un puño. Quieren tenerme en su poder, pero, al mismo tiempo, me tienen miedo; ¡es absurdo!

-¿No es posible que estés imaginando todo eso? Nadie dijo nada ni remotamente parecido.

-No era preciso. Está implícito en todo lo que *no* dijeron. ¿Por qué no me pidieron que fuera directamente a la Embajada? ¿Por qué no me lo ordenaron? Nadie podría tocarme allí; es territorio de los Estados Unidos. Pero no lo hicieron.

-Las calles están vigiladas; por lo menos eso te dijeron.

-¿Sabes? Lo acepté ciegamente hasta hace cosa de treinta segundos, cuando de pronto se me ocurrió pensar: ¿Por quién? *¿Quién* vigila las calles?

-Obviamente Carlos. Sus hombres.

-Tu sabes eso, y yo también lo sé, o al menos podemos suponerlo. Pero *ellos* no. Puede que yo no sepa quién demonios soy o de dónde vengo, pero sí sé que me ha ocurrido en las últimas veinticuatro horas. *Ellos* no lo saben.

-Pero también podrían suponerlo, ¿no crees? Tal vez descubrieron hombres sospechosos apostados dentro de automóviles, o instalados en algún lugar durante demasiado tiempo, o demasiado obviamente.

-Carlos es más astuto que todo eso. Y hay muchas formas en que un vehículo puede penetrar rápidamente por el portón de una Embajada. En todas partes, contingentes enteros de infantes de Marina han sido adiestrados para ese tipo de cosas.

-Te creo.

-Pero no hicieron eso; ni siquiera lo sugirieron. En cambio, me están retrasando, me están obligando a seguirles el juego. ¿Por qué, maldita sea?

-Tú mismo lo dijiste, Jason. No han sabido nada de ti durante seis meses. Se muestran cautelosos.

-Pero, ¿por qué *así?* Si me meten detrás de esos portones, pueden hacerme todo lo que se les antoje. Pueden controlarme. Me pueden ofrecer una fiesta o arrojarme en una celda. Pero en lugar de eso, no quieren ni tocarme, pero tampoco quieren perderme.

-Están esperando que llegue el hombre de Washington.

-¿Y qué mejor lugar para aguardarlo que la Embajada? -Bourne echó su silla hacia atrás-. Algo anda mal. Salgamos de aquí.

Alexander Conklin, heredero de Treadstone, había tardado exactamente seis horas y doce minutos en atravesar el Atlántico. Para regresar tomaría el primer vuelo del «Concorde» que partía de París por la mañana, llegaría a Dulles a las siete y media, hora de Washington, y a las nueve estaría ya en Langley. Si alguien trataba de llamarlo por teléfono o preguntaba dónde había pasado la noche, un servicial mayor del Pentágono daría una respuesta falsa. Y se le diría a un primer secretario de la Embajada en París que si llegaba a mencionar siquiera que había mantenido una conversación con el hombre de Langley, sería degradado hasta el

puesto más bajo y enviado en un barco a su nuevo destino: Tierra del Fuego. Se lo garantizaban.

Conklin marchó directamente a una hilera de teléfonos públicos en la pared y llamó a la Embajada. El primer secretario le habló con el tono de alguien que advierte que ha logrado su cometido.

-Todo está saliendo de acuerdo con lo previsto, Conklin -dijo el hombre de la Embajada, y la omisión del «señor» que había empleado anteriormente, indicaba a las claras que se sentía en un plano de igualdad con él. El ejecutivo de la Compañía se encontraba ahora en París, y ése era *su* territorio-. Bourne está inquieto. En el curso de nuestra última conversación me preguntó repetidamente por qué no le habíamos pedido que viniera aquí.

-¿Eso dijo?

Al principio, Conklin quedó sorprendido; luego comprendió. Delta estaba fingiendo las reacciones de un hombre que no sabe nada de los acontecimientos acaecidos en la calle Setenta y Uno. Si le hubieran dicho que fuera a la Embajada, se habría negado a hacerlo. Era demasiado astuto como para aceptar tal ofrecimiento; no podía existir ninguna conexión oficial. Treadstone era anatema, una estrategia caída en el descrédito, un estorbo de marca mayor.

-¿Le reiteró usted que las calles estaban vigiladas?

-Naturalmente. Entonces me preguntó quién las vigilaba. ¿Puede imaginárselo?

-Puedo. ¿Y qué le respondió usted?

-Que él lo sabía tan bien como yo y que, teniendo en cuenta las circunstancias, me parecía contraproducente hablar de tales cuestiones por teléfono.

-Excelente.

-También a mí me lo pareció.

-¿Y qué respondió a eso? ¿Le satisfizo su respuesta?

-En cierto modo, diría que sí. Dijo: «Comprendo.» Eso es todo.

-¿Cambió de idea y solicitó protección?

-No; sigue rechazándola. Aunque yo insistí en ofrecérsela. -El primer secretario hizo una pausa-. No quiere que nadie lo vigile, ¿no es así? -dijo confidencialmente.

-No, no lo desea. ¿Cuándo espera su próxima llamada?

-Dentro de unos quince minutos.

-Dígale que el representante de Treadstone ha llegado. -Conklin extrajo el mapa de su bolsillo; estaba doblado de tal manera que a primera vista se observa el área en cuestión, y tenía la ruta marcada con tinta azul-. Dígale que la reunión se ha fijado para la una y media en el camino entre Chevreuse y Rambouillet, once kilómetros al sur de Versalles, en el Cimetière de Noblesse.

-A la una treinta, en el camino entre Chevreuse y Rambouillet... en el cementerio. ¿Sabrá cómo llegar?

-Ha estado allí antes. Si le dice que irá en taxi, adviértale que tome las precauciones habituales y lo despida.

-¿No resultará sospechoso? Me refiero al chofer. Es una hora algo extraña para asistir a un entierro.

-Le he dicho que eso es lo que debía «decirle». Es obvio que no tomará un taxi.

-Es obvio -dijo rápidamente el primer secretario, tratando de recuperarse haciendo un ofrecimiento innecesario-. Puesto que no he llamado a su hombre aquí, ¿quiere que lo haga ahora y le avise que ha llegado usted?

-Me ocuparé yo de eso. ¿Todavía tiene su número?

-Sí, por supuesto.

-Quémelo -le ordenó Conklin-. Antes de que él lo queme a usted. Lo volveré a llamar dentro de veinte minutos.

Un tren rugió en el nivel inferior del Metro, y las vibraciones se transmitieron a todo el andén. Bourne colgó el receptor del teléfono público fijado a la pared de cemento y se quedó inmóvil junto a él, con la mirada perdida. Otra puerta se había abierto parcialmente en algún lugar de su mente; la luz demasiado remota, demasiado débil para poder espiar en su interior. Sin embargo, había imágenes. En el camino de Rambouillet... a través de una arcada de hierro enrejado... una pequeña colina con mármol blanco. Cruces: más grandes, más grandes, mausoleos... y en todas partes una serie de estatuas. *Le Cimetière de Noblesse.* Un cementerio, pero mucho más que un lugar de descanso para los muertos. Un escondite, pero más que eso. Un lugar donde las conversaciones se desarrollaban entre entierros y el descenso de ataúdes. Dos hombres vestidos lúgubremente, tan lúgubremente como la multitud que allí re encontraba, avanzando entre los deudos hasta establecer contacto e intercambiar las palabras que tenían que decirse.

Había un rostro, pero era borroso, estaba desenfocado; sólo podía ver los ojos. Y esa cara borrosa y esos ojos tenían un nombre. David... Abbott. El *Monje.* El hombre que había conocido, pero que ahora no conocía. El creador de Medusa y de Caín.

Jason parpadeó varias veces y sacudió la cabeza como para liberarse de aquella súbita bruma. Miró a Marie, que se encontraba a unos cinco metros hacia la izquierda apoyada en la pared, supuestamente observando a la gente que estaba en el andén, tratando de descubrir a alguna persona que tal vez lo vigilara a él. Pero no era eso lo que hacía; lo miraba a él, y en su rostro, el ceño fruncido delataba su preocupación. Jason asintió con la cabeza, para tranquilizarla; no era un mal momento para él. Había logrado captar algunas imágenes. Conocía ese cementerio; de alguna manera lo reconocería. Echó a andar hacia Marie; ella se volvió y caminó junto a él mientras enfilaron hacia la salida.

-Está aquí -dijo Bourne-. Treadstone ha llegado. Debo encontrarme con él cerca de Rambouillet. En un cementerio.

-Ése sí que es un toque macabro. ¿Por qué en un cementerio?

-Se supone que es para tranquilizarme.

-¡Buen Dios!, ¿y de qué manera?

-He estado allí antes. Me he encontrado con alguien allí... con un hombre. Al sugerirlo como lugar del encuentro, un encuentro bien extraño, por cierto, Treadstone me está diciendo que es genuino.

Ella lo tomó del brazo mientras subían la escalera hacia la calle.

-Quiero ir contigo.

-Lo siento.

-¡No puedes excluirme!

-Debo hacerlo, porque no sé qué encontraré allá. Y si no es lo que espero, querré tener a alguien de mi lado.

-¡Pero, querido, eso no tiene sentido! La Policía me busca. Si me encuentran, me enviarán de vuelta a Zurich en el primer avión; tú mismo lo dijiste. ¿Y de qué te serviré en Zurich?

-No tú. Villiers. Él confía en nosotros, confía en ti. Si no estoy de regreso para el amanecer y no te he llamado para explicarte por qué, puedes ponerte en contacto con él. Y él puede armar un gran alboroto, y Dios sabe que está dispuesto a hacerlo. Es nuestro único aliado, el único. Para ser más exacto, lo es su esposa... a través de él.

Marie asintió, aceptando la lógica de su razonamiento.

-Sí, no hay duda de que está dispuesto a hacerlo -convino-. ¿Cómo llegarás a Rambouillet?

-Tenemos coche, ¿recuerdas? Te llevaré al hotel y luego iré al garaje.

Entró en el ascensor del edificio de garajes en Montmartre y oprimió el botón del cuarto piso. Sus pensamientos seguían centrados en un cementerio que había en alguna parte entre Chevreuse y Rambouillet, en un camino que él había recorrido, pero no tenía idea de cuándo ni con qué finalidad.

Precisamente por eso quería ir ahora mismo allí, en lugar de llegar más cerca de la hora prevista para la reunión. Si las imágenes que se agolpaban en su cerebro no estaban por completo distorsionadas, se trataba de un cementerio enorme. ¿En qué lugar preciso entre ese enorme conglomerado de tumbas y estatuas estaría el lugar para el encuentro? Llegaría allí alrededor de la una, lo cual le daría una media hora para recorrer los senderos en busca de un par de faros de automóvil o alguna otra señal. Lo demás se iría dando de forma espontánea.

Las puertas del ascensor se abrieron. Tres cuartas partes del piso estaban ocupadas por coches, pero no se veía ni un alma. Jason trató de recordar dónde había aparcado el «Renault»; era en un rincón apartado, eso lo recordaba, pero ¿a la derecha o a la izquierda? Avanzó instintivamente hacia la izquierda; el ascensor había quedado a la izquierda cuando llevó el auto hasta allí hacía varios días. Se detuvo de repente, siguiendo un razonamiento lógico. El ascensor estaba a la izquierda cuando había entrado en el garaje, no después de aparcar el coche; en ese momento había quedado hacia su derecha, en diagonal. Giró con un movimiento rápido, mientras sus pensamientos seguían fijos en una ruta entre Chevreuse y Rambouillet.

Si lo que ocurrió a continuación se debió a su repentino e inesperado cambio de dirección o a la inexperiencia de quien lo vigilaba, Bourne no lo supo ni le importó demasiado. Sea como fuere, lo cierto es que le salvó la vida, de eso no cabía duda. La cabeza de un hombre se ocultó debajo del capó de un coche en el segundo pasillo de la derecha; ese hombre había estado vigilándolo. Alguien más experimentado se habría incorporado, sosteniendo visiblemente en la mano un llavero que fingiría haber recogido del suelo, o se habría puesto a revisar la escobilla del limpiaparabrisas, y luego se habría alejado del lugar. Pero la única

cosa que no debía hacer era precisamente lo que había hecho: arriesgarse a ser visto por el mero hecho de agacharse para ocultarse.

Jason mantuvo su ritmo de marcha, con la mente concentrada en aquella nueva circunstancia. ¿Quién era aquel hombre? ¿Cómo lo habían encontrado? De pronto las respuestas a ambas preguntas le resultaron tan claras, tan obvias, que se sintió rematadamente tonto: el empleado del «Auberge du Coin».

Carlos hacía las cosas concienzudamente -siempre había sido así-, examinando cada uno de los detalles que habían llevado al fracaso. Y uno de esos detalles era un empleado que estaba de turno durante uno de esos fracasos. Habría sido preciso investigarlo, luego interrogarlo; no debió de resultar muy difícil. La mera vista de un cuchillo o una pistola seguramente fue más que suficiente. Y entonces la información brotó a raudales de los labios temblorosos del empleado nocturno, y el ejército de Carlos recibió la orden de diseminarse por la ciudad, cada distrito dividido en sectores, para tratar de hallar un determinado «Renault» negro. Una búsqueda concienzuda, pero no imposible, facilitada por el conductor del coche en cuestión, que no se había molestado siquiera en cambiar la matrícula. ¿Cuántas horas hacía que el garaje estaba bajo vigilancia? ¿Cuántos hombres había allí? ¿Estaban dentro o fuera? ¿Con qué rapidez llegarían los demás? ¿Acudiría Carlos en persona?

Las preguntas eran accesorias. Lo importante era salir de allí. Tal vez pudiera prescindir del coche, pero la consiguiente dependencia de arreglos desconocidos podría coartar su libertad de acción; necesitaba un medio de transporte, y lo necesitaba sin pérdida de tiempo. Ningún taxi llevaría a un extraño a un cementerio, en las afueras de Rambouillet, a la una de la madrugada, y no era momento para confiar en la posibilidad de robar un coche por la calle.

Se detuvo y sacó cigarrillos y fósforos; luego encendió una cerilla, se cubrió la cara con las manos e inclinó la cabeza para proteger la llama. Con el rabillo del ojo advirtió una sombra, una figura maciza y corpulenta; una vez más, el hombre se había agachado, ahora, detrás del maletero de un coche más cercano.

Jason se puso en cuclillas, viró a la izquierda y saltó velozmente fuera del pasillo entre dos coches adyacentes, amortiguando su caída con las palmas de las manos, lo cual hizo que la maniobra resultara silenciosa. Reptó alrededor de las ruedas traseras del coche de la derecha, moviendo los brazos y las piernas con rapidez y sin hacer ruido, desplazándose por el estrecho pasadizo de vehículos como una araña que se desliza velozmente sobre su tela. Ahora se encontraba detrás del hombre; siguió arrastrándose hacia el pasillo y se incorporó hasta quedar de rodillas, llevando la cabeza lentamente hacia delante por entre el suave metal, y espió desde detrás de un faro. La visión del hombre corpulento era ahora total. Estaba de pie y, evidentemente, se sentía azorado, pues avanzó vacilante hacia el «Renault», otra vez agachado, entornando los ojos para poder ver a través del parabrisas. Lo que vio lo asustó aún más: no había nada, no había nadie. Quedó boquiabierto, y su audible inspiración de aire era el preludio del comienzo de una carrera. Habían conseguido burlarlo; lo sabía, y no estaba dispuesto a quedarse allí y aguardar las consecuencias. Ello reveló a Bourne otra cosa: le habían dado instrucciones respecto al conductor del «Renault», le habían explicado el peligro que implicaba. El hombre empezó a correr hacia la rampa de salida.

Ahora. Jason se incorporó de un salto y corrió hacia delante en línea recta entre los automóviles del segundo pasillo, alcanzó al hombre que corría, se lanzó

sobre él desde atrás y lo arrojó al suelo de cemento. Le hizo una llave, inmovilizándole el brazo detrás de la espalda, y comenzó a golpearle la cabeza contra el suelo, mientras con los dedos de la mano izquierda le oprimía la cuenca de los ojos.

-Tiene exactamente cinco segundos para decirme quién está ahí afuera -le dijo en francés, recordando el rostro y la sonrisa falsa de otro francés en un ascensor de Zurich. Entonces había hombres fuera, hombres que querían matarlo, en la Bahnhofstrasse-. ¡Dígamelo! *¡Ahora mismo!*

-Un hombre, un solo hombre! Bourne apretó más la llave y aumentó la presión de los dedos en los ojos del individuo.

-¿Adonde?

-Dentro de un coche -escupió el hombre-. Aparcado al otro lado de la calle. ¡Dios mío, me está estrangulando! ¡Me está cegando!

-Todavía no. Lo sabrá cuando haga ambas cosas. ¿Qué tipo de coche?

-Extranjero. No lo sé. Italiano, creo. O norteamericano. *No lo sé.* ¡Por favor! ¡Mis ojos!

-¿Color?

-¡Oscuro! Verde, azul, muy oscuro. ¡Oh, Dios!

-Es usted un hombre de Carlos, ¿verdad?

-¿De quién?

Jason le dio otro tirón, aumentó la presión.

-Ya me ha oído: ¡trabaja usted para Carlos!

-No conozco a ningún Carlos. Llamamos a un tipo; tenemos un número. Eso es todo lo que hacemos.

-¿Lo llamaron? -El hombre no respondió; Bourne hundió más sus dedos-. ¡Dígamelo!

-Sí. *Tuve* que hacerlo.

-¿Cuándo?

-Hace unos minutos. Por el teléfono público que está junto a la segunda rampa. ¡Dios mío! No veo.

-Sí, sí que puede. ¡Levántese! -Jason soltó al hombre y lo obligó a ponerse de pie-. Vaya hasta ese coche. ¡De prisa! -Bourne lo empujó entre los coches aparcados, hasta donde se encontraba el «Renault». El hombre se volvió y protestó, indefenso-. Ya me ha oído. ¡Dése prisa! -gritó Jason.

-Sólo me gano unos francos.

-Muy bien. Ahora tiene la oportunidad de ganárselos conduciendo. -Bourne lo empujó una vez más hacia el «Renault».

Momentos más tarde, el pequeño automóvil negro descendía por la rampa de salida hacia un camerino de vidrio con un único ocupante y la caja registradora. Jason iba en el asiento posterior con el arma clavada en la magullada nuca del hombre que iba al volante. Bourne sacó por la ventanilla un billete y la tarjeta de aparcamiento; el encargado cogió ambas cosas.

-¡Conduzca! -dijo Bourne-. ¡Haga exactamente lo que le dije!

El hombre apretó el acelerador, y el «Renault» se precipitó hacia la salida. Hizo un brusco viraje en forma de U en la calle, deteniéndose frente a un

«Chevrolet» color verde oscuro. Detrás de ellos se abrió la portezuela de un coche y luego se oyó el ruido de alguien que corría.

-*Jules? Que se passe-t-il? C'est toi qui conduis?* Una figura se asomó por la ventanilla abierta. Bourne levantó su automática y apuntó el cañón a la cara del hombre.

-Dé dos pasos hacia atrás -le dijo, en francés-. No más, sólo dos. Y luego quédese inmóvil. -Dio unos golpecitos en la cabeza del hombre llamado Jules-. Bájese. Despacio.

-Sólo debíamos seguirlo -protestó Jules, apeándose del automóvil-. Seguirlo e informar sobre su paradero.

-Harán algo mejor que eso -replicó Bourne, mientras salía del «Renault» y cogía el mapa de París-. Conducirán para mí. Durante un rato. ¡Métanse en su coche!

A ocho kilómetros de París, en la carretera de Chevreuse, ordenó a los hombres que se bajaran del coche. Era una carretera oscura, mal iluminada, de tercer orden. A lo largo de los últimos cinco kilómetros no habían pasado por ningún comercio, ni edificio, ni casa, ni teléfono público.

-¿Cuál era el número al que les dijeron que llamaran? -preguntó Jason- No me mientan. Se meterían en un lío mucho más grave.

Jules le dio el número. Bourne asintió y subió al asiento delantero, sentándose al volante del «Chevrolet».

El viejo del abrigo raído estaba acurrucado a la sombra de la cabina vacía junto al teléfono. El pequeño restaurante estaba cerrado, y su presencia allí se debía a un favor que le había hecho su amigo de tiempos mejores. Tenía la vista clavada en el teléfono, preguntándose cuándo sonaría. Era sólo cuestión de minutos, y cuando sonara, él, a su vez, haría una llamada, y entonces los tiempos mejores regresarían de forma definitiva. Sería el único hombre de París como enlace de Carlos. Todos los viejos harían correr la voz, y él volvería a ser respetado.

El estridente sonido del timbre surgió de pronto del teléfono, reverberando en las paredes del restaurante desierto. El pordiosero salió de la cabina y se abalanzó sobre el teléfono, con el corazón golpeándole en el pecho. Era la señal. ¡Caín estaba acorralado! Todos aquellos días de paciente espera habían sido sólo un preludio de la buena vida. Levantó el auricular.

-¡Diga!

-¡Habla Jules! -gritó una voz casi sin aliento.

El viejo palideció, y los golpes que le daba el corazón en el pecho eran tan feroces, que casi no podía oír las espantosas noticias que le estaban comunicando. Pero había oído más que suficiente.

Era hombre muerto.

Frenéticas explosiones de calor se añadieron a las vibraciones que sacudieron su cuerpo. Sólo notaba relámpagos blancos y ensordecedoras erupciones que surgían de su estómago y acababan en su cabeza.

El pordiosero se desplomó, con el cable del teléfono tenso y el aparato todavía en la mano. Miró al horrible aparato que había transmitido aquellas

terribles palabras. ¿Qué podía hacer? En el nombre de Dios, ¿qué es lo que *haría* ahora?

Bourne caminó por el sendero entre las tumbas, obligándose a dejar su mente en libertad, como Washburn le había ordenado hacía un siglo en Port Noir. Si alguna vez debía convertirse en esponja, aquél era el momento de hacerlo; el hombre de Treadstone debía comprenderlo. Estaba tratando con todas sus fuerzas de encontrarle sentido a lo no recordado, de encontrar significado en las imágenes que surgían en su mente sin previo aviso. Él no había roto ningún convenio establecido; no se había pasado al otro bando, no había escapado... Era un tullido; así de sencillo.

Debía encontrar al hombre de Treadstone. ¿En qué parte de aquella superficie cercada de silencio se encontraría? ¿Dónde esperaría que estuviera *él?* Jason había llegado al cementerio bastante antes de la una, pues el «Chevrolet» era un coche mucho más rápido que el «Renault». Había traspasado la verja y recorrido cientos de metros antes de aparcar en un sitio razonablemente fuera de la vista. Cuando se dirigía de nuevo a la verja había comenzado a llover. Era una lluvia fría, lluvia de marzo, pero también una lluvia serena, que no perturbaba el silencio reinante.

Pasó por un conjunto de tumbas que estaba en un lote cercado por una verja baja de hierro, y en cuyo centro se levantaba una cruz de alabastro de dos metros y medio de altura. Se detuvo un momento frente a ella. ¿Había estado antes en aquel lugar? ¿Se estaba entreabriendo otra puerta para él a la distancia? ¿O acaso era él quien trataba con desesperación de encontrar una puerta? Y luego recuperó el recuerdo. No era aquel conjunto particular de tumbas, ni la alta cruz de alabastro, ni el cerco bajo de hierro. Era la lluvia. *Una lluvia súbita. Una muchedumbre de deudos vestidos de negro rodeando el lugar del entierro; el ruido de paraguas que se abrían. Y dos hombres que se encontraban, cuyos paraguas chocaban entre sí, y el murmullo de breves palabras de disculpa, mientras un sobre largo de color pardo cambiaba de manos y pasaba de un bolsillo a otro sin que los deudos lo advirtieran.*

Había algo más. Una imagen desencadenada por otra, alimentándose a sí misma, algo que había visto hacía sólo unos minutos. La lluvia que caía en cascadas por el mármol blanco; pero no un lluvia fría, leve, sino un aguacero, que golpeaba contra las paredes de una superficie blanca y brillante... y columnas... hileras de columnas por todas partes, una réplica en miniatura de un antiguo tesoro.

Al otro lado de la colina. Cerca de la verja de entrada. Un mausoleo blanco, una versión reducida del Partenón. Había pasado por allí hacía menos de cinco minutos y lo había mirado, pero sin verlo. Era *allí* donde había caído la lluvia repentina, donde dos paraguas habían entrechocado y un sobre había pasado de una mano a otra. Miró furtivamente su reloj. Era la una y catorce minutos; comenzó a correr de regreso por el sendero. Todavía era temprano; aún había tiempo de ver los faros de un coche, o un fósforo que se encendía, o...

El haz de una linterna. Allí estaba, al pie de la colina, y se movía hacia arriba y hacia abajo, girando de cuando en cuando hacia la verja, como si a la persona que la sostenía le preocupara la posibilidad de que apareciera alguien. Bourne sintió una necesidad casi imperiosa de correr a toda velocidad por entre las hileras de tumbas y estatuas, gritando a voz en cuello: *¡Estoy aquí! Soy yo. Comprendo su mensaje. ¡He regresado! ¡Tengo tanto que contarle... y hay tantas cosas que usted debe contarme a mí!*

Pero no gritó ni corrió. Ante todo, tenía que demostrar dominio, pues lo que lo afligía era indominable. Había de tener un aspecto totalmente lúcido, debía parecer normal dentro de los límites de su memoria. Comenzó a descender la colina bajo la lluvia fría y leve, deseando que la sensación de urgencia no le hubiera hecho olvidarse de llevar una linterna.

La linterna. Había algo extraño en el haz de luz ciento cincuenta metros más abajo. Trazaba pequeños movimientos verticales y vehementes... como si la persona que la sostenía en la mano hablara enfáticamente con otra.

Y así era. Jason se puso en cuclillas, escudriñando a través de la lluvia, los ojos golpeados por un agudo y veloz reflejo de luz que se producía cada vez que el haz de la linterna chocaba contra algún objeto cercano. Avanzó a gatas, con el cuerpo casi a ras de tierra, cubriendo prácticamente treinta metros en cuestión de segundos, su mirada todavía fija en el haz de luz y el extraño reflejo. Ahora podía ver la escena con mayor claridad; se detuvo y se concentró. Había dos hombres: uno empuñaba la linterna; el otro, un rifle de cañón corto cuyo grueso acero conocía Bourne demasiado bien. A una distancia de hasta cien metros podía hacer saltar a un hombre por el aire dos metros de altura. Era un arma muy extraña, por cierto, para estar en manos de un representante de la CIA enviado por Washington.

El haz de luz iluminó uno de los lados del blanco mausoleo; la figura que sostenía el rifle retrocedió rápidamente, deslizándose detrás de una columna a no más de seis metros del hombre que sostenía la linterna.

Jason no tuvo necesidad de pensar: sabía lo que tenía que hacer. Si había alguna explicación para la presencia de aquella mortífera arma, allá ellos, pero no la usarían contra él. Se puso de rodillas, calculó la distancia y buscó algunos puntos para ocultarse y para protegerse. Comenzó a avanzar, quitándose el agua que le cubría el rostro y palpando el arma que llevaba en la cintura y que sabía no podría usar.

Se arrastró de lápida en lápida, de estatua en estatua, enfilando a la derecha, luego virando gradualmente hacia la izquierda, hasta que el semicírculo casi se completó. Estaba a menos de cinco metros del mausoleo; el hombre con el arma asesina estaba de pie junto a la columna de la izquierda, debajo del corto pórtico, para protegerse de la lluvia. Tocaba el arma como si se tratara de un objeto sexual, abriendo y cerrando el cargador, incapaz de resistir la tentación de espiar en su interior. Deslizó la palma de la mano sobre los casquillos de las balas con gesto casi obsceno.

Ahora. Bourne avanzó desde detrás de la lápida, impulsándose con las manos y las rodillas sobre el césped mojado, hasta que estuvo a unos dos metros del hombre. Dio un salto, convertido en una pantera silenciosa, letal, lanzando barro frente a ella, una mano dirigida hacia el cañón del rifle y la otra, a la cabeza del hombre. Logró los dos objetivos; cerró las manos sobre ellos, aprisionando el cañón con los dedos de la mano izquierda, y el pelo del hombre con la derecha. La cabeza crujió al doblarse hacia atrás, la garganta se cerró, se silenció toda posibilidad de sonido. Estrelló la cabeza del hombre contra el mármol blanco con tal fuerza, que la expulsión de aire que siguió revelaba la eficacia del golpe. El hombre quedó hecho una masa fláccida, y Jason lo sostuvo contra la pared, permitiendo que el cuerpo inconsciente se fuera deslizando silenciosamente hasta el suelo entre las columnas. Registró al hombre y le quitó una automática «Magnum» calibre 357 que llevaba en una pistolera de cuero cosida a la chaqueta, un cuchillo de pescador afilado como una navaja en una vaina enganchada al

cinturón, y un pequeño revólver calibre 22 de una pistolera en el tobillo. Ni remotamente alguien enviado por el Gobierno; aquel hombre era un matón a sueldo, un arsenal ambulante.

Rómpele la mano. Bourne oyó de nuevo aquellas palabras; habían sido pronunciadas por un hombre de gafas con montura dorada, dentro de un enorme sedán que escapaba *a* toda velocidad de la Steppdeckstrasse. Había un motivo detrás de la violencia. Jason se apoderó de la mano derecha del hombre y le dobló los dedos hacia atrás hasta oír los crujidos; hizo lo mismo con la mano izquierda, mientras tapaba la boca del hombre incrustándole el codo entre los dientes. No se escuchó ningún sonido sobre el rumor de la lluvia, y ya ninguna de las manos podría esgrimir un arma ni ser usada como arma; por otra parte, las armas estaban en las sombras, fuera de su alcance.

Jason se puso de pie y asomó el rostro por la columna. El oficial de Treadstone dirigía ahora el haz de luz directamente hacia la tierra que estaba frente a él. Era la señal estática, una señal que guiaría al pájaro perdido; también podía tener algún otro significado; eso lo sabría en pocos minutos más. El hombre giró hacia la entrada dio un paso como si hubiera escuchado algo; y entonces fue cuando Bourne vio el bastón, observó la cojera. El representante oficial de Treadstone Setenta y Uno era un lisiado... lo mismo que él.

Jason retrocedió hacia la primera lápida, se ocultó detrás de ella y espió por el borde del mármol. El hombre de Treadstone seguía concentrado en la verja de entrada. Bourne echó una mirada a su reloj: la una y veintisiete. Todavía quedaba tiempo. Se alejó de la tumba a gatas hasta quedar fuera del radio de visión de aquél. Luego se puso de pie y corrió, desandando el camino, hasta el arco que estaba en la parte superior de la colina. Permaneció allí un momento, hasta que su respiración y su ritmo cardíaco adquirieron cierta normalidad, y luego se metió la mano en el bolsillo, en busca de un librillo de fósforos.

Protegiéndolo de la lluvia, arrancó un fósforo de cartón y lo encendió.

-¿Treadstone? -dijo lo bastante fuerte como para ser oído desde abajo.

-¡Delta!

Caín es Charlie y Delta es Caín. ¿Por qué el hombre de Treadstone había usado el nombre de Delta en lugar de Caín? Delta no pertenecía a Treadstone; había desaparecido junto con Medusa. Jason comenzó a descender por la colina; la lluvia fría le fustigaba el rostro y su mano se deslizaba instintivamente debajo de la chaqueta, oprimiendo la automática que llevaba en la cintura.

Caminó hasta la faja de césped que se extendía frente al mausoleo. El hombre de Treadstone cojeó hasta él; luego se detuvo y llevó la linterna hacia arriba y su violento haz hizo que Bourne entornara los ojos y volviera la cabeza.

-Ha pasado mucho tiempo -dijo el oficial lisiado, bajando la linterna-. Me llamo Conklin, por si lo ha olvidado.

-Gracias. En efecto, lo había olvidado. Pero ésa es sólo una de las cosas.

-¿Una de qué cosas?

-De las que he olvidado.

-Sin embargo, ha recordado este lugar. Supuse que lo haría. Leí los registros de Abbott; aquí fue donde se encontraron por última vez, donde se hizo la última entrega. Me parece que fue durante las exequias de algún ministro, ¿no es así?

-No lo sé. De eso tenemos que hablar primero. Ustedes no han tenido noticias mías durante más de seis meses. Pero hay una explicación.

-¿De veras? Escuchémosla.

-La manera mas simple de decirlo es que me hirieron de un balazo, y los efectos de la herida me provocaron una severa... amnesia. Tal vez desorientación sería una palabra más adecuada.

-No suena del todo mal. ¿Qué significa?

-Que sufrí pérdida de memoria. Total. Que estuve varios meses en una isla del Mediterráneo, al sur de Marsella, sin saber quién era ni de dónde venía. Hay un médico allá, un inglés de apellido Washburn, que tiene toda la historia clínica. Él puede confirmar lo que le estoy diciendo.

-Estoy seguro de que lo hará -dijo Conklin, asintiendo-. Y apuesto a que la historia clínica es sumamente detallada. ¡Cristo, vaya si pagó usted bastante por lo que lo fuera!

-¿Qué quiere decir?

-Nosotros también llevamos un registro. Un funcionario de un Banco de Zurich que creyó que Treadstone lo estaba sometiendo a una prueba, transfirió un millón y medio de francos suizos a Marsella para una colección imposible de localizar. Gracias por proporcionarnos el nombre.

-Eso es parte de lo que debe usted comprender. Yo no lo sabía. Me había salvado la vida, me había «recauchutado». Yo era prácticamente un cadáver cuando me llevaron a él.

-Así que decidió que poco más de un millón de dólares era una cifra bastante redonda, ¿no es así? Cortesía del presupuesto de Treadstone.

-Ya se lo he dicho: no lo *sabía.* Treadstone no existía para mí; en muchos sentidos, sigue sin existir.

-Lo olvidaba. Perdió usted la memoria. ¿Cuál era el término? ¿Desorientación?

-Sí, pero no lo suficientemente fuerte. La palabra exacta es amnesia.

-Quedémonos mejor con desorientación. Porque parecería que usted logró orientarse derechito a Zurich, al Gemeinschaft.

-Llevaba un negativo implantado quirúrgicamente cerca de la cadera.

-Por cierto que sí; y bien que insistió usted en ello. Unos pocos comprendimos por qué. Es el mejor seguro que puede usted tener.

-No sé a qué se refiere. ¿No puede comprender eso?

-Desde luego. Usted descubrió el negativo, que sólo tenía un número, y en seguida asumió el nombre de Jason Bourne.

-¡No fue así como sucedió! Cada día parecía descubrir algo más, paso a paso, una revelación cada vez. Un empleado de hotel me llamó Bourne; sólo me enteré del nombre de Jason cuando fui al Banco.

-En donde supo exactamente qué debía hacer -interrumpió Conklin-. Sin ningún tipo de vacilaciones. Entró y salió, y con usted desaparecieron cuatro millones.

-¡Washburn me dijo lo que debía hacer!

-Y entonces apareció una mujer, que casualmente era una especie de mago de las finanzas, y le dijo cómo escamotear el resto. Y antes de eso, eliminó a Chernak en la Löwenstrasse, y a tres hombres que *nosotros* no conocíamos, pero que supongo lo conocían bien a usted. Y aquí en París, otro disparo contra un camión de transporte de dinero. ¿Otro socio? Borró usted todas las pistas, todas

las malditas pistas. Hasta que sólo le restaba hacer una cosa. Y usted, usted, bastardo, lo hizo.

-*¡Escúcheme!* Esos hombres trataron de matarme; han estado tratando de darme caza desde Marsella. Aparte de eso, honestamente *no sé* de qué me habla. En algunos momentos recuerdo cosas. Rostros, calles, edificios; a veces imágenes que no puedo situar, pero que sé que significan algo, sólo que no puedo relacionarlas con nada. Y nombres; nombres sin rostros. ¡Maldito sea: soy un amnésico! ¡Ésa es la verdad!

-Uno de esos nombres, ¿no sería Carlos, por casualidad?

-Sí, y usted lo sabe. Ésa es la cuestión; usted sabe mucho más que *yo* acerca de todo eso. Puedo decirle mil cosas sobre Carlos, pero no *sé por qué.* Un hombre que en este momento está viajando de regreso a Asia me dijo que yo tenía un convenio con Treadstone. El hombre trabajaba para Carlos. Dijo que Carlos lo sabe. Que Carlos estaba cerrando sus redes alrededor de mí, que ustedes hicieron correr la voz de que yo había cambiado de bando. Él no podía comprender la estrategia, y yo no pude explicársela. Ustedes creyeron que yo había cambiado de bando porque no tenían noticias mías, y yo no podía ponerme en contacto con ustedes porque no sabía quiénes eran. ¡Y *sigo* sin saberlo!

-Supongo que tampoco sabe quién es el *Monje.*

-Sí, sí... el *Monje.* Su nombre era Abbott.

-Muy bien. ¿Y el *Marino?* Supongo que lo recuerda ¿no es verdad? ¿Y a la esposa de éste?

-Nombres. Están ahí, sí. Pero sin sus rostros.

-¿Elliot Stevens?

-No.

-O... Gordon Webb.

Conklin pronunció el nombre con la mayor de las lentitudes.

-¿Qué? -Bourne sintió una sacudida en el pecho, y luego un dolor punzante y abrasador atravesó sus sienes y se le incrustó en los ojos. *¡Tenía los ojos en llamas! ¡Fuego! Explosiones y oscuridad, intenso viento y dolor... ¡Almanac a Delta! ¡Abandonen, abandonen! Responderán como se les ha ordenado. ¡Abandonen!* -Gordon...

Jason oyó su propia voz, pero estaba muy lejos, perdida en un viento remoto. Cerró los ojos, los ojos que tanto le quemaban, y trató de apartar la bruma. Luego abrió los ojos y no le sorprendió en absoluto descubrir que Conklin le apuntaba a la cabeza con un revólver.

-No sé cómo lo hizo, pero usted lo hizo. Era lo único que le quedaba por hacer, y lo hizo. Volvió a Nueva York y los hizo volar a todos. Los asesinó, bastardo. Lo que más desearía sería poder llevarlo de regreso y verlo atado a la silla eléctrica, pero eso no es posible. Así que haré lo que sigue en la lista de prioridades: lo mataré yo mismo.

-No he estado en Nueva York hace muchos meses. Antes de lo que le cuento, no lo sé; pero por lo menos no en los últimos seis meses.

-¡Mentiroso! ¿Por qué no hizo las cosas *realmente* bien? ¿Por qué no montó su maldito truco para poder estar allá para los funerales? El del *Monje* fue hace tan sólo algunos días; eso le habría permitido encontrarse con muchos amigos. ¡Y el de su propio *hermano!* ¡Oh, Dios Todopoderoso! Si hasta podría haber

escoltado a su esposa por la nave central de la iglesia. O tal vez pronunciado un panegírico; ése sí que sería un final irónico. Pero al menos le permitiría hablar bien del hermano que usted mismo mató.

-¿Hermano...? *¡Basta!* ¡Por el amor de Dios, cállese!

-¿Por qué tengo que callarme? ¡Caín está vivo! ¡Nosotros lo creamos y él se hizo, realidad!

-Yo no soy *Caín.* ¡Él nunca *existió!* ¡Yo nunca lo fui!

-¡Así que lo sabe! *¡Mentiroso! ¡Canalla!*

-Guarde ese revólver. ¡Le digo que lo baje!

-Ni por asomo. Me juré a mí mismo que le concedería dos minutos porque quería escuchar lo que me diría. Pues bien, lo he escuchado, y apesta. ¿Quién le dio a *usted* algún derecho? Todos perdemos cosas; son gajes del oficio, y si a uno no le gusta este maldito trabajo, pues no sigue haciéndolo. Si no existe ningún convenio, se evapora uno; eso es lo que yo pensé que usted había hecho, y estaba dispuesto a darle esa oportunidad, a convencer a los demás de que lo dejaran desaparecer. Pero no, usted regresó y nos puso en la mira de sus armas.

-¡No! ¡Eso no es cierto!

-Dígaselo a los técnicos de laboratorio que tienen en su poder ocho fragmentos de vidrio que equivalen a dos huellas digitales. Dedos índice y medio de la mano derecha. Usted estuvo allí y asesinó a cinco personas. Usted, que solía ser uno de *ellos,* sacó sus pistolas, en plural, y los hizo saltar por el aire. Un plan perfecto. Una estrategia de desprestigio. Varios tipos de casquillos, múltiples balas, *infiltración.* El plan de Treadstone abortado y usted se marcha en libertad.

-¡No, se equivoca usted! Fue Carlos. No yo, sino *Carlos.* Si lo que usted dice se produjo en la calle Setenta y Uno, ¡fue él! Él sabe. Ellos saben. Una residencia en la Calle Setenta y Uno. Número 139. ¡Ellos lo sabían!

Conklin asintió, con los ojos ensombrecidos; el odio que destilaban era visible a pesar de la poca luz, a pesar de la lluvia.

-¡Cuánta perfección! -dijo lentamente-. El encargado de realizar el primer movimiento en la estrategia la hace pedazos haciendo un trato con el blanco. ¿Cuál es su tajada, aparte los cuatro millones? ¿Carlos le proporcionó inmunidad de su estilo particular de persecución? Ustedes dos sí que forman una bonita pareja.

-¡Eso es disparatado!

-Y exacto -completó el hombre de Treadstone-. Sólo nueve personas vivas conocían esa dirección antes de las siete y media de la tarde del viernes pasado.

Tres de ellas fueron asesinadas, y nosotros somos las otras cuatro. Si Carlos se enteró de ella, hay una sola persona que pudo habérsela dado: *usted.*

-¿De qué *manera?* Yo no la conocía. ¡No la conozco!

-Acaba usted de decirla.

La mano izquierda de Conklin empuñó el bastón; era el preludio del disparo: afianzar bien el pie lisiado.

-*¡No lo haga!* -gritó Bourne, aun sabiendo que la súplica era inútil; se giró violentamente hacia la izquierda mientras gritaba, lanzando el pie derecho contra la muñeca que sostenía el arma.

¡Che-sah!, era la palabra desconocida que brotaba como un grito mudo en su cabeza. Conklin cayó hacia atrás, disparando salvajemente al aire y tropezando con su bastón.

Jason giró en redondo, se agachó y, con el pie izquierdo, hizo volar el arma con el aire.

Conklin rodó por el suelo con los ojos clavados en las lejanas columnas del mausoleo, esperando oír la explosión que haría volar en fragmentos a su atacante. ¡No! El hombre de Treadstone rodó nuevamente. Ahora hacia la derecha, con expresión sorprendida, y los ojos clavados en... ¡Había alguien más!

Bourne saltó hacia un lado; cuatro balas surcaron el aire en rápida sucesión, y tres de ellas rebotaron casi silenciosamente. Rodó dando una vuelta, y otra, mientras sacaba la automática del cinturón. Vio al hombre por entre la lluvia; la silueta se incorporaba detrás de una lápida. Hizo dos disparos; el hombre cayó al suelo.

Tres metros más allá, Conklin se agitaba sobre el césped húmedo, extendiendo ambas manos frenéticamente, en busca de un revólver. Bourne saltó y corrió hacia allá; se arrodilló junto al hombre de Treadstone; con una mano lo asió del cabello húmedo, y con la otra empuñó su automática, con el cañón apretado contra el cráneo de Conklin. De las columnas más alejadas del mausoleo llegó un grito prolongado y desgarrador, que fue creciendo, sostenida y pavorosamente en intensidad, y luego cesó.

-Ése es su matón a sueldo -dijo Jason, tirando bruscamente de la cabeza de Conklin hacia un lado-. Treadstone ha contratado a unos hombres muy extraños, por cierto. ¿Quién era el otro tipo? ¿De qué celda para condenados a muerte lo sacó?

-Él era mucho mejor hombre que usted -replicó Conklin con voz cansina; la lluvia brillaba en su rostro iluminado por la linterna, que estaba en el suelo, a dos metros de distancia-. Todos ellos lo son. Todos han perdido tanto como usted, más no por eso han cambiado de bando. ¡Podemos contar con ellos!

-No importa lo que diga, usted no me creerá. ¡No *quiere* creerme!

-Porque sé lo que usted es; lo que usted *hizo.* Acaba de confirmarme todo el maldito asunto. Puede matarme, pero ellos lo atraparán. Usted es de la peor calaña. Se cree una persona muy especial. Siempre fue igual. Yo lo vi después de Phnom Penh; todo el mundo estaba perdido allá, diseminado por todas partes, pero eso no contaba. ¡Lo único importante era usted, sólo *usted!* ¡Y luego en Medusa! ¡Las reglas no regían para Delta! Al animal sólo le importaba matar. Y ésos son justamente los tipos que después se pasan al otro lado. Pues bien, yo también perdí, pero jamás me pasé al otro bando. ¡Adelante! ¡Máteme! Entonces podrá regresar junto a Carlos. Pero cuando vean que no vuelvo, ellos lo sabrán. Lo perseguirán y no cejarán hasta echarle las manos encima. ¡Vamos! ¡Dispare!

Conklin gritaba, pero Bourne casi no lo escuchaba. En cambio, había escuchado dos palabras y las punzadas de dolor le martilleaban las sienes. *¡Phnom Penh! Phnom Penh, La muerte en los cielos, la muerte proveniente del cielo. La muerte de los jóvenes y de los muy pequeños. Pájaros que chillaban y ruidosas ametralladoras, y el hedor como de muerte de la jungla... y un río. De nuevo se sentía cegado, en llamas.*

Debajo de él, el hombre de Treadstone había escapado. Su cuerpo lisiado se arrastraba presa del pánico, arremetiendo, tanteando con las manos la hierba mojada. Jason pestañeó, tratando de obligar a su mente a regresar al presente.

Luego, súbitamente, supo que debía apuntar la automática y disparar. Conklin había encontrado su revólver y lo recogía. Pero Bourne no pudo apretar el gatillo.

Se lanzó hacia la izquierda y rodó por el suelo, arrastrándose en dirección a las columnas de mármol del mausoleo. Los disparos de Conklin parecían no tener meta fija, pues el lisiado no podía afianzar la pierna ni su puntería. Entonces el fuego cesó y Jason se incorporó, apretando la cara contra la superficie lisa y mojada de la piedra. Miró hacia fuera, con la automática en posición de disparar; debía matar a aquel hombre, pues de lo contrario lo mataría a él, mataría a Marie, los relacionaría a ambos con Carlos.

Conklin marchaba cojeando patéticamente hacia la verja de entrada, volviéndose una y otra vez con el arma extendida. Bourne levantó la automática y apuntó hasta tener en la mira la figura lisiada. Una fracción de segundo y todo habría terminado; su enemigo de Treadstone estaría muerto, y con su muerte se abriría un rayo de esperanza, pues en Washington había aún personas razonables.

Pero no podía hacerlo; no podía apretar el gatillo. Bajó el arma y se quedó de pie, indefenso, junto a la columna de mármol, mientras Conklin trepaba a su coche.

El coche. Debía regresar a París. Había una manera. Siempre la hubo. ¡*Ella* había estado allí!

Llamó suavemente a la puerta; la mente funcionaba a toda velocidad analizando los hechos, absorbiéndolos y descartándolos vertiginosamente mientras elaboraba un plan. Marie reconoció la llamada y le abrió la puerta.

-¡Santo cielo! ¡Mírate! ¿Qué ha ocurrido?

-No hay tiempo -replicó, y corrió hacia el teléfono que había en el otro extremo de la habitación-. Era una trampa. Están convencidos de que los traicioné, de que me he vendido a Carlos.

-*¿Qué?*

-Afirman que volé a Nueva York la semana pasada, el viernes último. Que maté a cinco personas... entre ellas a mi hermano. -Jason cerró un instante los ojos-. Había un hermano. *Hay* un hermano. No sé, no puedo pensar en eso ahora.

-¡Si jamás has abandonado París! ¡Y puedes demostrarlo!

-¿Cómo? Ocho, diez horas, eso es todo lo que habría necesitado. Y ocho o diez horas de las cuales no puedo dar cuenta es todo lo que *ellos* necesitan ahora. ¿Quién saldrá en mi defensa?

-Yo. Has estado conmigo.

-Creerán que tú eres parte de todo este asunto -replicó Bourne, mientras descolgaba el aparato y marcaba un número-. El robo, la traición, Port Noir, toda la maldita historia. Te relacionan conmigo. Carlos planeó esto hasta el último fragmento de huella digital. ¡Cristo! ¡Y vaya si se encargó de reunir las piezas!

-¿Qué estás haciendo? ¿A quién llamas?

-Á nuestro aliado, ¿recuerdas? El único que tenemos. Villiers. La *esposa* de Villiers. Ella es nuestro último recurso. La prenderemos, la haremos trizas, la someteremos a mil tormentos si es preciso. Pero no hará falta que lleguemos a eso; ella no luchará porque no puede ganar... ¡Maldito sea!, ¿por qué no contesta?

-El teléfono privado está en su despacho. Son las tres de la madrugada. Es probable que...

-¡Aquí está! ¿General? ¿Es usted? -Jason se vio obligado a preguntárselo, pues la voz en el otro extremo de la línea sonaba extrañamente tranquila, pero no con la calma del sueño interrumpido.

-Sí, soy yo, mi joven amigo. Le pido disculpas por la tardanza. Estaba arriba con mi esposa.

-Precisamente quiero hablarle de ella. Tenemos que ponernos en movimiento. *Ya mismo.* Alertar al Servicio Secreto francés, Interpol y la Embajada norteamericana, pero con la advertencia de que no interfieran hasta que yo la haya visto y hasta hablado con ella. Tenemos que hablar.

-No lo creo, Mr. Bourne... Sí, conozco su nombre, amigo mío. En cuanto a hablar con mi mujer, mucho me temo que no será posible. Simplemente, acabo de matarla.

33

Jason se quedó contemplando la pared de su habitación, el papel aterciopelado con desvaídos dibujos que se confundían uno en el otro, formando absurdas contorsiones de trama gastada.

-¿Por qué? -dijo serenamente por teléfono-. Creí que había usted comprendido:

-Traté de hacerlo, amigo mío -replicó Villiers con una *voz* más allá del enojo o del pesar-. Dios sabe que traté, pero no pude impedirlo. La miraba una y otra vez... y detrás de ella veía al hijo que ella no concibió, asesinado por ese cochino animal que era su mentor. Mi ramera era la ramera de alguien más... la ramera del animal. No podía ser de otro modo, y, según pude enterarme, no lo era. Creo que ella descubrió la violencia en mis ojos y doy fe de que allí estaba. -El general se interrumpió; el recuerdo se había hecho demasiado penoso-. No sólo advirtió la violencia, sino también la verdad. Se dio cuenta de que yo sabía. Que sabía lo que ella era, lo que había sido durante todos los años que pasamos juntos. Y, al final, le di la oportunidad que, según dije a usted, le daría.

-¿La oportunidad de matarlo?

-Sí. No fue difícil. Entre nuestras dos camas hay una mesita de noche, y en el cajón, un arma. Ella estaba tumbada en la cama, como una *Maja* de Goya, espléndida en su arrogancia, absorta en sus pensamientos, mientras yo me consumía en los míos. Abrí el cajón en busca de una caja de fósforos y regresé a mi sillón y a mi pipa; dejé el cajón abierto, y la empuñadura del arma bien a la vista. Fue mi silencio, supongo, y el hecho de que no podía quitarle los ojos de encima, lo que la obligó a reconocer mi presencia y, luego, a concentrarse en mí. La tensión entre nosotros había llegado al punto en que no hacía falta decir mucho para que las compuertas estallaran, y, Dios se apiade de mí, fui yo quien pronunció las palabras fatales. Me oí preguntarle: «¿Por qué lo hiciste?» Y entonces, la acusación se completó. Le dije que era mi ramera, la ramera que había matado a mi hijo. Se quedó mirándome fijamente durante un momento, y en un solo instante sus ojos se apartaron de mí para mirar de reojo el cajón abierto y el arma... y también el teléfono. Me puse de pie, las brasas de mi pipa

fulgurantes... *chauffé au rouge.* Ella giró las piernas y las bajó de la cama, metió ambas manos en el cajón abierto y sacó el revólver. No la detuve; quería escuchar las palabras de sus propios labios, quería oír mi propia acusación de mí mismo, tanto como la de ella. Lo que escuché es algo que me llevaré a la tumba conmigo, para que quede una pizca de honor para mi persona y la persona de mi hijo. No seremos blanco de la mofa de aquellos que han dado menos que nosotros. Jamás.

-General... -Bourne sacudió la cabeza, incapaz de pensar con claridad y sabiendo que precisaba tiempo para poder encontrar sus pensamientos-. General, ¿qué ocurrió? Ella le dio mi nombre. ¿Cómo? Tiene que decirme eso. *Se lo ruego.*

-Con mucho gusto. Ella dijo que usted era un insignificante pistolero que deseaba meterse en los zapatos de un gigante. Que era un ladrón a partir de lo de Zurich, un hombre repudiado hasta por su propia gente.

-¿Dijo quién era esa gente?

-Si lo hizo, yo no escuché. Estaba ciego, sordo, presa de una furia incontrolada. Pero no tiene usted nada que temer de mí. El capítulo está cerrado, mi vida se habrá terminado con una sola llamada telefónica.

-*¡No!* -gritó Jason-. ¡No lo haga! Ahora no.

-Debo hacerlo.

-Por favor. No se contente con la ramera de Carlos. ¡Detenga a Carlos! ¡Atrape a Carlos!

-¿Para que mi nombre sea escarnecido por haberme acostado con esa ramera? ¿Por haber sido manejado por la perra de ese animal?

-¡Maldito sea: piense en su *hijo!* ¡Cinco cartuchos de dinamita en la rué de Bac!

-Déjelo en paz. Déjeme en paz. Todo terminó.

-¡*No* terminó en absoluto! ¡Escúcheme! Déme sólo un momento, es todo lo que le pido. -La mente de Jason, las imágenes galopaban furiosamente frente a sus ojos, entrechocando en rápida sucesión. Pero aquellas imágenes tenían sentido. Propósito. Sentía la mano de Marie sobre su brazo, apretándolo con firmeza, como si intentara amarrar su cuerpo a un puerto de realidad-. ¿Alguien ha oído el disparo?

-No ha habido ningún disparo. En estas épocas no se comprende bien el significado de un *coup de grâce.* Yo me ciño a su finalidad original. Terminar con el sufrimiento de un camarada herido o de un enemigo respetado. No se usa con una ramera.

-¿Qué quiere decir? Usted ha dicho que la ha matado.

-La he estrangulado, obligándola a mirarme a los ojos mientras el aire se le escapaba del cuerpo.

-Pero lo estaba apuntando con su revólver...

-Lo cual es totalmente ineficaz cuando los ojos de uno arden con el reflejo de las brasas encendidas de una pipa. Ya no tiene importancia; podría haberme ganado.

-¡*Ganó* ella si usted deja las cosas así! ¡No lo comprende? ¡Carlos es quien gana! ¡Ella lo destrozó! Y a usted no se le ocurrió nada mejor que estrangularla! ¿Y habla usted de *desprecio?* ¡Se está usted echando todo sobre los hombros, no le quedará más que desprecio.

-¿Por qué insiste, Monsieur Bourne? -dijo Villiers con tono fatigado-. No espero recibir caridad de usted ni de nadie. Déjeme en paz. Acepto lo inevitable. No conseguirá usted nada.

-¡Lo haré si logro que usted me escuche! ¡Capture a Carlos, atrape a Carlos! ¿Cuántas veces tengo que decírselo? ¡Usted necesita agarrarlo a él! ¡Con eso saldará todas las cuentas! ¡Y él es también la persona que yo necesito! Sin él soy hombre muerto. *Los dos* estamos condenados a muerte. ¡Por el amor de Dios, *escúcheme]*

-Me gustaría ayudarlo, pero no hay nada que pueda hacer por usted. O que quiera hacer, si lo prefiere.

-Hay una manera. -Las imágenes cobraron nitidez. Sabía dónde estaba, dónde se dirigía. El significado y el propósito convergían-. Invierta la trampa. Salga de ella indemne, sin perder nada de lo que tiene.

-No lo comprendo. ¿Cómo podría hacerlo?

-Usted no asesinó a su esposa. ¡Fui *yo* quien lo hizo!

-¡Jason! -gritó Marie, aferrándose a su brazo.

-Sé lo que hago -replicó Bourne-. Por primera vez, realmente sé lo que estoy haciendo. Es curioso, pero creo que lo supe desde el principio.

Pare Monceau estaba tranquilo; la calle, desierta; unas pocas luces de portales brillaban trémulamente en la lluvia fría y brumosa; todas las ventanas de aquella hilera de residencias lujosas estaban en tinieblas, excepto las de la casa de André Francois Villiers, mito de Saint-Cyr y Normandía, miembro de la Junta Nacional de Francia... asesino de su esposa. Las ventanas del piso superior, a la izquierda del porche, brillaban tenuemente. Era el dormitorio donde el señor de la casa había matado a la señora de la casa, el lugar donde un viejo soldado acosado por los recuerdos había estrangulado a la amante de un asesino a sueldo.

Villiers no había accedido a nada; había quedado demasiado estupefacto para responder. Pero Jason había expuesto calurosamente su idea, había machacado el mensaje con tanto énfasis, que las palabras habían resonado en el teléfono. ¡Capture a Carlos! ¡No se conforme con la ramera del asesino! ¡Atrape al hombre que mató a su hijo! Al hombre que colocó cinco cartuchos de dinamita en un coche en la rué de Bac y dio muerte al último descendiente de los Villiers. Él es el hombre que usted busca. ¡Atrápelo!

Aprehende a Carlos. Atrapa a Carlos. Caín es Charlie y Delta es Caín. ¡Le resultaba tan claro! No había otro camino. Al final, era sólo el comienzo; como el comienzo mismo se lo había revelado. Para poder sobrevivir debía entregar al asesino; si fallaba, podía considerarse hombre muerto. Y la de Marie St. Jacques tampoco sería vida: sería destruida, hecha prisionera, tal vez muerta, por un acto de fe que se había convertido en un acto de amor. La marca de Caín estaba grabada en ella, y su eliminación haría desaparecer también todo tipo de molestia. Ella era un frasco de nitroglicerina colocado en equilibrio sobre un cable de alta tensión en el centro mismo de un ignoto depósito de municiones. Usen una red. Elimínenla. Una bala en la cabeza neutraliza los explosivos que lleva en la mente. ¡Nadie podrá escucharla!

¡Había tantas cosas que se debía conseguir que Villiers comprendiera, y tan poco tiempo para explicárselas! La explicación misma estaba limitada tanto a una memoria inexistente cuanto al estado actual de la mente del viejo soldado. Había

que lograr un delicado equilibrio al hacerlo, establecer parámetros en lo referente al tiempo y las contribuciones de ello: le estaba pidiendo a un hombre para quien el honor era la virtud más importante que le mintiera al mundo. Para que Villiers hiciera eso, el objetivo debía ser increíblemente honorable.

¡Aprehende a Carlos!

En la planta baja había una segunda entrada a la residencia del general; se hallaba a la derecha de la escalinata, pasando un portalón, donde los proveedores entregaban sus mercancías en la cocina de abajo. Villiers había convenido en dejar sin pestillo el portalón y la puerta. Bourne no se había molestado en decirle al viejo soldado que eso no tenía importancia; que, de cualquier modo, entraría en la casa, que su plan entrañaba cierto grado de daño material. Pero, en primer lugar, estaba el riesgo de que la casa de Villiers estuviera siendo vigilada. Había buenos motivos para que Carlos tomara aquella precaución, y había motivos igualmente válidos para que no lo hiciera. Pensándolo bien, el asesino podría decidir mantenerse lo más lejos posible de Angélique Villiers, evitando toda posibilidad de que uno de sus hombres fuera atrapado, con lo cual se probaría su conexión, la conexión de Pare Monceau. Por otro lado, Angélique, la muerta, era su prima y amante... *la única persona en el mundo que a él le importaba algo.* Philippe d'Anjou.

¡D'Anjou! ¡Por supuesto que habría alguien vigilando; o dos personas, o diez! Si D'Anjou había logrado salir de Francia, Carlos supondría lo peor; si el hombre de Medusa no había conseguido hacerlo, entonces el asesino sabría lo peor. El colonial podría ser sometido, con lo cual revelaría cada una de las palabras que había intercambiado con Caín. ¿Dónde? ¿Dónde estaban los hombres de Carlos? Curiosamente -pensó Jason-, si no había nadie apostado en Pare Monceau aquella noche particular, todo su plan resultaría inútil.

Pero no resultó inútil; allí estaban. En el interior de un sedán, el mismo sedán que había atravesado a toda velocidad los portones del Louvre doce horas antes; los mismos dos hombres: asesinos que protegían a otros asesinos. El coche estaba a unos quince metros de allí a mano izquierda, lo cual les brindaba una visión perfecta de la casa de Villiers. Pero aquellos dos hombres arrellanados en los asientos, con los ojos bien abiertos y alertas, ¿serían los únicos apostados allí? Bourne no tenía forma de saberlo; ambos lados de la calle estaban cubiertos de automóviles. Se agazapó en las sombras del edificio de la esquina, que se encontraba en diagonal respecto a los dos hombres dentro del sedán. Sabía lo que había que hacer, pero no estaba muy seguro de cómo hacerlo. Necesitaba algo que los distrajera, algo lo suficientemente alarmante como para atraer a los soldados de Carlos, y lo suficientemente visible para hacer brotar a cualquier otro que pudiera estar ocultándose en la calle, o sobre un techo, o detrás de una ventana oscura.

Fuego. Repentino. Inesperado. Lejos de la casa de Villiers y, al mismo tiempo, lo suficientemente cercano y sorprendente como para enviar vibraciones a lo largo de aquella calle tranquila, desierta, tapizada de árboles. Vibraciones... sirenas; explosivo... explosiones. Podía hacerse. Eran sólo cuestión de contar con los medios adecuados.

Bourne se arrastró desde la parte posterior del edificio de la esquina hacia la calle que la cruzaba y corrió silenciosamente al portal más cercano, donde se detuvo y se quitó el abrigo y la chaqueta. Luego se quitó la camisa y desgarró la tela desde el cuello hasta la cintura; volvió a ponerse la chaqueta y el abrigo, se levantó las solapas, se abrochó el abrigo, y se puso la camisa debajo del brazo. Se

asomó bajo la lluvia nocturna y escrutó los automóviles que se encontraban en la calle. Necesitaba combustible, pero estaba en París, y la mayor parte de los depósitos de gasolina estarían asegurados con llave. La mayor parte, pero no todos; tenía que haber alguno entre los aparcados junto a la acera cuya tapa no llevara llave. Y entonces encontró frente a él lo que buscaba, estaba en la vereda, asegurado a un portón de hierro por medio de una cadena. Era un velomotor, algo más pequeño que una motocicleta, y cuyo depósito de combustible era una especie de burbuja metálica. La tapa, sin duda, estaría sujeta a una cadena, pero era bastante poco probable que tuviera cerradura. Ocho litros de combustible no eran cuarenta; había que contrapesar el riesgo de cualquier robo en relación con las consecuencias que éste implicaría, y ocho litros de gasolina no valían una multa de 500 francos. Jason se aproximó al velomotor. Escudriñó la calle en un sentido y en el otro; no había nadie a la vista, ningún otro sonido aparte el monótono repiqueteo de la lluvia. Colocó la mano en la tapa del depósito de gasolina y la hizo girar; se abrió con toda facilidad. La abertura era relativamente amplia, y el depósito estaba casi lleno. Volvió a colocar la tapa; todavía no estaba listo para empapar allí su camisa. Necesitaba otro elemento.

Lo encontró en la esquina siguiente, junto a una alcantarilla. Un adoquín suelto, desprendido por una década de descuidados conductores que arremetían contra el borde de la acera. Consiguió aflojarlo del todo metiendo el talón en el intersticio que lo separaba del borde. Lo levantó, junto con un fragmento más pequeño, y echó a andar hacia el velomotor, con el fragmento en el bolsillo y el adoquín en la mano. Lo sopesó... al tiempo que comprobaba el estado de su brazo. Serviría; las dos cosas servirían.

Tres minutos más tarde sacaba la camisa empapada del depósito de combustible, mientras los vapores se entremezclaban con la lluvia y las manos se le cubrían con una capa oleosa. Envolvió el adoquín con la tela, enroscando las mangas y cruzándolas en varias direcciones, para atarlas luego firmemente entre sí a fin de que aprisionaran su proyectil. Estaba listo.

Se arrastró de vuelta hacia el edificio que estaba en la esquina de la calle en que vivía Villiers. Los dos hombres del sedán seguían instalados en el asiento delantero, con la atención concentrada en la casa de Villiers. Detrás del sedán había otros coches: un «Mercedes» pequeño, una limusina color marrón oscuro y un «Bentley». Frente a Jason, al otro lado del «Bentley», había un edificio de piedra blanca, de ventanas pintadas con esmalte negro. La luz de un zaguán se derramaba sobre las ventanas a ambos lados de la escalinata; la de la izquierda era evidentemente, un comedor: podía ver sillas y una mesa alargada a la luz adicional del espejo de un aparador rococó. Las ventanas de aquel comedor, con su espléndida vista sobre la pintoresca y lujosa calle de París, serviría a sus fines.

Bourne se metió la mano en el bolsillo y sacó la piedra; su tamaño era escasamente una cuarta parte del adoquín empapado en gasolina, pero le resultaría muy útil. Avanzó lentamente hasta la esquina del edificio, levantó el brazo y lanzó la piedra lo más lejos que pudo por encima del sedán.

El estallido resonó en la calle silenciosa seguido del estrépito provocado por la piedra al golpear el capó de un coche y caer al suelo. Los dos hombres del sedán se irguieron de golpe. El que estaba junto al conductor abrió la puerta y salió del automóvil, empuñando un arma. El conductor bajó el vidrio de la ventanilla y encendió los faros. La luz rebotó con fuerza cegadora en la superficie metálica y los cromados del automóvil que tenía delante. Era, a todas luces, un

acto estúpido, que sólo servía para indicar el temor de los hombres que vigilaban en Pare Monceau.

Ahora. Jason cruzó la calle corriendo con la atención centrada en los dos hombres que se cubrían los ojos con las manos, tratando de ver por entre el resplandor de la luz reflejada. Llegó hasta el maletero del «Bentley», con el adoquín debajo del brazo, y fósforos en ambas manos. Se agachó, encendió los fósforos, puso el adoquín en el suelo y luego lo levantó por el extremo de una de las mangas. Sostuvo los fósforos encendidos debajo de la tela empapada en nafta; de inmediato se prendió fuego.

Se incorporó rápidamente, balanceando el adoquín con la manga; lo lanzó por encima de la vereda y lo arrojó con todas sus fuerzas contra el marco de la ventana, para salir luego corriendo a toda velocidad hasta más allá del borde del edificio, en el momento en que se producía el impacto.

El fragor de vidrios rompió el silencio de la calle. Bourne corrió hacia la izquierda, hasta el otro lado de la angosta avenida, y luego de regreso en dirección a la casa de Villiers; una vez más encontró refugio en las sombras. Estimulado por el viento procedente de la ventana rota, el fuego trepó rápidamente por los cortinajes. Treinta segundos más tarde, la habitación era un horno en llamas, exaltadas por el inmenso espejo del aparador. Se oyeron gritos y se encendió la luz de algunas ventanas contiguas y luego la de otras, en el otro extremo de la calle. Al cabo de un minuto, aquello era el caos. La puerta de la casa en llamas se abrió de par en par y salieron de ella dos figuras: un hombre mayor en pijama, y una mujer con una *negligée y* una sola zapatilla, ambos dominados por el pánico.

Se abrieron otras puertas y aparecieron otras figuras, arrojadas del sueño al caos; algunas de ellas corrieron a la residencia envuelta en llamas: un vecino estaba en peligro. Jason avanzó en diagonal hacia el otro lado de la esquina, una figura más que corría entre el gentío que rápidamente empezaba a congregarse allí. Se detuvo donde inició su carrera unos minutos antes, junto al edificio de la esquina, y permaneció inmóvil, tratando de localizar a los hombres de Carlos.

Había estado en lo cierto: aquellos dos hombres no eran los únicos vigilantes apostados en Pare Monceau. Ahora había cuatro acuchillados junto al sedán hablando de prisa y en voz baja. No, cinco. Otro avanzó con rapidez por la acera y se unió a los otros cuatro.

Oyó el zumbido de las sirenas; crecía a cada minuto, a medida que se acercaban. Los cinco hombres se alarmaron.

Debían tomar decisiones; no podían quedarse todos allí. Tal vez alguno tuviera antecedentes penales.

Acuerdo. Uno de ellos se quedaría: el quinto hombre. Asintió y cruzó velozmente la calle, hasta quedar en el lado de la casa de Villiers. Los otros se metieron en el sedán y, en el momento en que un auto bomba aparecía en la calle, el sedán se deslizó del lugar donde se encontraba aparcado y pasó raudo al lado del monstruo rojo que se dirigía a toda marcha en dirección contraria.

Sólo quedaba un obstáculo: el quinto hombre. Jason rodeó el edificio y lo avistó a mitad de camino entre la esquina y la casa de Villiers. Ahora era cuestión de encontrar el momento oportuno y sacar partido de la sorpresa. Bourne simuló correr hacia el incendio con intención de ayudar, una figura perdida en la confusión circundante. Pasó al lado del hombre, quien no se dio cuenta de su presencia, pero *sí* lo advertiría si seguía corriendo hasta la puerta del sótano de la

casa de Villiers y la abría. El hombre estaba mirando hacia ambos lados de la calle, preocupado, perplejo y tal vez asustado. Estaba parado frente a una verja de poca altura; otra entrada de sótano otra lujosa residencia en Pare Monceau.

Jason se detuvo y dio dos rápidos pasos hacia el hombre; luego, apoyándose en el pie izquierdo, giró en redondo, lanzó el derecho hacia el quinto hombre, a la vez que lo golpeaba con los puños hasta hacerlo caer hacia atrás sobre la verja de hierro. El hombre lanzó un grito al caer en el angosto pasillo de cemento. Bourne saltó limpiamente la verja, con los nudillos de la mano derecha rígidos y los talones de ambos pies extendidos hacia delante. Cayó sobre el pecho del hombre; el impacto le rompió las costillas, mientras los nudillos de Jason se estrellaban contra la garganta. El hombre de Carlos se desvaneció. Recobraría el conocimiento mucho después de que alguien lo llevara a un hospital. Jason registró al hombre: sólo llevaba un revólver sujeto al pecho. Bourne se lo quitó y se lo metió en el bolsillo del abrigo. Se lo entregaría a Villiers.

Villiers. El camino estaba libre.

Subió por la escalera hasta el tercer piso. Al llegar a mitad de escalera observó una línea delgada de luz que salía por debajo de la puerta del dormitorio: al otro lado de la puerta había un viejo que era su única esperanza. Si alguna vez en la vida que recordaba o la que había olvidado, tenía que mostrarse convincente, era ahora, Y su convencimiento era real; en aquel momento no había sitio para el camaleón. Todo aquello en lo que creía estaba basado en un único hecho. Carlos tenía que ir a buscarlo. Era la verdad. Era la trampa.

Llegó al rellano y dobló hacia la izquierda, hacia la puerta del dormitorio. Se detuvo un momento, tratando de acallar los cada vez más fuertes y rápidos latidos de su corazón. *Parte de la verdad, no toda la verdad.* No habría invención alguna, sólo omisión.

Un acuerdo... un convenio... con un grupo de hombres -hombres honorables-, que trataban de dar caza a Carlos. Eso era todo lo que Villiers debía saber, todo lo que debía aceptar. No podía decirle que estaba en tratos con un amnésico, pues tras esa pérdida de memoria podía ocultarse un hombre deshonesto. La leyenda de Saint-Cyr, Argelia y Normandía, no aceptaría eso; no allí, en aquel momento, al final de su vida.

¡Oh, Dios, el equilibrio era tan tenue. La línea que separaba la confianza de la desconfianza, tan sutil... tan sutil como lo era para el cadáver cuyo nombre no era Jason Bourne.

Abrió la puerta y entró en la habitación, en el infierno privado de un viejo. En el exterior, al otro lado de las ventanas tapadas por cortinajes, las sirenas ululaban y la gente gritaba. Espectadores de una arena invisible mofándose de lo desconocido, ajenos a sus causas insondables.

Jason cerró la puerta y permaneció inmóvil. La amplia habitación estaba llena de sombras, iluminada sólo por la lámpara de la mesita de noche. Contempló una triste escena, que habría deseado no tener que presenciar. Villiers había arrastrado un sillón de escritorio, de respaldo alto, desde el otro extremo de la habitación, y estaba sentado en él a los pies de la cama, con los ojos clavados en la mujer muerta tendida en la colcha. La cabeza bronceada de Angélique Villiers descansaba sobre la almohada; los ojos muy abiertos, proyectándose fuera de las órbitas. Tenía la garganta hinchada, y en esa zona la piel era de un rojo púrpura, y la magulladura se había extendido por todo el cuello. En contraste con la cabeza erguida, su cuerpo seguía retorcido, contorsionado por su

lucha salvaje; las piernas extendidas; la bata, desgarrada, y sus pechos asomaban por entre la seda: incluso en la muerte destilaba sensualidad. No había habido ningún intento de disimular a la ramera.

El viejo soldado estaba sentado como un niño perplejo castigado por una acción insignificante, como si el verdadero crimen hubiese escapado al razonamiento de su atormentador e incluso el suyo propio. Apartó los ojos de la muerta y miró a Bourne.

-¿Qué ha pasado allá afuera? -preguntó en tono monocorde.

-Unos hombres vigilaban su casa. Hombres de Carlos; eran cinco. He iniciado un incendio en la manzana; no ha habido ninguna víctima. Sólo quedaba uno de los hombres; lo he puesto fuera de combate.

-Es usted una persona llena de recursos, Monsieur Bourne.

-En efecto, tengo muchos recursos -convino Ja-son-. Pero ellos regresarán. El incendio será sofocado y regresarán; lo harán incluso antes de que ello ocurra, si Carlos suma dos más dos; y creo que así será. En ese caso, mandará a alguien. No vendrá personalmente, desde luego, pero enviará a uno de sus pistoleros. Cuando ese hombre lo encuentre a usted... y a ella... lo matará. Carlos la pierde a ella, pero sigue siendo el vencedor. Gana por partida doble: lo ha usado a usted a través de ella, y al final lo matará. Él se marcha tranquilamente y usted está muerto. La gente podrá sacar las conclusiones que desee, pero no creo que sea muy halagadoras para usted.

-Es usted muy preciso. Se siente muy seguro de sus juicios.

-Sé de lo que estoy hablando. Preferiría no tener que decir lo que voy a decirle, pero no es momento para tener en cuenta los sentimientos de nadie.

-A mí ya no me queda ninguno. Diga lo que desee.

-Su esposa le dijo a usted que era francesa, ¿no es verdad?

-Sí, del sur de Francia. Su familia era de Loures Barouse, cerca de la frontera española. Vino a París hace muchos años. Vivía con una tía. ¿Por qué me lo pregunta?

-¿Alguna vez conoció a alguien de su familia?

-No.

-¿No asistieron a la boda?

-Después de pensarlo bien, nos pareció mejor no invitarlos. La disparidad de nuestras edades podría haberlos perturbado.

-¿Y qué me dice de la tía de París?

-Falleció antes de que Angélique y yo nos conociéramos. ¿Qué sentido tiene todo este interrogatorio?

-Su esposa no era francesa. Dudo mucho que tuviera alguna vez una tía en París, y su familia no era de Loures Barouse, si bien la proximidad con la frontera española tiene cierta relevancia. Podía disimular muchas cosas, explicar muchas otras.

-¿Qué quiere decir?

-Era venezolana, prima hermana de Carlos, y su amante desde los catorce años. Formaban un equipo, un equipo que funcionaba hacía muchos años. Me dijeron que era la única persona en el mundo que a Carlos le importaba algo.

-Una prostituta.

-El instrumento de un asesino. Me pregunto cuántos blancos preparó. Cuántos hombres valiosos murieron a causa de ella.

-Yo no puedo matarla dos veces.

-Pero puede usarla. Saque provecho de su muerte.

-¿La locura a que usted hizo referencia?

-La única locura sería que usted arrojara su vida por la borda. La victoria de Carlos sería total: él sigue usando su pistola... y los cartuchos de dinamita... y usted se convierte en mera cifra de una estadística. Una muerte más, sumada a una larga lista de cadáveres ilustres. *Eso* sí que sería demencial.

-¿Y usted afirma ser una persona sensata? ¿Usted está dispuesto a asumir la culpa por un crimen que no cometió? ¿Por la muerte de una ramera? ¿Perseguido por una muerte en la que no tuvo nada que ver?

-Eso es parte de la cuestión. De hecho, lo esencial.

-*No* me hable de locuras, jovencito. Le ruego que se vaya. Lo que acaba de decirme me da valor para enfrentarme con el Dios Todopoderoso. Si alguna vez ha estado justificada alguna muerte, ha sido la de ella a mis manos. Miraré a Cristo a los ojos y le juraré.

-Entonces ha decidido darse por vencido -dijo Jason, advirtiendo el bulto de un arma en el bolsillo de la chaqueta del viejo.

-*No* esperaré a que me sometan a juicio, si se refiere a eso.

-¡Oh, eso es perfecto, general ni al propio Carlos se le hubiese ocurrido nada mejor. Ningún movimiento superfluo de su parte; ni siquiera tendrá necesidad de usar su propia pistola. Pero las personas que realmente cuentan sabrán que fue obra de Carlos; que fue él quien lo causó.

-Aquellos que cuentan no sabrán nada en absoluto. *Une affaire de coeur... une grave maladie...* no me preocupa lo que digan los asesinos y los ladrones.

-¿Y si yo revelara la verdad? ¿Si dijera por qué la mató?

-¿Quién lo escucharía? Incluso aunque viviera para contarlo. Yo no soy ningún tonto, Monsieur Bourne. Usted huye de algo más que de Carlos. Es un hombre perseguido por muchos, y no tan sólo por una persona. Usted prácticamente me lo dijo. No quiso darme su nombre... por mi propia seguridad, según dijo. Cuando, y si todo esto terminaba, adujo, tal vez fuera *yo* el que no desearía ser visto con *usted.* Ésas no son las palabras de alguien en quien los demás depositan su confianza.

-Confió usted en mí.

-Ya le dije por qué -replicó Villiers, apartando la mirada de él y fijándola en su esposa muerta-. Es algo que vi en los ojos de usted.

-¿La verdad?

-La verdad.

-Entonces, vuelva a mirarme. La verdad sigue estando allí, un el camino de Nanterre dijo usted que escucharía lo que tenía que decirle porque yo le había devuelto la vida. Estoy tratando de devolvérsela una vez más. Puede salir de aquí libre, sin mancha, seguir defendiendo las cosas importantes para usted, que fueron importantes para su hijo. ¡Puede usted vencer...! No me juzgue mal: no estoy siendo noble. El hecho de que usted siga con vida y haga lo que le pido, es la única manera que tengo de seguir viviendo yo, la única forma de llegar a ser libre.

-¿Por qué? -preguntó el viejo soldado levantando la mirada.

-Ya le he dicho que quería a Carlos porque me habían despojado de algo, algo muy necesario para mi vida, mi memoria, y él fue el causante de ello. Ésa es la verdad, o por lo menos, creo que es la verdad, pero no toda la verdad. Hay otras personas involucradas, algunas de ellas decentes, otras no, y el trato que hice con ellas fue que atraparía a Carlos. Ellos quieren lo mismo que usted. Pero ocurrió algo que no puedo explicarle, que ni siquiera trataré de explicarle, y esas personas creen que yo las traicioné. Creen que hice un pacto con Carlos, que les robé millones y maté a algunas personas que eran mi enlace con ellos. Tienen hombres apostados por todas partes, y las órdenes son de disparar. Usted tiene razón: no huyo sólo de Carlos. Me acosan hombres que no conozco y que no puedo ver. Y por motivos que nada tienen que ver con la realidad. Yo no hice lo que ellos aseguran que hice, pero nadie parece querer escucharme. No tengo ningún pacto con Carlos, y usted sabe que es así.

-Le creo. Nada me impide hacer una llamada y hablar en su favor. Le debo a usted eso.

-¿Y cómo lo haría? ¿Qué diría?: «El hombre al que conozco como Jason Bourne no tiene ningún pacto con Carlos. Lo sé porque me reveló el nombre de la amante de Carlos, y esa mujer era mi esposa, la esposa que estrangulé para que el deshonor no recayera sobre mi apellido. En este mismo momento estoy a punto de llamar a la Sureté y confesar mi crimen; aunque, desde luego, no les diré los motivos que tuve para hacerlo. Ni por qué me quitaré la vida...» ¿Es eso, general? ¿Es eso lo que les dirá?

El viejo se quedó mirando silenciosamente a Bourne, comprendiendo con claridad la contradicción básica implícita en sus palabras.

-Entonces, no veo cómo ayudarle.

-Muy bien. Espléndido. Carlos triunfa en toda la línea. Ella gana. Usted pierde. Su hijo, también. ¡Vamos, llame a la Policía, y luego métase el cañón del revólver en su maldita boca y levántese la tapa de los sesos! *¡Adelante!* ¡Eso es lo que quiere! ¡Tirar la esponja, acostarse y morir! Usted ya no sirve para nada. ¡Es un *viejo* que sólo se compadece de sí mismo! Y Dios sabe que no es rival para Carlos. No es rival para el hombre que puso cinco cartuchos de dinamita en la rué de Bac y mató a su hijo.

Las manos de Villiers comenzaron a temblar, temblor que se extendió hasta la cabeza.

-No me haga eso. Se lo advierto, no *haga* eso conmigo.

-¿Me lo advierte? ¿Qué quiere decir que está usted dándome órdenes? ¿El hombrecillo de enormes botones de bronce está dando una *orden?* Pues bien, ¡olvídelo! ¡Yo no recibo órdenes de un hombre como usted! ¡Usted es un farsante! ¡Es peor que las personas a las que ataca; ellos, por lo menos, tienen suficientes agallas para hacer lo que dicen que harán! Usted, *no.* Son puras palabras. Palabras huecas que sólo sirven para tranquilizar su conciencia. ¡Acuéstese y *muérase,* viejo! ¡Pero no me dé órdenes!

Villiers separó las manos y saltó de la silla como un resorte, con su agobiado cuerpo temblando de furia:

-Se lo he advertido. ¡Basta!

-A mí no me interesan sus advertencias. Tuve razón en lo que pensé la primera vez que lo vi. Usted está al lado de Carlos. Ha sido su lacayo en vida, y lo seguirá siendo cuando esté muerto.

El rostro del viejo soldado se contorsionó de dolor. Esgrimió el revólver; el gesto, patético, y, sin embargo, la amenaza, real.

-He matado a muchos hombres en mi vida. En mi profesión fue un hecho inevitable, con frecuencia perturbador. No deseo matarlo en este momento, pero lo haré si insiste en contrariarme. ¡Váyase! Salga de esta casa.

-¡Qué formidable! Debe de estar usted conectado al cerebro de Carlos. ¡Usted me mata, y él carga con todos los premios!

Jason dio un paso hacia delante, consciente de que era el primer movimiento que había hecho desde que había entrado en la habitación. Vio cómo Villiers abría los ojos de par en par; agitó el revólver, y su sombra vacilante se proyectó en la pared. Una ligera presión y el percutor caería hacia delante, haciendo que la bala se incrustara en el blanco. Pues, al margen de la locura del momento, la mano eme empuñaba el arma se había pasado la vida aferrando acero; tendría la firmeza necesaria cuando llegara el momento, si es que llegaba tal momento. Ése era el riesgo que Bourne debía correr. Sin Villiers, sus posibilidades serían nulas; era preciso convencer de ello al viejo. Jason gritó de pronto:

-*¡Vamos!* ¡Dispare! *¡Máteme!* ¡Cumpla las órdenes de Carlos! Es usted un soldado. Tiene sus órdenes. Cúmplalas.

El temblor de la mano de Villiers era más intenso, y los nudillos se le veían blancos cuando levantó el arma y apuntó a la cabeza de Bourne. Entonces Jason oyó el susurro que brotaba de la garganta del viejo:

-*Vous étes un soldat... arrétez... arrétez.*

-¿Qué?

-Soy un soldado. Alguien me lo recordó hace muy poco, una persona muy querida para usted -Villiers hablaba con toda calma-. Ella obligó al viejo guerrero a recordar quién era... quién había sido. *On dit que vous étes un gégant. Je le crois.* Ella tuvo la gentileza, la bondad de decirme también eso. Que le habían dicho que yo era un gigante, y que ella lo creía. Estaba equivocada, ¡oh, Dios Todopoderoso, cómo se equivocaba!, pero lo intentaré. -André Villiers bajó el revólver; había un toque de dignidad en su gesto. La dignidad de un soldado que entrega sus armas. La dignidad de un gigante-. ¿Qué quiere que haga?

Jason respiró, aliviado.

-Que obligue a Carlos a correr tras de mí. Pero no aquí, no en París. Ni siquiera en Francia.

-¿Dónde, entonces?

Jason no se lo dijo; en cambio, le preguntó:

-¿Puede usted sacarme del país? Le advierto que me buscan. A estas alturas, mi nombre y descripción deben de estar en todos los despachos de inmigración y puestos de frontera de toda Europa.

-¿Por motivos equivocados?

-Por motivos equivocados.

-Le creo. Sí, hay maneras de sacarlo de aquí. El *Conseiller Militaire* puede hacerlo y lo hará si yo se lo pido.

-¿Aunque yo tenga una identidad falsa? ¿Y sin decirle a ellos por qué?

-Mi palabra basta. Me lo he ganado.

-Otra pregunta. El asistente de que usted me ha hablado. ¿Confía en él; *de veras* confía en él?

-Ciegamente. Por encima de todos los demás hombres.

-¿Le confiaría usted la vida de otra persona? ¿De una que usted describió acertadamente como muy querida para mí?

-Por supuesto. ¿Por qué? ¿Viajará usted solo?

-Debo hacerlo. Ella jamás me permitiría ir allá.

-Pero tendrá que darle alguna explicación.

-Sí. Le diré que debo ocultarme; aquí en París, o en Bruselas, o en Amsterdam. Que son ciudades en las que Carlos opera. Pero que ella tiene que alejarse de París; nuestro coche fue encontrado en Montmartre. Que los hombres de Carlos están revisando cada calle, cada departamento, cada hotel. Que ahora usted y yo trabajamos juntos; que su asistente la llevará a algún pueblecito del interior, donde estará segura. Eso es lo que le diré.

-Hay una pregunta que debo hacerle en este momento. ¿Qué ocurrirá si usted no regresa?

Bourne trató de que su voz no reflejara ningún tono de súplica:

-En el avión tendré tiempo de sobra. Le escribiré explicándole todo lo que ha ocurrido, todo lo que... puedo recordar. Le enviaré la carta a usted, y usted tomará las decisiones del caso. Con ella. Ella dijo que usted era un gigante. Tome las decisiones adecuadas. Protéjala.

-*Vous êtes un soldat... arrétez.* Tiene usted mi palabra. Nadie le hará ningún daño.

-Es todo cuanto puedo pedir.

Villiers arrojó el arma sobre la cama, cayó entre las piernas contorsionadas y desnudas de la muerta; el viejo soldado tosió y volvió a adoptar su postura.

-Y ahora, hablemos algo de los detalles concretos, jovencito -dijo, mientras en su voz volvía a notarse una cierta torpeza, pero también decididamente, un toque de autoridad-. ¿Cuál es exactamente su plan?

-Para comenzar, usted ha sufrido un colapso, está en estado de shock. Es un autómata que sigue instrucciones que no comprende, pero que debe obedecer.

-Lo cual no difiere demasiado de la realidad, ¿no le parece? -interrumpió Villiers-. Por lo menos, antes de que un hombre joven, con la verdad en sus ojos, me obligara a escucharlo. Pero, ¿cómo se produce ese estado? ¿y por qué?

-Todo lo que usted sabe, todo lo que alcanza a recordar, es que un hombre entró en su casa durante el incendio y le golpeó la cabeza con un revólver; usted se desplomó y perdió el sentido. Cuando recobró el conocimiento, encontró a su esposa muerta, estrangulada, y una nota junto a su cadáver. El contenido de esa nota fue lo que le hizo perder el juicio.

-¿Y en qué consistirá?

-En la verdad -respondió Jason-. La verdad que usted jamás permitirá que nadie sepa. Lo que ella era para Carlos, lo que él era para ella. El asesino que escribió la nota le dejó un número de teléfono, diciéndole que por medio de él podría confirmar sus palabras. Y que, una vez que se sintiera satisfecho, podía destruir la nota y denunciar el crimen como se le antojara. Pero que, a cambio de decirle la verdad, y de matar a la ramera que había participado tan

estrechamente en la muerte de su hijo, quiere que usted entregue un mensaje escrito.

-¿A Carlos?

-No. Él enviará un emisario.

-Menos mal. No estoy muy seguro de poder seguir adelante si tuviera que enfrentarme personalmente con él.

-Recibirá el mensaje.

-¿En qué consistirá?

- Yo se lo escribiré; usted podrá entregárselo al hombre que le envíen. Debe ser muy preciso, tanto en lo que dice como en lo que omite. -Bourne echó una mirada a la muerta, a la garganta hinchada-. ¿Tiene un poco de alcohol?

-¿Una bebida alcohólica?

-No. Alcohol. O si no un poco de colonia.

-Estoy seguro de que en el botiquín hay un frasco de alcohol.

-¿Le importaría traérmelo? Y también una toalla, por favor.

-¿Qué piensa hacer?

-Poner mis manos donde estuvieron las suyas. Sólo a título de precaución, aunque no creo que nadie lo interrogue. Mientras yo me ocupo de eso, llame a quien sea necesario para sacarme de Francia. El factor tiempo es importante. Debo estar en camino antes de que usted se ponga en contacto con el emisario de Carlos, y por cierto que mucho antes de que llame a la Policía. De lo contrario, todos los aeropuertos estarían vigilados.

-Supongo que puedo retrasar esa última llamada hasta el amanecer. Por ser un viejo en estado de shock, como usted dice. Pero no mucho más. ¿Adonde irá?

-A Nueva York. ¿De veras podrá sacarme? Tengo un pasaporte que me identifica como George Washburn Y está muy bien hecho.

-Lo cual me facilita mucho las cosas. Tendrá usted *status* diplomático. Vía libre a ambos lados del Atlántico.

-¿Cómo ciudadano inglés? El pasaporte es británico.

-Como miembro de la OTAN: usted es parte de un equipo anglo norteamericano encargado de negociaciones militares. Nosotros facilitamos su regreso rápido a los Estados Unidos a fin de que pueda recibir nuevas instrucciones. No es nada insólito, y será suficiente para que usted pueda pasar y sin más trámite por los dos puestos de inmigración.

-Excelente. He revisado los horarios. Hay un vuelo de «Air France» a Nueva York a las siete de la mañana.

-Estará usted a bordo. -El viejo hizo una pausa; aún no había terminado de hacer preguntas. Dio un paso hacia Jason-. ¿Por qué Nueva York? ¿Qué lo hace estar tan seguro de que Carlos lo seguirá a Nueva York?

-Son dos preguntas con respuestas diferentes -replicó Bourne-. Tengo que entregarlo precisamente en el mismo lugar en que él hizo suponer que yo había matado a cuatro hombres y a una mujer a la que no conocía... pero uno de los hombres era alguien muy allegado a mí, alguien de mi misma sangre, supongo.

-No comprendo.

-Yo tampoco estoy muy seguro de entenderlo. Pero no hay tiempo. Estará todo en lo que yo le escribiré cuando esté en el avión. Tengo que probar que

Carlos sabía. Un edificio en Nueva York. Donde ocurrió todo. Ellos tienen que comprender. Él *conocía* su existencia. Confíe en mí.

-Confío en usted. ¿Qué me dice entonces de la segunda pregunta? ¿Por qué se supone que lo seguirá hasta allá?

Jason volvió a mirar a la mujer muerta.

-Por instinto, tal vez. Yo he matado a la única persona que a él le importa. Si se tratara de otra persona y Carlos la hubiese matado, yo lo perseguiría por todo el mundo hasta dar con él.

-Quizá sea más práctico que usted. Creo que ése fue el argumento que usted usó conmigo con anterioridad.

-Hay otro factor -replicó Jason, apartando los ojos de Angélique Villiers-. No tiene nada que perder, y sí mucho que ganar. Nadie sabe qué aspecto tiene, pero él me conoce de vista. Más no sabe cuál es el estado de mi mente. Me ha desconectado, aislado, convirtiéndome en alguien que jamás se supuso yo sería. A lo mejor tuvo demasiado éxito en ese sentido; tal vez yo esté loco, haya perdido la razón. Dios sabe que matarla a ella fue un acto de locura. Mis amenazas son irracionales. ¿Cuál será mi grado real de irracionalidad? Y un hombre irracional, un enajenado mental, es un hombre dominado por el pánico. Es fácil quitarlo del medio.

-Su amenaza, ¿es de veras irracional? ¿Es posible quitarlo de la circulación?

-No estoy muy seguro. Sólo sé que no tengo opción.

No la tenía. Al final era como al principio. Atrapa a Carlos. Caín es Charlie y Delta es Caín. El hombre y el mito por fin eran una sola cosa, las imágenes y la realidad se habían fusionado. No había otro camino.

Habían transcurrido diez minutos desde que llamara a Marie; le mintió y captó una serena aceptación en su voz, sabiendo que aquello significaba que ella necesitaba un poco más de tiempo para reflexionar. No le había creído, pero creía *en* él; tampoco ella tenía otra opción. Y él no podía hacer nada para aliviar su dolor; no había habido tiempo, no *había* tiempo. Ahora todo estaba en marcha; Villiers estaba en el piso de abajo llamando a un número del *Conseiller Militaire* de Francia, para casos de emergencia, haciendo todos los arreglos necesarios para que un hombre con un pasaporte falso saliera de París en avión, con *status* diplomático. En menos de tres horas, ese hombre estaría volando sobre el Atlántico, aproximándose al aniversario de su propia ejecución. Era la clave de todo; era la trampa. Era el último acto irracional, la enajenación lo que lo había hecho elegir aquella fecha.

Bourne permaneció de pie junto al escritorio; dejó el bolígrafo y estudió las palabras que había escrito en el papel de cartas de una mujer muerta. Eran las palabras que un viejo destrozado y confundido debía repetir por teléfono a un emisario desconocido, quien le exigiría que le entregase el papel y se lo daría a Ilich Ramírez Sánchez.

Yo maté a tu ramera y *volveré para buscarte. Hay setenta y una calles en la jungla. Una jungla tan densa como Tam Quan, pero hubo un sendero que pasaste por alto, una bóveda en el sótano que no conocías, igual que no sabías nada de mí hace once años, el día de mi ejecución. Otro hombre sí lo sabía y lo mataste. Pero no importa. En esa bóveda hay documentos que me darán la*

libertad. ¿Creíste que me convertiría en Caín sin esa protección final? ¡Washington no se atreverá a ponerme ni un dedo encima! Parece justo que en la fecha de la muerte de Bourne, Caín recoja los documentos que le garantizarán una larga vida. Tú marcaste a Caín. Ahora soy yo el que te marco. Regresaré, y entonces podrás reunirte con la ramera.

Delta.

Jason dejó caer la nota en el escritorio y se acercó a la muerta. El alcohol se había secado, la henchida garganta estaba preparada. Se inclinó, extendió los dedos y colocó las manos en el lugar en que otras manos habían presionado.

Locura.

34

Los primeros rayos del día se quebraban sobre las agujas de la iglesia de Levallois-Perret, al noroeste de París, aquella mañana fría de marzo en que la lluvia de la noche había sido remplazada por niebla. Algunas mujeres de edad, que volvían a sus apartamentos después de turnos de limpieza en el centro de la ciudad, entraban y salían con aire fatigado por las puertas de bronce, sosteniendo devocionarios, a punto de empezar sus oraciones o después de ellas, tras lo cual les esperaba un reparador descanso, antes del trabajo monótono de sobrevivir al día que acababa de comenzar. Además de las viejas había también hombres mal vestidos y harapientos -la mayoría de ellos, también viejos; otros, patéticamente jóvenes- amontonados unos contra otros, buscando el calor de la iglesia, aferrados a las botellas que llevaban en los bolsillos, que les garantizaban un piadoso olvido para el nuevo día que debían enfrentar.

Sin embargo, uno de los viejos, no flotaba con los movimientos de trance de los otros. Tenía prisa. Había cierta renuencia -e incluso tal vez miedo- en su rostro enjuto y arrugado, pero ninguna vacilación en su forma de subir la escalinata y atravesar las puertas. Pasó junto a las trémulas llamas de los cirios y echó a andar por la nave izquierda de la iglesia. Era una hora extraña para que un feligrés se confesara; no obstante, el viejo pordiosero se encaminó directamente al primer confesionario, apartó las cortinillas y entró.

-Ángelus Domini...

-¿La *has traído!* -preguntó en voz baja, pero autoritaria, mientras, detrás de la cortina, su silueta de sacerdote temblaba de furia.

-Sí. La puso en mi mano como un hombre atontado, llorando y diciéndome que me largara de allí. Quemó la nota que Caín le escribió a él, y afirma que negará todo si llega a mencionarse alguna vez una sola palabra de todo esto.

El viejo deslizó debajo de la cortina las páginas escritas.

-Usó el papel de cartas de ella...

El murmullo del asesino se quebró, la silueta de una mano se elevó hasta la silueta de una cabeza, y un sollozo contenido de angustia se oyó al otro lado de la cortina.

-Recuerda, Carlos -alegó el pordiosero-, que el mensajero no es responsable de las noticias que lleva. Yo podría haberme negado a escucharlo todo, podría haberme negado a traértela.

-¿Cómo? *¿Por qué...?*

-Lavier. Él la siguió a Pare Monceau, y luego a ambas hasta la iglesia. Lo vi en Neuilly-sur-Seine. Te lo dije.

-Ya lo sé. Pero, *¿por qué?* ¡Podría haberla usado de mil maneras distintas! ¡En mi contra! ¿Por qué *esto*?

-Está en su nota. Se ha vuelto loco. Lo presionaron demasiado, Carlos. Fue eso; lo vi. Un hombre de doble registro, cuyos controles originales han sido eliminados; no tiene a nadie que le confirme su misión inicial. Ambos bandos quieren su cadáver. Está tan tenso, que es posible que ni siquiera sepa quién es.

-Lo sabe... -El susurro expresaba ahora una serena furia-. Al afirmar con el nombre de Delta, me está diciendo que sabe. Ambos sabemos de dónde proviene ese nombre, de dónde proviene *él.*

El pordiosero permaneció en silencio un momento.

-Si eso es verdad, entonces sigue siendo peligroso para ti. Tiene razón. Washington no le tocará ni un dedo. Tal vez no desee reconocerlo, pero detendrá a sus verdugos. Incluso es posible que se vea obligado a concederle algunos privilegios a cambio de su silencio.

-¿Te refieres a los documentos de que habla? -preguntó el asesino.

-Sí. En otro tiempo, en Berlín, Praga, Viena, se los denominaba «pagos finales». Bourne los llama «protección final», una ligera variante de la misma cosa. Eran papeles o documentos redactados entre una fuente de control original y el infiltrado, para ser utilizados en el caso de que los planes fracasaran, la fuente fuera asesinada, y al agente no le quedara otra salida. Es muy probable que no lo hayas estudiado en Novgorod; los soviéticos no tenían este tipo de recurso. Pero los desertores soviéticos, en cambio, siempre insistieron en que se les proporcionara esta facilidad.

-O sea, que se trataba de documentos incriminatorios, ¿no?

-Debían de serlo, en cierta medida. Por lo general, en el área precisa de la persona que se manipulaba. La vergüenza es algo que siempre debe evitarse; pueda llegar a significar el fin de una carrera. Pero, bueno, no necesito decírtelo a ti. Has empleado esa técnica de forma brillante.

-«Hay setenta y una calles en la jungla...» -dijo Carlos, leyendo el papel que tenía en la mano, con una calma congelada deliberadamente impuesta a su susurro-. «Una jungla tan densa como Tam Quan.»... Esta vez la ejecución tendrá lugar de acuerdo con lo previsto. Jason Bourne no abandonará con vida *este* Tam Quan. Sea cual fuere su nombre, Caín está muerto, y Delta morirá por lo que ha hecho. Angélique..., te lo prometo. -El hechizo se rompió, y la mente del asesino abordó los detalles de orden práctico-. ¿Tenía alguna idea Villiers de la hora en que Bourne abandonó su casa?

-No lo sabía. Ya te lo dije, apenas estaba lúcido; seguía en el mismo estado de shock que cuando recibimos su llamada.

-No importa. Los primeros aviones hacia los Estados Unidos han despegado en el curso de esta última hora. Él debe viajar en uno de ellos. Yo estaré en Nueva York con él, y esta vez no fallaré. Mi cuchillo lo estará esperando, tan afilado como una navaja. ¡Le pelaré el rostro; los norteamericanos tendrán a su Caín sin rostro! Pueden dar el nombre que se les antoje *a* ese Bourne, a ese Delta.

El teléfono a rayas azules sonó sobre la mesa de Alexander Conklin. Su tintineo era suave, y el apagado sonido le confería cierto énfasis misterioso. Era la línea directa de Conklin con las oficinas de computación y bancos de datos. No había nadie en el despacho para contestar la llamada.

El ejecutivo de la CIA entró cojeando, no habituado aún al bastón que le había proporcionado G-2, SHAPE (Bruselas), la noche anterior, cuando dirigió un transporte militar hasta Andrews Field, Maryland. Arrojó con furia el bastón al otro lado de la habitación, mientras se tambaleaba hacia el teléfono. Tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño y casi no le quedaba aliento; el responsable de la disolución de Treadstone se encontraba exhausto. Había estado en comunicación cifrada con una docena de centros de operaciones clandestinas -en Washington y en el exterior-, tratando de deshacer la locura de las últimas veinticuatro horas. Había transmitido toda la información que había podido encontrar en los archivos a todos los países de Europa, y había puesto en estado de alerta a todos los agentes del eje París-Londres-Amsterdam. Bourne estaba vivo y era peligroso; había intentado matar a un control D.C.; podía encontrarse en cualquier sitio a diez horas de París. Era preciso cubrir todos los aeropuertos y estaciones de ferrocarril, y activar todas las organizaciones secretas. ¡Encuéntrenlo! *¡Mátenlo!*

-¡Diga! -Conklin se recostó contra la mesa y levantó el teléfono.

-Le hablan de la Dársena 12 de Computación -dijo una voz masculina-. Tal vez tengamos algo para usted. Al menos, el Departamento de Estado no lo tengo incluido en ninguna lista.

-¿Qué, por el amor de Dios?

-El nombre que usted nos dio hace cuatro horas. Washburn.

-¿Qué ocurre con él?

-Un tal George P. Washburn salió de París hacia Nueva York esta mañana, en un vuelo de «Air France», con vía libre en ambos puestos de inmigración. Washburn es un nombre bastante común; podría tratarse tan sólo de un hombre de negocios con influencias, pero puesto que su nombre apareció en la computadora y tenía el *status* de un diplomático de la OTAN, verificamos con el Departamento de Estado. Jamás han oído hablar de él. No hay nadie apellidado Washburn relacionado con ninguna negociación con el Gobierno francés de parte de ninguna nación miembro.

-Entonces, ¿cómo diablos obtuvo vía libre? ¿Quién le proporcionó *status* diplomático?

-Llamamos nuevamente a París para verificarlo; no fue sencillo. Al parecer ha sido una cortesía del *Conseiller Militaire.* Son un grupo bastante reservado.

-¿El *Conseiller?* ¿Y desde cuándo se dedican a dar vía libre a los *nuestros?*

-No tiene por qué tratarse de «nuestra» gente o de «su» gente. No es más que una cortesía del país anfitrión, y era un transporte francés. Es una de las maneras de conseguir un asiento decente en un vuelo que tiene exceso de pasajeros. A propósito: el pasaporte de Washburn ni siquiera es norteamericano. Es británico.

Hay un médico allá, un inglés de apellido Washburn. .. ¡Era él! Era Delta, y el *Conseiller* de Francia había cooperado con él. Pero, ¿por qué a Nueva York? ¿Qué tenía Nueva York para atraerlo? ¿Y qué personaje de tan alto rango en París

se preocuparía por hacerle un favor a Delta? ¿Qué les habría dicho? ¡Oh, Cristo! *¿Cuánto* les habría dicho?

-¿A qué hora llegó el avión? -preguntó Conklin.

-A las diez y treinta y siete de la mañana. Hace poco más de una hora.

-Muy bien -replicó el hombre al que le habían destrozado un pie en Medusa, mientras penosamente daba la vuelta a la mesa y se dejaba caer en el sillón-. Usted me ha dado su informe, y ahora quiero que borren esto de las cintas grabadoras. Que lo supriman. Absolutamente todo. ¿Está claro?

-Comprendido, señor. Suprimido, señor.

Conklin cortó la comunicación. Nueva York. *¿Nueva York?* ¡No Washington, sino Nueva York! Ya no quedaba nada en Nueva York. Y Delta lo sabía. Si estaba detrás de alguien de Treadstone -si estaba detrás de él-, habría cogido un vuelo directo a Dulles. ¿Qué había en Nueva York?

¿Y por qué Delta había usado deliberadamente el nombre de Washburn? Era lo mismo que telegrafiar sus planes; sabía que tarde o temprano se descubriría el nombre... Tarde... *¡Después* de haber pasado la aduana! Delta decía a lo que quedaba de Treadstone que estaba dispuesto a negociar. Que estaba en condiciones de revelar no sólo lo concerniente a la operación Treadstone, sino que sólo Dios sabía hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Todas las redes y organizaciones que había usado como Caín, los puestos de escucha y los falsos consulados, que no eran sino estaciones de espionaje electrónico... incluso el maldito espectro de Medusa. Las conexiones que, sin duda, tenía en el interior del *Conseiller,* eran su manera de probar a Treadstone la encumbrada posición que había alcanzado. Era su manera de expresar que si había logrado ese resultado en un grupo tan notorio de estrategas, nada podría detenerlo. ¡Maldito sea! ¿Detenerlo con respecto a qué? ¿Cuál era su meta? ¡Tenía los millones en el bolsillo; bien podría haberse esfumado!

Conklin sacudió la cabeza, asaltado por los recuerdos. Hubo una época en que habría permitido que Delta se esfumara; y así se lo había dicho hacía doce horas en un cementerio de las afueras de París. Había un límite en lo que un hombre podía soportar, y nadie sabía eso mejor que Alexander Conklin, que en una época figuraba entre los mejores oficiales superiores del Servicio Secreto. Había un límite; todas aquellas mojigaterías acerca de tener la fortuna de conservar la vida parecían algo trillado y cruel con el correr del tiempo. Todo dependía de lo que uno había sido antes, de aquello en lo que lo convertía su deformidad. Había un límite... ¡Pero Delta *no* se desvaneció! Reapareció con argumentos insensatos, con exigencias insensatas... con tácticas fantásticas que ningún oficial experimentado del Servicio Secreto habría contemplado siquiera. Pues no importaba cuánta información explosiva poseyera, no importaba cómo había escalado posiciones; ningún hombre en su sano juicio regresaría a un campo minado rodeado por sus enemigos. Y todo el chantaje del mundo no lograría obligarlo a regresar...

Ningún hombre en su sano juicio. Ningún hombre *cuerdo.* Conklin se inclinó lentamente hacia delante en su asiento.

Yo no soy Caín. Él nunca existió. ¡Yo nunca lo fui! Yo no estuve en Nueva York... Fue Carlos. ¡No yo, sino Carlos! Si lo que usted dice se produjo en la calle Setenta y Uno, entonces fue él. ¡Él conocía esa dirección!

Pero Delta *había* estado en aquella residencia de la calle Setenta y Uno. Estaban sus huellas digitales: dedos anular e índice de la mano derecha. Y el

método de transporte resultaba ahora claro: «Air France», protección del *Conseiller...* Realidad: Carlos no podía haberlo sabido.

Recuerdo cosas... rostros, calles, edificios. Imágenes que no puedo situar... ¡Conozco mil cosas sobre Carlos, pero no sé por qué!

Conklin cerró los ojos. Había una frase, una simple frase en clave que había sido usada en los comienzos de Treadstone. ¿Cómo era? Provenía de Medusa.,. *Caín es Charlie y Delta es Caín.* Eso era. Caín era *Carlos.* Y Delta-Bourne se convirtió en el Caín que era el señuelo para Carlos.

Conklin abrió los ojos. Jason Bourne debía remplazar a Ilich Ramírez Sánchez. En eso consistía el plan total de Treadstone Setenta y Uno. Era la piedra angular sobre la que se apoyaba toda la estructura de impostura, el elemento que sacaría a Carlos de su escondrijo y lo colocaría bajo su mira.

Bourne. Jason Bourne. El hombre totalmente desconocido, un nombre enterrado durante una década, una pieza de desecho humano abandonada en una jungla. Pero *había* existido; eso también era parte del plan.

Conklin examinó las carpetas que estaban en su escritorio hasta encontrar la que estaba buscando. No llevaba ningún encabezamiento; sólo una inicial y dos números, seguidos por una X negra, lo cual significaba que era la única carpeta que contenía los orígenes de Treadstone.

T-71 X. El nacimiento de Treadstone Setenta y Uno.

La abrió, casi temeroso de ver lo que sabía contenía en su interior.

Fecha de ejecución. Sector de Tam Quan. Marzo 25...

La mirada de Conklin se transfirió al calendario que tenía en la mesa.

24 de marzo.

-¡Oh, Dios mío! -susurró, mientras descolgaba el teléfono.

El doctor Morris Panov atravesó las puertas dobles del pabellón psiquiátrico del tercer piso del Anexo Naval del Hospital de Bethesda, y se dirigió hacia el puesto de enfermeras. Sonrió a la asistente uniformada que ordenaba las fichas bajo la adusta mirada de la jefa de enfermeras del piso, que estaba de pie junto a ella. Aparentemente la joven había colocado fuera de sitio la ficha de un paciente -si no a un paciente mismo-, y la jefa no estaba dispuesta a permitir que volviera a ocurrir.

-No deje que el látigo de Annie la engañe -dijo Panov a la aturdida muchacha-. Bajo esos ojos helados e inhumanos, palpita un corazón de auténtico granito. En realidad, escapó del quinto piso hace dos semanas, pero a todos nos asusta dar aviso.

La asistente lanzó risitas ahogadas; la enfermera sacudió la cabeza con exasperación. El teléfono sonó en el escritorio, detrás del mostrador.

-Atiende el teléfono, te lo ruego, querida -dijo Annie a la joven.

La asistente asintió y se dirigió al escritorio. La enfermera se volvió entonces a Panov.

-Doctor Mo, ¿cómo crees que pueda enseñarles algo si apareces tú diciendo esas cosas?

-Con afecto, querida Annie. Con afecto. Pero no pierdas la cadena de tu bicicleta.

-Eres incorregible. Dime, ¿cómo sigue tu paciente del Cinco-A? Sé que estás muy preocupado por él.

-Sigo estándolo.

-He oído decir que has permanecido levantado toda la noche.

-Daban una película por televisión a las tres de madrugada que no quería perderme.

-No lo hagas, Mo -replicó maternalmente la enfermera-. Eres demasiado joven para acabar allá adentro.

-Y tal vez también demasiado viejo para evitarlo, Annie, pero te lo agradezco.

De pronto, Panov y la enfermera se dieron cuenta de que alguien lo estaba llamando en alta voz: era la asistente de ojos grandes que estaba en el escritorio y gritaba su nombre por el micrófono.

-¡Doctor Panov, por favor! Lo llaman por teléfono.

-*Yo soy* el doctor Panov -dijo el psiquiatra a la muchacha, en voz baja-. Pero no queremos que nadie se entere. Annie Donovan, a la que ve aquí, es en realidad mi madre de Polonia. ¿Quién me llama?

La enfermera miró la tarjeta de identificación que Panov llevaba en la solapa de su bata blanca y respondió:

-Mr. Alexander Conklin, doctor.

-¡Vaya!

Panov estaba sorprendido. Alex Conklin había sido su paciente, con algunas interrupciones, durante cinco años hasta que ambos llegaron a la conclusión de que había logrado el máximo de adaptación que llegaría a alcanzar jamás; lo cual no era mucho, por cierto. Había muchos casos, semejantes, y era muy poco lo que se podía hacer por ellos. Fuese cual fuere el problema que tuviera Conklin, debía ser relativamente serio para haber llamado al Hospital Bethesda en lugar de hacerlo al consultorio privado.

-¿Dónde puedo atender la llamada, Annie?

-En la habitación uno -respondió la enfermera, indicando un recinto al otro lado del vestíbulo-. Está vacía. Haré que te pasen la comunicación allí.

Panov echó a andar hacia la puerta, mientras comenzaba a inundarlo una sensación de desasosiego.

-Necesito algunas respuestas muy rápidas, Mo -dijo Conklin con voz que revelaba cansancio.

-Las respuestas rápidas jamás han sido mi fuerte, Alex. ¿Por qué no viene a verme esta tarde?

-No se trata de mí, sino de alguien más. Posiblemente.

-Nada de juegos, se lo ruego. Creí que ya habíamos superado esa etapa.

-No son juegos. Es una emergencia de tipo Cuatro-Cero, y necesito ayuda.

-¿Cuatro-Cero? ¿Por qué no llama entonces a alguno de los miembros de su personal? Yo no he pedido jamás ese tipo de protección.

-No puedo. Eso le dará una idea de lo reservado, que es este asunto.

-Entonces le aconsejo que se lo diga a Dios al oído.

-¡Mo, *por favor!* Sólo necesito confirmar posibilidades; después me encargaré yo mismo de juntar las piezas. Y no tengo ni cinco segundos que perder. En este mismo momento es posible que un nombre esté corriendo por todos lados

dispuesto a hacer estallar algunos fantasmas, cualquier persona que él considere un fantasma. Ya ha matado a algunas personas muy reales e importantes, y no estoy muy seguro de que tenga conciencia de ello. ¡Ayúdeme, ayúdelo a *él!*

-Lo haré si está en mis manos. Adelante.

-Un hombre está en una situación de *stress* máximo, altamente explosivo, durante un período prolongado, y durante todo el tiempo debe mantenerse oculto. El encubrimiento mismo es un señuelo, muy visible, muy negativo, y se le aplica una presión constante para mantener esa visibilidad. El propósito es hacer salir de su guarida a un blanco simular al señuelo, convenciendo al blanco de que el señuelo representa una amenaza, forzando al blanco a salir a la luz... ¿Me sigue?

-Hasta aquí, sí -dijo Panov-. Dice usted que se ha ejercido una presión constante sobre el señuelo para mantener un perfil negativo, altamente visible. ¿Cuál ha sido el medio que lo ha rodeado?

-Lo más brutal que pueda imaginarse.

-¿Durante cuánto tiempo?

-Tres años.

-¡Santo cielo! -exclamó el psiquiatra-. ¿Sin ninguna tregua?

-Ninguna en absoluto. Veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año. Tres años. Alguien que no es él mismo.

-¿Cuándo aprenderán ustedes, malditos imbéciles? Hasta los prisioneros de los peores campos de concentración podían ser ellos mismos, hablar con otros que fueran ellos mismos... -Panov se interrumpió, al comprender el significado de sus propias palabras, y el de las de Conklin-. Eso es lo que me quería decir, ¿no es así?

-No estoy seguro -contestó el oficial del Servicio Secreto-. Es algo brumoso, confuso, incluso contradictorio. Lo que quiero preguntarle es lo siguiente: ¿Es posible que un hombre, en tales circunstancias, comience a... creer que él mismo es el señuelo, asuma sus características, hasta el punto de convencerse de que es él mismo?

-La respuesta a esa pregunta es tan obvia, que me sorprende que me la formule. Por supuesto que podría suceder eso. Es bastante probable. Es algo insoportablemente prolongado que no podría mantenerse a menos que la creencia se convierta en parte de su realidad cotidiana. El actor que jamás abandona el escenario, en una obra teatral que nunca termina. Día tras día, noche tras noche. -El médico hizo otra pausa, y luego preguntó con cautela-. Pero ésa no es en realidad la pregunta que quería hacerme, ¿verdad?

-No -respondió Conklin-. Yo doy un paso más. Más allá del señuelo. Debo hacerlo; es lo único que tiene sentido.

-Espere un momento -interrumpió vivamente Panov-. Es mejor que se detenga allí, porque no estoy dispuesto a confirmar un diagnóstico a ciegas. No con las intenciones que usted se trae. De ningún modo, Charlie. Eso sería como darle una licencia de la que yo no seré responsable; le pase o no honorarios de consulta.

-«De ningún modo... *Charlie...».* ¿Por qué ha dicho usted eso, Mo?

-¿Qué quiere decir con eso de por qué lo he dicho? No es más que una frase. Una frase que oigo todo el tiempo. La pronuncian los chicos de sucios vaqueros azules en las esquinas y las prostitutas en mis prostíbulos favoritos.

-¿Cómo sabe adonde voy? -preguntó el hombre de la CIA.

-Porque tuve que tragarme todos los libros, y usted no es demasiado sutil. Está a punto de describirme un caso de esquizofrenia con personalidad múltiple. No es tan sólo su hombre el que asume el papel del *señuelo,* sino el señuelo mismo el que transfiere su identidad a la persona que persigue. Al *blanco.* Eso es lo que se propone, Alex. Decirme que su hombre son tres personas a la vez: él mismo, el señuelo y el blanco. Y yo le repito. De ningún modo, Charlie. No pienso confirmarle nada ni remotamente parecido sin hacer antes un examen a fondo. Sería conferirla derechos que usted no puede tener: tres motivos para querer liquidarlo. ¡De ningún modo!

-¡No le estoy pidiendo que me confirme nada! Lo único que quiero saber es si es *posible.* ¡Por el amor de Dios, Mo! Allá afuera hay un hombre experimentado que anda de un lado para otro empuñando un revólver, matando a gente que asegura no conocer, pero con quien trabajó durante tres años. Niega haber estado en un lugar específico, cuando sus huellas digitales demuestran lo contrario. Dice que su mente está poblada de imágenes; rostros que no puede reconocer, nombres que ha oído, pero no sabe dónde. ¡Afirma que jamás fue un señuelo; que jamás fue él! ¡Pero sí lo fue! ¡Lo *es!* ¿Es *posible?* Eso es todo lo que quiero saber. ¿Es posible que la tensión, y el tiempo, y las presiones cotidianas, lo escindan de ese modo? ¿En tres?

Panov contuvo el aliento durante un instante.

-Es posible -replicó en voz muy baja-. Si los hechos que me ha presentado son exactos, es posible. Pero eso es todo lo que diré, porque hay otras muchas posibilidades.

-Muchas gracias -Conklin hizo una pausa-. Una última pregunta. Digamos que había una fecha, un mes y un día, que era significativa para el expediente falso; el expediente del señuelo.

-Tendrías que ser más específico.

-Lo seré. La fecha en que fue asesinado el hombre cuya identidad fue tomada para el señuelo.

-Entonces es algo que obviamente no forma parte del expediente de trabajo, sino que es un hecho conocido por su hombre. ¿Lo sigo correctamente?

-Sí, lo sabía. Digamos que estaba allí. ¿Cree usted que lo recordaría?

-No como el señuelo.

-¿Pero sí como uno de los otros dos?

-Suponiendo que el blanco también lo supiera, o que se lo hubiera comunicado a través de su transferencia, sí.

-También está el lugar donde se elaboró todo el plan, donde se creó el señuelo. Si nuestro hombre estuviera cerca de ese lugar, y la fecha de la muerte estuviera muy próxima, ¿cree usted que se sentiría atraído hacia allí? ¿Subiría a su conciencia y se convertiría en algo importante para él?

-Ocurriría si estuviera asociado al lugar original de la muerte. Porque el señuelo nació allí; es posible. Dependería de quién fuera en ese momento.

-Supóngase que fuera el blanco.

-¿Y conociera el lugar?

-Sí, porque otra parte suya debía conocerla.

-Entonces se sentiría atraído hacia allí. Sería una compulsión subconsciente.

-¿Por qué?

-Para matar al señuelo. Mataría todo lo que encontrara a la vista, pero el objetivo principal sería el señuelo. Él mismo.

Alexander Conklin dejó el teléfono en su lugar, mientras sentía puntadas en el pie inexistente, y sus pensamientos eran tan intrincados, que tuvo que cerrar de nuevo los ojos para encontrar una línea coherente. Se había equivocado en París... en un cementerio de las afueras de París. Había querido matar a un hombre por razones que no eran las auténticas, pues estas últimas superaban su comprensión. *Estaba* frente a un enajenado mental. Alguien cuyas aflicciones no se explicaban en veinte años de entrenamiento, pero que resultaban comprensibles cuando uno pensaba en las penas y las pérdidas, en las incesantes olas de violencia... y todo para nada. Nadie sabía nada en realidad. Nada tenía sentido. Un Carlos sería atrapado y matado hoy, y otro ocuparía su lugar. ¿Por qué lo hicimos... David?

David. Por fin pronuncio tu nombre. Fuimos amigos en otro tiempo, David... Delta. Conocí a tu esposa y a tus hijos. Bebíamos juntos y cenamos varias veces en puntos muy remotos de Asia. Tú eras el mejor funcionario del servicio diplomático en Oriente, y todo *el mundo lo sabía. Ibas a ser la clave de la nueva política, la que estaba a punto de iniciarse. Y entonces ocurrió. La muerte se abatió desde el cielo en el Mekong. Cambiaste de bando, David. Todos perdimos, pero sólo uno de nosotros se convirtió en Delta. En Medusa. Yo no te conocía tan bien -algunos tragos y un par de cenas no hacen que una amistad pueda estrecharse-, pero muy pocos de nosotros se convirtieron en animales. Tú sí, Delta.*

Y ahora debes morir. Ya nadie puede darse el lujo de que sigas con vida. Ninguno de nosotros.

-Déjenos solos, por favor -dijo el General Villiers a su asistente, mientras tomaba asiento frente a Marie St. Jacques en el café de Montmartre. El asistente asintió y se dirigió a una mesa a unos tres metros del compartimiento; se iría, pero seguiría vigilándolos. El viejo y agotado soldado miró a Marie-. ¿Por qué insistió en que nos viéramos aquí? Él quería que usted abandonara París. Le di mi palabra de que lo haría.

-Irme de París sería abandonar la carrera -replicó Marie, apenada por la visión del demacrado rostro del viejo-. Lo siento. No quisiera convertirme en otra carga para usted. Escuché las noticias por la radio.

-Fue una locura -dijo Villiers, mientras tomaba la copa de coñac que su asistente había pedido para él-. Tres horas con la Policía, viviendo una terrible mentira, condenando a un hombre por un crimen que yo había cometido.

-La descripción era precisa, extrañamente precisa. Nadie puede dejar de identificarlo.

-Él mismo me la proporcionó. Se sentó frente al espejo de mi esposa y me dijo exactamente qué debía decir, mientras contemplaba su propio rostro de la forma más extraña. Dijo que era la única manera. Que la única forma de convencer a Carlos era que yo fuese a la Policía y se iniciara una verdadera cacería. Tenía razón, por supuesto.

-Tenía razón -coincidió Marie-, pero no está en París, ni en Bruselas, ni en Amsterdam.

-¿Cómo dice?

-Quiero que me diga adonde ha ido.

-Él mismo se lo dijo.

-Me mintió.

-¿Cómo puede estar tan segura?

-Porque sé muy bien cuándo me dice la verdad. Porque, verá usted, los dos estamos muy atentos a la verdad.

-¿Que ustedes dos...? Temo no comprender muy bien sus palabras.

-Supuse que no entendería; estaba segura de que él no se lo había dicho. Cuando me mintió por teléfono, diciendo todo lo que dijo con tanta vacilación, sabiendo que yo sabía que no eran sólo mentiras, me resultó imposible comprenderlo. Sólo logré reunir las piezas y ponerlas en su sitio después de oír las noticias por radio. La suya y otra. Esa descripción... tan completa, tan total, que hasta incluía la cicatriz de su sien izquierda. Entonces lo supe. No pensaba quedarse en París, ni dentro de un radio de ochocientos kilómetros de París. Iría mucho más lejos: a un lugar donde esa descripción no significara mucho, un lugar al que podría atraer a Carlos y entregarlo a las personas con quienes Jason había hecho el trato. ¿Tengo o no razón?

Villiers dejó la copa en la mesa.

-He empeñado mi palabra. He prometido que llevarían a usted a algún pueblecito del interior, a un lugar seguro. No entiendo nada de lo que me dice.

-Entonces trataré de ser más clara -dijo Marie, inclinándose hacia delante-. Transmitieron otra noticia por la radio, una que obviamente usted no escuchó porque estaba en ese momento con la Policía o con su soledad. Aquella mañana encontraron a dos hombres muertos a tiros en un cementerio cerca de Rambouillet. Uno era un conocido matón de Saint-Gervais. El otro fue identificado como un ex miembro del Servicio Secreto norteamericano que residía en París, un hombre que mató a un periodista en Vietnam y a quien en ese momento se lo dio a escoger entre retirarse del Ejército o enfrentarse a un consejo de guerra.

-¿Insinúa usted que esos incidentes están relacionados? -preguntó el viejo.

-Jason recibió de la Embajada norteamericana instrucciones de ir anoche a ese cementerio para encontrarse con una persona que había llegado en un vuelo procedente de Washington.

-¿De *Washington?*

-Sí. Su pacto fue con un pequeño grupo de hombres de la CIA. Anoche trataron de matarlo; ellos creen que tienen que darle muerte.

-Pero, ¿por qué?

-Porque ya no pueden confiar en él. No saben qué ha hecho ni dónde ha estado durante un largo tiempo, y él no puede decírselo. -Marie hizo una pausa, cerrando los ojos por un instante-. Él no sabe quién es en realidad. Tampoco sabe quiénes son *ellos; y* anoche el hombre de Washington contrató a otros hombres para que lo mataran. Ese hombre no quiso escucharlo; ellos creen que Jason los traicionó, que les robó muchos millones y que mató a gente de la que jamás oyó hablar. No es así. Pero él tampoco puede darles respuestas claras. Es

un hombre con sólo escasos fragmentos de memoria, cada uno de los cuales lo condena. Es prácticamente un amnésico total.

El rostro arrugado de Villiers estaba inmóvil por el asombro, y en sus ojos se advertía el esfuerzo por recordar.

-«Por *todos* los motivos equivocados...» Ésas fueron sus palabras. «Tienen hombres en todas partes... con órdenes de ejecutarme en cuanto me vean. Me acosan hombres que no conozco y que no puedo ver. Por todos los motivos equivocados.»

-Por *todos* los motivos equivocados -recalcó Marie, mientras extendía la mano por encima de la estrecha mesa y cogía al viejo del brazo-. Y tienen hombres por todos lados, hombres con orden de matarlo tan pronto como lo vean. Dondequiera que vaya, allí estarán aguardándolo.

-¿Y cómo sabrán cuál es su destino?

-Él se encargará de decírselo. Es parte de su plan. Y en cuanto lo haga, lo matarán. Camina hacia su propia trampa.

Durante un rato, Villiers permaneció en silencio, abrumado por la culpa. Al fin habló con un hilito de voz:

-Dios Todopoderoso, ¿qué he hecho?

-Lo que creyó que debía hacer. Lo que él lo convenció que debía hacer. No puede culparse de nada. Y, en realidad, tampoco puede culparlo a él.

-Me dijo que anotaría todo lo que le había ocurrido, todo lo que recordaba... ¡Qué penoso debe de haberle resultado declarar eso! Pero no puedo esperar. Debe decirme todo lo que sabe. Ahora mismo.

-¿Y qué puede usted hacer al respecto?

-Ir a la Embajada norteamericana. Hablar con el embajador. Ahora. *Todo.*

Marie St. Jacques retiró lentamente su mano mientras se echaba hacia atrás y apoyaba la cabeza en el respaldo tapizado. Su mirada estaba perdida en la distancia, empañada por la bruma de las lágrimas.

-Me dijo que la vida comenzaba para él en una pequeña isla del Mediterráneo llamada Ile de Port Noir...

El secretario de Estado entró con furia en el despacho del director de Operaciones Consulares, que era la sección encargada de todo lo referente a las actividades clandestinas. Avanzó a grandes zancadas hasta el escritorio del azorado director, quien se puso de pie al contemplar a aquel hombre poderoso, con una expresión mitad perplejidad y mitad sobresalto.

-¿Señor secretario...? No he recibido ningún mensaje de su despacho, señor. De lo contrario, habría subido a verlo de inmediato.

El secretario de Estado arrojó un bloc amarillo sobre la mesa del director. En la primera página había seis nombres, escritos con los rasgos gruesos de un rotulador.

BOURNE

DELTA

MEDUSA

CAÍN

CARLOS

TREADSTONE.

-¿Qué es esto? -preguntó el secretario-*,* ¿Qué demonios *es* esto?

El director de Operaciones Consulares se inclinó sobre el escritorio:

-No lo sé, señor. Son nombres, desde luego, Un código para el alfabeto, la letra D, y una referencia a Medusa; ésa es información que sigue siendo secreta, pero he oído hablar de ella. Y supongo que «Carlos» se refiere al asesino a sueldo; ojalá supiéramos más cerca de él. Pero jamás he oído hablar de «Bourne», ni de «Caín», ni de «Treadstone».

-Entonces le ruego que suba a mi despacho y oiga una conversación telefónica que acabo de mantener con París y se enterará de todo -explotó el secretario de Estado-. En esa grabación hay cosas realmente insólitas, como, por ejemplo, algunos asesinatos en Ottawa y París y algunos extraños tratos que nuestro primer secretario de la rué Montaigne tuvo con un hombre de la CIA. ¡También se han dicho terribles mentiras a Gobiernos extranjeros, a nuestras *propias* unidades de Servicio Secreto y a los periódicos europeos, sin el conocimiento ni la autorización del Departamento de Estado! Y ese engaño no ha hecho sino sembrar información errónea en más países de los que quisiera pensar. En estos momentos viene hacia aquí, en avión, con protección diplomática, una mujer canadiense, una economista del Gobierno de Ottawa, que es buscada por asesinato en Zurich. ¡Nos hemos visto *obligados* a concederle asilo a una fugitiva, a trastocar la ley, porque si esa mujer dice la verdad, nos pondrá en un verdadero brete! Quiero saber qué ha ocurrido. Cancele todas las demás actividades de su agenda; absolutamente *todas.* Se pasará el resto del día y toda la noche si fuera preciso hasta aclarar todo este asunto. ¡Hay un hombre suelto, vagando por alguna parte, que no sabe quién es, pero que tiene en la cabeza más información secreta que diez computadoras de Servicio Secreto juntas!

Era ya más de medianoche cuando el exhausto director de Operaciones Consulares estableció la conexión; por poco la pasa por alto. El primer secretario de la Embajada en París, bajo amenazas de ser despedido en el acto, le había proporcionado el nombre de Alexander Conklin. Pero fue imposible localizar a éste. Había regresado a Washington en un avión militar que despegó de Bruselas por la mañana, pero firmó la salida de Langley a la una y veintidós de la tarde, sin dejar ningún número de teléfono -ni siquiera uno para casos de emergencia- donde poder localizarlo. Y, por lo que el director sabía de Conklin, la omisión era realmente insólita. El hombre de la CÍA era lo que comúnmente se llama un «cazador de tiburones»; dirigía estrategias individuales en todos los lugares del mundo donde se sospechaba que podía existir traición y deserción. Había demasiadas personas en demasiados puestos que podrían necesitar su aprobación o desaprobación en cualquier momento. No era lógico que hubiese interrumpido ese contacto durante doce horas. También era insólito el hecho de que sus registros telefónicos hubiesen sido borrados; no figuraba ninguna llamada en los últimos dos días; y la CÍA tenía normas muy estrictas respecto a tales registros. Las últimas órdenes del nuevo régimen era que el más mínimo acto quedara registrado. No obstante, el director de Operaciones Consulares había averiguado una cosa: Conklin había estado relacionado con Medusa.

Amenazando con una posible reacción por parte del Departamento de Estado, el director había solicitado una lectura en circuito cerrado de los registros

de Conklin pertenecientes a las cinco últimas semanas. De mala gana se los proyectaron, y el director permaneció sentado dos horas frente a la pantalla, tras haber indicado a los operadores de Langley que proyectaran la cinta de manera ininterrumpida, hasta que él les diera la orden de detenerse.

Se habían efectuado ochenta y seis llamadas a otras tantas personas en las que se mencionaba la palabra Treadstone, pero ninguna había respondido. Entonces el director empezó a considerar a todas las personas posibles; había un militar que no había tenido en cuenta debido a su notoria antipatía por la CIA. Pero una semana antes, Conklin lo había llamado dos veces con un intervalo de doce minutos.

El director apeló a sus fuentes en el Pentágono y descubrió lo que estaba buscando: Medusa.

El general de brigada Irwin Arthur Crawford, el oficial de alto rango a cargo de las bancos de datos del Servicio Secreto del Ejército, ex comandante en Saigón, encargado de operaciones, clandestinas, material todavía estrictamente secreto. *Medusa.*

El director cogió el teléfono de la sala de conferencias; las llamadas no pasaban por el conmutador. Marcó el número particular del general de brigada en Fairfax, y al sonar el timbre por cuarta vez, Crawford contestó. El hombre del Departamento de Estado se identificó y le pidió que, a su vez, lo llamara de nuevo al Departamento, a fin de verificar la autenticidad de la llamada.

-¿Por qué habría de hacerlo?

-Porque tengo que hablarle de un asunto que está relacionado con Treadstone.

-Lo llamaré en seguida.

Así lo hizo a los dieciocho segundos, y en el curso de los dos minutos siguientes, el director esbozó a grandes rasgos la información que poseía el Departamento de Estado.

-Nada de eso es nuevo para nosotros -replicó el general de brigada-. Desde el comienzo ha habido una junta de control de todo esto, y se le proporcionó al Despacho Oval un resumen preliminar la semana misma del lanzamiento. Nuestro objetivo justificaba los procedimientos empleados, de eso puede estar seguro.

-Estoy dispuesto a que me convenza de ello -replicó el hombre del Departamento de Estado-. ¿Tiene eso alguna relación con el asunto en Nueva York de hace una semana? ¿Elliot Stevens, el mayor Webb y David Abbott? ¿Las circunstancias fueron, digamos, alteradas de forma considerable?

-¿Estaba usted enterado de esas alteraciones?

-General: soy jefe de Operaciones Consulares.

-Sí, suponía que estaba usted al tanto... Stevens no era casado; el resto queda sobrentendido. Era preferible que quedara como si se hubiese tratado de robo y homicidio. La respuesta es afirmativa.

-Comprendo... Bourne, su hombre, voló a Nueva York ayer por la mañana.

-Ya lo sé. Estamos enterados; me refiero a Conklin y a mí. Nosotros somos los herederos.

-¿Ha estado usted en contacto con Conklin?

-La última conversación telefónica que mantuve con él fue alrededor de la una de la tarde. Y no figuró en los registros. Fue él quien insistió en que así fuera.

-Firmó en Langley y partió de allí. Y no dejó ningún número donde poder localizarlo.

-También estoy al tanto de eso. No lo intente siquiera. Con el debido respeto, dígale al secretario de Estado que se aparte. Que no se meta en esto.

-Ya *estamos* metidos hasta el cuello, general. La mujer canadiense viene hacia aquí en un vuelo de París, con protección diplomática.

-¿Por qué?

-Porque no tuvimos más remedio; ella nos obligó a hacerlo.

-Entonces manténganla encerrada. *¡Deben* hacerlo! Ella es *nuestro* problema, nosotros seremos responsables por ella.

-Creo que es mejor que se explique.

-Estamos tratando con un hombre *enajenado.* Con un esquizofrénico múltiple. Es como un pelotón de fusilamiento ambulante; podría matar a muchas personas inocentes con un estallido, con una explosión de su mente, sin saber por qué lo hace.

-¿Y cómo lo sabe usted?

-Porque ya lo ha hecho. La matanza de Nueva York: fue *él.* Él mató a Stevens, al *Monje,* a Webb, a Webb, nada menos, y a otras dos personas que usted ni siquiera conoce. Ahora lo comprendemos. Él *no fue* responsable, pero eso no cambia nada. Deje que nosotros nos ocupemos de él. Deje que sea Conklin quien lo haga.

-¿Bourne?

-Sí. Tenemos pruebas. Huellas digitales. Fueron confirmadas por la Oficina de Identificación. Eran las suyas.

-¿Y usted cree que su hombre dejaría huellas digitales?

-Lo hizo.

-No creo que pudiera hacerlo -replicó en forma terminante el hombre del Departamento de Estado.

-¿Cómo?

-Dígame, ¿de dónde ha sacado toda esa historia de locura? Todo eso de esquizofrenia múltiple o como demonios lo llame.

-Conklin habló con un psiquiatra, uno de los mejores, toda una autoridad en colapsos por *stress.* Alex le describió la historia, esa serie de hechos brutales. Y el médico confirmó nuestras sospechas, las sospechas de Conklin.

-¿Las *confirmó?* -preguntó el director, azorado.

-Así es.

-Basándose en las palabras de Conklin? ¿En lo que éste *creía* saber?

-No existe otra explicación. Deje que nosotros nos ocupemos de él. Es nuestro problema.

-Es usted un rematado imbécil, general. Debería limitarse a sus bancos de datos, o tal vez a un tipo de artillería más primitiva.

-Sus palabras me ofenden.

-Oféndase todo lo que quiera. Si usted ha hecho lo que yo creo que ha hecho, entonces es probable que no le quede más que su resentimiento.

-Explíquese -dijo Crawford con aspereza.

-Ustedes no están tratando con un loco, ni con ninguna maldita esquizofrenia múltiple; sobre la cual, entre paréntesis, dudo mucho que sepa usted más que yo. Están tratando con un *amnésico,* con un hombre que hace meses que trata de descubrir quién es y de dónde viene. Y, a juzgar por la grabación de una llamada telefónica que tenemos en nuestras oficinas, deducimos que trató de decírselo a ustedes; trató de decírselo a Conklin, pero éste no quiso escucharlo. Ninguno de ustedes quiso *escucharlo...* Ustedes decidieron ocultar a un hombre durante tres años, tres *años,* para atrapar a Carlos, y cuando el plan fracasó, ustedes supusieron lo peor.

-¿Amnesia...? ¡No, está usted equivocado! Yo hablé con Conklin; y él sí lo escuchó. Usted no comprende; ambos conocimos...

-¡No quiero escuchar su nombre! -interrumpió el director de Operaciones Consulares. El general hizo una pausa.

-Ambos conocimos a... Bourne... hace muchos años. Creo que sabe usted dónde; por lo menos me lo ha dicho hace un rato. Era el hombre más extraño que he conocido, el más parecido a un paranoide de todo ese grupo. Aceptaba misiones, riesgos, que ningún otro hombre en su sano juicio aceptaría. Estaba tan lleno de odio...

-¿Y eso lo convertía en candidato a un pabellón psiquiátrico diez años después?

-Siete años -corrigió Crawford-. Yo me opuse a que lo seleccionaran para Treadstone. Pero el *Monje* dijo que era el mejor. Y yo no era quién para discutirle eso, por lo menos no en el terreno de la experiencia. Pero le hice saber mis objeciones. Dije que, psicológicamente, era un caso *borderline; y* sabíamos por qué. Y los hechos me dieron la razón. Lo mantengo.

-No creo que esté en condiciones de mantener nada, general. Lo que hará será tirarse de los pelos. Porque el *Monje* tenía razón. Su hombre *es* el mejor, con o sin memoria. Les trae a Carlos, se lo entrega en bandeja. O, mejor dicho, se lo entregará a menos que ustedes maten a Bourne primero. -La inspiración grave y profunda de Crawford fue precisamente el sonido que el director más temía escuchar. Continuó-: Usted no puede detener a Conklin, ¿verdad? -preguntó.

-No.

-Se ha esfumado, ¿no es cierto Ha hecho sus propios arreglos, realizado pagos por medio de terceras y cuartas personas desconocidas entre sí, su fuente, imposible de rastrear, y ha destruido todas las conexiones con la CIA y Treadstone. Y a estas alturas, la fotografía de Bourne estará en manos de personas que Conklin ni siquiera conoce, que no reconocería si se topara de narices con ellas. Así que no me hable de pelotones de fusilamiento. El de ustedes está listo y preparado, pero ustedes no pueden verlo, y ni siquiera saben dónde está. Pero está preparado: media docena de rifles listos para disparar en cuanto el condenado asome la nariz. ¿Me equivoco? ¿No es acaso ése el libreto?

-No esperará que responda a esa pregunta.

-No es preciso que lo haga. No olvide que estoy en Operaciones Consulares; nada de esto me resulta nuevo. Pero usted tiene razón en algo que ha dicho. Éste es *su* problema; es algo que les compete exclusivamente a ustedes. Nosotros no

tenemos nada que ver con el asunto. Eso es lo que le diré al secretario. El Departamento de Estado no puede permitirse el lujo de saber quiénes son ustedes. Esta llamada no será grabada.

-Comprendido.

-Lo siento -dijo él director sinceramente, al advertir la impotencia en la voz del general-. A veces todo sale al revés.

-En efecto. Eso lo aprendimos en Medusa. ¿Qué piensan hacer con la muchacha?

-Ni siquiera sabemos todavía qué vamos a hacer con ustedes.

-Eso es sencillo. Seguiremos adelante; sin recapitulación previa. Sin nada. Podemos eliminar a la muchacha de los registros de Zurich.

-Se lo diremos. Tal vez eso ayude. Empezaremos a distribuir peticiones de disculpa por todas partes; en el caso de ella, trataremos de llegar a un arreglo sustancial.

-¿Está usted *seguro?* -interrumpió Crawford.

-¿Respecto al arreglo?

-No. A la amnesia. ¿Está absolutamente seguro?

-He oído esa grabación por lo menos veinte veces, he escuchado la voz de ella. Jamás he estado tan seguro de algo en toda mi vida. A propósito, ella llegó hace un par de horas. Se aloja en el «Hotel Fierre» y está custodiada. La traeremos a Washington por la mañana después que decidamos nuestro plan de acción.

-¡Aguarde un minuto! -La voz del general subió de volumen-. ¡Mañana no! ¿Está aquí...? ¿Puede conseguirme un salvoconducto para entrevistarme con ella?

-No se siga cavando la fosa, general. Cuantos menos nombres conozca ella, mejor será. Estaba con Bourne cuando él llamó a la Embajada; sabe lo que ocurrió con el primer secretario, y es probable que a estas alturas esté enterada de lo de Conklin. Así que es bastante probable que él tenga que sufrir las consecuencias. Manténgase al margen.

-Pero acaba de decirme que me *jugara* el todo por el todo.

-Más no de esa manera. Usted es un hombre decente; yo también lo soy. Somos profesionales.

-¡Usted no comprende! Tenemos fotografías, sí, pero tal vez no sirvan para nada. Son de hace tres años, y Bourne ha cambiado, ha cambiado drásticamente. Por eso Conklin está en escena; dónde, no sé, pero ahí está. Es el único que lo vio, pero fue por la noche y en medio de la lluvia. Es posible que ella sea nuestra única esperanza. Ha estado con él; ha vivido con él durante varias semanas. Lo *conoce.* Es probable que lo reconozca antes que nadie.

-No lo entiendo.

-Se lo explicaré. Entre los innumerables talentos de Bourne está la capacidad de cambiar de aspecto, de fundirse entre un gentío, o un sembrado, o un grupo de árboles; de estar allí sin que nadie lo advierta. Si lo que usted dice es cierto, es posible que él mismo no lo recuerde, pero en Medusa empleábamos una palabra para referirnos a él. Sus hombres solían llamarlo... camaleón.

-Ése es su Caín, general.

-Era nuestro Delta. No había otro como él. Y por eso es por lo que la muchacha puede resultarnos tan útil. En este momento. ¡Consígame un salvoconducto! Deje que la vea, que hable con ella.

-Al proporcionárselo, lo estaríamos reconociendo. Y no creo que podamos hacer eso.

-¡Por el amor de Dios, acaba usted de decir que somos personas decentes! ¿Lo somos, en realidad? ¡Podemos salvarle la vida a Bourne! Quizá. ¡Si ella está conmigo y lo encontramos, podemos sacarlo de allí!

-¿De *allí?* ¿Quiere decir que sabe exactamente dónde está?

-Sí.

-¿Cómo?

-Porque él no iría a ningún otro lado.

-¿Y qué me dice del momento? -preguntó el incrédulo director de Operaciones Consulares-. ¿Acaso sabe *cuándo* se encontrará allí?

-Sí. Hoy. Es la fecha de su propia ejecución.

35

La música rock resonaba estrepitosamente con vibraciones metálicas por el transistor, mientras el melenudo taxista seguía el compás de la música. Moviendo la mandíbula y dando palmadas contra el borde del volante. El taxi viró hacia el Este en la Calle Setenta y Uno, encerrado entre la hilera de coches que nacía a la salida sobre el East River Drive. El mal humor cundía por doquier mientras los motores rugían y los automóviles avanzaban penosamente, entre frenadas súbitas, a pocos centímetros del coche de delante. Eran las nueve menos cuarto de la mañana, una hora punta en el tránsito de Nueva York, y, como de costumbre, un verdadero caos.

Bourne se acurrucó en un rincón del asiento trasero y contempló la calle festoneada de árboles a través de los cristales oscuros de sus gafas de sol. Había *estado* allí; el recuerdo era indeleble. Había caminado por las aceras, contemplado los portales y los escaparates de las tiendas, los muros cubiertos de piedra; tan fuera de lugar en la ciudad y, no obstante, tan adecuados para aquella calle en particular. Ya antes había levantado la vista y observado los jardines en las azoteas, relacionándolos con un pintoresco jardín a varias manzanas de allí, más cerca del parque, tras un par de elegantes ventanales, en el extremo posterior de una estancia amplia... complicada. Aquella estancia se encontraba en el interior de un edificio alto y angosto de piedra rojiza e irregular, con una columna de ventanas amplias, cuyos vidrios formaban paneles con engarces de plomo que se elevaban hasta un cuarto piso. Ventanas de vidrio grueso que refractaban la luz hacia adentro y hacia fuera, en sutiles reflejos azules y púrpuras. Cristal antiguo, quizá, cristal ornamental... cristal a prueba de balas. Una típica residencia norteamericana o inglesa; bajo la fachada había una serie de peldaños gruesos y poco usuales, de rebordes negros y entrecruzados, destinados a proteger del hielo o de la nieve a quienes subían por ellos, para no resbalar... y el peso de cualquiera que subiera por ellos haría sonar alarmas electrónicas en el interior de la casa.

Jason conocía la casa, sabía que se aproximaban a ella. El eco que percibía en su propio pecho se aceleró y se hizo más fuerte cuando entraron en la calle donde se encontraba esa casa. La vería en cualquier momento, y mientras se apretaba la muñeca, supo por qué Pare Monceau le había causado una impresión tan profunda. Aquella zona de París era increíblemente parecida al corto trecho del Upper East Side de Nueva York. Si no fuera por la intrusión aislada de una fachada fuera de lugar o absurdamente pintada de blanco, podría tratarse casi de la misma calle.

Pensó en André Villiers. Había escrito todo lo que podía recordar desde que se le había otorgado una memoria en las páginas de una libreta comprada en el aeropuerto Charles de Gaulle. Desde el instante en que un hombre acosado por las balas había abierto los ojos en una habitación húmeda y sucia en Port Noir, pasando por las alarmantes revelaciones de Marsella, Zurich y París; sobre todo París, donde el espectro de un asesino se abatió sobre él, donde había descubierto su propia habilidad como asesino. En todo caso, se trataba de una confesión, tan condenatoria en lo que no podía explicar, como en lo que describía. Pero era la verdad, tal como él la conocía, infinitamente más exculpatoria después de su muerte que antes de ella. En manos de André Villiers sería utilizada para bien; él tomaría las decisiones adecuadas respecto a Marie St. Jacques. Esa certeza le confirió la libertad que tanto necesitaba en aquel momento. Había metido esas páginas en un sobre para enviarlo por correo a Pare Monceau desde el aeropuerto Kennedy. Cuando llegara a París, él seguiría vivo o estaría muerto; habría matado a Carlos o Carlos lo habría matado a él. En algún lugar de aquella calle -tan parecida a otra calle a miles de kilómetros de distancia-, un hombre cuyos hombros se movían rígidamente sobre una cintura fina saldría a su encuentro. Era la única cosa sobre la que no le cabía la menor duda: él habría hecho lo mismo. En algún lugar de aquella calle...

¡Allí estaba! Estaba *allí,* con el sol matutino golpeando contra la puerta esmaltada de negro y los lustrosos herrajes de bronce, penetrando las gruesas ventanas con vidrios que formaban paneles con engarces de plomo y se elevaban como una ancha columna de centelleante azul púrpura, realzando el esplendor ornamental de los cristales, pero no su resistencia a los rifles de alta potencia y a las armas automáticas de gran calibre. Estaba allí, y por razones -sentimientos- que no acertaba a definir, los ojos se le llenaron de lágrimas y sintió una opresión en la garganta. Tenía la increíble sensación de haber regresado a un lugar que formaba parte de su persona, casi tanto como su cuerpo o lo que quedaba de su mente. No un hogar; no sentía ningún consuelo, ninguna serenidad al contemplar aquella residencia del East Side. Pero había algo más: la abrumadora sensación de haber *regresado.* Estaba de vuelta en el comienzo, el verdadero comienzo, al mismo tiempo punto de partida y creación, noche oscura y rayar del alba. Algo le estaba ocurriendo; se apretó la muñeca con más fuerza, tratando desesperadamente de dominar el impulso casi incontrolable de saltar del taxi y correr al otro lado de la calle, hacia aquella estructura monstruosa y muda de piedra irregular y ventanales de azul profundo. Quería subir los peldaños de un salto y derribar a puñetazos la pesada puerta negra.

¿Ábranme! ¡Estoy aquí! ¡Tienen que dejarme entrar! ¿No lo entienden?

¡YA ESTOY DENTRO!

Las imágenes se agolparon ante sus ojos; sonidos discordantes resonaban en sus oídos. Un dolor intenso y palpitante le golpeaba las sienes. Estaba dentro de

un cuarto oscuro -*ese* cuarto- como si contemplara una pantalla, en la que una imagen interior era remplazada por otra, y otra, en rápida y cegadora sucesión.

¿Quién es él? Rápido! ¡Llega demasiado tarde! ¡Es hombre muerto! ¿Dónde queda esta calle? ¿Qué significa para usted? ¿Con quién se encontró allí? ¿Cómo? Muy bien. Trate de simplificar las cosas; diga lo menos posible. Aquí tiene una lista: ocho nombres. ¿Cuáles de ellos son contactos? ¡Vamos, rápido! Aquí tiene otra. Métodos para equiparar el número de muertes. ¿Cuáles son los de ustedes...? ¡No, no, no! ¡Tal vez Delta haría eso, no Caín! ¡Usted no es Delta, usted no es usted! Usted es Caín. Usted es un hombre llamado Bourne. ¡Jason Bourne! Se equivocó: dio un paso atrás. Inténtelo otra vez. ¡Concéntrese! Tache todo lo demás. Borre definitivamente el pasado. Ya no existe para usted. ¡Usted es únicamente lo que es en este momento, en lo que se convirtió aquí!

¡Oh, Dios! Marie se lo había dicho.

Tal vez sólo sabes lo que te han dicho que debes saber... Una y otra vez: sin tregua. Hasta que no te quedó otra cosa en la cabeza... Lo que recuerdas es lo que te inculcaron... pero te es imposible revivirlo... porque ése no eres tú.

El sudor le cubría el rostro y le punzaba los ojos, mientras se incrustaba los dedos en la muñeca, tratando de borrar de su mente el dolor, los sonidos y los relámpagos de luz. Le había escrito a Carlos que regresaba allí en busca de documentos que eran su... «protección final». En aquel momento, la frase le pareció floja; incluso había estado a punto de tacharla, pues necesitaba una razón más poderosa para volar a Nueva York. Y, sin embargo, su instinto le había impedido eliminarla; era parte de su pasado... de alguna manera. Ahora comprendía. Su identidad estaba dentro de aquella casa. Su *identidad.* Y fuera o no Carlos tras él, debía encontrarla. *¡Tenía* que hallarla!

¡De pronto todo se había convertido en una locura! Sacudió la cabeza con violencia hacia uno y otro lados para librarse de la compulsión, para ahogar los gritos que lo cercaban; gritos que eran los suyos, su propia voz. *Olvida a Carlos. Olvida la trampa. ¡Métete en esa casa! ¡Fue allí; allí empezó todo!*

¡Basta!

La ironía era macabra. No había ninguna protección final en aquella casa, sino sólo una explicación final para sí mismo. Y carecía de sentido sin Carlos. Los que lo perseguían lo sabían y hacían caso omiso de ello; precisamente por eso querían verlo muerto. Pero estaba tan cerca... debía encontrarla. Estaba allí.

Bourne levantó la vista; el chófer melenudo lo estaba observando por el espejo retrovisor.

-Jaqueca -dijo secamente-. Dé una vuelta a la manzana. Una vuelta completa. Todavía es temprano para mi cita. Le diré dónde debe detenerse.

-Usted es el que paga, jefe.

La residencia de piedra había quedado atrás, después de haber pasado velozmente frente a ella al despejarse repentinamente el tránsito. Bourne se volvió en el asiento y la contempló por la ventanilla trasera. El ataque se le estaba pasando, y las visiones y sonidos de pánico comenzaban a desvanecerse; sólo le quedaba el dolor, pero también eso desaparecería, lo sabía muy bien. Aunque de escasos minutos de duración, había sido algo extraordinario. Las prioridades se habían distorsionado; la compulsión había remplazado a la razón, la fuerza de lo desconocido había sido tan intensa, que por un instante casi había llegado a perder el dominio de sí mismo. No podía permitir que le ocurriera de nuevo: la

trampa era lo más importante. Tenía que examinar la casa otra vez; Tenía todo el día por delante para hacerlo, para pulir su plan, sus tácticas para la noche, pero en ese momento se imponía hacer una nueva evaluación del terreno, esta vez con más serenidad. En el curso del día podría realizar otras más rigurosas. El camaleón que había en él debía comenzar su tarea.

Dieciséis minutos más tarde era obvio que lo que se había propuesto examinar ya no tenía importancia. De pronto, todo era distinto, todo había cambiado. La fila de vehículos en la calle era más lenta; un azar más que se sumaba. Un camión de mudanza había aparcado frente a la residencia; hombres con ropa de trabajo estaban allí de pie fumando y tomando café, retrasando el momento de iniciar el trabajo. La pesada puerta negra estaba abierta, y un hombre de chaqueta verde, con el emblema de la compañía de mudanzas estampado en el bolsillo superior izquierdo, estaba en el vestíbulo, con una tablilla con sujetapapeles en la mano. ¡Estaban desmantelando Treadstone! ¡En pocas horas estaría vacía, quedaría tan sólo la cáscara! ¡No podía ser! ¡Era preciso impedirlo!

Jason se inclinó hacia delante, con el dinero en la mano, la cabeza ya libre de dolor; todo en él era impulso, movimiento. Tenía que ponerse en contacto con Conklin en Washington. ¡Pero no más tarde, no cuando las piezas de ajedrez estuvieran colocadas en su sitio, sino ahora mismo! ¡Conklin debía detenerlos! Todo su plan se movía en la oscuridad... siempre la oscuridad. El haz de una linterna recorriendo primero una callejuela, luego otra, luego muros oscuros y, hacia arriba, ventanas en tinieblas. Todo orquestado adecuada y velozmente, corriendo de una posición a otra. Un asesino sería atraído hacia un edificio de piedra por la noche. Por la *noche.* ¡Sucedería por la noche! ¡No en aquel momento! Se apeó del taxi.

-¡Escuche, señora! -gritó el chófer por la ventanilla abierta.

Jason se agachó.

-¿Qué ocurre?

-Sólo quería agradecerle. Esto...

Un sonido como de *escupida*. ¡Por encima de su hombro! Seguido de una tos que era el comienzo de un grito. Bourne se quedó mirando al conductor del taxi, al río de sangre que brotaba de la oreja izquierda del hombre. Estaba muerto, muerto por una bala que había sido disparada contra él, desde una ventana situada en algún edificio de la calle.

Jason se arrojó al suelo, y luego saltó como un resorte rodando hacia el borde de la vereda. Se produjeron otros dos disparos con silenciador en rápida sucesión, el primero de los cuales se incrustó en un lado del taxi, y el segundo se hundió en el asfalto. ¡Era increíble! ¡Estaba marcado incluso antes de que hubiera comenzado la partida de caza! Carlos estaba *allí.* ¡En posición! Él o uno de sus hombres había ocupado un sitio elevado, una ventana o una azotea, desde la cual podía dominar toda la calle. Sin embargo, era absurda la posibilidad de muerte indiscriminada causada por un asesino apostado en una ventana o una azotea; la Policía acudiría, se cerraría la calle, e incluso se frustraría la posibilidad de invertir la trampa. ¡Y Carlos *no* estaba loco! No tenía sentido. Pero Bourne tampoco tenía tiempo para especular; debía escapar de la trampa... de la trampa invertida. *Tenía que llegar hasta aquel teléfono*. ¡Carlos estaba allí! ¡A las puertas de Treadstone! Él lo había llevado hasta allí. ¡Había logrado arrastrarlo hasta allí! ¡Era su prueba!

Se puso de pie y echó a correr, zigzagueando, entremezclándose de cuando en cuando con los peatones. Llegó a la esquina y viró hacia la derecha. La cabina telefónica estaba a seis metros de allí, pero también era un blanco. No podría usarla.

Cruzando la calle había una charcutería, y, sobre la puerta, un pequeño cartel rectangular: TELÉFONO. Bajó a la calzada y empezó a correr de nuevo, esquivando los automóviles. Uno de ellos podía cumplir la tarea que Carlos se había reservado para sí. También aquella ironía resultaba macabra.

-La CIA, señor, es fundamentalmente una organización que investiga hechos –dijo en tono condescendiente el hombre en el otro extremo de la línea-. El tipo de actividades que usted describe es la parte menos frecuente de nuestra tarea, y algo sobre lo cual se ha exagerado mucho en las películas y las novelas.

-¡Maldito sea, *escúcheme*!- exclamó Jason, mientras cubría con la mano el teléfono, en la charcutería atestada de gente-. Sólo quiero que me diga adónde está Conklin. ¡Es una emergencia!

-Y se lo dijeron en su oficina, señor. Mr. Conklin partió ayer por la tarde y se lo espera de regreso hacia fines de semana. Puesto que usted dice conocer a Mr. Conklin, estará al tanto de la lesión que sufrió cuando estaba de servicio. De cuando en cuando se aleja de aquí para someterse a tratamiento médico...

-¡Oh, *cállese* usted! Lo vi en París, en las afueras de París, hace dos noches. Vino de Washington para verme.

-Respecto a eso -interrumpió el hombre en Langley-, cuando pasaron su llamada a esta oficina, ya lo habíamos verificado. En ninguna parte figura que Mr. Conklin haya salido del país desde hace más de un año.

-¡Entonces ocultó las pruebas! ¡Pero estuvo allí! Busca usted claves -dijo Bourne con desesperación-. Pues bien, no las tengo. Pero cualquier persona que trabaje con Conklin reconocerá las palabras. ¡Medusa, Delta, Caín... Treadstone! ¡Alguien *tiene* que reconocerlas!

-Pero no es así. Ya se lo dijeron.

-Me lo dijo alguien que no está enterado del asunto. Pero hay otras personas que sí lo saben. ¡Créame!

-Lo siento. De veras...

-¡No corte! -Había otro recurso: habría preferido no usarlo, pero no le quedaba más remedio-. Hace cinco o seis minutos he bajado de un taxi en la Calle Setenta y Uno. Me han descubierto, y alguien ha tratado de quitarme de en medio.

-¿Quitarlo... de en medio?

-Sí. El chófer me habló y yo me agaché para escuchar lo que decía. Ese movimiento me salvó la vida, pero el conductor está muerto, con una bala en la cabeza. Ésa es la verdad, y sé que puede verificarlo. Es probable que a estas alturas haya media docena de coches patrulla en el escenario de los hechos. Verifíquelo. Es lo más que puedo aconsejarle que haga.

Hubo un breve silencio en Washington.

-Puesto que usted ha pedido hablar con Mr. Conklin, al menos ha pronunciado su nombre, haré lo que me pide. ¿Cómo me puedo comunicar con usted.

-Aguardaré en el teléfono. Ha hecho esta llamada con una tarjeta de crédito internacional. Expedida en Francia, a nombre de Chamford.

-¿Chamford? Pero usted ha dicho...

-*¡Por favor!*

-Aguarde un momento.

La espera le resultó intolerable, empeorada por un individuo que lo miraba echando chispas por los ojos, mientras con una mano hacía sonar las monedas y con la otra sostenía un panecillo; de la desgreñada y larga barba le colgaban algunas migas. Un minuto después, el hombre en Langley estaba de nuevo en la línea, pero ahora su tono era completamente de cólera.

-Creo que esta conversación ha llegado a su fin, Mr. Bourne, o Chamford, o como sea que se llame. Nos hemos puesto en contacto con la Policía de Nueva York; en la calle Setenta y Uno no se ha producido el incidente que usted ha descrito. Y estaba usted en lo cierto. Tenemos cómo verificarlo. Le aconsejo que recuerde que hay leyes para este tipo de llamadas y que las penas son muy graves. Buenos días, señor.

Se escuchó un clic: la comunicación se había cortado. Bourne se quedó mirando el teléfono con incredulidad. Durante meses, los hombres de Washington lo habían buscado, habían querido matarlo a causa de un silencio que no podían entender. Ahora, cuando él mismo se presentaba -les presentaba el único objetivo de aquel trato que había durado tres años-, lo desechaban. ¡Seguían dispuestos a no escucharlo! Pero aquel nombre lo *había* escuchado. Y había vuelto a descolgar el teléfono para negar una muerte ocurrida hacía tan sólo unos minutos. No podía ser... era *de locos.* Pero había ocurrido.

Jason se sintió tentado de huir a toda velocidad de la charcutería. En cambio, caminó lentamente hacia la puerta, excusándose, abriéndose paso por entre la cola de gente que esperaba frente al mostrador, con los ojos fijos en los escaparates, escrutando a los que estaban en la acera. Una vez fuera, se quitó el abrigo y se lo echó al brazo, y se cambió las gafas de sol por las de montura de carey. Eran modificaciones mínimas, pero no estaría suficiente tiempo en el lugar al que se dirigía como para que se convirtieran en un error grave. Cruzó de prisa la intersección hacia la calle Setenta y Uno.

En la esquina más apartada se unió a un grupo de peatones que esperaban el cambio de luz del semáforo. Giró la cabeza hacia la izquierda con el mentón apretado contra la clavícula. Él tránsito proseguía, pero el taxi había desaparecido. Había sido eliminado de la escena con precisión quirúrgica, como si se tratara de un órgano enfermo y desagradable a la vista, extirpado del cuerpo, y las funciones vitales habían vuelto a la normalidad. Demostraba la precisión de un maestro asesino, que sabía con exactitud cuándo y dónde clavar el cuchillo con celeridad.

Bourne giró de prisa, invirtiendo la dirección que llevaba, y echó a andar hacia el Sur. Tenía que encontrar una tienda apropiada; debía cambiar su aspecto exterior. El camaleón no podía esperar.

Marie St. Jacques estaba enojada cuando se dirigió al general de brigada Irwin Arthur Crawford, que se encontraba en el otro extremo de la habitación, en la *suite* del «Hotel Fierre».

-¡Ustedes no quisieron escucharlo! -acusó la mujer-. Ninguno de ustedes quiso escucharlo. ¿Tiene alguna idea de lo que le han *hecho?*

-Lo sabemos muy bien -respondió el oficial; la disculpa estaba en el reconocimiento mismo, no en el tono de su voz-. Sólo puedo repetirle lo que ya le he dicho. No sabíamos *qué* escuchar. Las diferencias entre las apariencias y la realidad superaban nuestra comprensión, y es evidente que a él le ocurrió también lo mismo. ¿Y si le pasó a él, por qué suponer que no nos pasaría también a nosotros?

-¡Él ha estado tratando de reconciliar las apariencias con la realidad, como usted dice, desde hace siete meses! ¡Y todo lo que se les ocurrió hacer a ustedes fue enviar gente a matarlo! Él intentó *decírselo.* ¿Qué clase de personas *son* ustedes?

-Llenas de defectos, Miss St. Jacques. Llenas de defectos, pero decentes; eso creo. Por eso estoy aquí. El reloj ha empezado a correr, y quiero salvarlo si puedo, si *podemos.*

-¡Ah, me pone usted enferma! -Marie se detuvo, meneó la cabeza y siguió diciendo con serenidad-: Haré lo que usted me pida, eso ya lo sabe. ¿Puede ponerse en contacto con Conklin?

-Estoy seguro de que sí. Permanecerá en la escalinata de esa casa hasta que *no le quede más remedio* que dirigirse a mí. Aunque tal vez no sea él nuestra mayor fuente de preocupación.

-¿Carlos?

-Tal vez otros.

-¿Qué quiere decir?

-Se lo explicaré en el camino. En este momento nuestra principal preocupación, nuestra *única* preocupación, es localizar a Delta.

-¿A Jason?

-Sí. Al hombre que usted llama Jason Bourne.

-Y, desde el principio, él fue uno de ustedes -dijo Marie-. ¿No había ningún antecedente que expiar, ningún pago o perdón que negociar?

-Ninguno en absoluto. Ya se lo contaremos a su debido tiempo, pero éste no es el momento de hacerlo. He hecho arreglos para que esté usted en un coche del Gobierno sin nada que lo identifique como tal, aparcado en sentido diagonal respecto a la casa. Le entregaremos prismáticos; usted lo conoce mejor que ninguna otra persona. Tal vez lo localice. Ruego a Dios que así sea.

Marie se dirigió al armario y sacó su abrigo.

-Cierta noche me dijo que era un camaleón... ¿Lo recuerda? -interrumpió Crawford.

-¿Qué he de recordar?

-Nada. Tenía un talento especial para moverse en situaciones difíciles sin ser visto. A eso me refiero.

-Espere un minuto -Marie se acercó al militar, con los ojos clavados de pronto otra vez en él-. Dice usted que debemos localizar a Jason, pero hay otro camino mejor. Deje que sea él quien se acerque a nosotros. A *mí.* Déjeme en la escalinata de esa casa. ¡Él *me* verá, me hará llegar un mensaje!

-¿Brindándole así al que está allá afuera dos blancos en lugar de uno?

-Usted no conoce a nuestro hombre, general. He dicho que me haría llegar un mensaje. Enviará a alguna otra persona. Le pagará a cualquier hombre o mujer para que me dé un mensaje. Lo conozco. Hará eso. Es la manera más segura.

-No puedo permitirlo.

-¿Por qué no? ¡Han hecho tan estúpidamente el resto de las cosas! ¡Tan ciegamente! ¡Por lo menos hagan algo inteligente!

-No puedo. Tal vez eso solucionaría incluso otros problemas que usted desconoce, pero no puedo hacerlo.

-Déme una razón.

-Si Delta tiene razón, si Carlos lo ha seguido y está en esa calle, el riesgo es demasiado grande. Carlos la conoce por fotografías. La matará.

-Estoy dispuesta a correr ese riesgo.

-Pues yo no. Y me gustaría pensar que estoy hablando en nombre de mi Gobierno cuando le digo esto.

-Francamente, no creo que sea así.

-Deje que los demás lo decidan. ¿Podemos ponernos en camino, por favor?

-Administración General de Servicios -canturreó la voz del operador del conmutador.

-Comuníqueme con Mr. J. Petrocelli, por favor -dijo Alexander Conklin con voz tensa, mientras se secaba con una mano el sudor de la frente, de pie junto a la ventana, y con la otra sostenía el teléfono-. ¡Rápido por favor!

-Todos tienen prisa... -las palabras fueron remplazadas por el zumbido de una llamada.

-Petrocelli, División de Reclamaciones y Facturación.

-¿Me quiere decir qué demonios están *haciendo?* -estalló el hombre de la CIA, calculando el impacto causado por sus palabras, como si se tratara de un arma.

-En este preciso momento, escuchando a un imbécil que me hace una pregunta estúpida.

-Pues bien, escúcheme con atención. Me llamo Conklin, de la CIA, prioridad Cuatro-Cero. *¿Sabe* lo que todo eso significa?

-Jamás he entendido nada de lo que ustedes han dicho en los últimos diez años.

-Entonces será mejor que entienda esto. Ha tardado una hora, pero acabo de localizar al despachante de una compañía de mudanzas, aquí en Nueva York. Afirma que tiene una factura firmada por usted para llevarse todos los muebles de una residencia de la Calle Setenta y Uno. Del número 139, para ser más exactos.

-Sí, la recuerdo. ¿Y cuál es el problema?

-¿Quién dio esa orden? Es *nuestro* territorio. Retiramos nuestro equipo la semana pasada, pero no, repito, *no* solicitamos ningún otro servicio adicional.

-Espere un momento -dio el burócrata-. Yo vi esa orden. Quiero decir que la leí antes de firmarla; le juro que ustedes despiertan mi curiosidad. La orden venía directamente de Langley, en una hoja de prioridad.

-¿Pero de *quién* en Langley?

-Espere un momento y se lo diré. Tengo una copia en el archivo. -En el otro extremo de la línea se oía el crujido de papeles. Luego cesó y Petrocelli prosiguió-: Aquí está, Conklin. Dirija sus quejas a su gente en Controles Administrativos.

-Ellos no tenían ni idea de lo que estaban haciendo. Cancele la orden. ¡Llame a la compañía de mudanzas y díganle que salga de allí! Ahora mismo!

-¡Esfúmese!

-¿Cómo dice?

-Envíeme por escrito una solicitud de prioridad; he de tenerla antes de las tres de la tarde, aquí, en mi mesa; entonces es posible, no le aseguro nada, sólo digo que es posible, que sea procesada mañana. Entonces llevaremos todo de vuelta hasta allí.

-¿Llevarán todo *de vuelta?*

-En efecto. Nos dicen ustedes que lo saquemos todo, y lo sacamos. Nos dicen que lo llevemos de vuelta, y lo llevamos. Hemos de seguir métodos y procedimientos, lo mismo que ustedes.

-¡Todo el equipo era prestado! No era, *no es* propiedad de la organización.

-Entonces, ¿por qué me llama a mí? ¿Qué tiene usted que ver con eso?

-No tengo tiempo de explicárselo. Pero saque a esa gente de allí. ¡Llame a Nueva York y sáquelas de allí! Son órdenes de Cuatro-Cero.

-Aunque sean cinco ceros; no conseguirá nada. Mire, Conklin, los dos sabemos que usted puede conseguir lo que quiera si yo obtengo lo que necesito. Haga las cosas bien. Hágalas legalmente.

-¡Es que no puedo involucrar a la CIA!

-Pues entonces, no me enrede a mí tampoco.

-¡Es preciso que esas personas salgan de allí! Se lo advierto... -Conklin se interrumpió, con los ojos clavados en la residencia al otro lado de la calle, súbitamente paralizados todos sus pensamientos.

Un hombre alto, con abrigo negro, había subido los escalones de cemento; giró y se quedó inmóvil frente a la puerta abierta. Era *Crawford.* ¿Qué demonios hacía? ¿Qué hacía *allí?* ¡Había perdido el juicio; estaba loco! ¡Se había convertido en un blanco inmóvil; podía romper la trampa!

-¿Conklin? ¿Conklin...?

La voz salía aún del auricular cuando el hombre de la CIA cortó la comunicación.

Conklin se dirigió a un hombre corpulento que estaba a dos metros, en la ventana adyacente. El hombre tenía un rifle de mira telescópica sujeta al cañón. Alex no conocía su nombre y tampoco quería saberlo; había pagado lo suficiente para no tener aquel peso sobre los hombros.

-¿Ve ese hombre allá abajo; el de abrigo negro, que está junto a la puerta? -preguntó.

-Sí, lo veo. Pero no es el que buscamos. Es demasiado viejo.

-Vaya y dígale que enfrente hay un lisiado que quiere hablar con él.

Bourne salió de la tienda de ropa usada en la Tercera Avenida, deteniéndose un instante frente al sucio escaparate para apreciar mejor el aspecto que tenía.

Serviría; todo hacía juego. El gorro de lana negro le cubría la cabeza hasta la mitad de la frente; la cazadora, arrugada y llena de remiendos, era varias tallas superior a su medida; la camisa de franela a cuadros, los pantalones amplios color caqui y las botas de gruesa suela de goma y enormes y redondeadas punteras: todo era coherente. Sólo le faltaba una manera de caminar que se adecuara a la ropa. La marcha de un hombre fuerte y de pocas luces; su cuerpo había comenzado a mostrar los efectos de un incesante esfuerzo físico, y su mente aceptaba lo inevitable del duro trabajo cotidiano, cuya única recompensa consistía en un cajón de cerveza al final de una tarea fatigosa y monótona.

Encontraría la manera de caminar; la había usado anteriormente. En alguna parte. Pero antes de hurgar en su memoria, era preciso que hiciera una llamada telefónica. Vio una cabina telefónica en la manzana, con una mutilada guía colgando de una cadenilla metálica bajo el estante de metal. Echó a andar hacia ella, las piernas automáticamente más rígidas, los pies presionando con fuerza sobre la acera, los brazos colgando pesadamente, los dedos de las manos apenas entreabiertos, curvados por años y años de excesivo trabajo duro. La expresión fija y torpe del rostro vendría después. No ahora.

-Compañía Belkins, de Depósitos y Mudanzas -anunció la voz de una telefonista en alguna parte del Bronx .

-Me llamo Johnson -dijo Jason con impaciencia, pero también con cordialidad-. Me temo que tengo un problema, y espero que usted pueda ayudarme.

-Lo intentaré, señor ¿De qué se trata?

-He ido a casa de un amigo mío en la Calle Setenta y Uno, un amigo que murió hace muy poco, a buscar algo que le había prestado. Cuando llegué allí, un camión de ustedes estaba aparcado frente a la puerta. Me resulta violento decírselo, pero temo que sus hombres se lleven un objeto que me pertenece. ¿Con quién me aconseja que hable sobre esta enojosa cuestión?

-Con un despachante, señor.

-¿Podría facilitarme su nombre, por favor?

-¿Cómo?

-Su nombre.

-¡Ah, sí! Murray. Murray Schumach. En seguida lo comunico con él.

Dos clics procedieron a un largo zumbido en la línea.

-Schumach.

-¿Mr. Schumach?

-Al habla.

Bourne le repitió su enojosa historia.

-Desde luego, puedo conseguir una carta de mi abogado, pero el objeto en cuestión tiene poco o ningún valor...

-¿Qué es?

-Una caña de pescar. No cara, desde luego, pero tiene un carrete antiguo de hierro fundido, uno de esos que no se atascan cada cinco minutos.

-Sí, sé lo que quiere decir. Yo suelo pescar en Sheepshead Bay. Ya no hacen los carretes como antes. Creo que se debe a las aleaciones.

-Me parece que tiene usted razón, Mr. Schumach. Sé exactamente en qué armario está guardado.

-¡Oh, bueno, qué diablos... una caña de pescar! Vaya y hable con un tipo llamado Dugan; es el supervisor. Dígale de mi parte que puede llevársela, pero tendrá que firmar algún papel o algo. Si le pone inconvenientes, dígale que me llame por teléfono; el de la casa está desconectado.

-Mr. Dugan. Muchísimas gracias, Mr. Schumach.

-¡Santo cielo, ese lugar no nos ha traído más que problemas hoy!

-¿Cómo dice?

-Nada. Un lunático ha llamado para ordenarnos que saliéramos de allí. Y es un buen trabajo, con la paga garantizada. ¿Qué le parece?

Carlos. A Jason no le extrañaba.

-Una situación realmente difícil, Mr. Schumach.

-Buena pesca -dijo el hombre de Belkins.

Bourne avanzó hacia el Oeste por la Calle Setenta hacia la Avenida Lexington. Tres calles más adelante, en dirección al Sur, encontró lo que buscaba: una tienda de excedentes militares y navales. Entró.

Ocho minutos más tarde salió pertrechado con cuatro mantas acolchadas de color marrón y seis correas anchas de cañamazo con hebillas de metal. En los bolsillos de la cazadora llevaba dos bengalas. Estaban allí, sobre el mostrador, con aspecto de algo que en realidad no eran, suscitando imágenes más allá de la memoria, retrocediendo hasta un momento en el tiempo en que había tenido significado y propósito. Y rabia. Se echó el equipo sobre el hombro izquierdo y marchó penosamente hacia la calle Setenta y Uno. El camaleón se dirigía a la jungla, una jungla tan densa como la del no recordado Tam Quan.

Eran las diez y cuarenta y ocho cuando llegó a la esquina de la calle jalonada por árboles que ocultaban los secretos de Treadstone Setenta y Uno. Regresaba a los comienzos -a sus comienzos-, y el miedo que sentía no era temor al daño físico. Estaba preparado para eso: cada tendón tenso, cada músculo listo; rodillas y pies, manos y codos convertidos en armas, los ojos convertidos en alarmas accionadas por cables que enviarían señales a dichas armas. Su miedo era mucho más profundo. Estaba a punto de penetrar en el lugar de su nacimiento, y le aterraba lo que pudiera encontrar, lo que pudiera recordar allí.

¡Basta! La trampa es lo único importante. ¡Caín es Charlie y Delta es Caín!

El tránsito había disminuido considerablemente, la hora punta había pasado; en la calle comenzaban a reinar la inactividad y la quietud propias de media mañana. Ahora los peatones caminaban en lugar de correr; los coches pasaban lentamente junto al camión de mudanzas, y los furibundos cláxones, eran remplazados por breves muecas de irritación. Jason cruzó hacia la vereda de Treadstone; la elevada y angosta estructura de piedra irregular y rojiza y vidrio grueso y azul estaba a cincuenta metros de donde él se encontraba. Con las mantas y las correas, un obrero de pocas luces y ya cansado avanzó hacia la residencia detrás de una pareja bien vestida.

Llegó a la escalinata de cemento en el momento en que dos hombres musculosos, uno negro y el otro blanco, atravesaban la puerta con un arpa envuelta en una funda. Bourne se detuvo y gritó, con voz vacilante y tono desapacible:

-¡Eh! ¿Dónde está Doogan?

-¿Dónde diablos ha de estar? -replicó el hombre blanco, ladeando la cabeza para mirarlo-. Con el trasero pegado a una silla.

-No esperarás que levante algo más pesado que su tablilla con sujetapapeles -intervino el negro-. Para algo es un *ejecutivo.* ¡No faltaría más! ¿No, Joey?

-Es un pesado, eso es lo que es. ¿Qué llevas bajo el brazo?

-Vengo de parte de Schumach -replicó Jason-. Quería que viniera y pensó que necesitarían estos bártulos. Me dijo que los trajera.

-¡Murray, el terror de las mudanzas! -exclamó el negro, lanzando una carcajada-. Eres nuevo. No te he visto antes. ¿Vienes de trabajar en los muelles?

-¡Aja!

-Llévale esa porquería al ejecutivo -gruñó Joey, al tiempo que comenzaba a bajar los escalones-. Él puede *asignarlo.* ¿Qué te parece esa palabra, Pete? *Asignarlo:* ¿te parece?

-Me chifla, Joey. Pareces un diccionario ambulante.

Bourne subió los escalones hasta la puerta, la atravesó y vio la escalera de caracol a la derecha y, frente a él, el pasillo largo y estrecho que desembocaba en otra puerta seis metros más allá. Había subido aquellos escalones mil veces, y caminado por aquel pasillo otras tantas. Ahora, que estaba de nuevo allí, lo embargaba una abrumadora sensación de pavor. Avanzó por el pasillo estrecho y oscuro; alcanzaba a divisar haces de luz solar penetrando a lo lejos por entre las puertas-ventana. Se aproximaba al cuarto donde había nacido Caín. A *aquel* cuarto. Se aferró a las correas que llevaba al hombro y para dominar el temblor.

Marie se inclinó hacia delante en el asiento trasero del sedán gubernamental blindado, mientras con los prismáticos examinaba el lugar. Algo había ocurrido; no estaba segura de qué, pero lo intuía. Un hombre bajo y robusto había pasado junto a la escalinata de la residencia hacía algunos minutos; al acercarse al general, aminoró la marcha y le dijo algo, Luego, el hombre siguió por la acera y, al cabo de unos segundos, Crawford lo siguió.

Conklin había sido hallado.

Si lo que el general había dicho era cierto, aquello no representaba sino una pequeña victoria. Pistoleros contratados, desconocidos para su empleador, quien, a su vez, era un desconocido para ellos. Contratados para matar a un hombre... ¡por motivos equivocados! ¡Oh, Dios, cómo los odiaba a todos! Hombres estúpidos, insensatos. Hombres que jugaban con la vida de otros, sabiendo tan poco ya convencidos de que lo sabían todo.

¡Y no habían querido escuchar! No escucharon hasta que fue demasiado tarde, y entonces sólo con austeras reservas y vehementes aclaraciones sobre lo que habría podido ocurrir... si las cosas hubieran sido como ellos creían, y no fueron así. La corrupción obedecía a la ceguera; las mentiras, a la obstinación y la vergüenza. No avergoncéis a los poderosos; el napalm lo decía todo.

Marie enfocó los prismáticos. Un empleado de Belkins se aproximaba a la escalinata, con mantas y correas al hombro, caminando detrás de una pareja de edad, sin duda residentes en aquella manzana, que habían salido a dar un paseo. El hombre con cazadora y gorro negro de lana se detuvo y habló con otros dos empleados de la empresa de mudanzas cargados con un objeto triangular.

¿Qué era lo que le llamaba la atención? Había algo... algo extraño. No podía ver el rostro del hombre; quedaba oculto a su vista, pero había algo en el cuello, en la forma de la cabeza... ¿qué era? El hombre comenzó a subir la escalinata, un hombre obtuso, al parecer cansado de trabajar, aunque apenas había comenzado... un hombre desaliñado y perezoso. Marie dejó los prismáticos; se

sentía demasiado ansiosa, demasiado dispuesta a ver cosas que sólo existían en su imaginación.

¡Oh, Dios, mi amor, mi Jason! ¿Dónde estás? Ven a mí. Deja que te encuentre. No me abandones por esos hombres ciegos e insensatos. No permitas que te aparten de mí.

¿Dónde estaba Crawford? Había prometido mantenerla informada de cada movimiento suyo, de todo. Ella se había mostrado brusca. No confiaba en él, en ninguno de ellos; no confiaba en su inteligencia, aquella que se escribía con i minúscula. Él le había prometido... pero, ¿dónde estaba?

Se dirigió al chofer:

-¿Puede bajar la ventanilla, por favor? Me ahogo aquí dentro.

-Lo siento, señorita -respondió el militar de paisano-. Pondré el aire acondicionado.

Las ventanillas y las puertas estaban controladas por botones que sólo estaban al alcance del conductor. Ella se hallaba encerrada en una tumba metálica, en medio de una calle bañada por el sol y jalonada de árboles.

-¡No creo ni una sola palabra de todo eso! -exclamó Conklin, cojeando furiosamente por la estancia en dirección a la ventana. Se recostó contra el alféizar, mirando hacia fuera, la mano izquierda en la cara, los dientes apretados contra el nudillo de su dedo índice-. ¡Ni una maldita palabra!

-No quieres convencerte, Alex -replicó Crawford-. La solución es mucho más simple. Todo encaja en su sitio y es infinitamente más sencillo.

-No escuchaste la cinta. ¡No escuchaste a Villiers!

-Pero escuché a la mujer, y eso me basta. Dijo que no quisimos escucharlo..., que tú no lo escuchaste.

-¡Entonces miente! -Conklin se volvió torpemente-. ¡Cristo, por supuesto que miente! ¿Por qué suponer lo contrario? Ella es su mujer. Hará cualquier cosa por sacarlo del apuro.

-Te equivocas, y lo sabes. El hecho de que él esté aquí demuestra que estás equivocado, demuestra que hice mal en aceptar lo que me dijiste.

Conklin respiraba pesadamente, y la mano derecha le temblaba al aferrarse al bastón.

-Quizá... quizá nosotros, quizá... -dejó la frase inconclusa; y, miró a Crawford con aire de impotencia.

-¿Deberíamos dejar que las cosas siguieran su curso? -preguntó el oficial serenamente-. Estás cansado, Alex. Hace varios días que no duermes; estás exhausto. Simularé no haber oído eso.

-No. -El hombre de la CIA sacudió la cabeza con los ojos cerrados y una expresión de disgusto en el rostro-. No, no lo escuchaste y yo no lo dije. Sólo desearía saber dónde diablos empezar.

-Yo sí lo sé -replicó Crawford, mientras se encaminaba a la puerta y la abría-. Entra, por favor.

El hombre rechoncho entró en la estancia y miró de soslayo el rifle apoyado contra la pared. Contempló a los dos hombres con expresión inquisitiva.

-¿Qué ocurre?

-La operación ha sido suspendida -dijo Crawford-. Supongo que ya se habrá dado cuenta de ello.

-¿Qué operación? A mí me contrataron para protegerlo a él. -El pistolero miró a Alex-. ¿De modo que ya no necesita más protección, señor?

-Sabe perfectamente lo que queremos decir -terció Conklin-. Quedan suspendidas todas las señales, todas las cláusulas.

-¿Qué cláusulas? No conozco ninguna cláusula. Los términos de mi trabajo son muy claros. Lo estoy protegiendo a usted, señor.

-Muy bien, espléndido -admitió Crawford-. Lo único que nos queda por saber es quién más lo está protegiendo.

-¿Quién más dónde?

-Fuera de esta habitación, de este apartamento. En otros cuartos, en la calle, tal vez dentro de automóviles. Debemos saberlo ahora *mismo.*

El hombre rechoncho fue hasta donde estaba el rifle y lo levantó.

-Me temo que los caballeros no han comprendido bien. Yo fui contratado individualmente. Si contrataron también a otras personas, no tengo noticias de ello.

-¡Sí, los conoce! -gritó Conklin-. ¿Quiénes *son? ¿Dónde* están apostados?

-No tengo la menor idea..., señor.

El cortés pistolero sostenía el rifle con la mano derecha, con el cañón apuntando hacia el suelo. Lo levantó unos cinco centímetros, con un movimiento casi imperceptible.

-Si no se requieren más mis servicios, los dejo.

-¿No puede *ponerse en contacto* con ellos? -inquirió el general de brigada-. Le pagaremos generosamente.

-Ya me han pagado generosamente, señor. No sería correcto aceptar dinero por un servicio que no voy a realizar. Y tampoco tiene sentido prolongar esta situación.

-¡La vida de un hombre está en juego allá afuera!-gritó Conklin.

-También la mía -replicó el pistolero, mientras iba hacia la puerta, con el arma algo más levantada-. Adiós, caballeros.

Y partió.

-*¡Cristo!* -rugió Alex, volviendo a la ventana, mientras golpeaba el radiador con el bastón-. ¿Qué *haremos* ahora?

-Ante todo, quitarnos de encima esa empresa de mudanzas. No sé qué papel desempeñaba en tu plan, pero en este momento sólo representa una complicación más.

-No podemos. Ya lo he implantado. No he tenido nada que ver con eso. Los controles de la organización se hicieron cargo de nuestros papeles cuando ordenamos sacar todo el equipo. Vieron que se cerraba la tienda y dieron orden a la GSA de sacar todo de allí a marchas forzadas.

-A una velocidad absolutamente intencionada -dijo Crawford, asintiendo con la cabeza-. El *Monje* aseguró el equipo con su firma; su declaración exime de todo a la organización. Está en sus archivos.

-Todo sería perfecto si tuviéramos veinticuatro horas. Pero ni siquiera sabemos si tenemos veinticuatro minutos.

-A lo mejor seguimos necesitándolo. El Senado realizará una investigación a puerta cerrada, espero... ¡Cierra la calle al tránsito!

-¿Qué?

-Ya me has oído, ¡que cierren la calle! ¡Llama a la Policía y diles que pongan vallas por todas partes!

-¿Por orden de la CIA? Ésta es una cuestión interna.

-Entonces lo haré *yo.* Por orden del Pentágono, de la Junta de Comandantes en Jefe, si fuera preciso. ¡Estamos aquí parados, buscando excusas, cuando se halla ante nuestras narices! Haz desalojar la calle, que la cierren con vallas, y que venga un camión con un sistema de altavoces. ¡Métela a ella dentro y dale un *micrófono!.* Que diga lo que se le antoje, que grite a voz en cuello, si quiere. Tenía razón. ¡Él irá adonde se encuentre *ella!*

-¿Te das cuentas de lo que estás diciendo? -lo interpeló Conklin-. Habrá preguntas. Los periódicos, la Televisión, la Radio. Todo saldrá a la luz. Públicamente.

-Tengo plena conciencia de ello -replicó el general de brigada-. También sé que ella está en favor de nosotros si todo esto pasa a la Historia. Tal vez lo haga, de cualquier modo, no importa qué ocurra; aun así, prefiero tratar de salvar la vida de un hombre que jamás me gustó y cuya designación desaprobé. Pero hubo una época en que sentí respeto por él, y creo que en este momento lo respeto aún más.

-¿Y qué me dices de otro hombre? Si realmente Carlos está allá afuera, con ello le abrirás las puertas. Le facilitarás la huida.

-Nosotros no creamos a Carlos. Creamos a Caín y abusamos de él. Lo despojamos de su mente y de su memoria. Tenemos una deuda con él. Baja y busca a la mujer. Yo hablaré por teléfono.

Bourne entró en la amplia biblioteca donde los rayos del sol penetraban por los inmensos y elegantes ventanales en la parte posterior de la estancia. Al otro lado de los paneles de vidrio estaban los altos muros del jardín... Todo lo que lo rodeaba eran objetos que le resultaba demasiado penoso mirar; le resultaban familiares y, al mismo tiempo, no los conocía. Eran fragmentos de sueños -pero fragmentos concretos, que podía tocar, sentir, usar-; todo lo contrario de efímeros. Una larga mesa tallada donde se servía whisky, poltronas de cuero donde los hombres se sentaban y conversaban, estanterías con libros y otras cosas, objetos ocultos que aparecían cuando se presionaban ciertos botones. Era el cuarto donde había nacido un mito; un mito que había corrido por el sudeste del Asia y estallado en Europa.

Vio en el techo el largo tubo y se produjo la oscuridad, seguida de relámpagos de luz, imágenes proyectadas sobre una pantalla y voces que lo ensordecían.

¿Quién es él? ¡Llega demasiado tarde! ¡Es hombre muerto! ¿Dónde queda esta calle? ¿Qué significa para usted? ¿Con quién se encontró allí:..? ¡Métodos para asesinar. ¿Cuáles son los suyos? ¡No...! ¡Usted no es Delta, usted no es usted...! ¡Usted es sólo lo que es en este momento, aquello en lo que se convirtió aquí!

-¡Eh! ¿Quién demonios es *usted?*

El que gritó la pregunta era un hombre grandote y de cara colorada, sentado en un sillón junto a la puerta, con una tablilla sobre las rodillas. Jason había pasado al lado de él.

-¿Es usted *Doogan?* -preguntó Bourne.

-Sí.

-Me manda Schumach. Dijo que necesitaba otro hombre.

-¿Para qué? Ya tengo cinco, y este condenado lugar tiene pasillos tan angostos que casi no se puede pasar por ellos. En este momento están subiendo por las escaleras.

-Yo no sé nada. Schumach me mandó, eso es todo lo que sé. Me dijo que trajera esto.

Bourne dejó caer al suelo las mantas y las correas.

-¿Murray me manda trastos nuevos? Eso sí que es una novedad.

-Yo no...

-¡Ya sé, ya *sé!* Lo mandó Schumach. Pregúntele a él.

-No puedo hacerlo. Me dijo que se iba a Sheepshead. Que estará de vuelta esta tarde.

-¡Ah, estupendo! Se larga a pescar y me deja a mí con toda ésta... Usted es nuevo. ¿Es usted descargador de muelle?

-Sí.

-¡Vaya con Murray! Lo que me faltaba: otro de ésos. Dos estúpidos haraganes y ahora cuatro tipos inservibles.

-¿Quiere que empiece por aquí?

-¡No, imbécil! Los inservibles empiezan por arriba, ¿no se ha enterado todavía? Por lo que queda más lejos, *capisce?*

-Sí, *capisco.*

Jason se inclinó para recoger las mantas y las correas.

-Deje esa basura aquí: no la va a necesitar. Suba al piso de arriba y empiece por los muebles sueltos, de madera. Cargue tanto peso como pueda, y no me venga con ninguna de esas estupideces de que si el sindicato esto, si el sindicato lo otro.

Bourne salió al rellano del segundo piso y subió por la angosta escalera que conducía al tercero, como atraído por una fuerza magnética que no alcanzaba a comprender. Se sentía arrastrado hacia una habitación de la parte superior de la residencia, una habitación que ofrecía tanto la comodidad del aislamiento como la frustración de la soledad. El rellano de arriba estaba oscuro; no había luces encendidas, en ninguna parte se veía ningún rayo de sol penetrando por las ventanas. Llegó a lo alto de la escalera y se quedó un momento allí, en silencio. ¿Qué habitación era? Había tres puertas: dos a la izquierda del pasillo y una a la derecha. Avanzó lentamente hacia la segunda puerta de la izquierda, casi sin poder ver nada, a causa de la oscuridad reinante. Era aquélla; era allí donde los pensamientos lo asaltaban en medio de la oscuridad...Recuerdos que lo acosaban, que lo lastimaban. La luz del sol y el hedor del río y la jungla... Máquinas ruidosas en el cielo, que se precipitaban ruidosamente del cielo. *¡Oh, Dios, qué penoso era!*

Puso la mano en el picaporte, lo hizo girar y abrió la puerta. Oscuridad, pero no completa. Había una pequeña ventana en el extremo opuesto de la habitación

y, cubriéndola, una cortinilla vertical negra, no cerrada del todo. Se advertía una delgada línea de luz solar, tan tenue, que casi no lograba penetrar las tinieblas, en el lugar donde la cortina se unía con el alféizar. Jason caminó hacia aquella rendija finísima y casi imperceptible de luz.

¡Un rasguño! ¡Un rasguño en las tinieblas! Giró, en redondo, aterrado por las jugadas que le gastaba la mente. ¡Pero no se trataba de ninguna ilusión! Vio como un brillante relámpago, de luz reflejada en el acero.

La hoja de un cuchillo que casi le rozó el rostro.

-¡Desearía verlo muerto por lo que ha hecho! -dijo Marie, mirando fijamente a Conklin-. Y eso me descompone.

-Entonces no hay nada que pueda decirle -replicó el hombre de la CIA, mientras atravesaba, cojeando, la habitación hacia donde se encontraba el general-. También podrían haber adoptado otra conducta; tanto él como usted.

-¿Ah, sí? ¿Y en qué momento preciso? ¿Cuando ese hombre trató de matarlo en Marsella? ¿En la rué Sarrasin? ¿Cuando lo persiguieron en Zurich? ¿Cuando le dispararon en París? Y sin que él supiera el porqué de todo eso. ¿Qué se supone que debía haber hecho?

-¡Presentarse, maldito sea! ¡Salir a la superficie!

-Lo hizo. Y cuando lo hizo, usted trató de matarlo.

-¡Estaba usted! Estaba usted con él. Y usted no había perdido la memoria.

-Suponiendo que yo hubiese sabido a quién dirigirme, ¿me habría escuchado usted? Conklin le devolvió la mirada.

-No lo sé -respondió, rompiendo con ello el contacto que se había establecido entre ambos. Se dirigió a Crawford-. ¿Qué pasa?

-Washington me volverá a llamar durante los próximos diez minutos.

-Pero, ¿qué pasa?

-No estoy muy seguro de que quieras oírlo. Intervención federal en reglamentos estatales y municipales de aplicación obligatoria. Es preciso obtener autorizaciones.

-¡Santo cielo!

-¡Mira! -El militar se inclinó de pronto hacia la ventana-. El camión se va.

-Alguien lo ha logrado entonces -comentó Conklin.

-¿Quién?

-Lo averiguaré. -El hombre de la CIA se acercó, cojeando, al teléfono; en la mesa había algunas hojas de papel, y en ellas, números telefónicos escritos de prisa. Seleccionó uno y lo marcó-. Póngame con Schumach... por favor... ¿Schumach? Le habla Conklin, de la CIA. ¿Quién le dio la orden?

En toda la habitación se oyó la voz del despachante desde el otro lado de la línea:

-¿Qué orden? ¡Déjeme en paz! ¡Nos encargaron el trabajo y nos proponemos terminarlo! Francamente, creo que está usted como...

Conklin colgó el teléfono de golpe.

-¡Qué barbaridad! -Su mano temblaba al sostener el aparato. Lo levantó y volvió a marcar, con los ojos fijos en otra de las hojas de papel-. Petrocelli, de Reclamaciones -ordenó-. ¿Petrocelli? Es Conklin de nuevo.

-¿Qué le pasa? Se ha cortado la comunicación?

-No tengo tiempo de explicárselo. Confíe en mí. ¿Quién firmó esta factura de prioridad de los controles de la CIA?

-¿Qué quiere decir con eso de que quién la firmó? El tipo de arriba que siempre las firma. McGovern.

Conklin palideció.

-Me lo temía -susurró, mientras volvía a colocar el teléfono en su lugar. Miró a Crawford, y la cabeza le temblaba al hablar-. La orden dada a la GSA iba firmada por un hombre que abandonó el cargo hace dos semanas.

-Carlos...

-¡Oh, Dios! -exclamó Marie-. ¡El hombre que llevaba las mantas, las correas! La forma en que movía la cabeza, el cuello. Doblado hacia la derecha. ¡Era él! Cuando le duele la cabeza, la inclina hacia la derecha! ¡Era Jason! *Entró* en la casa.

Alexander Conklin se volvió hacia la ventana y fijó la mirada en la puerta barnizada de negro que se encontraba al otro lado de la calle. Estaba cerrada.

¡La mano! La piel..., los ojos oscuros que brillaban en aquel tenue haz de luz. *¡Carlos!*

Aunque Bourne echó la cabeza hacia atrás, la afilada hoja del cuchillo le hizo un corte bajo el mentón, y el chorro de sangre que brotó comenzó a correr por la mano que sostenía el cuchillo. Lanzó el pie derecho hacia fuera, cogiendo a su invisible atacante por la rodilla; luego giró en redondo y clavó el taco izquierdo en la ingle del hombre. Carlos dio media vuelta y, una vez más, el filo del cuchillo surgió en la oscuridad, dirigido ahora a su estómago. Jason dio un salto, cruzó los puños y lanzó un golpe hacia abajo, bloqueando el brazo oscuro que era una extensión del mango del arma. Dobló los dedos hacia dentro, juntó las manos, con el antebrazo debajo de su cuello empapado en sangre, y lanzó violentamente el brazo hacia arriba en diagonal. El cuchillo rozó la tela de la cazadora y la parte superior del pecho. Bourne bajó el brazo en espiral, torció la muñeca que había aferrado e incrustó el nombro contra el cuerpo del asesino: dio otro tirón violento, al tiempo que Carlos caía hacia un lado al perder el equilibrio, con el brazo casi dislocado.

Se oyó el ruido del arma rodando por el suelo y Jason avanzó a tientas hacia el lugar de donde llegaba el sonido, al tiempo que se palpaba el cinturón en busca del revólver; se le enredó en la tela; Jason rodó por el suelo, pero no lo hizo con suficiente rapidez. La puntera metálica de un zapato le golpeó en la sien, y todo su cuerpo se estremeció. Rodó de nuevo, rápido, más rápido, hasta que se estrelló contra la pared; se apoyó en una rodilla y aguzó la vista tratando de divisar algo por entre aquella oscuridad casi total. Una diminuta línea de luz proveniente de la ventana se proyectó en una mano; arremetió contra ella; sus manos eran ahora garras, y sus brazos, peligrosos espolones. Aferró la mano, la torció hacia atrás y le rompió la muñeca. Un alarido llenó la habitación.

Se oyó un alarido y el ruido seco de un disparo hecho con silenciador que provocó una incisión helada en la zona superior izquierda del pecho de Bourne, al alojarse la bala cerca del omóplato. Pese al dolor lacerante, se agachó y volvió a incorporarse de un salto, golpeando con los puños al asesino hasta acorralarlo contra la pared, por encima de un mueble de finos bordes. Carlos escapó

mientras disparaba otros dos tiros, sin dar en el blanco. Jason se proyectó hacia la izquierda; por fin logró liberar su revólver y apuntó en la oscuridad hacia el lugar de donde provenían los ruidos. Hizo fuego; el estruendo fue tan ensordecedor como inútil. Oyó el golpe de una puerta que se cerraba; el asesino había salido corriendo hacia el pasillo.

Tratando de llenarse los pulmones de aire, Bourne se arrastró hacia la puerta. Cuando llegó a ella, su instinto le ordenó agazaparse a un lado y estrellar el puño contra la parte inferior. Lo que siguió fue una espantosa pesadilla. Una breve ráfaga de disparos con armas automáticas perforó los paneles de la puerta, y las astillas volaron hacia el otro extremo del cuarto. En cuanto cesó el fuego, Jason levantó su revólver y disparó en diagonal a través de la puerta; la ráfaga se repitió. Bourne se volvió con rapidez, se alejó de la puerta y apoyó la espalda contra la pared; cesó la erupción, y él volvió a disparar. Ahora eran dos hombres, separados sólo por unos centímetros, y cuyo máximo deseo era matar al otro. *Caín es Charlie y Delta es Caín. Aprehende a Carlos. Atrapa a Carlos. ¡Mata a Carlos!*

De pronto, Jason oyó el ruido de pisadas que se alejaban corriendo, y luego el sonido de una barandilla que cedía mientras una figura bajaba, tambaleándose, por la escalera; Carlos huía; el muy cerdo iba en busca de ayuda; estaba herido. Bourne se quitó la sangre de la cara y de la garganta y se acercó hacia lo que quedaba de la puerta. La abrió de par en par y salió al estrecho pasillo, con el arma levantada y lista para disparar. Penosamente logró subir hasta la parte superior de la oscura escalera. De pronto oyó gritos en los pisos de abajo.

-¿Qué demonios *estás haciendo, hombre? ¡Pete! ¡Pete!*

Dos silbidos metálicos, surcaron el aire.

-¡Joey! *¡Joey!*

Se oyó un chasquido sordo; y luego el ruido de cuerpos que se estrellaban en algún sitio del piso inferior.

-¡Jesús! ¡*Jesus,* Madre de...!

Otros dos silbidos metálicos, seguidos por un gutural lamento de agonía. Ya eran tres los muertos.

¿Qué había dicho el tercer hombre? Dos *haraganes estúpidos, y, ahora, cuatro inservibles de los muelles.* ¡La empresa de mudanzas era una operación dirigida por Carlos! El asesino había llevado con él dos hombres, los tres primeros inservibles de los muelles. Tres hombres con armas; y del otro lado, él, con sólo un revólver. Acorralado en el piso superior de aquella residencia. Pero Carlos seguía estando dentro. *Dentro.* ¡Si él lograba salir, el acorralado sería Carlos! Si lograba salir. *¡Salir!*

En la parte del pasillo que daba al frente había una ventana, tapada por una cortina negra. Jason giró hacia ella, tambaleándose, con una mano en el cuello, encogiendo los hombros para aliviar el dolor que sentía en el pecho. Desprendió la cortina de su riel; la ventana era pequeña, y también allí el vidrio era grueso: bloques prismáticos de luz púrpura y azul la atravesaban.

Era irrompible, y el marco estaba asegurado con firmeza; no había forma de romper ni uno solo de sus paneles. En aquel instante, algo en la calle Setenta y Uno atrajo su mirada. ¡El camión de mudanzas había desaparecido! ¡Alguien debía habérselo llevado..., uno de los hombres de Carlos! O sea, que quedaban

dos. Dos hombres, en lugar de tres. Y él estaba en el piso alto; siempre había ventajas, al dominar la situación desde arriba.

Con la mueca de una sonrisa en el rostro, y casi doblado en dos, Bourne echó a andar hacia la primera puerta de la izquierda; era paralela al extremo superior de la escalera. La abrió y entró en la habitación. Por lo que podía ver, era un dormitorio común y corriente: había lámparas, muebles pesados y cuadros en las paredes. Cogió la lámpara más cercana, arrancó el cable de la pared y la llevó hasta la barandilla de la escalera. La levantó por encima de la cabeza y la arrojó hacia abajo, dando un paso atrás al tiempo que se estrellaba. Se oyó otra ráfaga y las balas abrieron un surco en el yeso. Jason lanzó un grito, que luego convirtió en gemido; el gemido, en sollozo y, por último, en silencio. Avanzó paso a paso hacia la parte posterior de la barandilla. Esperó. Silencio.

Resultó. Podía oír las pisadas lentas y cautelosas; el asesino había estado en el rellano del segundo piso. Las pisadas se aproximaron, sonaron con mayor intensidad; una leve sombra apareció en la pared oscura. *Ahora.* Bourne saltó de su escondite y disparó cuatro veces en rápida sucesión sobre la figura que subía por la escalera; una línea de perforaciones de bala y erupciones de sangre se formaron diagonalmente a lo largo del cuello del hombre. El asesino giró, rugiendo de rabia y de dolor, mientras el cuello se arqueaba hacia atrás y el cuerpo rodaba por los escalones hasta quedar inmóvil, despatarrado, con la cara hacia arriba, a lo largo de los tres últimos escalones. Sostenía una ametralladora automática con un trípode como soporte.

Ahora. Jason se dirigió a la escalera y la bajó corriendo, tratando de conservar el poco equilibrio que le quedaba. No podía perder ni un minuto; tal vez no encontraría otra oportunidad. Si quería llegar al segundo piso, debía hacerlo en seguida, inmediatamente después de la muerte del hombre de Carlos. Y cuando saltó sobre el cadáver, Bourne supo que no era Carlos, sino uno de sus hombres. Era alto, y su piel, blanca, muy blanca; sus rasgos, tal vez del norte de Europa, pero de ningún modo latinos.

Jason corrió hacia el pasillo del segundo piso, buscando las sombras, pegado a la pared. Se detuvo y escuchó. Se oía como un rasguño; un leve arañazo procedente de abajo. Sabía lo que debía hacer a continuación. El asesino estaba en el primer piso. Y el ruido no había sido deliberado; no tuvo ni el volumen ni la duración necesarios para sospechar una trampa. Carlos estaba herido; el hecho de tener la rodilla destrozada o la muñeca rota podía desorientarlo lo suficiente para hacerlo chocar contra un mueble o rozar una pared con el arma en la mano y perder por un momento el equilibrio, lo mismo que Bourne lo estaba perdiendo. Era todo lo que necesitaba saber.

Jason se puso en cuclillas y se arrastró otra vez a la escalera, al lugar donde se encontraba el desarticulado cadáver en los escalones. Debía detenerse un momento; estaba perdiendo fuerza y demasiada sangre. Trató de apretarse la garganta y presionar sobre la herida del pecho; cualquier cosa con tal de detener la hemorragia. Pero era inútil: para poder seguir con vida tenía que salir de aquella casa, alejarse del lugar en el que había nacido Caín. Jason Bourne... No le resultó nada graciosa la asociación de palabras. Recuperó el aliento, cogió el arma automática de manos del muerto y la examinó. Estaba listo.

Se estaba muriendo... *Aprehende a Carlos. Atrapa a Carlos... ¡Mata a Carlos!* No podía salir; eso lo sabía. El factor tiempo no estaba de su parte. Se desangraría antes de poder lograrlo. El final era el principio: Caín era Carlos y Delta era Caín. Sólo quedaba una pregunta angustiosa: ¿quién era Delta? Pero no

importaba. Eso era algo que pertenecía ya al pasado; pronto sólo habría tinieblas, no violentas sino llenas de paz... y se vería liberado de aquella pregunta.

Y con su muerte, Marie encontraría la libertad, su amor hallaría la libertad. Hombres decentes se ocuparían de que así fuera, al mando un hombre decente en París, cuyo hijo había sido asesinado en la rué de Bac y cuya vida había sido destruida por la amante de un asesino a sueldo. En el curso de los siguientes minutos -pensó Jason mientras revisaba silenciosamente el cargador del arma automática- cumpliría la promesa que le había hecho a aquel hombre, el acuerdo que había establecido con hombres que no conocía. Al hacer ambas cosas, tendría en sus manos la prueba. Jason Bourne había muerto ya una vez aquel día; moriría una vez más, pero se llevaría con él a Carlos. Estaba preparado.

Se tumbó boca abajo en el suelo e, impulsándose con manos y codos, trepó hacia la parte superior de la escalera. Podía oler su propia sangre debajo de él, y el olor dulzaino y suave se le metía por la nariz, transmitiéndole una información de índole práctica: el tiempo se le estaba *acabando.* Llegó al último escalón, se sentó sobre las piernas y empezó a hurgarse los bolsillos, en busca de una de las bengalas que había comprado en la tienda de excedentes de la Marina y el Ejército en la avenida Lexington. Ahora sabía por qué había sentido el impulso de comprarlas. Estaba de vuelta en el olvidado Tam Quan, olvidado excepto por los relámpagos luminosos y cegadores de luz. Las señales luminosas habían traído a su memoria aquel fragmento de recuerdo; ahora volverían a iluminar una selva.

Desenrolló la mecha encerada del pequeño hueco redondo en la cabeza de bengala, se la acercó a los dientes y cortó un trozo, dejándola con una longitud de dos centímetros aproximadamente. Se metió la mano en el otro bolsillo y sacó un encendedor de plástico; lo acercó a la bengala y aferró ambas cosas con la mano izquierda. Luego dobló la varita metálica y la abrazadera del arma contra el hombro derecho, empujando la parte curva dentro de la tela de su cazadora empapada en sangre; se sostenía bien. Extendió las piernas y, como una serpiente, comenzó a descender el último tramo de escalera, con la cabeza hacia abajo, los pies más arriba y la espalda rozando la pared.

Llegó a mitad de la escalera. Silencio, oscuridad, todas las luces se habían apagado... ¿Luces? *¿Luz?* ¿Dónde estaban los rayos de luz que había visto en el pasillo hacía sólo algunos minutos? Penetraban por un par de ventanales en el extremo más alejado de la habitación -aquella habitación-, al otro lado del pasillo, pero ahora sólo veía tinieblas. Habían cerrado la puerta; también la puerta que estaba debajo de él, la única otra puerta de aquel pasillo, estaba cerrada, pero delineada por un delgado rayo de luz en la zona inferior. Carlos estaba obligándolo a elegir. ¿Detrás de cuál de las puertas? ¿O estaría el asesino empleando una estrategia más astuta y se hallaba oculto en el angosto pasillo, al amparo de la oscuridad?

Bourne sintió una punzada de dolor en el omóplato, y luego un borbotón de sangre le empapó la camisa de franela que llevaba debajo de la cazadora. Era otra advertencia: le quedaba muy poco tiempo.

Se afirmó contra la pared, con el arma apoyada en las columnas de la barandilla, y apuntando hacia abajo, hacia la oscuridad del pasillo. *¡Ahora!* Apretó el gatillo. Las explosiones destrozaron las columnas, al tiempo que la barandilla se desplomaba y las balas se incrustaban en las paredes y en la puerta que estaba debajo de él. Soltó el gatillo, deslizó la mano bajo el cañón hirviente y tomó el encendedor de plástico con la mano derecha y la bengala con la izquierda. Hizo girar la piedra; la mecha se encendió, y él la acercó a la más corta.

Volvió a empuñar el arma y otra vez apretó el gatillo, haciendo trizas todo lo que se encontraba debajo de él. En alguna parte, una araña de cristal se desplomó con estruendo, y la oscuridad quedó poblada de los sonoros gemidos del rebote de las balas. Y entonces, *¡luces!;* una luz cegadora en el momento preciso en que la señal luminosa empezó a arder, incendiando la jungla, iluminando los árboles y las paredes, los senderos ocultos y los pasillos de caoba. El hedor a muerte y jungla se propagaba por todas partes, y él estaba allí.

Almanac a Delta. Almanac a Delta. ¡Abandonen, abandonen!

Jamás. No, ahora. No, al final. Caín es Carlos y Delta es Caín. Atrapa a Carlos. ¡Mata a Carlos!

Bourne se puso de pie, con la espalda contra la pared, la luz de bengala en la mano izquierda y el arma en la derecha. Se zambulló en la maleza alfombrada; abrió la puerta de una patada, destrozó marcos y trofeos de plata, que volaron por el aire abandonando mesas y estantes. Hacia los árboles. Se detuvo en seco; no había nadie en aquella habitación tranquila y elegante, a prueba de ruidos. No había nadie en el sendero de la jungla.

Giró velozmente y regresó al pasillo tambaleándose y perforando las paredes con una prolongada ráfaga de disparos. Nadie.

La puerta estaba al final del estrecho y oscuro pasillo, detrás de ella, el cuarto donde había nacido Caín. Donde Caín moriría, pero no solo.

Interrumpió los disparos, se pasó la señal luminosa a la mano derecha, debajo del arma, y se metió la otra mano en el bolsillo para buscar la segunda luz de bengala. La extrajo y, una vez más, desenrolló la mecha y se la acercó a los dientes, la seccionó y dejó sólo unos milímetros hasta el punto de contacto con el gelatinoso proyectil incendiario. Le acercó la primera luz de bengala; la explosión de luz fue tan intensa, que le causó dolor en los ojos. Torpemente, sostuvo ambas señales luminosas con la mano izquierda y, entrecerrando los ojos y con las piernas y los brazos a punto de fallarle, se acercó a la puerta.

Estaba abierta, y la angosta hendidura se extendía ahora de arriba abajo del lado de la cerradura. El asesino se estaba acomodando. Pero mientras Jason contemplaba la puerta, recordó instintivamente una particularidad de ella que Carlos no conocía. Formaba parte de su pasado, de la habitación donde había nacido Caín. Extendió la mano derecha hacia abajo, poniéndose el arma entre el antebrazo y la cadera, y asió el picaporte.

Ahora. Empujó la puerta hasta abrirla unos quince centímetros, y arrojó adentro las bengalas. Un prolongado *staccato* procedente de un revólver «Sten» resonó en la habitación, por toda la casa; mil sonidos muertos formando un arpegio en el piso inferior, mientras ráfagas de proyectiles se incrustaban en un escudo de plomo oculto en la puerta tras una plancha de acero.

El fuego cesó; era el último cargador. *Ahora.* Bourne volvió a apoyar la mano en el gatillo, empujó la puerta con el hombro y se abalanzó dentro de la habitación, disparando en círculos mientras rodaba por el suelo, balanceando las piernas en sentido inverso al de las agujas del reloj. Le dispararon furiosamente, mientras Jason apuntaba hacia el punto de donde brotaban los fogonazos. Un rugido de furia estalló al otro lado de la habitación, desde la oscuridad; entonces Bourne cayó en la cuenta de que las cortinas habían sido corridas, bloqueando la luz del sol que entraba por los ventanales. Entonces ¿por qué había tanta luz..., una luz que superaba la sofocante y cegadora intensidad de las luces de bengala?

Era abrumadora; le provocaba explosiones en la cabeza, y punzadas espantosamente dolorosas en las sienes.

¡La *pantalla!* Había desenrollado la enorme pantalla de proyección fijada en el techo, que ahora colgaba tensa hasta el suelo, la amplia superficie de plata centelleante convertida en un escudo calentado hasta el blanco de fuego frío como el hielo. Se parapetó detrás de la enorme mesa tallada, se incorporó y apretó de nuevo el disparador, descargando otra ráfaga, la ráfaga final. Se había vaciado el último cargador. Asió el arma por el trípode y la arrojó al otro lado de la habitación, contra la figura de bata blanca y bufanda del mismo color que ya no le cubría el rostro.

¡Su *cara!* ¡La había visto antes! ¿Dónde... dónde? ¿Fue en Marsella? ¡Sí..., no! ¿En Zurich? ¿En París? ¡Sí *y* no! Entonces, de pronto, bajo aquella luz cegadora y brillante, comprendió que aquel rostro que estaba al otro lado de la habitación era conocido por muchos, no sólo por él. Pero, ¿de dónde? *¿Dónde?* Como tantas otras cosas, lo sabía y no lo sabía. ¡Pero es que *sí* lo sabía! Lo único que no acertaba a recordar era el nombre del lugar!

Giró en espiral y se parapetó de nuevo tras el mueble tallado.

Sonaron disparos: dos..., tres; la segunda bala le arrancó piel del antebrazo izquierdo. Se sacó la automática del cinturón; le quedaban tres balas. Una de ellas tenía que dar en el blanco: Carlos. Había una deuda que *pagar* en París, un contrato que cumplir, y su amor estaría mucho más seguro con la muerte del asesino. Se sacó del bolsillo el encendedor de plástico, lo encendió y lo sostuvo debajo del paño para limpiar el mostrador del bar, que colgaba de un gancho. Ardió la tela y la arrojó hacia su derecha, mientras él se arrojaba hacia la izquierda. Carlos disparó contra la tela en llamas, mientras Bourne se arrodillaba, apuntaba y disparaba dos veces.

La figura se encorvó, pero no cayó, se agazapó y luego saltó como una pantera, en sentido diagonal, con las manos extendidas hacia delante. ¿Qué estaba *haciendo?* Entonces comprendió Jason. El asesino aferró el borde de la pantalla plateada, la arrancó de su ménsula metálica en el techo y tiró de ella hacia abajo con todo su peso y su fuerza.

La pantalla cayó flotando, sobre Bourne, ocupó todo su campo visual y bloqueó su mente. Gritó al ver que la brillante superficie plateada se le venía encima, pues lo atemorizaba más que Carlos o que cualquier otro ser humano sobre la Tierra. Lo aterraba, lo enfurecía, hacía que su mente estallara en mil pedazos; las imágenes galopaban frente a sus ojos, y airadas voces le gritaban en los oídos. Apuntó y disparó contra el horrendo velo. Mientras la golpeaba desesperadamente con la mano, alejando de sí la áspera tela metálica, comprendió. Había disparado su última bala, la *última.* Como una leyenda llamada Caín, Carlos conocía por el sonido todas las armas de fuego; y contó los disparos.

El asesino apareció erguido sobre él, con la automática en la mano y apuntando a la cabeza de Delta.

-Tu ejecución, Delta. El día previsto. Por todo lo que has hecho.

Bourne arqueó la espalda y rodó furiosamente hacia la derecha; ¡al menos no permanecería quieto, moriría en movimiento! El estruendo de los disparos resonó en la resplandeciente habitación, y agujas de fuego rozaron su cuello, taladraron sus piernas y llegaron hasta la cintura. ¡Rueda, *sigue rodando!*

De pronto cesó el fuego, y a lo lejos se oyó un repetido rumor de martillazos, de madera y acero destrozados, cada vez más fuerte, más insistente. Se produjo un estrépito final y ensordecedor fuera de la biblioteca, seguido por gritos de hombres que corrían y, más allá, en algún lugar invisible, en el mundo exterior, el insistente rugido de las sirenas.

-¡Aquí! ¡Está *aquí!* -gritó Carlos.

¡Era insensato! ¡El asesino dirigía a los invasores hacia él, *a* él, Delta! ¡Aquello era una locura, nada tenía ya sentido!

Un hombre alto, con abrigo negro, abrió la puerta a golpes; lo acompañaba otra persona, que Jason no alcanzó a distinguir. La niebla comenzaba a llenarle los ojos; las formas y los sonidos se desvanecían, perdían nitidez. Flotaba en el espacio. Lejos..., cada vez más lejos.

Y entonces vio la única cosa que no deseaba ver. Hombros rígidos que flotaban sobre una cintura fina huyeron a toda velocidad de la habitación y luego por el pasillo, mortecinamente iluminado. *Carlos.* ¡Sus gritos habían logrado abrir la trampa! ¡La había *invertido!* En medio de aquel caos, él había burlado a los cazadores. *¡Escapaba!*

-Carlos... -Bourne sabía que nadie podría oírlo; lo que brotaba de su sangrante garganta era sólo un suspiro. Intentó otra vez, forzando el sonido a partir de su estómago-. Es él. ¡Es... Carlos!

Hubo confusión, órdenes gritadas inútilmente, órdenes contenidas. Y luego una figura quedó centrada en su campo visual. Un hombre se le acercaba cojeando, un lisiado que había tratado de matarlo en un cementerio de las afueras de París. ¡No tenía salida! Jason avanzó dando tumbos, arrastrándose hacia la centelleante y cegadora luz de la bengala. La asió y la blandió como si fuera un arma, arrojándola contra el asesino cojo.

-¡Vamos! ¡Vamos *de una* vez! ¡Más cerca, canalla! ¡Te quemaré los ojos! ¡Piensas matarme, pero *no lo harás!* ¡Yo te mataré a ti! ¡Te quemaré los ojos!

-No has entendido -dijo la voz titubeante del asesino cojo-. Soy yo, Delta. Soy Conklin. Estaba equivocado.

¡La llama de la bengala le chamuscó las manos, los ojos!

...Locura. Ahora las explosiones lo cercaban por todas partes, cegadoras, ensordecedoras, mezcladas con gritos desgarradores procedentes de la jungla, que brotaban con cada detonación.

¡La jungla! ¡Tam Quan! ¡El hedor húmedo y cálido brotaba por doquier, pero habían llegado a su objetivo! ¡La base enemiga ya era de ellos!

¡Oyó una explosión a su izquierda; podía verla! A bastante altura del suelo, suspendida entre dos árboles, los barrotes de una jaula de bambú. La figura que estaba dentro se movía. ¡Estaba vivo! ¡Acércate, llega hasta ella!

Oyó un gemido a su derecha. Respirando fuerte, tosiendo en medio del humo, un hombre marchaba cojeando hacia los densos matorrales, con un rifle en la mano. Era él, el cabello rubio brillando al sol, un pie roto al saltar en paracaídas. ¡El muy canalla! ¡Una basura que se había entrenado con ellos, había estudiado los mapas con ellos, había volado al Norte con ellos..., mientras les preparaba una trampa! Un traidor que con una radio, decía al enemigo dónde buscar exactamente en aquella jungla impenetrable que era Tam Quan.

¡Era Bourne! Jason Bourne. ¡Traidor, basura!

¡Atrápalo! ¡No dejes que llegue hasta donde están los otros! ¡Mátalo! ¡Mata a Jason Bourne! ¡Es tu enemigo! ¡Dispara!

¡No había caído La cabeza que él había volado de un tiro seguía estando allí. ¡Se le acercaba! ¿Qué estaba ocurriendo? Locura. Tam Quan...

-Venga con nosotros -dijo la figura que cojeaba, mientras salía de la jungla y se internaba en lo que quedaba de una habitación elegante. *Aquella* habitación-. No somos sus enemigos. Venga con nosotros.

-*¡Apártese* de mí! -Bourne se abalanzó una vez más, pero ahora hacia la pantalla caída. Era su santuario, su mortaja, la manta arrojada sobre un hombre en el momento de su nacimiento, el tapizado de su ataúd-. Usted es mi enemigo! ¡Los mataré a todos! ¡Me es igual, ya no tiene importancia! ¿No comprenden? ¡Soy *Delta!* ¡Caín es Charlie y Delta es Caín! ¿Qué más quieren de mí? ¡Yo era y no *eral* ¡Soy y no soy! ¡Bastardos, *bastardos!* ¡Vamos! ¡Más cerca!

Se oyó otra voz, más profunda, más serena, menos insistente.

-Búsquenla. Tráiganla aquí.

En algún lugar, a lo lejos, las sirenas llegaron a un *crescendo* y luego enmudecieron. Las tinieblas lo envolvieron y las olas transportaron a Jason hasta el cielo oscuro, para arrojarlo luego otra vez hacia abajo, estrellándolo contra un abismo de acuosa violencia. Penetraba en una eternidad de... memoria carente de peso. Entonces, una explosión iluminó el cielo negro, una flameante diadema se elevó por encima de las aguas tenebrosas. Y entonces oyó las palabras, pronunciadas desde las nubes, que resonaron en toda la tierra.

-Jason, amor mío. Mi único amor. Toma mi mano. Apriétala. Apriétala fuerte. Jason. Fuerte, querido mío.

La paz de la oscuridad lo envolvió.

EPÍLOGO

El general de brigada Crawford dejó la carpeta del archivo en el diván que estaba junto a él.

-No necesito esto -dijo a Marie St. Jacques, que estaba sentada frente a él en una silla de respaldo duro-. La he examinado una y otra vez, tratando de descubrir dónde fallamos.

-Ustedes dieron por sentadas cosas que nadie debería dar por sentadas -intervino la otra persona que había en la *suite* del hotel.

Se trataba del doctor Morris Panov, psiquiatra; se hallaba de pie junto a la ventana, y el sol matutino entraba a raudales, haciendo que su cara inexpresiva quedara en sombras.

-Yo les permití hacerlo, y viviré con ese remordimiento durante toda la vida.

-Ya hace casi dos semanas -terció Marie con impaciencia-. Me gustaría que me dieran todos los detalles. Creo que tengo derecho a conocerlos.

-Así es, en efecto. Fue una locura llamada «vía libre».

-Una locura -convino Panov.

-Y también protección -añadió Crawford-. Yo apoyo ese aspecto. Debe continuar durante mucho tiempo.

-¿Protección?

Marie frunció el ceño,

-Ya llegaremos a eso -dijo el general, mirando a Panov-. Desde cualquier punto de vista, resulta vital. Confío en que todos estaremos de acuerdo.

-¡Por favor! ¿Quién es en realidad Jason?

-Su nombre es David Webb. Era un diplomático de carrera, especialista en cuestiones del Lejano Oriente, hasta su separación del cargo hace cinco años.

-¿Separación?

-Renuncia de mutuo acuerdo. Su misión en Medusa le impedía seguir trabajando en el Departamento de Estado. «Delta» tenía una reputación infame, y demasiadas personas sabían que se trataba de Webb. Y tales individuos no suelen ser mirados con buenos ojos en las mesas de conferencias diplomáticas. Confieso que no soy demasiado contrario a esa actitud. Su presencia contribuye a que se reabran con demasiada facilidad heridas de tipo visceral.

-¿Era todo lo que decían de él? ¿En Medusa?

-En efecto. Yo estuve allí.

-Cuesta creerlo -comentó Marie.

-Había perdido algo que le era muy querido y no pudo aceptarlo. Lo único que logró hacer fue devolver el golpe.

-¿Qué fue lo que perdió?

-A su familia. Su esposa era tailandesa; tenían dos hijos, un niño y una niña. Él estaba destinado en Phnom Penh, y vivía en las afueras, cerca del río

Mekong. Un domingo por la tarde, mientras su esposa e hijos se encontraban en el muelle, un avión dio varias vueltas y se lanzó en picado; dejó caer dos bombas y ametralló toda la zona. Cuando llegó al río, todo el muelle había volado ya en pedazos, y en el agua flotaban los cadáveres de su mujer y sus hijos, acribillados a balazos.

-¡Oh, Dios! -murmuró Marie-. ¿A qué país pertenecía el avión?

-Jamás pudo ser identificado. Hanoi negó toda responsabilidad, y lo mismo hizo Saigón. Recuerde que Camboya era entonces neutral; nadie quería hacerse responsable. Webb tenía que devolver el golpe; marchó a Saigón y se entrenó para ingresar en Medusa. Aportó el intelecto de un especialista a una operación muy brutal. Se convirtió en Delta.

-¿Fue entonces cuando conoció a D'Anjou?

-Sí, aunque algo después. A aquellas alturas, Delta era ya famoso. El Servicio Secreto norvietnamita había puesto un precio extraordinario a su cabeza, y no es ningún secreto el hecho de que, entre los nuestros, eran muchos los que deseaban que fuera capturado. Entonces Hanoi se enteró de que el hermano menor de Webb era un oficial del Ejército en Saigón y, habiendo estudiado los antecedentes de Delta, y sabiendo que los hermanos estaban muy unidos, decidió montar una trampa; no tenían nada que perder. Secuestraron al teniente Gordon Webb y lo llevaron al Norte, tras lo cual enviaron de regreso a un mensajero con la noticia de que se encontraba detenido en el sector Tam Quan. Delta mordió el anzuelo; junto con el mensajero, un doble agente, formó un equipo de integrantes de Medusa, que conocía bien aquella zona y eligió una noche en que ningún avión debería haber despegado rumbo al Norte. D'Anjou estaba en ese grupo. Y también otro hombre a quien Webb no conocía muy bien: un hombre blanco que había sido comprado por Hanoi, un experto en comunicaciones que podía reunir los componentes electrónicos y montar una radio de alta frecuencia en una oscuridad total. Que es exactamente lo que hizo para transmitir la posición de la unidad. Webb evitó la trampa y encontró a su hermano. También descubrió al doble agente y al hombre blanco. El vietnamita huyó hacia la jungla; el hombre blanco, no. Delta lo ejecutó allí mismo.

-...Y ese hombre era... -los ojos de Marie estaban clavados en los de Crawford.

-Jason Bourne. Un traficante de Medusa oriundo de Sidney, Australia; un traficante de armas, narcóticos y esclavos en todo el sudeste de Asia; un hombre violento con antecedentes criminales, quien, no obstante, era muy eficaz en su tarea..., siempre y cuando el precio fuese lo suficientemente alto. En aras de los intereses de Medusa se ocultaron las circunstancias de su muerte; se convirtió en miembro de una unidad especializada. Años más tarde, cuando se estaba formando Treadstone y se ordenó a Webb que regresara, fue él mismo quien tomó el nombre de Bourne. Cumplía todos los requisitos de autenticidad y posibilidad de rastreo. Tomó el nombre del hombre que lo traicionó, del hombre que él mismo había matado en Tam Quan.

-¿Dónde se encontraba cuando lo llamaron para formar parte de Treadstone? -preguntó Marie-. ¿Qué hacía en ese momento?

-Impartía clases en una pequeña Universidad de New Hampshire. Llevaba una vida completamente aislada, que algunas personas opinaban era muy destructiva. Para él mismo, por supuesto. -Crawford tomó la carpeta-. Ésos son los hechos esenciales, Miss St. Jacques. El doctor Panov cubrirá otros aspectos

de su personalidad, y me ha dicho con toda claridad que mi presencia no es necesaria. Existe, sin embargo, un detalle importante sobre el que es preciso que todos nos pongamos de acuerdo. Es una orden directa de la Casa Blanca.

-La protección -comentó Marie, y sus palabras configuraban una declaración.

-Sí. Dondequiera que vaya, sea cual fuere la identidad que asuma o el éxito de la misma, será vigilado las veinticuatro horas del día. Todo el tiempo que haga falta; incluso aunque jamás ocurra.

-Por favor, explíqueme mejor eso.

-Es la única persona que ha visto a Carlos y sigue con vida. Que ha visto a Carlos *como* Carlos. Conoce su identidad, pero está sepultada en alguna parte de su mente como parte de un pasado no recordado. Por lo que dice, suponemos que Carlos es alguien conocido por mucha gente; una figura destacada de algún Gobierno, o de los medios, o de la Banca internacional, o de la sociedad de ese país en particular. Ello encaja con una teoría generalizada. El problema es que tal vez algún día esa identidad puede quedar clara para Webb. Sabemos que ha mantenido varias conversaciones con el doctor Panov, y estoy convencido de que él le confirmará lo que acabo de decirle.

Marie miró al psiquiatra.

-¿Es cierto eso, Mo?

-Es posible -respondió Panov.

Crawford se fue, y Marie sirvió café para el psiquiatra y para sí. Panov se sentó en el diván que había estado ocupado por el general de brigada.

-Todavía está tibio -comentó, sonriendo-. Crawford sudaba de arriba abajo, hasta sus famosas asentaderas. Tiene todo el derecho a hacerlo, todos lo tienen.

-¿Qué ocurrirá ahora?

-Nada. Nada en absoluto hasta que yo les diga que pueden seguir adelante. Y eso puede tardar varios meses, e incluso un par de años, a juzgar por lo que sé. No daré mi autorización hasta que esté listo.

-¿Para qué?

-Para ser interrogado. Y para examinar las fotografías: tomos y tomos de fotografías. Están compilando una enciclopedia fotográfica basada en las descripciones sueltas que les proporcionó. No me interprete mal; algún día tendrá que abordar esa tarea. Querrá nacerlo; todos queremos que lo haga. Carlos debe ser atrapado, y no es mi intención someterlos a chantaje para que se queden cruzados de brazos. Demasiadas personas han dado demasiado; *él* ha dado demasiado. Pero en este momento, él tiene prioridad. Su mente tiene prioridad.

-Precisamente a eso obedecía mi pregunta. ¿Qué ocurrirá con él?

Panov dejó su taza de café.

-No estoy muy seguro todavía. Siento demasiado respeto por la mente humana como para responder a su pregunta con psicología de café; ya bastante abusan de ella las personas no capacitadas. He asistido a todas las reuniones, he insistido en estar allí y he hablado con los otros psiquiatras y neurocirujanos. Es cierto que podemos llegar con un bisturí hasta los centros torturados, reducir las ansiedades, brindarle una especie de paz. E incluso tal vez lograr que vuelva a ser lo que era. Pero no es el tipo de paz que él desearía... y correríamos un riesgo

mucho mayor. Podríamos eliminar demasiado, borrar de un plumazo las cosas que ha descubierto, que *seguirá* descubriendo. Con cuidado. Con tiempo.

-¿Con tiempo?

-Sí, estoy convencido de ello. Porque el patrón ha sido establecido. Hay crecimiento, el dolor del reconocimiento y la excitación del descubrimiento. ¿Le dice a usted algo todo eso?

Marie miró a Panov a los ojos; había un destello de esperanza en ellos.

-Es lo que nos ocurre a todos -respondió.

-En efecto. En cierta forma, él es como un microcosmos de todos nosotros. Al fin de cuentas, todos nos devanamos los sesos tratando de descubrir quién demonios somos en realidad, ¿no es así?

Marie se dirigió a la ventana de la cabaña que daba al mar, con las elevadas dunas en la parte posterior de la misma, y terrenos cercados todo alrededor. Y guardias. Cada quince metros, un hombre con un arma. Alcanzaba a verlo a varios cientos de metros de distancia en la playa; arrojaba conchas al agua y luego las contemplaba rebotar sobre las olas que lamían suavemente la orilla. Las últimas semanas habían sido buenas para él, con él. Su cuerpo estaba lleno de cicatrices, pero entero, firme otra vez. Las pesadillas lo atormentaban aún y los momentos de angustia seguían acosándolo durante el día, pero de alguna manera todo le resultaba menos aterrador. Estaba comenzando a salir a flote; volvía a reír. Panov tenía razón. Le estaban ocurriendo cosas; las imágenes se le aparecían con mayor nitidez, descubría significados donde antes no encontraba ninguno.

¡Algo le había ocurrido *en ese momento!.* ¡Oh, *Dios, ¿qué era?* Se había arrojado al agua y pataleaba y gritaba. Luego, de pronto, salió del agua a toda velocidad, saltando por encima de las olas hasta llegar a la playa. A lo lejos, junto a la cerca de alambre espinoso, un guardia giró en redondo, se colocó el rifle debajo del brazo y extrajo del cinturón un transmisor portátil.

Empezó a correr por la arena mojada hacia la casa, dando tumbos, balanceándose y hundiendo furiosamente los pies en la superficie blanda, haciendo saltar arena y gotas de agua a cada paso. *¿Qué le ocurría?*

Marie quedó helada, preparada para el momento que sabían podría llegar algún día, preparada para escuchar el sonido de disparos.

Entró en la casa corriendo, jadeando, casi sin aliento. Clavó sus ojos en ella, con la mirada más clara que jamás le había visto. Le habló en voz baja, tan baja que apenas alcanzó a oírlo. Pero lo oyó.

-Me llamo David...

Ella caminó lentamente hacia él.

-Hola, David -le dijo.

FIN